Mo Yan

Premio Nobel de Literatura

Traducción del chino de Blas Piñero Martínez

Flores tardías

晚熟的人

KAILAS

FLORES TARDÍAS[1]

(WANSHU DE REN)

MO YAN

Traducción del chino de Blas Piñero Martínez

KLT11
Flores tardías
Título original: *Wanshu de ren* (晚熟的人)
© 2020, Mo Yan
© 2022, de la traducción y de las notas: Blas Piñero Martínez
© 2022, Kailas Editorial, S. L.
Calle Tutor, 51, 7. 28008 Madrid
kailas@kailas.es
www.kailas.es

Diseño de cubierta: Rafael Ricoy

ISBN: 978-84-18345-47-0
ISBN papel: 978-84-18345-46-3

Todos los derechos reservados

UNA HOZ PARA LA MANO IZQUIERDA[2]

INTRODUCCIÓN A ESTA PRIMERA HISTORIA

A menudo mis lectores se han sentido molestos conmigo por haber introducido en mi novela larga *Grandes pechos, amplias caderas* y en mi novela de talla mediana *El rábano transparente* (la primera que en realidad merece tal nombre), así como en un relato más reciente que titulé «La espada valiosa de la tía», historias bastante crudas sobre los herreros y sus fraguas. En los años posteriores a la redacción de mi primera novela no pude evitar seguir escribiendo sobre este mismo asunto. ¿Por qué me atraían tanto los herreros y su trabajo? Todavía hoy me sucede y aún me lo sigo preguntando[3]. Lo primero que me viene a la mente fue cuando, durante mi infancia, asistí a la construcción de un puente en mi pueblo. Recuerdo los hornos humeantes de las herrerías con sus fuelles resoplando sin descanso, y, aunque nunca aprendí a forjar correctamente, el viejo herrero de esa obra me aceptó como aprendiz en su fragua. En presencia de muchas personas, entre ellas el responsable de la construcción, aquel viejo me reconoció como uno de los representantes del oficio. La segunda razón por la que siempre me han atraído los herreros y sus talleres tiene que ver con mi experiencia como empleado en una planta de procesos industriales de algodón de mi pueblo y con su responsable de mantenimiento; juntos golpeábamos el hierro mientras estaba caliente. Cuando levantaba la almádena para asestar el golpe, el jefe me pedía que estuviese lo más alerta posible, ya que podía herir a alguien. A pesar de que el peligro amenazaba siempre cuando uno menos lo esperaba, nunca hice el menor daño a ninguno de mis compañeros. El jefe de mantenimiento era un virtuoso en el arte de golpear el hierro para forjarlo, pero era casi analfabeto. Yo me prestaba a escribirle las cartas que enviaba a su hijo, que en aquella época era jefe de personal de la planta de algodón. Más tarde ingresé en el Ejército, donde incluso llegué a formar parte del engranaje interno del cuartel general. En cierta ocasión, al escuchar hablar a uno de los oficiales al mando, reconocí por su acento que era de mi pueblo. Tras preguntarle quién

era, resultó ser el hijo del jefe de mantenimiento de la planta de algodón donde habíamos trabajado. Quería llegar a ser «alguien en la vida» por sus propios medios, pero finalmente no consiguió absolutamente nada. Su vida entera se convirtió en una aspiración irreal, utópica; su intento de hacerse a sí mismo, su sueño de convertirse en un individuo importante, fracasó.

Pues bien, estas son las razones por las cuales siempre me han caído bien los herreros —gentes que trabajan domando y deformando el hierro, ese material tan duro y resistente—, y cuando oigo por casualidad los sonidos que provienen de las fraguas —los golpes contundentes en los yunques, los martilleos secos y el ruido de las chimeneas escupiendo humo y virulentas chispas de fuego— no puedo evitar sentir una emoción interior.

Si me he decidido a escribir la historia que vas a leer a continuación, ha sido por mi simpatía hacia los herreros y su trabajo.

I

Cada año, cuando llegaba el verano, con las sóforas en flor, el viejo Han, uno de los mejores herreros del distrito de Zhangqiu, de la municipalidad de Jinan, en nuestra provincia de Shandong, aparecía en el pueblo con sus dos aprendices para convertir cualquier trozo de arrabio que cayese en sus manos en acero. De pequeño, en el libro de texto de Literatura que mi hermano mayor[4] utilizaba en el instituto, leí una frase que me llamó la atención: «cientos de bloques de acero duros y temperados, convertidos ahora en dedos blandos y flexibles». En mi mente la frase quedaba asociada a las imágenes de los herreros y al sonido de sus voces roncas y recias. Gracias a la habilidad del herrero, esos bloques de acero eran transformados en delgadas láminas afiladas que más tarde se entregaban a las gentes de los pueblos para que las utilizasen como cuchillos, hoces, guadañas y todo tipo de herramientas en las granjas y los campos de labor. Se requería mucha pericia para forjar el hierro, controlar la temperatura del fuego y endurecerlo hasta convertirlo en esa hoja cortante y duradera que era exactamente lo que se deseaba obtener. Estos utensilios incrementaban considerablemente la productividad de los campesinos y los granjeros de la comarca. Por ello, las gentes de esos pueblos nunca compraban las herramientas de escasa calidad que se elaboraban a escala industrial en las fábricas de la prefectura, y esa era la razón por la cual el viejo Han y sus aprendices se presentaban siempre en nuestro pueblo. En el noreste de Gaomi había muchos burgos de escaso tamaño —pequeñas comunidades formadas por

familias con niños de mi edad—, y cada año, antes y después de la primera floración de las sóforas, fieles espectadores como yo aguardaban la llegada del herrero Han con sus cuchillas bien afiladas para salvarnos la vida, ya que sabíamos que sin él nuestro trabajo era imposible.

Uno de los dos discípulos del viejo Han era su sobrino, al que todo el mundo llamaba Xiao Han; el otro era conocido como el Tercer Viejo. El viejo Han era un tipo flacucho, calvo, con el cuello desmesuradamente largo y delgado, y su rostro exhibía una expresión como si estuviera llorando por alguna desgracia —sus ojos siempre llenos de lágrimas—. Xiao Han, su sobrino, era alto y robusto. El Tercer Viejo era en cambio un individuo achaparrado, con un cuerpo de lo más vulgar, de piernas cortas y brazos largos —su aspecto recordaba al de un orangután—, pero tenía buen carácter, era optimista y alegre, y siempre encandilaba a la gente con su sonrisa amplia —una alegría innata que contrastaba con el temperamento taciturno y sombrío de Xiao Han—. Cuando trabajaban juntos, el viejo Han era quien sujetaba las pinzas, Xiao Han levantaba la maza y el Tercer Viejo era el encargado de hacer soplar los fuelles y regular el calor del fuego. Además, cuando la tarea se ponía difícil, el Tercer Viejo cogía un martillo de doce *bang* (medio kilo) y se metía de lleno en el fragor de la batalla. Juntos componían un cuadro atípico en el que tres martillos parecían estar golpeando al mismo tiempo y con mucho entusiasmo. La maza de Xiao Han pesaba dieciocho *bang*.

II

Mi abuelo paterno era un carpintero excelente, un consumado profesional en su oficio, un trabajador quisquilloso y perfeccionista. Yo percibía con toda claridad que agradaba a los herreros, cosa que en el fondo lamentaba. Mi abuelo siempre llevaba con él un hacha que entregaba a los herreros para que le pusieran más acero. Ya era vieja y estaba muy deteriorada. De tanto usarla, con el paso de los años, el filo de su hoja se había desgastado y ya apenas podía penetrar en la madera para cortarla adecuadamente. Cuando el viejo Han recibió la herramienta, se la quedó mirando un rato y le dijo a mi abuelo:

—¿Y a esto le llama un hacha?

Mi abuelo le preguntó:

—¿Qué? ¿Y tú cómo lo llamarías?

El viejo Han se ofreció:

—Le echaré una mano…

—No quiero que me eches una mano —le replicó mi abuelo—; si

no podéis ayudarme a arreglar esto, buscaré a otros para que lo hagan.

—Mi venerable anciano —intervino el Tercer Viejo—, vamos, no se nos ponga así… No hay cuchilla que se nos resiste, ya sea una guillotina o una navaja.

Mi abuelo volvió a preguntar con cierta insolencia:

—¿También podéis forjar agujas para bordar?

—No, no podemos forjar agujas para bordar… —respondió sonriendo el Tercer Viejo—. Mi venerable anciano, ¿no pertenecemos acaso a la misma profesión? Usted es carpintero…

—Forjarla le costará un *kuai*; pero traerla de nuevo a la vida y dejarla como nueva serán cinco *kuai* —apuntó el viejo Han.

Mi abuelo dijo entonces:

—Vosotros tres os encargáis juntos de la forja del hierro, ¿no es así? ¡Qué robo!

—Si lo quieres, pagas por ello, y si no, ¡coges tu hacha y nos dejas en paz! —añadió con un tono de voz amenazante el viejo Han.

—Vale, vale, no hay que ponerse así… —aceptó inmediatamente mi abuelo—. Podéis echarle un vistazo… Esto ya no parece ni un hacha ni nada.

—¿La ha utilizado Lu Ban[5]? —preguntó con sorna y una sonrisa en los labios el Tercer Viejo.

—Lu Ban fue un ser legendario; Guan el Segundo, en cambio, es un hombre real —contestó mi abuelo, que, en efecto, era ese Guan el Segundo que acababa de citar.

El Tercer Viejo asintió ladeando ligeramente la cabeza, cogió un rotulador y sobre un tablero que había colgado de un sauce escribió: «Guan el Segundo, añadir acero a la prosperidad cuesta cinco *kuai*».

Entonces yo intervine muy indignado:

—¡Diablos! ¿A dónde vamos a parar con tanta incultura? ¡Se han equivocado al escribir el nombre de mi abuelo paterno! ¡No es ese apellido Guan! ¡Es otro apellido Guan! ¡Se trata del *hanzi fu* que significa ‘hacha’ y no del *fu* que significa ‘prosperidad’[6]!

Nadie comprendió lo que quise decir.

El tío Zhao, que se encargaba de alimentar a los animales, arrojó al suelo con malas maneras su cuchillo romo y preguntó:

—Viejo Han, ¿por qué has venido tan tarde a nuestro pueblo este año?

—No, no es cierto lo que dices. He llegado incluso un día antes respecto al año pasado —respondió el viejo Han con tono poco convincente.

—Hay que revitalizarlo, añadirle acero, y todo ello rápida y eficazmente, y además confiar en que luego funcione y dure… —dijo el tío Zhao.

—¡Pues todo eso cuesta diez *kuai*!

—Viejo Han —volvió a hablar el tío Zhao—, ¿te has vuelto loco?

—¡Repito, son diez *kuai*!

—No puedo asegurarte esa cantidad —dijo el tío Zhao—, vamos a pedirle al jefe del equipo de trabajo que hable contigo.

—Tanto si viene el jefe como si no, ¡son diez *kuai*! ¡Ni uno más ni uno menos! —insistió el Tercer Viejo.

—Tercer Viejo, le hablaré de este asunto a tu esposa —le amenazó el tío Zhao.

—Mi querido viejo Zhao —replicó el Tercer Viejo—, tanto pollo y tanta gallina no te dejan ver a las personas tal y como son… Fuiste tú quien lo dijo el año pasado.

—¿Eso dije yo el año pasado? —saltó el tío Zhao—. Este año mi *laopo* tiene con ella, a su cargo, a una sobrina que ha venido de lejos. Una joven de piel muy blanca y figura esbelta, y no le faltan modales, pero tiene un defecto en un ojo.

—A mí, que tenga un problema en el ojo me importa un bledo… —señaló el Tercer Viejo—. Además, carece de relevancia mientras sepa cocer bien el arroz.

—Relájate, hombre… —replicó el tío Zhao—. Esa jovenzuela no solo sabe cocer el arroz, sino que sabe fabricar sandalias como nadie.

—¡Oh, te lo ruego, háblame de ella! —se interesó el Tercer Viejo —. Acabo de tener una idea… ¿Por qué no se casa conmigo?

El viejo Han miro de reojo al Tercer Viejo y suspiró hondamente.

Tian Qianmu se acercó al horno del herrero con cara de pocos amigos y dijo:

—Pues ya que están aquí, que forjen también la hoz.

—¿Y dónde está esa vieja hoz? —preguntó el Tercer Viejo.

—Aquí no tenemos hoces.

—De qué hoces me hablas, ¿las del distrito de Jiao o las del distrito de Ye? —preguntó el viejo Han.

La hoz del distrito de Jiao es de hoja estrecha y la del distrito de Ye es ancha; la del distrito de Jiao es ligera y la del distrito de Ye es pesada. Hay quienes prefieren utilizar la hoz de Jiao y a otros en cambio les gusta más la de Ye.

—¿Y la hoz de la izquierda?

—¿Qué hoz de la izquierda? —preguntó el Tercer Viejo—. ¿Por qué se llama así?

—Porque es una hoz que solo se utiliza con la mano izquierda.

—¡Ahora lo comprendo! —exclamó el Tercer Viejo—. Un zurdo también puede emplear la mano derecha para utilizar una hoz, ¿no es eso? ¿Por qué ahora una hoz para la mano izquierda?

—Esa historia ya la sabía yo… —zanjó el viejo Han—, así que empezaremos con la hoz de la izquierda.

Al hijo varón de Liu, el Tercer Viejo, que era idiota de nacimiento, le gustaba pasearse por la calle principal del pueblo con el culo al aire. Su *meimei*, su hermana pequeña, desesperada, iba siempre detrás de él con ropas en la mano para que se cubriese las partes íntimas.

El Tercer Viejo dijo a propósito de su hijo:

—¿No se le pidió el año pasado a uno de esos doctores ambulantes que lo curase?

—Todos esos doctores —contestó indignado el tío Zhao— son unos engañabobos que solo quieren sacarte el dinero… ¡Unos auténticos timadores! ¡Que se vayan al diablo!

Tian Qianmu bajó la cabeza y no pronunció una sola palabra más.

—Ya os previne el año pasado. Un doctor cualificado hace sonar la campanilla cuando se pasea por las callejuelas de nuestro pueblo y va mirando a un lado y a otro. ¿No lo sabíais? Esos no estafan a nadie; no sé por qué no le dijisteis nada… —les recordó el Tercer Viejo.

—¡Dejémonos de tonterías! ¡Manos a la obra! —El viejo Han sujetaba en alto un hierro candente que acababa de sacar de las brasas del horno.

III

La hoz de la izquierda pertenecía a un tal Tian Kui[7], un joven que estaba siempre agachado en los bosques cortando la hierba seca para el pasto de los animales. Tian Kui, el único hijo de Tian Qianmu, me llevaba cinco años y era compañero de clase de mi segundo hermano mayor[8]. Cuando mi hermano pasó sus exámenes de educación secundaria, lo primero que hizo fue inscribirse en uno de esos albergues donde se cuidaban caballos, situado a dieciocho *li* de nuestra casa. Tian Kui era igual de listo para los estudios que mi hermano mayor, pero dejó de asistir a la escuela para pasar el día entero en los campos segando hierba, la que luego servía para alimentar a las bestias.

En el pueblo había muchos niños que se ocupaban de esa tarea; también yo, cuando dejé la escuela, me puse a segar hierba. Toda la que recogíamos la llevábamos inmediatamente al cobertizo del equipo de producción, por lo general alcanzaba un peso de diez *jin* (medio kilo), lo suficiente para recibir el *gongfen*, el vale que entregaban por «trabajo realizado»[9] en nuestra comunidad rural y que también se distribuía al final del año entre las gentes más necesitadas de nuestro pueblo. En esos años sesenta era habitual escuchar el siguiente

eslogan: «¡El *gongfen*, el *gongfen*! ¡El alma de los miembros de las comunas socialistas!».

Pero yo no estaba hecho para segar la hierba. Mi hermana mayor[10] podía cortar en un solo día varios cientos de *jin*, a cambio de los que obtenía varios *gongfen*, incluso más que un hombre. Yo, en una jornada completa, apenas me hacía con un *jin*, aunque, eso sí, cuando lo llevaba al almacén todo el mundo se alegraba mucho. El tío Zhao, encargado de alimentar a los animales en el equipo de producción, apuntaba con su dedo índice el *jin* de hierba que acaba de traer y me decía:

—¡Verdaderamente eres un trabajador modelo[11]! ¡Un ejemplo para los niños de tu edad!

A partir de ese momento, todo el mundo en mi pueblo me apodó «trabajador modelo».

Mi abuelo decía:

—Mira por dónde, ahora resulta que tenemos un trabajador modelo en nuestra familia y no lo sabíamos… ¿Qué tipo de hierba has cortado? ¿Una de esas setas medicinales[12] con poderes mágicos?

Y mi padre añadía dirigiéndose a mí:

—Te pasas el día entero agachado sobre tus pies cruzados y solo obtienes un *jin* de hierba… ¿A eso se le llama un trabajador modelo?

Mi madre, a su vez, me preguntaba:

—Pero ¿qué diablos estás haciendo?

Mi hermana mayor, mi *zizi*, respondía por mí a todos ellos:

—Seguramente, vete a saber dónde, se nos pone a robar dátiles rojos…

Y yo, a lágrima viva, intentaba explicarles:

—Me paso todas las tardes corriendo de un lado a otro para hacerme con más hierba, pero no la encuentro en ninguna parte.

Mi hermana, entones, quería ayudarme:

—Mañana te vienes conmigo; no podrás escaparte. —Pero yo no quería ir a segar la hierba con mi hermana, yo prefería ir con Tian Kui.

Tian Kui faenaba siempre en los bosques, donde había innumerables tumbas. En su mayoría destartaladas y muchas abandonadas, le gustaba pasear entre ellas porque encontraba muchas hierbas secas. Allí, entre las lápidas, habían crecido profusamente y resultaba fácil recogerlas. También abundaba la hierba de la triandra[13], pero era un tipo de planta que yo nunca podía ver.

Después de estar agachado un rato, Tian Kui se enderezaba a menudo para permanecer de pie durante unos segundos; sujetaba mientras tanto la hoz con su mano izquierda y parecía que con ella se disponía a «afeitar» una de esas tumbas. Cumplía su cometido

—«segar la hierba»[14]— de manera muy original, precisamente por emplear la mano izquierda. Nosotros, en cambio, cuando cortábamos la hierba, usábamos siempre la derecha; con ella manejábamos la hoz afilada lo mejor que podíamos y solo recurríamos a la izquierda para recolectar la que ya habíamos segado. Él, no. Tian Kui se servía en todo momento de la zurda por la sencilla razón de que carecía de mano derecha. En su lugar, en la extremidad de ese lado tenía insertado un garfio de hierro con el que recogía la hierba ya cortada. A mí me parecía que se mostraba mucho más ágil y eficaz con ese artilugio que nosotros con nuestra mano izquierda: cuando alguna vez intenté utilizar la hoz con la izquierda para segar, me resultó una labor difícil e incómoda, nada grata.

Entonces, le preguntamos a Tian Kui:

—Y de niño, cuando ibas a la escuela, ¿también utilizabas la mano izquierda?

Nos respondió:

—Ya en el colegio usaba el lapicero con la mano izquierda, pero los maestros, al verme, me lo prohibieron. Me obligaron a corregirme, aunque, a decir verdad, y para vergüenza y enfado de mis profesores[15], continuaba utilizando la izquierda cuando no me veían. Con ella escribía más rápidamente, con la otra, en cambio, lo hacía con una lentitud que me desesperaba; lo que escribía con la izquierda me parecía salido de una mente inteligente y en cambio me avergonzaba de todo lo que escribía con la mano derecha…

—Mi hermano mayor me contó que se te daban muy bien los estudios —le dije yo.

—No es cierto; no era muy bueno en la escuela —respondió Tian Kui.

—¿Por qué no pasaste el certificado de enseñanza media? Dejaste de ir, ¿no? —le preguntamos.

Antes de que Tian Kui se dedicase a cortar la hierba que crecía entre las tumbas, las gentes del pueblo, seguramente para darnos miedo, comentaban: «Esas tumbas de los campos están llenas de serpientes y hay una que es enorme».

Enseguida me pregunté: «¿Cómo de grande será esa serpiente?». Se me erizaba el vello al pensar en esas bestezuelas merodeando entre las lápidas. Además, sabía que las serpientes solían contar los pelos de la cabeza de los niños; si las dejabas, te agarraban y te llevaban con ellas. Por eso siempre que veías una, lo primero que debías hacer era alborotarte el cabello. «¿De veras quieres ir a echarles un vistazo?», me pregunté otra vez, y dudé, vaya si dudé… Pero finalmente me decidí a visitar el lugar.

En las tumbas había varios agujeros del tamaño de un puño y Tian

Kui señaló con el dedo uno de ellos. Dejé de respirar y me acaricié el cabello; luego me acerqué con suma precaución a aquella cavidad que se abría en la lápida. A principio no veía nada, solo gradualmente empecé a distinguir con más claridad: en el interior había una serpiente enorme y gruesa como como uno de esos tazones para beber té. Tenía la piel negra con marcas blancas, aunque no podía verla entera, tan solo una parte. Sentí que mi cuerpo empezaba a cubrirse de un sudor frío y discretamente di unos pasos atrás. Me senté en un lugar alejado de las tumbas y entonces me atreví a preguntarle:

—¿No has visto esa cosa?

—Sí, un par de veces.

—¿Y es muy larga?

—Como una de esas barras de madera que se llevan en las espaldas para transportar los cubos de agua.

—¿Y de qué especie es? —pregunté—. ¿No tiene una cresta en la cabeza?

—La tiene.

—¿Y de qué color?

—Rojo púrpura.

—¿Como las moras?

—Cierto.

—¿Y la has oído emitir algún sonido?

—La he oído.

—¿Y a qué suena?

—*Croac, croac*…, como los sapos cuando croan.

—¿Y cuando vienes hasta aquí cada día solo no tienes miedo?

—Desde que mi padre me cortó la mano, no le tengo miedo a nada.

IV

Recuerdo a menudo esas tardes de un calor sofocante, cuando Tian Kui era aún un jovenzuelo lleno de vida que podía hacer uso de toda la fuerza de sus dos manos. Nos reuníamos junto al estanque que estaba situado al sur del pueblo, colgábamos nuestras ropas en las ramas de los árboles y con los traseros al aire nos metíamos en el agua para capturar algún pez.

En el estanque crecían abundantemente el junco agrupado[16] y el carrizo[17]. Una vez dentro del agua, teníamos que abrirnos paso lo mejor que podíamos entre esa vegetación densa y hostil.

En cierta ocasión, cuando nos encontrábamos en el estanque, alguien gritó:

—¡*Ja*! ¡Por ahí viene el bueno de Xizi[18]!

El niño Xi, el único hijo varón del Tercer Viejo, era idiota.

Xizi, en efecto, llegaba corriendo tal y como había venido al mundo (quiero decir, totalmente desnudo) por una de las veredas que rodeaban el estanque, y su hermana pequeña, como de costumbre, iba detrás de él, persiguiéndolo con unas pocas ropas para cubrirle las vergüenzas.

Xizi contaba siete u ocho años en esa época, pero estaba muy desarrollado para su edad. Tenía mucho pelo, y muy negro, en sus órganos genitales, los cuales, para decirlo todo, también estaban muy desarrollados —su miembro viril era enorme—. Al llegar al estanque, permanecía de pie delante de nosotros, pero sin meterse en el agua. Al verlo así, desnudo y con su pene desmesurado colgándole entre las piernas, nos entraba la risa.

No recuerdo bien quién de nosotros fue el primero en gritar:

—¡A zurrarle! ¡A zurrarle con el barro del estanque!

Inmediatamente empezamos a sacar puñados de lodo del fondo para arrojárselos.

Uno de esos pedazos impactó directamente en el pecho de Xizi, pero eso no le hizo retroceder ni acobardarse. Más bien al contrario, se puso a reír.

Otro pegote de barro le dio en los genitales. Xizi se los cubrió con las dos manos.

Nos sentíamos felices y nos moríamos de risa.

—¡A zurrarle! ¡A zurrarle! ¡A zurrar a ese imbécil!

Cuando el barro fue a parar a su cara, tal como había hecho con los genitales, el niño Xi se limitó a taparse la zona dañada con las dos manos.

La *meimei* de Xizi insistía en ponerle a su hermano la ropa que llevaba con ella. Se colocó delante de él para cubrirlo, pero entonces otro de los fragmentos de lodo que arrojábamos sin parar hacia su hermano impactó en su pecho, y empezó a gritar y a llorar:

—¡No deberíais lanzarle puñados de barro! ¿O es que no os habéis dado cuenta de que es retrasado mental?

El siguiente fue a parar a su cabeza y de nuevo se oyeron gritos:

—¡Repito! ¡No deberíais lanzarle barro de esa manera! ¡Le vais a hacer daño! Mi hermano tiene un retraso mental… ¡No comprende nada de lo que le pasa!

Huanzi, la hermana del niño Xi, era una joven muy guapa, más o menos de la misma edad que mi hermano mayor. También el niño Xi era un joven muy apuesto, por eso las gentes de pueblo decían que era una pena que fuese idiota. La niña Huan seguía protegiendo con su cuerpo a su hermano, y varios pedazos de barro impactaron contra

ella. Llorando, nos gritó de nuevo:

—¡Sois mala gente! ¡El Cielo os va a castigar y os pudriréis en el Infierno! ¿Cómo os atrevéis a abusar de un retrasado mental? ¡Mala gente…, eso es lo que sois! ¡Gente horrible!

Tal vez por miedo a que el Cielo nos castigase o porque súbitamente fuimos conscientes de lo que estábamos haciendo, o quizá porque ya nos habíamos cansado, lo cierto es que dejamos de tirarle barro al niño Xi. Hubo algunos gritos más, pero después nadie volvió a decir una sola palabra. Solo se oyó el movimiento del carrizo y los juncos al vibrar.

V

Ese mismo día por la noche, mientras comíamos en el patio, Liu el Tercer Viejo irrumpió ante nosotros hecho una furia.

—Hermano Tercero, ha venido a vernos… Anímese y coma algo, esto está delicioso —le invitó mi padre, y a continuación se dirigió a mi hermana mayor—: Niña, vete a buscar un taburete para que se siente nuestro invitado, nuestro tío Tercero.

Liu el Tercer Viejo se dirigió a mi abuelo:

—Mi querido tío Segundo, nuestras dos familias no se han odiado nunca en la vida, ¿no es cierto?

Mi abuelo, con la mirada distraída, le respondió:

—Mi querido Tercer Viejo, ¿a qué viene esto? Durante muchos años tu padre ha sido para mí como un hermano. Juntos fuimos a la montaña de Yimeng con el Ejército de la Octava Ruta[19]; cuando atrapé la disentería, si no hubiese sido por el cuidado de tu padre, habría muerto. Mis huesos estarían ahora en el fondo del valle como los de tantos otros.

—Por supuesto que fue así…

Liu el Tercer Viejo respondió a las palabras de mi padre:

—Quería preguntar a ese par de sobrinos por qué este mediodía fueron tan crueles con el niño Xi y su hermana Huanzi.

—¿Qué ha pasado? —gritó mi padre, poniéndose de pie y señalándome a mí y a mi hermano mayor con el dedo índice. Estaba enfurecido ante lo que acababa de escuchar—. Vosotros dos, ¿qué habéis hecho?

Mi hermano mayor y yo nos pusimos de pie. Tartamudeando, contesté:

—Nosotros… nosotros no hemos hecho nada…

Liu el Tercer Viejo empleó un tono de voz lastimero:

—Yo, el Tercer Viejo, he pasado toda la vida cometiendo acciones inmorales[20], de esas que solo pueden acarrear una mala retribución, y por eso me ha nacido un hijo idiota. Ahora tiene más de veinte años y todavía sigue correteando completamente desnudo por todas partes… Su actitud me avergüenza mucho, y ni siquiera atarlo con una cuerda me sirve de algo: ¡se me escapa siempre! Es el Cielo que me ha castigado por mis malas acciones. No se puede hacer nada, un idiota es un idiota y lo será siempre… Si no lo fuera, aún habría una pizca de esperanza… ¿Por qué va siempre con el culo al aire? No me lo explico. Huanzi os suplicó que dejarais en paz a su hermano, ¿por qué no lo hicisteis?

Liu el Tercer Viejo se cubrió el cabello con las manos y se agachó.

Ante nuestros ojos, mi padre, agarró el taburete y lo hizo pedazos golpeándolo repetidas veces contra el suelo.

Mi abuelo gritó:

—Venid aquí, vosotros dos… ¡Arrodillaos ahora mismo ante el tío Tercero!

Sin perder un instante, nos arrodillamos ante Liu el Tercer Viejo. Mi hermano mayor, llorando, dijo:

—Tío, perdónanos, nos equivocamos…, pero no fue nuestra culpa.

—¿Y de quién fue la culpa? —preguntó mi padre al mismo tiempo que dejaba de golpear el taburete—. Decidme, ¿de quién fue la culpa?

—Fue… —Mi hermano mayor se resistía a darle una repuesta.

—¡Habla! —le gritó mi padre alzando en lo alto lo que quedaba del pequeño asiento.

—Pues fue Tian Kui —respondió mi hermano mayor—, fue él el instigador…, fue Tian Kui quien dio la orden de que lo hiciéramos.

Mi padre me golpeó con un trozo de madera que todavía tenía en sus manos y me preguntó con voz dura:

—Dímelo tú ahora, ¿quién fue el culpable?

—Tian Kui… —corroboré—, fue él quien dio la orden de hacerlo… Nosotros no tuvimos ninguna culpa, él nos lo pidió: «¡Arrojadle puñados de barro del fondo del estanque!», y así lo hicimos. Solo obedecimos órdenes; si nos negábamos, él…

—Si os habéis atrevido a mentirme —amenazó mi padre—, ¡os cortaré la lengua!

—No, nos atreveríamos nunca, padre —le tranquilizó mi hermano mayor—. Si no obedecía a Tian Kui, sus órdenes, si no lanzaba barro a Xizi para hacerle daño, entonces yo sería quien sufriría las consecuencias… Tian Kui se iba a vengar de mí.

—¿Y oíste con tus propios oídos que Tian Kui diera esa orden? —me preguntó mi padre, ahora hablando muy despacio.

—Lo escuché con mis propios oídos —respondí tan seguro como

pude—, Tian Kui lo dijo con claridad: si no le zurrábamos con el barro del estanque, nosotros lo pagaríamos muy caro…

—Tercer Viejo, mi hermano —dijo mi padre aún con los restos del taburete en sus manos—, no he sabido educar bien a mis hijos y te pido perdón por ello. Mira, este asunto…

—Hermano —intervino Liu el Tercer Viejo—, nuestras dos familias son amigas en la vida y en la muerte. ¿No crees que deberíamos olvidar este asunto? Sin embargo, hay algo que no comprendo: ¿por qué Tian Kui querría llevar consigo la responsabilidad de ese acto cruel? Pertenece a una familia que poseía tierras[21] y yo a una familia de campesinos pobres. De hecho, cuando luchábamos contra el abuelo paterno de Tian Kui, el viejo Tian Yuan, y los de su clase, si no hubiera sido por mi padre, que le tenía cierto aprecio, a ese hombre lo habrían matado en el acto. ¿No se estará vengando Tian Kui ahora? Tendré que ir a su casa para aclarar este asunto.

Liu el Tercer Viejo se marchó enrabietado.

Yo sentía que algo caliente corría por mi cuello: era la sangre.

Mi padre se pronunció con un tono solemne:

—Os lo voy a preguntar otra vez. ¿Fue o no Tian Kui quien mandó atacar al niño Xi?

Iluminado por la luz de la luna, pude apreciar que el rostro de mi padre estaba rojo como un hierro candente.

Mi madre aplicó cal sobre las heridas de mi hermano mayor y habló:

—Estos niños han estado a punto de morir por tu culpa. ¿Ya has acabado?

Llorando, le dije a mi madre:

—Madre, yo también tengo la cabeza rota…

—Ese Liu el Tercer Viejo —intervino indignada mi hermana mayor — siempre utiliza a su hijo idiota para abusar de los demás. ¿A qué vienen ahora esos aires de pobre víctima?

Mi padre arrojó el taburete al suelo y le gritó:

—¡Cállate!

VI

Muchos años después comencé a tener un sueño recurrente: bajo los sauces del pueblo había una forja[22]; el centro de la escena lo ocupaba la hoz de la mano izquierda blanqueándose gradualmente bajo las intensas llamas del fuego. No, en realidad ya estaba blanca, es decir, quemada. La hoja de la cuchilla ya era de acero, de ahí su color

blanco. El Tercer Viejo empleaba todas sus fuerzas para inflar el fuelle, que marcaba con su ritmo los movimientos de su cuerpo. El viejo Han utilizaba las pinzas metálicas para sacar la hoz de la mano izquierda de las llamas y dejarla sobre el yunque. Luego volvía a añadirle más hierro a la hoja y, con una maza no más larga que un bastón, golpeaba varias veces su superficie reluciente. Xiao Han se servía de su martillo de dieciocho *bang* para descargar con contundencia, en el mismo sitio en que lo había hecho previamente el viejo Han, sus golpes, que despedían un sonido semejante al del fuego cuando explota —un sonido seco y brusco—. El acero y la hoz se convertían así en una misma cosa. El Tercer Viejo abandonaba el fuelle por unos instantes y agarraba un segundo martillo. Con él a cuestas hacía soplar de nuevo el fuelle para ablandar el acero. De la fragua salían ahora llamas amarillas, y del yunque, unos destellos de luz blanca que iluminaban, unas y otra, los rostros de los herreros —esos semblantes de repente enrojecidos como el hierro incandescente —. Los tres martillos sacudían con fuerza y sin descanso, como si entre un golpe y el siguiente no corriera ni un soplo de aire. Una fuerza interna tumbaba montañas y revertía la corriente de los ríos, una fuerza poderosa como la de diez mil rayos que combinaba en un solo instante lo más frío y lo más caliente, lo más blando y lo más duro. Algo semejante a una música que aunara el más alto y penetrante con el más bajo y tenue de los tonos. En eso consistía el trabajo y la creación, y en eso también consistía la vida. Los niños y los jóvenes crecen de esa manera, y es así como sus sueños se hacen realidad. El amor y el odio se forjan vigorosamente de esta forma, y así aparecen y desaparecen de nuestras vidas.

Tras la forja de los tres herreros, la hoz para la mano izquierda quedó en perfectas condiciones y con una hoja muy afilada. Todo el mundo estuvo de acuerdo en que habían trabajado al máximo nivel que se les podía exigir.

VII

Muchos años después, la celestina de nuestro pueblo, una tal Yuan Chunhua, quiso arreglar el matrimonio de Huanzi, que se había quedado viuda, con Tian Kui. En esa época, tanto su padre como su hermano Xizi habían fallecido. Huanzi se había casado previamente con el herrero Xiao Han y cuando este murió, ella, la hija del Tercer Viejo, estaba embarazada de un niño.

Yuan Chunhua le comentó a Tian Kui:

—Todo el mundo dice que Huanzi está forzada a casarse porque se

ha quedado viuda, pero nadie lo hará con una mujer que lleva una criatura en la barriga. ¿La aceptarías tú como esposa?

Tian Kui respondió:

—Sí, la aceptaría.

FLORES TARDÍAS[23]

I

Justo cuando las hojas del sorgo se ponen rojas, la temporada alta para hacer turismo por los platós de El sorgo rojo alcanza en el terruño que me vio nacer su punto álgido. El Gobierno local decidió dejar intactos esos estudios de cine y televisión que había en la orilla norte del río Jiao donde se había empezado a rodar la telenovela homónima, *El sorgo rojo*[24]. Desde entonces, el lugar se ha convertido en una atracción que atrae cada año a innumerables turistas. Con el beneplácito de las autoridades locales, un empresario construyó de la noche a la mañana, en el área ocupada por una pequeña península, un complejo turístico de dimensiones colosales que se hizo célebre en todo el país. Cada vez que llegan las vacaciones del 1 de mayo (la Fiesta del Trabajo) y el 1 de octubre (el Día Nacional de la República Popular China) hordas de visitantes se presentan en ese parque temático. Cuando se repetía mis ojos esa escena grotesca, me parecía estar sufriendo al mismo tiempo una alucinación —había algo de irreal en ello que me costaba asimilar—. Los elementos formaban parte de un paisaje recién construido, algo demasiado artificial para mi gusto. Los bandidos, las autoridades locales… ¿Qué interés tenía contemplar aquello si era todo falso? No lograba explicármelo. Por si fuera poco, la residencia de las «cinco puertas» y sus habitaciones maltrechas, lo que había sido mi casa, se podían encontrar ahora por todas partes porque al empresario de turno se le había ocurrido utilizar la imagen de mi modesto hogar como logotipo publicitario del parque temático. ¡Mi casa miserable convertida en gancho para atraer a los turistas! A diario, inesperadamente, gentes procedentes de las cuatro esquinas del planeta aparecían por allí para visitarla, aunque no creo que en realidad pudiesen ver algo; de hecho, no veían nada. A pesar de que creo firmemente lo que acabo de decirles, cuando recibo la visita de alguien distinguido, salgo a su paso y acepto darle algunas explicaciones sobre lo que antaño fue ese lugar. Podría no hacerlo, pero al final siempre lo hago.

Unos cinco años atrás, mientras acompañaba a un amigo francés a ver la puerta de esa vieja residencia, me topé por casualidad con un antiguo vecino, Jiang el Segundo, cuyo nombre real era Jiang Tianxia (Jiang bajo el Cielo o, lo que es lo mismo, Jiang en este Mundo con Todos Nosotros). Durante los años duros de «la lucha de clases», un nombre como ese podía llevarte a la tumba en menos que canta un gallo, pues era el de Jiang Jieshi (Chiang Kai-shek), el líder nacionalista y acérrimo enemigo de los comunistas. Afortunadamente, el padre de mi viejo vecino era un veterano que tenía «la corrección de los campesinos» y «las raíces rojas», como se solía decir entonces, y eso era un salvoconducto en esos tiempos. Así que hacían pasar el apellido Jiang por puro accidente, eliminando cualquier relación con el generalísimo y su bando, pues no era nada fácil vivir en esos tiempos con tal nombre a cuestas. De haber tenido la posibilidad de cambiárselo, su padre se habría decantado por Jiang Tian, que podía leerse como «el Cielo de Jiang». Sin embargo, hubo quien le advirtió de que tampoco ese nombre le traería mucha suerte. Decidieron entonces ponerle Jiang Da, el Gran Jiang; una vez más, la alternativa no era adecuada. Finalmente, le quitaron el «cielo» (*tian*) del nombre y le pusieron un «dos», y quedó como le conoce ahora todo el mundo: Jiang el Segundo. Y a pesar de todo, yo mismo pude escuchar con mis propios oídos cómo mi vecino se quejaba de su padre: «¡Ay, padre…, es mejor que a uno lo llamen "perro" o "gato", resulta preferible a llamarse Jiang…!». Su padre le respondió: «Esa es una cuestión que solo depende de los ancestros. Yo no tengo ninguna culpa… ¿Por qué te estás quejando ante mí?».

—¡Jiang el Segundo! —exclamé al verlo—: ¿Estás ocupado?

Había oído tiempo atrás que Jiang el Segundo se había aprovechado de mi Premio Nobel para hacerse rico. Hubo quien me comentó: «¿No has visto a Jiang el Segundo? Resulta imposible detener el dinero cuando llega a montones… Tu vecino abrió un puesto al lado de tu antigua casa para vender tus libros y míralo ahora, al mismo tiempo vende especialidades locales, como recortes de papel, figuras de yeso, sandalias de paja, maderas esculpidas…». Sin embargo, el verdadero punto de inflexión en su vida, con lo que de verdad hizo fortuna, fue con la compra de todas las casas ruinosas del vecindario a un precio ridículo, como si fueran simples deshechos, y su renovación para crear un auténtico pueblo a imitación de los de antes. Aunque todo era falso, de la noche a la mañana levantó la hacienda de las «cinco puertas» que ahora se puede ver en el parque temático. Entre la antigua y la nueva instaló un toldo enorme bajo el cual construyó diversos puestos que arrendaba para distintos negocios. El local de la residencia de las «cinco puertas» fue alquilado por una familia de Qingdao. Cada año eran muchos los puestos que Jiang el

Segundo ponía a disposición de nuevos inquilinos procedentes de todos los rincones de la provincia, y hasta se contaba que se había casado con otra mujer —él ya tenía una esposa—, seguramente una querida; lo cierto es que para hacer una cosa así uno debía tener mucho dinero.

Años atrás, Jiang el Segundo tuvo un problema mental grave, y las gentes del pueblo pensaron que le había dejado tan tocado que se había vuelto idiota para siempre. Pero en realidad era el tipo más inteligente de nuestra comunidad y seguiría siéndolo a pesar de esa pájara que le entró y que le duraría tantos años. Durante ese tiempo, simplemente, estuvo haciéndose el tonto, razón por la que quedó exento de pagar un solo céntimo del impuesto agrario.

—¡Eh, eh!, por aquí estoy, haciendo algunas chapuzas para entretenerme… —me respondió, rascándose el cuello.

—¿Cómo es posible? Pero ¿no te habías hecho rico? —le pregunté. Mi amigo francés permanecía a mi lado, y yo le iba explicando—: Esta que ves al lado es mi casa, en ella he crecido, he segado la hierba, he cuidado del ganado… Desde aquí he bajado al río para pescar. Ya ves, ¡nada importante!

—No seas modesto —intervino Jiang el Segundo—, tu granja era mucho más grande y próspera que la mía…

—Hablando de tu casa, ¿dónde está?, ¿ha desaparecido?

—¿Ha desparecido? ¿Eso me preguntas? ¡Doscientos yuanes! ¡Por esa miseria la vendí…! Ahora es un descampado en el que solo viven unos cuantos saltamontes.

—¡Pero te has hecho rico! ¡No te quejes! —le contesté.

—*Dage*, mi hermano mayor, ya que así te considero… —replicó—, me he aprovechado de tu buena estrella, eso es todo. En su oscuridad sempiterna, nuestro pueblo entero se ha visto iluminado por tu luz. ¡Déjame que te invite a comer algo! ¿Te va bien este mediodía? Hay un restaurante de cocina típica del noreste de China, Dongbei, que es de un nivel excelente. Si quieres probar cualquier ave de granja, puedes hacerlo, y si prefieres aves salvajes, también. A tu gusto.

—Por cierto —cambié de tema—, recuerdo que eres un año más viejo que yo… ¡Soy yo quien debería llamarte hermano mayor!

Sonriendo, me replicó:

—Pero un *dage* no tiene que ser necesariamente alguien mayor que tú… ¿No estás de acuerdo conmigo? Por eso te quiero invitar a comer. En principio es para mostrarte mi respeto y para salvar mi honor, como agradecimiento a lo que has hecho por nosotros, pero en realidad lo hago porque te considero un buen amigo…

Le contesté:

—Te agradezco tus buenas intenciones, y no te preocupes de la

comida. De todas formas, me harías un gran favor si dejaras de vender esas copias piratas de mis obras…

—¡*Dage*, no me vegas con esas! ¡Yo nunca haría una cosa así! ¡Eso sería inmoral…! —Jiang el Segundo señaló con el dedo los innumerables puestos de vendedores que había en la residencia de las «cinco puertas» y añadió—: Toda esa gente está trabajando gracias a ti y ya les he dicho que no hagan tonterías.

—Pues te lo agradezco.

—¡De nada, *dage*! —aceptó—. Me honras con tu presencia, pero, insisto, déjame que te invite a comer y que esta invitación sirva como compensación a mis faltas. Así podré explicarme y tendrás una visión más amplia de lo que he hecho. ¿Sabes?, mi familia estaba compuesta por luchadores equilibristas y algo teatreros, pero fue mi abuelo quien me dio cierta educación y me enseñó cómo utilizar los puños…

Yo estaba helado de frío y mi amigo francés tenía las orejas y la punta de la nariz enrojecidas. Me apresuré a cortar la conversación:

—Mi querido Jiang el Segundo, hablamos otro día… ¿Te parece bien?

Acompañé a mi amigo al interior de la residencia y Jiang el Segundo gritó a mis espaldas:

—¡A partir de ahora ya no podrás llamarme nunca más Jiang el Segundo! ¡Llámame Jiang bajo el Cielo! ¡Ese es mi verdadero nombre! ¡Que quede claro!

II

El abuelo paterno de Jiang bajo el Cielo, Jiang Qishan, era conocido con el apodo de «la lombriz». Era bajito y de aspecto vulgar —nada en él llamaba la atención ni física ni intelectualmente—, pero las gentes del pueblo lo tenían en alta consideración. La razón de ese respeto era precisamente su habilidad para las artes marciales, en las que era un auténtico experto; pero había también otro motivo, algo que contribuyó a forjar su leyenda: había matado con sus propias manos a un soldado japonés, con cuyo fusil se quedó. Aunque se contaban varias versiones de la historia, nosotros nos las creíamos todas.

A principios de los años setenta del siglo pasado, un área ocupada por granjas cercanas a nuestro pueblo, situada junto al río Jiao y propiedad del Estado, fue convertida en un campo de barracas militares para alojamiento de la guarnición de Producción y Construcción de Jinan. En ellas se instalarían más de quinientos «jóvenes instruidos»[25] que procedían directamente de Qingdao. Vestían todos ellos uniformes de soldado, pero ninguno llevaba gorra,

medallas o insignias. Apenas algún mínimo detalle en sus atuendos permitía identificarlos como miembros de una guarnición militar.

A pesar de que su presencia en nuestras tierras conllevaba indudables molestias para la vida diaria de las gentes, esos recién llegados recibían de nuestra parte un trato más considerado que los auténticos soldados que a menudo pasaban por la región. Un profesor de la provincia sureña de Fujian, no obstante, se quejó, y tuvo la osadía de escribir al mismísimo Mao Zedong para hacerle saber que su hijo estaba soportando duras condiciones de vida en ese campamento.

Lo que más envidiábamos era la independencia y la libertad, verdaderamente inhabitual para la disciplina militar, que se respiraba en el lugar. Cada sábado por la noche los jóvenes veían una película en una sala de cine improvisada al aire libre en una cancha de baloncesto, y todos los niños y muchachos del área rural donde vivíamos nos aprovechábamos de esa situación. Los sábados se convirtieron entonces en nuestro día libre y ninguno de nosotros tenía ganas de trabajar. Aguardábamos con impaciencia a que el jefe de la unidad de trabajo nos anunciara que podíamos dar por terminada la jornada para salir corriendo; sin embargo, el hombre retardaba expresamente la orden para hacernos sufrir siempre más de la cuenta. Si durante la semana nuestro trabajo concluía muy temprano, los sábados parecía que el sol nunca iba a ponerse en el horizonte —los días eran larguísimos— y la probabilidad de que nos dejase salir antes era escasa. A pesar de que el jefe de la unidad era mi tío, lo odiaba profundamente. No solo yo, también todos los jóvenes y todos los niños del pueblo.

Cuando acababa el trabajo en el campo, dejábamos rápidamente las herramientas, agarrábamos algo de comer —algún alimento seco, por lo general, ya preparado de antemano— y nos dirigíamos sin perder tiempo hacia la cancha de baloncesto para ver la película. A veces nos perdíamos el principio. Los jóvenes instruidos que había en las granjas se ofendían con nuestra presencia: ¿por qué debían compartir aquel momento de ocio con los hijos de unos campesinos iletrados que, imaginaban, no comprenderían nada? Así que adelantaban el horario de la sesión, aunque hay que reconocer que al menos tenían la generosidad de dejarnos ver la mitad de la película.

Y para no perdernos siquiera esa mitad y llegar cuanto antes, a veces nos saltábamos las comidas. Cuando mi tío, el jefe de la unidad de trabajo, nos dejaba libres, levantábamos hacia el cielo nuestras manos para mostrar que ya no sujetábamos las herramientas y salíamos disparados hacia la granja del río Jiao. Corríamos tan rápido como podíamos, hasta que nos faltaba el aire. Al llegar al cine tras toda una jornada de trabajo, estábamos sedientos, hambrientos y muy cansados. Debíamos recorrer siete u ocho *li* de distancia, y cuando por

fin alcanzábamos el patio de la pista de baloncesto estábamos hechos una sopa. Fuera la estación del año que fuese, olíamos siempre mal, algo que causaba verdadera desesperación entre los jóvenes instruidos, todos ellos muy finos, educados y limpios, sobre todo ellas, cuyos cuerpos despedían un perfume natural delicioso y muy diferente de nuestro olor corporal. El sexo femenino de ese destacamento procedente de la ciudad de Qingdao nos odiaba con una intensidad inusual.

Ciertamente, nuestra falta de educación no ayudaba a mejorar las relaciones, pero lo que verdaderamente generaba problemas eran los argumentos de esas películas extranjeras que esos jóvenes contemplaban con veneración. Así, por ejemplo, durante la proyección de la película *Lenin en 1918*[26] y, luego, en uno de los fragmentos del ballet *El lago de los cisnes*, nos pusimos a gritar:

—¡Chang Lin, eres el joven más revoltoso y travieso del pueblo! ¿Te vas a callar?

A continuación, alguien en voz alta hizo un comentario sobre lo que estábamos viendo en la pantalla:

—¡Maldita sea! ¡Esa gente camina con las puntas de los pies y con un paraguas de papel encima del culo! Decidme, ¿nos están tomando el pelo o qué…?

Sí, en efecto, éramos muy inmaduros, muy ignorantes y unos auténticos incivilizados, y ello provocaba que los jóvenes instruidos alzaran las cejas y nos lanzasen miradas de reojo cargadas de odio. Justo aprovechando el momento en que cambiaban la bobina de la película, uno de ellos, un tipo muy alto y de cabello esponjoso, gritó:

—Mis queridos paletos, no nos vamos a pelear con vosotros porque hayáis venido a ver la película, pero os agradeceríamos en el alma que estuvierais quietecitos. No molestéis a los demás.

Sus palabras fueron sin duda muy correctas y educadas, pero iban a toparse con la oposición explícita de Chang Lin.

Concluido el cambio de cinta, todo quedó a oscuras y se reanudó la proyección. Solo los personajes de la película se movían y hablaban. Lo que sí se escuchaba de vez en cuando eran los pedos de Chang Lin —ya se sabe que los pedos, cuando suenan, no huelen, y cuando huelen, no suenan, pero los de Chang Lin sonaban y apestaban—. A pesar de estar rodeados de jóvenes instruidos que ocupaban sus taburetes, sentíamos que el olor nos ahogaba. En un suspiro el mal olor se expandió por la sala de cine improvisada y llenó el aire. Cada joven instruido que estaba cerca de Chang Lin se tapaba la nariz. Alguno, tras percibir aquel tufo, daba un salto como si se hubiera electrocutado.

Cada uno es diferente, y hay quien ha sido dotado por la

naturaleza de unas habilidades excepcionales. Por ejemplo, hay personas capaces de escuchar voces y sonidos que otras no perciben; otras ven cosas que para los demás resultan invisibles. De la misma manera, hay quienes son capaces de sentir ciertos olores que a otros les pasan desapercibidos. Chang Lin era uno de esos seres excepcionales que había nacido para algo excepcional: era capaz de tirarse unos pedos tremendos, olorosos y sonoros. Debido a esos superpoderes, las gentes del pueblo no se atrevían a provocarle y comentaban en privado: «Ese muchacho es la reencarnación de una mofeta». En realidad, Chang Lin era mucho más fiero que una mofeta. Los zorrillos solo desprenden mal olor para protegerse cuando se enfrentan a un peligro, pero él podía tirarse un pedo en cualquier momento. Facultades sobrenaturales como estas deberían ser considerados por la sociedad civil como algo anormal capaz de provocar revueltas entre la población e inestabilidad social —el campo de cultivo perfecto para el surgimiento de innumerables demonios—. Como es sabido, en un mundo en caos se distinguen dos tipos de personas: héroes salvapatrias o monstruos destructores de patrias, y la verdad es que ambos justifican su presencia con argumentos similares. Por ello, se puede afirmar que el demonio que Chang Lin llevaba en su interior era de la misma naturaleza que el que escondía su época.

Una luz brillante e intensa proveniente de un foco iluminó el rostro de Chang Lin. Unos cuantos jóvenes instruidos se abalanzaron hacia él y comenzaron a propinarle puñetazos. Uno de los golpes le dio directamente en la nariz y enseguida empezó a salir un chorro de sangre. Chang Lin se limpió la cara, lanzó un rugido y se lanzó a zurrar a los jóvenes instruidos que lo rodeaban. Era un tipo alto y fortachón, y además de buena familia. Su abuelo paterno había sido director de la Asociación de Campesinos Pobres y durante un tiempo lideró una división de sus integrantes bajo la consigna de «luchar contra los terratenientes» del lugar y acabar con ellos. Luego, nada más regresar a su casa, fue asesinado. En esa familia nació y se crio Chang Lin, que llevaba dentro todo el orgullo y la arrogancia de su época. Ya estábamos acostumbrados a ver cómo pegaba a la gente, pero nunca antes habíamos visto lo contrario: que le pegasen a él. Chang Lin, que se había convertido en un discípulo aventajado de Jiang Qishan, era por lo general muy bueno con los puños y los pies. Sin embargo, los jóvenes instruidos que le rodeaban le dieron una buena tunda en aquella ocasión. Chang Lin carecía de la fuerza necesarias para contratacar. Mientras andaba como loco, nosotros nos comportábamos como se comportan los bandidos ante el jefe: como si nada hubiese pasado. Encogíamos el cuello y nadie osaba pronunciar una sola palabra.

En esa ocasión, uno de los cuadros del Ejército que se encargaba de

los jóvenes instruidos, alguien que parecía algo mayor que los demás, se interpuso entre los que peleaban y ordenó que dejasen en paz a Chang Li. Luego se dirigió a mi compañero con palabras que pretendía expresar un elevado sentido de la justicia:

—Te llamas Chang Lin y sé quién eres, pero nuestro contingente de estudiantes y soldados todavía no te conoce. El año pasado nos robaste un par de pesas de acero. También, unas tijeras con las que cortaste la cola a uno de los caballos regalo de la Unión Soviética. Y no solo eso. Además, nos quitaste varias piezas del tractor. De todo esto nos acordamos como si hubiera sucedido ayer. Si no fuera por la familia en que has nacido, hace tiempo que te habríamos enviado a la policía local para que te dieran un escarmiento. Ahora vuelves a las andadas y te dedicas a alterar el orden público, transmitiendo a nuestros soldados tu gas venenoso y mortal. ¡Esto es un crimen y de los grandes! ¿O es que tampoco sabes lo que es un crimen de los grandes?

Chang Lin no se arredró, y de su boca ensangrentado brotó de nuevo un rugido. Sin embargo, por más que se esforzó, no fue un grito potente ni intimidatorio. Ni de lejos.

—Cuidáis del Cielo y la Tierra… ¿También os importan ahora mis pedos? Si me quiero tirar pedos, ¡me los tiro! Y si los pedos que me tiro os envenenan como su fuesen un gas mortífero y os morís por ello, es que vosotros, los jóvenes instruidos, ¡valéis menos que las mierdas de las gallinas!

El joven mando le previno:

—Chang Lin, presta mucha atención a lo que acabo de decir. Te lo advierto: si algo nos pasa a nosotros, a los soldados de este contingente, por tu culpa, lo vas a pagar caro. ¡Tú vas a ser el único responsable!

Chang Lin le replicó:

—Seré el responsable de los pedos, eso es todo, y si os morís, ¡tanto mejor!

—No le tienes miedo a nada, mequetrefe, y no reconoces tus errores… ¡Sabemos cómo montar en un burro! Espera y ya verás…

—Pues esperaré y ya veré… ¡*Ja*! —desafió Chang Lin.

En ese momento la película llegó a su fin en medio de un ruido ensordecedor, y las luces se encendieron. Parecía como si se hubiese hecho de día de golpe. De repente nos percatamos de que el rostro de mi compañero estaba cubierto de sangre —incluso la tenía entre los dientes—; su cabello estaba completamente revuelto, y todo ello le daba un aire cómico, entre patético y siniestro.

El mando militar le gritó:

—¡Soy el responsable de este contingente de soldados de la unidad de Producción y Construcción de Jinan y te declaro persona *non grata*!

¡A partir de ahora ni se te ocurra asomar la nariz en el área reservada al cultivo de los campos y el trabajo de las granjas! ¡Prohibido! ¿Te queda claro, pequeñajo?

Uno de los jóvenes instruidos se desgañitó:

—¡La próxima vez que nos molestes te vamos a romper esas patas de perro extraviado que tienes!

—Unos cuantos contra una sola persona… ¡Vaya banda de héroes de pacotilla que estáis hechos…! ¿Y os hacéis llamar soldados? ¡Gilipolleces! ¡Y encima lleváis un uniforme puesto! Si tenéis huevos, luchamos uno contra uno, como hacen los hombres de verdad en estas tierras. ¡Un duelo! ¡Uno contra uno y no en grupo! ¡Banda de cobardes! —Chang Lin intentaba defenderse entre sollozos y bravuconadas. Continuó quejándose—: Unos cuantos contra una sola persona… ¿Y a eso se le llama tener espíritu heroico? ¡Cobardes!

A nadie habría sorprendido que Chang Lin se hubiese mantenido en sus trece hasta el final, pero sus llantos nos confundían. ¿Tenía miedo? ¿Le dolían demasiado los golpes? ¿O lo estaba fingiendo?

Los jóvenes instruidos comenzaron a hablar acaloradamente, entre risas:

—Vale, vale… La próxima vez pelearemos una contra uno. Un duelo, como bien dices… Hemos ganado el campeonato de artes marciales de la municipalidad de Qingdao. También somos campeones de lucha libre. Incluso tenemos el premio al mejor papel de soldado en la Ópera local. En fin, que nos pelearemos como quieras. ¡Pero te vas a cagar en los pantalones, niñato de mierda!

—Pero que no se cague en los pantalones… ¡No! ¡Que se vaya a otro lado con sus malditos pedos…! En una pelea uno a uno con cualquiera de nosotros ese apestoso no duraría nada…

Entre las risas de los jóvenes instruido, el ambiente hostil se convirtió gradualmente en un juego de bromas para ridiculizar a nuestro compañero.

Chang Lin dijo:

—No he olvidado la cara de ninguno de los que se atrevió a pegarme. Una persona de buena cuna puede esperar diez días para poner en marcha su venganza[27]. Seguid con vuestras risas, ya veréis lo que va a pasar…

El mando sonrió:

—Venga, Chang Lin, ¡piérdete por ahí! Mientras no hagas gala de tu habilidad para tirarte pedos… Pero no olvides que si por casualidad te tiras uno te daremos otra paliza, te pondremos patas arriba y del dolor que sentirás vas a morderte los labios.

Chang Lin le replicó:

—Dices que no me permites tirarme pedos, ¿no es eso? Pues,

insisto, quiero seguir haciéndolo, ¡y espero que el olor os mate, hijos de perra!

Mientras los amenazaba con sus palabras, Chang Lin se frotó la barriga con las dos manos, abrió bien la boca, aspiró un poco de aire y a continuación se giró bruscamente, mostrando a todos los presentes su culo desnudo.

III

El siguiente sábado fuimos informados de que esa noche, en la granja, iban a echar una película albanesa titulada *Guerrilla subterránea*[28]. Inmediatamente entendimos que se trataba de una historia bélica. «¡Genial! ¡Maravilloso!», gritamos llenos de alegría, con los rostros vueltos hacia el sol. Pero el sol parecía soldado al horizonte, no se movía en absoluto.

Recuerdo que los terrenos donde sembrábamos el trigo quedaban lejos del pueblo, de modo que, durante aquellos días, cuando nuestra gente iba a trabajar a los campos, sus corazones echaban a volar desde muy temprano. Sin apresurarme lo más mínimo, con mucha calma, le dije al jefe del equipo:

—Oh, tío, esta noche ponen una película albanesa que se titula *Guerrilla subterránea* en el cine de nuestro pueblo, es una de guerra de las buenas. ¿No podríamos salir un poco antes? Jefe, usted, además, es mi tío, somos familia…

Pero él abrió bien los ojos y me contestó:

—Me importa un bledo que quieras ser un guerrillero bajo tierra o encima de ella; el trabajo hay que acabarlo, y solo cuando se acabe podréis iros. Estamos ya a 16 de agosto y la luna del día 15 es igual de redonda que la de hoy…

El jefe del equipo de producción alzó su mirada hacia el cielo y nosotros, por pura inercia, hicimos lo mismo. El sol seguía colgado del horizonte como si se hubiera detenido eternamente. Su color era de un rojo intenso, y en el este era visible una luna de enormes proporciones.

—Si queréis llegar a tiempo de ver la película, tenéis que poner más empeño en lo que estáis haciendo. ¡Hay que trabajar más duro! ¿Me oís? El sol todavía no se ha puesto y la luna ya está asomando —gritó mi tío.

—¡Compañeros, a currar con todas nuestras fuerzas! ¡No nos vamos a perder la película! —exclamó Chang Lin.

—¡Pues venga, que no se diga que somos unos holgazanes! —contestamos al unísono una decena de nosotros.

Como los bueyes del equipo de trabajo de Chun Tiansheng estaban enfermos —más de la mitad ya había muerto como consecuencia de una infección—, carecíamos de suficientes animales de carga y tracción para trabajar la tierra con eficacia, de modo que eran los seres humanos (nosotros mismos, vaya…) quienes debían tirar de las sembradoras en sustitución de las bestias. Tres individuos se encargaban de la máquina, que Chang Lin, uno de los operarios más fuertes y con mayor energía, podía sujetar simplemente con sus dos manos. Chang Lin era un auténtico maestro en el arte de manejar la sembradora. Yo y Jiang el Segundo aún éramos muy jóvenes[29] en esa época, pero nuestra capacidad de trabajo igualaba más o menos la de forzudo Chang Lin. Por eso actuábamos como sus ayudantes. Una vez que pasaba la sembradora, echábamos el grano en los surcos de la tierra, que cubríamos con grandes cantidades de estiércol y fertilizantes. La velocidad de la siembra dependía únicamente de la fuerza de nuestros cuerpos para arrastrar aquella pesada herramienta agrícola, ya que no teníamos bestias para hacerlo. También demostraban su habilidad para manejarla Guo Lin y sus dos asistentes, Xiao Qi y el Viejo Jiu, que, por cierto, de viejo no tenía nada: solo contaba dieciséis años. Los seis gritábamos:

—¡Compañeros, trabajemos duro para poder llegar a tiempo de ver *Guerrilla subterránea*!

Nos empleamos a fondo, con todas nuestras fuerzas, pero en nuestra cabeza sonaba una melodía triste, como esa música que se escucha en los dramas que acaban mal. Y mientras tanto, nuestros pies blandos y tiernos continuaban pateando con ahínco el áspero terreno. Las cuerdas de las máquinas nos comprimían los músculos y el ritmo de nuestros pasos era lento pero constante. Sentíamos el aliento caliente del jefe del equipo detrás. A decir verdad, manipular una sembradora no es lo mismo que arrastrarla, al menos en lo que al esfuerzo físico se refiere, pero en todo caso la tarea requería habilidad técnica y fuerza. Quienes ayudaban a sujetarla debían intentar en todo momento que hiciese surcos profundos en la tierra y empujar las agarraderas sin descanso. Era así como el huevo de piedra maciza y afilada de la sembradora se hincaba en el suelo, golpeando violentamente hacia delante y hacia atrás en los deflectores laterales de la máquina, de modo que la barra de hierro atornillada a aquel no se detuviese. Lo importante era que el balanceo de la barra fuera uniforme, con el fin de que las semillas de trigo se distribuyesen a su vez de manera homogénea y cayeran directamente en los surcos, junto con el estiércol que se recogía manualmente —del recipiente pequeño de la sembradora, pues el grande estaba reservado a las semillas—, quedando expuestas en las zanjas a la punta del tubo de la sembradora. A pesar de la coordinación, el esfuerzo físico y la

habilidad que exigía la tarea de cavar surcos y depositar las semillas de trigo, nosotros, que éramos muy jóvenes, lo hacíamos cada vez más rápido, por lo que el jefe del equipo, que sujetaba la máquina, también se veía obligado a acelerar su ritmo. El crujido del huevo de piedra de la sembradora, crispado y urgente, se percibía con claridad. El jefe del equipo de producción, mi tío, sujetando con las manos las agarraderas, parecía correr sobre el terreno, y nosotros, finalmente, pudimos ver cómo el sol, engrandecido y de un rojo intenso en el horizonte, ahora se iba escondiendo poco a poco. La luna, también enorme y majestuosa, aparecía con su color plateado en el lado este del firmamento, y eso quería decir que ya habíamos acabado con la siembra[30]. En condiciones normales, debíamos regresar directamente a nuestras casas junto con el jefe del equipo de producción, pero para llegar a tiempo a la proyección de *Guerrilla subterránea*, algo que ese día nos había exigido trabajar con más rapidez y eficacia que de costumbre, lo que habíamos aceptado sin dudar, a pesar de los gritos histéricos de nuestro jefe, nos liberamos de las cuerdas de las sembradoras, nos calzamos con nuestras zapatillas y nos dirigimos corriendo hacia la granja del río Jiao.

Aunque estábamos exhaustos, para ver una película como aquella sacamos fuerzas de flaqueza y corrimos, corrimos y corrimos… El 16 de agosto por la noche, los campos extensos son como un poema, uno de los más bellos. El viento del otoño ya empieza a soplar con cierta frescura. Se ha acabado de sembrar y solo queda ese sorgo tardío de pie bajo la luz de la luna… Corrimos, corrimos tanto como nos lo permitieron nuestras fuerzas. Pero cuanto más se apresuraban nuestras piernas, más acuciante se hacía el hambre en nuestras barrigas, más se nos llenaba de sudor el cuerpo y más insoportable era la sed en nuestras bocas. Corrimos hasta el puente nuevo del río Jiao; al cruzarlo, a unos trescientos metros, ya se divisaba la cancha donde pasaban la película. Sin embargo, la presencia de un almacén de grano de grandes dimensiones nos impedía ver la pantalla donde se iba a proyectar; únicamente podríamos escuchar las voces.

—Hermanos —propuso Chang Lin—, lavémonos la cara en el río, bebamos algo de agua, piquemos algo de comer, ¡y no permitamos que estos mierdas de «jóvenes instruidos» se rían de nosotros!

Por las escaleras de uno de los extremos del puente accedimos a la orilla del río. Pisando sobre las piedras, nos agachamos y con el agua del río nos limpiamos el barro que cubría nuestras caras. Luego, utilizando las palmas de las manos saciamos nuestra sed; tanto bebimos que nuestras barrigas se hincharon y nos sentimos pesados. Enseguida comenzó el dolor en los intestinos, cuyos ruidos escuchábamos al reanudar la marcha. Habíamos bebido demasiado, como a veces hacían los bueyes, y seguramente eran aguas

contaminadas. Parecía que la barriga nos fuese a explotar. Las tripas seguían haciendo ruido y yo sentí que me moría de hambre; sabía que todo el mundo estaba tan hambriento como yo.

Chang Lin volvió a pronunciarse:

—Compañeros, veamos en primer lugar esa película de guerra y, cuando hayamos acabado, os acompañaré a todos a la «máquina de cuidarse uno mismo».

En nuestra jerga, aquella expresión, la «máquina de cuidarse uno mismo», indicaba que íbamos a robar algo para llenar el estómago. Antes de su maduración, nos precipitábamos a los campos y cogíamos todos los granos que podíamos para comérnoslos crudos. Nuestra preferencia eran los maizales, pero si podíamos comer cacahuetes antes de que el maíz estuviese maduro, pues nos hacíamos con estos últimos. Nos parecía un manjar delicioso. En esa época del año, los campos estaban abiertos a cualquiera que quisiese entrar en ellos, y aún quedaban doscientos *mu* de terreno cultivado con boniatos de muy buena calidad.

Oía los intestinos vacíos de mis compañeros; Chang Lin hipaba de una manera evidente.

—Esta noche nos hemos pasado con el agua fría del río, y eso le va a dar más fuerza a mis pedos mortíferos. ¡Ah, maldita sea…! Si se atreven a pegarme de nuevo, ¡voy a soltarles todo lo que llevo dentro y se van a enterar esos hijos de papá!

Intentamos reír con todas nuestras fuerzas, pero no pudimos. El almacén de grano era demasiado grande y la cancha de baloncesto demasiado pequeña. La luz de la luna y una lámpara bañaban la superficie de los muros de cemento del granero, que, al final, era lo único que nos resultaba visible. Ni había pantalla ni jóvenes instruidos limpios y aseados. ¿Y dónde estaba la película? ¿Dónde? Nos habían dado una información falsa. Sí, nos habían engañado miserablemente. Entonces noté que ya no me quedaba fuerza en el cuerpo. Estaba tan decepcionado que me tumbé en el suelo y rompí a llorar desconsoladamente. Pero ¿de qué servía mi llanto en ese momento? De repente oímos una explosión muy violenta que provenía del interior del almacén y seguidamente unos disparos. ¡Cielos, era la película… la gran película bélica albanesa *Guerrilla subterránea*, que acababa de empezar allí dentro! ¡Qué nervios! No querían que viésemos la película y por eso la iban a proyectar dentro del granero. Buscamos la entrada, pero vimos que estaba medio cerrada y que un par de jóvenes instruidos, de pie, montaban guardia fusil en mano. Desde la puerta vimos que de una de las paredes del almacén colgaba una sábana que hacía de pantalla y que varios jóvenes instruidos estaban sentados en filas frente a ella, mirándola fijamente.

—Eh, muchacha, he oído decir que llevas cuarenta y ocho horas

sin comer ni beber, ¿es cierto? Esa no era mi intención…

—¡Aquí todos somos soldados de la Revolución!

La película ya había superado su primera mitad; nosotros habíamos llegado tarde, pero de nada nos habría servido llegar antes. El mensaje que querían trasmitirnos estaba claro: no éramos bienvenidos en sus sesiones de cine. ¿De quién era la culpa? Sobre todo, del bueno de Chang Lin, ese pedorro incorregible.

Chang Lin intentó abrirse paso y penetrar en el almacén, pero uno de los jóvenes instruidos que montaban guardia le golpeó con el fusil.

Chang Lin gritó furioso:

—¡Soldados! ¿Habéis tenido la impertinencia de golpearme con vuestras armas? ¿Os lo permite vuestro rango? ¿Dónde está vuestro honor? ¿Acaso el Ejército y el pueblo no son inseparables? ¿No estáis aquí para servirnos…? Ya lo veo… ¡Sois guerrilleros a las órdenes de ese jodido nacionalista de Jiang Jieshi (Chiang Kai-shek)! ¡Unos reaccionarios del Guomindang! ¡Unos traidores a la causa socialista! Por eso no nos permitís entrar. Pero nosotros tampoco vamos a dejar que os sintáis bien aquí… ¡Compañeros, hacia delante! A ver qué van a hacer ahora estos cobardes. ¿Nos van a disparar?

La arenga de Chang Lin acrecentaba nuestro odio hacia los jóvenes instruidos y, enfurecidos y a gritos, nos precipitamos en tromba hacia la entrada del almacén. Uno de los centinelas alzó su fusil y nos amenazó con disparar. Oímos una explosión, algo así como un tiro fallido, y aunque pareció que habían lanzado una bala contra alguno de nosotros, no ocurrió nada. El soldado arrojó el arma a un lado y se apartó. Luego supe que los fusiles que llevaban eran de pega y, aunque podían activar el gatillo, era imposible que salieran balas de su interior.

Chang Lin se dobló, muy enojado, y acto seguido se frotó la barriga; era evidente que estaba fabricando uno de sus gases venenosos en el interior de sus intestinos. Nos temimos lo peor, sucumbir a la fetidez, así que nos tapamos la nariz a toda prisa.

No se había tirado todavía ningún pedo cuando Chang Li recibió una patada tan contundente en el trasero que todos contemplamos estupefactos cómo su cuerpo se inclinaba descontrolado hacia delante y caía. Entonces, justo cuando la cara de Chang Lin daba contra el suelo, húmedo y pegajoso, generando un ruido sordo, escuchamos que una voz extraña y desgarrada salía de su boca. La combinación de ambos sonidos, de una violencia estremecedora, nos hizo sentir muy infelices.

La luna iluminaba los pies de alguien situado frente a nosotros; solo alcanzábamos a ver la mata de cabello revuelto de su cabeza y un rostro cubierto de granos —un rostro encendido y desencajado que

parecía el del mismísimo diablo—. Sobre el labio superior exhibía un bigote poco poblado, negro y aceitoso: se trataba de uno de los jóvenes instruidos que se había destacado por criticar anteriormente a Chang Lin. Más adelante supimos que se apellidaba Dan y su nombre era Xiongfei. Tanto su padre como su abuelo habían trabajado como obreros de los ferrocarriles. En esos tiempos, haber nacido en una familia así implicaba poseer todos los privilegios de una clase superior. Shan Xiongfei era un auténtico descendiente del proletariado, una estirpe a la que ninguno de los jóvenes instruidos pertenecía. Además, se decía que había ido a la universidad, había ingresado en el Ejército, se había hecho obrero, todo eso antes de llegar a las granjas junto al río Jiao. En una época donde el enchufismo y las ventajas de ciertos grupos sociales estaban de moda, Shan Xiongfei se convirtió en uno de los pocos jóvenes instruidos de las barracas independientes que no regresó a Qingdao; terminó casándose con una joven de nuestro pueblo llamada Wu Guihua. Con la caída de la Banda de los Cuatro[31], se vería obligado a trabajar en una fábrica de fertilizantes. Cuando le propinó aquella patada en el trasero a Chang, Lin Shan Xiongfei no imaginaba que años después se convertiría en yerno de un vecino del agredido, un tal Wu el Segundo Viejo. Más tarde, hasta se hizo amigo del propio Chang Lin.

Chang Lin fue, en efecto, atacado por detrás por Shan Xiongfei, y pareció como si los pedos que tenía guardados en el intestino salieran por la boca. Se arrodilló en el suelo y allí permaneció sollozando y vomitando agua en grandes cantidades, el agua del río Jiao —no entraré a describir cómo eran esos vómitos…, mejor no hablar de ello —. Cuando finalmente se puso de pie, tenía los labios destrozados y se le movían los dientes incisivos, entre los que colgaban hilillos de sangre. Como si se hubiese vuelto loco, preguntó:

—¿Quién me ha dado una patada?

Shan Xiongfei le contestó con desdén y chulería:

—¡Pues he sido yo! ¿Pasa algo?

—A pesar de haber estado todo el día tirando de una sembradora, a pesar de haber estado sembrando el grano y de haber corrido ocho *li* con desesperación para llegar hasta aquí con la intención de ver una película, a pesar de que este mediodía ni siquiera he podido terminar de comer un panqueque con cebollinos, a pesar de estar hambriento y exhausto y de tener los dientes rotos; a pesar de haber intentado entrar cortésmente en vuestro territorio y someterme a vuestra ley, ¡a ti se te ocurre darme una patada en el culo que casi me mata…! —La elocuencia de Chang Lin pudo al fin desplegarse con toda su fuerza y esplendor, aunque era de esperar que esos jóvenes instruidos, que habían obtenido ya sus certificados de enseñanza secundaria, no sintieran más que vergüenza ajena o desprecio ante el discurso de

nuestro compañero.

Chang Lin se dirigió ahora a nosotros:

—Compañeros, si hoy ese conejo de pelo rizado me da una paliza de muerte, por favor, llevad mi cuerpo sin vida a las orillas del río Jiao y me tiráis a sus aguas puras… He vivido más de veinte años en este mundo cruel, pero todavía no he visto el mar. Por eso confío en que, una vez dentro de las aguas del río Jiao, su corriente poderosa me lleve hasta el mar de la China Oriental para poder ver sus olas majestuosas. Pero si soy yo quien mata a ese hijo de su madre de una paliza, no podré regresar nunca más a casa… Por favor, decídselo a mis padres. ¡Esta es la dignidad de las clases pobres[32]! ¡Y por esa dignidad me sacrificaré siempre y moriré con la cabeza bien alta!

Dicho esto, se irguió y retrocedió unos pasos, se giró agresivamente, encaminándose hacia el lugar de la cancha que quedaba iluminado por la lámpara de mercurio y la luz de luna, y desde allí retó:

—Eh tú, ven aquí…

Acompañamos a Chang Lin a la pista, llena de jóvenes instruidos; pero lo que verdaderamente llamó nuestra atención fueron ellas, las jóvenes instruidas, que iban muy maquilladas y perfumadas, formaban círculos y daban muestras de agitación.

—¡Ven aquí, ven, valiente, tú, que no eres más que un conejo con rizos! —gritaba Chang Lin, mordiéndose los labios con rabia—. ¡O el pez muere o la red se rompe[33]!

—Oh, verdaderamente te había subestimado… —ironizó Shan Xiongfei—. Nunca hubiese imaginado que de tu boca pudiesen salir esas palabras tan atrevidas. ¿Dónde has aprendido a hablar así?

—¿Dónde lo he aprendido? ¿Eso es lo que quieres saber? —preguntó a su vez Chang Lin—. He sido un niño precoz, ya nací sabiéndolo.

—¿Y lo de saber luchar…, en qué tipo de lucha eres bueno? ¿En la lucha acrobática de las óperas o en la real contra otros hombres?

—¿De qué luchas me hablas? La lucha a muerte, en esa soy bueno.

—Pues ven aquí, valiente —lo desafió Shan Xiongfei, estirando los brazos de forma amenazante y sin perder la calma.

—¡Ven tú, cobarde! —replicó Chang Lin con los puños en lo alto y adoptando la posición del caballo que empieza a dar pasos hacia delante—. ¡Ven, anda!

—¡Ven tú, he dicho! —gritó con agresividad Shan Xiongfei mientras amagaba con golpearlo con el puño cerrado. Chang Lin buscó detenerlo, pero no tuvo oportunidad, ya que Shan Xiongfei retrajo su mano a medio camino y con ese truco dejó en ridículo a su oponente.

El grupo de jóvenes instruidos que estaban a su lado comenzaron a

reír. El segundo puño de Shan Xiongfei volvió a lanzar destellos deslumbrantes en el vacío al dirigirse al rostro de Chang Lin, pero esta vez iba en serio, y el golpe impactó sobre nuestro compañero, que, como perro sarnoso con la entrepierna dolorida, agarró a Shan Xiongfei de los pelos, y le dio media vuelta para hacerle caer. Pero Shan Xiongfei, a su vez, sujetó a Chang Lin por la parte superior del brazo y con la otra mano le agarró la entrepierna. Los dos cayeron al mismo tiempo al suelo, Shan Xiongfei arriba y Chang Lin abajo, lo que, según las reglas de la lucha, significaba que este último había perdido. En ese momento lo comprendí todo: no estaban peleando a vida o muerte, simplemente era una cuestión de ver quién dominaba a quién. Nada más que eso. Y, efectivamente, la fuerza bruta de Chang Lin no pudo con la habilidad y la astucia de un especialista y buen conocedor del arte de la lucha como Shan Xiongfei, y eso que había sido un duelo de los de verdad: de uno contra uno.

Los jóvenes instruidos aclamaron al vencedor, mientras que nosotros nos quejamos de que el combate había sido desigual, pues Chang Lin estaba en inferioridad de condiciones, y explotamos:

—¡Qué injusticia! ¡Chang Lin había pasado todo el día trabajando en el campo y llevaba varias horas sin comer! ¡Y tú, canalla, te habías tomado para cenar dos bollos al vapor rellenos de carne!

Shan Xiongfei nos replicó con la misma arrogancia de siempre:

—Oh, no sois más que unas chinches apestosas[34] y ahora vais de víctimas… Olvidaos de lo de hoy, ya lo sabéis para la próxima vez: ¡Comed antes de venir!

Chang Lin se dirigió a Jiang el Segundo:

—Mi querido Jiang, búscame algunas de esas hojas de terciopelo[35].

Al lado de la cancha había una pila de madera podrida y junto a ella crecían en estado salvaje esas plantas de hojas gruesas y atrofiadas. Unas florecillas amarillas habían brotado en sus ramas, y las vainas de las semillas estaban muy tiernas. Nos dirigimos hacia el lugar donde se amontonaban los maderos y cada uno de nosotros recogió unas cuantas vainas y hojas tiernas, que inmediatamente nos zampamos. Las denominamos «bollos de yute al vapor».

Chang Lin, sentado en el suelo, se entretenía en colocar en orden delante de él las hojas aterciopeladas y las vainas de las semillas. Una a una se las iba llevando a la boca. El olor a verde de esas plantas penetraba a través de los orificios de nuestras narices y nos llevaba al pasado, cuando en clase el maestro las utilizaba para dar de comer a los conejos. Las hojas aterciopeladas, nos decía, eran un alimento muy bueno y especialmente nutritivo.

Chang Lin se había convertido en algo parecido a esas plantas: un individuo bruto y grosero que creía poder entrar así, por las buenas,

en el mundo de los jóvenes instruidos que habían recibido una educación de la que él carecía. Seguramente ellos nunca antes se habían encontrado con nadie de las características de Chang Lin. Había en ese grupo una muchacha que con el tiempo llegaría a ser una escritora de cierta fama. Más tarde leí un ensayo correspondiente a ese período que había titulado *Las gentes que comen yute*. Contenía una descripción muy vívida de los modales de Chang Lin cuando se alimentaba. Escribió:

¿De dónde había salido esa gente? ¡Eran como machos cabríos muertos de hambre! Ver cómo de las esquinas de la boca de ese individuo salvaje chorreaba la savia verde de las plantas nos hacía tragar saliva y mirar a otra parte. Vi cómo de su cabeza salía repentinamente un cuerno.

Tras ingerir las vainas y las hojas aterciopeladas que le estaban reservadas, Chang Lin se dio un masaje en la barriga y a continuación, unas palmaditas como quien se ha quedado saciado. Ejercitó por un instante las articulaciones de su cuerpo, lanzó un rugido y se precipitó hacia Shan Xiongfei. Este, a su vez, se apresuró a agarrar de los brazos a su oponente, que, sin embargo, se quedó atrás y, alzando las dos piernas, dio un salto y se lanzó sobre él para golpearlo y pisarle la barriga una vez que quedó tendido en el suelo mientras él permanecía de pie. Cualquiera, después de un golpe como aquel, habría salido dando vueltas por el suelo, pero no Shan Xiongfei. De hecho, cayó al suelo, pero era consciente de que debía levantarse inmediatamente porque había sido bien entrenado y sabía cómo amortiguar ese tipo de golpes. También tenía claro que el secreto de toda victoria en una lucha cuerpo a cuerpo consistía en incorporarse lo antes posible. Al caer, su imagen recordó a un sapo bocarriba tendido sobre una superficie de cemento. De su garganta habían salido extraños sonidos, como si se le hubiese partido el cuello, aunque tal vez fuera la nuca lo que se había roto. Todo era posible. Lo cierto es que con toda rapidez, desde el suelo, agarró una de las piernas de Chang Lin y lo hizo caer. En este tipo de luchas, la victoria y la derrota oscilan constantemente de un lado a otro, de modo que el desenlace era difícil de predecir. Chang Lin se sentía muy fuerte, fortísimo, porque su barriga estaba llena de yute y bollo de hojas aterciopeladas. Su fuerza bruta era legendaria y su fama había llegado a varios *li* de distancia del pueblo, pero Shan Xiongfei era el experto en el arte de la lucha y sabía muchos trucos —y resultaba imposible defenderse de todos ellos—. Chang Lin fue quien posteriormente rodó por el suelo y no Shan Xiongfei. Apoyándose con sus manos y sus codos, aquel pudo por fin recuperarse y, mientras permanecía tumbado, comenzó a encoger y cruzar sus piernas como si fueran unas tijeras que se abren y se cierran. Finalmente, con una de ellas impactó en la parte baja del

vientre de Shan Xiongfei, que lanzó un grito desgarrador, dobló la cintura y se desplomó sobre el suelo quedando sentado sobre sus nalgas.

—¡Ahora ya sabes lo que es el golpe de la pata del pato mandarín en el arte del boxeo del Dragón de la Tierra[36]! —dijo Chang Lin, jadeando—. ¡Solo aprendí dos golpes de los veinticuatro posibles de esa disciplina! ¡Uno es el de la pata del pato mandarín y el otro, el del corte central de las tijeras!

—¿Y quién fue tu maestro? —preguntó lívido Shan Xiongfei.

—¡Jiang Qishan! ¡Ese fue mi maestro! —respondió orgulloso Chang Lin.

Jiang el Segundo afirmó entonces:

—¡Ese era mi abuelo!

IV

Cuando el gran escritor japonés de Kitakyushu, Tsuruta Sawaki[37], vino a China, sabía que yo estaba en esos momentos en Gaomi, y lo primero que hizo fue montarse en un coche para venir a visitarme tan rápidamente como le fue posible. Como viejos amigos que éramos, el encuentro nos llenó de alegría. Ansiaba que le llevase a dar un paseo por mi terruño; según recordamos, diez años atrás él mismo me había enseñado sus propiedades, y yo le había prometido hacer lo mismo en alguna ocasión.

Lo primero que hice fue conducirlo hasta mi antigua residencia —fue precisamente eso lo que me pidió—; al llegar, de sus ojos brotaron inesperadamente unas lágrimas. Le expliqué que, en aquella época, era una casa de las de nivel medio, ni de las mejores ni de las peores. De hecho, todas eran de ese tipo y, además, le conté, en ellas reinaba siempre la alegría de vivir. Detrás de nosotros iba nuestro Jiang el Segundo, o no…, mejor dicho, Jiang Tianxia —«Jiang bajo el Cielo»—, pero que ahora se hacía llamar Jiang Zong[38] —el jefe Jiang—, lo que le otorgaba un aire más tradicional y de mayor autoridad, como miembro de la empresa de la Civilización del Dragón que quedaba situada en el cantón noreste de Gaomi. Sin venir a cuento, habló así:

—Por supuesto que era así…, esta era nuestra rutina diaria: la pesca en las aguas el río, los dátiles rojos que robábamos de los árboles, ir a las granjas a ver películas, la práctica de las artes marciales con los jóvenes instruidos que venían de la ciudad, y mucha, ¡mucha alegría…!

Me quedé mirando la cabeza afeitada, brillante y tersa de ese hombre; en efecto, a la gente muy civilizada y con mucha cultura de

nuestro país le gustaban las personas como Jiang el Segundo, con esa clase de cabeza.

Jiang el Segundo, ese pueblerino, se había convertido en un tipo excéntrico que llevaba zapatillas de tela y pantalones anchos y flexibles de color negro, además de una camisola también negra al estilo chino; en su pecho exhibía un dragón bordado, de tono dorado y aspecto amenazante, y detrás, en la espalda, tres caracteres chinos al estilo *caoti*, también bordados a gran tamaño, que afirmaban con rotundidad: «El dragón que se arrastra sobre la Tierra»[39].

No pude reprimirme y me lamenté mientras suspiraba amargamente:

—Hermano Jiang, al menos hace cinco años que no te veía, y ahora que te encuentro estás hecho todo un hombre, un gran patrón. Nunca me lo hubiera imaginado…, y, además, creo que has alcanzado un nivel cultural nada desdeñable. —Mis palabras estaban llenas de ironía y tenían la intención de ridiculizarlo. Habíamos ido juntos a la escuela primaria, donde ninguno de los dos duró mucho, y en esa época Jiang Tianxia pasaba por ser un niño retrasado mental —así lo trataban todos— que tras cinco años no aprendió nada y solo llegó al tercer grado; era un dolor de cabeza para todos los maestros.

—*Dage*, mi gran hermano —me dijo—, para seguir adelante en esta vida, las personas dependen de su suerte como los caballos dependen de sus músculos para seguir caminando, y como la suerte de los conejos de los campos depende de las viejas águilas rapaces[40] que revolotean en el cielo. Mi suerte me ha llegado contigo, mi *dage*, y hoy te quiero invitar a ti y a tu amigo extranjero a comer.

Nos fuimos, pues, a regañadientes y sin ningunas ganas, con el jefe Jiang y su secretaria, Xiao Shan, hacia el cuartel general de su empresa de actividades culturales. Allí estaban las cinco casas que se había apresurado a construir. Le pregunté:

—¿No me habías comentado que estas habitaciones estaban alquiladas a unos escritores de Qingdao?

A cierta distancia de mí y con desdén, me respondió:

—Esos escritores son todos unos impostores… y, hablándote con franqueza, *dage*, hay uno que se pasa el día entero escondido en uno de esos cuartos falseando tu caligrafía… Y luego monta fuera un puesto con esas letras de imitación y se forra a tu costa, *dage*…

—¡Oh, y vaya negocio que debe de hacer…! —exclamé con ironía.

—Y hablándote con franqueza, *dage*, la caligrafía de ese tipo es mucho más bella que la tuya… ¡No tiene comparación…! ¡Ese tipo es un maestro en el difícil arte de escribir caracteres chinos! Fui a denunciarlo a la Oficina de Cultura para que se lo llevasen porque creía que estaba abusando de ti, pero los de la Oficina me pararon los

pies. «Eh —me dijeron—, que no hay para tanto…, ese tipo no está haciendo nada malo… ¡Más bien todo lo contrario!»… ¡Te estaba dando más gloria, *dage*, de la que ya poseías…! ¿Te lo puedes creer…?

Le repliqué algo mosqueado:

—Pero ¿qué me estás contando, hermanito? ¿No te gusta la caligrafía de tu *dage*…? Todavía posee el olor auténtico de la caligrafía de tu hermano mayor…, y si apesta, por muy mal olor que desprenda, ¡debería seguir gustándote porque la mía es auténtica! ¡Oh, cállate, por favor! Mi querido Jiang el Segundo, ¡eres tan exagerado cuando hablas…!

Mi amigo japonés y yo nos sentamos con la intención de comer y beber algo en una sala decorada lujosamente como los salones de los palacios de la antigua China, que quedaba dentro de la compañía de artes marciales del estilo *dilong*, el estilo del Dragón de la Tierra, de Jiang el Segundo. La secretaria, una mujer de ojos grandes y cejas gruesas, con una cabellera espesa y rizada, nos servía té. Hablaba con el fuerte acento de las gentes de Qingdao. Jiang el Segundo quería presentármela, pero le dije que no era necesario.

—¡Ah! ¿Así que entonces tú eres Zhuoya? ¿No es así…? —le pregunté a ella, sonriendo.

—Tío, Zhuoya es mi hermana mayor; yo soy Shula.

—¿Y tu padre va bien? ¿Se ha jubilado?

—Se ha jubilado.

—¿Y reside ahora en Qingdao?

—De hecho… el jefe Jiang le ha contratado para que se venga a trabajar aquí como consejero de artes marciales. Si le apetece, podrá verlo esta tarde…

Jiang el Segundo nos pidió que rellenáramos una papeleta con el nombre de los platos que deseábamos, un empleado del hotel-restaurante nos los trajo, en su automóvil eléctrico. Había vegetales, carne de diferentes aves, pescado y cualquier tipo de alimento que pudieses imaginar. Yo comenté que los puerros me parecían lo mejor. ¡Eran enormes y buenísimos!

Jiang el Segundo se dirigió inmediatamente al camarero:

—Venga, niño, no te demores y ve a por más puerros al distrito de Zhangqiu. Y no te olvides de la salsa de soja fermentada. —Jiang el Segundo continuó hablando; se dirigió a mí—: *Dage*, a pesar de los años que has estado fuera, ¡no has perdido el gusto…!

Buscando a propósito un tono filosófico, le respondí:

—El Cielo puede cambiar y la Tierra también puede cambiar, pero el sabor de la buena comida no cambia nunca… ¿Te acuerdas de Chang Lin y de lo que comió aquella noche cuando se peleó con Shan Xiongfei?

—¿Cómo iba a olvidarlo? ¡Se nos ha quedado grabado para siempre a todos en nuestras cabezas! —respondió Jiang el Segundo—: ¡Comió hojas de yute y esos bollos rellenos con las hojas aterciopeladas…! Y por eso, luego, pudo emplear con tanta eficacia la estrategia de las patas del pato mandarín y tumbar al chulo de Shan Xiongfei. ¡Vaya lección le dio! —dijo riendo—. El viejo Shan tuvo un par de hijas y responsabilizó a Chang Lin de ello: «Ese día, le dijo, me rompiste los huevos y ahora ¡solo puedo tener hijas!». Chang Lin le contestó que los huevos ya los tenía rotos antes de luchar con él… «¡Utiliza los míos, si quieres!»…

—¡Jefe Jiang, por favor! —saltó indignada Shan Shula, precisamente una de las dos hijas de Shang Xiongfei—. ¡No voy a permitir que hables de mi padre en esos términos!

—Pero ¿qué he dicho de inapropiado? —respondió Jiang el Segundo—. Mis palabras huelen y saben muy bien, y su aspecto también es inmejorable. Nuestro *dage* ha recorrido un camino largo hasta llegar hasta aquí y aún le debemos muchos más honores. ¡Y no olvides probar este vino del Dragón cuya receta secreta fue elaborada por nuestros ancestros, los de la gran familia Jiang!

Entonces, Jiang el Segundo sacó un botellín que llevaba una etiqueta con un dragón, sobre la que se podía leer claramente «vino del Dragón», y lo destapó. Cuando nos lo sirvió en un pequeño bol, observamos que se trataba de un líquido verde muy aguado con un olor muy fuerte y difícil de reconocer que penetraba rápidamente en la nariz.

—¡Vaya vino! ¿Y no es veneno? —le pregunté sin ánimo de ofenderle.

—*Dage*, este vino también es como tú… Si otra persona hubiese osado decirme algo así, ¡no le habría dejado un solo diente en la cara! Este vino es excelente para mantener una buena salud. Ayuda, en general, a que todos nuestros órganos funcionen mejor, cura las heridas. ¡Es mágico, *dage*…! El profesor Li Wenhai, uno de los especialistas de nuestro terruño y buen conocedor de todo lo relacionado con venas y arterias, lo ha sometido a un test muy riguroso y ha llegado a la conclusión de que el vino del Dragón mejora considerablemente la circulación de la sangre y hace desaparecer los coágulos. *Dage*, ¿acaso sabes lo que son los coágulos de sangre? Ah, no lo sabes y no te importa… Pues para decirlo en pocas palabras, este vino es pura ambrosía. ¡Un elixir de la inmortalidad!

—Mi querido Jiang, no me vengas con historias… —me puse serio —, este vino es más falso que tú.

—*Dage*, quien te habla en estos momentos, Jiang el Segundo, quiere cuidar a tu amigo extranjero, Tsuruta Sawaki, y para mostrarle nuestro sentido de la hospitalidad, quiere darle a probar este vino

excepcional que ha salido de una receta de nuestros ancestros, gentes de nuestra tierra inmemorial… Dentro de unos días te pediré que vengas de nuevo a verme y hablaremos, ya verás… —continuó diciendo mientras alzaba su pequeño bol con ese vino verde—: Y también le pediré a Xiao Shan que lo beba. Xiao Shan, acércate, anda…

—Jefe Jiang, no tomo alcohol —rechazó ella.

—Niña, no me vengas con tonterías… ¿Solo puedes beber agua? Si puedes beber agua, puedes beber vino. Ven, anda, y bebe en lugar de tu padre. Debes hacerlo por él.

—Jefe Jiang, es una cuestión de seguridad pública… Tengo mis dudas de que un trago de ese vino me vaya a sentar bien.

—¿Qué me dices? —se molestó Jiang el Segundo, abriendo bien los ojos. Seguidamente añadió—: Dime, las vidas del *dage*, del gobernador de la provincia, del alcalde, todas sus vidas… ¿acaso la tuya vale más que las suyas? ¡Todos quieren probar este vino famoso! ¿Te crees tú superior a ellos? ¿Y no has visto lo que les pasa a las ranas cuando beben el agua de los desagües? ¡Se les hincha la barriga y se les llena la piel de granos…! He sido el primero en probarlo, ¡y ahora estaría bajo tierra si hubiese algo de veneno en él! ¡A vuestra salud, compañeros!

Para no enfadarlo más de lo que ya estaba, ingerí medio bol de ese vino extraño, y mi amigo, el gran escritor japonés Tsuruta Sawaki, tras ver al anfitrión vaciando su ración, se decidió sin dudarlo a repetir el mismo gesto y no dejó una sola gota en el recipiente. Shan Shula, por su parte, apenas le dio un sorbo. Jiang el Segundo abrió uno de sus ojos y Shan Shula le dijo:

—Jefe Jiang, por favor, un poco de piedad, ahórreme este suplicio…

—Ni hablar, niña —replicó el jefe Jiang—, te digo que lo bebas por tu padre, que no puede estar aquí. Tu padre tenía mucho aguante; no comprendo cómo tú has podido salir así. ¿Acaso no saben las gentes del cantón noreste de Gaomi lo que cada uno hace en ese pueblo?

Shan Shula le respondió:

—Pero cada uno es como es, ¡y yo soy como soy!

—Pero ¿y quién coño es ese otro y quién coño eres tú, niña? ¡No entiendo un pijo de lo que me dices! —le dijo, airado, Jiang el Segundo—. ¿No hay un Cielo y una Tierra? ¿No estoy yo y estás tú? De un dragón nace un dragón y de un ave fénix nace un ave fénix[41]. ¿Y un ratón?, dime, ¿de dónde nace un ratón? ¿Del agujero de una pared? ¿Y la hija del mismísimo Shan Xiongfei no bebe alcohol? Quiero que te hagas un test para saber cuál es tu adn. ¡Tú no puedes ser la hija de Shan Xiongfei!

—Jefe Jiang, todo lo que ha dicho es una tontería. Me beberé un bol de ese vino adulterado, si es que se le puede llamar vino a esa agüilla contaminada, para ponerle contento a usted. Esta tarde tengo una representación, ¡y no puedo permitirme el lujo de olvidarme de las palabras! ¡Me bastará con un bol! —Shan Shula cogió un bol enorme repleto de vino y se lo bebió de un trago. En su rostro apareció de repente una expresión de heroísmo; su cara, de hecho, me recordó a la de su padre, Shan Xiongfei. Le pregunté:

—Tu padre trabajaba en esa época en una fábrica de fertilizantes y comía solamente del grano que se reservaba para la alimentación; ¿cómo pudo dejar embarazada a su mujer de un segundo niño si apenas podía alimentarse a sí mismo? ¿Le dejaron?

—¿De un segundo embarazo, dices? Y de un tercero si le hubiesen dejado a ese privilegiado… —dijo con malicia Jiang el Segundo.

—Tío, no ha entendido bien al jefe Jiang… Mi padre tenía un *hukou*[42] de centro urbano mientras que mi madre lo tenía de una zona rural; eso significaba que podían tener un segundo hijo.

—Pero un segundo embarazo… No lo comprendo. ¿Dónde está tu hermano ahora?

—Tío, en todo caso, ahora no hay nada que temer… Mi madre me trajo al mundo y sin que nadie la viera me entregó a una tía materna para que se ocupase de mí. Se le dijo a la gente que había nacido muerta, y después nació mi hermano pequeño.

—Bueno, esa manera de traer niños a este mundo también requiere de mucha valentía… ¡Morirse de hambre y armarse de valor…! —dije, conmovido.

—¿Y tú te crees esas historias? Todos los asuntos de este mundo son así… No importa lo alta que sea la montaña, siempre habrá un pájaro que alcanzará la cima, y no importa lo trabada que sea la red, siempre habrá algún pez que se escapará. Vale, dejémoslo, ya han llegado los puerros y la salsa. Oh, ni el Cielo ni la Tierra juntos se pueden comparar con un buen plato de puerros, así como ni un padre ni una madre pueden compararse con un arroz cocido en su punto… Venga, *dage*, métele mano. ¡No te hagas el finolis ahora!

Agarré uno de los puerros y lo mojé en la salsa amarilla de soja fermentada, y luego, *ñam*, le di un mordisco. Ciertamente, aquello me sacudió. De hecho, me despertó el espíritu heroico y hasta la nostalgia por la vida pasada en mi terruño. Esos puerros con su salsa, una vez en la boca, bañados con algo de vino caliente, se convertían en una delicia de gusto suave y aromatizado. Tsuruta Sawaki nos acompañó como un niño tímido y bien educado en la ingestión desmesurada de puerros, mientras daba tragos igualmente desproporcionados a ese vino amargo de Jiang el Segundo. Nos faltó un pelo para emborracharnos; tan solo mi amigo agarró una buena cogorza. No se

puso a llorar ni a armar bulla, ni siquiera gritó ni se quejó, simplemente permaneció en silencio, sonriendo con aire beatífico. En esos momentos parecía un niño, aunque en realidad tenía cincuenta años y no se aguantaba de pie. Xiao Shan se lo llevó a un sofá para que durmiese la borrachera y, mientras, Jiang el Segundo y yo continuamos comiendo como cerdos y recordando los buenos tiempos. Jiang el Segundo no tenía ni idea de lengua y literatura, y en cuanto a las matemáticas, parecía un auténtico idiota, pero de vez en cuando y sin venir a cuento citaba a los clásicos y sonaban bien cuando salían de su boca:

—*Dage*, ¿qué dijo el abuelo Mao…? *Reminiscencias de esos años todavía que están tan vivos en nuestra memoria*[43]. ¿Y qué dijo el abuelo Su…? *Extrañaba a Gong Jin cuando Xiao Qiao se casó por primera vez, oh, aquella de belleza insuperable*[44]… *Dage*, ¿y tú?, ¿qué dijiste tú? *¡En el cantón noreste de Gaomi se encuentran las gentes más heroicas, las más cabronas, las que tienen más aguante al alcohol y las que más pueden hacer el amor!*[45].

»La cultura del abuelo Mao y del abuelo Su eran de un nivel superior y sus pensamientos, profundos; o al menos eso dicen los entendidos, pero no tienen nada que ver con el dominio magistral del lenguaje del que tú haces gala, *dage*. Tú ere sin lugar a dudas muy superior a ellos. ¿Cómo describirías su estilo, *dage*? Sus tortugas locales, *dage*, hablan como realmente lo hacen las tortugas locales de verdad, y huelen como los huevos podridos mezclados con dientes ajo… Un olor inconfundible que te tira para atrás como si te hubieran dado un puñetazo, pero un olor auténtico como la vida misma que se respira en estas tierras. Oh, *dage*…, decíais todos que yo era un idiota, pero no lo era, no, no lo era… Nuestras gentes, las de la casa del viejo Jiang, ya los sabes tú, ¡maduramos tarde! Somos flores tardías. Cuando los otros son listos, nosotros somos tontos; cuando los demás quedan exhaustos o se deprimen, nosotros, por puro afán de compensar, nos sentimos más vivos y alegres que nunca, no olvidamos lo que hemos escuchado, convertimos en palabras lo que hemos visto, aclaramos aquello que enturbia nuestros ojos, nos salen pelos de la calva y yo… yo soy un ejemplo viviente de ello.

Lo que Jiang el Segundo decía, a pesar de que su verborrea descontrolada en un principio parecía mera incoherencia, tenía en realidad su lógica. ¿Quién no conocía al «idiota» de Jiang el Segundo, en el cantón noreste de Gaomi? Recuerdo que un año, cuando regresaba a casa, al cruzar el puente de piedra me topé con cuatro individuos que estaban sentados allí mismo. Tenían los brazos desnudos y los pantalones arremangados. Sus pies se sumergían en las aguas. Me acerqué y quise saber qué hacían. Me respondieron que estaban pescando con los pies. Una de esas cuatro personas era el

Segundo Man, del burgo de Wujia, de sexo masculino, a pesar de su apariencia: la fuga de su mujer con otro hombre lo había sumido en una crisis nerviosa que lo dejó muy tocado, tanto que cada día se ponía los vestidos estampados de flores de su esposa, se maquillaba con pintalabios rojo y se iba al mercado a cantar ópera. Otro era un tal Liu Yue, del burgo de Liujia, un solterón, perturbado mental también, que a menudo sostenía que era la reencarnación del bandido Liu Bang[46]. Otro de estos cuatro individuos que sumergían los pies en el agua del río era Gao Danian, del burgo de Gaojia. Se decía de él que antes de la Liberación (1949) se ganaba la vida tirando de un *rickshaw* en Qingdao y, al parecer, había quedado segundo en una maratón que se organizó en esa ciudad. Más tarde, a saber por qué razón, perdió la cabeza. Y el cuarto en discordia era Jiang el Segundo. Los cuatro se sentaban al borde del puente y trataban de pescar peces con los pies. Enseguida empezaban a regañarse unos a otros, acusándose mutuamente de estar chiflados, luego se separaban y al cabo de unos días volvían a reunirse como si nada hubiese sucedido. En aquella época, eran conocidos en el cantón noreste de Gaomi como «los cuatro inmortales» de la tradición taoísta[47]. Entonces pensé: «Verdaderamente, como los pájaros, todo aquello que guarda una similitud se separa y se reúne constantemente como una ley de la física. Ahora, el Segundo Man y Liu Yue ya han pasado a mejor vida, y el bueno de Gao Danian nadie sabe dónde ha acabado. El único que queda vivo es Jiang el Segundo; y no solo está vivo, sino que se ha transformado en otra persona, ha rejuvenecido y se ha vuelto más sabio. Al final, creo que lo he comprendido, y si me comparo con él, soy yo el "idiota"».

—*Dage* —empezó a contarme Jiang el Segundo—, mi abuelo nació en 1903, y en 1973 cumplió por tanto setenta años. En el pueblo, todos aquellos que tienen su edad andan doblados, están sordos o ciegos, pero él, créeme, muestra todavía en la cabeza una cabellera negra y densa, como la de un jovenzuelo, no le falta un solo diente, tiene un oído agudísimo y unas piernas vigorosas que nunca le flaquean. Shan Xiongfei sufrió la patada traicionera de Chang Lin y sabía que mi abuelo era un maestro en el boxeo del Dragón de la Tierra. En esos años, cuando se formó, tú ya habías dejado el pueblo y estabas sirviendo en el Ejército, así que nunca llegaste a enterarte de esta parte de la historia secreta de nuestro terruño.

»Mi abuelo, que en esa época estaba en una unidad de trabajo encargada de alimentar al ganado, vivía en un recinto donde había un almacén y unos establos reservados a ese propósito. Cada noche dormía junto a él en el interior de ese espacio dedicado a los animales. ¿Te acuerdas todavía del pozo de ocho esquinas que había frente a la puerta del almacén? ¿Y del sauce cuyas ramas colgaban encima del

pozo? ¿Y te acuerdas del terreno de la trilla de la unidad de trabajo que estaba enfrente? ¿Y de las artes marciales que los jóvenes instruidos practicaban en ese terreno bajo la luz de la luna? Chang Lin se declaraba discípulo de mi abuelo paterno, pero en realidad no era más que un bocazas, y las cosas no eran exactamente así. Mi abuelo ensayaba cada noche en ese terreno dedicado a la trilla los veinticuatro movimientos del boxeo del Dragón de la Tierra, y ese mequetrefe, que seguramente lo espiaba, se apropió ilegalmente de sus artes. ¡Se las robó!, y de esa manera pudo aprender cómo derribar a un bárbaro o un *han*.

»La primera vez que Shan Xiongfei vino a buscar oficialmente a mi abuelo se presentó junto con otros tres jóvenes instruidos, quienes, empleando malos modos, le preguntaron: "¿Eres tú acaso el gusano Jiang, el del boxeo del Dragón de la Tierra?". Mi abuelo entornó los ojos y se hizo el sordo. No deseaba escuchar una sola palabra que viniese de esos jóvenes petulantes. Poco después, insistieron: "Hemos oído decir a Chang Lin que usted es un maestro en el arte del boxeo del Dragón que se arrastra sobre la Tierra, y quisiéramos preguntarle si podría enseñarnos esas artes marciales". En ese momento, mi abuelo todavía se encargaba de limpiar las boñigas de ganado de los establos y, sin que nadie se lo esperase, arrojó a los jóvenes instruidos varias paladas de excremento mezclado con agua y barro, dejando sus ropas sucias y apestosas. Uno de ellos, el que se encontraba en medio, dijo: "Este viejo está sordo y balbucea como un niño… ¿Cómo es posible que un individuo así pueda dominar un arte marcial? ¿Cómo puede conocer el boxeo del Dragón de la Tierra? ¡Con lo único que sabe pelear ese viejo es con las mierdas de las vacas…!". Yo, que presenciaba la escena, intervine indignado: "¡Abuelo, dé una lección a esos niños mimados!". Pero mi abuelo, como anteriormente, permaneció sordo a cualquier petición. Yo me dirigí entonces a Shan Xiongfei y los otros tres jóvenes instruidos: "¡Piraos de aquí, desgraciados!", les insulté. "¡Vosotros sí que sois las mierdas de las vacas! Habéis ofendido a mi abuelo, que con una sola de sus piernas es capaz de romperos las vuestras".

»Al cabo de varios días, volvió a presentarse ese Shan Xiongfei, pero esta vez solo. Nada más ver a mi abuelo, le dijo: "Maestro Jiang, somos jóvenes y hay muchas cosas en esta vida que no comprendemos. El otro día le falté al respeto con unas palabras desafortunadas y le enfadé…". Mientras hablaba, Shan Xiongfei sacó un botellín de licor blanco El Muelle y un paquete de hojas secas de tabaco de liar de la marca El Faro, que dejó sobre la cocina. Mi abuelo, con aire serio, le gritó: "¡Llévatelo de aquí!". Shan Xiongfei, que estaba impaciente por aprender artes marciales, no dio importancia a los desplantes de mi abuelo. Cogió unas hojas, las lio

como pudo para hacer un cigarrillo, y cuando ya lo tenía hecho se lo colocó a mi abuelo en la boca. El hombre se quedó petrificado sin saber qué hacer. Shan Xiongfei se sinceró: "Maestro Jiang, se lo ruego, acépteme entre sus discípulos". Mi abuelo, incomodado por esa petición, le replicó: "Joven, no deberías hacer caso de lo que te diga ese bocazas de Chang Lin, que solo dice sandeces. Soy un campesino como hay tantos en estas tierras…, ¿cómo voy a saber pelear con mis puños? Salvo dormir, ninguna otra cosa sé hacer bien". Pero Shan Xiongfei insistió: "Abuelo Jiang, a mí no me engaña, sé de sobra que usted es un maestro de artes marciales… De momento, como no soy tonto, ya me he dado cuenta de algo: He visto con mis ojos que usted, que tiene más de setenta años, todavía tiene vista de lince, conserva el cabello negro como el azabache y las patillas bien curvadas… ¿De dónde saca esas energías, abuelo? Está hecho un jovenzuelo y su secreto está en alguna parte". Mi abuelo le contestó: "Joven, si supiera pelear como afirmas con tanta seguridad, ¿crees que estaría ahora limpiando la mierda de las vacas?". El otro replicó: "No me extraña, si le digo la verdad. Desde la antigüedad los maestros de las artes marciales se mezclaban con el pueblo…". "Joven —volvió a intervenir mi abuelo—, escucha bien lo que va a decir este anciano: No te demores, vuelve a tu granja y no perturbes tu progreso en la vida. Además, te aconsejo que no te pongas a practicar ningún arte marcial. ¿Sirven de algo? No, no sirven de nada, créeme. En el burgo de Lijiaguan había algunos especialistas en artes marciales y, cuando vinieron los japoneses con sus armas de fuego y sus sables afilados, con sus ametralladoras y sus lanzaderas, dado que cada uno de esos jóvenes iba cayendo uno tras otros o terminaba herido, pensé que ya había pasado la época de las artes marciales…". Shan Xiongfei volvió a hablar: "Si me cuenta eso, ¿tendrá que reconocer entonces que es un buen conocedor de las artes marciales?". Mi abuelo replicó: "Pues no, no conozco ningún arte marcial, no conozco nada en absoluto… Vete ya, jovenzuelo, que vas a llegar tarde a tu trabajo".

»Después de varios días, Shan Xiongfei volvió a presentarse junto a él, pero esta vez trajo consigo un par de botellines de licor blanco de Jingzhi, que, como el anterior, era de nuestra provincia de Shandong y en aquella época estaba considerado el mejor *baijiu* de China. Además, envueltos en papel, entregó a mi abuelo nada más y nada menos que cuatro *jin* de carne de cerdo. "¡Cielos, eso sí que era un regalo!", pensé. Shan Xiongfei dejó los presentes en una de las despensas de la habitación del almacén y a continuación se dirigió una vez más a mi abuelo: "Maestro, si no me acepta entre sus discípulos, me arrodillo ahora mismo ante usted y ya no me levanto más". Confieso que al principio me sentí muy conmovido y pensé que las intenciones de Shan Xiongfei eran sinceras. Dos botellines de un licor fino y cuatro *jin*

de una carne de primera calidad… ¿Acaso no había que ser muy sincero para ofrecer un regalo de ese tipo? Si no lo hubiera sido, tampoco se habría arrodillado tal y como lo hizo. Además, para acompañarle en sus intenciones, los tres jóvenes instruidos visitaron los establos del ganado y se arrodillaron tres veces. "Abuelo", le grité, pero él no me hizo ni caso; solo le preocupaba sujetar bien el tamiz y que el pienso para los animales cayese regularmente en los comedores correspondientes. "Abuelo —volví a llamarlo—, ¡contésteme! ¡Se lo ruego! ¡Por todos sus muertos! ¡Hágame caso de una vez!". Pero mi abuelo, cabezota como era con sus cosas, ignoró mis súplicas desesperadas y continuó absorto en sus labores. Entonces, frustrado, me dirigí hacia donde estaba arrodillado Shan Xiongfei, lo agarré e intenté ponerlo de pie, pero él, que también era terco como una mula, se resistió a mi embestida. Fui incapaz de moverlo. Finalmente, mi abuelo, tras acabar de filtrar el pienso para el ganado, se sentó sobre el *kang*, les dio una calada a esas hojas secas de tabaco que mal que bien formaban un cigarrillo, y al cabo de una eternidad le preguntó a Shan Xiongfei: "¿Y tú de veras quieres aprender a luchar?". Shan Xiongfei le respondió con gritos: "¡Maestro, se lo juro! ¡Quiero aprender a pelear con los puños!". "¿Y conoces las reglas que siguen quienes son expertos en una de las artes marciales?", le volvió a preguntar mi abuelo. "Las conozco bien", respondió Shan Xiongfei, y a continuación empezó a recitarlas: "practicar las artes marciales como ejercicio físico y no para aprovecharse de la gente, y que las artes marciales vayan a más y el ego de la gente a menos…". Mi abuelo intervino nuevamente: "Esas son vuestras reglas y las mías son estas, más simples y eficaces: cuando no pasa nada, actuar como un ratón, y cuando pasa algo, actuar como un tigre". "Maestro, su discípulo lo recordará para siempre", apuntó con humildad Shan Xiongfei. "Te has arrodillado ya tres veces delante de mí. Si no te respondo, ello quiero decir que te desprecio. Joven, levántate, venga…", le dijo mi abuelo. Shan Xiongfei volvió a arrodillarse delante de mi abuelo tres veces seguidas golpeando la frente contra la tierra. Mi abuelo lo agarró, intentó levantarlo y le habló: "Joven, te acepto como discípulo, pero no me vengas con este tipo de cosas". "Pero los discípulos de Confucio hacían lo mismo con su venerado maestro… Usted es ahora mi maestro y me ha aceptado entre los suyos…".

»Mi abuelo no volvió a decirle nada más. A partir de ese momento, cada noche del sábado, Shan Xiongfei empezó a ejercitarse con mi abuelo en el arte marcial de los puños del Dragón de la Tierra. Yo, por mi parte, me convertí en acompañante de su entrenamiento. Entre mi abuelo por un lado y nosotros por otro, entre maestro y discípulos, regían una serie de normas como las que se establecen entre padres e hijos, sin embargo, mi abuelo no consintió que Shan Xiongfei le

llamara “maestro” ni él nos llamó a nosotros “discípulos”. Shan Xiongfei y yo simplemente nos convertimos en “aprendices”. Mi abuelo Jiang empleó un año para enseñarle los veinticuatro movimientos del arte de los puños del Dragón que se arrastra sobre la Tierra y, por supuesto, esa técnica también me fue transmitida a mí. Algunos sostenían que el boxeo del Dragón de la Tierra tiene en realidad veintiocho movimientos y mi abuelo se había olvidado de cuatro de ellos. Era la lección moral que el viejo tigre Cong Mao había sacado de esa historia…

Lo que me estaba contando Jiang el Segundo me parecía interesantísimo, y yo ponía los cinco sentidos en sus palabras, pero Shan Shula le cortó:

—Jefe Jiang, son las dos y media y el combate empieza a las tres; pongámonos en marcha.

V

Tomamos asiento en el espacioso interior de la limusina de Jiang el Segundo. Ante nuestros ojos desfilaban las casas gubernamentales o *yamen*, grupos de forajidos, destilerías artesanas del vino fuerte de Shao, que ya no existen actualmente en ningún sitio, etcétera. Tras despertarse de la borrachera, Tsuruta Sawaki había comenzado a gritar descontroladamente *oshi, oshi*… Como si estuviese asustado por algo, repitió varias veces aquello de *oshi, oshi* con un tono de voz cada vez más elevado y crispado. Vimos a un grupo de personas que rodeaban a un equipo de guerrilleros chinos y a varios soldados japoneses que iban a actuar en una escena de la telenovela *El sorgo rojo*. También observamos que alguna gente se subía en el burro de Jiu´er y se metía dentro de la litera nupcial. Los porteadores procedían de los pueblos cercanos y muchos de ellos habían sido mis compañeros en la escuela primaria. Otros eran incluso sus hijos. Durante mi infancia, los estudiantes de una misma clase podían tener edades muy diferentes, y mi compañero mayor era un tal Gu Wenyu, perteneciente a una de esas familias integradas por cuatro generaciones que conviven bajo un mismo techo. Por supuesto, a través de las rendijas de la ventana nos llegaba el olor a maíz y boniatos asados. También identificamos al personaje de Hua Bozi, ese truhan, y a otros bandidos zampándose sus *qiabing*, las deliciosas tortitas de Gaomi que, enrolladas, contenían en su interior cebollines verdes y huevos, y que olían, todo hay que decirlo, divinamente; lo que no olía tan bien era la pintura que desprendían esas casas recién levantadas, sobre todo una que tenía una puerta enorme y suntuosa a

través de la que se accedía al parque temático. Encima de la puerta colgaban un par de dragones metálicos. Unos cuantos obreros estaban subidos a un andamio y, utilizando manos y pies, trataban de pintar esas bestias monstruosas con un pulverizador que expulsaba esa pintura de olor insoportable. Bajo la guía de Shan Shula (la hija de Shan Xiongfei) y en compañía de Jiang el Segundo, mi amigo japonés Tsuruta Sawaki y yo nos sentamos enfrente de una especie de escenario. Las sillas estaban reservadas para invitados especiales. Había alineadas cuatro forradas con una tela aterciopelada y provistas de respaldo. Delante de ellas, a izquierda y derecha, se disponían los taburetes.

—¿Y vendes los billetes por separado? —pregunté.

—No, no los vendo por separado… —me respondió Jiang el Segundo—, todo está incluido en la entrada, luego yo me llevo un porcentaje.

Shan Shula sacó de una bolsa unas botellas de agua mineral de plástico de la marca El Dragón de la Tierra y nos repartió una a cada uno.

De nuevo pregunté a Jiang el Segundo:

—Y estos botellines de agua mineral, ¿también haces negocio con ellos?

No me respondió.

—Tío, no se me impaciente —intervino Shan Shula—. Tome asiento en esta silla y póngase cómodo. Pronto empezará el espectáculo. Ya verá como le gustará.

—Niña, deja que tu padre se coloque aquí en primera fila —le dijo Jiang el Segundo—, pero no le digas quién está con nosotros, que se lleve una sorpresa…

Shan Xiongfei parecía un jovenzuelo. Saltó vigorosamente desde el escenario y se plantó delante de nosotros. Era evidente que Shan Shula no había escuchado las órdenes de Jiang el Segundo. Me apresuré a levantarme, y enseguida Shan Xiongfei me agarró las manos sacudiéndolas con todas sus fuerzas:

—¡Hermanito valioso! ¡Hacía siglos que no te veía…!

Al observar su cabello negro y esponjoso y su rostro saludable, le dije apesadumbrado:

—Seguro que ha sido gracias a las artes marciales como has podido mantenerte tan joven. ¡Los años no te han dejado ninguna cicatriz!

Shan Xiongfei miraba distraído a otra parte, pero enseguida se despertó, levantó las palmas de sus manos y se mesó el cabello. Me replicó con parsimonia:

—¡Pues estoy acabado!

—Vamos, no creo que sea verdad… El color de tu cara te delata;

¡no tienes una sola arruga!

Entonces empezó a contarme:

—Una jovencita me hizo la cirugía estética en un salón de belleza y me vendió además diez botellines de ácido hialurónico[48], que debía tomar un par de veces al día. Tengo que reconocer que los resultados no estuvieron nada mal, a la vista los tienes…

—¡Pues eso debe de ser…! —bromeé—, aunque nunca hubiera imaginado que el macho bravucón de Shan Xiongfei se hubiese «afeminado» de esta manera con el paso del tiempo.

—¿Acaso no era una persona a la que nada se le pone por delante? —me dijo sonriendo—. Aparecí sobre el escenario y me mostré un poco decente para que el jefe Jiang no sintiese vergüenza y para adquirir confianza.

—¡Así es, hermano! —corroboró Jiang el Segundo—; tú y yo somos iguales, somos flores tardías, hemos madurado tarde…

—No, no es cierto, Shan Xiongfei no es una flor tardía, uno de esos que sacan sus talentos en un momento avanzado de su vida —señalé, bromeando de nuevo—. Probablemente, ya ha madurado en varias ocasiones a lo largo de su existencia.

—Eso también es correcto. Cuando luchó contra Chang Lin ya había madurado —añadió Jiang el Segundo—. Esos jóvenes instruidos… ¡No estaban para jueguecitos de niños!

—Mi joven discípulo, no digas tonterías —intervino Shan Xiongfei —. El maestro debe estar vivo y te voy a denunciar; te meteré en la cacerola para que escarmientes…

—¡Qué pena que Chang Lin no esté aquí presente! —dijo Jiang el Segundo—; de haber estado, ¡ya le habría encontrado un trabajo!

—Pero ¿está muerto? —pregunté.

—¿Qué dices? ¿Muerto? —dijo Jiang el Segundo—. ¡Oh, sí…, se tomó el Paraquat[49], el muy jodido!

—¿Y el Paraquat puede matar a los seres humanos? —pregunté, sorprendido.

—Esas hierbas pueden matar a cualquier bicho viviente, créeme. ¿Acaso hay algún veneno en este mundo que no pueda acabar con un ser humano? —me explicó Jiang el Segundo—. Oh, pero su error ¡fue de los grandes de verdad! Aunque nunca, ni siquiera cuando se estaba muriendo, se olvidó de su sentido del humor. Fui a verlo y le recriminé, y de repente me dijo: «Sí, fui su joven discípulo». Oh, en realidad era el discípulo de mi abuelo, ese maestro entre maestros… y él, ese garrulo de Chang Lin, me lo dijo en la cara: «Fui su joven discípulo y no quería suicidarme, no… solo quería utilizar el Paraquat ¡para controlar mi incontinencia anal y acabar de una vez por todas con mis malditos pedos apestosos!». —Jiang el Segundo continuó

hablándome con los ojos enrojecidos—: ¡La madre que lo parió! Ese jodido… ¡Ese sí que fue un talento precoz y maduró antes que ninguno de nosotros! Pero con el paso de los años perdió la cabeza como tantos en estas tierras. Aun así, demostró tener un par de cojones cuando se tomó ese Paraquat del diablo para dejar de tirarse pedos. ¿Y qué pasó luego…?

—Sí, eso, ¿qué pasó luego? —pregunté.

Shan Xiongfei sacó de su bolsillo un teléfono móvil y nos dijo:

—Joven discípulo, mi querido hermano valioso, sentaos y poneos a gusto. Yo debo ir entre bastidores a prepararme para la actuación.

—¿Qué le pasó finalmente? —insistí.

Jiang el Segundo me respondió:

—¿Qué…? ¿Que qué pasó? ¿Eso quieres saber? Pues nuestro Chang Lin comió pescado, la espina se le atravesó en medio de la garganta y luego se le obstruyeron los orificios de la nariz, ¡y se le retorció el cuello! ¡Una escena horrible de ver!

—¡Oh, Chang Lin no era más que un cobardica! Si piensas detenidamente en esos días de la infancia, el muy golfo robaba todos los bolígrafos que había sobre el pupitre del maestro de nuestra escuela —dije—. Si el maestro hubiera tenido una pistola debajo de la almohada de su cama, también se la habría robado.

—Hay quienes son cobardes durante una hora y luego se van armando de valor progresivamente —señaló Jiang el Segundo—, y otros, en cambio, son muy valientes durante un tiempo y al hacerse mayores se vuelven cada vez más cobardes. Esa es la diferencia entre los precoces y las flores tardías.

Todavía quería hacerle más preguntas a Jiang el Segundo, pero en ese preciso momento apareció sobre el escenario Shan Shula, que iba guapísima. Habían colocado unas tablas de madera y unos troncos formando una especie de andamio, aproximadamente a un metro y medio de suelo. Deambulaban por allí unos cuantos gatos callejeros maullando como si estuvieran de luto. De las tablas de madera colgaba una alfombra roja de fibra sintética que cubría el muro, en cuya superficie aparecía dibujado el hanzi *wu*[50], el de las artes marciales. A los dos lados del hanzi *wu* se leían un par de frases paralelas: «El tigre fiero le da un puñetazo a la montaña del Sur» y «El dragón legendario le da una patada al mar del Norte». En uno de los pilares de los extremos habían desplegado un pergamino que anunciaba: «Primera sesión del combate de boxeo del Dragón que se arrastra sobre la Tierra». En el cielo abierto que se perfilaba detrás del estrado flotaba un globo rojo, del que colgaba una larga serpentina. Varias nubes blancas, como de algodón, atravesaban el firmamento azul; algunas —mis ojos no daban crédito— tenían la forma

amenazante de un dragón. Había espectadores a nuestro alrededor sujetando sus cámaras en alto para tomar fotografías. Jiang el Segundo, muy emocionado, también hizo algunas fotos y exclamó:

—¡Muy bien! ¡El dragón vuela en el cielo y clava en la gente su mirada poderosa y penetrante…! ¡El dragón de la Tierra sube al escenario y nos trae buena suerte!

—¡Anfitriones, invitados especiales, querida audiencia! ¡Buenas tardes a todos! —dijo Shan Shula en tono claro y cordial. Vestía una falda larga de color rojo y su voz me pareció muy agradable.

Un altavoz que estaba delante del escenario soltó de repente un ruido que nos rompió los oídos.

—¿Cómo ha podido suceder esto? —gritó Jiang el Segundo— ¡El jodido *shifu* del sonido! ¿Dónde diablos se habrá hecho…? —y dirigiéndose al público, anunció—: ¡Ha comenzado la primera sesión de la competición internacional de boxeo del Dragon que se arrastra por la Tierra, del cantón noreste de Gaomi! En primer lugar, permitidme que os presente a nuestros invitados especiales que han venido a presenciar el espectáculo. —Los gatos que estaban debajo del escenario se pusieron inoportunamente a pelearse y a maullar. «¡La madre que parió a esos animalejos!», dijo con odio Jiang el Segundo. «¡Mañana les traeré unos ratones con algunas medicinas para enviarlos al Paraíso…!». Y continuó—: Mi invitado especial, que aunque ha venido especialmente desde Beijing es de nuestro terruño, ha escrito la novela inmortal *El clan del sorgo rojo*. ¡Se trata del gran maestro Mo Yan!

En medio de los aplausos, todas las miradas se desviaron hacia mi persona, y pude observar que innumerables teléfonos móviles me enfocaban con sus pequeñas cámaras para hacerme fotografías. No tuve otra opción que ponerme de pie y saludar a la audiencia con un movimiento suave de mi mano. Entonces escuché que alguien decía:

—Oh, y qué elegancia, qué aspecto tan sofisticado tiene el maestro Mo Yan…

Otro comentó:

—Oh, y junto a él está el señor Tsuruta Sawaki, ese escritor japonés que es buen amigo del maestro Mo Yan…

Le di un toquecito en el hombro a mi amigo, todavía muy atontado por la resaca. Espabilando de golpe, se levantó bruscamente y se dobló varias veces ante los asistentes.

—¡Le ruego al maestro Mo Yan que suba al escenario y nos diga unas palabras! —oí que me pedía desde el escenario Shan Shula.

—¿Qué? ¿Lo dices en serio? —Desconcertado, le propiné un puntapié a Jiang el Segundo y le recriminé susurrando—: Tendrías que haberme avisado…

Jiang el Segundo me contestó sonriendo maliciosamente:

—Tus seguidores te echan de menos…

—¡Le ruego al maestro Mo Yan que suba al escenario y nos diga unas palabras! —pidió desde las tablas la voz potente de Shan Shula; su tono era aún más ensordecedor que el del altavoz—. ¡Por favor, recíbanlo con un aplauso! —sugirió.

La audiencia se puso a aplaudir febrilmente. Me dirigí al escenario y un joven vestido con ropas de trabajo amarillas me ayudó a subir y guio mis pasos sobre las tablas de madera. Me colocaron en el lado norte, encarando el sur; en ese momento, el sol que se inclinaba por el oeste brillaba con tanta intensidad que los ojos me picaban; era una luz agresiva. Shan Shula me pasó el micrófono y yo dije lo primero que se me pasó por la cabeza:

—Mis queridos seguidores, hacía mucho tiempo que no nos veíamos…, y en este bello inicio del otoño, cuando el cielo, que parece no tener límites, se tiñe de un azul claro y puro, cuando los días nos llegan llenos de buenos presagios y el tiempo empieza a refrescar[51], me siento profundamente honrado de haber recibido la amable invitación del señor Jiang bajo el Cielo para participar en esta competición internacional que supone un hito histórico y de suma importancia para nuestro cantón noreste de Gaomi. Mis queridos paisanos, vosotros, que sois gentes laboriosas y que promovéis la antigua práctica de las artes marciales, además de haber construido con el paso del tiempo una cultura sólida y arraigada en nuestra tierra durante varias generaciones, ahora brindáis al mundo la oportunidad de presenciar una competición internacional de boxeo del Dragón que se arrastra por la Tierra, un pequeño y modesto ejemplo de nuestras riquísimas tradiciones. Esta modalidad, la más relevante entre todas las artes marciales, es también un acontecimiento cultural de primer orden. A los organizadores de este espectáculo les deseo mucho éxito de todo corazón, y que esta sea la primera de muchas competiciones en el futuro. ¡Muchas gracias a todos!

Acababa de regresar a mi asiento cuando Jiang el Segundo se dirigió a mí:

—Hermano, mi querido hermano, he podido observar que tienes un gran talento oratorio, no sabía que habías alcanzado tal nivel, solo reservado a unos pocos privilegiados. ¡Qué maravilla, hermano! ¡Y sin preparártelo…! ¡Qué talento sin igual…! Has hablado sobre las tablas de un escenario y tus palabras han sonado profundas y bellas, sobre todo admirables, muy admirables… Y eso que antes no eras así, hermano… Creo que tú también eres una flor tardía, un inmaduro, uno de sus representantes más emblemáticos…

—Mi querido Jiang, eres un auténtico cabrón —le grité muy enojado—; no me siento en absoluto satisfecho con mi discurso. ¡Me

has engañado! No esperaba tener que subir al escenario para hablar…

—Es culpa tuya —atajó Jiang el Segundo—; si no me hubiese tocado mis arterias y mis venas, no te había invitado al escenario.

—Que no se repita, te lo ruego, o de lo contrario romperemos nuestra amistad. ¿Te ha quedado claro? —le advertí.

—Hermano, tranquilízate, no he querido ofenderte… Este espectáculo me ha costado una fortuna y yo te he utilizado como inversión; en el futuro recibirás tu parte de los dividendos. Nosotros, las flores tardías, quienes triunfamos tarde, hacemos en un año lo que los precoces hacen en diez… Oh, mira al viejo Shan, ¡ya ha empezado su actuación!

Shan Xiongfei vestía esas ropas blancas, anchas, finas y ligeras que se utilizan para practicar las artes marciales. Se dirigió al centro del escenario y se detuvo. Su aspecto recordaba en cierto modo al de uno de esos sabios inmortales taoístas. A un lado, un jovencito ataviado de verde parecía una mantis religiosa; al otro, un segundo muchacho con atuendo de color púrpura semejaba una lombriz.

—Este es nuestro ancestro en el arte marcial del boxeo del Dragón que se arrastra por la Tierra, el señor Jiang Qishan, y Shan Xiongfei interpreta el papel de nuestro antepasado. Cuando practicaba artes marciales en los campos de labor, el maestro Jiang descubrió una mantis religiosa y unas lombrices enzarzadas en una pelea —me contó Shan Shula en la parte delantera del escenario—. Vio a la mantis religiosa alzando sus dos patas de delante, moviéndolas arriba y abajo, a la izquierda y a la derecha para demostrar así su poder. Con ellas cortaba y pinchaba, volvía a cortar y luego recogía los trozos de sus víctimas. Y así ininterrumpidamente, sin descanso. Sin embargo, con las lombrices fue distinto.

De acuerdo a lo que acababa de escuchar, el actor que hacía de mantis religiosa atacó al que representaba a la lombriz, que se defendió esquivando la embestida amenazante de las patas de la mantis, meciéndose de un lado a otro, asintiendo con la cabeza y meneando la cola. Rodaba de lado a lado, y aprovechaba cada oportunidad para barrer el terreno con su cola; se encogía, se retorcía para protegerse, cubriéndose y pellizcando a su oponente. Los ataques de la mantis resultaban completamente infructuosos. Finalmente, la lombriz, sirviéndose una vez más de su cola como si fuera un látigo, la golpeó en el cuello. El actor que interpretaba a la lombriz tocó la tierra con el brazo y el hombro izquierdos, pero una vez en el suelo hizo volar su pierna derecha y con ella agarró el cuello de la mantis religiosa y la derrotó. Nuestro ancestro, como quien recibe una iluminación divina, transpuso esta forma de combate que acababa de observar al boxeo del Dragón que se arrastra por la Tierra, esta especialidad de lucha tan nuestra.

Shan Xiongfei y los actores que representaban a los animales avanzaron hacia la parte delantera del escenario y se inclinaron respetuosamente ante los espectadores. Sonó un clamor ensordecedor de aplausos. Según los especialistas, el señor Shan Xiongfei, en su papel de maestro Jiang, ejecutó a la perfección los veinticuatros movimientos prescritos. A continuación, ya solo, comenzó a rodar sobre las tablas, daba saltos con cierta gracia y elegancia. A decir verdad, Shan Xiongfei demostraba tener el talento de los héroes de la antigüedad, así que, al final, aunque me costó algo de esfuerzo, me puse a aplaudir yo también. La ovación dedicada a esa flor tardía que era Shan Xiongfei me llenó de nostalgia por mi terruño, y la incomodidad que se había apoderado de mí tras el discurso improvisado en el escenario desapareció de inmediato.

La competición comenzó de forma oficial; un miembro de la cuarta generación de practicantes del boxeo del Dragón que se arrastra sobre la Tierra, un tal Fang Jiang, apareció sobre el escenario. Su contrincante, su mantis religiosa, Fan Tong, que había venido del distrito de Jimo de Qingdao, era un especialista en esta modalidad. Pertenecía a la octava generación y había ganado el sexto certamen de artes marciales de la ciudad de Qingdao. Fang Jiang, un jovenzuelo un poco giboso, había subido muy lanzado a las tablas. Vestía ropas anchas y ligeras, el atuendo que uno se ponía habitualmente para luchar, de color amarillo chillón, y un cinturón ancho hecho con telas rojas bordadas en los laterales ceñía su cintura.

—Fang Jiang era mi compañero de clase en la escuela primaria. Bueno, quiero decir…, era el nieto de ese mono de Fang Jin. ¿No te acuerdas de él? —me comentó Jiang el Segundo—. Ese jovencito maneja bien las piernas, pero le falta fuerza y voluntad, aunque ganará, es imposible que no gane. Ya verás…

El árbitro del combate era Zhang Kun, profesor de artes marciales en una escuela de deportes de la ciudad de Qingdao.

Fan Tong, exhibiendo la característica inconsciencia ante el peligro de «la mantis religiosa que atrapa a la cigarra con sus pinzas sin saber que una oropéndola se esconde detrás»[52], estiró su brazo derecho con la intención de golpear el cuello de Fang Jiang, la lombriz, pero esta detuvo con su mano izquierda el puño de su contrincante. Con la mano derecha Fang Jiang agarró el brazo derecho del rival y le dio media vuelta con todas sus fuerzas. Al mismo tiempo, le atrapó la pierna derecha con las suyas. Fan Tong se sirvió de la mano izquierda para agarrar el cuello de Fang Jiang, y el cuerpo de este rodó inesperadamente sobre el flanco izquierdo. Cuando pudo liberar su cuello, Fang Jiang golpeó la pierna izquierda de Fan Tong con el exterior de su derecha. Este, incapaz de sostenerse en pie, cayó al suelo sobre sus posaderas, pero rápidamente se giró hacia la izquierda

con la intención de tumbar a Fang Jiang, quien, previendo el movimiento de Fan Tong, le presionó sobre los hombros, tras colocarle estratégicamente la rodilla derecha sobre el cuello, para que no pudiese levantarse. Fan Tong estaba estirado sobre las tablas del escenario sin poder hacer nada más.

El árbitro hizo sonar un silbato y separó a los dos luchadores. Aplaudí con entusiasmo, pues sabía que Fang Jiang había ganado el combate de boxeo del Dragón que se arrastra sobre la Tierra.

—¿Cuál es el nombre de ese truco? —pregunté.

—Es un movimiento menor, la técnica se denomina: «como unas tijeras de papel» —afirmó con seguridad Jiang el Segundo.

En la siguiente ronda ganó Fan Tong, la mantis religiosa, pero en la tercera Fang Jiang empleó el movimiento de «el salón circular y pequeño» y, poco después, el de «la mujer bella según el espejo», y tumbó a su oponente, dándole una vuelta. Nadie perdió en esa tercera ronda, aunque la mantis religiosa interpretó que había sido derrotada y se bajó del escenario.

—¡Bueno, bueno, hemos ganado, y eso es lo que importa, hermano! —declaró exultante Jiang el Segundo.

Fang Jiang se había quedado solo sobre el círculo del ring, y se inclinaba ante los espectadores, que, bajo el escenario, no paraban de aplaudirle.

El siguiente contendiente que esperaba con impaciencia el momento de subir a las tablas era de la prefectura de Nanyang, en la provincia de Henan, y pertenecía a la decimosexta generación de luchadores de *taiji*[53], del clan de los Ma. Su nombre era Ma Mingchuan. Tras varias rondas que parecían haber concluido sin un ganador claro, Ma Mingchuan admitió finalmente su derrota y se bajó del escenario. Fang Jiang, la valiente lombriz de Gaomi, había salido de nuevo victorioso.

—Oh, qué maravilla, todo está saliendo a pedir de boca —celebró Jiang el Segundo—, y al parecer es la labor de otra flor tardía que tiene futuro…

El siguiente contrincante procedía de la ciudad de Tai´an, en la provincia de Shandong. Era especialista en la modalidad de «los puños del Mono»[54], en su decimoctava generación, y su nombre era Hou Shangshu. ¡Su reputación —como su arte— era extraordinaria! Ese Hou Shangshu tenía el aspecto de un mono grotesco y excéntrico, estaba en los huesos y hacía honor a su nombre, que significa ‘el mono que está sobre un árbol’. Sin embargo, a pesar de su aspecto simiesco, tenía la mirada y las cejas negras de un tigre; era un tipo enjuto de carnes, pero compacto y muy sólido, como una torre de hierro negro. Quizá porque Fang Jiang estaba ya un poco cansado, o quizá porque

su habilidad no igualaba la de su adversario, lo cierto es que en una sola ronda se vio abatido por el puñetazo directo al estilo de Wangba que le propició el mono de Tai´an. Por suerte, varios guardias de seguridad que estaban entre la audiencia se ocuparon de él y se lo llevaron, porque no podía mantenerse sobre en pie.

—¡Mierda de perro! ¿Acaso no puede apoyarse en la pared? —gritó Jiang el Segundo.

—No vais a ganar siempre… ¿Qué sentido tendría esta competición del Dragón que se arrastra por la Tierra…? —dije.

La manera de pelear de Hou Shangshu no correspondía exactamente a la de «los puños del Mono». En mi opinión, había aprendido a luchar de cualquier manera, sin un método preciso. Simplemente sacaba provecho de su fuerza bruta, de modo que, como resultado de esa estrategia, no tardó en ser expulsado del escenario por Kuang Siping, que lo derrotó en el segundo combate del Dragón que se arrastra sobre la Tierra.

El siguiente contrincante con el que tuvo que enfrentarse el vencedor, Kuang Siping, subió inmediatamente a las tablas; se trataba de un japonés, un auténtico atleta, de nombre Watanabe Ichiro. Era un tipo fortachón y musculoso, muy extrovertido, que, dicho sea de paso, nos comentó que su abuelo paterno, Watanabe Ryo, había formado parte del primer contingente japonés que invadió China; intervino en numerosas batallas y recibió innumerables medallas por sus servicios a la patria. En otras palabras, sus manos estaban manchadas de sangre china. Ese Watanabe Ryo era un asesino cruel, un diablo japonés que, en agosto de 1938, en el puente de piedra de nuestro cantón noreste de Gaomi, había sido arrojado a las aguas del río por una patada de Jiang Qishan, nuestro ancestro y gran maestro del boxeo del Dragón que se arrastra sobre la Tierra. La cabeza del japonés chocó contra una piedra, se quebró, y el pobre hombre murió al instante.

—Queridos espectadores y amigos, ayer por la mañana, Watanabe Ichiro nos acompañó a nuestro recientemente construido memorial en honor a las víctimas de la masacre que el ejército nipón causó en nuestras tierras, y mientras se paseaba por ese museo de los horrores reconoció la chaqueta militar de su abuelo paterno, porque en ella estaba escrito su nombre: Watanabe Ryo. Queridos espectadores y amigos, desconocemos lo que está pensando para sus adentros este combatiente japonés y sus intenciones, pero lo que sí sabemos es que nuestro luchador, el gran Kuang Siping, que procede de nuestro terruño, es un tipo valiente y que los tiene bien puestos para abrumar a sus enemigos y acabar con ellos… Este evento ha dejado de ser una simple competición… ¡Ahora nos toca pelear con el enemigo de un país al que odiamos con todas nuestras fuerzas! Queridos espectadores y amigos, ¡animemos a nuestro luchador del Dragón que se arrastra

por la Tierra! —exclamó Shan Shula desde el escenario, sirviéndose de una voz fuerte, clara y vigorosa, con el fin de excitar a la muchedumbre apelando a sus más bajos instintos.

—Eso no está bien… —comenté—. ¡Las artes marciales son las artes marciales! ¡Hay un código ético que hay que respetar! ¡No hay que politizarlo!

—¡Hermano, vuelves a equivocarte! En este mundo todo está regido por la política, un ejemplo es la cultura y otro el deporte o las artes marciales… —me rectificó Jiang el Segundo, muy orgulloso de sí mismo—. ¡La política es una fuente de inspiración para la disciplina y la fuerza moral de cada uno de nosotros! ¡Hermano, debes madurar!

Permanecí mirando a Tsuruta Sawaki; felizmente su chino no daba para mucho, pero en su rostro había una expresión de vergüenza. Le pedí:

—Debemos aguantarnos un poco…

Jiang el Segundo, que me oyó, intervino:

—Oh, esos talentos precoces son propios de tipos que carecen de aguante; cuando más melodramática se nos pone esta gente, ¡más locos se nos vuelven…!

Watanabe Ichiro no era muy alto. Más bien paticorto y con los brazos demasiado largos, era musculoso y de rostro fiero. Su atuendo no se correspondía exactamente con un kimono japonés; era más bien la indumentaria de color negro con tiras y círculos blancos de un samurái. Estaba dispuesto a desplegar una auténtica demostración de fuerza sobre el escenario, pues se sentía como una bestia acorralada. Kuang Siping se subió a las tablas, se dobló ante el japonés, tal y como ordena el ritual de los saludos en las artes marciales, y el árbitro silbó inmediatamente. Los dos luchadores empezaron. Watanabe Ichiro siguió la estrategia de combinar varios estilos de artes marciales. Utilizaba sus puños a la velocidad del viento y sus piernas a la velocidad de la luz, pero no estaba teniendo ninguna oportunidad de acercarse al cuerpo de Kuang Siping. Yo, aunque no había aprendido artes marciales con el abuelo de Jiang el Segundo, sabía que el secreto de la lucha del Dragón que se arrastra sobre la Tierra reside en la proximidad, en el cuerpo a cuerpo, en contener la fuerza del adversario para utilizarla luego en su contra. Empecé a observar cómo los pasos de Kuang Siping se iban haciendo cada vez más caóticos y su rostro recibía más puñetazos y su estómago más patadas. Parecía que, exhausto como estaba, iba a ser derrotado. Watanabe Ichiro había nacido para pelear; todavía recuerdo el puñetazo directo que arreó a su oponente en la nariz. Kuang Siping cayó desplomado sobre las tablas y se quedó sentado sobre la alfombrilla roja sin poderse mover. Hacía rato que yo tenía encogido el corazón, y de repente me entró un odio profundo hacia el luchador japonés. ¿Iba a seguir combatiendo?

¿No era un criminal? Observé a los espectadores sentados a mi alrededor, consciente de que compartían conmigo esos sentimientos. Luego dirigí la mirada hacia Tsuruta Sawaki, que, con los ojos cerrados, parecía estar sufriendo muchísimo. Jiang el Segundo, esa flor tardía, sonreía veladamente, como si estuviese disfrutando de la evolución del espectáculo. El árbitro empezó la cuenta atrás y Kuang Siping no se movía. Mi corazón parecía haberse detenido. ¡Kuang Siping la había palmado! Varios individuos subieron al escenario y lo sacaron de allí. Watanabe Ichiro se metió los dedos en la boca y se puso a silbar, provocando con su arrogancia a los espectadores. Fue más tarde cuando me enteré de que el abuelo de Watanabe Ichiro, ese diablo japonés, había perdido la vida a manos de nuestro maestro y ancestro fundador de la lucha del Dragón de la Tierra, y que por eso había venido su nieto: para vengarse. Al ver su chulería y su prepotencia, me dieron ganas de saltar sobre las tablas y liarme a golpes con él. Lo habría matado con mis manos si hubiese podido; le habría hecho saber que nosotros, las gentes de Gaomi, no nos dejamos humillar por nadie, que todos hemos nacido de los mismos padres y que por nuestras venas corre la misma sangre. ¡Ay!, pero sobre el escenario, ese japonés bajito y fortachón era la mismísima encarnación de la autoridad, era el rey, y nos había derrotado a todos con nuestras armas, nos había golpeado donde más duele, como hicieron su abuelo y los suyos muchos años atrás en estas mismas tierras.

Uno de los espectadores, un joven, se puso de pie, empezó a andar dando saltos y se subió al ring. Solo llevaba los calzoncillos y un par de zapatillas deportivas blancas. Parecía un polluelo desplumado, un «cabecita de pollo», como solía decirse. No obstante, se veía que había recibido cierto entrenamiento. De hecho, su nombre aparecería más tarde en el periódico local, que se refirió a él como especialista en artes marciales. Este héroe, ese tipo tan valiente y sacrificado, no había oído lo que Shan Shula acababa de anunciar por el micrófono. Un par de tipos aparecieron inesperadamente sobre el escenario dando volteretas; como el joven polluelo, querían vengarse de Watanabe Ichiro. Luego se detuvieron y, apoyándose unos segundos sobre la mano izquierda, se tumbaron sobre las tablas y barrieron el suelo con la pierna derecha, con la intención de golpear al japonés y hacerlo caer. Según se comentó, aquel era el movimiento del «ataque de la serpiente», y fue aclamado por una salva de aplausos por los espectadores, aunque en realidad iba en contra de las reglas de la competición, que a decir verdad ya había acabado hacía tiempo, de modo que lo que se presenciaba sobre las tablas ya se parecía mucho más a una reyerta callejera. Me pregunté si acaso ese momento final no habría sido organizado con antelación. ¿Había sido premeditado?

Yo, que también era una flor tardía, un inmaduro, no comprendía nada de lo que estaban presenciando mis ojos. Enseguida, Watanabe Ichiro se encontró en una situación difícil, rodeado de todos mis paisanos anhelando saciar una sed de venganza acumulada desde hacía décadas. El japonés dio unos saltos y, abrazándose al joven de los calzoncillos, los dos dieron vueltas por el suelo, rodando sobre sus cuerpos; una vez fuera del escenario, fueron a parar a la zona de los espectadores. Unos minutos después, el «cabecita de pollo» —tal como el público y los periodistas denominaban al jovenzuelo escuchimizado de los calzoncillos— y el japonés ralentizaron la velocidad de sus vueltas y se pusieron a dar saltos, como esos sapos inflados que dan brincos sin ton ni son. Aunque recordaban ciertos gestos de las artes marciales y sus reglas sacrosantas, esos movimientos resultaban cómicos, carecían de elegancia y más bien se parecían a los de alguien que está ebrio. Oí que alguien decía detrás de mí: «¿Dónde diablos ha quedado la competición de artes marciales? ¡Esto parece una pelea de sapos!», un comentario que arrancó las risas de los presentes, hasta que de repente enmudecieron: Watanabe Ichiro, cogiendo con sus dos manos el cuello del «cabecita de pollo», no estaba actuando… ¡Tenía la intención de matarlo! El árbitro, que todavía se tomaba muy en serio su trabajo, silbó varias veces para detener al japonés, pero no sirvió de nada. Intentó que separara sus manazas del cuello de nuestro valiente héroe local, pero tampoco pudo, y ya, sin otra opción, pidió a algunos espectadores que le ayudase a librar al «cabecita de pollo» de sus garras. El árbitro lo amenazó entonces con enviarlo a la policía, pero Watanabe Ichiro parecía no entenderle, y de su boca solo salían unos *oh, oh, yes, yes*… «¡Eres enorme!», le dijo el árbitro haciendo sonar de nuevo su silbato, pero el luchador se mantenía en sus trece y exhibía la misma arrogancia de la que había hecho gala anteriormente. En esos momentos se consideraba invencible. Mi amigo Tsuruta Sawaki, que estaba sentado a mi lado, me susurró algo que me dejó de una pieza: «Maestro, no…, ese tipo no es japonés…». Y fue entonces, de repente, cuando alcancé la culminación de una flor tardía, como si hubiera recibido una iluminación divina: no solo entendí todo lo que había sucedido en los campos de labor, también, que la farsa que había presenciado había sido orquestada por Jiang bajo el Cielo, ahora conocido en nuestro terruño como el jefe Jiang, otra flor tardía. Dirigí de nuevo mis ojos hacia Watanabe Ichiro y le di un golpecito en la rodilla a mi amigo Tsuruta Sawaki. Con una voz calmada y suave le dije: «Hermano, esto es *kabuki*, eso quiero decir, es puro teatro *kabuki*…». Me respondió con un «¡ooooh…!», y solo después pudo decirme con palabras —al menos creí que eran palabras —: *oshi, oshi, oshi*….

Finalmente, la competición tuvo el siguiente resultado: la escuela

ortodoxa de boxeo del Dragón que se arrastra sobre la Tierra, del cantón de noreste de Gaomi, cuya técnica había sido transmitida al venerable Shan Xiongfei, tuvo que hacer aparición sobre las tablas del escenario para luchar a vida o muerte contra el «pequeño japonés» Watanabe Ichiro y salvar el honor de las gentes de nuestro terruño. Y a pesar de que Shan Xiongfei, ya muy anciano, recibió en el combate inicial varios golpes de aquel, al final, gracias al movimiento de «el salón circular y pequeño» y al empleo de otros estratégicos —el «salón circular y grande», «el golpe de la pata del pato mandarín», «el corte central de las tijeras», «el nacimiento del caminante», «las pezuñas que vuelan del caballo furioso», «el Cielo al revés para robar el sello», «los ojos cerrados y el azote del látigo» o «el dragón azul entra en el mar», entre otros muchos—, el gran maestro Shan consiguió tumbar a Watanabe Ichiro y convertirlo en algo parecido a un perro muerto.

En el curso de ese combate sin tregua, Shan Shula (la hija de Shan Xiongfei) no había parado un instante de animar a su padre con todo tipo de gritos, estaba agitadísima y, más que palabras, de su boca salía auténtico fuego. Mantenía a los espectadores en estado de trance, tratando de despertar en ellos sus más bajos sentimientos, su parte más primitiva, vengativa y patriotera, todo ello en un falso espectáculo que había sido planeado con antelación. Algunos espectadores de entre la muchedumbre rompieron a llorar cuando en los altavoces sonó una canción en cantonés titulada «La Gran Muralla de diez mil *li* no se derrumbará jamás»[55], de la serie de televisión *Huo Yuanjia*:

> *Tras cientos de años dormidos, nuestros compatriotas al fin se despiertan gradualmente…, abre los ojos y mira atentamente… ¿quién ha nacido para ser un esclavo?, abre la boca y dilo en voz alta: ¡la Gran Muralla de diez mil* li *no se derrumbará jamás!, ¡y las aguas torrenciales del Río Amarillo de diez mil* li *fluyen imparables! Lucha valientemente y expulsa de nuestra tierra a sus enemigos para que nuestro país vuelva a resurgir…*

Mientras coreaban la canción, algunos espectadores cogieron el cuerpo de Watanabe Ichiro, ese perro sin vida, y lo bajaron del escenario.

*

—¿Y sabías quién era ese tipo que hacía de luchador japonés? —me preguntó mucho después Jiang el Segundo.

—¿Quién era?

—El hijo de Chang Lin, a quien apodaban el Cinco Venenos.

VI

Ayer, nada más meterme en la cama, alelado como estaba bajo el efecto de un par de pastillas de Stilnox, oí que sonaba de repente mi teléfono móvil. ¿Quién era? Malhumorado, lo cogí, pues no paraba de vibrar desesperadamente, y contesté.

—¡Oh, hermano…! ¡Catastrófico…! —oí que me decía gimoteando Jiang el Segundo—. Un par de buldóceres y un par excavadoras están destruyendo el célebre «Patio de la familia Shan» de mis estudios de cine y televisión El sorgo rojo. ¡Y el escenario donde se realizan las competiciones del Dragón que se arrastra sobre la Tierra ya está hecho una ruina!

—¿Y por qué? —pregunté algo aturdido.

—Dicen que era una construcción ilegal —respondió muy resentido —, pero cuando lo edifiqué, ellos…

—¿No será el terreno donde los construiste? —pregunté.

—¿Qué me cuentas, hermano? —me respondió, jadeando—. Ilegal quiere decir ilegal… y legal quiere decir legal, estoy de acuerdo con ello. Este terreno era en la década de los sesenta del siglo pasado una cuenca para impedir las inundaciones del río, pero resulta que el río está seco desde hace más de treinta años.

—Sigo siendo una flor tardía, un inmaduro —le reconocí. Seguidamente le colgué y volví a meterme en la cama.

*

Epílogo. Al cabo de un año, Jiang el Segundo volvió a llamarme por teléfono y me comentó que, tras varios estudios, los departamentos de Aguas, Suelo y Zonificación de Terrenos, así como el departamento de Agricultura habían concluido que esa cuenca para la retención de las aguas del río en caso de inundación ya no tenía razón de ser, pero, para prevenir accidentes, se había decidido construir un canal de irrigación conectado a la orilla norte del río Jiao y en la vertiente oeste de la cuenca. Así, de ese modo, la naturaleza y la función de ese terreno cambiaban radicalmente. Una serie de nuevos recintos, como el Salón de Exhibiciones del Dragón que se arrastra sobre la Tierra o el Estadio International estaban en obras en esos momentos.

EL PELEÓN[56]

I

Bajé al campo para ver a mi padre, que, al verme, me ofreció amablemente un bol de té. Tras muchos años de relación, un padre y un hijo acaban convirtiéndose en hermanos. En realidad, pienso que más que hermanos, con el paso de los años terminan por hacerse amigos.

Cuando mi padre me anunció que el bueno de Fang Mingde había muerto, la noticia me sobrecogió. El mes pasado, cuando vine de visita al pueblo, Fang Mingde, ya anciano, aún ocupaba el puesto de secretario del Partido de la municipalidad, y vino a verme nada más saber que había llegado. Cualquier mención a los años de la comuna tenía un efecto revitalizador instantáneo en Fang Mingde, que constantemente se lamentaba de los abusos y la corrupción del presente.

Me interrogó:

—Mi querido sobrino[57], dime, ¿quién es más grande, Mao Zedong o Deng Xiaoping[58]?

Le contesté con ambigüedad:

—No sé qué decir… los dos… los dos fueron muy grandes, ¿no te parece?

Mi padre intervino para sacarme del apuro:

—Viejo Fang, mi viejo Fang, toma un poco de té, anda… Mao Zedong es muy grande y Deng Xiaoping también lo es… ¡Y tú también lo eres, viejo cascarrabias!

Fang Mingde volvió a hablar:

—Mi venerable Mo, sé que te gusta burlarte de mí, pero no te lo voy a aceptar…

—Ya tienes más de ochenta años —le replicó mi padre—, ¿qué haces todo el día con esa pinta de no hacer nada? Comer y beber, beber y comer… He oído decir que el Ejército te está subsidiando con una jubilación dorada. ¿Es así? ¿Cuántos yuanes te dan al año?

—Bastantes, pero por dentro no me siento muy bien —contestó el viejo Fang.

Mi padre le volvió a interpelar con ironía:

—Comer, beber, e irte de juerga…, eso es lo que haces todo el día, hermano; el Estado te paga un buen dinerito para que lleves esa vida tan poco ejemplar, ¿y tú encima no te sientes bien por dentro…?

—Mi venerable Mo, no lo comprendes —se justificó desviando su mirada hacia mí—: Tú, sobrino, tú sí que me comprendes… En toda su vida, tu padre no ha comprendido nunca una palabra de política. Un ignorante, eso es lo que es.

Mi padre sonrió y le dijo:

—No, no soy un ignorante como afirmas, soy uno de esos tipos dóciles y sumisos[59] sea quien sea quien gobierne. Lo que pasa es que siempre me pillan trabajando en la cosecha. ¿Lo comprendes tú ahora, hermano?

El viejo Fang le contestó:

—¡Vaya tragedia! ¡Qué vamos a hacer ahora…! Soy miembro del Partido Comunista y tú no, por eso puedes ir por la vida de dócil y sumiso, como afirmas; yo no puedo permitirme ese lujo. ¡Luchemos como se debe hacer en estos casos!

—¡De acuerdo, de acuerdo…! —concedió mi padre—. ¡Sí, luchar hasta el final![60] ¡Hay que empujar el carro y nada más![61] Al menos, eso es lo que se decía en mi juventud.

—El tigre ha envejecido y ya no muerde… ¡Vaya! ¡Los saltamontes, tras el otoño, no permanecen activos mucho tiempo![62] —Fang Mingde continuó hablando a mi padre en términos enigmáticos—: *Dage*, ayer noche soñé con Mao Zedong.

Mi padre le preguntó riendo:

—¿Cómo? ¿Soñaste que Mao Zedong te invitaba a comer?

—No, no fue así… Mao Zedong me dijo: «Mi joven Fang, ¿quieres luchar?» —respondió el viejo.

Pregunté a mi padre cuándo había muerto ese viejo comunista de Fang Mingde, y él me contestó que no lo tenía muy claro, una respuesta que me confundió. En nuestro pequeño pueblo nunca se dice que alguien «ha muerto»; solo los perros «mueren». Era algo que uno aprendía enseguida, sobre todo cuando se trataba de una figura como la de Fang Mingde, durante muchos años secretario local del Partido. Alguien así no «moría» nunca. Mi padre afirmaba que, a pesar de las tropelías que había cometido a lo largo de su larga vida, su naturaleza era la de un hombre justo con los demás, que creía honestamente en los valores que defendía. Mi padre y yo continuamos hablando solos, como sombras que flotan en el aire.

Se presentó un primo lejano, Wugong[63], cuyo hermano se llamaba

Wenzhi[64]. Según se decía, un anciano que había leído muchos libros de poesía clásica, miembro de nuestro clan familiar, había puesto sus nombres a estos dos hermanos. Me levanté y me apresuré a dar la bienvenida a ese primo a quien tantos años llevaba sin ver y cuyo cabello había encanecido. En realidad, parecía un viejo.

—Oh, hermano, ¿has regresado…? —me dijo al mismo tiempo que me saludaba respetuosamente, con un tono monótono. Por aquel entonces, no era sencillo decir si ese tipo de voz correspondía a un hombre o a una mujer. Nunca había tenido una buena opinión de ese primo por línea paterna, y en gran medida se debía precisamente a su tono al hablar. —Tú también has envejecido —añadió, una vez sentado en una banqueta y dando sorbos al té que mi padre le había ofrecido, sin dejar de mirarme de reojo. Seguidamente me soltó—: Pronto tendrás sesenta años, ¿no es así?

No me gusta reconocer que me acerco a esa edad y soy ya tan viejo, aunque en mi interior sé bien que es cierto, así que le respondí:

—Tengo cincuenta y seis años.

Elevó su tono de voz y, como si deseara discutir conmigo, me corrigió:

—No, no es cierto lo que me dices…, eres del año de la Cabra y naciste el 25 de enero. ¡Tienes cincuenta y ocho años, hermano!

—Correcto, correcto… —admití, poco satisfecho con mi réplica—. Tienes razón, tengo cincuenta y ocho años. ¡Sesenta en un abrir y cerrar de ojos! ¿Y tú? ¿No tienes ya los setenta?

Me respondió:

—No tengo sesenta y ocho, sino sesenta y nueve. Mi madre perdió la cabeza y nunca más volvió a acordarse de mi fecha de nacimiento. ¡Por eso ni siquiera yo me acuerdo de mi edad!

Intervino mi padre:

—Naciste en julio de 1944, así que tienes cincuenta y nueve años.

—¡Entre cincuenta y nueve años y setenta hay una gran diferencia! ¿No te parece?… —dijo—. ¡Me he pasado la vida peleándome con ese gilipollas de Fang Mingde y al final lo derroté!

—Vaya, pero no parece que hayas cambiado mucho desde entonces, ¿no? —apuntó mi padre con sarcasmo.

Mi primo se explicó:

—Tío, tú no lo sabes, pero en agosto de 1970 el segundo escuadrón robó las ruedas de unos carros y ese jodido de Fang Mingde pensó que había sido yo; entonces le pidió a su sobrino, el comandante del escuadrón, un tal Fang Baoshan, que me llevase al cuartel general y una vez ahí me colgara del techo durante toda la noche.

Mi padre volvió a hablar:

—En esa época la lucha de clases estaba en su momento álgido, y

los seres humanos cambiaron hasta el punto de dejar de ser seres humanos…

—¡Esa era la excusa que él buscaba para vengarse de mí! —sostuvo mi primo—. ¡Ese gilipollas sabía que yo tenía un juego de ajedrez y quería que se lo diese! ¡Le advertí al muy capullo de que antes de entregárselo a él prefería tirarlo al río! De hecho, estaba jugando al ajedrez chino bajo el dique con Huang Maozi cuando le dije aquello, y él, con palabras desagradables, me retó: «Wugong, si tienes huevos, arroja ese juego de ajedrez al río». A mí me tocó las narices ese comentario, de modo que cogí el tablero de ajedrez y las piezas, lo puse todo dentro de una bolsa de plástico y la tiré al agua. Recogí del suelo un elefante azul que se me había caído y lancé la figurita también al río. El tablero de ajedrez, que era de marfil, sonó como un ¡*ploc*! al caer, sordo y contundente, pero los que estaban allí no se dieron cuenta. Tío, ¿tú sabías algo de esto?

Mi padre, ladeando la cabeza, respondió:

—Sí, escuché algo, pero han pasado ya muchos años de ese asunto…

—¡Impresionante! ¡Lo que uno tiene que oír…! Tío —dijo Wugong con un tono de voz llano y sin ninguna afección—, el líder de esos años, Fang Mingde, le daba una patada en el culo a todo el mundo, y el pueblo entero lo temía. ¿Y quién se atrevía a plantarle cara…? ¡Pues solo un servidor!

—Y el juego de ajedrez que tiraste al río, ¿cuánto dinero valdría ahora? —pregunté.

—Pues ese… —me respondió balbuceando mi primo Wugong—, bueno…, más tarde, Huang Maozi y algunos otros bajaron al río a bañarse y, de paso, con mucho esfuerzo, recuperaron varias piezas. Olieron que había mucho dinero en juego. Alguien del programa *Tesoros ejemplares* de la CCTV se presentó el otro día, y el hijo de Huang Maozi le mostró esas piezas de ajedrez. Un experto le informó de que pertenecían a un palacio imperial de la antigüedad y, si andaba mal de dinero, le aconsejó, ¡siempre podría cambiarlas por un Mercedes Benz!

—Una pena, verdaderamente —reconocí—; si a ti te llega a caer en las manos ese Mercedes Benz, seguramente lo tirarías al río…

—¡No puedes hablarme así, hermano! ¡La vida de una persona es muy corta!

—¿Y no te arrepientes de nada de la tuya?

—¿Arrepentirme de algo en mi vida? —me contestó—. ¡No me arrepiento absolutamente de nada! Siempre he sido uno se eso tipos que no sirven para nada, y oponerme a la bravuconería de Fang Mingde me hizo sentir un poco como un héroe local…

—Pero en el contexto de esa época —le dije—, el viejo Fang te habría dado una buena lección…

—Hermano —me contestó Wugong—, eres un escritor de novelas, deberías escribir esta historia de tu puño y letra.

Había varias personas presentes. En la época de la que hablaba Wugong, Fang Mingde tenía la cara como una torta de maíz: era blanca, se volvía amarilla y de amarilla pasaba a verde azulada.

—¡Eh, Wugong, tú sí que los tienes bien puestos! ¡Esperemos montados en un burro para leer ese libro! ¡Adelante, borrico! ¡Arre, arre…! —ironicé—. Sí, mejor esperemos sentados sobre un borrico… No quiero hacer algo que vaya contra la ley, pero, dime, ¿qué puedo hacer por ti?

—Como prueba, en esta época corrupta e injusta, incluso obedeciendo la ley cualquier desgracia va a caer sobre tu cabeza —sentenció mi primo.

—Dejémoslo estar… —concluyó mi padre mirándolo desapasionadamente, y a continuación le aconsejó—: Las gentes de Fang Mingde, como él mismo, ya están bien muertas; que descansen en paz. No molestemos a los muertos, que luego nos sale caro. ¿De qué te va a servir ahora resucitar los trapos sucios de ese tipo?

—Tío —dijo Wugong—, ¡no sabes lo cruel que era ese hombre! Le pidió a su sobrino que me atara de brazos y me colgara… Esa banda de ladrones instaló una polea en las vigas del techo de la Sala de Justicia y yo sentí de repente un tirón. ¡Mis pies estaban a tres *chi* del suelo!

—Wugong, eres un crío —le dije yo—. Ahora que has caído finalmente en mis garras, dímelo… ¿dónde escondiste esas ruedas de carro que robaste?

—No, no me trates así, es injusto y, además, lo que dices no es verdad —se defendió.

—Eres el mayor bocazas de nuestro pueblo y no quisiera tener que sacarte los colores… ¡Y no sabes nada de las penurias que padece la clase proletaria! —le dijo mi padre.

—Tío, tú no te has enterado… No podéis ni siquiera imaginar lo que me pasó en realidad. Fang Mingde pidió a su sobrino que la gente de su regimiento me arrastrara, y cuando me soltaron las manos caí desplomado al suelo. Luego de nuevo volvieron a arrastrarme, otra vez me soltaron y otra vez volví a caer, y así varias veces. ¡Una auténtica tortura! A pesar de ello, no me rendí y le dije: «Fang Mingde, ¿todo esto no viene acaso por lo del juego de ajedrez? Sé que tienes agallas para matarme, pero, si me dejas vivir, no acabaré contigo». Más tarde me soltó, pensando probablemente que ya estaba más muerto que vivo.

El recuerdo de esos sucesos dolorosos del pasado dibujó en su rostro una aguda expresión de tristeza e indignación. Por un momento no supe qué decirle y le ofrecí un pitillo para que fumara.

Me dijo:

—Antes de sufrir esa tortura cruel, yo era un fumador empedernido, pero recogieron la única prueba que quedó sobre la escena del crimen: un saquito de tela bordada para los cigarrillos, que efectivamente era mía. Al final, quien me robó ese saquito fue el mismo que me acusó falsamente de haber robado unas ruedas de carro. Lo comprendí todo… Solo yo tuve que pagar el precio, y dejé de fumar a partir de ese día.

—Mas tarde, el viejo Fang reflexionó sobre sus actos y se arrepintió de los abusos de poder que había cometido en el pasado —le dijo mi padre—, sobre todo tras el período de reformas y apertura de Deng Xiaoping… ¡Por cierto!, quería preguntarte si ya has comido… ¡Oh, Wugong!, ¿aún te acuerdas de esa época?

—Tío —respondió—, ¿me hablas de cuando ese tipo fue expulsado por el nuevo secretario del Partido? ¿Te refieres a ese asunto?

—Nadie lo expulsó —le corrigió mi padre—, solo se retiró…

—Bueno, lo que tú quieras, pero dejó de trabajar para el Gobierno… —admitió Wugong—. Si hubiera seguido siendo un jodido funcionario, ¿cómo diablos se habría rebajado a pedirme perdón?

—¡Ay, Wugong! —apuntó sonriendo mi padre—, eres todavía un crío; la causa de tu perdición en esta vida no fue el viejo Fang…

—Sí que lo fue —respondió también con una sonrisa Wugong—. ¿Sabes a quién temía más ese rufián en el pueblo? ¡Pues precisamente a mí…! Si yo moría, a él se le acaba la prosperidad.

II

Recuerdo a menudo la pelea que aquel verano enfrentó a Wugong con Wang Kui. Ese día, a mediodía, mi madre y yo estábamos sentados en el patio, bajo un albaricoquero, triando las espigas de trigo de la paja, cuando de repente oímos en la calle el clamor de una muchedumbre. Mi madre me anunció:

—Seguro que es tu primo Wugong que se está peleando con alguien. ¡Le encanta liarse a porrazos con el primero que encuentra!

Y yo añadí:

—Se llama Wugong, que quiere decir ‘artes marciales’, pero siempre que lo veo tiene cara de estar cagándose en los pantalones, y cada vez que se enfrenta a alguien acaba con la nariz ensangrentada.

—Es un desgraciado por naturaleza, un tipo amargado que no puede estar más de tres días sin pelearse, es un pendenciero, un provocador… —me dijo ella mirándome de reojo, y añadió seguidamente—: Wugong es uno de esos pájaros carpinteros que mueren en el agujero del árbol debido a la acción de su propio pico; tú también te has dado cuenta de ello, ¿no es verdad? Aunque la gente te trate de tonto…

El clamor y los insultos del exterior se hacían cada vez más audibles e iban acompañados de aplausos y todo tipo de ruidos. Yo era apenas un niño y disfrutaba con esa clase de espectáculos; le rogué a mi madre que me dejase salir, y ella aceptó.

Me precipité hacia la calle y divisé una muchedumbre reunida en el campo de labor. Me puse a correr hacía allí y me hice paso entre la gente que formaba un corrillo. Abrí bien los ojos y de repente, como un fulgor de luz súbito y cegador, vi ante mí, a Wang Kui, en calzones y con sus brazos musculosos desnudos, dándole una sarta de patadas a mi primo Wugong, que yacía tumbado en el suelo, con las manos sobre la cabeza, como un perro abatido. La muchedumbre profería todo tipo de insultos contra él. La escena era verdaderamente patética.

—¡Maldito seas…! ¡Malditos sean todos tus muertos…! ¡Eres un hijoputa, Wang Kui…! —Wang Kui no paraba de dar patadas al trasero de Wugong, que, a su vez, se defendía lanzándole con rabia un sinfín de insultos de lo más variados.

Un anciano intervino con tono conciliador:

—¡Ah, Wang Kui, déjalo en paz! ¡Lo vas a matar con esta paliza!

Wang Kui, jadeando, replicó:

—¡Pídeme más bien que le cierre la boca para siempre a este chulo de mierda para que aprenda de una vez por todas!

El anciano gritó a mi primo:

—¡Eh tú, Wugong, cierra a boca, que te estás pasando! —Pero Wugong no era de los que acostumbran a escuchar los consejos de otros, y continuó profiriendo insultos contra Wang Kui que resultaban absolutamente vergonzosos a quienes los escuchaban.

Mientras esperaba frente a él, Wang Kui golpeó en la cabeza a mi primo. Wugong lanzó un grito desgarrador, pero ni siquiera así interrumpió sus insultos. Wang Kui le dio una segunda patada en la cabeza, y esta vez, incapaz de articular una palabra más, soltó algo parecido a un chillido.

En ese momento todo el mundo creyó que había muerto, pero no, no había muerto.

Después de aquello, un mediodía Wugong apareció apoyado en un bastón ante la puerta de la casa de la familia de Wang Kui y, de nuevo, comenzó a proferir injurias. Wang Kui sacó una pala, la agitó

en el aire y lo amenazó.

Mi primo continuaba con sus insultos. Su voz se había agudizado y todas las gentes del pueblo estaban oyéndolo.

Wang Kui, con la pala en alto, le advirtió:

—¡Cierra la boca te digo!

Wugong replicó:

—Wang Kui, eres un hijo de puta… Si no acabas con mi vida utilizando esa pala, ¡no tienes ni padre ni madre!

Wang Kui empezó a temblar de los pies a la cabeza y, con la hoja metálica de la herramienta, presionó la garganta de Wugong, que sin perder la calma sonrió y habló de nuevo:

—Oh, la pala… sí, hoy es el día… Si tú, hijo de la gran puta, me matas con ella, la mala suerte caerá sobre tu familia y vais a estar bien jodidos el resto de vuestras vidas. Tienes la fuerza de un toro y soy incapaz de derrotarte, pero tu hija va a cumplir tres años, ella no puede pegarme como tú lo haces, hijo de puta; tu hijo va a cumplir dos años y tampoco puede pegarme… ¡Ah, se me olvidaba…! y tu mujer está preñada, ¡ella tampoco puede pegarme! Solo tú puedes hacerlo, el guardián de esta casa, el gran protector de la familia Wang… Ahora tienes la oportunidad de hacerlo, si no, espera a que los cadáveres de tu esposa y tus hijos, si es que estos últimos son tuyos, pasen ante tus ojos…

Wang Kui, haciéndose el fuerte, aunque en el fondo temblando de miedo, le gritó:

—¿Cómo te atreves a hablarme así, malnacido?

Mi primo respondió:

—¿Y por qué no iba a atreverme? ¿Hay algo a lo que no podría atreverme? Estoy soltero, mi anciana madre tiene ochenta años, cada día le doy a beber un raticida, ¡y la vieja no se muere…! En resumidas cuentas, en mi hogar solo somos dos, ¡pero en el tuyo sois cuatro! Dime, ¿acaso hay algo a lo que no pueda atreverme?

—¡Te voy a destruir, desgraciado? —le gritó Wang Kui.

—Pues bienvenido seas… —replicó el aludido—. Venga, acaba conmigo con esa pala… y luego vendrá la policía para darte una lección. Ya verás, la pena de muerte… ¡Una vida por otra…!

En ese momento se presentó mi padre, que en esa época era el contable de una unidad de producción gubernamental bastante grande, además de una persona de honor que gozaba de respeto en el pueblo. Mi padre amonestó severamente a Wugong:

—¡Cierra la boca y regresa a tu casa! —Luego se dirigió a Wang Kui—: Y tú, que vas de héroe por la vida, no te rebajes a su altura. ¡No le hagas caso!

Wang Kui soltó la pala y replicó:

—Tío, no sabes lo harto que me tiene ese imbécil. Ha insinuado que mis hijos no son míos…

—¡Tus hijos no son tuyos, cornudo! —saltó Wugong— ¡Son de Fang Mingde!

Mi padre abofeteó a Wugong y le recriminó:

—¡Te he dicho que cierres tu boca apestosa!

—Tío, eres un hombre respetado y respetable… Puedes pegarme si lo deseas, pero no me pidas que cierre la boca —le contestó Wugong, al tiempo que señalaba con el dedo la ventana de la parte de atrás de la casa de Wang Kui—. Esa ventana trasera da al patio de la mía y he podido ver algunas escenas vergonzosas que no esperaba ver nunca en la vida. A decir verdad, lo oí todo por casualidad… Wang Kui, llama a tu hijo y que el bueno de Mo le vea la cara… ¡Ya verás lo te dirá!

Mi padre volvió a darle otro bofetón a Wugong. Un chorro de sangre salió de la nariz de mi primo, pero eso no impidió que de su boca continuaran brotando palabras insultantes bien claras y en voz alta:

—¡Wang Kui, capullo! ¡El hijo que lleva tu mujer en la barriga no es tuyo! —Wang Kui volvió a agarrar la pala, pero súbitamente la soltó, se dejó caer al suelo y se tapó los ojos con las manos para contener las lágrimas.

III

Mi padre me lo dijo después: la gente como mi primo Wugong era difícil de tratar y, si tenías la mala suerte de tener un problema con él, ya no te lo quitabas de encima. A partir de ese momento Wang Kui nunca se libraría de él. Wugong se paraba a menudo en su patio, apuntando con el dedo a la ventana trasera de la casa e insultándole. Tiempo después, Wang Kui tapió esa ventana con ladrillos, de modo que ni siquiera el sol de los días de junio podía atravesar esa muralla infranqueable. Tras el período de las reformas de Deng Xiaoping, las gentes del país gozaron de más libertad, y Wang Kui cogió a su mujer y sus hijos y se los llevó con él no se sabe adónde, pero lo cierto es que nunca más volvió. Las hierbas crecieron alrededor de su casa y llegaron hasta las tejas; parecía que se iba a hundir. Se había convertido en una ruina. Wang Kui afirmaba que tenía muchos problemas.

Mi padre me contó que Fang Mingde había entrado en política en 1948. Participó en la guerra de resistencia de la Corea comunista contra los Estados Unidos, pero no pasó de soldado de tercera clase. En su familia había tres hijos, y tuvo varias decenas de sobrinos que

eran como los tigres y los lobos. ¿Había alguien en el pueblo que se atreviese a provocarlo o que pudiera quedar fuera de su autoridad? Pues bien, finalmente hubo alguien: mi primo Wugong. Fang Mingde dejó de comportarse como una persona una vez que comprendió que la vida no valía nada y que su familia estaba lejos de ser una buena familia. Su mujer, por ejemplo, no era más que un ser despreciable y sin moral cuya sola visión repugnaba; pero todo ello acabó por convertirse en su arma secreta: nadie quería cambiar su destino por el de ese viejo comunista.

Mi padre me dijo que, tras la muerte de Fang Mingde, sus hijos ni siquiera le prepararon un funeral; lo enterraron de noche, a escondidas, para que nadie lo viera, y sobre todo para que nadie sospechara que el viejo Fang había fallecido, lo que les permitiría seguir percibiendo el subsidio de varios miles de yuanes que recibía su padre. Sin embargo, con esa triquiñuela no engañaron a Wugong, que partió hacia la ciudad de la subprefectura para denunciar a los tres hijos del difunto Fang Mingde. Llenos de odio, estos se la juraron, pero ¿qué diablos iban a poder contra un tipo como mi primo?

IV

La primera vez que vi a Wugong luchar contra alguien yo tenía ocho años y estaba en la clase de segundo nivel de la escuela primaria. Wugong, según mi padre, debía de tener diecinueve.

Ese año el invierno fue particularmente frío y el verano calurosísimo. En las tardes estivales, los hombres, fueran viejos o jóvenes, se iban a bañar al río; sabían que las aguas estaban calientes salvo en las orillas, bajo la sombra de los sauces que allí crecían. Como era de esperar, todo el mundo se apretujaba en esa zona de agua fresca. Una de esos días de verano tórrido, Wugong saltó bruscamente al agua y se puso a insultar sin ninguna razón aparente a ese joven instruido que apodaban Huang Maozi, el «ratón amarillo». Enseguida, este buscó a mi primo y se enzarzaron en una pelea en medio del agua. Wugong era alto y Huang Maozi, bastante canijo, pero allí en el río, mientras se zurraban mutuamente, resultaba imposible saber quién era quién. Huang Maozi se encaminó hacia la orilla y Wugong salió detrás de él; allí, con los culos al aire, reanudaron la lucha. Sus cuerpos, que estaban muy desarrollados, resultaban muy desagradables a la vista. Huang Maozi estaba ganándole la partida a mi primo claramente. Lo había derribado y estaba meando sobre él.

Recuerdo que Wugong, al final, saltó al río desde lo alto del dique

y, al caer al agua, provocó algunas olitas e hizo mucha espuma. Tardó mucho tiempo en salir, y cuando lo hizo, continuó insultando a Huang Maozi:

—¡Ratón amarillo, no te voy a olvidar en tu puta vida!

V

Un día, volviendo a casa, observé desde el coche a un anciano que, apoyado en un bastón de madera, avanzaba dando tumbos por la calle. Cuando el coche pasó junto a él reconocí a través de la ventanilla la cara vieja e hinchada de mi primo y oí que mi padre me decía: «El Gobierno ha concedido a Wugong "las cinco garantías vitales"[65]». Ahora tiene cubiertas la comida, la ropa, la vivienda y la protección médica para el resto de su vida; hasta su entierro. Se ha pasado media vida humillado y pisoteado por la gente, odiado profundamente por todo el mundo. ¿Cómo diablos pueden concederle ese derecho que dan solo a unos pocos? A simple vista parece que no se lo merece. Cuando lo vi, él, inesperadamente, lanzó un escupitajo al coche. Yo estaba seguro de que no sabía que yo me encontraba en el interior de aquel vehículo, pero en todo caso el conductor se enfadó muchísimo y quiso parar para darle una lección a mi primo. Me apresuré a advertirle:

—No, mejor no te pares… No hay que provocarlo… Ese tipo es de mi pueblo y no conviene ofenderlo.

Me puse a pensar en lo que mi madre me había dicho en secreto sobre él:

—¡Menudo está hecho ese Wugong! ¡Esa cosa intratable…! Quien lo ofenda, ¡que no espere vivir tranquilo el resto de su vida!

Mi madre me contó que Wugong le había soplado al oído que un día de cierto mes de cierto año —no empleó palabras más precisas— empapó de pesticida unos bollos y con ellos envenenó a los más de trescientos cerdos bien engrasados que poseía el hijo mayor de Fang Mingde. Más tarde, una noche de cierto mes de cierto año cogió una hoz y cortó todo ese maíz exuberante que había crecido en abundancia en los maizales de Huang Maozi. No dejo en su tallo una sola mazorca, las malogró todas. Otra noche de otro mes de otro año le prendió fuego a los tallos de maíz que estaban apilados en la casa de Wang Denke. En cada víspera del Nuevo Año durante más de diez años, de noche, tanto en nuestro pueblo como en dos pueblos vecinos, ardían varias pilas de paja; el responsable era de nuevo Wugong.

Le pregunté a mi madre:

—¿No me digas que en los pueblos vecinos también había gente

que había ofendido a Wugong?

Ella me respondió:

—Ese tipo tiene el carácter de un tarado. Le rozas con un estornudo y ya la has fastidiado; ¡no va a olvidar en la vida lo que le has hecho! El muy broncas parece una cosa y es otra. —Mi madre me preguntó—: ¿Te acuerdas del zapatero Wu Mingyi? Hace años creyó ver un fantasma en Qiaotou y se volvió loco. Pues bien, todo fue orquestado por tu primo Wugong —jadeó antes de seguir contándome —: Quien hace tonterías en este mundo acaba por morir por esas mismas tonterías, pero lo cierto es que todavía no ha muerto y, encima, van y le dan «las cinco garantías vitales». Ha prendido fuego tantas veces y ha cometido tantas malas acciones… ¡Pero nadie lo ha capturado! ¿No te parece extraño? ¡Wugong ha recibido una buena retribución por sus malas acciones…! Pero tú no le digas nada de lo que te he contado, porque me lo susurró como un secreto. Ni siquiera se lo he dicho nunca tu padre…

Casi comprendí la psicología de Wugong, aunque deseé que a partir de ese momento no volviese a hacer ninguna tontería más. Sus enemigos habían muerto uno tras otro o simplemente habían desaparecido, y solo él, con una sonrisa en los labios, había salido victorioso. Él, una persona cruel y débil que tendría que haber sido denunciada.

LA FLOR, EL DEDO Y EL LADRÓN[66]

I

La primera vez que me subí a una embarcación fue en junio de 1987, en el río Songhua, en la provincia de Jilin; era una barca pequeña pero lujosa, cuyo único fin era el placer de quienes navegaban en ella, personas importantes y con cargos en la administración local para las que, se decía, estaba reservada. El encargado de manejar la barcaza, que se hacía llamar Gran Han, era un viejo grandullón de cara rojiza cuyos modales exhibían la altivez de un miembro de la familia de un primer ministro. El tipo miraba con arrogancia y desprecio a todos los que nos encontrábamos allí, y nos hacíamos pasar por escritores o poetas. A pesar de que estábamos en el mes de junio, la brisa procedente del río era bastante fresca, y yo, con la chaqueta puesta, sentía escalofríos. El anciano solo llevaba unos calzones y una camiseta fina, con la cabeza de un dragón de color negro y aspecto fiero y amenazante estampada. Una vez que la barcaza arrancó a navegar, el tipo sujetó con una mano el timón y con la otra un botellín de cerveza. Dio un trago, hipó, y a continuación se dirigió a nosotros con unas palabras que nos pillaron a todos descolocados:

—¿Y vosotros habéis venido todos de Beijing? Oh, las gentes de Beijing… No, no, esto no va a funcionar… ¡Va a ser un desastre! ¡Personas con una visión muy limitada del mundo! Oh, y la avenida de Chang´an…, ¿qué tiene de extraordinaria esa callejuela?, ¿que es muy larga…? ¿Y la plaza de Tian´anmen? ¿Demasiado grande…? ¿Acaso Beijing tiene el río Songhua como tenemos aquí en la provincia de Heilongjiang? ¿O las montañas de Xing´an en la provincia de Guangxi? —Dejó de hablar, le dio otro trago al botellín de cerveza, hipó y prosiguió—: Vosotros, que estáis aquí, os hacéis llamar novelistas, poetas…, pero todo lo que ven mis ojos son esas bayas[67] que sirven para alargar la vida. ¡Solo sois un recurso provisional! ¿Qué coño habéis escrito?, ¿*A orillas de las aguas*[68]? ¿Qué habéis escrito? ¡Decidme! ¿Algo como el poema de Li Bai *Pensamientos en una noche tranquila*? Resulta cruel que os falte eficacia y productividad… —Con

el botellín de cerveza apuntó a un joven escritor de nombre You Jin[69] y le dijo—: Veo que tu máxima virtud consiste en prestarle una atención particular a las mujeres de buen ver. ¡Pierdes la cabeza nada más contemplar el culo de una de ellas! ¡Nuestros líderes han perdido la cabeza y tú el primero! ¡Y se han gastado un pastón para que vengáis aquí! ¡Vaya despilfarro! Cuántos niños sin acceso a la escuela podrían escolarizarse con ese dinero.

You Jin, que había sido humillado en público, intentaba mantener la compostura mostrando un rictus serio y petrificado en su rostro. Mirando hacia abajo, le dijo:

—Maestro Han, veo que el hermanito ha salido del coño de su madrecita como un auténtico hijo de puta deslenguado, y estoy seguro de que nada más gatear ya iba a abusar de las niñitas que vivían en su vecindario… Mi padre pretendía darme unas palizas de muerte con una vara de madera, pero mi madre lo detenía siempre a tiempo. La naturaleza del hijo de puta ha ido a más, y esto no es bueno. Si no fuera por el miedo a contaminar las aguas de este hermoso río, el Songhua, ya me habría arrojado a ellas y me habría suicidado, pero si ustedes, respetables señores, me lo permiten, salto inmediatamente…

El Gran Han se quedó mirando a You Jin, un tipo que se estaba despreciando a sí mismo, y le respondió al instante:

—Hermanito, ¿cómo puedes decirte esas cosas? Ah, me lo imagino… ¡Eres un escritor!, ¿no es eso…? ¡Y uno de los grandes…! Los escritores, ya se sabe, son expertos en crear ambientes con palabras. ¡Oh, veo que eres un gran escritor! Todos esos, uno tras otro, son pura pose ¡y no sirven para nada…! Afortunadamente, ya no estamos en los tiempos de Liangshan[70] ¡Si no, se iban a enterar esos de lo que vale un peine! —El Gran Han vació con un último trago el botellín de cerveza, arrojó el casco a las aguas del río y con la mano hizo el gesto de una espada que está siendo agitada en el aire. En ese momento, un tal Wu Yingjie, uno de los organizadores, miembro de la Asociación de Escritores, que además era el responsable editorial de la revista *El río Songhua*, se le acercó en silencio por detrás y le dio una palmadita en el hombro. El Gran Han se sobresaltó, giró bruscamente, le dio un bofetón y le dijo:

—¡La madre que te parió, casi me matas del susto!

—No soy vuestro jefe… ¿De qué te asustas? —le dijo Wu Yingjie.

—¡Por supuesto que eres nuestro jefe… ¡Y no te tengo miedo! —replicó el Gran Han.

—Mi querido colega, ¡eres un tipo auténtico! —Wu Yingjie estiró el dedo pulgar y gritó—: ¡Xiao Fan, mi niña Fanlanni, trae el vino, que andamos secos!

Fanlanni, que estaba sentada en una esquina de la barcaza leyendo

un libro, se levantó para traer un botellín de aguardiente *baijiu* del Estado. Era la dueña de la embarcación, y para protegerse del sol llevaba una gorra blanca, unas gafas oscuras de montura roja. Vestía además con una falda blanca y unos zapatos de tacón alto del mismo color que dejaban a la vista los dedos de los pies. La superficie de su calzado brillaba poderosamente y sobre ella resaltaban las uñas pintadas de esmalte rojo. Una melena densa y abundante, teñida de rubio platino, caía sobre sus hombros. Según Wu Yingjie, esa mujer tenía sangre rusa en sus venas, y allí, en la prefectura de Heihe de la provincia de Heilongjiang, se ganaba la vida con esta barcaza sacando a los turistas a pasear por el río. Su casa ocupaba una barca de otro tipo que había pertenecido a varias generaciones de pescadores de su familia; al parecer, uno de sus ancestros pescó más de tres mil *jin* de esturiones con el fin de ofrecérselos al emperador de la dinastía Qing, quien le recompensó con un título oficial. Sucedió durante el año del reinado de Jiaqing[71] de la Gran Dinastía Qing.

Wu Yingjie destapó el botellín de *baijiu* y puso en las manos del Gran Han una botella de cerveza vacía; luego dividió el aguardiente en dos partes: una de la quedó él y la otra se la dio al Gran Han, y le animó:

—¡No te humilles ante las gentes de noreste de China! ¡Venga, a empinar el codo!

—¡Pues empinemos el codo! ¿A quién le va a importar? —dijo el Gran Han—, pero ya me he tomado una cerveza…

—¡Esa cerveza ya ha desparecido! — Wu Yingjie le incitó a beber mientras señalaba con su dedo a Fanlanni.

Hu Dongnian, que se encontraba en la cabina y había estado discutiendo con unas periodistas, trajo un par de botellas de cerveza poco después de que Fanlanni se fuera. Era autor de novelas policiacas, algunas de las cuales se habían publicado con éxito. Se hacía llamar «el Conan Doyle chino».

Wu Yingjie le cogió a Hu Dongnian el botellín que sujetaba en una mano, ladeó la cabeza, se lo llevó a la boca y le quitó la chapa con los dientes. Luego alzó la cabeza, abrió bien la boca, levantó la cerveza, la acerco a sus labios y dejó caer el contenido en su garganta.

Todo el mundo se puso a dar voces y hasta yo me animé, contemplando de cerca a quienes estaban bebiendo con tanta alegría, pero lo cierto es que nunca antes había visto a nadie beber cerveza de esa manera.

Wu Yingjie colocó de nuevo la chapa para tapar el botellín de cerveza, y lo arrojó a una cesta que quedaba a unos tres metros con una precisión que me dejó asombrado. Alzó seguidamente el aguardiente y le dijo al Gran Han:

—¿Cómo puede ser? ¿Es esto justo…? —Y chocando el botellín que el Gran Han sujetaba con la mano, añadió—: ¡Brindemos primero!

El Gran Han gruñó:

—No, no es que no quiera beber… ¿Cómo no iban a aceptar un trago los venerables ancianos de Dongbei (el noreste de China)? Pero pienso en vuestra seguridad. ¡Estamos en una embarcación! ¡No se puede nadar estando borracho!

—Yo, este ser insignificante que no sirve para nada, ha conducido una lancha de desembarco del Ejército… ¡Hasta con los ojos cerrados guiaría esta barcaza! —proclamó You Jin; intentó convencer a los demás de sus habilidades, acercándose al Gran Han y sujetando el timón.

Wu Yingjie dio otro trago, *glugluglugl*ú, mientras miraba al cielo; se lo acabó todo como quien bebe agua fría. No dejó una gota de aguardiente en el botellín, que lanzó, una vez vacío, a la cesta de la basura.

El Gran Han, tambaleándose, buscaba dónde agarrarse. Wu Yingjie abrió bien los ojos y, con furia, exclamó:

—¡Venga, a echar la espuela…!

Era la primera vez que vía a Wu Yingjie así, con los ojos desorbitados y las densas cejas erizadas; me pregunté si ese era el verdadero aspecto de las gentes de Dongbei o el de un auténtico héroe de la antigüedad.

Por su parte, el Gran Han, con su camiseta estampada con la cabeza de un dragón, parecía bien torrado. Fanfarroneaba delante de todos. Se había puesto a temblar de verdad en ese momento, pero seguía dándoselas de héroe y, como antes, gritó:

—¡Echemos la espuela, he dicho! ¡A echar la espuela otra vez, por vuestras madres! ¡No me he emborrachado en la vida…! —Y se puso a pensar en el aspecto heroico de Wu Yingjie, que alternaba un trago del botellín con una pausa. Finalmente, tras vaciarlo, lo levantó en el aire y, poniéndolo boca abajo, gritó:

—¿Qué? ¿Has visto? ¡No queda ni una gota!

—¡Trae otro botellín, pues…! —dijo Wu Yingjie.

Hu Dongnian caminaba inclinado hacia un lado con su cuerpo gordo y fachoso como un pingüino. Se sujetaba con una de sus manos a los pasamanos para no resbalarse y en la otra llevaba un botellín de *baijiu*. Daba pequeños golpes en la superficie de la barca mientras canturreaba la letra de una canción:

—¡Ven aquí… sube las escaleras… que aquí se está tranquilo!

Wu Yingjie destapó otra botella de *baijiu* y el Gran Han se apresuró a gritarle:

—Oh, ya que la has abierto… ¡Ahora te la bebes tú solito! Quien te

habla tiene una gran responsabilidad en esta embarcación, ¡y no va a beber una sola gota!

A Wu Yingjie la lengua se le había endurecido claramente y caminaba dando tumbos hasta que cayó con sus posaderas sobre la plataforma de la barca; apoyado en la barandilla, torcía el cuello y musitaba algunas palabras, pero no conseguía sacar el menor sonido inteligible de su boca. Los presentes comenzaron a aplaudirle con fervor, hasta que con una sonrisa maliciosa en los labios, dijo en voz baja:

—¡Bah! ¡Menudos miedicas…! ¡No valéis para nada! ¡Aquí mando yo, coño! ¡Y nadie es una excepción…!

En ese momento la barcaza atravesaba el centro de la corriente y la superficie del río parecía embravecida. Las aguas se agitaban y aún quedaban un par de horas para el crepúsculo. La luz del sol, que se había vuelto roja y dorada, extendiendo su brillo sobre ellas, había formado una nube densa y nebulosa que cubría el oleaje. Los bosques y la cadena de montañas que bordeaban la orilla parecían salidos de una pintura. Un paisaje con algo de real e irreal al mismo tiempo, una combinación alucinatoria de luz y sombra.

You Jin se había colocado a los mandos de la barcaza y sujetaba el timón. Exhibía un semblante serio, cargado de solemnidad. Mantenía la mirada fija al frente, una mirada casi hipnótica, pero aquello era una pose, nada más que una pose. A su izquierda se encontraba una ensayista que había venido de la provincia de Guangdong, llamada Qiu Shengnan, y a su derecha estaba Sun Liuyi, una novelista de Guangxi. Un par de bellezas que andaban siempre juntas. Desconocía si entre ambas había alguna relación familiar o de otro tipo, pero durante la travesía del río las dos mujeres no se separaron un solo momento. Compartían también una opinión favorable respecto a You Jin. Qiu Shengnan le animaba y le decía: «¡You, You!», y Sun Liuyi, por su parte: «¡Jin, Jin!». El *putonghua* (la lengua común china) de Qiu Shengnan era muy bueno para alguien de origen cantonés, y aunque su *you, you* sonaba como un pellizco en la carne, era fácil de entender e incluso resultaba agradable. El acento de Sun Liuyi era en cambio demasiado fuerte, y su *jin, jin* no quedaba tan bien; sonaba a *ji, ji* (‘polla’, ‘pene’). Así que, durante toda la semana que duró el encuentro de autores promovido por la Asociación de Escritores, You Jin se convirtió en una «polla» o un «pene», y, en palabras de Hu Dongnian, una «polla» o un «pene» con boca.

Entonces, Youyou dijo:

—¡Quiero que fumemos un pitillo! —La mujer que estaba a su izquierda sacó un cigarrillo de la marca Marlboro de una cajita y él se lo metió en la boca.

Jinjin pidió:

—¡Necesito fuego! —La bella mujer situada a su derecha se lo ofreció.

You Jin, que estaba feliz pero se mostraba algo olvidadizo, hizo sonar de repente la bocina de la barcaza con una expresión de apatía en su rostro. Aquel sonido recordaba al bramido largo y melancólico de un buey cuando se lava en las aguas del río. Los pescadores que faenaban con sus barcas interrumpieron su tarea. Con una mezcla de curiosidad y enfado, dirigieron sus miradas hacia la barcaza de los escritores que, a sus ojos, representaba el poder y la corrupción.

Muchos años después de aquella experiencia me dio por pensar que los escritores chinos contemporáneos, igual que quienes se consideran intelectuales, o al menos la mayoría, no se atreven a hablar nunca del grado de corrupción que los ha contaminado.

Varios periodistas de los diarios locales se aprovecharon de la luz templada del día para sacar algunas fotos de You Jin junto a las dos mujeres que lo flanqueaban. Las dos bellezas parecían empeñadas en destruir su reputación y no paraban de darle besos en las mejillas (ahora la izquierda y ahora la derecha). ¡*Mua, mua*! Tampoco dejaban de reírse. Hu Dongnian no quiso perderse esa oportunidad, pero cuando intentó unirse a You Jin las mujeres se opusieron con firmeza. Hu Dongnian, frustrado, comenzó a insultarlas:

—¡Eh, vosotras dos, mis queridas exmujeres! ¿Qué os he hecho para que os comportéis así conmigo? —Durante todo el tiempo que duró el encuentro de escritores, Hu Dongnian se refirió a las escritoras con esa palabra: «exmujer». Tan solo llamaba por su nombre a Fanlanni, pues no se atrevía a dirigirse a ella en esos términos. En realidad, ¿acaso se atrevía a tocarle una sola uña? ¿No le aterraban las consecuencias? Aunque nunca lo reconocería, fue él quien le había dado ese apodo: Fanlanni sonaba como la transcripción en chino de la marca de automóviles Ferrari, Falali. Dongnian, como había hecho previamente con el *jiji* de You Jin, acostumbraba a cambiarle el nombre a todo el mundo.

—Hermano, no se muestre desagradable ante las gentes de este lugar… Váyase a su cabina y déjenos tranquilos. ¡Váyase a echar un trago, hombre…! —le sugirió Wu Yingjie, mientras le daba palmaditas en la espalda. Y a continuación, anunció—: Camaradas y apreciados amigos, esta noche vamos a cenar en la barcaza, una hora más tarde nos detendremos en el muelle de Qingshan y bajaremos a tierra para asistir al célebre festival de las hogueras.

Los participantes se abalanzaron estrepitosamente a la bodega, donde sobre una mesa larga había dispuestos varios platos y licores. Conservas de carne y pescado, salchichas y pollo asado, y algunos platillos para picar. También, varios aguardientes, vino tinto y cerveza como para emborrachar a un ejército entero. La única bebida que no

tenía alcohol era una gaseosa de la marca Sprite.

Se lanzaron a comer como cerdos. Hu Dongnian preguntó súbitamente:

—¿Ferrari? ¿Dónde está Ferrari?

Una de las bellezas dijo que Fanlanni, la mujer con sangre rusa en sus venas, estaba sola en la parte trasera de la embarcación y tenía los ojos clavados en la puesta de sol. Contemplaba la estela de espuma que la barca iba dejando tras de sí y las dos hileras de olas que se levantaban simultáneamente.

Por supuesto, todo eso había surgido de mi imaginación. Su nariz prominente no había sufrido cirugía estética en esa época; sus ojeras profundas tampoco habían sido operadas aún por ningún cirujano plástico, pero todo en ella probaba su ascendencia rusa, aunque cuando hablaba tenía un marcado acento chino de la provincia de Dongbei, en el noreste del país, y su cabellera no estaba teñida de rubio.

Un par de días atrás, durante el ascenso a las montañas de Fenghuang, Hu Dongnian, sin ser consciente de lo que decía, le había preguntado:

—Ferrari, ¿dónde te has teñido el cabello?

Ella lo miró de reojo, pero no le hizo caso. En ese preciso momento, apareció Wu Yingjie y preguntó:

—Viejo Hu, ¿acaso piensas que las plumas doradas de un faisán están teñidas?

Justo mientras hacía esa pregunta, en plena subida por un sendero estrecho, vimos que salían volando de unos arbustos un par de faisanes de plumas doradas; uno de ellos tenía el plumaje exuberante y hermoso. Nadie fue capaz de retenerse: suspiraron ante la inesperada aparición de tanta belleza. Hu Dongnian, exhibiendo sus conocimientos, explicó que se trataba de un macho y una hembra en período de apareamiento, pero no continuó con su alarde de erudición porque nadie le hizo caso.

—Tu intención era decir que el cabello de Ferrari es natural y no teñido, ¿no es eso? —volvió a intervenir Wu Yingjie.

—Pero tú no eres Ferrari, ¿cómo puedes saberlo? —le contestó Hu Dongnian.

Wu Yingjie repuso, sonriendo:

—Es mi prima; por eso lo sé.

—Ferarrri… ¿es tu prima? —preguntó incrédulo Hu Dongnian—. En estos tiempos, esa palabra parece ser un sinónimo de amante…

Fanlanni, que parecía no estar escuchando la conversación, señaló de repente con el dedo hacia las ramas de un melocotonero[72] situado junto al camino; la gente las estaba arrancando de cualquier manera

para utilizarlas como bastones. Me preguntó:

—¿Te duele eso?

No supe qué responderle. Ella, apuntando de nuevo hacia las ramas del árbol que estaban siendo vandalizadas, se dirigió a Hu Dongnian y Wu Yingjie:

—¿Os duele eso?

—No es eso lo que me duele, ¡lo que me duele es el cuerpo entero! —contestó Wu Yingjie, y Hu Dongnian añadió:

—¡Esas ramas se han roto siempre para hacer arcos y flechas! ¿A qué viene ahora tanto sentimentalismo?

Fanlanni miró de reojo a Hu Dongnian y volvió a preguntarme:

—¿Te duele eso?

Le contesté tartamudeando:

—Quizá sí… me duele…

Los ojos de Fanlanni se llenaron de repente de lágrimas; su rostro miraba a las ramas del melocotonero. Wu Yingjie me hizo una señal con sus ojos para indicarme que nos adelantáramos, y me apresuré en dirección a la montaña como quien sale huyendo.

Wu Yingjie llamó a Fanlanni, que estaba en la parte trasera de la embarcación.

Todo el mundo había escogido ya su bebida; con las copas en alto, gritaron alegres:

—¡Brindemos!

Me di cuenta de que Fanlanni era la única mujer que había elegido tomar aguardiente *baijiu*. Solo bebió y no comió nada.

—¡Hermanos y hermanas! ¡Ha llegado el momento! Nos despediremos en dos días; si no hemos tenido cuidado de este lugar, ¡mil perdones a quien se haya ofendido! —Wu Yingjie alzó su copa y luego vació el contenido en su garganta de un trago.

—¡Gracias, gracias! —exclamamos todos al unísono.

Hu Dongnian habló:

—Mis queridas exmujeres, regreso a Beijing para divorciarme de mi mujer… Exmujeres, por favor, uníos y volved todas a mí…

La bodega estaba un poco oscura y alguien encendió unas luces. Unas cuantas moscas, sobresaltadas, comenzaron a revolotear en torno a las lámparas brillantes.

—¡Qué desagradable! —exclamó una escritora que había venido de Shanghái y que se hacía llamar Luo Susu[73]—. ¿Cómo ha podido Dios crear una cosa tan desagradable y asquerosa?

—El mundo no sería lo que es sin esas cosas… —apuntó el Viejo Liang, editor de una revista de literatura local—. Los mosquitos, las pulgas, los chinches, las ratas…, ¡todo eso existe y tiene su valor!

Además, la felicidad de la humanidad se construye sobre su infelicidad, ¡y todo lo bello y bueno existe porque existe lo que es feo y malo!

—¡Verdaderamente profundo! —corroboré de todo corazón.

El baile de las moscas desapareció de nuestra vista gracias a los eficaces argumentos del Viejo Liang. Luo Susu, frunciendo sus cejas finas y encantadoras, se puso a ahuyentar todas las que revoloteaban bajo las luces con una revista.

—¡Que nadie se mueva…! —gritó Wu Yingjie de repente—, ¡os pido que me miréis…!

Wu Yingjie alzó sus dos manos y de una manera muy particular hizo un saludo en el aire: las colocó con las palmas hacia arriba, como quien espera agarrar un animalito que cae del cielo. Unas cuantas moscas empezaron a aletear enfrente de él, pero solo veían las palmas abiertas de sus manos. Cuando las moscas estuvieron cerca, este las cerró con todas sus fuerzas.

—¿Las has capturado? —le preguntó Luo Susu completamente emocionada.

Wu Yingjie abrió sus puños y un par de moscas medio muertas cayeron sobre una servilleta. Inmediatamente se puso a imitar sus movimientos, desplegando unas dotes para la mímica que nos dejaron asombrados a todos. Quisimos atrapar más moscas, pero nos resultó imposible; eran muy conscientes del peligro que corrían en la bodega, así que se fueron por sí solas. Aplaudimos a rabiar la actuación sobresaliente de Wu Yingjie, que recogió la servilleta con las moscas muertas, hizo un paquete y lo arrojó a la papelera. Luego agarró una cerveza y se fue con ella en la mano, derramándola por todas partes, a un lado y otro de la barcaza.

—Pero ¿qué quieres coger? —le pregunté—. Veo que no paras de agitar la mano con una rapidez que me impide saber qué estás haciendo…

—Oh, las moscas tienen la habilidad de cambiar de dirección en vuelo, ¿no lo sabías…? —me respondió—. Además, las muy cabronas pueden ver trescientos sesenta grados… y esa la razón por la cual uno debe engañarlas con movimientos falsos —y añadió—: Es relativamente fácil atrapar una mosca cuando está parada; debes observar la dirección de su cabeza y luego la parte superior delantera. Con mucha rapidez, pasas junto a ellas y ¡*zas*! ¡Las atrapas de un manotazo! Y, por supuesto, la práctica cuenta mucho para este tipo de trucos…

—¡Maravilloso! —exclamó Luo Susu—. ¡De vuelta a casa voy a escribir una novela sobre lo que acabo de ver! ¡Ejemplar! La titularé *El hombre que atrapaba moscas*.

—¡Deberías aprender primero a cazar moscas como yo! —le sugirió Wu Yingjie, al tiempo que soltaba una carcajada estruendosa.

—Mi cerebro está subdesarrollado y siempre reacciono tarde —se excusó Luo Sussu—, creo que no lo aprendería nunca en la vida.

—¡Pero debes aprender, mi amor! ¡Hazlo con un maestro de los de verdad…! —intervino Hu Dongnian—. Si no lo haces con un buen maestro, nunca aprenderás.

—¡Vale, vale! —replicó ella—. ¿No estarás pensando en acostarte conmigo? ¿No es verdad que tienes la intención de acostarte con todas las mujeres de la Asociación de Escritores? ¿No es cierto?

—¿Me preguntas si tengo la intención de hacerlo? —respondió Hu Dongnian—. ¡Pongo al Cielo por testigo! ¡No he tenido esa intención nunca en mi vida!

—¡No pasa nada si lo has pensado, hermano! —lo consoló Wu Yingjie—. Un soldado que no quiere ser un general no es un buen soldado… ¡Y un hombre que no quiere acostarse con una mujer no es un hombre!

—Pues no, te equivocas, nunca lo he pensado…, y menos contigo, mi «gran prima» —insistió Hu Dongnian, que apodaba a Luo Susu de esa manera y acostumbraba a hacer juegos de frases paralelas bastante ingeniosos: «la boca de la gran rima»; «los pies de Ferrari, los ojos como flores de melocotonero de la exmujer Qiu»; «las cejas de la exmujer Sun»…

—Eh, tú, «gran prima», si esa novelucha de la que hablas te sale bien, la titularemos *El río Songhua*… ¡Seguro que te pagarán derechos de autor! —le sugirió Wu Yingjie.

II

La hoguera de Qingshan se hizo en el patio de una escuela primaria que estaba precisamente en una de las laderas de la montaña y quedaba enfrente del gran río. A la izquierda de la escuela se abría una calle con un mercado lleno de vida, y a la derecha, un campo listo para ser arado que la luna bañaba con su luz apacible y misteriosa. Me dio por pensar en mi infancia, cuando mi tío iba por las casas enseñando sus profundos conocimientos del arte de la geomancia del *fengshui*. No pude reprimirme, suspiré y me dije: «¡Verdaderamente, esa escuela tiene un gran *fengshui*!».

En medio del patio una hoguera encendida lanzaba llamas intimidadoras. Estaban quemando madera de pino, cuya combustión produce mucho fuego y poco humo, además de desprender un aroma agradable. A ambos lados del patio se disponían varias decenas de

sillas de la escuela y un par de mesas largas sobre las que había nueces, piñones, bellotas, cacahuetes y otros productos locales. Los miembros de la Asociación de Escritores, los altos funcionarios y los amantes de la literatura del lugar, todos ellos con una flor roja en los bolsillos de sus camisas, permanecían sentados. A mi izquierda se encontraban Hu Dongnian y la alcaldesa del pueblo de Qingshan; justo enfrente de mí, una periodista exhibía en su mejilla izquierda una cicatriz larguísima que otorgaba tal seriedad a su rostro que daba miedo. Uno de los mandamases del burgo de Qingshan estaba colocado delante de la hoguera y, con voz grave y ronca, leía con mucho sentimiento un texto de bienvenida. Mientras tanto, la alcaldesa nos recomendó que probásemos una bebida local hecha con moras. El peinado de la mujer consistía en un flequillo y una melena muy cortos, esta última quedaba por encima de sus hombros y le cubría de manera uniforme ambos lados de la cabeza; era el llamado «estilo de la mariposa», porque recordaba a una mariposa que fuera a echar a volar de un momento a otro. Resultaba elegante; me hizo pensar en la ópera moderna *La montaña de las azaleas* que vi hace ya tantos años, y concretamente en uno de sus personajes femeninos, la bella y valiente Ke Xiang, la representante modelo del Partido que lideraba el ejército de autodefensa formado por granjeros de la montaña de las azaleas. Esa asociación de ideas y esa sensación me llegaron al escuchar la voz de la alcaldesa: era capaz de hablar sonriendo, y no sé cuántas personas pueden hacerlo. Así que lo comprendí: ella, consciente de su parecido con Ke Xiang, decidió organizar su carrera imitándola en todo.

La alcaldesa nos habló:

—Somos tan salvajes y puros, tan puros y naturales… No tenemos aditivos ni colorantes artificiales, seguramente porque tomamos esta bebida que es totalmente beneficiosa.

—¿Y qué beneficios tiene? —preguntó Hu Dongnian.

—Las moras contienen gran cantidad de vitaminas y sirven para regular el sistema endocrino. Te ayudan, además, a tener una piel más joven y bella, y prolongan la vida —nos explicó.

—¿Y esta bebida previene de la calvicie? —le preguntó con sorna Hu Dongnian poniéndose las manos sobre la cabeza.

—Pues sí, la previene. Aquí en Qingshan no hay calvos, pero han tenido que tomar mucha bebida de moras… —contestó con ironía la alcaldesa.

—¿Y aumenta la potencia sexual de los hombres? —volvió a preguntarle Hu Dongnian.

—Ciertamente —respondió la alcaldesa, de nuevo con una amplia sonrisa en sus labios—. No solo mejora la potencia sexual en el hombre, sino que hacer crecer el miembro viril, aunque para eso

debes beberla en grandes cantidades. Pero sí, ¡hace milagros!

Ingerí la bebida, que me pareció dulce y amarga a la vez, y reconocí que sabía a las mil maravillas.

—Deseamos que cada uno de ustedes, maestros en las artes literarias, de regreso a Beijing, hablen bien de nosotros. Vaya…, que nos hagan algo de publicidad —nos dijo la alcaldesa.

—Yo, por mi parte, escribiré un ensayo —aseguré— y en él mencionaré las virtudes de esta bebida maravillosa.

—Tengo un primo que ocupa un puesto de responsabilidad en el departamento de *marketing* del Ministerio de Comercio; cuando me vaya, llevaré conmigo unos cuantos botellines de esta bebida para que los pruebe. Si le gusta, le pediré que os ayude a venderlos en Beijing —propuso Hu Dongnian.

—¡Genial, maestro Hu! —dijo la alcaldesa muy emocionada, y luego añadió—: Oh, maestro Hu, se lo ruego, ¿podría darme una tarjeta con su nombre y dirección?

—Creo que ya las he dado todas… —le respondió, mientras sacaba de su bolsillo una cartera de piel marrón para comprobarlo; la abrió y encontró una, que ofreció inmediatamente a la alcaldesa, quien, sin esperar un segundo, sacó su propia tarjeta y se la dio a su vez a Hu Dongnian.

—Huang Hong — leyó Hu Dongnian, y exclamó—: ¡Bonito nombre! Oh, Huang (‘amarillo’) y además Hong (‘rojo’)…, y otra vez Huang[74]. ¡Qué interesante!

—Maestro Hu, ¿podría darme usted una de esas tarjetas? —le pidió casi suplicándoselo la periodista de la cicatriz en la cara.

—Déjame ver si tengo alguna más… —Hu Dongnian volvió a abrir la cartera y dijo—: Pues no, no tengo ninguna más, de verdad que no me queda ninguna. Pregúntale a Wu Yingjie, él te dará mi dirección y mi teléfono.

—¡Oh, el maestro Hu es verdaderamente rico! ¡Está forrado! —exclamó la periodista sin apartar la vista de la cartera de Hu Dongnian, cuyo grosor hacía pensar que había muchos billetes en su interior.

—¡Me chifla escuchar esa palabra! ¡Rico! ¡Me haces reír! —replicó Hu Dongnian—. ¡Mi hermano mayor es tan pobre que solo tiene dinero! ¿Lo comprendes, niña? —Hu Dongnian sacó un billete del bolsillo y prosiguió—: ¡Esto es un dólar americano! —Luego sacó otro billete de la cartera y dijo—: ¡Y este es un dólar de Hong Kong! —Sacó un tercero billete y concluyó—: ¡Y este es un yuan de los nuestros!

Wu Yingjie, que acaba de finalizar su discurso, se acercó y dijo:

—Viejo Hu, ¿me puedes decir que estás haciendo aquí?

—¡El viejo Hu se las da de rico! —salté yo—. Un dólar americano,

un dólar hongkonés, un yuan chino… ¿Acaso tiene más?

—Tengo todo lo que quiero… La exmujer de mi hermano mayor ha pasado por todos los estratos de la vida y ha pertenecido a todas las clases sociales habidas y por haber en este país; si necesitas dinero puedo darte su número de teléfono y ella te enviará lo que desees —respondió Hu Dongnian.

—¡He oído decir que todas tus exmujeres le piden dinero a su exmarido! ¿No es cierto? —le pregunté.

—Hermanito, no lo has comprendido —me aclaró—, es más bien al revés. He escrito un libro que se ha convertido en un superventas y que se titula *Mis exmujeres*. Si tienes tiempo, hazte con él y te lo lees. Comprenderás por qué ellas están siempre dispuestas a enviarme dinero, porque saben que no tengo un céntimo…

—Yo ni siquiera he visto a qué se parece un dólar americano o hongkonés —repuse.

La periodista me dijo que ella tampoco lo sabía.

Hu Dongnian sacó dos billetes, uno verde, un dólar americano, y otro de color rojo, un dólar de Hong Kong, y me los dio. Los examiné con detenimiento y se los pasé a la periodista, quien, tras analizarlos a su vez, se los dio a la alcaldesa. Esta última, sonriendo y agitándolos en el aire, dijo:

—Viejo Hu, los ricachones se desvelan sin quererlo…

—¡Y por eso atraen a los ladrones! —refunfuñó Wu Yingjie.

Hu Dongnian cogió de nuevo su dólar americano y su dólar hongkonés y se los metió en el bolsillo.

—¡Mis exmujeres son como cajeros automáticos! ¡Ya os lo decía! —dijo metiéndose la gruesa cartera en el bolsillo trasero del pantalón y dándole unas palmaditas. Luego gritó—: ¡Y esta cartera de piel es de la marca Hugo Boss!

—¿Y también te la ha comprado una de tus exmujeres! —le pregunté.

—¡Así es! —respondió Hu Dongnian, satisfecho de sí mismo.

—Aparta de mi vista tu dinero sucio —dijo Wu Yingjie—, ¡y vamos a bailar!

Los altavoces emitieron un ruido ensordecedor y Hu Dongnian y la alcaldesa bajaron a la pista. Wu Yingjie nos invitó a mí y la periodista a hacer lo mismo. Le dije yo no sabía bailar, que de verdad no tenía ni idea. Wu Yingjie me preguntó si sabía caminar por la calle, porque, en caso afirmativo, sostuvo, también sabía bailar. Volví a decírselo: de veras que no sabía. La periodista intervino: «Maestro Wu, baile usted solo y déjenos tranquilos; así tendré la oportunidad de entrevistar al maestro Mo». Wu Yingjie se mostró de acuerdo: «No pasa nada, charlad, que no os voy a molestar».

Me di cuenta de que, a pesar de su obesidad, que hacía presagiar un espectáculo absolutamente vergonzante, Hu Dongnian bailaba con cierta gracia y sin perder la compostura. Su mano izquierda sujetaba la de la alcaldesa, y situaba la derecha en la cintura de la mujer. Ambos cuerpos se movían y rotaban, se acercaban y se alejaban de la hoguera. Cuando estaban próximos al fuego, los rostros se iluminaban súbitamente, y al separarse se emborronaban; pero tanto si estaban cerca como lejos, lo que en todo momento pude ver era el bulto de la cartera gruesa llena de billetes que abultaba en la parte trasera del pantalón de Hu Dongnian.

La periodista se sentó a un lado, con la mitad del rostro frente a mí y la otra mitad mirando a la pista de baile. La cicatriz larguísima que cruzaba su mejilla resultaba más desagradable que nunca. Me entraron muchas ganas de preguntarle cómo se la había hecho, pero las palabras se me quedaron en la garganta antes de alcanzar los labios.

—Oh, el maestro Hu se lo está pasando en grande —observó la periodista como quien expresa un pensamiento profundo y muy meditado.

—Sí, y es muy buen tipo a pesar de lo bocazas que es… —le dije.

—¿Os veis a menudo en Beijing? —me preguntó.

—No, Beijing es demasiado grande… Nos habremos visto un par de veces, no más, siempre fuera de la ciudad, en otros lugares.

—¿Y quién piensas que es el mejor bailando…? —me preguntó sin apartar la vista de los que ocupaban la zona del terreno acondicionada como pista.

Vi que You Jin estaba bailando solo en un grupito, junto con Qiu Shengnan y Sun Liuyi. Se cogían de las manos y daban vueltas al ritmo de la música; más que hablar entre ellos, bailaban y bailaban, e incluso podría decirse que parecían tres niños divirtiéndose en el patio de una guardería. También vi a Wang Jibu, uno de los escritores oficiales del Ejército, y a Meng Fangzi, que ejercía de poeta oficial de nuestra Armada y tenía el aspecto de una heroína de otro tiempo. Luego identifiqué a uno de los mandamases del burgo de Qingshan con la «gran prima» Luo Susu, la escritora que había venido de Shanghái. Los dos parecían estar susurrándose versos al oído. También localicé a Wu Yingjie y Ferrari, con su falda blanca, que bailaban, sin cortarse un pelo, dando saltos. Sus pies, sus brazos, sus cinturas, sus cabezas…, todo en ellos parecían destacar de la muchedumbre. ¡Solo se les veía a ellos dos! La cabellera dorada de Ferrari volaba suelta por los aires y cuando se acercaba a la hoguera esa melena se volvía más brillante que nunca y deslumbraba a quienes la contemplaban.

Comenté:

—Por supuesto, son Wu Yingjie y Ferrari. ¿Quiénes si no…?

—¡El gran hermano Wu se ha soltado el pelo! ¡Vaya que sí…! —replicó la periodista, suspirando.

—¿De veras que Ferrari es tu prima? —pregunté.

—Ver a esos dos bailar de esa manera me hace sentir contenta por dentro —me confesó la periodista—, y no me haría nada feliz, sin embargo, que el *dage* Wu estuviese con otra persona…

—Y si estuviese contigo, ¿tampoco te haría feliz? —le pregunté con sarcasmo.

—¡Sentiría vergüenza, maestro Mo! —contestó—, pero me diferencio de todos vosotros en que todavía poseo la inteligencia de una mujer…

—¿Me estás diciendo que nosotros los hombres no somos inteligentes? —pregunté.

La periodista se rascó la barbilla, señaló a la «gran prima» y añadió:

—¡Qué quisquillosa es esa mujer! Los habían puesto juntos compartiendo el mismo dormitorio, pero ella cogió el bolso y se fue; ¡y encima le pidió al *dage* Wu que la acompañase al aeropuerto…! El hermano Wu, sin embargo, quiso saber por qué se sentía tan desgraciada, y ella le respondió que se había pasado la vida recorriendo el mundo y no había un solo hotel de lujo en el que no hubiese estado. ¡Pero, claro, siempre en habitaciones individuales! El *dage* Wu la comprendió y le explicó que no tenían suficientes medios. Las publicaciones de nuestro diario no daban para tanto. Ella replicó que, si no tenían bastante dinero, ¡que no la hubiesen invitado, diablos…! Pero la habían invitado, así que se lo expresó claramente: «¡Deberías haber satisfecho mis deseos!». El hermano Wu ya no supo qué contestar y finalmente intentó buscarle una habitación individual, pero el hotel no disponía de ellas… Tendrías que haber visto la carita que puso esa tiquismiquis… ¡Esas gentes de Shanghái se creen superiores a las del resto del país!

—¡Eres un auténtico fenómeno! —le dije a la periodista, burlándome de ella—. ¡Oh, las mujeres…!

—Lo era, lo era… —me replicó—. Tanto en la escuela primaria como en la secundaria, incluso en la universidad, todos los hombres me temían. En esa época no tenía pelos en la lengua y me presentaba como una luchadora infatigable contra la injusticia porque ese era mi objetivo en la vida… ¡Quería convertirme en una justiciera![75] pero con el tiempo y, tras un suceso desafortunado en mi vida, me he ido apagando…

—¿Qué te pasó?

—Esto —me respondió, acariciándose la mejilla que atravesaba su rostro.

—Quería preguntártelo, pero no me atrevía.

—¿Por qué no te atrevías? ¿Sentías vergüenza? —me preguntó—. Esta cicatriz me honra como persona —y luego se explicó—: En cierta ocasión, cuando iba en el autobús, vi que un ladronzuelo pretendía llevarse el bolso de una mujer. Le tosí a la mujer a la cara y la miré con cara feroz. Ella se alarmó tanto que cambió inmediatamente de sitio. Al bajar del autobús, el ladrón me siguió y, cuando nadie le veía, se precipitó hacia mí a tal velocidad que no me di ni cuenta y me dio un navajazo en la mejilla. Solo sentí un corte seco y un poco de dolor, pero cuando me llevé la mano a la cara, caí en la cuenta de que sangraba en abundancia. Entonces supe que ese tipo se había vengado de mí por haber alertado a la mujer del autobús —la periodista hizo una pausa y continuó—: Wu Yingjie trabajaba en esa época en la edición del periódico oficial local y supo lo que me había sucedido. El *dage* Wu me pidió que describiera hasta el mínimo detalle cómo era el ladrón. Mientras lo hacía, él iba tomando notas en un cuadernillo. Cuando acabé, me miró a la cara: «Al menos tengo ocho puntos que me van a ayudar a encontrar a ese individuo», me dijo el *dage* Wu. «Xiao Liu, cuida de esa herida, que yo en menos de tres días voy a encontrar a ese mal bicho y te lo voy a traer para que te dé explicaciones».

—¿Qué hacía Wu Yingjie antes trabajar para el diario? —pregunté.

—Trabajaba para la brigada de Policía de nuestro pueblo y se hizo famoso por su mano dura. Todos los ladrones de la comarca lo conocían, y si, por casualidad, lo veían pasar con su vehículo, ninguno de ellos se atrevía a mover un solo dedo.

—¿Y por qué decidió cambiar de trabajo para meterse en un diario local? No tiene mucho sentido…

—El *dage* Wu tiene su propia lógica y hay que comprenderla —me explicó la periodista—. El hermano Wu dice que, igual que las moscas y los mosquitos deben existir en este mundo, pues los ladronzuelos también. No sé si lo comprende, maestro Mo… No importan los esfuerzos que se empleen para acabar con las moscas y los mosquitos, pero nunca se debe permitir que se extingan, y de la misma manera, tampoco importa cuánta gente con mano dura haya detrás de los ladronzuelos; no se debe permitir que desaparezcan. El gran hermano Wu añadió que la existencia de los ladronzuelos tiene un sentido muy importante.

—¿Qué pasó después? ¿Atraparon al que te hirió?

—Al día siguiente, el *dage* Wu vino a verme y me confirmó que el tipo del autobús había sido capturado. Le dije que quería verlo para vengarme de él. El *dage* Wu sacó de su bolsillo un sobre de papel de estraza empapado en sangre y me dijo con toda la frialdad del mundo: «Este es el dedo índice de su mano derecha. ¿Qué te parece?», me

preguntó. Dudé por unos instantes y no supe qué decirle. El *dage* Wu me sugirió que era mejor que no lo viese… «Si todavía fuera policía, lo enviaría a la oficina, claro está —me dijo—, pero ahora soy el editor del diario, y de nuevo soy un tipo como cualquier otro. Quiero que piense en sus crímenes y cómo redimirse de ellos». El ratero se dirigió a un puesto ambulante de sandías y, a toda velocidad y con la precisión de un experto ladrón, antes de que el vendedor se hubiera dado cuenta, ya se había cortado el dedo índice con uno de esos cuchillos que sirven para abrir las frutas, lo metió en un sobre y se lo dio al *dage* Wu, quien, al verlo, lo envió inmediatamente al hospital. Allí le indicaron que solo tenían un dedo medio para reemplazar al índice, así que el hombre quedaría con dos dedos de la misma talla y con idéntica función en la misma mano. Así también envejecería… Se me olvidaba decírselo, el *dage* Wu se sentía muy afectado mientras me explicaba esa historia, y vi que sus ojos se humedecían.

—¡Hasta los ladrones siguen su camino en este mundo[76]! —suspiré —. ¡No me extraña que el hermano Wu pueda atrapar moscas con las manos vacías!

Pienso darte este dedo cortado
Pero temo que la crueldad de su separación
Hiera tu corazón.
Soñé que ese dedo mutilado, como la rama de una flor,
Era incrustado en tu mejilla.
Para que así volviese de nuevo a la vida
Y pudiese dar una flor maravillosa
Como la sonrisa de gata que hay en tu rostro.
Aparecerán la flor, el dedo y el ladrón
Y cuando esa flor haya salido,
No habrá nada que pueda sustituir su belleza.

Tras recitar el poema con una intensidad emocional inigualable, dijo:

—Este es el poema que el *dage* Wu escribió para mí; se titula *La flor, el dedo y el ladrón*.

—Un muy buen poema —le dije.

III

Un día de primavera, treinta años después del encuentro de la Asociación de Escritores en el río Songhua, me vi de nuevo a borde de El Presidente n.º 8, un crucero de varios pisos, en el muelle de Chao

Tian Men de la ciudad de Chongqing. Era la segunda vez que cruzaba el río Yangzi; la primera fue en 1992, y la presa de las Tres Gargantas no existía todavía. La razón por la cual regresaba a hacer una travesía por las aguas del Yangzi fue un sueño: soñé que escribía una novela mientras estaba a bordo de un crucero por el río. La novela llevaba como título *La flor, el dedo y el ladrón*. En el sueño brotaron innumerables imágenes maravillosas y un incesante flujo de palabras que nunca antes se me habían ocurrido. No podía parar de escribir y, cuando me desperté, todo lo que había visto en ese sueño continuaba vivo en mi cabeza; sobre todo el título de la novela, que inesperadamente me hizo recordar la reunión junto a la hoguera del encuentro de la Asociación de Escritores del río Songhua y el poema que me recitó la periodista.

El crucero, El Presidente n.º 8, era de un lujo que superaba cualquier cosa que pudiera haber imaginado. En su interior había un salón espacioso, un comedor con un tapiz rojo, una sala de usos múltiples, una piscina, un cine, un área de juegos para niños, un bar, una cafetería, una zona para fumadores… Se puede decir que lo tenía todo. Yo nunca antes había tenido la oportunidad de estar en un lugar parecido. Me habían dado una habitación de tamaño medio, en la que había una mesita con algunas hojas de papel; en una de ellas escribí inmediatamente el título *La flor, el dedo y el ladrón*. Una corriente incontrolable de palabras, imágenes y pensamientos surgió en mi cabeza. Me puse a escribir y no sé cuántas horas pasé en ese trance redactando mi novela. Luego bostecé, volví a cubrir mi bolígrafo con su capucha y salí de la habitación par dar un pequeño paseo.

Me dio por pensar en el barco El Oriente es Rojo, considerado el no va más en cuestión de lujo, donde había estado veinte años atrás, pero comparado con el crucero donde ahora me encontraba no era más que una embarcación torpe y destartalada. En la gran sala de usos múltiples se estaba celebrando un desfile de moda. Sobre la pasarela desfilaban varias modelos cuyos rostros expresaban seguridad y altivez, pero sobre todo había en ellas mucha frialdad, tenían algo muy insípido, en comparación con otras chicas de su edad que en gran medida representaban la belleza china. Observé que la mayoría de los asistentes debían de tener más de sesenta años, seguramente eran altos funcionarios del Gobierno ya jubilados, porque los campesinos de esa edad no hacían ese tipo de viajes, y en esa época del año estarían trabajando en el campo. O puede que se encontraran en los invernaderos de plástico cuidando de las verduras… De no ser por ellos, el pueblo se moriría irremediablemente y la tierra se convertía en un erial baldío e improductivo.

Giré la silla y continué observando el paisaje del crucero. La plataforma del barco estaba llena de gente tomando fotografías, y

puede escuchar acentos del norte y el sur de China en sus variantes locales. En el quinto piso del barco vi una pancarta que decía «Vino tinto y cigarrillos», y me dirigí hacia el lugar.

Una jovencita vestida con una falda de terciopelo rojo me dio la bienvenida, haciéndome sentir humilde, como cuando un superior se dirige a ti, aunque también experimenté vergüenza de mí mismo. Repasé mi propia indumentaria: mi camisa sucia por el sudor, mis pantalones cortos descuidados y unas sandalias que no me cubrían los dedos de los pies. Luego dirigí mis ojos al tapiz rojo que alfombraba el suelo y al sofá de piel de color café, a la lampara de cristal colgante y a la barra de un bar con una muestra de innumerables botellas de vinos y licores. En el sofá había un tipo con una camisa de seda, aunque vestía informalmente; fumaba un cigarrillo a mismo tiempo que con una de sus manos sujetaba una copa de cristal de vino tinto. Se le veía golpear con los dedos el sofá al ritmo de la música medioambiental que sonaba. No parecía ser un alto funcionario gubernamental, sino más bien un ricachón. Supe enseguida que no debí haber entrado en ese espacio, había sido un error. Mientras me retiraba disculpándome, el hombre de la camisa de seda abrió los ojos como platos, interrumpió el repiqueteo de sus dedos, arrojó el cigarrillo al cenicero de cristal y me gritó:

—¡Viejo Mo!

Solo vi su barriguita tímida, su cintura y su espalda totalmente rectas, su rostro hinchado y sin ojeras. También, el escaso cabello que tenía y que le daba el aspecto de un diablillo. Era sin duda alguna la apariencia de una persona que tiene un estatus social alto.

—Viejo Mo, ¿no me digas que no me conoces? —me preguntó con el tono de voz de alguien que se muestra decepcionado.

—Pues temo que así sea. ¡No te conozco de nada! —aunque enseguida rectifiqué—: ¿No eres You Jin, el *jiji*? Bueno…, mejor dicho, el You Jin que se ha hecho rico con dólares americanos o hongkoneses, qué más da? Sigues siendo el chino You Jin, el de siempre… Aunque te despellejara, ¡te reconocería por tus huesos!

Tenía una razón para utilizar esas palabras tan poco amables que un viejo amigo podría considerar hirientes; más de veinte años atrás, me había llamado por teléfono en medio de la noche diciéndome:

—Viejo Mo, soy You Jin… Te pido que me disculpes… acabo de regresar de los Estados Unidos y mi chino no es tan fluido como antes…

Le colgué inmediatamente dejándolo con un palmo de narices tras oír esas palabras, y me dije para mis adentros: «La madre que te parió, You Jin, ¿cómo me llamas a estas horas para decirme eso? Esos *huaqiao* (los chinos que viven fuera de China) han pasado más de la mitad de su vida en el extranjero, pero no han perdido nada de su

acento local. ¿Cuántos días habrá estado You Jin en ese estado de confusión? Seguro que ha pasado todo ese tiempo en el Chinatown de turno y encima tiene la desfachatez de decirme que ya no habla tan bien chino…».

De repente, estaba diciendo lo mismo:

—Mi chino ya no es tan fluido como antes…

No tenía vergüenza. No, no tenía ninguna vergüenza, me dije.

—Tu chino no está mal del todo… ¡Puedo decir que todavía no has perdido tus raíces, You Jin!

—Pues yo creo que estás pensando lo contrario, que las he perdido.

—Vaya, ¿cuándo te volviste tan elocuente?

You Jin señaló el sofá con el dedo y me gritó:

—Siéntate en el sofá, por favor, siéntate.

—Me sentaré aquí si no te importa.

—Me importa un pedo, si te soy sincero —me dijo—, pero vayámonos de este sitio… Vamos a mi camarote. ¡Y hablemos ahí largo y tendido! ¡Encantado de haberte visto, encantado de haberte visto de nuevo, maestro Mo!

Su habitación estaba en el sexto piso; era una suite muy lujosa.

Tras tomar asiento, miré a mi alrededor y quedé conmocionado; hay que ver el honor y el placer que el dinero puede comprar en una sociedad productora de mercancías. Le dije:

—¡Estás en la suite presidencial!

—No, no es… Llegué un poco tarde y me tuve que conformar con esta… —me dijo suspirando melancólicamente—. En China, ahora, hay demasiados ricos.

Una bella joven de cabellos rubios que vestía minifalda blanca tocó a la puerta y luego entró en la habitación. Me ofreció un bol de té, me sonrió dulcemente y se retiró.

—¿Qué te ha traído esta vez a este lugar?

—Una inversión en una mina de tierras raras.

—Si te pones a hacer negocios con las tierras raras —le dije—, seguro que no vas a dejar una sola tierra rara en China y se las vas a dar todas a los Estados Unidos…

—Esos son puros rumores sin fundamento —me replicó—. Soy de los que reparte el pastel después de habérmelo ganado yo. ¡A todos les llega un trozo por pequeño que sea!

—¡Qué modesto eres, hermano! —repliqué—. No te preocupes, no voy a pedirte prestado dinero.

—No digas tonterías, hermano Mo, ¡por supuesto que puedes pedirme dinero! Solo tienes que decírmelo y trato hecho —me ofreció con voz tranquila—. Y tú, ¿todavía escribes novelas?

—Aparte de escribir novelas, ¿qué quieres que haga?

—A decir verdad, el potencial del ser humano no tiene límites —comentó—. Si no hubiese salido al extranjero, si me hubiese quedado aquí en China, sería igual que tú.

—No, no lo creo. Si te hubieses quedado en China no serías como yo —le dije—; pertenecerías desde hace mucho tiempo a la élite política de este país.

—O quizá ya no existiría en este mundo —apuntó—. Incluso Hu Dongnian, ese gilipollas, se ha convertido en viceministro, y yo… ¡yo soy más fuerte y determinado que él!

—Pues sí… —concedí—, ¡eres más fuerte y resuelto que él!

—¿Te acuerdas de aquel encuentro de la Asociación de Escritores en el río Songhua? ¿Cuando perdió la cartera?

—¡Por supuesto que me acuerdo! —le respondí.

—¿Sabes sobre quién recayeron todas las sospechas?

—¿No me digas que en ti? —repuse—. Recuerdo que compartías habitación con él.

—Así fue, todo el mundo sospechó de mí, cómo no, pero en realidad, maestro Mo… ¡todo el mundo sospechó de ti!

—¿De mí? —le repliqué enfadado—. La madre que te parió, You Jin, yo en esa época era todavía un soldado raso, un oficial del gran Ejército Popular de Liberación.

—Lo escuché de los propios labios de Hu Dongnian. Solo tú, la periodista de la cicatriz en la cara, la alcaldesa de Qingshan y Wu Yingjie habíais visto la cartera. Podemos descartar a la alcaldesa porque se fue cuando todos dejaron de bailar. También a la periodista porque no vivía en el mismo piso que nosotros. Wu Yingjie había sido un policía que se había convertido en un héroe local atrapando a ladrones. Estaría también el organizador del encuentro de la Asociación de Escritores, pero igualmente podemos descartarlo. Solo quedas tú, hermano Mo… Hu Dongnian me dijo que no podrá olvidar en su vida los ojos que pusiste cuando viste el dólar americano y el dólar hongkonés. Desprendieron una luz avariciosa que lo dejó helado. Además, estábamos en la puerta de al lado y tú viniste a nuestra habitación para jugar al póker…

—¡La madre que lo parió! —dije resentido—. ¡No me extraña que Hu Dongnian se ofreciera en un principio a presentarme al subdirector de la Oficina de Gestión de la Juventud de la Organización Central, y luego…! Me dijo que era su cuñado. Me puse en contacto con él en Beijing, y al oír mi voz me colgó el teléfono. ¡La madre que lo parió! ¡Era por eso…!

—¿No lo sabías? —me preguntó You Jin—. A la mañana siguiente nos fuimos a una plantación de jengibre, pero Wu Yingjie y Hu

Dongnian no vinieron. ¿Sabes por qué? Junto con la policía local, ambos se pusieron a inspeccionar cada una de las habitaciones donde nos alojábamos, y dijeron que te estaban buscando, maestro Mo… Abrieron tus maletas con una llave maestra y las examinaron con detenimiento.

—¡La madre que parió a esos dos! —volví a exclamar—, de haberlo sabido no me habría metido con esa gentuza…

—Más tarde —continuó explicándome You Jin—, Hu Dongnian, ese tipo a quien le apesta la boca, fue diciendo a todos los participantes del encuentro que tú eras el ladrón… ¿Te lo puedes creer, maestro Mo?

—La madre que lo parió… Ese tipo es tan sucio que debería haberse tirado a las aguas del río Songhua para lavarse, o no, mejor a las del Yangzi —dije—. En cuanto regrese a Beijing voy a llamar a Hu Dongnian y le voy a pedir explicaciones.

—No podrá decirte nada, no lo encontrarás —me dijo You Jin, sonriendo—. ¡Hu Dongnian ha fallecido! ¡La única persona que puede hacer justicia por ti soy yo, maestro Mo!

—¿Hu Dongnian ha fallecido? —pregunté estupefacto—, pero si lo vi en la televisión hace unos días.

—Deja de hablar de él, da mala suerte hablar de los muertos —me sugirió—. Quiero escribir una novela sobre ese episodio del encuentro de la Asociación de Escritores en el río Songhua… Lo he intentado varias veces, pero no me sale. ¡Cuánto más dinero tiene la gente, más estúpida se vuelve, y eso es lo que me pasa a mí, diablos! Hoy el Cielo me brinda esta oportunidad y esta es la suerte de los seres insignificantes como yo. ¡Te quiero vender esta vieja práctica, maestro Mo!

IV

¿Habéis visto a Qiu Shengnan y Sun Liuyi pegadas la una a la otra? Sé en lo que estáis pensando… En realidad, no tengo nada que ver con ellas. Esas dos son unas viejas zorras que han engatusado y enredado a medio mundo y me temo que van a seguir así toda la vida. Esas dos mujerzuelas me han hecho varias preguntas, pero no les he dicho nada.

¿Todavía te acuerdas de Ferrari? Correcto. Se decía que en las venas de Fanlanni corría sangre rusa, pero, hablando con objetividad, aunque esa mujer era la flor de la Asociación de Escritores, su arrogancia la mataba. Ni siquiera ese rufián de Hu Dongnian se atrevía a chulearla, y para decirlo honestamente, admiraba su

belleza… Al principio me mostré educado con ella, pero me envió a paseo. Varios días después, me hice el loco y me puse a coquetear con Qiu Shengnan y Sun Liuyi, pero todo fue una comedia para atraer su atención.

Ah, sí, el encuentro de la Asociación de Escritores, un breve espacio de tiempo, unos extraños que de repente coinciden en un mismo lugar, algunos que hacen nacer en ellos sentimientos siniestros, otros más que participan en una farsa, los que tras separarse no se volverán a ver nunca más, los que se van cargados de odio y deseos de venganza, y tantos asuntos más que puedes imaginar tú solito, sí, pero también otros que nunca en la vida podrás imaginar y que te matarían si pudieses…

Oh, es sencillo de explicar: tras coger el avión de regreso a Beijing, no me fui a mi casa, sino que me dirigí directamente a la agencia de viajes gubernamental para comprar un billete de avión para Harbin. Adivínalo, ¿a quién fui a ver? Correcto, aunque no del todo… ¡Fui a ver a Fanlanni! El asunto me resultaba inexplicable, y en el avión creí tener un sueño. Había finalizado el encuentro de la Asociación de Escritores y nos separamos temprano, pero cuando me iba me topé de repente con ella en la entrada del comedor y me gritó «¡Ayuda!». Alargué mi mano, y ella me dio una tira de papel, y a continuación se fue flotando en el aire. En la tira de papel estaban escritos su dirección, su teléfono y unas palabras: «¿Te atreverías a buscarme?». En ese momento me sentía en la flor de la juventud, lleno de vigor y con una libido a niveles históricos, con las hormonas desatadas; ¿cómo no iba a atreverme a buscarla…?

En esa época no teníamos teléfonos móviles. Ni siquiera mensáfonos. Tras aterrizar en el aeropuerto Taiping, en la municipalidad de Harbin, me subí en un autobús que me llevó a la estación de tren. Una vez allí, compré un billete con la idea de salir muy temprano (a las tres de la madrugada) hacia la municipalidad de Heihe[77]. A esas horas aún era noche cerrada y en la sala de espera me asaltó un mal olor intenso y desagradable. Me puse a deambular por el espacio abierto de la estación, y cuando sentí que el cansancio me vencía, me senté sobre una silla cuya madera estaba vieja y carcomida, y me entretuve contemplando las estrellas del firmamento. Pese a que era verano, las noches de Harbin son muy frías, no paraba de estornudar y temí haber enfermado. Si me ponía malo por el frío —quizá iba a morir helado—, mi cita romántica tal vez se convertiría en un encuentro trágico. Tenía hambre y estaba helado, pero no tenía sueño ni sentía cansancio. En medio de aquel estado de sobrexcitación, recordé a Ferrari y el encuentro de la Asociación de Escritores, y sobre todo recordé la impresión que me produjo. Aquella escena, ella dándome en la mano la tira de papel, se repetía

obsesivamente en mi cabeza. La expresión de su rostro cambió en menos que dura un segundo y conjeturé sobre lo que podía estar pasando por su corazón. ¿Por qué? ¿Por qué me apuñaló en primer lugar y luego me invitó justo cuando se iba? ¿Al final, qué tipo de medicina vendía esa mujer misteriosa en su calabaza? Mi interior rebosaba de deseo hacia esa mujer y de la esperanza de poseerla; ese era el fin de ese viaje romántico y ese era el asunto que esperaba consumar cuanto antes.

Llegué a Heihe al día siguiente, cuando ya eran las tres pasadas. Entonces, un vehículo se acercó hacia mí y, ralentizando su marcha, acabó por detenerse, aunque yo temí que me fuera a atropellar. Salí del recinto de la estación con mi maleta (solo llevaba una) y me paré en una plaza pública. De repente me sentí como un vagabundo, un ser que no tiene casa. Lamenté no haberle enviado un telegrama desde el aeropuerto de Beijing para prevenirla. Si lo hubiese hecho, nada más salir de la estación me habría topado con una sonrisa radiante. Busqué una cabina telefónica para llamarla, pero en esa época en las calles de Heihe no había ninguna. Me metí en la estafeta de correos de la estación y la llamé desde allí al número que me había dado. Al otro lado del hilo escuché una voz envejecida. Mi corazón también se envejeció de golpe. Pregunté:

—Perdóneme, pero ¿está Fanlanni en casa?

¡No funcionó! La persona que había al otro lado del aparato colgó inmediatamente. Volví a marcar de nuevo los números sobre el dial giratorio y repetí lo que había dicho anteriormente con idéntico tono de voz:

—Perdóneme, pero ¿está Fanlanni en casa? —y añadí—: Soy su amigo y me urge verla…

Volví, sin embargo, a escuchar la misma voz envejecida de antes que me respondía:

—Este es el Edificio de las Artes de las Masas. Fanlanni ha salido de viaje por trabajo y todavía no ha vuelto.

Sentí un zumbido en mi cabeza y mi corazón se quejaba sin parar. ¡Cielos! Eso era demasiado para mí. Consideré que esas palabras habían sido demasiado maleducadas y bruscas, pero no me eché para atrás. Volví a marcar:

—Le pido mil disculpas, señora, pero ¿sabe cuándo va a regresar Fanlanni?

La mujer me respondió con la misma brusquedad:

—¡No tengo ni idea!

En la plaza que había frente a la estación de tren alquilé uno de esos triciclos que llevan en la parte delantera un contenedor de grandes dimensiones para cargar todo tipo de bultos o mercancías, y

le pedí al chófer de turno que me llevase al Edificio de las Artes de las Masas de Heihe. Al llegar, me dirigí al anciano que hacía de portero y le pregunté si Fanlanni había regresado. Con mucha hostilidad, me respondió que él solo se ocupaba de guardar la puerta y distribuir el periódico, se empeñó en convencerme de que no se dedicaba a espiar a nadie, de modo que no le importaba lo que los otros hacían. Entonces, desde el exterior, permanecí observando el edificio, que era cuadrado, tenía cuatro plantas y estaba en un estado lamentable; parecía, más que un edificio oficial, tan solo la oficina donde trabajaba Fanlanni. Empezó a oscurecer y ella no aparecía.

Encontré otro alojamiento que estaba en mejores condiciones que el Edificio de las Artes de las Masas. Sus instalaciones eran muy viejas y estaban muy sucias, como si nadie hubiese cuidado de ellas en mucho tiempo, pero me di cuenta de que, inesperadamente, tenía agua caliente, y ello al menos me satisfacía mucho. Tras tomar un baño me acomodé en un sofá despellejado y prácticamente inservible, pero al menos me sentí recuperado del viaje. Esa noche dormí como un tronco y me desperté temprano. A las siete de la mañana ya estaba con los ojos abiertos y me encaminé hacia el comedor. De vuelta a mi habitación, me afeité y me dispuse a esperar a que la multitud entrase a trabajar en el Edificio de las Artes de las Masas. No había, sin embargo, mucha gente en la calle, y tampoco había muchos coches. Salí del hotel y comencé a pasear frente al edificio. Ansiaba ver la bella figura de esa mujer. A eso de las ocho y media, el portero salió para abrir la puerta de la entrada y mi corazón empezó a calentarse. Sabía que era la hora en que empezaba la jornada laboral, así que me coloqué discretamente a un lado de la verja con la sola intención de esperarla. En mi mente aparecieron de repente aquellos versos del poema del mutilado. Se me puso la piel de gallina y se me humedecieron los ojos. Ciertamente eran los versos que habían nacido del sufrimiento de un poeta, pero también de su indignación, o tal vez de un poeta romántico.

Pasaban unos minutos de las nueve, cuando vi que entraba otro grupo de empleados. Esta vez eran los viejos camaradas, los que tenían más experiencia. Algunos llegaban a pie al trabajo, mientras que otros lo hacían en bicicleta, pero ninguno de ellos reparó en que yo estaba en el otro lado. Tan solo unos pocos me echaron un rápido vistazo sin hacerme el menor caso. Mi corazón se aceleró, Me asaltó una mezcla de emoción y ansiedad que no era capaz de controlar. Consultaba sin parar mi reloj y alzaba constantemente la mirada para ver el sol. Las manecillas se habían vuelto locas y el sol se desplazaba hacía su cénit a una lentitud exasperante. Pasó una hora… y luego otra… hasta que llegó la hora de salida. Y ella sin aparecer. No podía controlarme, así que me dirigí a una mujer de mediana edad que

apareció súbitamente ante mí:

—Disculpe que la moleste, pero quisiera preguntarle si Fanlanni ya ha regresado.

—¿Fanlanni? —me contestó mirándome de arriba abajo—. ¿Y quién es usted?

—Soy el editor de una publicación de Beijing y la busco para la entrega de un manuscrito.

La mujer se me quedó mirando y me dijo:

—¿Fanlanni…? Hace una eternidad que no la he visto por aquí.

En ese momento salió uno de los viejos camaradas, un tipo jorobado, y la mujer de mediana edad le preguntó:

—Oh, mi venerable conservador del Edificio de las Artes de las Masas, ¿sabe dónde se fue Fanlanni? Este camarada que ha venido de Beijing la está buscando…

Me precipité hacia el viejo camarada y, doblándome ante él de forma respetuosa, le comenté:

—Venerable conservador del edificio, soy el editor de la publicación mensual *XXX* de Beijing —por supuesto, estaba mintiéndole al nombrar la publicación para la que trabajaba Hu Dongnian—, y la busco por un asunto de un manuscrito.

El viejo se puso a rumiar mi petición y me dijo que Fanlanni había solicitado que la dejasen participar en un encuentro de la Asociación de Escritores, pero que ya tendría que haber regresado.

Volví a preguntar:

—Discúlpeme, pero ¿sabe cuál es la dirección de su casa?

El conservador del edificio le preguntó a la mujer de mediana edad:

—¿Tú sabes dónde vive esa Fanlanni?

La mujer sacudió la cabeza y contestó:

—Parece que vive en su oficina de trabajo… Su terruño es Sanjiangkou, en la provincia de Zhejiang, en el sur del país, eso sí que lo sé. Hace un par de años vino a Heihe desde Jiamusi, en Heilongjiang, donde se había graduado en la Escuela de Profesorado.

—Pásese por la tarde a echar un vistazo por si hubiera venido… —me dijo el conservador del edificio, y a continuación se fue apresuradamente, como si estuviera huyendo.

Me dirigí a una cantina situada al lado donde preparaban raviolis y pedí un plato de *jiaozi* de carne y pescado con una cerveza de la marca del río de Songhua. Me puse a comer y beber con mucha parsimonia, mientras a través de un cristal sucio observaba cómo la multitud entraba por la puerta del Edificio de las Artes de las Masas. Tras zamparme los raviolis, me dirigí de nuevo a la entrada y me paré allí en frente a esperarla. Todos los que venían al trabajo a esa hora se me

quedaban mirando. Sus ojos me aterraban y yo intentaba consolarme a mí mismo repitiéndome que, aunque tenía novia, tampoco estaba casado oficialmente con nadie, por tanto, mi conducta no era en absoluto sospechosa de adulterio. Así pensaba yo, pero la mirada cercana de la gente me incomodaba. ¿Estaba haciendo algo malo?, me preguntaba.

Regresé al día siguiente y me pasé el día entero esperándola. Volví al día siguiente y me pasé de nuevo otro día entero aguardando su llegada. En esa cantina de *jiaozi* me tomé seis raviolis enormes. La propietaria no me quitaba los ojos de encima. Se la veía cada vez más alarmada. Ya había pasado frente a la entrada del Edificio de las Artes de las Masas más de treinta horas, cuando al tercer día, al final de tarde, salió un hombre de mediana edad, se me acercó y me indicó que tenía muchas preguntas para hacerme. Finalmente me dijo:

—Camarada, soy la persona responsable de la seguridad del Edificio de las Artes de las Masas. ¿Puedo ver su documento de identidad y el registro de su trabajo para saber quién es usted?

Le respondí:

—Los dejé en el hotel donde me alojo. Si le parece bien, se los mostraré mañana.

Regresé al hotel y escribí una carta sencilla, la metí en un sobre y por la noche se la di al anciano que hacía de portero del Edificio de las Artes de las Masas: le pedí que se la diera a Fanlanni cuando llegara. Para asegurarme de que todo iría bien, le puse al hombre una cajetilla de cigarrillos en su mesita para que no se olvidara de su cometido.

En la carta le decía:

Ferrari, me has tomado el pelo y esto me duele… Mañana a las dos iré a comprar mi billete de tren a la estación de Harbin. Si lees antes esta carta, te ruego que vengas a buscarme a la habitación 309 del hotel del Jade Fino. Si no puedes leerla, te digo adiós para siempre.

Al día siguiente por la tarde, estaba completamente desesperado, pero de repente, sin saber por qué, sentí que una inexplicable y absurda esperanza nacía en mi interior. Estaba hecho un lío, vaya, un nido de contradicciones, y era incapaz de quedarme quieto. Lo que pasaría en el Edificio de las Artes de las Masas me tenía en vilo, y no podía esperar un minuto más. Además, temía que descubrieran el bulo de mi trabajo en la revista mensual de Beijing *XXX*. Y, que no quede la menor duda, ansiaba oír que alguien llamaba a la puerta de mi habitación. ¿Serían golpes fuertes o los darían con suavidad, sin levantar ninguna alarma?, me preguntaba. No podía adivinarlo. Entonces escuché el timbre de la habitación, abrí la puerta y… oh…, olí su perfume intenso de mujer, vi de repente ante mis ojos su cabellera hermosa y su belleza inigualable… Me acerqué a ella, quise confirmar lo que mis ojos estaban contemplando, pero no era

Fanlanni, era el rostro frío de una de las empleadas del hotel, que había venido a poner en orden mi habitación.

Al cabo de unos momentos volvió a sonar el timbre y era otra vez la misma empleada. Me recordó con amabilidad que era más de mediodía y ya debía haber dejado la habitación, si no lo hacía me iba a cobrar otro día más. Miré mi reloj y eran las once. Sabía que Fanlanni no iba a venir, pero quería seguir engañándome a mí mismo. Ferrari estaba jugando conmigo, pensé, y la odié por eso. La imagen de su rostro apareció de nuevo en mi cabeza y me causó un gran dolor. Vete, vete ya, me dije, y preparé mi pequeña maleta, el único equipaje que había traído conmigo.

Debí haberme dado cuenta antes. La puerta sonaba en ese momento con una rabia inusitada y, como si despertara de una pesadilla, me dirigí a abrirla. ¡Dios! Fanlanni había llegado. La abracé con todas mis fuerzas y ella hizo lo mismo. Busqué su boca para besarla, pero con toda frialdad me dijo:

—¡No!

Mis ojos se llenaron de lágrimas. Le conté mi experiencia de los últimos días en Heihe. Me escuchó atentamente y con una expresión de conmoción en su semblante, pero solo me dejó abrazarla. Mis movimientos excesivos e inapropiados se vieron rechazados de forma instantánea por su frialdad…

—¡Oh! ¿Y te sentiste obligado a hacer algo que no querías? —le pregunté de repente.

—¿Cómo podía ser posible? No me explicaba lo que había pasado… —me dijo You Jin—. ¡En esa época yo era una persona pura e inocente!

—¡Eras demasiado pura e inocente! ¡Un ángel! —le confirmé con ironía—. ¿Me estás vendiendo esa historia para que la escriba…? Te lo digo desde ahora: no la voy a escribir ni por todo el dinero del mundo. ¡Que te quede claro!

—Ah, ¿pero acaso has creído que la historia acababa ahí? —me dijo—. ¡Lo bueno viene ahora…!

Cancelé mi billete de tren y ella, muy tranquila, me llevó a dar una vuelta a su oficina. En uno de los pasillos nos topamos con la mujer de mediana edad con quien hablado previamente. Fanlanni me dijo que se trataba de Liu, la conservadora adjunta del Edificio de las Artes de las Masas, y yo, como gesto de agradecimiento y respeto hacia ella, ladeé ligeramente la cabeza.

La adjunta al conservador del edificio, Liu, habló como quien dice algo profundo:

—Ay, Xiao Fan, no deberías haber vuelto… ¡Este camarada se ha convertido en una estatua junto a la entrada!

Al día siguiente, me dijo que iba a tomar unos días libres y que me llevaría a Sanjiangkou para hacer un poco de turismo. Noté que su actitud mandona y la expresión de su rostro habían cambiado y que me consideraba ya su amante. Además, pensé seriamente romper con mi novia una vez regresara a Beijing. Durante esos tres días en Heihe sentí que estaba viviendo una auténtica historia de amor.

Me hizo subir en uno de esos cruceros fluviales reservados al turismo, de nombre Longjiang n.º 1, que iba hacia el este. En esa época del año el caudal del río era importante y el barco, al surcar sus aguas finas de color negro, se movía alborotado. Nos alojábamos en una cabina de segunda clase. Yo le conté la historia de la lucha a vida o muerte entre el Dragón Banco y el Dragón Negro en Heilongjiang que me había contado mi abuelo, que era de Guandong (el Paso del Este), en el noreste de China, y ella me contó la historia de su familia, que rindió homenaje a un esturión de la dinastía Qing.

De repente, quiso saber:

—¿Por qué no me preguntas por qué quería que vinieses?

Repuse:

—Bueno, pues te lo pregunto ahora.

—Porque estaba celosa —me respondió—. Sí, estaba celosa de esas dos mujeres… y sabía que te iba a entusiasmar la idea de venir a verme.

—¿Así que querías jugar conmigo?… Lo de los tres días aguardándote, lo hiciste expresamente, ¿no es eso?

—Así es.

—¿Y por qué apareciste al final? Ya no te esperaba.

—Porque me habías sacudido emocionalmente. —De repente me picó la nariz y creo que parecí uno de esos niños que han hecho algo malo y reciben consuelo—. Tendría que haber permitido en un principio que obtuvieras lo que quieres, pero no soy capaz…

—¿Por qué?

—Porque te he evitado expresamente —me dijo—, y por eso regresé a mi terruño de manera furtiva… ¡para abortar!

—¿Qué me dices?

—Sí, para abortar, como lo oyes. Ayer y anteayer me encerré en mí misma y fui incapaz de hablarlo abiertamente.

Fanlanni se levantó y salió de la habitación. Una vez fuera, apoyó sus manos en la veranda del crucero y fijo sus ojos en el agua del río. Yo la seguí. «¿No supiste inesperadamente quién era ella? No te miraba y parecía que se estaba hablando a sí misma. ¿Era yo una persona que la gente conoce?», me pregunté con cautela.

Inclinó ligeramente su cabeza. Me sentí como si me hubieran pinchado el corazón. El paisaje bello del río cambió de repente y se

volvió feo y hostil, pero aún pude decirme: «No había ninguna relación entre nosotros y no me importaba».

Su rostro palideció como si hubiera muerto, forzó una sonrisa y sacudió la cabeza. De repente me dijo:

—No puedo dejar que vayas por ahí errando como un vagabundo… Te daré un regalo para que recuerdes siempre este viaje.

Fanlanni sacó del bolsillo de su chaqueta una cartera de piel marrón y me la ofreció.

Le dije:

—Gracias, pero no la necesito.

Ella me dijo a su vez:

—No la cojas si no la necesitas, pero al menos échale un vistazo.

La agarré y la abrí. Vi que contenía varios billetes. Le di la vuelta y allí estaban el carné de identidad y la tarjeta de trabajo de Hu Dongnian.

Sentí que alguien me aplastaba la cabeza. Un zumbido intenso me ensordeció, y solo al cabo de un momento recuperé mi estado normal.

«Cómo es posible»…, me dije. «En esta vida todo es posible», me consoló ella tratando de sacarme de mi perplejidad. «¿Acaso no fuiste tú quien le diste su carné de identidad y su tarjeta de trabajo?»… Normalmente, esa es la regla. Claro, ¡hasta los ladrones siguen su camino en este mundo!

Tras pensarlo un par de veces, dije:

—No la necesito. Tal vez su carné de identidad y su tarjeta de trabajo ya han sido reemplazados por otros nuevos.

—Dejémoslo estar —me dijo, arrojando la cartera de piel marrón a las aguas de río.

You Jin calló y se me quedó mirando.

—¡Habla! ¿Qué pasó después…?

—No hubo un después… —dijo él—. Si amas a una persona con toda tu alma, a una mujer bella, pero descubres que esa mujer es una ladronzuela, una vulgar carterista… ¿Qué harías tú, maestro Mo? —La voz de You Jin se había entristecido de golpe—: Oh, esta historia… ¡te la ofrezco gratis!, pero si la escribes, no olvides utilizar un seudónimo.

Volví a pensármelo un par de veces y con un tono de voz tranquilo, pero firme, le dije:

—Hermano, creo que la estás acusando falsamente de lo que no es.

V

A principios del invierno de 1989 me encontraba asistiendo a un curso

de Literatura. Una tarde me fui a ver a un antiguo paisano, un tipo de mi pueblo, que estaba en un hostal al lado de donde se daban las clases. Llevaba unos cuantos días con un resfriado encima y me sentía débil, sobre todo me flojeaban las piernas y me costaba avanzar. Súbitamente, sin esperármelo, un individuo alto, enmascarado, con gafas oscuras y vestido con una chaqueta gris, un tipo que parecía más bien un espectro, apareció sin hacer ruido en la escalera. Simplemente, se había deslizado por los peldaños, porque no me atrevo a decir que los pisara. Me aparté a un lado para evitarlo y pasó junto a mí a la velocidad de un rayo, pero al verlo de cerca tuve la sensación de que me resultaba familiar. No pude, sin embargo, en ese lapso tan breve de tiempo, saber de quién se trataba.

Llevaba en el cuarto de mi paisano varios minutos cuando escuché en el pasillo un clamor que me llamó la atención. Oímos la voz ronca y los gemidos de alguien, y salimos a ver lo que pasaba. Vimos entonces que se trataba de un comerciante de la Mongolia china que vendía lana. Nos dijo que estaba buscando los aseos y, al abrir la puerta, se dio cuenta de que estaban en un estado lamentable; ni siquiera había un espacio donde orinar o defecar. Tras volver a su habitación después de estar en los aseos, se dio cuenta de que los treinta mil yuanes que tenía en su maleta habían desaparecido sin dejar el menor rastro.

Treinta mil yuanes en 1989 era mucho dinero.

La policía de la comisaria más cercana al hostal se presentó de inmediato, hizo preguntas, tomó notas y a mí y a mi compañero nos interrogaron durante medio día.

Esa noche, en el comedor del centro donde tomaba las clases de Literatura, vi a Wu Yingjie y al poeta (que era hombre y mujer, las dos cosas al mismo tiempo), compartiendo la misma mesa. Comían, bebían y charlaban entre risas. Me di cuenta de que había una chaqueta gris en el respaldo de la silla.

Él me vio e inmediatamente corrió hacia mí, me dio un golpecito con el puño y luego me cogió la mano.

—¡Mi viejo Mo! ¡Estoy atontado! ¡No te reconocí…! —me dijo.

Yo añadí:

—Sabía que eras un experto en agarrar moscas con la palma de tus manos, pero no sabía quién eras en realidad…

Esta historia no se la conté a You Jin.

Me despedí de You Jin y me fui a mi habitación, cogí mi teléfono móvil, me conecté a Internet y busqué en Baidu una fotografía, algún poema o algún vídeo de Wu Yingjie. A pesar de que había envejecido y estaba más gordo, seguía teniendo la misma cara austera, y sus poemas conservaban la misma carga emocional ligera y superficial de

siempre. Sus palabras sonaban apáticas y él se mostraba como un hombre disciplinado, muy serio y seguro de sí mismo fuera cual fuera el punto de vista de su discurso. Wu Yingjie no tenía en absoluto la pinta de un ladronzuelo.

Por esa razón, cuando You Jin me contó su historia con Fanlanni, pensé que tal vez se la había inventado y había sido él mismo quien, seguramente, le había robado la cartera a Hu Dongnian. Por esa misma razón los dos sinvergüenzas me echaron las culpas a mí y divulgaron que el ladrón había sido yo.

ESPERANDO A MOISÉS[78]

I

Liu Bide (Pedro Liu) era reconocido por todos nosotros por ser el cristiano más anciano de nuestro cantón noreste de Gaomi. Su nieto Liu Weidong había sido compañero mío en la escuela primaria, pero, además de eso, nos habíamos ayudado mutuamente en varias ocasiones y nuestra relación era buena.

El primer nombre de Liu Weidong (Liu, que Protege el Este[79]) era Liu Moxi (Liu Moisés), pero cuando empezó la Revolución Cultural en 1966 se lo cambiaron. Por aquel entonces, él mismo propuso a su abuelo paterno Liu Bide (Pedro Liu) hacerlo también y empezar a llamarse Liu Aidong (Liu, que Ama el Este). No obstante, la sugerencia recibió como respuesta un par de bofetones de parte del anciano. El jefe de los Guardias Rojos de la escuela primaria también se opuso. El viejo había sido objeto de humillación pública y fue censurado delante de todo el mundo[80]; era correcto enjuiciar a alguien que se llamaba Liu Bide (Pedro Liu) y acusarlo de ser un diablo al servicio de Occidente, pero en esos tiempos difíciles resultaba imposible reprobar a alguien que se llamara Liu Aidong.

En esa etapa durante la cual Liu Bide (Pedro Liu) fue objeto de reproche público, Liu Weidong, su nieto, hizo todo lo posible para encontrar su lugar bajo el Cielo y, con la pretensión de servir de ejemplo, le gritaba al anciano:

—¡Abajo Pedro Liu, ese esclavo al servicio de los occidentales! ¡Abajo Pedro Liu, ese perro al servicio del imperialismo!

Liu Weidong saltó desde la tarima donde se celebraba el juicio hasta el suelo, estiró de las orejas a su abuelo, lo agarró de los pelos y le escupió en la cara, pero Pedro Liu desoyó las enseñanzas de Dios y, en lugar de poner la otra mejilla, lo que hizo fue morderle un dedo a su nieto. Tras ese gesto tan osado, los Guardias Rojos le dieron una paliza de muerte a Pedro Liu, y Liu Weidong se convirtió en un héroe ejemplar para los jóvenes de su edad, un modelo de cómo debían actuar con sus familias.

El año 1975 me encontraba a punto de dejar mi pueblo para entrar en el Ejército, pero justo antes de irme me encontré con Liu Weidong, que me confesó su profunda envidia, pues en esa época, entre los jóvenes de mi tierra se decía que el Ejército era la luz al final del túnel. Él también se había inscrito, pero no lo aceptaron por la condición de cristiano de su abuelo Pedro Liu. Encolerizado, me dijo:

—¡Ese malnacido de Pedro Liu me ha arruinado la vida!

Sabiendo que mis palabras eran falsas, quise consolarlo:

—El pueblo es un vasto lugar entre el Cielo y la Tierra, y en él se pueden conseguir muchas cosas.

Sonriendo, me respondió:

—Ah, claro, es tan vasto… Y fuera de él solo te espera un terreno baldío cuyos límites no los alcanza la vista.

No llevaba mucho tiempo en el Ejército cuando Liu Weidong me escribió una carta para decirme que se iba a casar con Ma Xiume, la hija de Ma Debao. Me pedía que le enviase una de las gorras del uniforme militar que llevábamos en esa época, pues pretendía exhibirla en su boda. Le contesté diciéndole que no podía, ya que era nuevo en el Ejército y solo disponía de una. No me respondió y desde entonces perdimos el contacto.

Las noticias de su boda con Ma Xiumei me resultaron inesperadas. Ma Xiumei era cinco años mayor que Liu Weidong, pero, además, la hermana pequeña del abuelo paterno de Ma Xiumei era la esposa del hermano menor del abuelo paterno del padre de Liu Weidong. Por tanto, él debía referirse a Ma Xiumei como si fuera su tía por parte de padre. Así pues, la relación establecida según los principios del amor romántico (de hecho, tenía mucho de amor verdadero y no estaba demasiado bien vista) no era en modo alguno una de esas relaciones incestuosas tan comunes en los pueblos. Se comentaba que Ma Xiumei llevaba mucho tiempo casada con un trabajador de los bosques del Dongbei, en el noreste de China, pero que rompió con él inesperadamente para casarse con Liu Weidong. La historia dio alas a mi imaginación.

II

Me encontraba en mi segundo año de servicio en el Ejército cuando me dieron la oportunidad de tomar unos días libres para regresar a mi pueblo y visitar a la familia. No hacía falta ser especialista en chismorreo local para darse cuenta de que la historia de amor entre Liu Weidong y Ma Xiumei circulaba por todas partes. Él era un tipo poco agraciado físicamente, y las finanzas de su familia no eran

precisamente boyantes, pero era muy bueno en el arte de seducir a las mujeres. Cuando se le preguntaba por esa habilidad, Liu Weidong no entraba en detalles y alegaba que su reputación era infundada, pero los hechos lo desmentían. Al principio todo el mundo en el pueblo se preguntaba qué había pasado entre Ma Xiumei y el trabajador de los bosques del noreste de China; querían saber las razones de la espantada de ella. A pesar de que la mediadora Yu Dakou (Yu la Bocazas) quiso sacar beneficio económico de esa nueva situación, e incluso a pesar de ciertas amenazas de muerte a sus padres que quedaron en meras palabras, Ma Xiumei dejó plantado a su marido, lo abandonó sin la menor intención de regresar a su lado. El trabajador de los bosques finalmente se marchó como un pato que acaba de meterse en agua hirviendo, es decir, resentido y con ganas de venganza. Preparó una factura muy detallada y se la envió a los padres de su exmujer para que le compensaran económicamente por el perjuicio que su hija le había causado. A parecer, había empleado mucho dinero durante años en tenerla contenta, y ahora le venía con esas. Lo que el exmarido demandaba a la familia Ma excedía en mucho lo que esta podía darle: la suma exigida supondría su ruina total.

Ma Xiumei tenía tres hermanos mayores que ella, todos con reputación de rufianes. El mayor se había casado con una mujer que ya tenía marido, pero no se lo pensó dos veces. Los dos siguientes eran un par de chulos bravucones que, sirviéndose de sus puños, pretendían presentarse ante los demás como los amos y señores; en realidad, lo que buscaban era cualquier oportunidad de pelea para hacer alarde de su fuerza. Se llevaron a Liu Weidong al cementerio situado al este del pueblo y una vez ahí lo molieron a patadas y puñetazos. Luego le dijeron a su *meimei*, su hermana pequeña, que la relación con él se había roto definitivamente. Pero Liu Weidong no se dejó intimidar por la paliza recibida y continuó con su proyecto. No en vano, su amor hacia Ma Xiumei era auténtico. En otras palabras, se mostró como un buen Han, un chino hecho y derecho. Se dijo que, cuando el segundo Ma zurró a Liu Weidong, mucha gente del pueblo habría estado encantada de presenciarlo con sus propios ojos; no eran pocas las personas que, en efecto, empezaban a pensar que Liu Weidong no tenía derecho a quitarle la esposa a nadie y que se había excedido con ese amor puro que nadie comprendía. Había encendido el fuego y alguien debía apagarlo, de modo que el segundo hermano Ma pasó a ser considerado como la mismísima reencarnación de la justicia bajo el Cielo, un héroe del pueblo a fin de cuentas. No obstante, cuando vieron a Liu Weidong con la cabeza rota y perdiendo mucha sangre, las gentes sintieron compasión por él y sus corazones se enternecieron. Hasta hubo quienes denunciaron públicamente que al segundo

hermano Ma se le había ido la mano. Otros, aunque entendían que Liu Weidong y su historia de amor iba contra las leyes, reconocían también que quien propinaba una paliza de muerte a otro debía pagar con su propia vida. Cuando Ma Xiumei, llorando desesperadamente, se arrodilló ante su amor Liu Weidong, que jadeaba moribundo, a muchos de los presentes se les llenaron los ojos de lágrimas e inesperadamente sintieron simpatía por ella.

Al principio pensé en ir a casa de Liu Weidong para ver qué había pasado, pero mi padre me lo desaconsejó. Me dijo que, tras la boda, sus padres lo habían expulsado. Él y su mujer tuvieron que vivir en una miserable cabaña situada en un extremo aislado del pueblo, donde pasaban los días muertos de frío. Cuando iba en el autobús de regreso tras el permiso, tuve la oportunidad de ver, desde la carretera, a la pareja de esposos.

Llevaba dos años sin verlo, y me llamó la atención el cabello encanecido de Liu Weidong. Le faltaba la pierna izquierda, estaba jorobado y solo le quedaban un par de dientes en la boca. Vestía con una chaquetilla china de un solo botón, completamente ajada y deshilachada, y como cinturón llevaba atado un cable eléctrico que apenas le sujetaba los pantalones. Ma Xiumei había sido la muchacha más bella de nuestro pueblo, pero cuando la vi distaba mucho de serlo. Ya no lo era en absoluto. Estaba embarazada y parecía que iba a parir de un momento a otro. Llevaba una chaqueta de estilo masculino manchada con aceite del que se usa para freír los churros *mahua*. Tenía la barriga puntiaguda y la cara salpicada de motas de color gris. Una membrana parecía cubrirle los ojos, y la escasa luz que desprendían era triste y apagada. El cabello le había crecido demasiado y en desorden, y su cuerpo desprendía un olor a guiso de verduras avinagradas. Al parecer, los dos habían pagado un precio muy alto por ese amor auténtico.

III

A principios de los años ochenta del siglo pasado, iniciado ya el período de reformas políticas y económicas en China, cada vez que regresaba a casa para ver a mi familia me daba cuenta de los cambios profundos que estaban sufriendo las comunidades rurales y de cómo la vida de los campesinos había mejorado enormemente. En esa época, Liu Weidong ya era uno de los ricachones de nuestro terruño, el cantón noreste de Gaomi; un buscavidas, uno de esos figurones que, como se solía decir, «se daba a la bebida» junto con los líderes de la comarca. Los rumores que oí acerca de Liu Weidong y su esposa

procedían de Wang Chao, que había abierto un pequeño puesto de venta de comestibles y era una de las personas mejor informadas del pueblo. Me dirigí al pequeño puesto para comprar un poco de salsa de soja y Wang Chao me informó de que el jefe Liu (a Liu Weidong ahora le llamaban «jefe») había salido para Shenzhen la noche anterior. En boca del tendero, eso de «jefe» me pareció que llevaba cierto retintín.

—Adivínalo… ¿Sabes cómo ha ido a Shenzhen? —me preguntó Wang Chao—. ¡En avión! —A principios de los años ochenta del siglo pasado, para un campesino subirse a un avión era una experiencia nueva que dejaba huella para toda la vida; además, requería de una inversión de dinero y de una disposición de tiempo inalcanzables para la mayoría. Wang Chao continuó contándome—: Ah, y no es la primera vez que el jefe Liu se sube en un avión; ¡he oído decir que el muy golfo lo ha utilizado varias veces para ir al mismísimo Japón!

En otra ocasión, cuando me dirigí de nuevo al puesto para comprar algo de tabaco, Wang Chao me comentó:

—¡Mi joven Mo, que no te vean como un soldado de bajo rango, miserable y pobretón porque te llevas este tabaco barato para fumártelo! Sabes, el jefe Liu ya no compra esas hojas secas, ahora me pide cigarros ingleses de la marca Star Express 555, o puros cubanos 1898 Good Friends. ¿Qué te crees? El jefe Liu tiene estilo y, cuando fuma, parece una estrella de cine. —Wang Chao sujetó una tiza con el dedo índice y el corazón y se puso a imitar a Liu Weidong fumando uno de esos puros.

Cuando me acerqué al puesto a comprar algún botellín de aguardiente o una botella de vino, le pregunté:

—Mi apreciado Wang Chao, el jefe Liu seguramente no bebe este alcohol mustio y pasado… ¿Qué bebe él? ¿Me lo puedes decir?

Riendo a carcajadas, me contestó con tono misterioso:

—He oído decir que el jefe Liu se ha divorciado de su mujer, pero a mí me parece imposible. ¡Se casaron por amor y lo hicieron libremente!, aunque siempre hay trifulcas entre maridos y mujeres… Entre una cosa y otra, con el paso del tiempo el jefe Liu está irreconocible. ¡Ha cambiado tanto en estos últimos tiempos…! ¡Pero Ma Xiumei no ha vuelto a dar ningún portazo ni se ha fugado con nadie! ¡Que quede claro!

IV

Me dirigía al barbero, que ocupaban el lateral este de la casa gubernamental. Nada más entrar en el local me topé con Liu Weidong; la hija del barbero le estaba cortando el pelo. No quedaba una sola

silla libre, así que la chica me pidió que tomara asiento en un taburete que estaba a un lado y esperase. Desde esa posición podía ver reflejados en el espejo la cara resplandeciente y el gesto de complacencia de Liu Weidong. El cabello negro y lustroso le brillaba con intensidad. Me dio la impresión de que se había quedado dormido, pero al mirarlo de cerca abrió los ojos como platos y yo aproveché ese momento para decirle:

—¡Jefe Liu!

Se levantó de golpe, volvió a sentarse y me gritó:

—¡Tú, mequetrefe! ¡Has venido a verme…!

—¡Jefe Liu!

—¡Puaj! —me soltó—. ¿Me estás insultando o qué? Menudo mequetrefe estás hecho con esa carita de ángel que tienes… ¿No te parece que estás exagerando? ¿Cómo no vas a querer verme si vienes al pueblo?

—Eres un hombre muy ocupado —le dije—. Ahora en Shenzhen, luego en Hainan… Ya ves, no paras un momento… ¿Dónde iba a encontrarte?

—Excusas —replicó—. Incluso si me metiera en una ratonera acabarías por encontrarme. Habla, habla, ¿qué has venido a hacer al pueblo? Por cierto, he oído decir que la mujer de tu hermano ha dado a luz. ¿O es que has tomado ese mes de vacaciones que te dan en el Ejército? ¿Cuántos días vas a estar libre?

—Así es… —le respondí—, me he tomado un mes.

—Los funcionarios que trabajan para el Estado no están nunca libres.

—Simplemente he cambiado de estatuto, y ahora soy un civil. He venido a trabajar contigo.

—¿Te burlas de mí? —me dijo—. Eres un militar y además tienes el grado de sargento, y dentro de dos años serás comandante de una compañía; en otros dos, comandante al mando de un batallón, más tarde comandante al mando de un regimiento, luego de una división militar… y así una vida repleta de gloria y honores. ¿Qué quieres hacer en el futuro? ¿Vender y comprar productos, ganar una miseria de dinero y decir que eres un empresario feliz? Un día, sin que te hayas dado cuenta, habrás caído en el terrible mundo de la especulación financiera.

—No deberías repetirte —le dije—. ¿Por qué no lo dejas si te resulta tan terrible ese mundo?

—Ojalá pudiera…

La hija del barbero soltó el secador, colocó un espejo en la nuca de Liu Weidong y le preguntó seguidamente:

—¿Satisfecho, jefe Liu?

Liu Weidong acarició suavemente su cabello y dijo

—No está mal…

—Todavía un cabello precioso cubre tu cabeza —le dije.

—Vuelves a insultarme —replicó—. ¡Oh…, muérete! Resulta imposible mezclarse con el exterior sin contaminarse. ¡Uno pierde la decencia! ¿No lo habías oído? ¿O es que no hablo chino?

—Pues no, no lo había oído —le dije, sonriendo—, pero lo que sí he oído decir es que te has divorciado de tu mujer.

—¿Y quién te lo ha dicho? —preguntó, levantándose y sacudiendo su chaquetilla china, antes de proseguir—: Seguro que ha sido ese bocazas de Wang Chao. Ese tipejo es radio macuto y su puesto de venta es la emisora central.

—No, no me lo dijo él —le mentí—, y por favor no vayas a buscarlo para vengarte.

—En realidad —afirmó—, detrás de tu insulto no está Wang Chao arruinando mi reputación. Te irá mejor en la vida que a esos chismosos mientras no te atrofies mentalmente como lo están ellos. Si les haces caso, esa gente te traerá mala suerte, créeme. ¡La envidia cochina les hace desvariar! Sí, quien te habla ha ganado mucho dinero, pero también ha puesto todo ese dinero en vuestras manos para que saquéis provecho de él.

—No solo ellos son así… —le dije—; todo hijo de vecino bajo el Cielo reacciona de la misma manera.

—Exactamente, es comprensible y por esa razón se expresan así; les hace hablar el resentimiento, y yo también soy así. Cuanto más cargo contra la gente, más me entusiasmo con mis palabras. —Liu Weidong señaló la pila de cañas de bambú verdes que había en un terreno vacío enfrente de la puerta de la Sociedad de Ventas y Suministros (la cooperativa de la comuna), y añadió—: Mira esas cañas, las he traído de la provincia de Jiangxi. Se trata de auténtico bambú verde de Jinggang que me servirá para proteger mi casa. ¡Y en cien años seguirá igual de verde que ahora! Por supuesto, cuesta su dinerito… —Liu Weidong levantó el dedo índice de su mano izquierda y lo agitó delante de mí. Me acordé inmediatamente del mordisco que su abuelo Pedro Liu le dio en ese mismo dedo pero de su mano derecha y que lo dejó destrozado.

—¿Mil? —le pregunté.

No me contestó. De su bolsillo sacó un fajo de billetes que dejó delante del espejo. También, una hoja de papel que igualmente colocó frente al espejo, y le dijo a la hija del barbero:

—No tienes por qué buscar más; hasta el suyo está incluido.

—¿Cómo puede ser? —le pregunté.

—¿No has sido educado conmigo? Otro día te invitaré a comer.

Uno de sus dientes, que era postizo, le brilló en la boca cuando me sonrió.

V

Un par de días después, una jovencita apareció en el patio de mi casa.

—Joven, ¿a quién buscas? —le pregunté mientras lavaba los pañales de mi hija.

—Soy la hija mayor de Liu Weidong y me llamo Liu Mei.

Mi mujer, que tenía la cara pegada a la ventana, intervino y le gritó:

—Liu Mei, ven, anda, que tu tía tiene que preguntarte algo…

—Mi padre te pide que no te demores y vayas a verle rápidamente —me dijo Liu Mei, clavando sus grandes ojos en mi rostro y sin hacer el mínimo caso a mi mujer.

—Vale, iré, eso es lo primero que voy a hacer. El tío no perderá un solo minuto.

—Mi padre me ha pedido que te acompañe —insistió con terquedad. Su boca se parecía mucho a la de Liu Weidong.

Crucé el dique del río junto a Liu Mei hasta llegar a la casa de Liu Weidong.

Era una mansión de cinco habitaciones cubierta con un techo de gran tamaño y dos alas, una en el este y la otra en el oeste. Un patio rodeaba el recinto y una verja metálica hacía de entrada. Había escritas un par de frases paralelas a los dos lados de la verja de hierro negro que decían:

«Si la lealtad profunda pasa a través de las generaciones, el Libro de las Odas tendrá larga vida en este mundo»[81].

Al traspasar la entrada me topé con una pantalla de ladrillo típica de las casas tradicionales chinas, sobre la que habían escrito el carácter chino *fu*[82] (‘la prosperidad’), de enormes dimensiones. En el patio, atado a una cuerda, un perro lobo no paraba de ladrarme de forma intimidante.

Ma Xiumei salió a darme la bienvenida y vi que tenía harina en las manos. Con una sonrisa en los labios me dijo:

—Entra, entra. Hoy tenemos una visita de categoría. Liu Weidong no ha dejado de hablar de ti durante todos estos días. —Vi que alargaba el cuello y me preguntaba—: ¿Cuándo nació?

Muy preocupado, le contesté:

—Oh, Señor, ojalá que esta primera vez que soy padre pueda ser capaz de manejar una cosa así…

Observé que de una de las paredes colgaba un crucifijo enorme. Yo sabía que ella era una cristiana convencida.

—¡Mequetrefe! ¡Ven, rápido…! —me gritó Liu Weidong, que salía de una habitación con un puro entre los dedos—: ¡Brindemos los dos! ¡Otra vez juntos! ¡Y que nos acompañe el secretario Sun de nuestra comuna!

Nos sentamos sobre un sofá y admiramos su aparato de televisión, cuya pantalla multicolor era de catorce pulgadas, y su equipo de música con radio de cuatro altavoces, que en aquella época, en un pueblo, era la marca de una persona rica y poderosa. De los altavoces del equipo salía la voz ronca de unos cantantes, y Liu Weidong me dijo:

—¡Escucha, escucha… se trata de la voz de un tenor, un cantante de ópera que se llama Liu Weidong!

Ma Xiumei me ofreció té y dijo:

—¿Cómo puede a alguien gustarle esa voz? ¡Parece un borrico rebuznando!

—Pero ¿comprendes algo de música? —le espetó Liu Weidong a su mujer—. ¡A eso se le llama *bel canto* y se interpreta con el estómago!

—¡Con el estómago uno se tira pedos! —replicó ella.

—¿Cómo puedes decir tantas tonterías? ¿No ves que estás avergonzando a nuestro invitado? —le dijo Liu Weidong agitando en el aire una de sus manos—. ¡Vete, anda! ¡Estás destruyendo la elegancia de nuestra casa!

—Jefe Liu —intervine—, ¿te importaría cambial el casete?

—¿Y a quién quieres escuchar? Teresa Teng, Fei Xiang[83]… los tengo todos.

—No escucho música decadente y obscena[84] —dije—. ¿Tienes algo de la ópera del Gato, nuestra ópera de Maoqiang?

—¡Pues sí, tengo algo! *Las ropas de seda de Luo*, ¿te parece bien?

—Me parece fantástico.

VI

De vuelta a casa le comenté a mi mujer:

—Wang Chao me dijo que Liu Weidong se había divorciado de su mujer, pero creo que no sabía bien de qué hablaba. Viéndolos a los dos, me pareció que su relación sigue siendo muy buena.

—He escuchado a otra persona decir que Liu Weidong tiene otra casa en Wenzhou y comparte vida con otra mujer mucho más joven que Ma Xiumei —me dijo mi *laopo*—. Un hombre, cuando tiene

dinero, se deprava fácilmente.

—Y al hombre que no tiene dinero, su esposa acaba dejándolo precisamente por esa misma razón… —repliqué.

VII

Un día de primavera de 1983, cuando me encontraba de nuevo en el pueblo visitando a mi familia, oí a mucha gente hablar de la misteriosa desaparición de Liu Weidong. En el primer mes del año según el calendario lunar, llevé a mi hija a comprar algunas cosas a la Sociedad de Ventas y Suministros de Liu Weidong, y de paso a que viese el cañaveral de bambú de Jinggang. Los muchos años que llevaba expuesto a los elementos le habían pasado factura y el verdor de las hojas y las cañas había desaparecido por completo. En el mercado me topé con Ma Xiumei, que llevaba una cesta con varias docenas de huevos en su interior. Tenía el cabello del color de la ceniza y llevaba ropas usadas y viejas. Era evidente que pasaba por momentos muy difíciles.

Reteniendo las lágrimas en sus ojos, me preguntó:

—Hermano, dime, ¿por qué ese hijoputa ha sido tan cruel conmigo? No me digas que fue porque di a luz a otra niña en mi segundo parto. ¿Por esa razón nos ha rechazado?

Le respondí:

—Cuñada, Weidong no es de ese tipo de personas.

—¿Puedes decirme entonces adónde ha salido huyendo? Podría escribirnos una carta para decirnos si está vivo o está muerto…

—Tal vez se encuentra en el extranjero haciendo negocios, o a lo mejor regresa a casa antes de lo que te esperas.

VIII

Estamos en 2012 y Liu Weidong sigue perdido por esos mundos de Dios; ya hace treinta años de su marcha.

Si todavía estaba vivo, sería ya un viejo de sesenta años; su esposa llevaba treinta esperándolo. En el pueblo eran muchos los que creían que se había juntado con otra mujer para formar otra familia, quizá en el extranjero o en otro lugar en China, pero también había quien pensaba que su ausencia era ya demasiada prolongada y lo más probable era que Liu Weidong ya no perteneciera al mundo de los vivos. Otros, sin embargo, sostenían que había sido asesinado en la

propia comarca. El bueno de Wang Chao, que ya había abierto su puesto de comestibles, coincidió conmigo por casualidad en los baños públicos de Gaomi y, sudando la gota gorda, en medio de la sauna, me confesó:

—Tercer hermano, tú que habías sido nuestro compañero de clase… Hace treinta años cuatro hijos de altos funcionarios del distrito conspiraron para acabar con su vida. Su cuerpo está enterrado debajo del mercado de La alegría perfecta.

Pero Ma Xiumei creía firmemente que su marido seguía vivo. Decía que, antes de desaparecer, debía un montón de dinero a mucha gente. Tras su huida muchos se presentaron en su casa para llevarse objetos de valor, y a la pobre mujer solo le dejaron tres cacharros para cocer el arroz. Ma Xiumei se trasladó con sus dos hijas y las arroceras, así como con todas las cosas que no pudieron destrozar por completo los acreedores. Liu Mei, la hija mayor de Liu Weidong y Ma Xiumei, se puso a trabajar en una fábrica de lonas tras su graduación en la enseñanza secundaria. Allí se hizo novia de un joven obrero procedente de Huangdao (un distrito de la ciudad de Qingdao), poco después se casaron y se fueron a Huangdao. Liu Mei fue madre de un par de niños y todavía reside con su marido en ese lugar. La hija pequeña se llamaba Liu Ye y era muy buena estudiante. Consiguió entrar en la Universidad Normal de Shandong y luego encontró un buen trabajo en Jinan, donde se quedó a vivir. Las dos hijas estaban dispuestas a acoger a su madre, pero ella se negaba. Prefirió quedarse en la mansión de su marido, que, a pesar de su ruinoso estado, había sido antaño la envidia de todas las gentes del pueblo por su grandiosidad y su belleza. Diez años atrás, delante de la casa habían instalado una gasolinera, y no sé cuántos coches y camiones paraban ahí a diario. Ma Xiumei se presentaba cada día en la gasolinera y preguntaba por su marido, colgaba anuncios y a menudo pedía a la gente que la ayudara a escribir unas breves cartas en las que decía cosas como estas:

> Weidong, los niños, tú eres su padre. ¿Dónde diablos te has metido? Espero que cuando recibas esta carta te decidas a regresar. Ya hace treinta años que te has ido. Tu nieto ya está en tercer grado, pero su abuelo paterno todavía no lo ha visto. Weidong, regresa ya. Incluso si has formado otra familia, no te voy a odiar por eso. Esta familia siempre será la tuya… Te escribo el número de teléfono de nuestra casa y el del teléfono móvil de nuestra hija. No hace falta que me llames a mí si no quieres. Te pones en contacto con ella… Hay muchos conductores que han oído hablar de la historia de nuestra hija, y esa es la razón por la cual han puesto un anuncio de

búsqueda en sus vehículos.

IX

Un día de agosto del año 2017 me encontraba en la habitación número 801 del hotel de Los Ocho Inmortales de Penglai, en Yantai, provincia de Shandong. Acababa de regresar de un banquete cuando abrí apresuradamente mi ordenador y me encontré esa novela corta[85] de mayo de 2012 que había escrito en el distrito de Hu de Xi´an, en la provincia de Shaanxi, y que permanecía inédita (debo decir que más que una novela se trataba de una recopilación de notas). La razón por la cual no la había publicado era porque siempre he pensado que esa historia no estaba todavía acabada. ¿Cómo puede decir una persona viva que algo se ha acabado?, me preguntaba.

No le habían visto ni vivo ni muerto, y lo cierto es que la situación escapaba a toda lógica. Creía que Ma Xiumei, una mujer ya anciana de cabellos grises, empeñada de forma pertinaz en pedir a los camioneros que colgaran esos anuncios en sus vehículos, obtendría tarde o temprano resultados.

Hay un elemento clave en la ópera clásica china que consiste en jugar con nuestra psicología: somos un pueblo que espera acabar cualquier relato con un reencuentro entre gente que se ha separado. Ese es nuestro final feliz y el que esperamos en todas nuestras historias, aunque por supuesto esa era la teoría. La hipótesis de que Liu Weidong había sido asesinado era de lo más plausible, pero también podía haberse suicidado, o tal vez se había tropezado junto al río, había caído al agua y lo habían devorado los peces. Quizá había fallecido en un accidente en las montañas, y cabía especular también que su muerte se hubiera convertido en un misterio por resolver como tantas otras cosas. Pero Ma Xiumei y yo pensábamos que algo extraño había sucedido.

Tal vez un día, de regreso a casa con una col china en su mano y el bastón en la otra, Ma Xiumei había visto a una persona de cabello encanecido en el umbral de la puerta, sentada, con los codos sobre las rodillas y las manos cubriéndose la cara. Le había preguntado quién era y esa persona había alzado la mirada, pero ella, en vez de reconocerlo de manera inmediata, simplemente había adivinado quién era. ¿Dónde había dejado Ma Xiumei la col china? ¿Se le había caído? Parecía poco probable. Una mujer que había pasado un auténtico calvario nunca daba nada por perdido, incluso si caía al suelo. ¿Se iba a desmayar? No, esa hipótesis era improbable. Si alguien se desmayaba, no sería Ma Xiumei. ¿Cómo podía ser ella, entonces?

Vino a mi memoria la trama de una obra literaria muy parecida a lo que Ma Xiumei estaba viviendo, y me acordé de los personajes implicados en ese relato. Tenía que resolver el enigma de la desaparición de Liu Weidong, y debía además describirlo minuciosamente de mi puño y letra. Debía sacar a la luz el gran dolor que escondía esa historia, hacer público el sufrimiento y la liberación de esa mujer que, tras treinta años, descubre que su marido está sentado en el umbral de la puerta de su casa. Pero ¿cómo ponerlo en palabras? Parecía imposible; corría el riesgo de que nadie quedara satisfecho con ello o de que finalmente se convirtiera en una historia banal y superficial. Si no me hubiera encontrado con el hermano pequeño de Liu Weidong, yo no habría abierto nunca en la vida el ordenador para escribir esta obra.

Sabía desde hacía mucho tiempo que la vitalidad y la energía de Liu Xiangyang, el hermano pequeño de Liu Weidong, eran dignas de mencionarse. Cuando hicimos una colecta en el pueblo para construir un puente de grandes dimensiones, quien recogió más dinero fue precisamente él. Y también donó más que nadie cuando los cristianos del cantón noreste de Gaomi decidieron erigir una iglesia. Su abuelo materno, Pedro Liu (Liu Bide), fue el primer cristiano de nuestro pueblo, vivió muchos años y murió plácidamente. Los otros cristianos que se habían formado con él ponían como ejemplo a imitar la vitalidad y la longevidad de Pedro Liu, que, además, atraía a muchos a su religión. Algunos en el pueblo se convirtieron al cristianismo, pero otros reaccionaron en su contra y aseguraron que, en el mercado, Pedro Liu se dedicaba a beber alcohol y a comer panecillos rellenos de carne y verduras de Gaomi recién salidos del horno; aseguraban también que la mujer de su nieto, Ma Xiumei, mandaba a una de sus hijas a recoger las hojas de verdura que nadie quería. Cuando la hija de Ma Xiumei vio a su abuelo zampándose esos panecillos típicos de la cocina de Gaomi y tomando aguardiente, se le hizo la boca agua, pero Pedro Liu no le hizo ni caso y no dejó de prestar atención ni un momento a lo que estaba comiendo y bebiendo tan a gusto. Un tipo que estaba a su lado, incapaz de quedarse parado sin hacer nada, le dijo:

—Viejo Liu, ¿no has visto a tu bisnieta o qué? ¿No vas a darle nada de comer?

Pedro Liu repuso:

—No sobra. Ellas deberían a aprender a aguantarse y sufrir para saber luego lo que es vivir en paz con uno mismo…

Alguien que está solo es capaz de mantener invariable su posición, por irracional que sea, y de conseguir que los demás dejen de prestarle atención, incapaces de encontrar argumentos para rebatir sus opiniones. Por eso pensaba que la razón por la cual Ma Xiumei podía

aguantar tanto sufrimiento estaba relacionada con sus creencias religiosas. ¿Acaso no era así? Tenía un nivel educativo bajísimo y era incapaz de leer sin ayuda de la Biblia, pero sí comprendía a menudo sus enseñanzas, ya que no se necesitaba saber leer para acceder a su significado profundo, sino grandes dosis de telepatía y mucho sentido común. En cierta ocasión mi sobrino, un cristiano devoto, me aseguró que entre los discípulos de Cristo del cantón noreste de Gaomi no había nadie tan piadoso como Ma Xiumei. Cada domingo, en la iglesia, ella lloraba desconsolada hasta perder la voz con tanto llanto. Se arrodillaba ante la imagen de Jesucristo y se persignaba varias veces. Sus labios se movían, expresando algo aparentemente inaudible, aunque mi sobrino, incapaz de retener las lágrimas cada vez que me contaba esa historia de Ma Xiumei, le había oído decir: «Oh, Señor, protégele, protege a esa oveja descarriada».

En 1975 solicité entrar en el Ejército, y me convertí en recluta del regimiento número 34 del interior de la fortaleza de las islas de Changshan, que pertenecía al área militarizada de la prefectura de Penglai. Cuarenta y dos años después volví a juntarme con algunos compañeros de armas de esa época para rememorar los viejos tiempos; organizamos un banquete para la ocasión. Nos reunimos en un restaurante, en una de esas mesas que llaman de los Ocho Inmortales, y, por supuesto, bebimos el aguardiente de los Ocho Inmortales borrachos. Éramos camaradas de armas, casi hermanos, pero hacía más de cuarenta años que no nos veíamos, y en aquella época éramos jóvenes y vigorosos. Ahora nos habíamos convertido en unos viejos desdentados con la vista cansada, que vivíamos de recuerdos y nos lamentábamos mil veces de que la vida hubiese pasado tan rápidamente.

—¿Cómo deshacerse de las preocupaciones? ¿La solución? ¡Du Kang[86]!

Durante la juerga alcohólica, una jovencita se dirigió a mí y me dijo:

—Señor, alguien de su terruño desea verle…

Le sugerí:

—Déjale que entre.

Al cabo de un momento vi a un tipo corpulento y barrigón que caminaba tambaleándose. Al acercarse, me dijo:

—Tercer hermano, seguro que no me reconoce.

Me lo quedé mirando de arriba abajo y le dije:

—Tu rostro me resulta familiar, pero no tengo la menor idea de quién eres…

Me aclaró:

—Soy Liu Xiangyang, el hermano pequeño de Liu Weidong, pero

todos me conocen como Mateo. Mi madre me dijo que le trajese un ladrillo de cuando él aún no había nacido…

Involuntariamente di un salto atrás y algunos sucesos pasados atravesaron mi cabeza.

—¡Mateo! —le grité sorprendido—, ¿cómo puedes ser tú? ¡Cuando entré en el Ejército no eras más que un niño enclenque!

Liu Xiangyang me dijo:

—Tercer hermano, ¡ni siquiera puede imaginar ahora que tantos años atrás estaba en el Ejército!

Así era, en efecto. Cuarenta y dos años exactamente, esos eran los años que habían transcurrido desde que ingresé en el Ejército. Me costaba reconocerlo. Liu Xiangyang debía de tener ahora más de cincuenta. Lanzando suspiros de nostalgia, lo presenté a mis compañeros. Para mi sorpresa, más de la mitad de los que estaban presentes lo reconocieron, y los que no, al menos habían oído hablar de él. Liu Xiangyang se había convertido en el mayor promotor inmobiliario de la zona. Mis camaradas ocupaban los edificios que él había ordenado construir. La calidad de esas viviendas era más que correcta y quienes tenían intención de hacerse una casa contaban con él.

Le expliqué a Xiangyang que todos los que estaban en el banquete habían sido mis compañeros de armas cuando estaba en el Ejército y que, cuando aparece un soldado nuevo, todos se encargan de enseñarle el oficio. A eso se le llamaba camaradería. Quizá, le comenté, debería aprovechar ese momento para sacar algún beneficio, pero me dijo: «Tercer hermano, no se preocupe. Mi suegro era el adjunto al comisario político al cargo de un regimiento. A los militares les tengo mucho aprecio y me encanta poder tratarlos de cerca y ayudarlos…». Le dije que era fantástico y lo invité a tomar asiento y a beber un par de copas con nosotros. Le pregunté cómo sabía que me iba a encontrar allí, en ese banquete, bebiendo con unos excamaradas, y me contestó: «Tercer hermano, usted tiene mucha personalidad, tiene mucha cara, y por supuesto conoce todas las tabernas y licorerías…». «Oh, le respondí, ¿me estás diciendo que soy un caradura, un erudito de pacotilla, el borrachín del pueblo? Liu Xiangyang replicó: «Tercer hermano, usted no es un caradura, es una de las bellas personas de nuestro pueblo, en el cantón noreste de Gaomi… Nuestra unidad de trabajo piensa que usted tiene mucho estilo». Le dije: «Mateo, ¿con quién has aprendido esas cosas? Me da la impresión de que tus palabras salen de las vísceras». Y él me replicó: «Tercer hermano, todo lo que le digo es verdad. ¡Se lo juro!». Le propuse: «Siéntate y toma una tercera copa. Aún tengo algo que preguntarte». Uno de mis compañeros quiso saber: «Liu, ¿por qué ha traído ese ladrillo?». Liu Xiangyang respondió: «Oh, pues no lo sé, que

se lo pregunten a usted, al Tercer hermano», y yo contesté como pude inmediatamente: «Un hombre de verdad nunca menciona su valentía…».

Debo decir ahora que el carácter travieso de mi niñez era famoso en todo el territorio del cantón noreste de Gaomi. Después de leer el tebeo basado en el novelón *A orillas de las aguas*, especialmente la escena de Zhang Qing[87], el que no utilizaba flechas con plumas, sentía que algo me picaba por dentro y soñaba con imitar el arte mágico de ese personaje, que consistía en lanzar piedras voladoras contra el enemigo y salir corriendo bajo el cielo como un loco. La primera vez agarré lo primero que vi en el suelo y lo arrojé, pero con poca precisión y sin ninguna gracia. Pero otro día, de regreso a casa tras salir del colegio, vi un cuervo grajeando con chulería en la rama de una sófora. Saqué una piedra de mi cartera y, emulando a Zhang Qing, se la lancé. El pájaro soltó un graznido y cayó desplomado al suelo. Los obreros que salían del trabajo me vieron y comenzaron a aclamar con comentarios muy elogiosos la proeza que acababa de realizar y mi habilidad con el lanzamiento de piedras.

En otra ocasión, al traspasar la puerta de salida de la escuela, observé a un grupo de mujeres que charlaban y reían en medio de la calle. Una de ellas estaba embarazada de Moisés, y el niño que llevaba en su barriga era del jefe Liu. La madre de Moisés (la madre de Liu Weidong) tenía la boca grande y la lengua larga, le gustaba hablar más de la cuenta y reírse de todo el mundo, y sus carcajadas podían oírse desde muy lejos. No es que yo le tuviera un odio particular a esa mujer. ¿Por qué sin explicación aparente le arrojé ese ladrillo? La historia completa es la siguiente: cuando la madre de Moisés vino del este, había un perro negro del oeste que me odiaba profundamente. Cada vez que me veía me ladraba con rabia mostrándome sus dientes largos. En aquella ocasión estaba allí y, como yo no tenía ninguna piedra en mi cartera para lanzársela, me doblé y con disimulo recogí un ladrillo roto que había en el suelo. El ladrillo era relativamente grande y tenía forma irregular. Por esa razón se desvió de la dirección que yo había previsto, y en vez de darle al perro cayó sobre la barriga de la madre de Moisés. Fue una pura coincidencia. ¿Por qué, a continuación, varias mujeres se juntaron para ayudar a la madre de Moisés? Ella era alta, fuerte y grande; ¿por qué iba a querer yo golpearle la barriga? No parecía que ella fuera a sufrir una desgracia mayor por el impacto del ladrillo, o si lo sufría, a ese momento se le llamaba sufrir una desgracia que era inevitable porque el destino así lo había dictado Decir que el ladrillo impactó en la barriga de la madre de Moisés no equivale a afirmar que el niño que llevaba dentro, Moisés, recibiera el golpe, y que hubiese un niño dentro de la barriga de la mujer no implica que el objetivo de mi ladrillo fuera él. La

madre de Moisés lanzó un grito estremecedor y cayó al suelo. Las mujeres se quedaron con la mirada en blanco y poco después formaron un círculo a su alrededor. Alguna salió corriendo hasta la casa de la madre de Moisés para informar de lo que había pasado; el padre de la criatura ocupaba en esa época un puesto de responsabilidad en el Gobierno local, y era considerado uno de los lideres de la comunidad. Otros fueron a mi casa para informar a mis padres de lo que había hecho: contaron que yo había provocado una desgracia terrible. Y hubo también quien simplemente buscó un médico. Sin perder tiempo, el padre de Moisés salió corriendo completamente fuera de sí. Y también sin perder tiempo, mi padre salió corriendo, pero con la cara del color amarillo de la cera. Asimismo, sin desperdiciar un solo segundo, el médico salió corriendo, este con un botiquín en la mano. Ante mis ojos veía algo negro y blanco, y algo rojo y amarillo. No tenía miedo, solo sentía un aire helado que perforaba el interior de mi cuerpo. Oí comentar a alguien que la patada en el culo que mi padre iba a darme me enviaría a más de tres metros de distancia. El padre de Moisés le dijo con solemnidad: «Viejo Guan, no puedo creer que estés detrás de este acto sádico». Mi padre le contestó: «Hermano, si la madre pierde a su niño, voy a hacer que este niñato malcriado lo pague con su vida». Me encontraba, por tanto, en una posición muy difícil. Parecía como si por arte de magia Liu Weidong (en aquel momento aún no se había cambiado el nombre) hubiera salido del mundo de los muertos y se hubiese colocado delante de mí. Como un adulto, le decía a mi padre: «Cuñado, tu hijo y yo somos como hermanos de sangre. Nacimos el mismo día del mismo mes del mismo año, y seguramente ¡moriremos el mismo día, el mismo mes y el mismo año…!». La multitud se sintió aterrada por el fuerte acento extranjero de Liu Weidong (Moisés). Poco después mi padre volvió a pronunciarse: «Oh, este Moisés, como persona es poca cosa, pero tiene la boca grande, demasiado grande. De mayor será un tipo importante, ya veréis…».

La madre de Moisés se puso de pie y, acariciándose la barriga, le dijo a mi padre: «Lo he comprobado y no me ha pasado nada. Mi gran hermano Guan, no le pegue a su hijo. No lo hizo expresamente, no pasa nada, pues…». La madre de Moisés pronunció esas palabras mientras pasaba su mano suavemente por mi cabeza y añadía: «A partir de ahora no lances más piedras, que algún día vas a hacer daño a alguien». En este mundo hay muchos consejos llenos de sabiduría que he olvidado con el paso del tiempo, pero las palabras de la madre de Moisés se me han quedado grabadas para siempre. No mucho tiempo después, dio a luz a una criatura rechoncha, pero en excelente estado de salud, que más tarde se convirtió en el Jefe Liu. Finalmente opté por no contar esa historia a mis compañeros de armas; solo les

dije que el Jefe Liu nació como cualquier otra persona, sin ningún incidente digno de mención y con buena salud. Pero lo cierto es que fue a mí a quien la noticia convirtió en la persona más feliz del mundo; me sentí como si hubiera salido de una pesadilla.

Me entró miedo, agarré la copa y declaré con solemnidad:

—Compañeros de armas, hermanos, hemos podido sentarnos aquí juntos para compartir unas copas y ello indica la suerte que tenemos. ¡Por el pasado y por el presente! ¡Y sobre todo por el futuro! ¡Brindemos!

Liu Xiangyang me dijo:

—Tercer hermano, ahora que se ha manifestado, aprovecharé para decirle unas palabras…

—Todos los que aquí estamos sentados somos hermanos. ¿Por qué quieres decirme unas palabras a mí? ¿Y a qué viene tanto misterio? —le pregunté. Volví a levantarme de la silla, le acompañé a la salida y entonces escuché lo que tenía que decirme:

—Volveré.

Me quedé parado sin reaccionar durante unos instantes, y a continuación exclamé de forma atolondrada:

—¡Sé que no está muerto! ¿Adónde fue ese compañero cuando huyó hace ya más de treinta años? ¿Adónde? ¡Dímelo!

—Pregúntaselo a él. Balbuceará cuando te responda y no verá nada con claridad, como si estuviese en medio de la bruma que cubre la montaña. Te dirá que ha estado en la provincia de Heilongjiang y en Hainan; también, en una isla deshabitada y en lo más profundo de los bosques… En resumen, no creerás nada de lo que te cuente… —me explicó Liu Xiangyang sin dar demasiada importancia a sus palabras —. No parece haber utilizado ningún teléfono móvil ni ninguna tarjeta de crédito, y la cadena de pensamientos acerca de él se detuvo en los años ochenta…

Entonces le pregunté, a punto de perder los nervios:

—Pero ¿dónde está ahora? ¡Quiero verlo!

—Hace un par de días aún estaba conmigo y quería que invirtiese en su plan de negocios para crear una sociedad cuyo objetivo era «recuperar la riqueza nacional», pero no le hice ni caso. Ayer mismo se fue, completamente fuera de sus casillas, y rajando contra todo el mundo. Me dijo que se iba a Huangdao, a la casa de su hija.

—¿Y en qué consistía ese plan para «recuperar la riqueza nacional»? —le pregunté.

—¡Otro timo! ¡Otro sabor, pero la misma medicina de siempre! El último emperador de China depositó trescientos millones de yuanes en una sucursal del Citibank en los Estados Unidos y, con los intereses, esa suma se ha incrementado enormemente, de modo que ahora hay

unos trescientos mil millones de yuanes, pero necesitaba fondos para sacar ese dinero y traerlo; al parecer, el país de origen es un problema para realizar la transacción, y le pidieron que alguien de aquí actuara como intermediario. Ya lo ves, como siempre… Nada cambia por estos lares. Ni un idiota creería en una cosa así, pero él sí lo cree.

—Quiero verlo… Por favor, pídele el número de móvil a Liu Mei y me lo das. Acabo de pasar unos días en Huangdao.

—¿Qué quieres hacer con él? Me parece que la cabeza no le funciona muy bien —me confesó Liu Xiangyang, y luego sacó su teléfono móvil del bolsillo y me leyó el número de su sobrina.

—Creo saberlo… pero, dime, ¿dónde se ha escondido estos treinta y cinco años?

—¡Pregúntaselo tú mismo! y, cuando lo hayas comprendido, no lo olvides y me lo cuentas —añadió Liu Xiangyang con una sonrisa maliciosa en sus labios—, pero que te sirva de recordatorio lo que te voy a decir, Tercer hermano: no dejes que te maree. Ya le he dado el teléfono de Liu Mei y Liu Ye, y las dos están alerta. Los documentos que tiene en sus manos han sido realizados con cuidado exquisito: tienen relieves, hilos metálicos y estampados de tinta… De hecho, parecen más auténticos que los reales. Además, no te imaginas el piquito de oro que tiene…

X

El distrito de Huangdao en Qingdao también se llamaba Jiaonan; para cuando Jiaonan se convirtió en un área administrativa desarrollada y próspera, yo ya la había visitado una vez. En esa época, Liu Weidong y quien escribe estas palabras ya habíamos aprendido a montar en bicicleta. Nos juntábamos con Fang Mingtao, un tipo muy habilidoso de nuestro pueblo, para ir a Wangtai y comprar boniatos. Wangtai era un pueblo norteño que tenía una colina. Para atravesarla había que pasar por una carretera que la rodeaba, cuya pendiente era muy pronunciada. Si bajabas en bicicleta desde la cima, incluso utilizando los frenos alcanzabas una velocidad endiablada que no podías controlar. Ese día, los frenos de mi bicicleta, tanto los de delante como los de atrás, chirriaban y no funcionaban muy bien. Yo no tenía ningunas ganas de bajar con ella por la pendiente de la colina, pero debía hacerlo, así que me armé de valor. La bici, al principio, no iba demasiado rápida, pero en menos que canta un gallo empezó a embalarse y yo escuchaba silbar el viento en mis oídos. La carretera estaba, además, salpicada de árboles caídos que había que esquivar. También había gente que pasaba caminando y todo tipo de vehículos

que me amenazaban intentando adelantarme. Para evitar una desgracia, yo les gritaba, como un cerdo al que están sacrificando: «¡Eh tú, apártate de mi lado! ¿No me has visto o qué…?», y mis frenos chirriaban tanto que podrían haber dejado sordo a cualquiera. Pasaban carretas con bueyes, camionetas, otras bicicletas, viandantes…, y todos desde muy lejos pretendían que les cediese el paso, pero yo no apartaba la vista de enfrente, me agarraba con fuerza al manillar, y así hasta el final. Cuando más rápido circulaba, sentí que la bicicleta se elevaba por los aires. El viento penetró en el interior de mi cuerpo y silbó agudamente, y cuando la intensidad de la inercia decreció, me vi de nuevo sobre la superficie de la carretera y caí a un lado. Al cabo de un rato, llegaron Liu Weidong y Fang Mingtao, bajaron de sus bicicletas y me ayudaron a levantarme. Liu Weidong me mostró el dedo pulgar extendido y me dijo: «¡Bien hecho…!». Bajó la mirada y se me quedó mirando con cara de lástima. En realidad, me consideraba un cobarde o vete a saber… «¡No sabía que eras tan valiente, hermano Mo…!». Fang Mingtao también me dirigió unas palabras: «¡Más que un hombre es un leopardo! ¡Tampoco sabía que eras tan valiente, hermano Mo!». Liu Weidong volvió a hablarme: «La próxima vez que vayamos al mercado, ¡yo también voy a soltar los frenos, hermano Mo!». Fang Mingtao le dijo a su vez: «Entonces, si lo haces, seguro que no llegarás vivo al mercado».

Liu Mei y su marido ya habían abierto su restaurante, El muelle del pescador. Nunca antes en mi vida había puesto los pies en un establecimiento tan lujoso como ese. Me metieron en una sala decorada con jade y oro, que era además muy amplia. A pesar de que ese tipo de espacios privados no me gustaban, me sentí conmovido por el trato que la pareja de esposos me ofrecía: varios de esos reservados estaban ocupados por grupos de clientes, pero ellos destinaron uno para mí. Le dije a Liu Mei que no perdieran el tiempo en buscarme una sala tan grande, pues estaban muy ocupados; me bastaría con una pequeña en la que se pudiera hablar con cierta intimidad. Ella me respondió: «Tío, no siempre recibimos invitados como usted. Si hubiera sido por nuestra madre, le habríamos ofrecido una limusina de ocho plazas…». El marido de Liu Mei se había afeitado la cabeza, y en la barbilla se había dejado crecer una perilla larga que parecía la barba de un chivo. Tenía un dragón de tinta azul bastante espectacular, el dragón que representa uno de los cuatro guardianes del Cielo, tatuado en uno de sus brazos, y de su cuello colgaba una cadena de oro; su aspecto recordaba al de los mafiosos de las películas. Liu Mei me explicó: «Tío, sé que usted no le ve con muy buenos ojos, pero es una persona honesta. Abrir un restaurante en un muelle sucio como este no ha sido fácil para nosotros. Si se ha tatuado ese dragón en la piel es para proteger su propio ego. Lo que quiero

decirle, tío, es que comprendo a mi marido. A mí me basta con un bol de fideos y algunos mariscos baratos, pero nuestra clientela nos pide cangrejos, y de los grandes, langostas, pepinos de mar, orejas de mar, y erizos de mar… Una cantidad de marisco del más caro y exquisito, del que ni veintidós personas juntas podrían dar cuenta. Por eso a usted le ofrecemos lo mismo». Yo, por mi parte, le dije que ese banquete me parecía un despilfarro obsceno e innecesario de comida. Liu Mei replicó: «Tío, sé que le ha costado venir hasta aquí y es la primera vez… Va a tener que probar varios platos, aunque no le gusten. Lo que no quiera, no se lo coma. Nadie lo considerará un despilfarro. ¡Se lo comerán los camareros! De veras, no será ningún despilfarro». Tras escucharla, me sentí algo más tranquilo. La pareja de esposos y yo brindamos juntos.

«Liu Mei —le dije— no me digas que no sabes por qué he venido hasta aquí. Quiero ver a tu padre, Liu Weidong». Ella me respondió: «No, no ha venido todavía. ¿Cómo iba a tener la cara tan dura de presentarse aquí para verme? Si lo hiciera, yo ni siquiera le reconocería. Dejó preñada a mi madre tres veces y han pasado más de treinta años. ¿Sabe lo que hemos sufrido durante todo este tiempo? ¿Sabe cuánto mal nos ha causado mi padre? Recuerdo cuando mi hermana pequeña tenía tres años, que fue el momento de su marcha; le había entrado mucha fiebre, como a mi madre, y, sin dinero, pobres como éramos, fuimos de urgencia al médico. Había un riesgo claro de muerte, pero sin dinero nadie nos iba a atender debidamente. Desesperada, fui a buscar a mi bisabuelo paterno para que me diese algo, y él me dijo: “Oh, mi dueño y señor, perdóname, pero no tengo nada para darte”. Fui a buscar a mis abuelos paternos, pero me cerraron la puerta en los morros y no quisieron verme. Me quedé llorando en medio de la calle y les conté a mis tíos que mi madre y mi hermana habían enfermado, les pedía que se compadecieran de nosotras y nos ayudaran. ¡Y me hicieron caso y hasta me dieron el dinero que necesitaba! Pude incluso comprar algunas medicinas para mi madre y mi *meimei*. Si ellas hubiesen muerto, yo no habría podido sobrevivir sola en este mundo».

Liu Mei se secó las lágrimas y me explicó que las gentes del pueblo temían ofender a su abuelo paterno, ya que pensaban que su madre le había hecho mucho mal casándose con su hijo. «Solo usted —me recordó Liu Mei— y su familia, mi tía, me ofrecieron un jarabe blanco y unas cuantas monedas con las que pude comprar medicinas para mi madre y mi hermana. Ese año cumplí los seis; una pesada carga había caído sobre mis espaldas. Fui al hospital y me puse a llorar como nunca antes lo había hecho. Vi llorar incluso al doctor y las enfermeras. Hasta el director del equipo médico se conmovió conmigo. Recibieron a mi madre y a mi hermana como es debido, y

las curaron».

El marido de Liu Mei golpeó la mesa con la mano y dijo con los ojos enrojecidos: «Ya basta. El tío Mo ha hecho un esfuerzo para venir a vernos. Mei, ¿a qué viene tanta habladuría? Y usted, tío Mo, tome una copa. Por algo está en Huangdao y hay que celebrarlo. ¡Brindemos de nuevo! Sea cual sea la razón por la que ha venido, está aquí. Póngase a gusto». Le dije: «Vale, claro que sí», y luego me dirigí a ella: «Liu Mei, al parecer no os ha ido nada mal en la vida, me siento muy gratificado por ello». La tranquilicé diciéndole que había sido un muy buen amigo de su padre, y cuando oí hablar de que aún estaba vivo sentí una enorme alegría. Se evaporó sin dejar ni rastro, quizá porque tenía algún problema y yo había expresado mi deseo de que tanto ella como su madre y su hermana todavía lo quisiesen.

Liu Mei me dijo entonces: «Tío, entiéndalo… Resulta imposible manejar estos asuntos emocionales. No puedo llamar "padre" a alguien a quien odio con todas mis fuerzas. Lo siento, pero no puedo, aunque en realidad ese hombre sea mi padre natural. Tío Mo, usted es un hombre bueno y sus intenciones también lo son, y también le comprendo a usted. Le comentaré a mi hermana pequeña lo que me acaba de decir. Sin embargo, debo advertirle de que su posición respecto a ese hombre es mucho más firme que la mía: si se presenta en casa, ella va a llamar a la policía». «¿Y tu madre? ¿Cuál es la posición de tu madre?», le pregunté a Liu Mei con cautela. Ella suspiró y me respondió: «Tío, ¿todavía quiere oírme hablar más? Piense un poco y seguro que encontrará por sí mismo la respuesta a su pregunta».

XI

¿Era capaz de imaginar la reacción de Ma Xiumei tras ver a Liu Wedong más de treinta y cinco años después de que las abandonara a ella y a sus hijas? No, no era capaz. Por mucho que lo intentase, me resultaría imposible, pero quería averiguarlo con todas mis fuerzas. ¿Qué podía hacer? Simplemente debía salir a preguntar.

La casa de Ma Xiumei, no, mejor dicho, la casa y el patio de Liu Weidong estaban en un estado ruinoso como nunca hubiera imaginado. Al ver las placas de energía solar sobre el techo destrozado y los aparatos de aire acondicionado que colgaban de las paredes, o de lo que quedaba de ellas, supe que Ma Xiumei, antes de que Liu Weidong regresara a su hogar, solicitó la ayuda de sus hijas durante unos días con el fin de intentar poner en orden en la medida de lo posible aquellos escombros. Se trataba de que la antigua mansión

recuperara un nivel de confort superior al de la media de las casas más bien humildes de nuestro pueblo. Personalmente, le agradecí a Ma Xiumei que lo hubiese planificado así.

Nada mas abrir la puerta, cojeando, pero emocionada al verme, vino a darme la bienvenida. Imaginé que debía de encontrarse exhausta tanto física como psicológicamente. Estaba en los huesos y parecía haberse convertido en una pieza de madera, pero al contemplarla de cerca, su cuerpo recuperaba toda su salud. La piel de su rostro había adquirido un permanente tono rojizo y su cabello parecía quebradizo. Su color grisáceo le daba un aspecto particularmente siniestro. Sus ojos, sin embargo, desprendían una luz que era la luz de la felicidad en la mirada de una mujer. Sabía que no podía preguntarle todo.

—Maestro y señor, ha vuelto a aparecer… —me dijo Ma Xiumei, haciendo salir sus palabras desde lo más profundo de su interior. Con los labios todavía temblándole, prosiguió—: Hermano, tal como dijo Moisés, ibas a presentarte en un par de días para honrarnos con tu presencia, y aquí estás, en efecto…

Le pregunté:

—¿Y Weidong?

Me explicó:

—Ya no se llama Weidong. Ahora se llama Moisés.

—¿Y Moisés? ¿Está en casa? —quise saber.

—Está, y en estos momentos se está dirigiendo a varios miembros de la Iglesia. Deberás esperar un poco. Ya te anunciaré cuándo puedes hablar con él.

Me quedé de pie en el patio de la casa esperando a que me anunciara el momento de verlo. Mis ojos se clavaron en un grupo de acólitas piadosas y devotas que entraban en una habitación, tras abrir una delgada puertecilla de plástico instalada para impedir que las moscas penetraran en el interior.

Y entonces me fijé en un cañaveral exuberante formado por recios y verdes tallos de bambú que quedaba detrás de uno de los muros del patio. Contemplé un granado repleto de frutos junto a un pozo. Bajo las tejas de la parte superior de los muros del patio observé que una golondrina se lanzaba a volar desde el nido. Flotaba suspendida en el cielo azul… Todo me resultaba normal, sin embargo, había algo que me causaba extrañeza. Di media vuelta y salí por la puerta de la casa de Moisés.

EL POETA JIN XIPU[88]

I

Cada año, antes de las fiestas del Año Nuevo, los lideres de nuestra comarca escogían una de las especialidades culinarias locales. Durante varias temporadas fueron los dátiles rojos acaramelados, pero en los últimos tiempos se eligieron los *mantou*, esos grandes bollos rellenos cocidos al vapor. Por supuesto, esos manjares venían de nuestro pueblo directamente a Beijing, y todo estaba organizado por nuestros paisanos que trabajaban en la capital. Esa práctica acabó convirtiéndose en una costumbre, un ritual fijo para esa época. Los participantes aumentaron año tras año y, si al principio había setenta u ochenta personas zampándose los *mantou* calientes de nuestro terruño en Beijing, con el tiempo pasaron a ser más de cuatrocientas. Nunca hubiera imaginado que nuestra comarca, tan pequeña como era, pudiese tener tanta gente trabajando en la capital y que, además, mantuvieran relación unos con otros.

Había una oficina en Beijing, muy al estilo oficial de los viejos tiempos, que se encargaba de controlarnos a todos y, por tanto, de mantenernos en contacto, pero ahora ya no se llamaba Oficina de Enlace; le habían cambiado el nombre por el de Salón del Gremio. Su responsable, el Viejo Lu, me anunció que no podíamos seguir así. Únicamente convocábamos a los trabajadores de nuestro terruño, pero si pudiéramos contar con los del Ejército llegaríamos a reunir a más de mil personas para celebrar el Año Nuevo. Nuestra oficina, sin embargo, carecía de capacidad para gestionar la organización de tanta gente, concluyó. Para ser honestos, a mí esos banquetes que siempre acababan desmadrándose no me resultaban nada apetecibles: siempre los mismos con idénticos discursos. Cada año nos veíamos las caras y nos oíamos decir las mismas palabras vacías de siempre. Nunca había nada nuevo, a pesar de lo cual yo seguía asistiendo en cada convocatoria por la calidad de los *mantou* que servían, tan grandes como sandías. Se elaboraban con con el trigo que crecía en nuestra tierra y desprendían un aroma absolutamente irresistible, algo que me

ponía nostálgico… Participaba en la fiesta solo por hacerme con un par de esos bollos rellenos al vapor.

El encuentro del año pasado tuvo lugar en un hotel enorme de la capital, en uno de cuyos salones prepararon una mesa para más de cuarenta personas. Todo fueron risas, charlas animadas, manos estrechándose, recuerdos nostálgicos y mucho ruido. Había que registrarse en la entrada, y así lo hice. Resultó que a un joven de mi pueblo no le permitían pasar porque no tenía suficiente rango militar para asistir a la reunión. Al verme venir, me saludó enseguida y me pidió que intercediera por él. Las personas que se ocupaban del registro (y había varias) eran todas integrantes del comité del Partido y me conocían bien. Señalé con el dedo a mi paisano y dije:

—Es de mi pueblo, déjenle entrar.

Uno de los miembros del personal, lamentando lo ocurrido, me dijo que sí, que podía entrar, pero me advirtió de que no había *mantou* calientes para todos. Me ofrecí:

—Compartiré los míos con él.

Mi joven paisano intervino:

—No, no quiero, gracias… Ya los tomaré cuando regrese al pueblo.

Me condujeron, como si fuera un invitado de honor, al salón donde ese reunía la gente importante, y entonces vi al secretario Hu, también de mi comarca, y a varios militares y oficiales del Gobierno, ya jubilados, con los que igualmente compartía procedencia. Todos ellos hablaban en un dialecto local y se habían sentado muy discretamente a un lado. A pesar de que mi llegada los había interrumpido, me recibieron con una sonrisa calurosa y amable que agradecí. Precisamente en ese momento, el protagonista de esta historia, nuestro poeta del cantón noreste de Gaomi, Jin Xipu, irrumpió impetuosamente en la sala.

Jin Xipu (Jin el Admirado por Todos) se llamaba originariamente Jin Xuejun (Jin, el que Aprende en el Ejército), y era el hijo pequeño del carnicero de nuestro pueblo, Jin Shengshui. Jin Xipu era unos diez años más joven que yo y había compartido las aulas de la escuela secundaria con uno de mis primos. A mi primo no se le daban nada mal los estudios, pero con el tiempo se integró en la Sociedad Poética de la Diosa[89] de Jin Xipu, donde aprendió a caerse mil veces sin poder levantarse de nuevo. No pasó el *gaokao* (el certificado para la admisión en la universidad), así que tuvo que aceptar diversos empleos temporales. El trabajo en las granjas no le gustaba porque no quería cansarse, y se pasaba el día sin hacer nada, de modo que, como era de esperar, acabó convirtiéndose en una especie de criatura despreciable en nuestro pueblo. Por esa razón, mi tío paterno insultaba a ese Jin Xipu delante de mí, pues lo hacía responsable de haber destruido a mi primo. A mí, no obstante, Jin Xipu me había

dejado una impresión muy diferente.

Nada más entrar por la puerta percibimos el olor intenso a tabaco y alcohol que desprendía el poeta, que, encaminándose directamente hacia donde estaba el secretario Hu, le dio las manos y luego una tarjeta personal con su nombre y dirección. Repitió el mismo gesto con los militares de alto rango y los funcionarios retirados que estaban a su lado. Cuando estrechaba la mano a esos líderes, Jin Xipu repetía sin cesar a unos y otros:

—Discúlpenme, discúlpenme, he llegado tarde… Me han retenido en la Universidad de Beijing… y en Beijing hay tanto tráfico… ¡Qué dolor de cabeza…!

Jin Xipu tomó asiento junto a mí y cogió un cigarrillo de un paquete de tabaco chino que había sobre una mesita, lo encendió y le dio una calada. Un par de lombrices de humo blanco salieron expelidas de su nariz.

—¡Tercer hermano, hacía tiempo que no te veía! —me dijo, alargando una de sus manos, para estrechar la mía y ofreciéndome una de sus tarjetas. Sentí su tacto pegajoso y frío.

—Poeta, ¿por qué andas tan ocupado? —le preguntó con sorna el secretario Hu, y enseguida se lo presentó a los militares retirados—: Este es mi amigo el poeta Jin Xipu. Los rusos tienen a Pushkin (Puxijin, en chino), ¡y nosotros a Jin Xipu!

Todos los presentes se pusieron a reír. El aludido se levantó y, doblando la cintura, dijo:

—Respetados líderes, voy a ser conciso en mis palabras. En lo que llevo de año he dado sesenta conferencias a lo largo de las universidades de todo el país, he publicado cinco antologías de poesía y he organizado tres lecturas poéticas… Quiero promover la poesía en China y elevar su estatus, y que la poesía china se lea en todo el mundo. El mes que viene estoy de *tour* por cinco países del sudeste asiático, luego Europa, América del Norte y América del Sur… ¿Qué les parece?

Me quedé mirando atónito la tarjeta que me había dado. En ella había imprimido en caracteres dorados: «Pushkin, el mejor poeta de todos los tiempos. Firmado: Jin Xipu». Debajo había una serie de apelaciones que daban miedo.

Entre las risas de los viejos cuadros del Partido, Jin Xipu se dirigió a la salida del salón, donde estaban rodando una película.

Señaló entonces a una joven bella y delicada que llevaba una coleta y sujetaba una cámara, y me dijo:

—Esta es Xiao Wu, cuya misión especial es ser nuestra mujer cámara… Tiene un máster de la Escuela Central de Periodismo. Oh, y este es Xiao Gu, que tiene la misión especial de ser nuestro grabador

de vídeo… Se ha graduado en el Instituto Chino de Cinematografía y ha trabajado en Hollywood, en los Estados Unidos —me informó después el poeta Jin Xipu señalando a un joven de cabello largo que llevaba una cámara de vídeo.

II

Este tipo de encuentros se guiaban por normas de protocolo que no habían cambiado en muchos años. Enseguida le tocó el turno a un representante y paisano de nuestro pueblo, quien tuvo que dar uno de esos discursos interminables. En medio de ese parlamento largo y tedioso, el poeta Jin Xipu fue a buscar a su cámara y a su grabador de vídeo y los tres se sentaron en la misma mesa, intercambiaron sonrisas, miradas, palabras, sus tarjetas personales y se dieron las manos en varias ocasiones.

Sentado a mi lado había un general retirado que me preguntó:

—¿Quién ese ese tipo?

Sonreí y no le contesté.

Una vez acabado el discurso, empezó la fiesta. Unas jovencitas vestidas con atuendo de piel subieron al escenario y se pusieron a golpear unos tambores. El maestro de ceremonias nos informó de que constituían la mejor banda de tamborileros de China y venían de hacer una gira por Europa. Habían llegado directamente del aeropuerto, recalcó, y ni siquiera habían tenido tiempo de recuperarse del cambio horario. Estaban muy cansadas, aunque yo, sinceramente, las vi despejadísimas y con muchas energías; no advertí en ellas ni una pizca de fatiga.

Cuando el maestro de ceremonias anunció que la representación había acabado, pidió a todos los presentes que no fuéramos tímidos y empezáramos con las bebidas. En ese momento apareció el poeta Jin Xipu sobre el escenario doblando la cintura. Le quitó el micrófono al presentador y se dirigió a la audiencia:

—Queridos invitados, queridos líderes del Partido, queridos paisanos, voy a improvisar un poema… ¡Se lo ofrezco a todos ustedes! ¡Muchas gracias!

Aunque algunos se sintieron un tanto incómodos, todo el mundo aplaudió la iniciativa de Jin Xipu.

—Queridos invitados, queridos líderes del Partido, queridos paisanos, permítanme que me presente brevemente —continuó hablando el poeta—. Me llamo Jin Xipu y nací en 1971. He amado la poesía desde mi más tierna infancia, y ya a los cinco años era capaz de leer *Los trescientos poemas de las dinastías Tang y Song*[90]. Empecé a

escribir poesía siendo todavía un niño, y en los tres años que pasé en la escuela primaria compuse un poema que se estudia actualmente en la Universidad Nacional de Singapur. El rector de ese centro me dijo que había leído todos mis poemas y estaba decidido a integrarlos en el currículum académico de la institución.

»Cuando estaba en el instituto de secundaria fundé la Sociedad Poética de la Diosa, que no tardó en convertirse en el grupo poético estudiantil más importante de China, y hasta el día de hoy he publicado cincuenta y ocho libros de poesía. He recibido ciento ocho premios internacionales importantes y he sido profesor visitante en más de treinta y ocho centros universitarios chinos. El año pasado, cuando estuve en los Estados Unidos, el expresidente Clinton me invitó a pronunciar una conferencia en el Lincoln Center, y más de mil personas me dieron la bienvenida en el auditorio.

»A pesar de haber conseguido estos logros, en mi terruño, aquellos que custodian el mundo de la cultura, la gente mayor, todos ellos discrepan de mi valía como poeta… Soy completamente consciente de ello. Un poeta no se puede comprender sin su tierra natal, sin los líderes del Partido Comunista, y sobre todo es inseparable de la ayuda de sus paisanos.

Uno de los generales retirados musitó:

—¡Nuestra gente ya ha reconocido a ese poetastro como si fuera un gran personaje nacional! ¡A qué viene tanta queja!

—Queridos invitados, queridos líderes del Partido, queridos paisanos, sé que hay mucha gente que piensa que soy un bocazas, pero no voy a justificarme ante ellos. Las montañas del Himalaya tienen ocho mil ochocientos ochenta y dos metros de altura, y hay quien no se lo cree, pero las montañas del Himalaya, por supuesto, tampoco se justifican ante nadie… Ellas están ahí, erguidas y orgullosas como siempre, y continúan creciendo discretamente. Algunos me ningunean y me rebajan, pero el mar… el mar no tiene límites y nunca se humilla ante nada ni ante nadie. El mar, imperturbable, continúa rugiendo con sus olas embravecidas.

Los presentes en la sala del banquete ovacionaron clamorosamente al poeta Jin Xipu, que continuó:

—Hay quienes quieren alterar mis poemas, pero, digo yo, ¡la luz de un rayo no se puede alterar!

—Interesante… —comenté con el general retirado—. Sus palabras suenan siempre como las de un poeta de verdad.

—Queridos invitados, queridos líderes del Partido, queridos paisanos… —volvió a decir Jin Xipu, aunque esta vez ya sin demasiada convicción—, ¡ahora voy a recitar para ustedes el poema que he improvisado!

Aclarando su garganta, sacó una hoja de su bolsillo, agitó repentinamente el micrófono en el aire y, tras soltar su larga melena, empezó a recitar:

> *Oh, mi gran* mantou, *mi gran* mantou, *tú que eres de un blanco puro y desprendes un aroma irresistible… Oh, mi gran* mantou, *tú que estás hecho de la mejor harina de nuestros campos y has crecido en nuestra tierra natal… El presidente de Rusia comió una vez dos* mantou *y envió a uno de sus embajadores al presidente de los Estado Unidos para que le diese un gran* mantou *de nuestra tierra… Oh, tú, mi gran* mantou, *que eres capaz de consolidar el amor entre los hombres, eres el símbolo de la pureza máxima… y tu forma, que es la de una sandía que pesa doce* jin *y se puede abrir en dos mitades con un solo corte… Para alguien que vive lejos de su tierra natal, si ve un* mantou *se echa a llorar…*

El viceministro Ma del Departamento de Propaganda del Comité del Partido a nivel comarcal se puso de pie y gritó:

—¡Queridos paisanos! ¡Probemos ahora uno de esos *mantou* de nuestro terruño!

Más de cuarenta camareras muy jóvenes vestidas de rojo aparecieron en la sala con unas bandejas doradas sobre las cuales había varios *mantou* grandes, blancos y calientes que desprendían un aroma irresistible. Formaron una línea y luego repartieron las bandejas entre las diferentes mesas.

Las sonrisas y las charlas dieron al recital del poema de Jin Xipu un final tan inesperado como satisfactorio.

III

A principios del año, para las fiestas del Año Nuevo, fui a ver a mi tío. Nada más cruzar el umbral de la puerta vi al poeta Jin Xipu bebiendo aguardiente junto a mi primo en actitud amigable. Al lado del poeta había una jovencita de muy buen ver, no precisamente la que llevaba la cámara de vídeo a cuestas durante el episodio del poema y los *mantou* en Beijing. Al verme, se levantaron y me recibieron efusivamente.

—¡Tercer hermano, feliz Año Nuevo! —el poeta me saludó respetuosamente y a continuación me presentó a la joven que lo acompañaba—. Esta es Xiao Jia, mi novia.

Retrocedí unos pasos y salí. Vi que la joven y la mujer de mi primo estaban en la cocina, friendo algo de comida en una sartén junto al

hornillo.

Mi tío me acompañó fuera, y en la expresión de su rostro detecté un rastro de preocupación y agobio. Mi tía había muerto poco antes y a él esa experiencia le había echado varios años encima prematuramente. Su cara se había agrietado con tanta arruga y parecía mucho más viejo de lo que era en realidad.

—¿Cómo se ha podido mezclar con vosotros? —le pregunté incómodo—. ¿No tiene suficiente con su buena suerte?

Restregando sus manos en el delantal me confesó:

—Ha venido, efectivamente, y no me he sentido con fuerzas de enviarlo a paseo…

—¿No me digas que va a pasar las fiestas del Año Nuevo con vosotros?

—Pues ha venido… y, como te decía, no me veo capaz de echarlo de mi casa… —reconoció mi tío—. Al fin y al cabo, es un todo un personaje, de esos que no pasan desapercibidos, un tipo importante, vaya.

—Su padre no le dejaba venir a mi casa y vosotros, sin venir a cuento, le habéis transformado en un huésped… —le dije, airado, a mi tío—. ¡Este tipo de personas son como un veneno que lo contagia todo!

—Todavía hay más… —me replicó mi tío—. Me ha dicho que el secretario Hu y él son como hermanos, y conversa con los líderes del Partido como si fueran sus amigos.

—¿Y cómo ha podido aceptar el secretario Hu que un tipo de esa calaña le trate de hermano? —le pregunté—. El secretario Hu es una persona seria como hay pocas, y no le gustan los figurones…

—El poeta se hizo una fotografía junto al secretario Hu y, al parecer, tiene toda una colección que se ha hecho en Beijing con varios generales. ¡Y todos salían sonriendo en esas fotografías!

—Pero ¿qué significa para ti que se hayan hecho una foto juntos? —volví a interrogarlo—. No lo comprendo, tío.

—Me contó lo de vuestros encuentros en Beijing, esos en los que os reuníais quienes erais originarios de Gaomi, y se ve que fuiste tú quien le presentó al secretario Hu —me respondió.

—Ese tipo es un verdadero sinvergüenza —dije—. Cuando conocí al secretario Hu, ese poeta era un don nadie.

—Mi Tercer viejo —me dijo—, creo que tienes muchos prejuicios respecto a su persona. ¿No es así? Ese tipo tiene talento y, además, mucha determinación. Sabe lo que quiere y lucha por obtenerlo… No solo se retrató junto al secretario Hu, sino que lo hizo con todos los líderes del Partido de nuestra prefectura. Eso no lo consigue cualquiera. ¿No me digas que ese poeta es un tipo falso y fanfarrón?

¿O acaso está mintiendo?

—Será verdad lo que dices, pero hay algo que se me escapa —dije —. Piénsalo bien, tío. Si tiene ese poder, ¿por qué vino ayer noche a nuestra casa? Sois gente humilde y no salís nunca en las fotografías…

—Por lo de la televisión —me respondió mi tío—. Los líderes del Partido celebraban con el pueblo llano la llegada de Año Nuevo.

Seguía sin explicarme cómo podía decir esas cosas.

IV

Medio año después, el Segundo hermano vino a Beijing en un viaje de negocios y pasó, como era de rigor, por mi casa para verme. Mi segundo hermano mayor me dijo algo alterado:

—Finalmente, nuestro tío fue engañado por el gran poeta Pushkin.

—No te dejes confundir por el nombre —le corregí—, se trata de Jin Xipu y es de nuestro terruño.

—Traer a esa chica a nuestro pueblo no fue una buena idea…, pasó varios días en la casa de nuestro tío. Se les veía cada día bebiendo alcohol y fumando sin parar, y nuestro tío lo aguantó todo sin decirles nada.

—Nuestro tío es un tonto —dije—. Le sugerí que hiciese algo y no me hizo caso. Lo único que hizo fue darme una explicación que ni él entendía.

—Por comer un poco y beber un poco no pasa nada, todo el mundo lo hace hasta con el tipo más miserable, pero lo grave fue lo del dinero… ¡El maldito dinero! —me dijo el Segundo hermano.

—¿De qué dinero hablas? ¿Le prestó dinero nuestro tío?

—Iba diciendo por ahí que todos los líderes del Partido que había en la prefectura eran sus hermanos de sangre y le dijo a nuestro tío que ayudaría a Qiu Sheng, que así se llamaba originariamente nuestro primo, a buscar trabajo en la ciudad, y a nuestro tío ese gesto le llegó al corazón.

—¿Qué tipo de trabajo pretendía encontrarle a nuestro primo?

—Pues le aseguró que lo iba a enchufar como subdirector de un canal de televisión.

—¿Y qué más estupideces le contó para sacarle el dinero?

—Según nuestro tío, el poeta Jin Xipu sacó su teléfono móvil y allí mismo llamó al secretario Hu, que le respondió asegurándole que se encargaría de ello inmediatamente. Pero el momento de la verdad fue este: el poeta le contó a nuestro tío que había sido amonestado por el secretario Hu, que le recordó la imposibilidad de meter a un nuevo

subdirector en un canal de televisión de la noche a la mañana. Al menos era necesario estar medio año aprendiendo cómo funciona un plató y adquiriendo los conocimientos básicos del oficio Se necesitaban un montón de horas para trabajar en un canal de televisión; solo después ya podría integrarse en un puesto. Al principio, nuestro tío no creyó al poeta, pero tras escuchar sus palabras quedó totalmente convencido.

—¿Y entonces aceptó darle dinero para que su hijo encontrara un trabajo decente?

—Quien le pidió dinero no fue directamente Jin Xipu —me dijo el Segundo hermano—, más bien fue nuestro tío quien se ofreció a dárselo… Jin Xipu le dijo: «Tío, yo y Ning Saiye (el seudónimo literario de Qiu Sheng) somos como hermanos y estamos cortados por el mismo patrón. Él está ahora pasando por un mal momento y yo no puedo dejar de preocuparme por ello. Esta vez he venido a vuestra casa simplemente para visitaros y ayudar a mi hermano como se merece. ¿O acaso creéis que con mi estatus social necesito pasar las fiestas del Año Nuevo con una familia de campesinos? Si hubiese querido, habría ido a un hotel de cinco estrellas y en cualquiera de esos hoteles de China me habrían recibido con los brazos abiertos, pero no, no fui, y aquí me veis. He venido corriendo sin pensarlo dos veces, para dormir sobre la superficie dura de un *kang* y comer arroz cocido al estilo de una familia campesina. Quería ver si erais capaces de aceptar a una persona en vuestro seno. Tío, dame la almohada y dormiré sobre el *kang* caliente. Dormiré en la cocina y me comeré los huevos de las gallinas viejas, todas esas que han sido sacrificadas. Yo todavía tengo a Xiao Jia, a quien quiero desde lo más profundo de mi corazón. Ciertamente, os devolveré lo que me habéis dado, y a mi hermano Ning Saiye lo sacaré del campo. Tío —continuó hablando Jin Xipu—, probablemente conoces cuáles son las reglas del juego —Jin Xipu alzó una de sus manos amenazando a nuestro tío—, nada, absolutamente nada va a funcionar, y adiós al puesto de subdirector de una canal de televisión en China, ni siquiera el puesto de un vulgar director de guiones». En ese momento el poeta Jin Xipu le mostró tres de los dedos de su mano como signo de un trato incondicional.

—Oh… —exclamé lleno de asombro—. ¡Vaya truco! ¡El poca vergüenza…!

—Continuó diciendo: «Tío, Ning Saiye, cuñada, no debéis preocuparos de nada. ¡Dejadlo en mis manos! Y, por favor, no hablemos de dinero; eso también es asunto mío. El año pasado, Yu Hualong me vino a buscar con mucho dinero dentro de un bolso de piel de serpiente y me pidió que le ayudase a colocar a su hijo, que llevaba siete años como director de guiones, como subdirector de un canal de televisión pública, pero lo rechacé educadamente. Respecto a

nuestro Ning Saiye, le he hablado hace unos instantes al secretario Hu y me ha asegurado que, si salía una plaza en la televisión, me avisaría. Tío —continuó—, no os quiero esconder nada. Xiao Jia, mi novia, es la sobrina del viceministro del Departamento de Organización del comité del Partido a nivel provincial, y si el secretario Hu quiere un puesto en la municipalidad, tendrá que aceptar esta situación».

—¿Qué pasó luego? —pregunté.

—Nuestro tío se endeudó pidiendo dinero a unos y otros. Consiguió reunir veinte mil yuanes y discretamente los metió en el bolso del poeta Jin Xipu —me dijo el Segundo hermano—. Durante todo este año Qiu Sheng y nuestro tío han estado esperando una carta de poeta con noticias. Hoy en día, todavía siguen aguardando.

—¡Habría que encontrar a ese Jin Xipu y darle una lección!

—Qiu Sheng le llamó un par de veces. La primera vez el teléfono llegó a dar tono, pero la segunda una voz le contestó que ese número ya no existía.

—¿Y se han dado cuenta ahora de qué tipo de persona ese ese poeta?

—Qiu Sheng es incapaz de resignarse —me dijo el Segundo hermano—, pero ayer mismo nuestro tío se fue a buscar al padre de ese estafador y le sacó los colores. ¡Le dijo que su hijo era un ladrón hijo de puta y que le había robado mucho dinero!

—¡Oh, Jin Xipu! —suspiré.

V

El primer esbozo de esta novela fue escrito durante la primavera del 2012 y, cinco años después, el año del encuentro de los paisanos de Gaomi ya ha sido inscrito en los anales históricos, y esos *mantou* de grandes dimensiones se han convertido en la mercancía por excelencia de las gentes de mi lugar de origen: los pedías por la mañana a un número de teléfono móvil y te los traían a casa por la tarde. El ofrecimiento de un puesto de «subdirector de una cadena de televisión» que el poeta Jin Xipu le hizo a mi primo fue, naturalmente, una estafa, y por eso mi tío fue a denunciarlo a la comisaría local, pero no le dio ningún resultado. No sabría decir hasta qué punto aquel comportamiento de Jin Xipu destrozó la vida de mi tío, pero sin duda fue la primera causa que agravó los problemas de corazón que terminarían por llevarlo a la tumba. Asistí al funeral y vi a mi primo Qiu Sheng arrodillado ante la lápida llorando como un niño desamparado; pensé que era ese tipo de personas honestas y de buen corazón como ya quedaban pocas, y esperaba con toda mi alma que

hubiese aprendido la lección, aunque, eso sí, sin renunciar a ser la misma buena persona de siempre.

No mucho tiempo después me encontraba en Jinan para asistir a una adaptación teatral de mi novela *El suplicio del aroma de sándalo*, y nada más entrar en el teatro me topé con Jin Xipu. Había engordado mucho y su boca mostraba varios dientes cariados junto con algunos dientes postizos, de un blanco puro y brillante como la porcelana. Me dio la mano con mucho entusiasmo y me trató íntimamente de Tercer hermano. Por un momento llegué a pensar que todas esas historias del pasado habían sido una pura ilusión mía. Su aspecto y su cordialidad así me lo hicieron creer. Sacó su teléfono móvil y me envió su dirección a través de Weixin (WeChat). Tras dudar unos instantes, me dijo:

—Tercer hermano, tengo tanto que contarte… Se han dicho tantas mentiras sobre mí para dañar mi reputación… Debo explicarte la verdad y solo la verdad. —Después de pronunciar esas palabras, nos conectamos con Weixin.

Por nada del mundo quería eludir la cuestión de los veinte mil yuanes: me dijo que no era un ladrón ni un corrupto y que ese asunto nunca fue un problema. Afirmó que de verdad quería ayudar a Ning Saiye a buscar un trabajo, pero se había encontrado con unas circunstancias que nunca en la vida hubiese imaginado. No se gastó ni un solo céntimo de esos veinte mil yuanes, «más tarde o más temprano se lo devolveré a Ning Saiye, y siento muchísimo la muerte de su padre» —continuó diciéndome—: «Tercer hermano, cuando escribas esta historia, mis ojos estarán ya llenos de lágrimas… Sé que tienes muchos y muy profundos prejuicios respecto a mi persona y crees que soy un ladrón, un aprovechado y una sabandija. No voy a justificarme. Las montañas altas tampoco se justifican ante nadie, y el mar…, el mar tampoco se justifica, pero ahora quiero pronunciar algunas palabras. Soy una persona de muy buen corazón, cuando veo a un campesino apaleando a un buey, todos sufrimos…, o cuando veo a una madre pegando a un hijo, todos lloramos…, o cuando veo a unos renacuajos en un estanque que están a punto de morir, todos estamos de luto durante mucho tiempo… Y cuando veo a mi padre sacrificar a los cerdos y las cabras, los corazones de todos nosotros se entristecen y se llenan de dolor. Empatizo con los débiles, ya que soy una persona sensible y de buen corazón. Ahora necesito decirte la verdad, Tercer hermano, tengo talento, sé escribir poesía, y no solo eso, sino que sé escribir poesía al estilo de los antiguos, y para mostrarte que no te miento, te he escrito un poema bastante largo:

En esa época se hacía pasar por un pobre pedigüeño que deambulaba por las calles sin fin y fingía ser un niño ciego digno de

compasión. Avanzaba dándole golpes a la superficie empedrada de la calle con una caña de bambú y así exploraba sin poder verlo el camino que recorría. Mientras caminaba recitaba el poema de los mil versos para que cada una de las familias del pueblo sintiesen pena por él y le diesen los restos de comida o algunas ropas viejas. Luego, cuando helaba en las noches, encontraba cobijo bajo el puente de piedra. El firmamento se llenaba entonces de estrellas que eran como diamantes. La fortuna va y viene, pero cuando toca a la puerta, el júbilo llena los corazones de las diez mil familias. La fama y la fortuna gustan y regocijan a quien le llegan. Los carruajes[91] *tirados por los caballos de las familias ricas llevan con ellos a las mujeres hermosas y sobre la Tierra estaba la mansión de los ladrillos de oro y en el Cielo las nubes rosas ya deshaciéndose lentamente. Al maestro nunca le falta el dinero, e impresiona por su riqueza y aspecto, pero también es arrogante e impío. Cuando el leopardo cae a orillas del mar y se convierte en dragón, siempre hay mil personas dispuestas a escupirle y odiarlo. Durante los días pasados no era fácil comer manjares, pero hoy hasta el trozo de comida más pequeño sabe a miel. Solo cuando las cosas llegan al extremo de lo que son se convierten en su opuesto y se hacen visibles. Hay que pensar siempre en las causas y las consecuencias de nuestros actos. El hombre de moral superior, el Príncipe, actúa con prudencia y no se olvida de sí mismo si el orgullo invade su espíritu, y se quita los demonios de encima si se siente decepcionado. La prosperidad es encantadora a ojos de la gente, y los vientos del Este y el ímpetu de las lluvias entierran las almas de las flores. La vida es espléndida como una flor y ni siquiera los rayos dejan cicatrices en ella. Hay miles de vidas y todas ellas contradictorias. El estudio del budismo nos hace ver la vida como un sueño, y el taoísmo tiene mil años de antigüedad. La primavera, el verano, el otoño y el invierno son las cuatro estaciones que pasan y vuelven a pasar año tras año. La gloria y la riqueza vienen y se van, y son ante nuestros ojos como esas nubes que cruzan el cielo. Hay que ser conscientes de que todo es ilusorio en este mundo, y que lo falso se hace verdadero. Quienes han sido enterrado a seis cuellos bajo tierra y aún piensan en la fama y la gloria, esos son gente ordinaria y sin sabiduría, gente que siempre estará preocupada por algo*[92]

MI PRIMO NING SAIYE[93]

«Tercer hermano, tú no te tienes en alta estima ni estás satisfecho de ti mismo, y ni siquiera eres un tipo arrogante. Tampoco eres de los que se cree el único con talento literario entre las gentes del cantón noreste de Gaomi —mi primo Qiu Sheng, a quien también se le conoce como Ning Saiye, cuando bebe más de la cuenta me habla siempre con agresividad—. Sé que tú desprecias al poeta Jin Xipu y tienes ese defecto que apesta entre las gentes del mundo de las letras: ¡os menospreciáis unos a otros! Creo firmemente que el talento literario del Jin Xipu es muy superior al tuyo, pero es verdad que no tiene tu reputación. No ha tenido suerte, eso es todo, ni pudo beneficiarse de la época dorada de la literatura china durante los años ochenta como tú, y eso que la mayoría erais unos analfabetos. ¿Por qué te enfurece tanto su figura? No hables de Jin Xipu, habla de mí. Tercer hermano, sé consciente de tus palabras. ¿Mi talento es menor que el tuyo?». Mi primo me habló solemnemente y, dejando su copa de vino vacía sobre la mesa, se calló.

«Mi talento literario —le dije— no es menor que el tuyo, le dije, y el talento del poeta divino Jin Xipu es todavía superior al mío y puede considerarse el talento poético de un auténtico genio. Los rusos tienen a Pushkin (Puxijin, en chino) y nosotros, los chinos, ¡a Jin Xipu!».

«¡Eres como el viento que sopla desde el noreste de China! ¡Igual de punzante! ¡Cuánto sarcasmo hay en tus palabras! Tercer hermano, no he bebido más de la cuenta, pero ¡tus palabras suenan mal en mis oídos! Jin Xipu es mi primo y puede engañar a cualquier, pero no a mí. Esos veinte mil yuanes, ¿qué pasó con ellos? Tarde o temprano los devolverá, y esa mierda de perro de puesto de subdirector de una mierda de perro de cadena de televisión…, nunca me lo hubiera tomado en serio y nunca me hubiera afectado. ¡Nací en un mal momento! ¡Qué mala suerte he tenido! Al recordar el pasado, que ha sido glorioso, cuando éramos jóvenes y compartíamos las aulas de la escuela, la vitalidad y la voluntad de nuestras acciones, la desenvoltura y la libertad con la que hablábamos de asuntos importantes, y, lo más importante, ¡llenábamos de fango a los gobernantes corruptos de nuestro país…!

»Nuestros dos hermanos establecieron en esa época la gloriosa Sociedad Poética de la Diosa, y los corazones de los hombres ocupaban un lugar más alto que el cielo. La poesía imponía más que el arcoíris y odiaba poner los pies en el suelo con sus mezquindades diarias. La poesía era un juego que tenía la realidad bajo control. ¡Y esas eran sus aspiraciones!, pero durante esa década de los años ochenta no se toleraba a quien hablaba alto y claro sobre la justicia, y solo se dejaba a los zorros y las ratas salvajes deambular libremente. Tercer hermano, deja a un lado tus pretensiones apestosas y pon la mano sobre tu pecho. Piénsalo dos veces y dímelo. En esa época te di a leer mi novela *El mulo blanco y negro*. ¿No era una obra maestra?».

El año que apareció mi novela *El sorgo rojo*, mi primo, no, mejor dicho, mi primo Ning Saiye y el gran poeta Jin Xipu crearon una nueva publicación: un periódico sensacionalista de la peor especie donde serializaron la novela *El mulo blanco y negro*. La anunciaron como la última obra maestra de la literatura china. Recuerdo como si lo hubiese leído ayer su eslogan publicitario: «Este diario tiene el honor de publicar la gran novela *El mulo banco y negro* de Ning Saiye, el primo de Mo Yan. *El mulo blanco y negro* es muy superior a *El sorgo rojo*. ¡Es una obra maestra como se da una en mil años! ¡Suscríbanse a nuestra publicación! ¡Solo cinco céntimos por ejemplar!».

Recuerdo que yo me encontraba pasando unos días de vacaciones en mi casa. Mi padre vino a buscarme y me dijo que Qiu Sheng y su amigo querían que fuese con ellos. Acudí porque me lo pidió mi padre. Fue en una de las habitaciones de la humilde casa de «tres espacios» de mi tía donde vi por primera vez a Jin Xipu, pero, como me ocurre con tantos poetas que he conocido, olvidé su nombre. En esa época tanto mi primo como el poeta no eran más que unos estudiantes de secundaria. El ambiente de la habitación estaba muy cargado de humo de cigarrillos que se extendía por todas partes. Sobre la mesa había platos y vasos sucios dispuestos de cualquier manera y un botellín de aguardiente vacío. Nada más empujar la puerta, Ning Saiye me preguntó: «Camarada Mo Yan, ¿tienes algo de extraordinario?». Me apresuré a responder «No, no tengo nada de extraordinario, pero ¡yo no os he hecho nunca ningún daño!». Entonces, él me acusó: «Cuando escribiste *El sorgo rojo*[94], te volviste un chulo y un arrogante. ¿No consideraste a todo el mundo como si fuera inferior a ti? Nosotros, sin embargo, nunca te hemos mirado por encima del hombro y en cambio pretendemos superarte y eclipsar tu fama…». Y en ese momento me dio un ejemplar del diario en el que pude leer, en primera página, lo que cité anteriormente. Insatisfecho por esas palabras, exclamé: «¡Protesto! ¡Nunca en la vida tendríais que haber impreso mi nombre en esa página del diario!». Me replicó: «No te has enterado. ¡Poniendo tu nombre en nuestro diario no hemos

hecho otra cosa que aumentar tu reputación! ¿No te has dado cuenta, con lo listo que eres? Hemos querido darte publicidad. Si no hubiera sido por nuestra publicidad, aún no habrías tocado ningún *royalty*… Habías leído el manuscrito de mi novela *El mulo banco y negro* y hablas con conocimiento de causa. ¿No era una obra maestra? Ese mulo, que ni era blanco ni era negro, pero que en realidad era blanco y era negro; que ni era *yin* ni era *yang*, pero que en realidad era *yin* y *yang*… La parte delantera del mulo blanco es particularmente negra y la parte delantera del mulo negro es particularmente blanca. La parte delantera del mulo es como la de una mula y la parte de la mula es como la de un mulo. Dime, ¿hay en la historia de la literatura una imagen de un mulo parecida a esta? ¿Acaso crees que he escrito sobre mulos de verdad? Pues no, he escrito sobre personas. A nuestro alrededor y en cada momento hay mulos bancos y negros que son iguales que esas personas del *yin* y el *yang*. Todos ellos observan minuciosamente lo que somos y lo que decimos, sacan provecho de la gente poderosa y solo desean obtener beneficios sin importarles la moralidad. No tienen ninguna conciencia moral, aunque van por la vida enarbolando la bandera de la moral pública. Esa gente no tiene ningún sentido de la moralidad, pero tienen siempre la palabra en su boca. A menudo su identidad oscila entre la de una persona y la de un mulo. En sus rostros hay siempre una sonrisa dulce. Sobre el cuerpo de las personas crece el pelo de los mulos. Dime, ¿cómo podemos aceptar la vida tal y como nos viene?».

Mi primo encendió un pitillo, llenó un vasito de aguardiente y lo vació en su garganta. Volvió a llenar el vasito y a vaciarlo de nuevo. Al tío le temblaban los labios e intentó sacarle el vasito de las manos, pero mi primo lo apartó y, con los ojos enrojecidos y una cara feroz, dijo: «Hablo desde lo que sé de psicología: eres mi padre, cierto, pero desde un punto de vista psicológico ¡eres mi enemigo…!». «Oye, oye —me dijo el tío con una voz patética—, oye, oye esas palabras…, ¿son acaso las de una persona?». «Por supuesto, esas palabras son las de una persona, y si yo no soy una persona, ¿qué soy? ¿No me estabas insultando? Así es, me han dado una lección y debo agradecer a mis padres que me hayan criado de la manera en que lo han hecho; les debo un favor, pero ¿de verdad merecéis mi gratitud? Vosotros me habéis introducido en este mundo de tinieblas y me habéis hecho conocer lo que es el sufrimiento y la tristeza…».

Le dije: «Primo, no te hagas el loco, yo también sé lo que es haber bebido más de la cuenta y, cuando se está borracho, uno dice muchas tonterías y no piensa lo que sale por su boca en forma de palabras. Esta familia no te ha tratado injustamente. Desde que eras un crío hasta ahora te han mimado como a pocos. Mientras yo salía con los bueyes, tú estabas en la escuela armando bulla y rompiendo todo lo

que caía en tus manos. A una edad en que yo sudaba la gota gorda, tú, en el instituto de enseñanza secundaria, fumando cigarrillos, bebiendo aguardiente y escribiendo poemas malos. Tenías ya veintitrés años y llevabas una existencia ociosa, sin haber pegado golpe en tu vida. Vivías en un mundo de fantasía y te quejabas todo el tiempo de lo que hacías, pero eras poco habilidoso para cambiarlo. No habías conseguido nada importante, ni siquiera algo de poca importancia. Según el viejo dicho, "Treinta años y uno se aguanta de pie por sí solo"[95]. Al parecer, en el pueblo todo el mundo te consideraba una persona importante, pero las gentes de tu edad ya se mantenían a sí mismos, mientras que a ti te seguían manteniendo tus padres. Y no solo te mantenían a ti, sino que también se encargaban de tu mujer y de tu hijo. ¡Y aún tienes la cara dura de decirle a tu padre que es tu enemigo! ¿Has perdido la cabeza?».

«… ¡No lo acepto…! —Se dio un golpe en el pecho y gritó malhumorado—: ¿Por qué? ¿Por qué esos idiotas pueden alcanzar el éxito tan rápidamente? ¿Por qué esos mentirosos pueden llevar una vida de lujo? ¿Por qué la gente de talento mediocre se hace famosa? ¿Por qué alguien como yo, con tanta capacidad, va a morir de viejo en este pueblucho de mierda? Ahora que eres célebre, seguro que habrás oído que te vas a convertir en vicepresidente del país, ¿no?, pero ¡lo que más temen los mentirosos es a sus propios paisanos, y lo que más temen los estafadores es a sus propios hermanos! Los demás exageran tu talento, pero por dentro piensan que eres un burro. Y tus novelas, por mucho que digan, todas ellas llenas de costuras y remiendos, no tienen una sola frase que supere a las de *El mulo blanco y gris*. Tienes reputación, eso sí, pero eres un usurpador porque no te la mereces. Dime, ¿no te parece lamentable que haya tantos héroes de nuestro tiempo cuyo nombre nadie sabe? Quizá no te lo parezca, pero los hay por todas partes y nadie los conoce».

Me puse de pie dispuesto a irme, y él continuó: «Oh, ¿no das la bienvenida a las críticas de otra persona? ¿Por qué iba a ser yo una excepción? Puedes criticar lo que quieras. ¡Y hasta puedes debatir conmigo! Siempre pides a los demás un poco de magnanimidad. ¿Por qué uno mismo carece de esa magnanimidad? Así es. Soy simplemente un parado y un vagabundo. Se puede decir que soy un vago, un haragán. ¿Y acaso no has oído decir que las críticas que los haraganes te hacen no están al nivel que esperas de un crítico? Por supuesto, te has convertido en un escritor famoso y yo no soy más que un literato joven —en realidad, mi primo no tenía nada de joven—, ¡yo estaba loco por la literatura!, y hay mucha gente que pensaba que eras algo así como mi mentor, algo así como un hermano mayor, pero yo lo desmiento ahora. En esa época pensaba que yo no era más que una ilusión para ti y creía además que podías guiarme hacia la gloria en el

mundo de las letras. Confiaba en que me ayudarías, pero te acobardaste y temiste que fuera a superarte. No solo no me ayudaste, sino que intentaste anularme. Me atacaste, te burlaste de mí e hiciste comentarios hirientes sobre mi persona, menospreciándome y riéndote. No podías afrontar la verdad y no te atrevías a reconocer mi talento. No te atrevías a admitir el inmenso valor de mi novela *El mulo blanco y negro*. ¡Sí, hablo de mi gran novela *El mulo banco y negro*! Has estado insistiendo tanto tiempo… Buscabas la revista literaria tal, la publicación mensual de tal nombre para decirles que publicasen a ese burro que era yo, que me leyeran… Al principio te creí, pero luego me di cuenta de que todo era falso. Nunca le diste a leer a nadie mi novela porque no te atrevías. Sabías que era una obra maestra. Sí, lo habías comprendido perfectamente: si *El mulo blanco y negro* era publicada, tú estabas acabado como autor. Tenías celos de mí, pero no te atrevías a reconocer esa envidia. Eras un pobre desgraciado, un pelagatos que temía verse superado por otros. Ahora sabes por qué he caído en esos abismos. ¡Y deberías hacerte responsable de ello!».

Apuré lo que quedaba de licor en el vasito. Hacía mucho tiempo que no bebía y no me estaba sentando bien. Solté rabioso: «Señor Ning Saiye, uno debe actuar con consciencia. ¡Y actuar según sus palabras! He leído tu novela *El mulo blanco y negro* y he de admitir que no envié tu mulo a ningún editor de revista ni a nadie porque pensaba que ese mulo se parecía demasiado a un mulo de verdad, de esos que abundan en nuestro pueblo. ¡No tenía personalidad! Lo más que se puede decir es que es una especie de híbrido».

«¡Un buen chino híbrido! ¡Eso es mi mulo! ¡Qué bien suena! —me dijo—. Esa obra es auténtica como hay pocas en el panorama de nuestras letras. ¡Todos nosotros somos híbridos y hasta tú lo reconoces! Afirmas haber estado muy influenciado por la literatura occidental, pero también vas diciendo por ahí que la literatura china tradicional ha dejado huella en ti. ¡Vaya contradicción!, pero eso ilustra lo que me acabas de decir. ¡Tal vez eres el inventor de la literatura híbrida!».

«Vale, vale, vale, me he equivocado…, te devuelvo tu novela *El mulo blanco y negro* ¡y tú mismo la envías a los editores! Hay oficinas de correos en todo el país, así que tú mismo puedes ponerle el sello al sobre. ¿O es que los empelados te han dicho que no puedes enviarlo? Ah, y China tiene tantas revistas literarias y tan buenas… No te faltarán, ya verás. ¡Envíales el manuscrito! Aunque no sepan quién eres, la brillantez de tu obra hablará por ti».

«Sabía que me ibas a hablar así… Ahora se me presenta el problema siguiente: hay muchas revistas, cierto, pero todas ellas están controladas por vuestros colegas. Entre ellos, los hay que están más ciegos que los murciélagos. Esos pedantes no me conocen, ¿de veras

crees que me van a colocar en una antología de jóvenes promesas? No les voy a dar ningún regalo, como hacen otros, ni voy a decirles si pertenezco a una segunda o tercera generación de escritores. Yo estoy por encima de esas cosas. Oh, cómo te odio, hermano Mo. Al principio te sentías capaz de ayudarme y hasta querías guiarme en mi carrera como escritor, pero tus malditos celos han revelado tu verdadera naturaleza y han hundido tu reputación».

«¡También puedes publicarlo *online* en la Red!».

«Oh, Internet…, ¿no es acaso el paraíso para todo el mundo? En Internet ya se han formado también grupitos, pequeñas mafias literarias que solo elogian tu trabajo si ya estás incluido en una de ellas y no existes en el mundo real. ¡Internet pertenece al universo de las tinieblas, que no es visible a la luz del día! ¡Y es un ámbito irreal y falso! Yo ya lo he comprendido todo de ese mundo, y pensé en convertirme en un mulo celeste[96] que se tragaba el sol, y la luna, y la Tierra, ¡y que se tragaba todo!».

«Nunca te convertirás en un mulo celeste —le dije—. A lo más que puedes aspirar es a convertirte en un mulo blanco y negro, de esos tan comunes que hay en nuestro pueblo; y los mulos blancos y negros no cambian nunca. Ning Saiye, ¡estás loquísimo! ¡No te reconocería ni tu madre, que es mi tía paterna! ¿Por qué me atacas de esa manera? ¿No sabes que soy de tu familia? ¿No corre la misma sangre por nuestras venas? ¿Acaso veinte años atrás no me habías convocado a la mesa de tus amigos rufianes amantes de las letras para compartir unos vasos de aguardiente fuerte y humillarme como si fuera un polluelo? Vosotros ya habéis utilizado mi reputación en vuestro pequeño diario de mierda para llenaros de gloria. Habéis reducido mi persona y a mi gente a seres insignificantes. Tras tu fracaso con el *gaokao* (el examen de entrada en la universidad), ¿no me pediste que te buscara trabajo?».

«¿Un trabajo? ¿Qué trabajo me encontraste? Me ofreciste ir a una destilería a limpiar cascos de botellas vacías, y yo, como un tonto, me quedaba a lado del estanque y parecía una máquina con mis movimientos mecánicos. Lavaba una y otra vez cada envase y no dejaba una sola mota de suciedad, pero mi corazón estaba cada vez más sucio, y me quejaba, me odiaba a mí mismo, me deprimía, me indignaba… ¡Me encendía sin poder evitarlo! ¡Era puro fuego! ¡Quería reducir a escombros este mundo sucio!».

«Así es —admití—, siento que lo del trabajo en la destilería te ofendiera de esa manera. Por supuesto, lo comprendo, fue una pérdida de tiempo para un talento como tú… Como llamar a un arquero para eliminar los mosquitos. No obstante, luego te coloqué en el mostrador de venta directa de la gran Sociedad de Ventas y Suministros. Un trabajo bastante digno, ¿no te parece? Sabes…, en esa época, el puesto de vendedor era el más importante de la Sociedad, pero solo duraste

un par de días, ¡y encima les dejaste a deber cien yuanes! Pero con lo tozudo que eres, como esos mulos que tanto te gustan, nunca has reconocido que fuiste tú quien se llevó el dinero. Mis amigos en la Sociedad de Ventas y Suministros no estaban completamente convencidos de que hubieras sido tú el autor del robo, pero piensan que, si no fuiste tú, ¿quién diablos fue? He criticado algunas de tus frases y tú, desvergonzado, vas y me das un portazo en las narices y te vas sin decirme nada. Ni siquiera tienes una colchoneta donde dormir, pero tu tía te tenía preparada una cama con sábanas limpias. Y ellos, en cambio, ¿cómo se cubrían cuando dormían? ¿Te lo has preguntado, pedazo de asno? ¡Unas sábanas roídas y sucias porque no tenían otras! ¿Qué me cuentas ahora? Hablabas como un desagradecido: "¡Pues que se mueran debajo de esas sábanas…!". Mientras tanto, tú dormías como un emperador gracias a ellos que vivían en la miseria… Los perros mean en la calle y los pollos hacen sus meados encima de los meados de los perros, y la gente habla de la humillación sufrida por los perros. ¡Y tú me humillas delante de la gente! ¿Te das cuenta de lo que has hecho?».

«Esa gentuza no era humana, ¡eran tiburones sin escrúpulos que solo buscaban beneficios! Rebajaban el aguardiente con agua y echaban sal en los fertilizantes, convertían el acero bueno en acero barato y vendían falsificaciones como si se tratara de productos auténticos, y timaban a todo el mundo. ¿Cómo iba yo a trabajar con esa escoria de la Sociedad de Ventas y Suministros? Y el asunto de esos cien yuanes de mierda fue una invención de ellos para arruinar mi reputación porque yo les despreciaba. Me veían como un peligro para sus trapicheos y temían que me fuese de la lengua. Sabían que yo de tonto no tenía un pelo y eso les acojonaba. Esa es la razón por la cual se sacaron de la manga lo del robo de los cien yuanes. ¿O es que acaso no te has dado cuenta? Y tú, ¿no eres uno de esos tipos que se sirven de la literatura para hablar del lado oscuro de la gente? ¿Por qué te pones de su parte para tratarme de ladrón? Los literatos no sirven para nada ¡y tú eres el prototipo de ellos!».

«Así que los empleados de la Sociedad de Ventas y Suministros te habían tendido una trampa porque les caías mal… ¡Qué mala suerte! Pero luego yo te enchufé en una fábrica de suministros de equipamiento para forja y prensa. Sabía que eras un hombre de cultura y que ello te ayudaría a escribir excelentes manuales de instrucciones para máquinas de ingeniería punta. Por primera vez no me deshonraste. Duraste un año, pero ¿qué hiciste durante todo ese tiempo…? Pues usar tu labia y hablar del amor romántico con cada una de las mujeres que se dejaban embaucar por tus poemas. Te liaste con una de las obreras encargadas de la pintura de las máquinas, una tal Xiao Song. ¡Y la dejaste preñada! La echaron del trabajo cuando

descubrieron su barriguita hinchada. La segunda vez te liaste con una de las secretarias, y la pobre Xiao Yu no solo no paraba de llorar cuando la dejaste embarazada, sino que pensó hasta en suicidarse. El director de la fábrica, mi buen amigo Yao, para no deshonrarme, te envió directamente a la comisaría de Policía. El viejo Yao me dijo: "Tu primo tiene mucho talento con las letras y nosotros solo somos una banda de campesinos analfabetos que se creen todo lo que les dicen. Las aguas de este río son demasiado poco profundas para un dragón así. ¿No crees que encontrará un trabajo mejor en otra parte? Mi mejilla parece haber recibido un sopapo de este macarra de primo que tienes y todavía me duele. Tú ciertamente tienes un talento divino para la literatura, pero él… ¡es un auténtico genio para engañar a las mujeres!. Debo confesar que, a pesar de tu enorme talento como escritor, a los ojos de los demás parecías un tipo mediocre. No tenías nunca un céntimo y venías de una familia humilde, pero ahora debes ayudar a esas pobre chicas que han sucumbido a las garras de tu primo. Hermano Mo, te veo con ropas buenas y limpias, y veo que te ha ido bien en la vida. ¿No podrías darles algo de dinero a esas pobres desgraciadas…?"».

«¡No te metas más en mi vida privada! ¡Te lo ruego! Quedémonos en los límites del arte y la literatura. ¿Hay alguien que esté completamente limpio? Te lo voy a decir ahora. El viejo Yao es un auténtico rufián, y su taller de suministros de equipamiento para forja y prensa es un timo. Solo fabrican desechos que se rompen a los cuatro días, y encima los vende a precio de oro, como si fueran nuevos. Soborna a sus empleados para que no se chiven y comete todo tipo de crímenes imaginables y por imaginar».

«Vale, de acuerdo, que tire la primera piedra quien esté libre de pecado. No hay nadie bueno en este mundo. Más tarde, pensaste en unirte al Ejército, y tu padre me vino a buscar para pedirme que te ayudara, ya que yo era militar. Mi tío quería que le ayudase a realizar su sueño, ver a su hijo convertido en soldado. Pensaba que el Ejército iba a forjar tu carácter y te iba a convertir en un hombre de verdad. Pensaba que llegarías a ser un militar de alto rango y que traerías gloria y honores a nuestra familia, pero ¿qué iba a hacer alguien como tú en el Ejército? ¿Quién sería capaz de asegurar que no ibas a seducir a alguna jovencita…?».

«¡Son ellas las que me seducen a mí! ¡Son ellas las que ponen sus ojos en mi persona y luego me tienden trampas y me arruinan la vida!».

«Pues muy bien, mi viejo primo, ¿qué coño hiciste una vez fuera del Ejército cuando regresaste al pueblo? Te fuiste a Jinan con Jin Xipu y fundasteis un periódico. Hasta los fantasmas sabían qué tipo de triquiñuelas ilegales utilizasteis para que os dejaran publicarlo. Me

llamaste en medio de la noche para pedirme que os escribiese unos "discursos de gente famosa" y yo, naturalmente, no os escribí nada. Afortunadamente Menos mal que no lo hice. Había leído vuestra gacetilla y vi que había un anuncio publicitario que decía "las pastillas del vigor". Debajo ponía algo así como "receta familiar" y "cura todas las enfermedades". Jin Xipu se había asignado a sí mismo el puesto de redactor jefe del diario y a ti te había dejado el de jefe adjunto. Los dos os habías autoproclamado periodistas de la noche a la mañana. Pero ¿acaso tenías algún carné o estabais registrados en el gremio como periodistas diplomados? Y a todo esto mis tíos no sabían nada de lo que hacías. ¡Creían que ya estabas en el buen camino! Eras un periodista falso que llevaba el carné de uno que había desaparecido de nuestro pueblo de forma misteriosa. Ay, pero el conejo no se había comido todavía toda la hierba que había al lado del nido… Tuviste suerte, primo. Los periodistas andaban en paro por los campos sin saber qué hacer, y mientras tanto tú te dedicabas a extorsionar en la sombra a los funcionarios y hombres de negocios de nuestra comarca amenazándolos con publicar bulos en vuestro periódico. Me involucraste diciéndoles a las gentes del pueblo que yo estaba de tu parte, hasta que uno de los jefecillos del Partido te descubrió y me llamó por teléfono para aclarar la situación. ¡Y se te acabó el negocio, amigo…!».

«¡Calumnias! ¡Eso que cuentas no tiene base real! Esa gentuza tenía mucho poder y estaba a cargo de una fábrica de productos químicos que está contaminando la tierra de la región entera, y ni siquiera te enteraste, primo. Se estaban cargando las tierras de labor de los campesinos, y ellos escribieron una carta para denunciar la situación, pero esos poderosos la confiscaron y los presionaron para que no dijeran nada. El periódico oficial del Gobierno local no se atrevió a publicar la verdad. Por eso vinimos nosotros desde Jinan, ¡para hacer justicia! Y recibimos amenazas de parte de esos corruptos que solo piensan en ganar dinero como sea. ¡Qué mundo tan injusto! Me agarraron y por eso me sacaron del pueblo».

«¿Y qué dijiste tú en ese momento? Pues bien, a esa gentuza, como tú les llamas, les pediste diez mil yuanes a cambio de no denunciarlos en vuestro periódico justiciero. Su fábrica de productos químicos no era algo bueno, pero vosotros sacasteis provecho de ella. ¡Erais peor que ellos!».

«¡Y dale con las calumnias…! ¡Eso solo son calumnias!».

«Esa gentuza solo sabe calumniar, cierto, pero ¿qué hiciste tú luego? Seguramente te metiste en su negocio para hacerte más rico de lo que ya eras. Había que producir aparatos de alta tecnología para erradicar a los mosquitos de este planeta, y seguro que uno se forraba con ello. ¡Hay mosquitos por todas partes en este mundo! Me pediste

que fuese listo e invirtiese en el negocio. Pero comprendí entonces que no eras ese tipo de persona en quien uno puede confiar. A pesar de todo, como seguía deseando que regresases a tu terruño como el hijo pródigo que vuelve a su tierra con la cabeza alta, te presté treinta mil yuanes para que iniciaras una nueva vida. Treinta mil yuanes en los años noventa eran una fortuna en China, y gracias a ese dinero pudiste alquilar una casa en nuestro pueblo. ¿No te acuerdas? Compraste una furgoneta de segunda mano y abriste un negocio de fuegos artificiales. Después, recibías a muchos invitados todos los días, organizaste comilonas y hasta te dio por hacer una colecta de dinero para donarlo a la escuela primaria con el fin de que pudiera hacerse con unos ordenadores; pero al cabo de dos meses el dinero brilló por su ausencia y te viste obligado a cerrar la puerta del negocio».

«¡Tú y tu maldito dinero! ¡Tarde o temprano lo devolveré! ¡He nacido en el momento y el lugar inadecuados! ¡Mala suerte! ¡Cielos! ¡Que la Tierra entera caiga sobre mi cabeza!».

«Cuando la fábrica se fue a pique, te fuiste a Jinan con tus "hermanos", y quizá ellos ya no te aguantaran más, pero si volvías a tu terruño del alma, seguro que podrías continuar picoteando algo de comida al lado de tus padres, fumar tus hojas secas de tabaco, beber un poco de aguardiente, todo ello con la connivencia de los tíos… Cuando el tío se jubiló, el pobre hombre abrió la puerta a todo el mundo. La tía, con más de setenta años, aún se deslomaba yendo al granero a diario a hacer su trabajo. Salía al alba y regresaba cuando ya se ponía el sol, y apenas comía algo a mediodía. Al ver los fideos tan amarillos y finos con los que se alimentan, ¿no se te encoge el corazón, primo?».

«Tengo dinero, ¡y devolveré el doble de lo que debo! ¡Te lo juro!».

«Eso es lo correcto… Por suerte empezaste hace un par de años a ser consciente y perdiste tu talento. Abandonaste ese mundo ilusorio en el que vivías y te pusiste a trabajar en una fábrica de ventanas metálicas por un sueldo de dos mil yuanes al mes. Durante un período de tiempo tu cuenta corriente tuvo ingresos estables y constantes. Esa vez hiciste lo correcto, y hasta te casaste como es debido. Al poco tiempo te nació un hijo y pude constatar cómo habías cambiado. Nosotros evolucionamos desde la felicidad que hay en nuestro interior, y juntos te ayudamos a construir una casa digna. Tu mujer se puso a trabajar y tus padres (mis tíos) se quedaban en casa cuidando de tu hijo y haciendo las tareas domésticas. La pensión de tu tío era de cinco mil yuanes al mes, y con ella os pudo comprar un aparato de televisión y un frigorífico. Incluso una de esas placas solares para que ahorraseis electricidad, que eran básicamente como un pequeño *kang*. Pero lo bueno no dura eternamente, y Jin Xipu apareció de nuevo en tu vida. Enloqueciste y me temo que fui demasiado benevolente con

él. A partir de hoy no voy a decir ni media palabra. No vengas a buscarme más. ¿Entendido?».

«El pueblo chino es ambicioso —me dijo mi primo—, Ning Saiye preferiría mendigar antes de tocar a la puerta de tu casa».

«Pues muy bien —le dije—, verdaderamente muy bien».

«Señor, por favor, ni mire a la gente por las ranuras de la puerta ni se sienta abrumado por ello. La literatura es la literatura del pueblo, así de sencillo. Nadie la monopoliza, ni siquiera usted. He pasado muchos años viviendo en la miseria, viajando de norte a sur, y he dormido en un hotel de cinco estrellas, pero también he dormido en la calle. He comido innumerables abulones, pero también he comido lo que he encontrado en el cubo de la basura. Me he acostado con jovencitas bellísimas, pero también con putas viejas y baratas que se arrastraban en la calle… He conseguido trabajar en una fábrica y he podido trabajar con otra gente, y he comprendido cómo funciona este mundo. Comprendo a la gente y ahora… ¡voy a escribir sobre ello! ¡Señores, su época ha acabado! ¡Ahora me toca a mí subir al escenario!».

En ese momento mi primo cogió un botellín de aguardiente y lo estrelló contra el suelo. Con el dedo índice de la mano derecha señaló a mi tío y dijo: «Tú, ¿por qué robaste mi carta? Creía erróneamente que eras mi padre y por eso abusaste de tu autoridad, robaste mi carta y la hiciste pedazos. ¿Por qué? ¡Dímelo!».

Mi primo aullaba como un lobo desesperado y de sus ojos salían despedidos sucios lagrimones. Luego se inclinó hacia delante con todo su cuerpo sobre la mesa, volvió a gritar y cayó profundamente dormido.

LA MIRADA DEL TERRATENIENTE[97]

I

El año pasado, tras la cosecha del trigo, me encontraba en mi casa, en el pueblo, cuando presencié con mis propios ojos el entierro del viejo terrateniente Sun Jingxian (Sun el Valioso y Respetado).

Las cosechas de trigo de ahora, comparadas con las que yo recuerdo, no son igual de grandes. En aquella época, con la llamada urgente del campanillero, cuando el canto del gallo llegaba a todas partes, nos levantábamos apresuradamente, con un cielo estrellado sobre nuestras cabezas y un aire gélido amenazante soplando en nuestras mejillas. Abrigados con nuestras chaquetas acolchadas, agarrábamos la hoz, emprendíamos el camino a un ritmo sostenido, apretábamos nuestras mandíbulas y, bajo las órdenes del jefe de la unidad de trabajo, nos dirigíamos a los campos. El terreno asignado a nuestro equipo quedaba a ocho *li* de nuestro pueblo, y siempre debíamos apresurarnos para llegar a tiempo e iniciar nuestra jornada laboral. A esas horas, el lado oriental del cielo adquiría un color banco como las piedras de mármol. Los hombres que recogían del suelo las hojas secas se agachaban y con resignación empezaban a faenar. Los trigales mostraban ya en esa época del año una forma bien definida que justificaba su nombre: campos sembrados de trigo por derecho propio. No soplaba una pizca de viento, y una calma mortal reinaba sobre esas extensiones de tierra plantada. Las voces lastimeras de aquellos hombres a quienes los años se les habían echado encima y que debían recoger las hojas secas se escuchaban por todas partes, junto al canto ocasional de algún pájaro que parecía salido de un sueño. El jefe de la unidad de trabajo nos decía: «¡Demasiadas pausas y ningún esfuerzo! ¡A trabajar…!». El jefe del equipo ocupaba el primer lugar, como jefe de la Asociación de Campesinos Pobres. En esa época, yo no era capaz de hacer un trabajo manual demasiado exigente, así que me ponían con las mujeres. Detrás de mí iba el viejo terrateniente Sun Jingxian, de unos cincuenta años, justo en la flor de la vida, de modo que a esa edad debía estar en el campo con los

trabajadores. En otras palabras, tendría que haber estado trabajando muy duro y mostrar que se estaba reformando[98] adecuadamente, pero alegaba problemas de salud y por eso se quedaba con las mujeres.

La unidad estaba principalmente en manos de gente que no hacía nada durante el año, pero en la época de la cosecha se ponía a trabajar y se empleaba a fondo. Cada persona tenía a su cargo dos hileras que se formaban entre los surcos del terreno. Tras la siega, había un momento de descanso, pero nadie quería quedarse retrasado en sus tareas, de modo que existía una fuerte competencia entre los trabajadores.

Las hoces se afilaban día y noche. Un buen trabajador debe cuidar sus herramientas si quiere cumplir bien su cometido. En esa época me parecía que la vieja lengua que se hablaba en los campos tenía que ver con las hoces cortantes y con la siega. La hoz curvada y aguda hablaba la lengua de la tecnología: si la afilabas *suavemente* no cortaba bien y si la afilabas *duramente* no resultaba útil por mucho tiempo. El grado óptimo de agudeza de la hoz era muy difícil de obtener, y se necesitaba ser un maestro herrero para conseguirlo. Mi cuñado sí que tenía mano para ello: las afilaba a la perfección. Precisamente ese fue el motivo, dicho sea de paso, por el que se convirtió en mi cuñado: tuvo mucho que ver el hecho de que ayudara a mi hermana mayor a preparar sus hoces y sus guadañas. Por supuesto, no se trataba únicamente de saber afilar la hoja, sino también de saber templarla a fuego lento. Cuando la hoz está en condiciones, corta a las mil maravillas y se trabaja bien con ella. Yo, que era un joven estudiante, resultaba todo un novato en el arte de cortar el trigo con ella. Cuando agarraba una hoz y me ponía a trabajar, si la hoja había sido afilada recientemente, al cabo de media hora el filo se negaba a cortar y, a partir de ahí, ni se podía afilar de nuevo ni era posible utilizar la hoja curvada con la fuerza bruta. Esa era mi torpeza de principiante. Sin embargo, la misma hoz en manos de un segador experto podía ser empleada durante toda una mañana y después seguiría cortando con la misma eficacia. Todo dependía de quién la utilizara. A mí me hipnotizaba blandir en el aire una hoz nueva que acababa de cortar el trigo. Con la mano izquierda sujetaba el trigo y con la derecha agitaba la herramienta. Empleaba todas mis fuerzas y ¡*zas*! ¡Corte realizado! Sentía como si hubiese segado el aire y nada obstruyera el movimiento de mi hoz; pero desgraciadamente ese tipo de sensaciones no duraban mucho. Lo siguiente que tenía que hacer era arrastrar agua embarrada. Doblaba la cintura, sentía el peso en las piernas y seguía cortando trigo lo mejor que podía. Al principio creía que el viejo terrateniente estaba muy distante, pero al girarme comprobaba que lo tenía justo detrás, apenas a un metro. El viejo se enderezaba de tanto en tanto y se quejaba incesantemente, hipaba y parecía estar

padeciendo un dolor insoportable. Cada vez que me daba la vuelta y lo veía, siempre tenía el mismo semblante tenso, como si estuviera sufriendo lo indecible. Ponía el grito en cielo por no sé qué razón, y de sus ojitos amarillos se desprendía una luz triste y sombría.

Mientras asistía a la escuela primaria, un día compuse una redacción que causó sensación en toda la comarca; la titulé *La mirada del terrateniente*. ¿De qué hablaba? Pues precisamente de aquel viejo propietario. ¿De quién si no? Una de las frases decía: «El viejo terrateniente tiene una mirada dulce y sumisa, pero ocasionalmente alza la cabeza y una luz lúgubre sale disparada de sus ojos amarillos». Cuando la redacté utilicé su verdadero nombre: Sun Jingxian, pero mi maestro me pidió que lo cambiara y, con cierta mala leche, fue bautizado, no por mí, que no estaba por la labor, sino por él, como Zhou Banqing (Zhou el de las Tres Hectáreas). El maestro colgó mi redacción en un boletín que colocaba en uno de los paneles negros situados a la entrada de la escuela; al ver que las gentes del pueblo pasaban al lado y la leían, comprendí por qué había decidido modificar el nombre. Lo entendí totalmente. El contenido de una redacción o de un ensayo puede ser una invención desde la primera palabra hasta la última, pero los protagonistas de este tipo de textos también existen en la vida real.

Un día, uno de los líderes comunistas de la comarca encargado de inspeccionar lo que sucedía en los pueblos vio mi redacción escolar, allí colocada a la vista de todos, y me convocó en una de las oficinas de la escuela. Me preguntó cuál era mi familia, mi clase social, y si tenía alguna relación con ese terrateniente. Me animaba constantemente para que le dijese todo lo que sabía. Al cabo de varios días, mi redacción sobre el terrateniente Sun Jingxian se leyó en la radio y alcanzó enorme difusión en toda la subprefectura. Las gentes de mi pueblo y los profesores de mi escuela se reunieron bajo los altavoces para escucharla. Antes, no obstante, se leyó un comentario redactado por Jiao Sen, el subdirector del Comité Revolucionario del distrito. Todavía hoy me acuerdo de sus palabras:

> … Camaradas, los ojos son las ventanas del corazón y nos permiten darnos cuenta de cómo es en realidad la gente. Vayamos a ver a nuestros terratenientes, esos que están a nuestro lado y no lo sabíamos, a los campesinos ricos y a los contrarrevolucionarios cobardes, y también a los derechistas que amenazan con hace fracasar nuestra revolución. Mirémosles a los ojos y fijémonos en sus miradas pérfidas, y así sabremos quiénes son…

Tras la difusión en la radio local de esa admirada redacción

escolar, compuesta por un niño de primaria, me convertí en una celebridad en mi pueblo, pero es difícil expresar con palabras en qué me había convertido exactamente a ojos de mis paisanos. Mi padre me pidió que no volviese a escribir nunca más en la vida un texto así.

Un día, el segundo hijo del viejo terrateniente Sun Jingxian me paró a orillas del río y, llamándome por mi apodo infantil, me recriminó: «El texto que escribiste acusando a mi padre fue una verdadera oda funeraria. De verdad, hablaste de un muerto, no de una persona viva. Mi padre me dijo que nuestras tierras ocupaban tres *mu* de un terreno incultivable, mientras que las del tuyo tenían un solo *mu*, pero eran fértiles como pocas en nuestra comarca. En cambio, a nosotros nos persiguieron como "propietarios de tierras" y mi padre cayó en desgracia; al tuyo, sin embargo, solo lo tacharon de "campesino medio"[99] y lo pusieron a trabajar como contable. Por ser hijos de terratenientes, nos prohibieron ir a la escuela y tener una educación, mientras que a vosotros sí os lo permitieron e incluso os dejaron escribir textos difamatorios para denunciarnos…». Quería explicarle lo que verdaderamente había sucedido, así que le repliqué: «Tu padre se llamaba Sun Jingxian y yo había escrito sobre un tipo que se llamaba Zhou Banqing…». Él me dijo: «¡Hasta el más idiota del pueblo hubiera adivinado que habías escrito sobre mi padre…!». Cuando terminó de hablar, me pegó un puñetazo y me arrojó al río.

Cuando terminábamos con la siega, el sol ya se perfilaba en el horizonte y en los campos se había extendido una capa de tinte rojo. Mientras esperábamos la llegada de los encargados de traernos el arroz cocido, cada uno de nosotros se apresuraba a afilar de nuevo la hoja de la hoz. El jefe de la Asociación de Campesinos Pobres se puso a examinar la calidad del trigo que había segado y me reprochó haber dejado los rastrojos demasiado largos; además, las gavillas que había hecho estaban organizadas de cualquier manera, me recriminó. Para colmo, había dejado caer sobre la tierra demasiados granos de trigo que resultaban irrecuperables. Las gavillas cortadas del viejo terrateniente, así como las espigas, habían sido segadas con una limpieza y una exactitud que dejaban a todos sin palabras. Sus rastrojos no podían estar más a ras del suelo y no había desperdiciado ni un solo grano dejándolo caer. Sencillamente, me hacía sentir avergonzado por la chapuza que era mi trabajo. Podía ver en sus ojos amarillos la luz de quien se siente orgulloso de sí mismo. A pesar de sus palabras, siempre malhumoradas, realizaba la tarea de modo impecable. Era el trabajo de un experto, de alguien que amaba la tierra, y, sin embargo, el jefe de la Asociación de Campesinos Pobres no le apreciaba y nunca salía de su boca el menor elogio hacia él. El jefe de la Asociación de Campesinos Pobres del distrito tendría algo más de treinta años, y ya era un viejo zorro que se las sabía todas. Los

terratenientes de nuestro pueblo, entre el miedo y el respeto, se doblaban cuando pasaban ante él. «Sun Jingxian, se te da bien eso de cortar el trigo, pero debo decirte que no me gusta que vayas diciendo por ahí que estás enfermo. ¡No es verdad, amigo! No puedes quedarte con las mujeres y los niños. ¡Debes currar con todas tus fuerzas!». Pero Sun Jingxian no le hacía caso y soltaba una carcajada. Con su rostro de color ceniza y en voz baja le respondió en cierta ocasión: «Jefe, no le engaño, de veras que estoy enfermo». «¿Y enfermo de qué?», le preguntó el jefe. Y el viejo terrateniente le respondió: «Tengo una úlcera en el estómago, le puedo enseñar el certificado médico…». «¡Oh! ¿Una úlcera de estómago? ¿Y a eso le llamas una enfermedad? —le replicó el jefe de la Asociación de Campesinos Pobres, que, hecho una furia, continuó amenazándole—: De cada diez individuos, nueve tienen nueve úlceras de estómago, pero tú me está tomando el pelo. Seguir en ese camino no te servirá de nada». «Jefe, de veras que no estoy bien. Ayer mismo volví a escupir sangre». «¿Sangre? —le preguntó el jefe sonriendo desdeñosamente—. La sangre que escupes es la que les chupaste a los campesinos más humildes de nuestras tierras, hijo de puta». «Jefe, ¿por qué no entra en razón? Lo que dice no tiene ningún sentido». «¡Ja! ¿Y encima te atreves a decirme que digo tonterías…?». El jefe de la Asociación de Campesinos Pobres del distrito dio repentinamente un salto hacia adelante y le arreó un puñetazo a Sun Jingxian. Pude oír el grito desgarrador que lanzó el viejo y lo vi agacharse en el suelo mientras se cubría el pecho con las manos. La cara se le puso del color de la ceniza y no paraba de gemir. «¡Hay que aceptar los cambios con honestidad y darse menos a los trucos! —concluyó el jefe de la Asociación de Campesinos Pobres, que a continuación desvió su mirada hacia mí, y, fuera de sus casillas, me dijo—: Fíjate bien en lo que estás haciendo. ¿Qué estás cortando?».

Me quedé mirando fijamente a los ojos del jefe, que echaban llamaradas de fuego amarillas y cenicientas, y a continuación me detuve en los del viejo terrateniente, que desprendían llamas de color azul, y mi corazón pareció que dejaba de latir. Admito que yo no valoraba especialmente la excepcional habilidad del viejo a la hora de cortar trigo, pero tengo que reconocer que el tipo me caía bien y simpatizaba con él. Todo ello sin razón aparente. En cambio, la actitud autoritaria e intransigente del jefe de la Asociación de Campesinos Pobres me desgradaba, aunque en cierta manera, al mismo tiempo, sentía placer cuando castigaba al viejo terrateniente. Yo sabía por instinto que fingía su enfermedad, pero mi padre me aseguraba que no estaba del todo en lo cierto: cincuenta por ciento enfermo y cincuenta por ciento de puro cuento.

Por supuesto, en mi redacción escolar no escribí acerca de estos sentimientos tan complejos e incluso contradictorios respecto al

hombre. Según mis palabras, el viejo Zhou Banqing era un huevo podrido, uno de esos seres de aire sombrío que van haciendo el mal a diestra y siniestra, y que simulan enfermedad para dar pena a la gente y librarse así de pagar por los odiosos actos cometidos contra los campesinos. Mi corazón rebosaba odio, y durante un tiempo soñé que en su mirada se podían ver los secretos que escondía su alma negra. Aunque siempre he creído que Sun Jingxian era una persona de naturaleza buena, lo cierto es que mi redacción pintó al viejo terrateniente de una forma excesiva, caricaturesca, dado que era así como debían escribirse ese tipo de textos escolares. Con el tiempo, me enteré de que el hombre lo había pasado muy mal a lo largo de su vida, y me he sentido culpable hasta el día de hoy por haber escrito aquella redacción.

Mi padre me dijo que haber privado a Sun Jingxian de su posición tuvo algo de injusto, pero también me explicó que su ambición acabó convirtiéndose en su perdición: según su criterio, no buscaba la calidad del terreno que poseía, sino la cantidad, y cuanto más acaparaba, mejor. Para sacar provecho de las tierras de su propiedad, mi abuelo paterno desde luego se había revelado mucho más listo que él. Todo lo que mi abuelo hacía en sus buenos tiempos era comprar terrenos situados cerca de los pueblos y de las aguas del río, ya que sabía que eran los mejores para sembrar el grano y, además, se podían regar. Así que en nuestras tierras, a pesar de no tener tantos *mu* como las de Sun Jingxian, crecían muchos más cereales que en las suyas. Aunque, eso sí, me dijo mi padre para concluir, nadie en el pueblo disponía de la tecnología de Sun Jingxian para cortar el trigo: utilizaba una hoz de un metal que solo necesitaba afilarse una vez al día.

En esa época yo pensaba que podía competir con él en la tarea de cortar el trigo, pero en realidad, él, que debía de haber adivinado mis pensamientos, estaría riéndose detrás de mí.

II

El año pasado, durante la cosecha del trigo, me encontraba sentado en una cosechadora de la marca El Toro de Oro junto con Sun Laiyu (Sun, el que Trae la Lluvia), el nieto del viejo terrateniente Sun Jingxian. La máquina era suya y ahí encima estaba yo, disfrutado de la vida. Sun Laiyu era un tipo de mediana edad, espigado, de ojos grandes y cejas espesas. Contemplando las olas de trigo que se extendían ante mis ojos, le pregunté:

—¿Cuántos *mu* tiene este trigal?

—Unos ciento veinte.

El viento del suroeste soplaba cálido, y el sol, que brillaba espléndidamente en lo alto, clavaba sus rayos en las espigas puntiagudas. La cosechadora avanzaba rugiendo y sus escariadores giraban muy rápidamente. La máquina se tragaba literalmente las espigas, que iban a parar a su barriga, y a continuación escupía violentamente la paja seca que no servía para nada. El grano de trigo de color marrón se depositaba luego en el granero, imitando el sonido de la corriente de un río. Yo me secaba el sudor que me corría por la cara con la manga de la camisa. Con cierta sensación de arrepentimiento por haberme subido a ese trasto, dije:

—Maravilloso. Las comunas populares se mecanizan día a día…, pero nunca llega lo que uno espera de la tierra, y es decepcionante. No estoy seguro de que tras el reparto de terrenos se haya logrado algo de positivo.

—Oh, mira aquí, la placa tectónica es demasiado pequeña… —comentó—. Lo que me dices me recuerda a una antigua canción… Si los lotes que nos han tocado pudiesen convertirse en varios *mu* de tierra fértil, seríamos mucho más eficaces, ¿no es eso?

—¿Y cuántos *mu* de tierra siembras ahora?

—Mas de doscientos.

—Solo tú cultivas casi un quinto de toda la extensión arable de nuestro pueblo.

—Tío, has estado lejos durante mucho tiempo. ¿Acaso recuerdas cuántos *mu* de tierra había en nuestro pueblo?

—Otros pueden haberlo olvidado, pero yo nunca en la vida lo olvidaré —le dije—. ¿No regreso acaso cada año a mi casa?

—Tío, ¿no podrías hablar con los líderes comarcales? Hay unos ochocientos *mu* de tierra en las granjas junto al río Jiao que pertenecerían a mi parte… ¿No crees?

—Los jóvenes dejan el campo y huyen en masa a la ciudad. Solo hay viejos y viejas en los terrenos cultivables de nuestro pueblo. ¿Por qué te emperras en sacar provecho de esas tierras que no dan ningún beneficio? —le dije—. ¿Y por qué las amas tanto?

—Mi abuelo paterno era propietario, todos le llamaban Sun Banqing.

Sus palabras me trajeron ciertos recuerdos ingratos y me hicieron sentir culpable. Tomé la decisión de ayudarlo.

—¿Por qué te importan tanto los ochocientos *mu* de esas granjas junto al río? —le pregunté.

—He oído decir que diez años atrás, uno de los cuñados de un jefecillo de la municipalidad, el hermano pequeño de su mujer, compró esas tierras por cuatrocientos yuanes para construir en ellas

una fábrica de electrodomésticos, pero ese proyecto no se llegó a realizar nunca, y es una pena ver cómo esos terrenos que son fértiles se han convertido en un erial cuyos hierbajos tienen la altura de los seres humanos. ¡Hay conejos salvajes y zorros por todas partes!

—¿Y qué diablos vas a hacer tú con esos ochocientos *mu* de tierra llenos de conejos salvajes y zorros?

—Sembrarlos y devolverles su utilidad. ¡Da pena verlos así! —me dijo—. Tío, ¿no podrías hablarles de mi parte a los líderes del distrito a ver qué te dicen? A ti te escuchan. Si esas tierras caen en mis manos, bastaría con un año y dos estaciones de siembra; para la primavera ya tendríamos trigo y para el otoño, maíz. ¡Podemos producir seiscientos mil *jin* de cereales para la alimentación!

Cuando en el cielo aparecen las alondras cruzando las nubes y sus cantos llenan el aire, quiere decir que se empieza a cosechar. La cosechadora giró y el sol nos dio de frente, Sun Laiyu se quitó las gafas, me las entregó y me dijo:

—Tío, póntelas.

—Ya llevo unas —le contesté—, y tú estás trabajando.

—No pasa nada, tengo la costumbre de trabajar sin ellas.

—¿Qué piensas respecto al futuro del campo y la vida en los pueblos?—le pregunté.

—¿Acaso se te ha pasado por la cabeza meterme en una de tus novelas? —me preguntó, a su vez, riendo—. Mi padre me aconsejó que no te contara muchas cosas porque si aparecía en una de tus novelas caería en desgracia como les pasa a todos tus personajes…

—No escuches las tonterías que te dice tu padre —repliqué—. No vas a caer en desgracia por salir en una de mis novelas…

—Mi padre también me contó que habías escrito una redacción sobre mi abuelo y que a partir de ese momento sufrió un calvario. Lo machacaron a críticas y casi lo entierran en vida…

—Hay un malentendido histórico en todo eso… —le expliqué—. Si hubiese sabido que iba a causar tanto mal, no habría escrito nunca esa desafortunada redacción.

—Tenía muchas ganas de estudiar ese texto —añadió—; cuando estaba en la escuela primaria, nuestro maestro te puso como ejemplo para enseñarnos lo que era escribir bien.

—Vuestro maestro os llevaba por el mal camino —le repliqué—, pero veo que ahora ¡te has espabilado! Quieres concentrarte en las tierras de nuestra comarca y hacerlas productivas… ¡Quieres volverte un campesino, y además de los que poseen tierras!

—Qué campesino ni qué niño muerto… —me corrigió—. A mí lo que me gustaría es ser el dueño de una extensión de tierra cuyos límites no pudiera abarcar con la vista. Mi abuelo amaba estas tierras

como nadie, y quizá yo lo he heredado de él —y continuó—: Mi madre me recuerda a menudo que recogías algodón con el torso desnudo y que eras particularmente resistente al hielo cuando otros, a pesar de ir abrigados con sus chaquetas, temblaban de frío. Tú, mientras tanto, cantabas a pecho descubierto.

—¿Por qué iba a recoger los capullos de algodón con el torso desnudo? ¿Para ahorrar en ropa? —le pregunté—. ¿Por qué iba a ponerme a cantar? Bueno, cuando hiela, cantar ayuda a protegerse del frío…

III

Cuando tenía dieciséis años, las chismosas del pueblo hicieron circular el rumor de que yo y la madre de Sun Laiyu nos habíamos liado y manteníamos en secreto una relación adúltera. Ese tipo de bulos pueden llevarte a la tumba antes de tiempo. Empecé a notar que esas mujeres me miraban con ojos extraños: ojos furtivos y ambiguos. Más tarde, al enterarme de los rumores que habían propagado, sentía en los oídos unos zumbidos que terminaban penetrando en mi cabeza. Pensaba que aquellas mentiras que no podía quitarme de encima iban a hacer saltar mi mente en mil pedazos. Para decirlo todo, pensé hasta en quitarme la vida. Afortunadamente, mi madre —que confiaba en mi inocencia— siempre me decía: «No temas nada. La mierda seca no sirve para limpiar el cuerpo de la gente». Sus palabras me han ayudado a sobrevivir a muchas calamidades.

No podía olvidarme de esos rumores porque durante todo un año me encomendaron la tarea de recoger capullos de algodón, un trabajo que en principio estaba reservado a las mujeres, pero que me tocó también a mí porque aquella temporada el equipo de producción estaba muy ocupado y la cosecha había sido particularmente buena. El jefe de la unidad de trabajo me dijo que no debía enfadarme, ya que la mayoría de la gente había recogido capullos alguna vez en su vida antes de cumplir los dieciocho años.

Tras la Fiesta del Medio Otoño, cuando las plantas de algodón florecen por primera vez, la flor permanece hasta las primeras heladas del invierno. Quienes nos dedicábamos a recoger capullos debíamos agacharnos día tras día para realizar nuestra labor. Para incrementar nuestra eficacia en la tarea que nos habían asignado y ahorrar tiempo, salíamos muy temprano con unas tortas de maíz y unas verduritas avinagradas, y a mediodía no regresábamos a casa. Frente a la vastedad de los campos de algodón que parecían terrenos nevados de un blanco puro, yo sentía una intensa preocupación. Solo y todo el día

con la cintura doblada. Una y otra vez haciendo lo mismo. Un trabajo monótono y extenuante que me generaba desesperación y mucho sufrimiento. La porción de flores de algodón que era capaz de recoger casi igualaba a la de Yu Hongxia, pero ella hacía gala de una destreza y una rapidez de ejecución envidiables. Mientras que yo utilizaba una sola mano, ella recurría a las dos con la misma soltura y eficacia. Sonriendo, me dijo una vez:

—Joven, esta es una labor para mujeres viejas. ¿Qué has venido a hacer tú aquí? ¿A olernos el coño? ¡Eres un engorro! —Sus palabras me ruborizaron y ella, riendo, continuó—: ¡Oh, mira…, te has puesto rojo como un tomate! ¡Menudo crío estás hecho!

El hijo de Yu Hongxia era Sun Laiyu, que en esa época todavía no había cumplido un año. Cada día, desde las diez de la mañana hasta las tres de la tarde, la abuela (la mujer del viejo terrateniente Sun Jingxian) cuidaba y alimentaba al niño. Más tarde oír decir que Sun Jingxian había expulsado de su casa a Yu Hongxia y a su hijo. Tuvieron que alojarse en una de las granjas, y la abuela no pudo cuidar más de su nieto. A partir de ese momento, Yu Hongxia tuvo que ponerse a trabajar en los campos de algodón con el niño a cuestas. En esa época iba muy lenta, y a mí me daba pena. A veces le echaba una mano. Un día la vi sentada sobre un saco de capullos de algodón dando de mamar a su hijo mientras lloraba; como me entristeció verla así, traté de consolarla:

—Cuñada, no llores más… —En realidad, no tenía ni idea de qué decirle para aconsejarla y ella, llorando a lágrima viva, me dijo:

—Hermano Mo, de verdad que he nacido bajo el mal auspicio de una mala estrella. Qué mala suerte la mía… Me casaron con ese tipo de una familia horrible… A mí, que venía de una familia tan pobre… Mi padre era un antiguo miembro del Partido. Mi vida ha consistido siempre en plantar flores en una pocilga.

Sabía que había tenido una historia de amor con Sun Shuangku, el hijo mayor del viejo terrateniente Sun Jingxian. Sun Shuangku, en lugar de comportarse como solían hacer esos jóvenes de zonas rurales que se trasladaban a la ciudad[100], prefirió irse a trabajar a una estación forestal en las montañas de Changbai. Daba la casualidad de que el marido de la hermana pequeña de Yu Hongxia también estaba empleado en ese lugar. Cuando Yu Hongxia fue a visitar a su hermana pequeña, conoció a Sun Shuangku, un joven con talento y mucha labia. Poco a poco acabó camelándola, y los dos se liaron. Como no podía ser de otra manera, las familias, que se olían lo que estaba pasando, empezaron a hacer preguntas, y Sun Shuangku soltó una mentira tras otra para que no lo descubriesen. No obstante, también difundió, y eso sí era cierto, que su familia empleaba a campesinos pobres para que trabajasen para ellos. Poco después, Sun Shuangku y

Yu Hongxia fueron expulsados de la estación forestal. De regreso al pueblo, a Yu Hongxia le dijeron que debía contraer matrimonio con el hijo de un propietario de tierras. Al principio se deshizo en lágrimas y gritos, pero finalmente reconoció la situación y aceptó casarse con el otro hijo del terrateniente.

Yu Hongxia me preguntó:

—Hermano, he oído decir que has escrito una historia titulada *La mirada del terrateniente*, ¿es verdad? ¿Por qué lo hiciste? ¿Me la podrías leer…?

Le contesté:

—Estaba en el tercer grado, en plena escuela primaria, es lo único de lo que me acuerdo…

—Si yo hubiera escrito un ensayo de esa naturaleza, ¡no lo habría olvidado en cien años! —soltó—. ¡Menuda carga!

—Sí, menuda carga… Ese ensayo, como tú lo llamas, puede definirse como una verdadera carga, sin duda.

Suspirando, volvió a hablar:

—Escribes tan bien… Sun Jingxian era mala gente, un tirano diabólico de los que abundaban en estas tierras. De sus ojos salía una luz verde… Esos ojos no pertenecían a un ser humano. ¡Eran ojos de lobo! ¿Sabes por qué me expulsó? Esa bestia vieja y maliciosa tenía un plan para mí… ¡Su nieto ha mamado de la leche de mis pechos! ¡Vaya si lo ha hecho! ¡Hasta decir basta…!, y fue él, la bestia vieja, quien me pidió que le diese de mamar a su nieto querido y a él mismo. Me dijo que mi leche le iba a curar de sus enfermedades de estómago. Hermano Mo, ¿no eras tú quien decías que este mundo estaba lleno de esos patriarcas jefes de familia que abusan de las campesinas pobres? ¿No hablabas tú de ellos en tus novelas? ¿No es él acaso ese tipo de gente? Liu Wencai, otro de esos terratenientes que eran el diablo en persona, también quería mamar mi leche. Al parecer había mamado de los pechos de un ama de cría, ¡y luego el muy jodido le mamó la leche a su nuera…! Ahora Sun Jingxian sueña con tomar mi lechecita. Pero antes le daré a beber mis meados…

Tras conversar con Yu Hongxia en casa, sentí que algo muy íntimo nos unía. Cuando daba el pecho a su hijo, nunca me evitaba. Un gesto que, a decir verdad, era muy común en las áreas rurales. En mi relato «El columpio y el perro blanco» citaba un proverbio que se decía en los pueblos: Las «mujeres solteras dan una leche de oro, pero cuando se casan su leche es de plata». Estas palabras no necesitan explicación. Todo el mundo lo comprende. Yu Hongxia me dijo en varias ocasiones: «Soy una persona verdaderamente rara. Cuando como boniatos y rábanos, mis pechos se llenan con demasiada leche. Seguro que alguno de mis ancestros fue una vaca».

En otra ocasión me consultó: «Hermano Mo, mírame. Tengo detrás a un niño y delante mucho trabajo que hacer. ¿No te parece un fastidio? ¿Y tú…?, no veo que la naturaleza te haya preparado para este tipo de vida. ¿No podríamos colaborar? Podrías ayudarme con el niño mientras recojo algodón con las dos manos. Recogeré también la parte que te corresponda. ¿Qué te parece?». Dudé, y entonces ella añadió: «Mi buen hermano Mo, te lo suplico. Ayúdame con mi hijo, que estoy muy ocupada. Cuando regrese a mi casa le hablaré a mi hermana pequeña de ti». Y así fue como empecé a encargarme del hijo de Yu Hongxia, a cambio de que ella me ayudara con los capullos de algodón.

Y de esta manera empezó a propagarse el odioso rumor de que había algo entre nosostros.

IV

Durante el funeral del viejo terrateniente se veía en primer plano a cuatro tipos que abrían la comitiva armados con pistolas de plata. Vestían uniformes militares recién lavados. Llevaban cinturones de piel y calzaban botas largas también de piel. Detrás de ellos iban ocho policías bien ordenados que portaban bastones de madera. Sus rostros estaban serios, como era de esperar en una ocasión así. A continuación, doce soldados religiosos…, y, por supuesto, levantado en alto, el féretro, fabricado con la madera roja de los árboles de nuestras montañas. Dentro del féretro había una cajita que contenía las cenizas del viejo terrateniente Sun Jingxian. Aunque el ataúd no era pesado, los soldados religiosos avanzaban muy lentamente. Seguía la marcha un carro cargado de electrodomésticos: había un televisor, una lavadora, un aparato de aire acondicionado y otros enseres. Acompañando al muerto, como no podía faltar, iba una comparsa de músicos locales cuyos instrumentos lanzaban destellos de luz. Sus atuendos tenían un glamur especial y causaban impresión en las gentes del pueblo que se había reunido para decir adiós al viejo terrateniente. Todavía más atrás estaban los descendientes de Sun Jingxian, sus parientes y amigos cercanos. Pude reconocer en ese cortejo a Sun Shuangku y Sun Shuangliang, que exhibían un luto riguroso, aunque en sus semblantes no había la menor expresión de sufrimiento. Más bien al contrario, me pareció ver en sus caras un gesto de satisfacción y serenidad profundas. Hacía tiempo que había oído decir a mi padre que Sun Shuangku tenía planeado ofrecerle a su padre el entierro más lujoso jamás visto en el cantón noreste de Gaomi con la idea de sacarles los colores a los pueblerinos fanáticos que

habían abusado de él.

No vi a Yu Hongxia en el cortejo funerario, y eso me tranquilizó un poco. Yo sabía que muchos propietarios de tierras no habían sido mala gente, pero también tenía claro que el viejo terrateniente Sun Jingxian no había actuado precisamente como una buena persona. En realidad, nunca tuve ninguna relación con él.

En medio de una solemne música militar, el funeral del viejo Sun Jingxian se desarrollaba lentamente. Un acto así solo podía haberse previsto con años de antelación. Todas las gentes del pueblo, la mayoría de cierta edad, pues los jóvenes se habían marchado, salieron a verlo. Entre la audiencia, obviamente muy envejecido, estaba el jefe responsable de la Asociación de Campesinos Pobres. Tenía la boca abierta, y se podía apreciar que no le quedaba un solo diente; se le caía la saliva y en su rostro había dibujada una sonrisa estúpida. Los ancianos reunidos en el funeral exhibían ante el cadáver del viejo terrateniente la misma rectitud y seriedad que habrían mostrado los soldados ante su general. Pero ¿qué estarían pensando? En realidad, a nadie le interesaba la política, y solo se habían precipitado a ver al viejo Sun Jingxian porque aquello constituía una novedad en la rutina de sus últimos años de vida. Les parecía emocionante e incluso divertido observar ese cortejo salido de otra época. Sun Shuangku se había gastado una fortuna en el sepelio y rezumaba felicidad por cada poro de su piel; por su parte, Sun Laiyu continuaba creyendo que su padre había sido un idiota. Derrochar tanto dinero en un entierro que solo traía recuerdos de un período trágico de la historia de nuestro país era como rendir homenaje a quienes habían sido enemigos de la familia, convertidos ya en unos viejos chochos que habían perdido la memoria. No tenía el menor sentido, y me dijo:

—Tío, mi padre y mi abuelo eran iguales. ¡A los dos les encantaba salvar las apariencias, aunque de nada sirva[101]!

LA CASA DE BAÑOS Y LA CAMA ROJA[102]

I

LA CASA DE BAÑOS

Había cerrado bien la taquilla y había atado el cordel de la llave en la muñeca de mi mano izquierda.

Hubo alguien que le dio una palmada violenta a mi hombro derecho.

Compañero, ¿no me reconoces?

Calvo, la mirada turbia, la nariz roja, la dentadura falsa que le daba un aire de seriedad, el cuello pellejudo, una barriguita, unos genitales colgantes y una piernas delgaduchas y torcidas.

¿No me reconoces, compañero? Si no sabes quién soy, has perdido totalmente la cabeza…

Me fijé en su cara, pero no lo veía bien.

Me cubrí un poco con la toalla y le dije que no le reconocía.

Sonrió, y Xiao Liao, que estaba a mi lado y me acompañaba en las duchas, también sonrió.

Se cubrió la parte baja de su cuerpo y me dijo sonriendo: «Y ahora, ¿me reconoces o no?».

Volví a fijarme en su cara, y el rostro de un joven de treinta años atrás convertido ahora en un amasijo de arrugas apareció súbitamente en mi cabeza como surgido de un abismo.

Mi viejo compañero, ¡hacía treinta y ocho años que no te veía!

Era Dong Jiajin, un antiguo colega de cuando trabaja en la planta procesadora de algodón. En esa época, Dong Jiajin era un obrero fijo, mientras que yo solo era un simple temporal. La diferencia de estatuto laboral y social entre los dos era enorme, pero nunca se sintió superior a mí ni intentó sacar provecho de su posición. Nos hicimos amigos a pesar de esas diferencias. Tuvo un lío con una de las obreras que

recogía capullos de algodón, una tal Li, y en cierta ocasión los pillé in fraganti haciendo de las suyas. Para que no los delatara, Dong Jiajin me ofreció tabaco del bueno. Comprendí sus intenciones nada más verlo con la cajetilla en la mano y no le dije nada a nadie. Cuando estaba a punto de dejar el trabajo en los campos de algodón para ingresar en el Ejército, volvió a darme otra cajetilla de tabaco y me deseó lo mejor para mi futuro.

Se le cayó la toalla y con la mano izquierda intentó cogerla, mientras cubría sus partes con la derecha. Así se dirigió a la piscina y estanque de vapor de los baños públicos.

Compañeros, ¡mirad quien ha venido!

Quienes estaban ya en el área de la piscina se quedaron estupefactos. Una espuma blanca se estaba formando sobre la superficie debido a la caída de varios chorros de agua que venían del interior. Me dio por pensar en las fuentes de Baotu de Jinan, así como en las fuentes de la Ley de las Grandes Aguas y de la Gran Dinastía de Qing del viejo Palacio de Verano de Beijing, que habían sido destruidas. También en la antigua Roma había estanques con fuentes suntuosas que hoy están ruinas. Sobresalían del agua de la piscina varias decenas de cabezas que justo en ese momento habían salido a la superficie.

¡Un escritor!

¡Compañeros!

¡Venid, venid!

Me metí en la piscina. Noté que el agua estaba más caliente de lo normal, me quemaba la piel, pero lo aguanté. Los amigos que hayan leído el relato «Darse un baño caliente» tal vez se acordarán de la descripción que hacía en él de esas casas de baños que había en nuestro pueblo más de treinta años atrás y de cómo éramos capaces de soportar la temperatura del agua hirviendo.

Les fui dando la mano, uno por uno, pero una vez en el agua me costaba oír, entre tanto chapoteo escandaloso, el nombre de cada cual, hasta que me di cuenta de que todos eran antiguos compañeros de trabajo de la planta procesadora de algodón, que estaban allí exhibiendo sus barrigas. A decir verdad, estaban todos gordísimos. No lo pude evitar y me eché a reír y, claro está, ellos no sabían el porqué de mis risas.

Hacía muchísimos años que no nos veíamos, pero ¡todos se acordaban de mí!

Además, ¡ninguno de ellos se equivocaba!

¡El talento es el talento!

Mierda, dije.

Se sentaron en el bordillo empedrado de la piscina y comenzaron a

hablar entre ellos mientras se secaban la parte superior del cuerpo con la toalla.

Nunca hubiese imaginado que en un pueblucho como el mío existiría un día una casa de baños tan lujosa como aquella en la que me encontraba. Sin pensarlo mucho, dije: ¡Siempre hay un lugar mejor que la propia casa!

Ah, claro que sí, esa novela maravillosa…, *A través del agua*[103].

Las termas romanas tampoco estaban mal.

Pero a ese lugar le faltaba decencia y había oído decir que las habían cerrado por ello.

No podemos ir a sitios que no son decentes.

Quise ir, pero no tenía dinero.

Todos nosotros hemos venido hasta aquí para lavarnos.

¿Todos vosotros tenéis placas solares para calentar el agua?, pregunté.

¡Ese tipo de baños infantiles no son nada satisfactorios! Para bañarse bien, ¡uno debe meterse en la piscina y chapotear en sus aguas!

Compañeros, divirtámonos de verdad, propuse.

A retractarse de lo dicho —dijo Dong Jiajin—, ahora debemos divertirnos. ¿Oís? ¡Divertirnos!

Casi medio mes después de ese primer encuentro, el viejo Dong me envió un SMS.

Después de lavarnos nos vamos a comer juntos y a echar un trago. ¿Te parece? ¡A recordar viejos tiempos! —me decía el viejo Dong—. ¡Reunámonos otra vez más!

Te llevo a dar un baño, anda.

Compañero, ¿cómo puedes estar tan blanco? Tienes la piel flácida y pareces una mujer que acaba de parir, dijo Luo Rengui, un tipo que tenía una perilla canosa como la de un chivo.

A Xiao Cai no le hubiera gustado verte así.

Pero había oído decir que ibas detrás de la bella Hou Bo´er y le pediste a Xiao Cai que le enviara una carta de amor. Finalmente, te olvidaste de Hou Bo´er y te concentraste en la mensajera…

Tonterías, le dije.

El pasado mes me volví a topar con Hou Bo´er y llevaba a su nieto al parque de Nanhu.

¿Y qué pinta tenía?, le pregunté.

Iba curvada y cojeaba de una pierna.

¿Y con quién se casó finalmente?

Con Jiang Zhuang, el vicedirector de la Sociedad de Ventas y Suministros, que también cojeaba un poco de una pierna. Ahora ya

está jubilado y se ha retirado a su pueblo.

Había oído decir que su marido no era así; era la pierna de Hou Bo ´er la que a él le cojeaba.

¡Cómo pueden existir en el mundo ese tipo de hombres!, dije. Verdaderamente da pena.

Un día ella me confesó que había nacido bajo una mala estrella. En esa época solo se veía con el cojo Liu, un obrero fijo que prácticamente formaba parte de los cuadros, y gracias a él Xiao Cai podía comer sus buenos trozos de carne.

Compañeros, no digáis sandeces. Unos buenos trozos de carne…, ¿quién diablos podía comérselos en esa época?

¡En esa época a todos nos encantaba comer carne, y no hacías a nadie feliz si únicamente le dabas un trozo raquítico! Jiang Datian, el cocinero de nuestra cantina, decía que cuando el viejo Sun y el viejo Guo estaban a punto de venir, él mismo les preparaba un par de boles con sus buenos pedazos de carne dentro. ¡Y que no falten!

¡Te chuparías los dedos!, dijo Hua Jian, que en aquella época se ocupaba de un taller en el que componían ramos de flores.

¡Joder! ¡Los pedos de tu abuela! ¡Qué mal huelen!

¡Le lames el culo al líder del Partido! Tan digno y honrado que te crees, ¿no te avergüenzas de ello?

¡Cierra la boca! ¡Ándate con cuidado porque te voy a meter la cabeza bajo el agua para que no digas más tonterías! ¡Y te va salir el agua por el culo, bocazas!

¡Atrévete, valiente! ¡Si me pones la mano encima, te vas a enterar de lo que vale un peine, gilipollas!

Los dos hombres se levantaron y se miraron con los ojos bien abiertos. En un primer momento fue Jiang Datian quien levantó la palma de su mano y lanzó agua caliente a la cara de Hua Jian.

¿Cómo te atreves?, exclamó este, que respondió salpicando él también a Jiang Datian.

Cerraron los ojos, se doblaron y comenzaron a salpicarse mutuamente. Luego se abrazaron y, sin soltarse, Hua agarrando a Jiang y Jiang agarrando a Hua, uno obligaba al otro a zambullirse sucesivamente en el agua.

A principio, los dos sonreían, pero a partir de un momento dejaron de hacerlo.

Quise separarlos.

Déjalos, me previno Dong Jiajin. Esto forma parte del programa.

A todos se nos han echado los años encima, dije.

Algunos se creen eternos y piensan que no se hacen viejos nunca.

Palmaditas en el agua y desnudos. ¡Cómo unos niños! Así son esos dos. Zambulléndose en el agua mutuamente para ver quién es más

fuerte. No tengo palabras para expresar lo que pienso.

¡Están haciendo teatro para que lo vean tus ojos!, me dijo Dong Jiajin; y además, quieren que los metas en alguna de tus novelas.

Le dije: De acuerdo, lo haré.

Un jovenzuelo con pantalones cortos llegó gritando: ¡Tío, no hagas nada!

Dije: ¡Rápido, sepáralos!

Tío, no armes bulla por nada. Si el director nos ve, ¡nos va a dar un bonus!

Hua Jian agarró a Jiang Datian por el cuello y hundió su cabeza bajo el agua. Ahora me vas a lamer el culo, le dijo. ¡Venga, empieza! La cabeza de Jiang Datian salió de repente del agua, zarandeó a ciegas las manos y tosió varias veces. Hua Jian sonrió y le preguntó: ¡Dime, capullo! ¿A qué sabe esa sopa de hongos? Jiang Datian levantó el puño y le arreó un golpe a Hua Jian, que se cubrió inmediatamente la nariz con la mano. La sangre se mezclaba con el agua de la piscina.

Tío, habéis dejado el agua hecha un asco. El joven se dirigió a uno de los encargados del guardarropas de la casa de baños y gritó: ¡Rápido, ve a buscar al director!

Y todos, uno detrás de otro, fueron saliendo de la piscina.

Los dos tipos (Jiang y Hua) continuaban zurrándose sin piedad. Me metí entre ellos y les dije: Hermanos, hacía tantos años que nos veíamos… Por fin os veo las caras, ¡y estoy tan contento que os voy a invitar a cenar esta noche!

Hua Jian dijo: Este no es el careto del hermano Mo que conocía yo. ¡La madre que te parió! ¡Qué amarillo estás! ¡Parece que acabas de salir del mundo de los muertos!

Jiang Datian dijo a su vez: ¿Cómo puedes hablar así? ¡Qué melodramático eres, hermano! ¡Un par de gotas de sangre de perro y ya crees que se ha cometido un crimen en la piscina!

¡Vale, ya está bien! ¡Que se acabe el teatro!, dijo Dong Jiajin.

Un joven con un *walkie-talkie* en la mano y un par de policías se presentaron apresuradamente en la piscina.

¿Qué pasa?

No pasa nada. ¡Juegos de niños!

¿Y a qué viene tanto jaleo? Os declaro persona *non grata*. ¡No quiero ver más a clientes como vosotros en esta casa de baños! ¿Os queda claro?

¿Qué dices?, preguntó Dong Jiajin, entornando los ojos. ¡Nosotros pintamos algo en este mundo!

Me importa un bledo quiénes seáis. Nadie puede pelearse en la piscina del establecimiento que yo dirijo. ¡El reglamento es para todo el mundo! Si alguien muere, se ahoga o resulta herido, ¿sabéis quién

es el responsable?

¿Cómo puede un polluelo como este hablarnos de esa manera?, se quejó Dong Jiajin con mucho resentimiento en la voz. Este joven se está dirigiendo a nosotros con una arrogancia insoportable. ¿No habría que decirle algo a este chulito que se cree superior? Nuestro patrón, Shi Liancheng, era un simple obrero en la fábrica donde yo era director. En cierta ocasión, cuando trabajaba en el turno de noche, rompió las reglas y se puso a fumar. La planta procesadora de algodón casi desaparece entre las llamas. De no haber sido por su madre, que se presentó en mi casa y se arrodilló ante mí, habría tenido que recibir un castigo ejemplar por su comportamiento. Mi corazón se ablandó al verla, y ¡fui y como un tonto escondí la verdad para que no le hicieran nada! La casa de la familia de su madre estaba en nuestro pueblo y ella también se apellidaba Dong. La consideraba como a una hermana. Si no te lo crees, vas y se lo preguntas, pero él…, ¡si no se atrevía a llamarme tío materno…! ¡Le daba un bofetón en la cara…!

El director encargado de la seguridad de la casa de baños se fue discretamente.

Dong Jiajin, sentado en el bordillo de la piscina, sentenció moviendo uno de sus brazos: Cuando el hombre malo consigue lo que quiere, el hombre bueno y noble cae en desgracia[104]. ¿Consideráis a Shi Liancheng como un ser humano normal? Pídele que mire en el tanque de diésel. El muy bribón meó dentro y causó un incendio. ¡La madre que lo parió! ¡Encima tuvo la cachaza de decirnos que su objetivo era ahorrar combustible por el bien del país! Cogió un saco lleno de capullos de algodón y metió dentro a un gato. Luego le dio varios golpes contra el suelo y el pobre animalejo empezó a sangrar. Daba asco ver el saco con esas manchas de sangre roja. ¡Sus maullidos pusieron los pelos de punta a las obreras! Al ver la escena (todavía hoy me siento horrorizado), ¡me cagué en los pantalones! Ya había habido un precedente. Hubo un obrero que se había quedado dormido dentro de un saco de algodón. No se dieron cuenta y empezaron a darle golpes pensando (en realidad sabían que estaba dentro) que solo había algodón. El saco se empapó inmediatamente de sangre. Viejo Yu, ¡me meé en los pantalones…! Yu Mingliang, tú lo sabías. Me habían hecho subdirector de la fábrica y él echaba baba por la boca, mordía fuertemente con los dientes y los tenía muy largos, se comportaba como una cabra loca porque no soportaba mi ascenso. Shi Liancheng, esa piltrafa envidiosa, estaba siempre ahí, a mi lado, con una sonrisa cínica en sus labios. Cuando supe la verdad, casi me volví loco y me puse a insultarlo. Shi Liancheng, ¡me cago en la madre que te trajo a ese mundo… ¿Qué me dices?, me preguntó. Tío, ¡mi madre es tu hermana! Así que yo, esa piltrafa, como me llamas, he hecho todas esas travesuras, pero simplemente para divertirme. ¡No paraba

de trabajar y estaba exhausto!

Tras el período de las grandes reformas, como se suele decir, me lancé al mar para probar suerte, y me metí en un primer momento en la Sociedad de Marketing y Suplementos; luego abrí un restaurante y una discoteca. Fíjate, al cabo de unos años me he hecho millonario. ¡Y ahora alcalde del pueblo! ¿Te lo puedes creer, tío? Ah, se me olvidó decírtelo, la casa de baños también es mía. Al lado del parque de Nanhu hay un hotel internacional de nombre La Capital de las Nubes que también es de mi propiedad, y es de cinco estrellas; he oído decir que ha habido un par de presidentes de otros países y varios secretarios nacionales del Partido que ya han ocupado sus *suites* privadas. Los grifos de esas habitaciones están bañados en oro. He enchufado a mi cuñado en la cocina para que prepare unos buenos abulones y esos ricachones se chupen los dedos.

¡Y durante una eternidad no implementaste la política del hijo único!

¡Ninguno de nosotros es tan tonto como tú!, dijo Dong Jiajin. Al nacer te escondimos en la casa de unos familiares para que te criaran. Cuando mejoraron las circunstancias, resultó que nuestra decisión había sido la acertada. Tengo un par de errores debidos a mi orgullo: el viejo Jiang y el viejo Hua. El primero fue una equivocación menor, pero con el segundo me mostré demasiado atrevido, aunque sigo pensando que las dos faltas, es decir, los dos hijos que tuve, fueron errores menores debido a mi exceso de orgullo. ¡Fueron en efecto dos errores!

¡No hables de mí, por favor! ¡Me ofendes! ¡No fui ningún error!, dijo Hua Jian, que tenía un algodón metido en los orificios de la nariz y apenas podía hablar.

Xiao Liao me lo ha recordado: debería ir a la sauna.

Escribo todos los días y me molestan el cuello y los hombros, tengo la vista borrosa y me duelen los talones. Xiao Liao, la secretaria de un viejo amigo que ahora ocupa un puesto en el Gobierno de la comarca, me trajo a la casa de los baños y la sauna.

Me metí en la sauna y Dong Jiajin invitó a entrar también a los compañeros de trabajo de aquellos años.

Xiao Liao echó agua sobre unas piedras ardientes. El agua se evaporó de inmediato y provocó un ruido parecido al de un chasquido violento.

Dong Jiajin clavó sus ojos en el termómetro de la pared y dijo: Cuarenta y dos grados. No es suficiente. ¡Echa más agua!

El agua hervía al momento y se hacía difícil respirar.

¡El sudor salía a chorros por los poros de nuestra piel!

Hua Jian se cubrió la nariz y salió de la sauna.

Seguro que se va a limpiar el sudor, dijo Dong Jiajin. ¡Ese malnacido no soporta el menor rastro de impurezas en su cuerpo…! Shi Liancheng, ese ser despreciable e insignificante, ¡debería respetarme y dejar a un lado esos aires! ¡A fin de cuentas soy su tío! ¡Y a fin de cuentas fui yo quien lo convirtió en director de la fábrica! ¡Y le hice un favor a ese desagradecido! Me dijo: Tío, lo de la planta procesadora de algodón es una espinita que todavía tengo clavada. Sinceramente, quiero comprarla. Seguro que me la darán por cuatro céntimos… Y le pregunté: ¿Y para qué coño quieres comprarla? ¿Qué vas a hacer con ella? ¡Eso no da ni para pipas…! Me respondió con toda la tranquilidad del mundo: ¿Pues por qué no construir en estas instalaciones una casa de baños…? ¡La madre que te parió, sobrino! ¡Sueñas despierto!, pero lo cierto es que el proyecto se hizo en realidad en un abrir y cerrar de ojos.

Y de hecho se convirtió en la casa de baños más grande del mundo.

¿Acaso has visto todas las casas de baños que hay en este mundo?, preguntó Dong Jiajin. Si es o no la casa de baños más grande del mundo, esa pregunta se la debes hacer a Xiao Guan, que lo sabe todo.

En realidad, no sabía si era la más grande del mundo. Solo conocía la de Beijing, donde iba a menudo a tomar algún baño que otro porque en casa no podía hacerlo. Ahora puedo bañarme en mi casa, en mi bañera, y aquella era la primera vez que accedía a un establecimiento de este tipo de tanto nivel.

¡Qué modesto eres!, dijo Dong Jiajin. Sé que esa modestia te ha hecho progresar en la vida.

Yo también soy muy modesto, pero a mí no me ha hecho progresar nada. En aquellos años, en la planta procesadora de algodón no pasé de guarda de seguridad, dijo Wu Ke.

¿En qué consiste una promoción rápida? Ve hacia el oeste, a diez *li* siguiendo un camino hay una chimenea muy alta que llega a las nubes. Te subes a ella pisando cada uno de los escalones. ¡No pierdas ninguno de ellos porque si no conseguirás llegar hasta arriba! ¡En eso consiste una promoción!

Muchos de los presentes se pusieron a reír.

¿Me pides que vaya al crematorio?, dijo Wu Ke entre risas. ¡Le invito a usted a que vaya primero!

Que seas tú o que sea yo el primero, dime, ¿qué importa? ¡Que sea el Cielo quien lo decida!, saltó Dong Jiajin. La reputación de la planta procesadora donde trabajábamos era notable en esa época; un ejemplo de lo que la clase obrera podía conseguir por sí misma. Todo el mundo nos envidiaba, y ahora se ha convertido en una casa de baños de lujo. Verlo para creerlo. Desde que me han hecho director de este establecimiento, en mi corazón surgen sentimientos encontrados. Ya

no sé qué pensar.

Viejo Dong, no me seas falso.

Estoy siendo honesto. ¡Me siento triste y alegre al mismo tiempo y no sé cómo explicarlo! En los viejos tiempos procesábamos toneladas de capullos de algodón. Corea del Norte necesitaba algodón y el Consejo del Estado nos asignó la misión de proveerlos de esa materia prima. Trabajábamos día y noche y conseguimos niveles de producción excepcionales. ¡Recibimos los elogios del primer ministro Zhou Enlai[105]!

Ya había escrito una novela sobre ese asunto.

Ah, sí, tu novelita *Capullos de algodón blanco*… Pero todo lo que cuentas ahí está inventado. El asunto del tamaño de los granos de sésamo me pareció fuera de lugar. ¡Les diste el tamaño de un melón! Al fin y al cabo, siempre has sido demasiado emocional, y se te fue la mano.

¡Pues a mí en esa novela me convirtió en un gamberro!, dijo indignado Wu Ke. Si no fuera porque el viejo Dong se pondría en medio para impedirlo, te daría ahora mismo una lección que no ibas a olvidar en la vida.

Todos se han hecho una idea de ti, dijo Dong Jiajin. En todo lo que has escrito, salvo tú mismo, nadie sale bien parado.

Queridos hermanos, lo siento de veras, dije, sumiso y juntando las manos. Nadie que haya leído esa novela se la ha tomado en serio. Piensan que son personajes de ficción. No hay por qué ser tan paranoico conmigo.

¿Cómo? ¡Si describiste incluso los pelos que salían de mi barbilla; hasta un ciego me hubiese reconocido!

No habría estado mal incluir tu hernia intestinal.

Tu descripción de las mujeres tampoco tenía desperdicio, especialmente la que hiciste de Hou Bo´er. ¡Qué guapa te quedó! Simplemente, habría podido competir con Diao Chan[106]!

¡Invito a todo el mundo a cenar esta misma noche! Salgamos de la sauna, pero con cuidado. Si nos resbalamos, ¡nos vamos a caer de culo sobre el suelo y está durísimo!

Salieron todos, se despidieron unos de otros, pero con precaución para no caer.

¡En marcha! Vayamos a la tercera planta, donde está el bufé libre. En el cielo se vuela, en el agua se nada, en la tierra se corre, y a cada uno lo que le toca, dijo Dong Jiajin.

Pues vale, yo me encargo de entretener a los invitados.

¿Dónde nos vas a invitar? Tengo una tarjeta de crédito de la clase «diamante», que es la que posee el director de este establecimiento, una especie de cheque en blanco, dijo Dong Jiajin. Me la dio Shi

Liancheng y la verdad es que apenas le presto atención.

Creo que hay algo más en esa escasa atención que le prestas, dijo Jiang Datian. ¿Acaso no tienes ahí tus dividendos?

Me pidió que fuese a trabajar al departamento de mensajería de su compañía por un sueldo de tres mil yuanes al mes. Por supuesto, lo rechacé. No servía para nada. No era más que un antiguo cuadro directivo retirado en la administración de una empresa estatal de la edad de los dinosaurios. ¿Me iban a dar ahora el puesto de perro guardián? ¡Bah!, y le dije: Shi Liancheng, tú, piltrafa, ¿acaso no vas a convertir la antigua procesadora de algodón en una casa de baños? ¡Eres un inmoral! Y él me respondió: Viejo tío, no voy a convertir ese lugar en una pocilga para cerdos corruptos, así que te doy la tarjeta de crédito del tipo diamante para lo que necesites. Eres el dueño y señor del lugar. ¡Y no te cortes! Tú mandas, tú pones las reglas a la gente que venga. Con ella puedes invitar a quienes te plazca. ¿Lo comprendes ahora?

Maravilloso, dije mirando a los presentes. ¿Qué hay de malo en ello?

Todos van a sacar beneficio por conocer al viejo Dong.

En realidad, nadie se va a beneficiar de ello. Éramos todos empleados de la procesadora de algodón y un hijo de puta la vendió sin ningún escrúpulo, gruñó Hua Jian.

En el restaurante de la tercera planta me senté un rato junto a Dong Jiang para fumar un cigarrillo. Mis antiguos compañeros de trabajo deambulaban por delante de nosotros cogiendo todo tipo de manjares de las mesas. Parecía que no habían comido en su vida. Se les había hinchado la barriga y no paraban de hipar.

II

LA CAMA ROJA

Me dolía el talón derecho y así llevaba más de un año. Me fui al hospital para que me hicieran una radiografía, pero el encargado me dijo que hacer una costaba lo mismo que hacer dos, así que me hacía dos para estar más seguros. El doctor se dispuso a interpretarlas y, mirándolas a contraluz, me dijo: «Hay un hueso que te ha salido dentro al hacerte mayor…». «¿Y cómo ha podido crecerme un hueso al hacerme mayor?», le pregunté. El doctor marcó con su bolígrafo dónde estaba ese hueso que había surgido con la edad. Le pedí que me indicara su posición exacta, y me tocó el talón con los dedos. «¿Y tengo lo mismo en el talón izquierdo?». El doctor me dijo que sí.

Además, este presentaba un problema más serio que el hueso del pie derecho. «¿Y por qué no me duele tanto como me duele el talón derecho?». El médico me contestó: «Este tipo de enfermedad no tiene explicación…». Le pregunté si no había algún remedio y me explicó que, aunque los había, en realidad no servían de nada. Volví a preguntarle: «Pero ¿qué se puede hacer?», y entonces me explicó que lo mejor era sumergir los pies en agua caliente para aliviar el dolor. «Las calles están llenas de esas casas que lavan los pies. Pídeles que te hagan un masaje». «¿Son beneficiosos esos masajes?». Y el doctor reconoció que tampoco pasaba nada si no me los hacía.

Seguí los pasos de Xiao Liao y nos adentramos por un pasillo cubierto por una alfombrilla fina de color rojo. Giramos varias veces y finalmente entramos en un salón de gran tamaño; pertenecía a una de esas enormes casas donde hacen masajes y te lavan los pies. Un par de tipos obesos permanecían reclinados sobre un sofá fumando un cigarrillo. También había un par de señoritas con minifalda lavándoles los pies a ese par de gordos. Uno de ellos, de tez oscura, exhibía una verruga en la barbilla y decía en voz alta: «¡Suavecito! ¿O es que quieres matarme…?». Nada más acabar de hablar, el gordo se tiró un pedo que resonó en la estancia.

Xiao Liao frunció el ceño y le preguntó a una *xiaojie*[107] que estaba delante de nosotros: «¿No disponen de habitaciones privadas?».

«Tenemos una —dijo la *xiaojie* con un tono de voz apologético—, pero debe estar cerrada con llave y nadie puede entrar en ella».

Xiao Liao preguntó: «Pero ¿qué quieres decir con eso?».

En la habitación privada había un par de camas y un aparato de televisión. La *xiaojie* que lavaba los pies no había llegado todavía, así que me senté al lado de una de las camas y comencé a masajearme los talones. Xiao Liao agarró el mando a distancia del televisor y se puso a cambiar repetidamente de canal. Aparecían imágenes sin sonido y luego sonidos sin imágenes. Xiao Liao me dijo que teníamos que buscar otra habitación y yo le di la razón.

La *xiaojie* que lavaba los pies… Esa manera de denominar a las chicas no me parecía correcta. ¿Por qué no llamarlas simplemente chicas? ¿O jovencitas solteras? ¿O mujeres? Cualquier cosa sonaba mucho mejor que *xiaojie* y otorgaba más misterio a la condición femenina; era también más respetuoso, aunque, finalmente, mejor dejarlo como estaba. Precisamente entre los funcionarios de mi terruño se había puesto de moda añadirle el «lo» (y todo lo femenino que se incluía en él) a ese «dejarlo estar». Por supuesto, había que tomárselo con humor. Si los especialistas en lingüística se hubiesen enterado de ese uso del lenguaje, habrían puesto el grito en el cielo, y el traductor de esta obra tendría que estar muy preocupado averiguando cómo iba a quedar en su idioma.

La *xiaojie* que lavaba los pies era mucho más alta que Xiao Liao y tenía unas manchas rojas en apariencia muy naturales en su semblante. Sus dientes eran blanquísimos y, nada más verla, creí estar viendo a alguien de mi pueblo, pero no era verdad, como tampoco eran reales la blancura de sus dientes ni las rojeces de su rostro, que pretendían darle una inocencia que no tenía. Lo cierto era que la *xiaojie* que lavaba los pies tenía los dientes amarillos y el rostro pálido, pero se había puesto una pasta blanca en la boca y se había maquillado las mejillas.

Le preguntó a Xiao Liao: «¿Hay que darle primero un masaje en los hombros?».

«Vaya pregunta —le contestó Xiao Liao—. ¿Es que acaso tienes miedo de que nos consideren unos muertos de hambre o algo parecido?».

«¿Cómo osaría pretender una cosa así? —le respondió la joven de los dientes blancos—; nada más verlo a usted, uno pensaría que es el patrón de este salón de masajes.

A Xiao Liao daba pena verlo de lo delgaducho que estaba; en realidad no creía que se pareciese a un patrón de ningún negocio o empresa.

«¡Qué duro lo tiene!», le dijo la joven de los dientes blancos mientras le manoseaba los hombros.

«El lugar donde está duro no debería estar duro y el lugar donde debería no estar duro también está duro», apuntó Xiao Liao.

Tan pronto como se vio dentro de la habitación donde se lavaban los pies, Xiao Liao se sintió totalmente cambiado, comenzó o a hablar de manera relajada y se le soltó la lengua.

«Tranquilícese, hombre —le pidió la joven de los dientes blancos —. Ya verá, le voy a quitar de encima todo eso que tiene tan duro».

«¿Y tú, patrón?», me preguntó la *xiaojie* que me lavaba los pies, que tenía una piel clara, una dentadura correcta, un cabello esponjoso y mucho atractivo.

Le respondí: «Pues lo mismo».

Mientras sus manitas presionaban con fuerza los músculos de mis hombros, me dijo: «Se nota que los líderes del Partido han pasado mucho tiempo en un despacho trabajando. ¿No tienes los hombros inflamados?».

«¿Desde cuándo soy yo uno de los líderes del Partido?».

«Un patrón es normalmente un tipo charlatán y extrovertido, mientras que los líderes del Partido son seres taciturnos y silenciosos».

«Un pecho solo huele mal, pero el olor de un bebé chupando de la teta de su madre huele de maravilla».

Mientras me lavaba los pies, vi algo rojo en medio de la mata

negra y densa de su cabello. La expresión de mis ojos manifestó un inesperado entusiasmo.

«¿Y el agua, está bastante caliente?».

«No lo suficiente».

«¿Y ahora?», me preguntó, añadiendo más agua caliente en el barreño.

«Sí, puede pasar».

«¿Cuánto os pagan cada mes por este trabajo?», le preguntó Xiao Liao a la joven de los dientes blancos.

«No tenemos sueldo fijo».

«¿Cuánto ganas por servicio?»

«Treinta yuanes».

«¿Cuántos servicios haces en un día?».

«Depende de la estación del año».

«¿Y en una estación en la que estás muy ocupada?».

«Ahora no es uno de los mejores momentos del año. ¿Cuál es el más próspero?, pues creo que es para las fiestas del Año Nuevo».

«¿Cuántos servicios has hecho hoy, por ejemplo?».

«Nueve».

«Por tanto, hoy ya has ganado doscientos setenta yuanes —le dijo Xiao Liao—. En un mes puedes llegar a hacerte con siete u ocho mil yuanes».

«Durante el período de las fiestas del Año Nuevo en un día puedo llegar a ganar casi tres mil yuanes».

«¿Y cuánto llevas ganado tú hoy?», le pregunté a la *xiaojie* que estaba delante de mí.

«¡Vaya pregunta! Hablas como un militar del Ejército Popular de Liberación; eso es lo que eres…, ¡un militar de alto rango a quien le estoy lavando los pies!».

«Sí, cierto, un soldado como el de ese busto de la película *Ibrahim es una estatua de bronce*[108]».

«¿De qué estatua de bronce me hablas? ¿De dónde sales? ¡Oh…!», dijo ella sonriendo. Yo me puse a pensar cuándo exactamente había visto esa película, si es que la había visto. ¿Era una película albanesa?

«Tú, ¡qué viejo estás!».

«No debe importarte mi edad; en todo caso, ya veo yo a diario la edad que tengo con mis propios ojos. Me pregunto dónde te he visto antes», comenté.

«En el distrito de Beidaihe, en la ciudad de Qinhuangdao[109]», dijo ella refiriéndose poco después al nombre de un sanatorio.

«He pasado por ese sanatorio», le confirmé.

«¿Tú?».

«¡Sí, yo!».

«Entonces debo referirme a tu persona como si fueras un “alto funcionario”. ¡Vaya pez gordo! ¡Y te estoy lavando los pies…! ¡Que honor!».

«No soy ningún alto funcionario, créeme».

«Pero a ese lugar solo pueden ir los altos funcionarios del Partido, y no cualquiera de ellos».

«En esa época yo pasaba películas, así que lo hacía para los cuadros del Partido que se encontraban allí».

«¿De veras? No me extraña que tu cara me resulte tan familiar. ¡Te vi en el sanatorio!».

«Debías de estar gateando en esa época, cuando se proyectó esa película, probablemente no habías nacido todavía», le dije.

«Tampoco soy una polluela que digamos».

«¿Qué hacías ahí? ¿Trabajabas de enfermera?».

«Si hubiese trabajado como enfermera en un sitio tan prestigioso, ¿crees que te estaría lavando ahora los pies en ese salón de masajes?».

«¿Qué hacías entonces?».

«Trabajaba de camarera, me encargaba de limpiar los aseos y servir el té».

«Lo de servir el té no es una tarea fácil».

«Sí, lo era. Más de cien personas de nuestra comarca se postularon para un puesto de trabajo en ese sanatorio y solo nos escogieron a nosotras dos».

«Dos de cien, vaya…».

Empezó a manosearme los pies. El talón de mi pie derecho me dolía enormemente.

«¿Es aquí?».

«En el interior».

«¿Aquí?».

«Efectivamente. ¡Ay! ¡Con suavidad!».

«¡Parece que tienes una perla metida dentro que está dando vueltas!».

«¿Qué está pasando?».

«Tienes inflamado el tendón».

«¿Y cómo lo sabes?».

«He hecho muchos masajes en los pies a muchos clientes que tenían el mismo dolor en los talones».

«¿No es un espolón?».

«No, es una inflamación del tendón. Lo he leído en un libro».

«Oh, y también lees libros».

«Tengo el certificado de enseñanza media. ¿Qué te creías?».

«¿Puedes curármelo con un masaje?».

«Más que un masaje, podría utilizar la acupuntura y quitarte la sangre solidificada que se te ha quedado ahí dentro».

«Te estaría muy agradecido si pudieras hacerlo».

«Ahora te voy a afeitar».

«¡Ay, eso duele!».

«Pues tienes que soportarlo… ¿No has estado en el Ejército?».

«¿Y cómo sabes que he estado en el Ejército?».

«¡Tú mismo me lo dijiste!».

«¿Cómo has acabado en este tugurio donde estamos ahora?».

«Por una falta que cometí».

«¿Qué tipo de falta?».

«Una falta en el trabajo».

«Oh, pues debió de ser una falta verdaderamente seria para que te echasen…».

«Ya se sabe…, los individuos insignificantes cometen faltas en su trabajo, mientras que los altos funcionarios unen lazos con las masas».

«¡Tú sí que tienes sentido del humor!».

«¿Continúo actuando en este diálogo cómico o me callo?».

«¿Un diálogo cómico de mujeres tal vez? Yo me lo estoy tomando muy en serio».

«¡No te chotees de mí…! Déjame que te diga: yo estaba hecha para triunfar en las artes literarias, y si no fuera porque cometí esa falta en el trabajo, pertenecería desde hace tiempo a la flor y nata de la clase literaria de este país».

«Vaya, qué pena que no seguiste por ese camino».

«A mí también me da pena. ¿Sabías que tengo además una voz que puede alcanzar tonos muy altos? Puedo cantar perfectamente la canción *Los llanos de Qinghai y Tíbet*».

«¿De veras tienes una voz tan fuerte? Posees muchos talentos. Hay que tener una voz muy potente y muy entrenada para atreverse con esos cantos tibetanos».

«¿Cuál fue a fin de cuentas la falta que cometiste en el trabajo? ¿Podrías ser un poco más concreta?», le preguntó Xiao Liao.

«Cuando hablamos nosotros dos, tú te callas, por favor. ¡Y no nos interrumpes!».

«Hemos estudiado leyes y tú no nos permites que te ayudemos a resolver un caso en el que te han acusado falsamente de algo».

«No considero que fuera una acusación falsa; todo ocurrió por culpa mía».

«Oh, qué generosa te muestras».

«Dese luego; soy hija de un minero y tengo los huesos duros».

«¿Y cómo acabaste con esos huesos en Gaomi? Este es un lugar remoto y atrasado».

«Señor, usted, que es un alto funcionario, ¡no debería decir esas palabras! Gaomi tiene Qingdao al este y Weifang al oeste, así que está situado en un lugar perfecto».

«¿Y qué hace tu marido?».

«No trabaja, se queda en casa cuidando a nuestro hijo».

«¿Tienes un hijo?».

«Tengo uno, de un año y medio».

«¿Cómo os conocisteis?».

«Servía en el Ejército».

«Ah, ahora lo comprendo. Os enamorasteis y quebrantasteis las leyes en vigor con vuestro amor romántico. ¿No fue así?».

«Así fue, dijo ella. A un soldado valiente del Ejército Popular de Liberación no se le permite tener una relación amorosa con una jovencita empleada en un balneario».

«¿Y qué hacía tu marido en el Ejército?».

«Trabajaba en la cocina».

«… y preparaba la comida a los altos funcionarios del Partido que estaban en el balneario…».

«No, no poseía un nivel tan alto. Se dedicaba más bien a limpiar platos y otras tareas por el estilo».

«¡Los cucharones de las cocinas tienen ojos! ¿No te estaba poniendo carne en tu bol?».

«¿Carne? ¡En estos días a nadie le importa si comes carne o no! ¡Ya no es un lujo!».

«¿Qué viste tú en un pobre soldado de bajo rango?».

«¡Era muy guapo!».

«¿Cuánto de guapo?».

«Casi como Leslie Cheung[110]».

«Oh, pero ¿ese tipo no se suicidó saltando desde una ventana?».

«Mi marido tenía una salud mental de hierro».

«Eres verdaderamente bonita y tienes muchas habilidades. ¿Por qué no te camelaste a uno de esos altos funcionarios y militares de alto rango?», le preguntó Xiao Liao.

«¿Estás interrumpiéndome otra vez?».

«Oh, pregunta lo que te plazca, pero… ¡Ay! ¡No me pinches con las manos! ¡Me haces daño!».

La joven de los dientes blancos me dijo: «¿Quién te permite comer lo que hay dentro del bol y mirar lo que hay fuera?».

«Ay, te sientes celosa… Es la primera vez que consigo despertar los celos de una mujer. ¡Una vez en la vida de todo hombre…! Pero no

me digas que ninguno de esos vejestorios del Partido puso sus ojos en ti».

«Por supuesto que se fijaron en mí, pero no les hice ni caso».

«No sabía que tenías esos niveles de moralidad».

«¿No te lo he dicho? ¡Soy la hija de un minero!».

«Las personas importantes de este país también se fijan en las hijas de los mineros».

«He visto la película *Ibrahim es una estatua de bronce*, y ese verano, ese alto cargo del Ejército (entonces ella señaló con el dedo mi nombre, que le era bastante conocido)… Oh, vete saber cómo vamos a sacar esto de ese maldito tendón… También he visto la película *Las olas del Danubio*[111] y *La guerrilla Njësti*[112]… Oh, déjame ver… ¡Ha desaparecido la sangre coagulada!».

«Tienes mucha fuerza en las manos».

«Mis manos lo pasan mal sujetando un simple bol de arroz. ¡No tengo nada de fuerza en ellas! ¿Quieres que te dé un pote?».

«Vale. ¿Se pueden utilizar algunos de los agujeros del acerico para extraer la sangre solidificada cuando esta caiga en el pote?».

«No, no se puede. La próxima vez que vengas te lavaré los pies con agua salada, que reduce la inflamación».

«¡La sal pertenece al pueblo!».

«¡Aniquilemos a los fascistas!».

«¡Liberemos al pueblo de la tiranía!».

«¿Decíais algo?», preguntó la joven de los dientes blancos.

«¡Pues estamos ante un enigma!», nos dijo ella sonriendo, ya que nadie respondió a su pregunta.

Posteriormente, llegaría a ir siete veces en un mes a verla para que me lavase los pies. Sabía su nombre, su edad y de dónde era. También tuve la oportunidad de ver a su marido y era, en efecto, un joven muy apuesto de ojos melancólicos, nariz bien formada y cabello ondulado que se parecía, ciertamente, al héroe de la película *Ibrahim es una estatua de bronce*; era la niñera que se ocupaba del hijo de ambos. Los papeles estaban a todas luces intercambiados en esa pareja. Cuando veías a ese joven de pie fumando un cigarrillo y esperando órdenes, todavía se parecía más a una niñera como las de antes. Además, fumaba cigarrillos liados con hojas secas, esos que no llevan filtro, al igual que hacía Ibrahim en la película. Ibrahim inhalaba el humo profundamente y luego lo expulsaba con violencia, igual que el marido de mi masajista. El humo dibujaba en el aire formas que recordaban una serpiente al salir de un agujero de la tierra. El hijo era muy guapo y parecía gozar de muy buena salud; todo su cuerpo olía a leche materna. Cada tarde, entre las tres y la cuatro, su madre salía del trabajo para encargarse de la alimentación de la criatura. Decía:

«Oh, este es el momento de la merienda de mi hijo…». Le dije que su marido no se parecía en nada a Leslie Cheung y ella me replicó: «¿No se parece en nada? Yo encuentro que sí se parece».

El marido se apellidaba Wang y su nombre era Haiyang (‘océano’); medio en broma le dije que en su nombre había mucha agua. ¡Un océano ni más ni menos! El hombre me preguntó: «¿Y sirvo para algo? Ahora me mantiene una mujer. ¡Mi vida depende de mi *laopo*! ¡Una mujer que se desloma lavando los pies y haciendo masajes…!». Le dije que se estaba subestimando y que no debía verse con esos ojos. Cuidaba de su hijo en casa y ese era un trabajo muy importante. Con una sonrisa amarga, me replicó: «El tono de tu voz me recuerda el de un comisario de Policía de los que hay en el Ejército», y ella, que estaba a un lado, añadió: «Es un comisario de Policía del Ejército, pero, comparado con ellos, es mucho más importante». Le dije a Wang Haiyang: «Xiao Wang, tu mujer vale mucho y es muy talentosa. Tenéis un gran futuro por delante», pero el hombre arrojó la colilla de su cigarrillo en un surco bajo un árbol y, desanimado, musitó: «El futuro…, ¿quién sabe cómo será el futuro…?».

La segunda vez que fui a buscarla para que me lavase los pies, no la vi, en cambio sí estaba la chica que normalmente lavaba a Xiao Liao. La nueva masajista era una joven feúcha y con la cara muy larga y chupada.

Le pregunté: «¿Y la masajista de dientes blancos?».

Me respondió: «Ha pasado por la cama roja[113]».

«¿Qué?».

«¿No sabes a lo que me refiero? ¡Ha hecho mucho dinero!».

«Que yo sepa, aquí uno no se hace rico».

«Pero se puede ganar un dinerito si trabajas mucho».

«¿Cuánto?».

«¿No sabes para qué sirve la cama roja?», preguntó Xiao Liao.

«Qué inocente eres».

«No voy a fingir que lo sé; reconozco que soy muy inocente».

«Más tarde podéis echarle un vistazo. Salís de esta sala y veréis una alfombrilla roja. Giráis un par de veces y encontraréis la habitación de la cama roja».

«¿Y tú por qué no has pasado por la cama roja?».

«¿Te lavo los pies o lo dejamos?».

«Sí, por favor, lávame los pies, solo eso, y por nada del mundo vayamos a esa habitación».

LA PAZ SUPREMA BAJO EL CIELO[114]

I

El nombre completo de Xiao Ao era Ma Ying´ao, pero, salvo los maestros de la escuela, nadie lo llamaba así, y en el pueblo todo el mundo lo conocía como Xiao Ao.

El domingo por la mañana, ya que se había puesto a llover y no podíamos sacar fuera a las ovejas, mi abuelo paterno le pidió a Xiao Ao que se quedase a estudiar en la casa. Se tumbó sobre el *kang*, abrió el libro de texto, lo hojeó y enseguida sintió que se aburría. Volvió a abrir otro libro, pero esta vez ilustrado, uno para niños, porque le encantaba detenerse en los dibujos, pero de nuevo sintió que se aburría. Sus ojos se detuvieron en una lagartija que atravesaba la pared. Seguían el trayecto errático del animalejo que, de repente…, sacó la lengua y se zampó un mosquito. Con el mosquito en la boca, la lagartija hizo un ruido con su colita delgada y esta se rompió. Otra lagartija hizo su aparición desde la oscuridad y se tragó la cola que la primera había dejado caer sobre el *kang*. Xiao Ao se asustó y dio un salto. Pensó que debía informar a mi abuelo de ese fenómeno extraño, pero el hombre estaba como un tronco y Xiao Ao solo podía oír sus ronquidos. Mi abuelo —Xiao Ao acabó por considerarlo también su propio abuelo— se había quedado dormido sentado, con las manos colgándole dentro de la cesta de ramas de sauce que estaba junto al *kang*, así que Xiao Ao pasó junto a él discretamente, sin hacer el menor ruido que pudiese despertarlo, y, tras salir por la puerta del cuarto, con su sombrero de paja ya en la cabeza, atravesó el patio y finalmente salió por la puerta principal. Había un par de cabras balando atadas al árbol de los caquis, pero él no les hizo ni caso.

Caía la lluvia, no era ni mucha ni poca, y el sombrero de paja de Xiao Ao crujía por todas partes. La superficie de la calle, que acababa de asfaltarse, brillaba con intensidad. Xiao Ao, que con sus pisadas salpicaba caóticamente el agua sobre el asfalto, creía estar oyendo los gruñidos de alguien mientras repasaba mentalmente algunas lindezas que en la escuela dedicaban a Yuan Xiaobei, uno de sus compañeros.

A la tortuguita, que era como le llamaba, lo que más le gustaba era cabrear a la gente; se pasaba llorando toda la noche y durante el día no decía ni pío, le decían a Yuan Xiaobei para picarlo. Ya se sabe, la oscuridad en la pocilga de los cerdos y la luz a través del cristal de la ventana. Le recordaban que su familia había ganado mucho dinero criando cerdos y que luego todos se marcharon a vivir a la ciudad.

No había nadie en la calle, únicamente un perro con el rabo entre las piernas pasaba raudo para evitar la lluvia que lo estaba empapando. Un gorrión había alzado el vuelo con una cigarra atrapada en su pico y el pobre insecto, que luchaba por seguir vivo, emitía unos sonidos estridentes. Xiao Ao, que oía los quejidos agónicos de la cigarra, se indignó: no estaba dispuesto a aceptar que se cometiese una injusticia tal ante sus ojos. ¿Cómo podía entenderse que un pequeño gorrión se zampase una cigarra de ese tamaño? ¿No era para indignarse? Como era de esperar, agarró al gorrión por el pico y liberó a la cigarra. El insecto echó a volar, no sin antes repetir ese sonido chillón que se oyó hasta en el cielo. Xiao Ao en la vida habría imaginado que una cigarra pudiese volar tan alto y producir un ruido tan potente. El gorrión, que había perdido a su presa, cayó exhausto sobre la parte inferior de los peldaños de la casa de Zhang Erkun, y solo al cabo de mucho tiempo dejó escapar un murmullo semejante al suspiro de un viejo.

La casa de Zhang Erkun era la más imponente del pueblo. Flanqueaban la entrada dos muros blancos sobre los que había sendas frases, escritas en grandes caracteres *hanzi*; sobre el de la izquierda se podía leer: unos aseos reconstruidos al nuevo estilo, y sobre el muro derecho: para una vida civilizada y placentera. Zhang Erkun era el funcionario de más alto nivel que había tenido nuestro pueblo en toda su historia, y los lugareños, aunque sin demasiada convicción, escribieron ese mismo eslogan sobre los aseos reformados de sus propias casas. Erkun aseguró que yo también lo había garabateado sobre las paredes de la mía. Zhang Erkun gobernó durante un par de años este pueblo cuya desorganización y atraso eran notorios más allá de sus fronteras, y permitió que sus gentes disfrutaran de servicios modernos, quiero decir, unos inodoros donde podíamos reposar el trasero mientras hacíamos nuestras necesidades. Zhang Erkun aseguraba que unos campesinos que pueden cagar sentados constituyen el mejor ejemplo de una sociedad en la que las necesidades más básicas de la persona han sido satisfechas.

Xiao Ao se acordaba cuando mi abuelo, sentado al lado de ese pote que servía de cagadero y que se situaba junto al *kang*, amonestaba a Erkun; luego, tras varios días, así, sentado en el pote, el abuelo empezaba a elogiar a Erkun.

Hay que decir que, antes de que se hiciera funcionario y empezara

a mandar, Zhang Erkun era la persona más torpe y bruta del pueblo; tiempo atrás había arrojado de malas maneras a su predecesor a la bahía que queda en el lado oeste del pueblo. Xiao Ao se acordaba de la escena, que ese día presenció con sus propios ojos. Al parecer, se estaba celebrando un festival. El funcionario no sabía nadar y se las vio y se las deseó para llegar a la orilla. Una vez a salvo, la barriga se le había hinchado de tanta agua que había tragado, pero Zhang Erkun lo estaba esperando para darle patadas y puñetazos. Lo levantó del suelo y le zurró, volvió a levantarlo del suelo y volvió a zurrarle. Así varias veces. Luego, el hombre le dijo llorando:

—Erkun, abuelo…, ¿hay algo que debo reconocer que no he hecho bien?

Zhang Erkun respondió:

—Explícate, y que todo el mundo te escuche. ¿Qué debes reconocer que no has hecho bien?

Y el funcionario del Gobierno local confesó:

—Mis queridos paisanos, me apropié ilegalmente de unos cuantos fondos estatales otorgados para la construcción de las vías de tren de Heiqing.

Zhang Erkun añadió:

—Paisanos, aquí, en este teléfono móvil tengo grabado un vídeo con las pruebas, y tú debes dar la cara ante todo el mundo. ¿Cuál ha sido tu implicación personal en casos de corrupción? ¿Nos lo vas a decir? No quisiera tener que comentar lo de tu actuación en las aguas de la bahía… ¡Vaya espectáculo!

Xiao Ao recordó los hechos, ocurridos en febrero del año anterior, cuando las aguas de la bahía acababan de mezclarse y estaban gélidas. Soplaba un vientecillo del norte y a quienes se habían acercado a la orilla les temblaba el cuerpo entero, pero todos tenían el teléfono móvil con la cámara operativa, y grababan al pobre funcionario que se las veía y se las deseaba para llegar a tierra. Nadie le ayudó en aquel trance verdaderamente delicado, y al pisar la arena de la bahía, con la boca abierta, los labios amoratados, respirando con dificultad y totalmente empapado de agua empezó a confesar sus delitos. Uno de los presentes, sin embargo, no había encendido la cámara: era el abuelo de Xiao Ao. Intentó activarla, pero no llegó a tiempo. Xiao Ao cogió el móvil del abuelo y lo encendió. El anciano le dijo:

—¡Eh, tú, poca cosa! ¿Quién te ha enseñado a utilizar ese aparatejo?

Zhang Erkun intervino:

—Queridos paisanos, no discutáis, ahora tenéis las pruebas. ¡Por nada del mundo las borréis! ¡Yo no voy a rendirme!

Y los queridos paisanos respondieron:

—Erkun, no se preocupe, le defenderemos.

Al pasar ante la entrada de la casa de Zhang Erkun, Xiao Ao se fijó en un Audi de color negro que está aparcado a un lado de la calle. Detrás del automóvil había una lagartija plateada de enormes dimensiones. Xiao Ao, acobardado, se acercó a ella y la agarró con los dedos, y justo cuando la tenía entre las manos se abrió la puerta de la casa. Apareció Zhang Erkun acompañado de un grandullón de tez oscura. El hombre tenía un barrigón enorme, y el cinturón del pantalón le quedaba justo debajo de la tripa. Zhang Erkun y el otro se dieron las manos mientras una sonrisa aparecía en sus rostros. Se oyó decir:

—No se preocupe, tomaré el trabajo de Yuan Wu.

Xiao Ao no reconoció al grandullón, pero sabía que Yuan Wu era el padre de uno de sus compañeros de clase, Yuan Xiaobei (Yuan la Pequeña Tortuga). Yuan Xiaobei también se llamaba Yuan Xiaojie (Yuan el Héroe del Amanecer); de hecho, Xiao Bie era solamente un apodo. Cuando el grandullón de rostro oscuro se encontraba a siete u ocho pasos de distancia del Audi, el chófer salió bruscamente del vehículo —Xiao Ao, asustado, dio un salto hacia atrás—, se dirigió rápido como el viento hacia el lado derecho del coche y abrió la puertecilla. El grandullón volvió a estrecharle las manos a Zhang Erkun y luego, doblándose, se metió en el vehículo. Poco después de arrancar, el coche se detuvo de golpe: se había reventado un neumático. El chófer abrió suavemente la puerta del Audi y en menos que canta un gallo ya estaba de regreso en el interior del vehículo. El coche arrancó rápidamente y el tubo de escape vomitó un chorro de humo blanco. Zhang Erkun agitaba su mano en señal de despedida sin apartar los ojos del vehículo. El Audi enfiló una de las carreteras empedradas junto a la bahía que conducía al norte. Fue en ese momento preciso cuando lo descubrió:

—Xiao Ao, ¿qué coño estás haciendo ahí?

Xiao Ao señaló con el dedo el gorrión que había sobre el peldaño de la escalera y dijo como quien desvela un gran secreto:

—Una cigarra ha salido volando…

Zhang Erkun sonrió desdeñosamente y comentó:

—¿Qué cigarra ni qué vuelo…? ¡Vuelve a casa y a hacer los deberes!

Xiao Ao, que se había quedado de pie, con los ojos fijos en la figura de Zhang Erkun, observó que vestía una camiseta con el estampado de la marca de cervezas singapurense Tiger —por supuesto, un tigre—, y en los brazos llevaba tatuadas un par de lagartijas de color cian.

Zhang Erkun, poniendo cara de tigre, le gritó:

—¿Qué miras…? Corderito, te he dicho que vuelvas a casa y le

digas al abuelo que llame por teléfono a tus padres. ¡Y os largáis de aquí! Aquí, en el pueblo de Taiping, tenemos cosas importantes que hacer. ¡Vete ya! —Zhang Erkun dio media vuelta, entró en su casa y a continuación cerró de un portazo. En ese momento, Xiao Ao pensó que el gorrión probablemente ya estaba muerto. El pájaro no se movía; quizá, consideró, había muerto por exceso de indignación. Verdaderamente, un gorrión tiene una personalidad muy fuerte.

II

Xiao Ao se fue a dar un paseo a la gran bahía situada al oeste de pueblo, donde observó que un par de tipos estaban pescando. Uno, más joven, era alto; el otro, viejo, más bajito. Oyó que el alto se dirigía al otro llamándolo padre; efectivamente, eran padre e hijo. Ahora todos los hijos son más altos que sus padres, pensó, y se acordó de Zhang Erkun hablando de pie en medio de la calle: «Hijo, ¿por qué los hijos son más altos que los padres? ¿Es por la evolución de la especie?». «¡Pues no, padre! ¡Es debido al nivel de vida en general, que ahora es más alto!».

Los tipos llevaban chubasqueros rojos con capucha y sujetaban unas redes grandes. Las aguas de la gran bahía eran del color de la ceniza, y miles de gotas de lluvia tenue caían sobre su superficie; parecía una lluvia blanca como la leche despegándose del agua. Los pescadores rojos estaban de pie en la orilla y tenían sus ojos clavados en ella, como si no quisieran perderse ningún detalle. Al lado de la bahía varios sauces llorones tendían sus ramas elegantes y reblandecidas sobre el agua. La corteza de los troncos estaba ennegrecida por la lluvia. Había también algunas golondrinas revoloteando sobre la superficie de la bahía, y en el extremo norte, bajo un sauce, anclada, una barca de chapa rojiza pero ya descolorida que debía de llevar mucho tiempo sin utilizarse —era propiedad del antiguo funcionario gubernamental del pueblo—. Xiao Ao dio rienda suelta a su imaginación: esa barcaza debía despertar el morbo en muchos de los aldeanos. No recordaba si en realidad alguien se había montado alguna vez en ella. ¿Cuánto tiempo llevaba atada al tronco del sauce?

Los pescadores tenían los pies desnudos y sus pantalones remangados dejaban visibles las pantorrillas; las del más viejo, de color marrón por estar cubiertas de barro, eran como dos troncos nervudos. En cambio, las espinillas del joven estaban blanquísimas. Los rasgos faciales no se diferenciaban fácilmente, pero de vez en cuando se distinguían los dientes blancos de sus bocas. Xiao Ao pensó

que quizá no podían contener la risa. Sujetaban las redes con las manos y debajo habían atado unos plomos con aberturas más grandes que la piedra de un molino. Antes de lanzar las redes, permanecían de pie inmóviles, con los pies bien clavados en el suelo, y así se cargaban de fuerza. Luego las sopesaban, daban un grito y ¡zas…!, las echaban al aire, donde permanecían unos instantes suspendidas como si estuvieran volando. Poco después caían sobre la superficie de las aguas, y en ese momento ya estaban abiertas, como voraces bocas dispuestas a tragarse todo lo que encontrasen en el interior de la bahía. La lámina de agua quedaba cubierta. Al cabo de un rato comenzaron a retirar las redes. Lentamente recuperaban el aliento. En la parte superior estaban compuestas por unas cuerdas finas que se agrandaban a medida que se acercaban a los extremos. De la zona de arrastre escullaban unas cuantas gotas de lluvia que acababan cayendo sobre los brazos de los pescadores. La red había acarreado con ella el barro del fondo. Las aguas de la bahía eran turbias y desprendían un olor a menudo desagradable.

Cuando las redes quedaron completamente fuera del agua, los pescadores aún continuaban con la cintura doblada, arrastrándolas en la orilla para enderezarlas. Recogerlas suponía sin duda alguna un trabajo pesado y repetitivo. Además, había que retirar las algas negras que estaban enganchadas en la malla. Muchas de esas plantas acuáticas albergaban todavía algunos seres vivos. Los pescadores desplegaron las redes sobre una parte relativamente plana de la orilla y se pusieron a entresacar esos restos vivientes y cualquier inmundicia que hubiera podido quedar. Junto a las algas había también algo de barro, ya en forma de un polvo diminuto, bolsas de varios colores, tejas rotas, trozos de ladrillos y objetos de plástico de difícil identificación. Asimismo, algunos pececillos y unas carpas de grandes dimensiones que brillaban como la reja del arado. ¡Y eran carpas de gran calidad! Xiao Ao se emocionó presenciando esa escena. Unas ranas de piel negra que echaban agua por la nariz se habían quedado atrapadas también; daban saltitos torpes e intentaban escapar, pero no podían. Los pescadores trataban de contener los brincos impredecibles de las carpas, las atrapaban con las manos y las iban depositando en una cesta —comparadas con esos peces enormes, las cestas, fabricadas con hijas de totora, resultaban diminutas—. Además de carpas, había anguilas y lochas. Pero lo más curioso ocurrió cuando el hijo, que le sacaba medio cuerpo a su padre y cuyos brazos también eran mucho más largos que los de su progenitor —obviamente, su fuerza era también superior—, lanzó las redes de nuevo. Xiao Ao observó sus maniobras y le pareció estar contemplando a alguien que practicaba artes marciales. Sus movimientos eran metódicos: alargaba los brazos sujetando la red en las manos, la llevaba detrás de su cuerpo y luego

la lanzaba con todo el ímpetu de que era capaz hacia delante. De su boca salía un grito seco —«¡*ay*!»—, y la malla descendía apaciblemente sobre las aguas de la gran bahía. Al desplegarse en el aire, antes de caer, formaba un círculo majestuoso de gran belleza. A los ojos de Xiao Ao, desprendía destellos luminosos y la escena tenía algo de divino. Entonces, involuntariamente, soltó un grito de admiración. El padre parecía estar disfrutando desde lejos de las maniobras de su hijo; le brillaban los ojos. Una vez que la red reposaba sobre el agua, el hijo retrocedía lentamente, y al retirarla de nuevo el peso era considerable, tanto que parecía que iba a romperse de un momento a otro y, por supuesto, no paraba de temblar. En la bahía se levantaban olitas con tonalidades grises y verdes. Diversos peces vinieron alojados en la red. Xiao Ao había visto numerosas pescas en estas aguas y cómo ejemplares de grandes dimensiones quedaban atrapados. Había prisa por recogerlos, ya que cuando se agitaban podían ser peligrosos y llegar a romper las mallas con su cuerpo y con sus colas afiladas si se ponían irascibles, y una red rota era un serio problema. Arreglarla o reemplazarla siempre era muy caro. La cara del hijo se puso seria de repente; el padre ya no volvió a lanzar la red, sino que se limitó a observar pasivamente al joven, que las estaba recogiendo. En voz baja, le dijo:

—Estabilízala un poco… ¡Hay que estabilizarla ya! ¡Lo vamos a perder…!

Había algo grande y pesado que además se movía. Los rostros de los pescadores se endurecieron como el acero. El padre soltó el extremo de la red que tenía en sus manos y susurró:

—No debes estirar de ella. ¡Estabilízala solamente!

—Padre, hagámoslo juntos, saquemos esa maldita red.

El viejo no contestó. Lentamente y con cautela se metió en el agua. Cuando le llegaba ya a la cintura, se dobló y retiró el plomo que hacía de peso de la boca de la red y volvió a tirar de ella. Aunque no pudo verlo con sus propios ojos, Xiao Ao sabía que esa malla ya no estaría en condiciones de volver a utilizarse. El viejo miró a su hijo, que pudo recuperar de nuevo la fuerza de sus manos, y sostuvo la red junto a su pecho. Finalmente los dos se acercaron a la orilla. Padre e hijo habían comprendido tácitamente lo que acababa de suceder. Extendieron la malla goteante y resbaladiza sobre la tierra y, una vez allí, ya más tranquilos, descubrieron que una tortuga[115] de agua dulce se había quedado enganchada. Era enorme, más grande que esos abanicos chinos gigantes hechos con hojas de palmeras, y de un color amarillo pálido. Nada más deshacerse de la red, la tortuga se apresuró de nuevo hacia las aguas de la bahía, pero el hijo le agarró la caperuza con ambas manos antes de que llegara a su destino. El viejo pescador sacó de su cintura un hilo de nailon blanco y ató las patas traseras del

animal. Luego observó la cintura de su hijo y se fijó en la robustez de su talle. Las cestas parecían llenas de vida en su interior. El viejo sabía que convenía colgarse la tortuga a la cintura —la suya o la de su hijo — y continuar pescando, pero era un ejemplar demasiado grande para lo que suele verse en su especie, de modo que iba a ser imposible llevarla suspendida. Mientras andaba cavilando, el anciano pescador divisó a Xiao Ao.

Se dio cuenta súbitamente de que lo habían descubierto. La gran bahía podía considerarse parte de su pueblo, y los peces de las aguas eran propiedad de las gentes del pueblo. Esos dos pescadores, que no se sabía de dónde venían, habían pescado mucho y encima se habían hecho con una tortuga gigantesca de enorme valor; estaba claro que era como si la hubiesen robado de la gran bahía. Dudó, por tanto, si debía informar de la situación a Zhang Erkun. El más joven de los pescadores dijo:

—Padre, esa tortuga pesa más de diez *jin* y no cabe en la cesta. ¿La devolvemos a la bahía?

—¿Por qué? —le respondió el viejo bajando considerablemente el tono de voz—. Vayamos al mercado y haremos dinero, mucho dinero por una vez en nuestras vidas.

—¡No hay manera de llevarla! ¿Cómo quieres venderla en el mercado? —gritó el pescador más joven.

—Baja la voz, ¿quieres? Temo que nos oiga alguien del pueblo. — Resentido, el anciano amonestó a su hijo y luego le pidió—: Quítate los pantalones.

—¿Qué…?, pero sin pantalones no podré llevar la cesta…

El viejo pescador miró de reojo a Xiao Ao, le dio la tortuga al hijo y se quitó inmediatamente los pantalones. Sus calzoncillos estaban hechos trizas y la escasa tela que conservaban estaba llena de agujeros. Felizmente, tenía el chubasquero rojo que le cubría las vergüenzas. Cogió el pantalón, hizo varias tiras con él y se las dio a su hijo para que fabricara unas ataduras con las que sujetar a la tortuga. De esa manera podría tener las manos libres y sostener la cesta de la pesca; con los corazones de los peces palpitando y sus cuerpos aleteando furiosamente, se prepararon para marcharse. Pero antes, el viejo hizo lo mismo con los pantalones del hijo, que empleó para sujetar la cesta cargada de peces que llevaba consigo; a continuación, se sacó el cinturón, que era de piel oscura, y lo ató en la parte exterior del chubasquero rojo. Parecía muy útil y resistente. El hijo había aprendido las maneras de su padre y repitió sus gestos con su propio cinturón, de color marrón, atándolo a la cintura del chubasquero. Finalmente, el viejo pescador se acercó a una de las ramas flexibles del sauce. Los pantalones negros del padre y los grises del hijo parecían en ese momento un par de sacos destrozados en medio de la

calle. Goteaban agua que caía directamente de la cesta; Xiao Ao sabía que, si eran carpas plateadas lo que había en el interior, no iba a tardar en sucumbir, pero si se trataba de otro tipo de peces, carpines, por ejemplo, durarían todavía, ya que resistían fuera del agua mucho más. Xiao Ao se reía de las cuerdas fabricadas con tiras de pantalón, pues enseguida supo que el alboroto de las cestas se debía a los carpines. El viejo pescador, que mantenía sus ojos en Xiao Ao, se dirigió a él:

—¿Y tú, compañero, de qué te ríes?

Xiao Ao ladeó ligeramente la cabeza, pero no respondió. Una sonrisa con la que buscaba eliminar cualquier resto de hostilidad apareció en el rostro del viejo pescador. El anciano, exhausto, dejó su cesta bajo un sauce que parecía un dragón y depositó la tortuga en un hueco que habían formado en la tierra las raíces del árbol. Concluida la operación, le dijo en voz baja a Xiao Ao:

—Compañero, échanos una mano en vez de mirarnos sin hacer nada, y no digas una sola palabra de lo que has visto. Te daremos un par de estas carpas, ¡y de las más grandes, para que no te quejes! ¿Te parece bien?

Xiao Ao se quedó mirando los pantalones cortados, los peces y la tortuga inmensa, y permaneció aún en silencio.

La tortuga creyó erróneamente que la habían liberado y trató de huir hacia las aguas de la bahía, pero el cordel que todavía la sujetaba impidió que avanzara. Se esforzó por seguir adelante, pero en vano. Lo único que consiguió fue tensar la cuerda que llevaba en una de sus patas traseras. En uno de sus empujones, se dio la vuelta y quedó con la panza mirando el cielo y las extremidades torcidas. Con gran dificultad pudo apoyarse de nuevo sobre sus cuatro patas y continuó avanzando hacia delante tanto como se lo permitía la cuerda, que volvió a tensarse, de modo que el animal volcó otra vez, enseñando su barriga al cielo. Una vez más se esforzó por recuperar la posición correcta. Y así varios intentos, hasta que quedó completamente inmovilizada. Sus ojos, como un par de guisantes, desprendían una luz lúgubre.

El joven pescador se había agachado y con gesto de niño travieso señalaba con uno de sus dedos a la tortuga. Con voz orgullosa, dijo:

—Padre, en realidad, con esa tortuga nos basta. Una tortuga de estas dimensiones se vende fácilmente en el mercado. Al menos nos darán dos mil…

El viejo se quedó mirando a su hijo y musitó:

—¡Cierra la boca!

El joven continuó señalando al animal, incapaz de ocultar la expresión de felicidad en su rostro. El dedo se acercaba cada vez más

a la cabeza del animalejo.

—¿Acaso buscas la muerte? —le amonestó su padre—. ¡Esta tortuga salvaje muerde y podría arrancarte la mando de cuajo! ¿No ves que se debate entre la vida y la muerte?

—Cómo no asustarse con lo que me estás diciendo… —murmuró con desdén el joven pescador, que no obstante hizo caso del consejo, alejó su dedo de la tortuga y él mismo se apartó.

—¡Si no te ha mordido una tortuga, nos sabes el peligro que corres con estas bestias! —le dijo el viejo pescador, que estornudó repentinamente varias veces y murmuró algo en voz baja, antes de dirigirse de nuevo a Xiao Ao:

—Mi joven compañero, ¿qué diablos te pasa? Hoy estás de suerte… ¡Ten un par de pescados y de los grandes! ¡Para ti solito!

—Yo no quiero ningún pescado —contestó Xiao Ao, mirando al anciano a los ojos, y volvió a repetirle—: Yo no quiero ningún pescado.

—¿Cómo? ¿No quieres los pescados? —le preguntó el hombre, frunciendo el ceño—. Así que sin venir a cuento no quieres ahora los pescados… Entonces, ¿qué quieres?

—Quiero la tortuga.

—¿Quieres la tortuga? —preguntó con una sonrisa desdeñosa—. ¿Cómo te atreves a enseñarme los dientes?

—¡No quiero los pescados! ¡Quiero la tortuga! —insistió con firmeza Xiao Ao.

—Pero ¿no sabes lo que cuesta esta tortuga? —alzó la voz ahora el joven pescador—. Todos estos peces reunidos en estos pantalones y esas cestas no valen lo que vale esa tortuga… ¡Ni muchísimo menos!

—No me importa nada. Me pedís que ponga los ojos en los peces, pero ¡yo os digo que quiero la tortuga!

—¿Por qué deberíamos darte la tortuga? ¿Por tu cara bonita…? —soltó el joven pescador mirando a Xiao Ao a los ojos y, a continuación, a su padre. Resentido, le preguntó—: ¿Por qué le permitimos que nos vigile? Los peces están metidos en los pantalones y las cestas, y la tortuga entre las raíces del árbol. ¡Nadie va a salir corriendo!

Xiao Ao le respondió con arrogancia:

—Yo no tengo ningún interés en vigilar los peces que habéis pescado en la bahía. Sois vosotros quienes me habéis obligado hacerlo. ¡Y sois vosotros quienes me ofrecíais dos de los más grandes para callarme la boca!

—Entonces… —volvió a hablar el joven—, lo que queremos ahora es que vigiles lo que hemos pescado. ¿Te queda claro? ¡Y tampoco te vamos a ofrecer nada!

Caía esa lluvia que no era ni abundante ni escasa, y dentro del

agua los peces grandes no paraban de moverse; sus ruidos se percibían desde la orilla, hasta donde llegaba también el mal olor de las aguas.

El viejo pescador, con la vista en la bahía, dijo:

—Mi joven compañero, ayúdanos a hacer nuestro trabajo. Y en cuanto a esta tortuga, cuando nos vayamos hablaremos de nuevo. Quizá seamos generosos y te la devolvamos; pero si nos causas problemas, o tu comportamiento no nos satisface, será poco probable. ¡No te daremos ni las escamas de los peces!

—Id a pescar vuestros peces gordos y dejadme en paz. Yo, de todas formas, quiero esta tortuga.

—¿Quieres de todas formas esta tortuga? —comentó el joven pescador con un tono de voz despreciativo—. ¡De todas formas una mierda…! ¿No sabes lo que podríamos hacerte? ¿Eh, mequetrefe…? Y tú…, ¿qué puedes hacernos tú?

—¿Qué puedo hacer yo…? —respondió fríamente Xiao Ao—, puedo salir corriendo hacia el pueblo y dirigirme directamente a la casa de Zhang Erkun para contarle todo lo que he visto, es decir, mi encuentro con dos pescadores en la bahía… Ah, y también puedo contarle cómo esos dos pescadores están dejando la bahía sin un solo pez. Oh, y se me olvidaba, también podría decirle lo de la tortuga… ¡Esa tortuga enorme que los pescadores han sacado de las aguas de la bahía! ¡Tienen dos cestas con dos pantalones llenos de peces y continúan pescando!

—Son peces que se han criado en la naturaleza, como la tortuga. ¿Por qué no íbamos a poder pescarlos? La naturaleza nos los ofrece y son de todos —replicó el joven pescador.

—La gran bahía pertenece a nuestro pueblo —contestó Xiao Ao—, y los peces que hay en sus aguas también pertenecen, por supuesto, al pueblo.

—¡Y una mierda! Lo que hay en vuestro pueblo… Pregúntaselo a ellos, ¿te pueden responder acaso? Y si te responden, consideraremos sus respuestas…

—Por mucho que se lo pida, los peces que habéis pescado no me van a contestar nada —contratacó Xiao Ao—, pero si lo hace Zhang Erkun, seguro que le responderán. Zhang Erkun tiene un perro salvaje en su casa que es del tamaño de un ternero. Cada vez que tiene que comer, se zampa cinco *jin* de carne. Zhang Erkun también tiene un gong enorme, y cuando lo aporrea todo el mundo en el pueblo sale corriendo. Irán a por vosotros y os confiscarán el pescado que lleváis, vuestras redes y vuestra querida tortuga… Os vais a enterar de quiénes son Zhang Erkun y su gente… Y si no lo confesáis, os arrojarán a las aguas de la bahía.

—¿A quién quieres asustar? Hemos crecido comiendo cereales y de

los buenos. ¡A nosotros nadie nos asusta! —volvió a replicar el joven pescador.

—Tú, mi joven compañero, todavía eres muy pequeño para comprender ciertas cosas… Recuerda, ¡en boca cerrada no entran moscas! —El viejo tenía la vista fija en las aguas de la bahía y en los peces de gran tamaño que formaban espumarajos blancos en la superficie sin parar. Al mismo tiempo que se limpiaba las gotas de la cara con la mano, continuó diciendo—: Mi joven compañero, no tienes necesidad alguna de meterme miedo en el cuerpo. Hace tiempo que nos conocemos Zhang Erkun y yo. Nuestras dos familias tienen miembros que se han casado entre ellos. A decir verdad, Zhang Erkun debería referirse a mí como el hijo del hermano de su abuela, pero todo eso es muy complicado de explicar ahora. Si le llamas, seguramente nos pedirá a mi hijo y a mí que vayamos a beber a su casa. No querría alarmarlo, así que no le diré nada que pueda causarle algún problema.

Xiao Ao sonrió con desdén y no le contestó.

—En realidad, ¿no es simplemente una tortuga como tantas otras? ¿Para qué darle tanto valor? —continuó el hombre—. Cogeremos estas dos cestas llenas de pescado y te daremos la tortuga, pero ahora debes ayudarnos a vigilar estos peces que aquí en la orilla…

—… De acuerdo, os ayudaré con los peces —se apresuró a aceptar Xiao Ao.

—¡Qué generoso eres, padre! —exclamó el joven pescador con voz airada—. ¿Por qué deberíamos darle la tortuga a ese niñato?

—Vale, vale, no digas nada más ahora; esas dos frases son suficientes. Sin perder más tiempo, saquemos provecho del agua revuelta por la lluvia y recojamos esos peces grandes que están tan agitados. Hay muchos atrapados en las redes. —El anciano hizo una señal con los ojos a su hijo y luego se giró hacia Xiao Ao—: Mi joven compañero, no se te ocurra tocar la tortuga. ¡Te puede arrancar un brazo, créeme!

Padre e hijo se acercaron de nuevo al agua y de tanto en tanto se giraban para vigilar el árbol. Era evidente que no las tenían todas consigo respecto a Xiao Ao y su impredecible conducta. Echaron las redes en esa parte de la bahía donde los peces de gran tamaño levantaban espuma. La cosecha, como se suele decir, aunque se trate de peces, se presentaba generosa, y los dos pescadores se frotaban las manos. Sin embargo, ese botín les hizo olvidar lo que les rodeaba.

Xiao Ao observó la calle, donde no había una sola alma, y el pueblo, donde reinaba una calma digna de un cementerio, y sintió que se aburría mortalmente. Dirigió la mirada al humo blanco que desprendían las chimeneas de las casas, que procedía directamente de las cocinas. Supo entonces que había llegado la hora de almorzar y se

acordó un instante del abuelo. Pero había prometido a los pescadores que iba a vigilar los peces que ya tenían en la orilla. Un trato era un trato, y más si estaba en juego la tortuga, que el viejo le había prometido. No, no podía irse así por las buenas. Pensó: «Una vez en mis manos, llevaré esta tortuga y la venderé en el mercado, o tal vez la cocinaré y se la daré al abuelo. ¿No sería esta una buena idea? Desde que murió la abuela el año pasado, su salud ha ido a peor. El año pasado el abuelo no podía dormir en la cesta, pero este año se pone incluso a roncar en ella. ¡El abuelo es un experto en hacer cestas!, y Zhang Erkun le dijo que quería ayudarle a venderlas en el extranjero».

Los peces que había en los pantalones de los pescadores se iban calmando gradualmente y la tortuga, que no se movía, parecía estar ya sin vida. Xiao Ao la observaba cautelosamente. El cuerpo del animal era verde y amarillo, y su caparazón mostraba un bonito diseño muy extraño. La piel de su cuello estaba cubierta de granos negros, su cabeza era negra también, pero su nariz era blanca. Xiao Ao sabía por esos rasgos que era una tortuga vieja[116], lo cual le llevó a hacer una reverencia exagerada hacia el animal. Se fijó en sus ojos, ese par de guisantes que desprendían un odio profundo, y sintió de repente que un escalofrío recorría su cuerpo. Había oído en boca de los abuelos muchas historias sobre esas tortugas que vivían en la gran bahía. Xiao Ao pensaba que ese animal que tenía atadas sus patas traseras y que estaba ahí ante sus ojos era la esencia misma de lo que debía ser una tortuga. Poseía algo mágico y sagrado, era un animal divino y poderoso capaz de influir en el Cielo y en la Tierra, y hasta de destruir el dique del río si se lo proponía. Podía cambiar de forma y convertirse en un anciano con barba larga y bigotes blancos. Una vez adoptada esa apariencia, podía entablar una conversación con él sobre cualquier tema de la vida cotidiana. La vieja tortuga parecía haber descubierto su timidez y haber leído sus pensamientos; sus ojos eran cada vez más brillantes y desprendían más odio.

Por un momento, Xiao Ao no se atrevió a mirar al animal y desvió los ojos hacia los pescadores de la bahía. Estaban justo enfrente de él, pero no podía distinguirlos con claridad. Bajo la lluvia, sus chubasqueros rojos habían adquirido un color indefinido. Las redes que habían vuelto a lanzar una vez más poseían la luminosidad de los rayos, y de tanto en tanto la superficie de la bahía parecía desplegarse súbitamente formando fuertes olas tal vez peligrosas. Quiso advertirles, pero de repente observó que los pescadores empezaban a hacer movimientos extraños. Quizá también las tortugas viejas se habían convertido en personas o, al revés, se trataba de personas que en ese momento se habían convertido en tortugas y estaban comprobando el nivel de lealtad hacia los animales. Xiao Ao se vio

obligado a hacer un esfuerzo para recordar los rasgos de los pescadores. Su apariencia se acercaba cada vez más a la de los monstruos, eran como máscaras de espíritus demoniacos.

El muchacho alzó la mirada hacia lo lejos y vislumbró las vías negras del ferrocarril que se extendían por el sur de la gran bahía. Un tren de cuatro vagones pasaba en ese momento, pero no llevaba ningún pasajero. Colgadas de las ventanas de los vagones parecía haber unas cortinas blancas. Xiao recordó a las gentes del pueblo, a quienes la llegada del tren había provocado una gran inquietud. Su funcionamiento era todo un misterio para ellos. No comprendían cómo era posible que se hubieran empleado varios *mu* de tierra y una inversión desproporcionada de dinero para hacer pasar por allí ese monstruo tirano que era a sus ojos el ferrocarril, que, además, cada día atravesaba esas tierras echando fuego y humo por la boca. Una auténtica amenaza para los aldeanos. En todo caso, era muy extraño que un tren circulara por las vías en ese momento. No había nada anunciado en el horario y Xiao pensó que su paso tenía algo que ver con la tortuga vieja. ¿Acaso la guarida de la tortuga no era como las que veía dibujadas en los libros? ¿No era como un acceso a otro mundo? Y para las gentes de ese otro mundo, ¿hacerse grande no era lo que hacía la tortuga vieja?

Cuanto más lo pensaba, más miedo sentía Xiao Ao, que bajó la cabeza y volvió a mirar al animal junto a él. Como si se hubiese despertado de un sueño, empezaba a moverse, tirando otra vez de la cuerda que la ataba al árbol; de nuevo volvió a volcarse con sus patas alzadas hacia el cielo y de nuevo luchaba por recuperar la posición correcta. Lo conseguía, se ponía panza arriba… Todo ello como un juego repetitivo que no terminaba nunca. Xiao Ao tomó la firme resolución de liberar a la vieja tortuga y pensó: «Si los dos pescadores se hubiesen convertido en tortugas, ¿no sería eso lo que esperarían de mí precisamente?». Quizá esa era la mejor manera comprobarlo. Soltar a la tortuga era mostrar que era un tipo honesto y de buen corazón, que cuidaba a esa especie de animales. «Así, las tortugas darán buena suerte a mis abuelos, les llegará la fortuna y tendrán salud. Incluso, si la suelto, me dará buena suerte a mí, y sacaré buenas notas en los exámenes». Con todas esas razones en la cabeza, Xiao Ao liberó al animal de la cuerda que la ataba y le susurró:

—Vete, anda…

Pero la vieja tortuga no se movió, sino que se puso a hacer movimientos raros como si se hubiese vuelto loca. Xiao Ao se la quedó mirando y el animal hizo lo mismo con sus ojitos redondos y pequeños. La boca puntiaguda de la vieja tortuga y esos ojillos brillantes provocaron en Xiao una sensación de haber visto eso mismo ya en el rostro de otro hombre. Xiao Ao volvió a decirle:

—Vete, anda…

Pero la tortuga seguía sin moverse del lugar. El muchacho lo comprendió finalmente: no quería llevar la cuerda de nailon a las aguas de la bahía porque sabía que ya había demasiada basura en ellas; además, las otras especies se iban a reír de ella. Así que Xiao Ao le dijo:

—Mi tortuga vieja, ahora comprendo tus pensamientos y, claro, te voy a ayudar a quitarte de encima esa cuerda.

Se agacho, pero, cuando intentó sacar la cuerda de la pata trasera de la tortuga, esta, con la velocidad de un rayo, le dio un mordisco en el dedo índice de la mano derecha, que quedó momentáneamente atrapado en su boca.

III

Xiao Ao lanzó un grito; pero, antes de afirmar que fue un grito de dolor, diríamos, sin temor a equivocarnos, que fue un grito de miedo. Se puso de pie repentinamente, pero se vio obligado a agacharse enseguida. La vieja tortuga le había mordido en la mitad del dedo índice y en esos momentos mantenía el cuello estirado y sus cuatro patas firmemente apoyadas sobre el suelo, sin moverse un ápice. Xiao Ao sentía un dolor intenso que le llegaba hasta el hueso. El mordisco le demostró la fuerza enorme del animal: sus dos dientes frontales estaban afiladísimos y habían penetrado más allá de la carne, hasta el hueso mismo de su índice. Con las posaderas sobre el suelo, comenzó a llorar con grandes alaridos.

Xiao Ao quiso llamar la atención de los pescadores, pero ellos ya habían alcanzado el lado sur de la bahía. Esas imágenes lejanas, borrosas e indescifrables, de color rojo, y la luminosidad de las redes hacían del paisaje algo irreal, como salido de un sueño. Xiao desconfiaba de lo que veían sus ojos: no sabía si estaba sucediendo o no. Comenzó a mover el dedo para comprobar al menos si seguía funcionando dentro de la boca de la tortuga. Aparentemente, pensó, la potencia de sus fauces era excesiva para un animal de esas características. Entre sollozos, empezó a hablar:

—Oh, mi vieja tortuga, mi querida y vieja tortuga…, quería devolverte a la vida porque soy un chaval honesto y de buen corazón… Mi abuela creía en Buda, y yo he seguido sus pasos: ¡no hay que quitarle la vida a ningún ser vivo! Hace un momento quería matarte y ofrecerle a mi abuelo una exquisita sopa, y te pido perdón por haber tenido esos pensamientos. ¡Qué error tan grande iba a cometer, y todo por recordar mis deberes de piedad filial! ¡Olvidé las

enseñanzas de mi abuela! Oh, mi vieja tortuga, mi querida y vieja tortuga… ¡Perdóname!

—¡Xiao Ao! ¡Xiao Ao! —El abuelo lo estaba llamando desde lejos. El muchacho lo oyó al mismo tiempo que veía perfilarse su silueta ante sus ojos, pero no se atrevía a gritar para responderle, temeroso de enojar a la tortuga y provocar un nuevo mordisco. Lloriqueando, dijo:

—Abuelo, abuelo…, rápido, ven a rescatarme.

El anciano divisó al muchacho y, haciendo uso de todas las fuerzas que un hombre de su edad podía reunir, se dirigió tambaleándose hasta la parte baja del sauce. Jadeando, vio finalmente a su nieto junto a la tortuga. Golpeó con un palo el caparazón, e inmediatamente Xiao Ao lanzó un quejido de dolor, como si el palo no le hubiese dado al animal, sino a él en su propia espalda. El abuelo no comprendía la situación. Descargó un segundo golpe en el caparazón y Xiao Ao, llorando, le imploró:

—¡Abuelo, no lo haga! ¡Cuantos más golpes recibe, con más fuerza me muerde!

El anciano, nervioso, se giró y comentó malhumorado:

—Esto es exactamente una mordedura… ¡Vaya que sí…, y de las grandes…! Creí que estabas estudiando en casa… ¿Qué diablos haces aquí?, y esta mordedura… ¿Ha sido la tortuga quien te la ha hecho, verdad? ¡Menuda herida! —El abuelo giraba alrededor de Xiao Ao y la tortuga mientras hablaba, y de vez en cuando alzaba el pie y lo ponía sobre el caparazón. Xiao, asustado, volvió a suplicarle:

—¡Abuelo, abuelo, por lo que más quiera, no la pise! ¡No la pise! ¡Me va a morder más dedos!

—¿Qué dices? —El anciano, que ahora estaba mirando a los dos pescadores que aún faenaban en la bahía, gritó—: ¡Eh, vosotros! ¿Es vuestra esta tortuga? Si es así, la tortuga ha mordido el dedo de mi nieto, así que sois los responsables…

Los pescadores, ajenos a los gritos del abuelo, continuaron pescando con sus redes. Sacaban del agua un pez tras otro, grande y brillante, y lo metían en la cesta de totora.

—Abuelo, rápido, ve a buscar a la abuela Xingyun (la Nebulosa). Seguro que ella sí que tiene la solución para sacarme de este apuro…

Xingyun era la hija de la tía abuela de Xiao Ao y la única doctora del pueblo. El chico tenía mucha confianza en ella. La anciana seguramente tendría la solución para doblegar a la tortuga.

El abuelo hizo una señal a los pescadores alzando el bastón. Cuando se acercaron a la orilla, de sus cinturas colgaban cestas de totora rebosantes de peces, muchos de ellos aún vivos, y a saber qué más. Las cestas se agitaban como si algunos peces pretendieran escapar de ellas. Era una carga pesada que, además, apestaba; las

redes goteaban agua sucia y los dos hombres avanzaban tambaleándose de un lado a otro. A pesar de estar exhaustos, en sus rostros asomaba un gesto de felicidad. Xiao Ao gritó entre sollozos:

—¡Rescátenme!

Cuando el viejo pescador lo oyó, su gesto cambió por completo y se le vio asustado, mientras que el hijo hizo al principio como si no hubiera escuchado nada, y parecía estar divirtiéndose con los sollozos de Xiao.

—Tú, mi joven compañero, ¿no te lo había dicho? ¿Por qué diablos la has enfadado? ¡Te advertí que no la tocaras! —le recriminó el viejo pescador amargamente, soltando las redes y sacándose de encima la cesta. Se agachó para ver de cerca lo que había sucedido.

—Pequeñajo, ¿qué siente uno cuando le muerde una tortuga? —le preguntó burlón el joven.

El viejo, mirando de reojo a su hijo, le dijo:

—No pierdas un minuto más, busca algo para cerrarle la boca a esa tortuga vieja…

—¿Y crees es tarea fácil? ¿Le piso el caparazón? ¡Ni así lo voy a conseguir! —repuso el joven al mismo tiempo que estampaba su pie embarrado sobre el animal.

Xiao gritó de dolor y maldijo a todos los muertos de aquel hombre.

El viejo pescador le dijo:

—No, así no va a funcionar. Las tortugas tienen un carácter endiablado. Cuanto más las pisas, más las cargas de fuerza. El dedo del joven compañero solo está roto, pero podría llegar a cortárselo.

El pescador joven apuntó:

—Solo está roto, nada más, ¡no se lo ha arrancado de cuajo!

El padre, viendo que un grupo de personas salían apresuradamente de una de las calles del pueblo y se acercaban, susurró:

—Se le ha roto un dedo, ¿acaso podemos irnos y dejarlo solo?

—¿Por qué no íbamos a poder irnos? —gruñó su hijo—. ¿O me vas a culpar a mí de que la tortuga lo haya mordido?

Con la voz enronquecida, el viejo pescador volvió a hablar:

—¡Cierra la boca!

Xiao Ao se quedó mirando al abuelo y contempló también el botiquín de la abuela Xingyun. Junto a ellos venía un grandullón, precisamente el marido de la abuela Xingyun; se apellidaba Hou y trabajaba como jefe de una consulta de veterinaria. Estaba verdaderamente emocionado, le picaba la nariz y de sus ojos caían lágrimas.

—¿Qué ocurre? —La abuela Xingyun dobló la cintura para ver de cerca lo que había pasado.

El jefe veterinario Hou quiso saber más y preguntó a los

pescadores:

—¿Es vuestra esta tortuga?

El viejo pescador contratacó:

—En realidad, la hemos pescado en las aguas de la bahía, pero se la hemos dados al joven compañero…

Hou sacudió la cabeza y dijo:

—Una pieza así vale una fortuna. ¿Por qué se la habéis dado a este niño?

—Pues así es, jefe y líder de nuestra comunidad… —El viejo pescador se dio cuenta de que el jefe veterinario Hou llevaba unas gafas con montura de plástico que imitaba marfil, como las que usan los altos funcionarios, y con educación y modestia, añadió—: Le pedimos al joven compañero que nos ayudara y se quedara en la orilla vigilando lo que acabábamos de pescar; por eso le hemos ofrecido la tortuga.

—Queríamos obsequiarle con un par de peces, pero ¡él se empeñó en que prefería la tortuga! —explicó el joven—. No le respondí, pero mi padre sí que lo hizo… «Hemos tenido una pesca excelente y no necesitamos el dinero que nos darían por esta tortuga…».

—¡El hombre de bien no se desdice nunca[117]! —apuntó el viejo—, y claro que respondí… Esta tortuga pertenece al joven compañero por derecho propio.

—¿Es cierto lo que cuentan estos dos? —le preguntó el jefe veterinario Hou a Xiao Ao.

Xiao Ao ladeó ligeramente la cabeza y el jefe Hou observó:

—Vosotros sois muy generosos…

La abuela Xingyun abrió el botiquín y sacó unas pinzas. La tortuga estiró de repente el cuello y asomó la cabeza. Xiao Ao lanzó un grito de dolor.

El jefe veterinario Hou se apresuró a decir:

—¡No la manipules! ¡Este tipo de tortugas tienen mucho carácter!

—¿Y qué clase de carácter? —preguntó la abuela Xingyun—. ¿Acaso no es una tortuga? ¿A qué viene tanto cuento? Es un animal del más bajo nivel…

—No digas esas cosas, sobre todo no digas esas cosas. —El abuelo miró con acritud a los presentes, y luego, bajando la cabeza, se dirigió a la tortuga—: Maestro, mi gran maestro, perdone la ignorancia de este pequeñajo… ¡Perdónele usted que le ha arreado ese mordisco cruel!

Xiao Ao no comprendió por qué el abuelo llamaba a la tortuga «gran maestro», que era el apelativo que recibían en China los auténticos maestros del budismo. Al muchacho le gustó ese nombre para el animal, pero le había pillado por sorpresa.

La abuela Xingyun tocó su frente y le tomó el pulso. Alzando la cabeza, le preguntó al jefe veterinario Hou:

—¿Habrá que darle suero?

—¿Crees que es necesario? —El jefe Hou se lo pensó dos veces antes de pronunciarse—: No, no va a pasar nada si no se lo damos. Quizá con unos antibióticos será suficiente para que no se le infecte la herida.

La abuela Xingyun anunció:

—Entonces voy a devolver las medicinas.

El veterinario le pidió:

—Y de paso llama a Erkun.

El viejo pescador, haciendo una señal con los ojos a su hijo, dijo:

—Mi estimado líder de nuestra comunidad, si es así, nosotros ya nos vamos. —Cogió los pantalones repletos de pescados y se los echó al cuello. El anciano apestaba a algas y peces medio muertos. El jefe veterinario intentó agarrarle del brazo y le dijo:

—No te corre ninguna prisa. El secretario del Partido del pueblo llegará de un momento a otro. Esperad a que venga y habláis con él, luego ya os vais tranquilos.

—Pero ¿por qué no podemos marcharnos? —intervino airado el joven pescador—. Esta tortuga vale varios miles de yuanes… ¿Por qué no podemos irnos? ¿Nos está restringiendo la libertad? ¡Eso es ilegal!

—Eh, jovenzuelo, no te pongas nervioso —le dijo sonriendo el jefe veterinario Hou— y espera a que venga el funcionario del Gobierno de nuestro pueblo…

Erkun se presentó con un cigarro liado con hojas secas en la mano, un aire se satisfacción en el rostro, visible para todo el mundo, y su característica manera de caminar lenta y chulesca.

—¿Qué pasa, señores? —preguntó, con la mirada baja y soltando una carcajada—. ¡Demasiado divertido este asunto! Señores, sois verdaderamente gente muy divertida… Ya ha transcurrido la mitad de mi vida, y es la primera vez que veo una tortuga que ha mordido a alguien. ¿Qué se siente?

Xiao Ao le respondió entre sollozos:

—Tío, sálveme…

—¿Por qué lloras? —le preguntó Erkun—. ¿No se ha solucionado? Déjame ver… —Erkun se metió el cigarro en la boca y le dio un par de caladas. Luego aplastó la brasa sobre la cabeza de la tortuga.

Xiao Ao volvió a sentir un miedo profundo. Un líquido marrón y maloliente salió despedido bajo la cola de la tortuga.

—¡Esto no puede suceder! —saltó el viejo veterinario Hou—. ¡Compañero, tienes la cabeza demasiado caliente!

—¡Y una mierda! Es una pregunta seria. —Erkun sacó su teléfono

móvil, llamó al 110 y luego consoló a Xiao Ao—. Señores, no hay problema; el 110 va a llegar inmediatamente, ellos tendrán un remedio.

El jefe veterinario Hou replicó:

—Tú, compañero, felizmente siempre encuentras una salida.

Erkun miró de arriba abajo a los dos pescadores y luego, señalando a la tortuga con el dedo, preguntó:

—Esta tortuga es un juguete, ¿la habéis traído vosotros?

El viejo sacó un paquete de papel, lo abrió y mostró unas hojas de tabaco secas. Con las manos húmedas y torpes lio un cigarrillo y se lo dio a Erkun, diciéndole:

—Secretario, fúmeselo ande, se lo pido yo.

Erkun le replicó:

—Mi venerable anciano, contrólese; yo no fumo sus cigarros…

El hombre sonrió avergonzado y dijo:

—¿Acaso desprecia el tabaco que fumo? Es el tabaco de un pescador pobre, ¿va a cometer una falta si se fuma uno?

—No digas cosas que no tienen sentido. Hablamos la misma lengua —le espetó Erkun.

—En lo que respecta a esta tortuga, en realidad somos nosotros quienes la hemos pescado, y si nuestro joven compañero la quiere, se la damos —dijo el viejo pescador.

—¡Qué generosidad! —exclamó Erkun—. Esta tortuga pesa aproximadamente diez *jin*. ¡En toda mi vida he visto una tan grande! —Se giró y le preguntó al abuelo de Xiao Ao—: Tío, usted que tiene una visión amplia del mundo, ¿ha visto alguna vez una tortuga de este tamaño?

El abuelo negó con una sacudida de la cabeza.

—Tú eres experto en animales salvajes —Erkun se dirigía ahora al jefe veterinario—: ¿Has visto antes una tortuga así?

—Hace años había en el pueblo una sociedad de tortugas que hizo un estudio sobre numerosos ejemplares de ese tamaño, y comprobó que quedaban atrapados junto con los peces en las redes de los pescadores —respondió el veterinario Hou—. De hecho, eran criadas artificialmente, a base de hormonas que las hacían tan grandes.

—Las aguas de la gran bahía han sido contaminadas por ese jodido de Yuan Wu. ¡La ha llenado de hormonas! ¡La madre que lo parió! —proclamó Erkun con odio—. Por tanto, esta es una tortuga hormonada… ¡Una tortuga metamorfoseada!

—Gente sin cualificación alguna las vendía en el mercado a precio de oro —añadió el jefe veterinario Hou—, y Yuan Wu hacía a vista gorda.

—¡Esta vez os habéis pasado! ¡Qué despiadados! ¡Muy fuertes al

principio, pero al final la habéis cagado! —dijo Erkun—. ¡Tu mujer y toda tu familia son las víctimas!

—¡Sí, sois unos seres crueles y merecéis castigo! —dijo envalentonado el jefe veterinario Hou.

La abuela Xingyun trajo un botellín de agua salada y una botella colgante de suero. Varios vecinos de pueblo se presentaron en el lugar.

En un momento determinado dejó de llover y en el sureste apareció el arcoíris. Xiao Ao se lo quedó mirando y se acordó de la muerte de su abuela el año anterior. Ese día también había aparecido sobre el cielo un arcoíris. Sintió una enorme tristeza que le provocó mil lágrimas.

—¿Por qué estás llorando? —peguntó sin darle mayor importancia Erkun—. Un hombre nunca llora. Venga, dadle de comer a esta tortuga vieja. ¿Qué pasas? ¿Os habéis quedado sin palabras? ¡Que nadie llore! ¡Prohibido! —Erkun sacó su teléfono móvil y miró la hora, luego se le oyó decir—: «110, compañeros, ¿cómo es que no habéis llegado todavía?».

La abuela Xingyun levantó la botella de suero y empezó a contar:

—Xiao Ao, no pasa nada. Te voy a dar un poco de suero y luego nos iremos con la tortuga. Os apoyaréis mutuamente.

La anciana le clavó la aguja con la inyección de suero en el dorso de la muñeca izquierda. Probablemente serviría para distraerlo del dolor de la mordedura. Tras el pinchazo, Xiao Ao lanzó un pequeño grito, pero una vez que el líquido circuló por la vena, en contra de lo que había imaginado, no sintió ningún dolor.

El viejo pescador volvió a hacer una señal con la mirada a su hijo y habló otra vez:

—Secretario Erkun, y todos los presentes que habéis venido del pueblo. Esta tortuga vale treinta mil yuanes y, por supuesto, pertenece a nuestro joven compañero. Además de la tortuga, le hemos ofrecido varios peces que podrá repartir entre todos vosotros. —El viejo arrojó a la parte baja del sauce uno de los pantalones que llevaba cargado de pescado antes de proseguir—: Bueno, si no ha pasado nada, pues nos vamos…

Aquel par de pescadores de carpas y carpines, tenaces y decididos, salieron de un salto de debajo del sauce, a la velocidad del rayo. Erkun se acercó al pantalón lleno de peces y, propinando unas patadas al bulto que formaban, los liberó en la bahía. Xiao Ao oyó que las carpas, al caer al agua, lanzaban una especie de grito como el de los niños llorando. Erkun decía entre risitas:

—¿Cómo que no ha pasado nada? ¡Ha pasado y mucho…! Esperemos a que lleguen los de 110 y luego os vais. ¿Por qué no habrán llegado todavía…?

—¡Ya están aquí! —anunció un niño con una voz clara—. ¡He oído la sirena del coche de Policía!

Quien había gritado era Yuan Xiaojie, el compañero de clase de Xiao Ao, el chico de cejas espesas y grandes ojos, labios rojos y dientes blancos que, además de ser muy guapo, era conocido por todos como Xiao Bie, la Pequeña Tortuga.

—¡Coño, este se parece a una estrella de pop para adolescentes! —exclamó Erkun tras verlo y mirando de reojo a Xingyun, como si quisiese su aprobación, pero la abuela Xingyun ya estaba agachada envolviendo con una venda el dedo herido de Xiao Ao.

Xiao Ao le dijo:

—Xiao Bie… Xiao Bie… ¿Quién diablos te ha puesto este apodo tan genial? ¡Xiao Bie! ¡La Tortuguita…! Vamos, ¿cómo se llama tu padre? ¡Lo encontraré y se lo preguntaré…!

—Me llamo Xiaojie, ¡Yuan Xiaojie! —gritó furioso Xiao Bie—, y por supuesto que sé mi apodo y por qué lo tengo…

Erkun le respondió, sonriendo:

—Xiaojie, Xiaojie, ve a buscar a tu padre Wuan Wu y dile que venga… Dile que le llama Zhang Erkun y que es un asunto importante.

El sonido de la sirena anunció la proximidad del coche de Policía. El vehículo llegó cubierto de barro, como si acabara de salir de la bahía. Se abrieron las puertecillas y descendieron un par de agentes. Uno era alto y delgado, y de tez oscura, con una nariz aguileña y una mirada penetrante. El otro era de complexión robusta, tenía una nariz como un ajo y unos ojitos también rojos que no paraban de dar vueltas. También era de piel muy blanca y fina, aunque su cara se había enrojecido. Fue este policía grueso y de aspecto recio quien, sacando un pañuelo de su bolsillo para secarse las lágrimas, peguntó:

—¿Qué ha pasado?

El policía delgado se abrió paso entre la muchedumbre y se situó a un lado de la tortuga vieja; se dobló y observó minuciosamente la escena. El agente grueso se acercó a su compañero y echó un vistazo al lugar. Se le veía relajado de los pies a la cabeza, bostezó y preguntó:

—¿Y quién ha llamado a la policía?

—Yo —respondió Erkun.

—¿Y tú quién eres?

—Un ciudadano de la República Popular China.

—¡Tu puesto!

—¿Debo decirle a la policía cuál es mi puesto?

—¡No tengo esa intención!

—¿Y cuál es tu intención entonces?

—¿Lo has hecho expresamente…? —preguntó el policía robusto,

que se había puesto nervioso—. No hay motivo para llamar a la policía si un burro te da una patada o una tortuga muerde a alguien, una gallina pone un huevo o un cerdo no come en su pocilga… ¿Te queda claro? —concluyó con una voz ronca al tiempo que lanzaba un escupitajo a suelo. En voz baja, añadió—: ¡La madre que te parió!

—¿A quién estas faltando el respeto? —le preguntó fríamente Erkun.

—Oh… —replicó con ironía el policía—. ¿He faltado el respeto a alguien? ¿Has oído que yo haya faltado al respeto a alguien…?

—No solo lo he oído, sino que lo he grabado —le dijo Erkun, mostrándole el teléfono móvil.

—¿Que yo te he insultado? ¿Cómo te atreves a decirme que yo te he insultado? —le amenazó—. Me estaba insultando a mí mismo e insultando mi voz ronca y torpe, y mi salud renqueante. Ayer noche tuve que atender tres llamadas y ahora toso, tengo fiebre y se me escapan las lágrimas…

—¡Pues mantén la boquita cerrada! La Policía del Pueblo es para el Pueblo, ¡y a alguien del Pueblo le ha mordido una tortuga! El doctor está que no sabe qué hacer, el animal no suelta el dedo del muchacho, ¿y no hay que llamar a la policía…?

El agente delgado se acercó a Erkun e intervino en la conversación:

—Mi querido paisano, no te calientes. La Policía del Pueblo está efectivamente para defender al Pueblo, pero la mordedura de la tortuga es igual de ligera que la picadura de un mosquito. ¿Es necesario buscarnos para esto?

—¡Vaya nivel! ¡Usted es un líder de la comunidad! —le recriminó Erkun—, debéis dar la cara en todo momento… —Erkun volvió a agitar el teléfono móvil y añadió—: Las gentes de nuestro pueblo están entrenadas para dar su opinión y todos ellos están al día de las últimas noticias. Además, saben utilizar las redes sociales como nadie, ¡desde los centenarios hasta los niños de cinco años! —Erkun señaló con el dedo a uno de los paisanos que llevaba un teléfono móvil en la mano y continuó diciendo—: Pensadlo bien, la Policía del Pueblo lucha contra viento y marea por su Pueblo. ¡Y no se olviden de nadie! Este tipo de vídeos, una vez se han colgado en las redes, os convierten en estrellas de Internet. Seguro que a vosotros, los líderes de la comunidad, os hará felices. Esperad un poco y enseguida os promocionarán. Pero si alguien comenta algo negativo sobre vosotros u os insulta, ahí sí que estáis jodidos. ¡Pensadlo dos veces!

El policía delgado sacó tabaco de su bolsillo y se lo ofreció a Erkun. Erkun no le hizo caso y el policía grueso lo intentó una vez más. Finalmente, Erkun lo aceptó y el agente más joven le dio fuego para que encendiera el cigarro. Mientras lo hacía, habló:

—Soy el segundo jefe de esta unidad de trabajo perteneciente a la Policía, y usted seguramente es el secretario del Partido del Pueblo. Démonos las manos, por favor… —Erkun asintió con la cabeza y el agente prosiguió—: Nuestro camarada está enfermo y a pesar de ello continúa trabajando, y tampoco está muy bien de la cabeza. Por favor, explíquese mejor…

Erkun le dijo:

—Si me habla así, por supuesto que nos entenderemos. La policía también es humana.

—Gracias, gracias, gracias… —le agradeció el policía delgado—. Este vídeo… por todos los medios… a él tampoco le beneficiará… Su mujer lo va a dejar y tiene un hijo de tres años…

—Hermano, las masas no son tontas y tienen corazón —apuntó Erkun.

—Por favor, no envíe ese vídeo a ningún sitio. Las gentes del pueblo van a chismorrear y eso no le conviene a la Policía. Nos hemos presentado, ¿no es así? Bórrelo, bórrelo…, que no quede ni rastro… Y vosotros hacéis lo mismo, ¿eh?

El policía delgado agarró la mano a Erkun y la sacudió enérgicamente como quien hace un trato.

Su compañero levantó la voz y dijo:

—¡Venga, abrid paso! ¡Que todo el mundo se disperse pacíficamente, y confiad en nosotros, coño! ¡Vamos a liberar el dedo de este niño de las fauces de esta tortuga! ¡Como que lo digo yo!

IV

El policía delgado le dio una calada al cigarro, frunció el ceño y continuó fumando. El otro, como un enorme oso moviéndose de un lado a otro, dio unas palmadas y dijo:

—Unidad de trabajo Chen, simplemente le pondría una inyección letal a este hijo de puta con caparazón y dejaría que el médico lo limpiara lentamente…

Xiao Ao dijo entre llantos:

—¡No abran fuego! ¡No maten a la tortuga! ¡Se lo ruego!

—¡Habría que utilizar un palo eléctrico y darle una descarga para que abra la boca! —sugirió el policía grueso, agitando la porra que llevaba en la mano.

—No, por favor… —suplicó entre lágrimas Xiao Ao.

—¿Acaso no eres tú médico? —preguntó el policía delgado dirigiéndose a Xingyun.

Xingyun asintió.

—¿Y no podrías darle anestesia a la tortuga? —inquirió el mismo agente—; dejemos que pierda la consciencia y se le relajen los músculos.

Xingyun negó, sacudiendo la cabeza de un lado a otro.

—¿Llamamos a la ambulancia de la unidad de trabajo Chen? —preguntó el policía grueso.

Su colega rechazó la propuesta con un gesto, se agachó, observó a Xiao Ao y de nuevo a la tortuga vieja. Al ver al muchacho, en su rostro apareció una sonrisa, que cambió inmediatamente cuando se fijó en el animal. Lo miraba de reojo y Xiao Ao detectó en su cara una expresión de odio y desprecio. El muchacho había adivinado los pensamientos de la tortuga vieja: «Pues mira por dónde, no te voy a soltar el dedo. ¿Tienes alguna solución…?». El agente, ahora, al ver a Xiao Ao se puso serio, y al contemplar a la tortuga comenzó a sonreír. Parecía haberse quedado pasmado. Volvió a ponerse de pie y le preguntó a Erkun:

—¿Puedes encontrarme unos bigotes de cerdo?

—¿Unos pelos de cerdo? Por supuesto que sí; este maldito pueblo está lleno de cerdos… —respondió con seguridad—. ¿No has visto la cantidad de gente que los cría?

Guiado por su hijo, Yuan Wu se colocó frente a la multitud. Era un tipo alto y huesudo, de cara larga y delgada, ojos grandes y cabello entrecano; la barba le colgaba de la barbilla como si fuera un rastrojo, y tenía restos de sangre, al parecer porque acababa de afeitarse. Yuan Wu dirigió su mirada a los policías y a su coche. Con ojos preocupados, preguntó:

—Secretario, ¿me estaban buscando?

—Ve inmediatamente y trae unos pelos de cerdo —le pidió Erkun.

—Los cerdos están todos muertos, ¿para qué coño quieres los pelos de uno de ellos? —preguntó.

—Venga, no te hagas el tonto —le dijo Erkun—; no me digas que no puedes encontrarme unos pelos de cerdo macho o hembra…

—Te vuelvo a decir que no hay cerdos porque hay que alimentar al pueblo llano con su carne —gruñó Yuan Wu.

—Yuan Xiaojie, rápido, ve tú y le sacas esos pelos al primer cerdo que veas… —Erkun se dirigía ahora, como ya había hecho antes, a los periodistas del pueblo—: Sun Kui, vete con Xiaojie y encuentra esas cerdas. Xiao Ao nunca dejaría a un cerdo que le mordiese…

—¿Qué pinto yo aquí? —preguntó Yuan Wu.

—Pues pintas mucho… —contestó Erkun—. Yuan Wu, ¿recuerdas cuando éramos niños? ¿Cómo eran las aguas de la gran bahía? ¿No te acuerdas…?

Yuan Wu se quejó en voz baja y nadie oyó con claridad lo que había dicho.

—En esa época, las aguas de la bahía eran tan claras que podía verse el fondo. Crecían en ellas todo tipo de plantas acuáticas y juncos. Solíamos nadar e incluso nos lavábamos en la bahía. Al lado había también un pozo al que acudían las gentes del pueblo para proveerse de agua, pero desde que construiste esa granja para criar cerdos, la gran bahía se ha convertido en una ciénaga y el agua del pozo apesta. ¡Nadie puede beberla…! —le recriminó Erkun—. Además, te has hecho rico con la venta de esos puercos y he oído decir que en Weihai y Qingdao te has comprado varias casas y que están preparadas por si en cualquier momento quieres instalarte en ellas. Dime, ¿acaso te has vuelto un sinvergüenza sin principios morales que solo piensan en ganar dinero?

Yuan Wu le respondió:

—Erkun, no puedes decirme esas cosas. Efectivamente, gestiono una granja de cerdos, pero fueron los líderes, que estaban a favor, quienes me animaron. Desde entonces he recibido por mi labor varios premios en varios niveles administrativos. Lo digo otra vez: he financiado con mi dinero la reparación de muchas calles del pueblo y he mandado reconstruir muchos templos que estaban en un estado deplorable. Ah, y no te imaginas la cantidad de dinero que he donado…, y cuando alguien en el pueblo se ha encontrado con algún bache en su vida, yo he hecho todo lo posible por ayudarlo. Por si fuera poco, en los últimos años he proveído a las masas con carne de cerdo de una calidad extraordinaria que nunca antes habían probado… ¿No te parece esto una contribución más que meritoria?

—¡Mira por dónde! ¿Y aún tienes la caradura de mencionar la carne de cerdo? Tus cerdos están forrados de antibióticos y aditivos. Nosotros también criamos cerdos en el pasado; en medio año nuestras bestias podían alcanzar ciento cincuenta *jin*, ¡y tus cerdos en cuatro meses llegan a los cuatrocientos *jin*! ¡La carne de tus animales es puro veneno!

—Todo el mundo lo sabe: a esto se le llama progreso —se justificó Yuan Wu, mirando de reojo al jefe veterinario Hou, y añadió—: Sí, utilizamos aditivos para alimentar a los cerdos, pero cualquiera que se dedica a criar animales para el consumo humano lo hace. Jefe veterinario Hou, usted, que es un experto en estas cosas, ¿qué opina del asunto?

El jefe Hou declinó la propuesta de Yuan Wu y no quiso extenderse demasiado; simplemente dijo:

—Por lo que sabemos de esas cosas, debo reconocer que se trata de un procedimiento necesario.

—La verdad es que no lo comprendo. No mucho tiempo atrás,

quien me daba una flor roja para que la llevara puesta se convertía en un abrir y cerrar de ojos en un pecador… —comentó Yuan Wu.

—¿Te has ofendido? Te pregunto ahora: toda esa porquería que hay en tu granja, ¿acaso no va a parar a la gran bahía? Eres el responsable de haber contaminado estas aguas limpias y además las que consumimos en nuestras casas —señaló Erkun—. Ya se han formado a nivel comarcal patrullas organizadas que velan por la protección del medio ambiente. ¡Vete con cuidado!

—Que hagan como les plazca… —respondió Yuan Wu—. Si de algo pueden acusarme es de matar cerdos, pero creo que hasta deberían darme las gracias. La matanza la hago a puerta cerrada sin que nadie lo vea. Y si no les gusta, me iré fuera de la comarca y otros se beneficiarán. A ver quién saldrá perdiendo… Volveréis a hundiros en la misma miseria de siempre porque no habéis aprendido nada de la vida.

—¡Oh, y ahora te haces el duro…! —ironizó Erkun—. Puedes vender tus cerdos asquerosos a quien te salga del culo, y llévate la granja adonde quieras, pero las aguas de la bahía ya están jodidas con toda la mierda que has vertido en ellas. Deja que te diga algo, incluso si la policía viene a detenerte, no permitiremos que te lleve con ella porque tienes la obligación de descontaminar estas aguas y dejarlas tan limpias como estaban. La pestilencia debe desaparecer. ¡Deben ser aguas dulces y no apestosas como las han dejado tus cerdos! Solo entonces te dejaremos ir…

—¡Er Gunzi! —exclamó furiosamente Yuan Wu—, ¿no te apetecería jugar conmigo a las adivinanzas…? ¿No te has dado cuenta de que hay gente que considera una granja de cerdos como un criadero de diablos…? ¿Van a construir algunas casas para jubilados en este lugar? ¿Me aceptarán?

—No te dejaremos… De aquí no te mueves. Quietecito, ¿me entiendes? Eres el culpable de que las gentes del pueblo tengan que comprar ahora el agua que beben y de que más de treinta personas hayan enfermado seriamente por culpa de estas aguas envenenadas. Los jóvenes se han ido fuera y no quieren volver a vivir en esta comarca por culpa de la contaminación, y tú eres el responsable —dijo Erkun.

—¿Y solo yo soy el culpable? ¿Los jóvenes no vuelven a vivir al pueblo por mi culpa? ¿No te estas pasando? ¿A qué viene tanta bronca? —se defendía Yuan Wu—. Todavía hay muchos peces y tortugas en la bahía, y eso quiere decir que la calidad del agua es muy buena.

—No te culpo solo a ti, pero ¿has visto los peces? ¿Y esa tortuga…? —le respondió Erkun, señalando la tortuga gigantesca y vieja que estaba bajo el sauce—. Mírala bien, ¿crees que es una

tortuga? Tiene un tumor en su cuerpo… Mírala bien y te darás cuenta. —Erkun volvió a poner uno de sus pies sobre el caparazón del animal —. ¿No has visto sus patas? ¡Son desmesuradamente largas! —Volvió a señalarla tortuga y continuó—: Sí, todavía hay tortugas, pero ¿has visto la cabeza de esta? ¿Y su cuello? ¿O la expresión de sus ojos? ¿La has mirado directamente a los ojos? ¿No te da miedo? ¿Crees que en este mundo existe una tortuga así? ¡Una tortuga que muerde a alguien y no lo suelta! ¡Lleva dos horas con el dedo de Xiao en su boca! ¿A ti eso te parece normal…? Y todo debido a la mierda de los cerdos que viene directamente de tu jodida explotación porcina. —Erkun miró los dos bultos que formaban los peces—. ¿Acaso creéis que os vamos a confiscar esos peces? ¡Ni gratis los aceptaríamos! Ni siquiera os vamos a permitir que los vendáis en el mercado; ¡son puro veneno!

El viejo pescador, sacudiendo la cabeza, sin saber qué decir, anunció:

—Vamos a devolver todos estos peces a las aguas de la gran bahía. ¿Podemos irnos ya?

—No, eso no va a funcionar. Están ya medio muertos. Arrojarlos a la bahía no hará más que empeorar las cosas. ¡Apestará todavía más! Mejor hacéis una pila con ellos y los quemáis.

—Secretario, sea razonable… —intervino airado el joven pescador —. Los peces venían de las aguas de la bahía y es normal que vuelvan a ellas. Así es la naturaleza. Los devolvemos a su verdadero dueño.

—Preguntádselo a la policía y, si os dejan ir, pues os vais.

—No, eso tampoco va a funcionar—apuntó el agente más grueso con un tono de voz solemne—. El asunto del niño y la tortuga no se ha resuelto todavía.

Cabizbajo, el viejo pescador musitó:

—La madre que os parió a todos; ojalá le hubiera mordido a ella la tortuga…

V

En medio de la bulla ensordecedora de tanta palabrería, con todo el mundo hablando por su lado sin entenderse con nadie, Xiao Ao parecía haberse quedado dormido, e incluso había soñado con sus padres; él era cocinero en un restaurante y su madre le echaba una mano. Xiao Ao soñó que su padre estaba en la cocina del establecimiento cortándole la cabeza a una cobra y, cuando la cabeza cayó sobre el suelo, se puso a volar. Se dirigió al padre de Xiao Ao y le mordió un dedo… Xiao Ao lanzó un grito de dolor y su cuerpo se cubrió de sudor. La abuela Xingyun le pinchó la oreja y le advirtió:

—¡Xiao Ao, Xiao Ao! ¡No te quedes dormido…! Encontraremos una solución enseguida…, nuestros camaradas policías encontrarán una solución, ya verás.

El muchacho abrió bien los ojos y comprobó que los que estaba a su alrededor lo miraba con un gesto de asombro y malicia. El mal olor que desprendían los cuerpos de esa gente le provocaba náuseas. Observó que la mano derecha de su compañero de clase Yuan Xiaojie estaba agarrando un cerdito y los dos pasaban junto a él en ese momento como un destello de luz. Detrás de Yuan Xiaojie, como si estuviera siguiéndolo, apareció la figura discreta de Sun Kui, el periodista oficial del pueblo. Pero lo que más llamó la atención del chico fue lo que llevaba Yuan Xiaojie en su mano izquierda: un botellín de plástico con unas insignias rojas. Xiao Ao sabía que era una Coca-Cola, y cuando Yuan Xiaojie le acercó la bebida a la boca, sus ojos dejaron escapar unas lágrimas calientes; se prometió a sí mismo no volver a llamarlo por su apodo ni canturrear como un sabihondo las cosas buenas y malas de la familia Yuan. Al fin y al cabo, los compañeros de clase eran camaradas y debían ayudarse los unos a los otros.

Gluglugú, se bebió de un trago medio botellín de Coca-Cola y sintió que su cuerpo recobraba las fuerzas y su cabeza se despejaba, e incluso pudo mover el dedo que tenía metido en la boca de la tortuga, aunque enseguida, para evitar el dolor, dejó de hacerlo. De nuevo, tuvo que enfrentarse a la situación: las tortugas viejas muerden a los seres humanos y cabe afirmar que se puede morir como consecuencia de ello. Aunque lo tenía en cuenta, Xiao Ao, le preguntó a la abuela Xingyun si no podría simplemente cortarle el dedo que aún permanecía enganchado en la boca del animal: quería ofrecerle su índice como regalo a la tortuga vieja. Al mismo tiempo rezaba para que lo rescataran. Soñaba con ello, pero tenía la certeza de que la realidad podía más que cualquier sueño y nunca saldría de allí. Lo veía con claridad: le había mordido una tortuga sin ninguna razón aparente, pero él consideraba que el motivo estaba en la actividad de sus padres, empleados en un restaurante que trataba con animales vivos y que, además de matar serpientes, se dedicaban a matar tortugas.

Arrodillándose, el policía delgado introdujo en uno de los orificios de la nariz de la tortuga una cerda que llevaba en la mano. Xiao Ao se dio cuenta en ese momento de lo grande y redonda que era la nariz de esa bestia acuática; era puntiaguda y brillaba como un diamante. El hombre metió otra cerda en el otro orificio y la muchedumbre soltó el aire, incapaz de continuar contemplando aquello. No obstante, las cámaras de varias decenas de teléfonos móviles enfocaron, para grabar y tomar fotos. El agente de la cara blanca llevaba en su mano una

cámara de vídeo. Tenía pinta de ser un especialista en el manejo de esos aparatos, y se puso a rodar escenas panorámicas. Su compañero sostenía entre dos dedos un cigarro humeante mientras enroscaba las cerdas en los orificios de la nariz de la tortuga con la otra. El animal parecía parpadear, y los latidos de los corazones de los presentes se aceleraron. La tortuga vieja cerró de repente los ojos y de su nariz puntiaguda salió un estornudo estruendoso. En ese mismo momento, el policía delgado le agarró la muñeca a Xiao Ao y su pobre dedo por fin quedó liberado de las fauces de la bestia.

La muchedumbre aplaudió.

Yuan Xiaojie celebró lo ocurrido dando saltos.

Al abuelo se le llenaron los ojos de lágrimas de alegría.

La abuela Xingyun se apresuró a esterilizar las heridas de Xiao Ao.

—¡Grábenlo en vídeo! ¡Grábenlo en vídeo! —gritó Erkun emocionado—. ¡A esto se le llama energía positiva! ¡Todos unidos por una causa! ¡Así se resuelven los problemas en la nueva China!

—¡Escuadrón Chen! ¡Sois la octava maravilla del mundo! —gritó a su vez el policía grueso—. ¡Y nada como la Policía del Pueblo para resolver conflictos!

El policía delgado se detuvo observando la mano de Xiao Ao y le preguntó a Xingyun:

—¿Tendrá que ir al hospital?

—¿Lo crees necesario? —le preguntó ella a Xiao Ao—: ¿Te sientes mal?

Xiao Ao sacudió la cabeza. Xingyun le envolvió el dedo con una gasa al chico y le puso una inyección en el dorso de la mano.

En ese momento, la tortuga vieja se puso en marcha y lentamente se encaminó hacia el agua. Xiao Ao la vio moverse, pero no quiso decir nada. Deseaba verla en la bahía, de vuelta en su palacio en el fondo insondable de las aguas. El animal aceleró súbitamente el paso y el jefe veterinario Hou pisó la cuerda que ataba una de sus patas impidiéndole el avance; la tortuga se esforzaba torpemente, pero le resultaba imposible dar un paso. De su boca salían gritos de rabia y frustración de un patetismo escalofriante. Al oírlos, los presentes se quedaron lívidos. Eran unos chillidos agudos capaces de paralizar a cualquiera. El croar de los sapos se escucha en cualquier parte, pero son pocos los que han escuchado los gritos de una tortuga.

Xiao Ao le suplicó al jefe veterinario Hou:

—¡Suéltela!

El jefe miró a la muchedumbre, cuyos ojos le respondieron de manera ambigua.

—Erkun… —El jefe veterinario Hou hablaba en un tono misterioso —: Mírala detenidamente. ¿Acaso ves algo encima de la tortuga?

Erkun bajó la cabeza para observarla de cerca, luego la levantó y concluyó:

—¿No hay nada?

—Hay unos caracteres chinos, unos *hanzi*… —le aclaró el jefe veterinario Hou.

—¿Hay unos *hanzi*? ¿Cómo no los había visto antes? —saltó Erkun.

—Mira… —dijo el jefe veterinario Hou haciendo gestos con la mano—. Esto es 'el Cielo' 天 y esto otro es 'debajo de' 下, esto es 'suprema' 太 y este otro corresponde a la 'paz' 平 …

—¡Claro que sí…! —reconoció finalmente Erkun—. Nuestro pueblo se llama Taiping, La paz suprema, y esa es la bahía de Taiping, y la tortuga recibirá el nombre de La tortuga de Taiping, ¡La Tortuga de la Paz Suprema bajo el Cielo…!

Varias cámaras de teléfonos móviles se aproximaron ahora al caparazón para fotografiarlo.

Xiao Ao, con lágrimas en los ojos, miró a Erkun y le susurró:

—¡Que la suelten ya!

—¡Esta tortuga es de Xiao Ao…! y si Xiao quiere soltarla, la soltaremos… —afirmó Erkun, mirando fijamente al viejo pescador—, pero no se puede permitir que La Paz Suprema bajo el Cielo arrastre una cuerda de nailon a las aguas de la bahía. ¿No te parece, Xiao Ao…?

Xiao Ao movió ligeramente la cabeza.

—Y necesitamos a alguien que lo haga… —dijo Erkun sin quitarle los ojos de encima al viejo pescador—. Por favor, procedan…

El viejo pescador agarró las cuerdas y levantó a la tortuga. Su hijo cogió el extremo que no estaba atado a las patas traseras del animal. El padre la desató y el joven pescador procedió con la última fase de la operación y soltó la tortuga en las aguas de la bahía. Se tumbó tranquilamente y pareció que estaba muerta. Las cámaras de los teléfonos móviles de los presentes no se apartaban de ella. Erkun pisó con fuerza en el suelo y dijo:

—¡Venga, vosotros dos, ya os podéis ir tranquilos…! ¡La Paz Suprema bajo el Cielo ya está libre y a salvo! ¡Como nuestro pueblo! ¡Ella ha vuelto a la vida! ¡Y las gentes de nuestro pueblo están contentas! ¿Qué más se puede pedir?

El cuello de la tortuga asomó en el agua y giró a un lado y a otro como si estuviese explorando el entorno. De repente, como si fuera la tapa de una cacerola, el caparazón se levantó, se inclinó y se deslizó sobre la superficie. Nadie de entre la muchedumbre reaccionó, y la tortuga —esa tortuga enorme, vieja y cansada— despareció sin dejar el menor rastro bajo las aguas de la bahía.

Erkun se puso a aplaudir y todos los presentes hicieron lo mismo,

acompañando sus aplausos con un ¡Viva La Paz Suprema bajo el Cielo!

LA BOCA VERDE Y LOS LABIOS ROJOS[118]

I

En el año 1995, ya a finales del siglo pasado, mi padre enfermó seriamente y tuve que dejar Beijing para regresar a mi pueblo. Una tarde, de repente, escuché los gritos de una mujer al otro lado de la ventana. La muchedumbre que pasaba por allí apenas podía creer lo que acababan de ver con sus propios ojos. En poco tiempo, los gritos recorrieron las callejuelas hasta penetrar, con toda claridad y precisión, en el patio de mi casa, dejando a quienes allí estaban completamente aterrorizados. Mi hermana mayor dijo asustada:

—¡La *gaocan*[119] ha llegado! ¡Oh, la «consejera del Gobierno», de gran talento y sabiduría, nos honra con su visita! ¡Démosle la bienvenida!

Simplemente era una mujer —el rostro de un rojo brillante y la boca grande— que entraba dando voces y llorando en nuestro patio.

—Ay, mi querido tío… el mismísimo hermano de mi madre… ¿Cómo has podido abandonarme de esta manera…?

Mi hermana, un tanto molesta, se precipitó hacia ella para amonestarla. A mi padre le temblaron de repente las manos, y murmuró de forma entrecortada:

—No, no…, no la provoques, por favor…

Mi madre, muy irritada, le preguntó:

—Tú, «consejera», ¿nos vas a cantar algo?

El rostro descompuesto de la «consejera» parecía la cubierta metálica, enrojecida y siempre ardiente, de un horno para cocinar sobre el cual estuvieran cayendo gotas de agua. Cuando el sonido del goteo desapareció, cambiando de expresión, dijo con aire estupefacto:

—Debería dirigirme al tío como *lao* (viejo), ¿no es eso?

—¡Por mí, perfecto! —repuso mi hermana.

—Mire, esos malditos rumores me llevan por el camino de la amargura… —continuó la consejera mientras entraba en el cuarto de

mi padre. Al verme detrás de él, su rostro se llenó de alegría y se dirigió a mí—: Oh, primo, ¿cuándo regresó usted? —Luego alargó la mano hacia mí, aunque en nuestra casa ese tipo de saludo no era costumbre, sobre todo entre hombres y mujeres. No obstante, dejársela suspendida en el aire era de mala educación y suponía un desplante hacia alguien que ocupaba un puesto importante en la administración, de modo que me precipité a estrecharle la mano, que encontré grande y dura, y de una fuerza excesiva. El gesto me provocó una sensación indescriptible: como si me estuviera ganando su respeto. Repitió el movimiento con mis otros primos. Esa manera de saludar no era, desde luego, propia de una mujer, y menos de un campesino; era la habitual entre los cuadros del Partido que vivían en los centros urbanos. Finalmente, la consejera preguntó si podía acercarse a la cama de mi padre:

—Tío, ¿me reconoce usted? —Mi padre sacudió la cabeza y ella, alzando la voz y endureciéndola, prosiguió—: Tío, soy Qin Guiying, de la familia Qin del pueblo. —Mi padre repitió el gesto, como si no la conociera de nada, y ella volvió a insistir—: ¡Tío, soy Mei la Segunda, mi hermana mayor es la gran Mei! —Él miro a la consejera, concentrándose en su rostro, pero no pronunció una sola palabra.

Mi hermana mayor intervino y gritó:

—¡Es la hija de la hermana de mi marido! ¡De la familia Qin! ¡La consejera!

Mi padre sonrió y con una voz débil dijo:

—Ah, la *gaocan* nada más y nada menos… Ahora caigo, es un personaje muy célebre e importante… ¡Oh, extraordinario! ¿Y ha venido a vernos…?

La sonrisa en el rostro de mi padre desapareció por un momento y calló. Me sentí satisfecho porque la irritación y la voz dura de la consejera desaparecieron de golpe.

—Mi tío tiene mucho sentido del humor —ironizó.

—Toma asiento, anda… —le propuso mi padre.

Mi primo, que estaba sentado enfrente de mí, se levantó inmediatamente para cederle su taburete. Yo, por mi parte, quise expresarle mis respetos y le serví un té. Le dio un sorbo y con un cigarrillo en la otra mano preguntó:

—¿No os molesta si fumo?

Mi hermana se apresuró a responder:

—Consejera, si fuma, me van a entrar ganas de toser…

Ella introdujo el cigarrillo en el bolsillo y dijo:

—Fumar es un derecho para gente que tiene autoridad, pero, en lo que a mí concierne, prefiero aconsejar sobre una ley que impida molestar a los demás. Me parece más importante este derecho que el

primero.

Sus palabras, por inesperadas, me sorprendieron. Quedé asombrado, sin saber cómo responder. Aunque en principio pensé decirle: «Vaya, un letrado que ha estado ausente por tres días debe verse a su vuelta con otros ojos»[120], me eché atrás porque me pareció poco adecuado. Así que me tragué esas palabras lo mejor que pude. Mi hermana, que me vio con cara de estar atravesando por un duro trance, me aclaró:

—Tal vez no sepas aún que la consejera tiene muchos problemas… y en la península de Jiaodong hay gente importante que le hace la vida imposible…

Mi primo comentó sin venir a cuento:

—Que no te hagan abuelo, primo; yo lo llevo siendo desde hace tres años y no se lo aconsejo a nadie.

En ese momento, en los bolsillos de la consejera sonaron dos teléfonos móviles al mismo tiempo. Con una mano sacó uno de la marca Huawei y con la otra, un modelo de la marca Apple. Primero atendió el Apple y gruñó unas palabras que nadie comprendió. Luego le prestó atención al Huawei y apretó una de las teclas para escuchar un audio. Era la voz de Hua Bozi[121] que le decía: «Hermana Qin, no me culpes a mí de nada de lo que ha ocurrido. He oído hablar al padre de Jiu´er y decía que deberías llamar a tu tío con el indicativo respetuoso y muy al uso en nuestro pueblo de *lao* (viejo). ¿Lo comprendes ahora…? Todo esto es debido a que el padre de Jiu´er vio desde la cámara de CCTV del comité del pueblo que el gran Mo Yan venía había venido para visitar a su padre enfermo…».

—Oh, primo, la vida ahora es así de complicada…

Desconcertado, pregunté:

—Pero no me digas que han puesto cámaras de CCTV en el pueblo para vigilarnos…

Mi primo respondió:

—Pues sí; las han instalado en cada calle, y en la Casa del Pueblo, incluso dentro de las habitaciones.

—¡Qué fuerte! No sé cómo podéis aguantarlo —exclamé.

—Primo, lo que resulta difícil de aguantar es lo que ocurría antes… —justificó la consejera—. El año pasado nos llegaron los móviles con cobertura 5G. En teoría, si estornudas en Beijing, aquí, en tu pueblo, nos enteramos casi inmediatamente. Internet llega a todas partes del mundo bajo el Cielo y alcanza los corazones de todos. ¡Internet es el Pueblo! Con Internet ganas el corazón del Pueblo, pero también lo pierdes. ¡No te conviertas en un esclavo de Internet! Internet es el Paraíso, pero también el Infierno. Se utiliza para promover justicia, pero también para destruir a gente buena y justa.

Puedes ganar dinero con Internet, pero también puedes perderlo. Internet puede convertir a una persona en un diablo o en un adulto, y también en un dios. La denominada «amante de las tres distinciones[122]» que se proclamaba hace varias décadas pasa ahora a través de Internet. «En Internet nadie sabe que eres un perro»[123]… y estas palabras tienen más vigencia que nunca. En resumidas cuentas, primo, desde que existe Internet creo estar viviendo la vida de los demás de una forma más genuina.

—Admirable, Qin Guiying… o no, mejor, «la consejera»… —le dije —. Cuando estoy en Beijing, en realidad no estoy bien informado, así que te agradezco que me hayas puesto al corriente de que todo el mundo en mi pueblo sabe lo que me está pasando…

—Primo, yo y mis amigos de Internet somos todos incondicionales de esta invención. Puedes ir a la web y comprobarlo. ¡Verás cómo te animamos y te protegemos! ¡Somos como un *spray* que aviva el fuego! ¡Todo por ti!

—Muchas gracias, mis viejos camaradas… La verdad es que yo me he quedado muy atrás en estos asuntos. Muchísimas gracias, vaya lección que me has dado.

—Tú y tus amigos acabáis de publicar un par de tochos y yo ya lo he difundido por Internet para haceros publicidad. Muy conservadores sois vosotros, primo… No estáis familiarizados con las reglas de Internet. Repite algo durante medio año y acabará convirtiéndose en mil fideos de habichuelas… Si os muevo en Internet y en tres meses no da ningún resultado, ¡es que no me apellido Qin!

—Pues en efecto, ya no te apellidas Qin —le replicó mi primo—, te llamas *gaocan*, «la consejera»…

—Bueno, lo de *gaocan* tampoco suena muy bien, sobre todo porque indica una alta jerarquía (*gao*)… ¿No había en la familia alguien que se apellidaba *gao*? —pregunté.

—¡Ay, primo! ¡Esto es algo que habría que resolver! —se quejó mientras tecleaba el móvil, y cambiaba de tema—: Regístrate en Weixin y podremos sentarnos y hablar.

—Envíame el código —dije.

—Te he invitado varias veces y no me has hecho ni puto caso. — Me miró, volvió a teclear un par de letras, luego me hizo llegar un código QR y me pidió—: Confírmame: *Gaocan* - «El cerdo es grande y uno mismo es gordo».

—¿El tamaño del cerdo y la gordura de uno mismo? ¡Ese nombre es genial! —celebré.

—Tengo tres nombres más: «El niño llora a su madre», «Los pechos grandes no se consideran grandes» y «La ciruela se abre en dos secciones».

—Pero ¿tienes cinco teléfonos móviles? —le pregunté sorprendido.

—«La carpa negra del suegro» del distrito de Pingdu tiene doce teléfonos móviles —me hizo saber—. Yo solo tengo dos números de teléfono públicos (dos cuentas en redes sociales) y uno se llama «Labios rojos» y el otro «Boca verde». Primo, me sigues en las redes sociales cuando tengas tiempo libre… —Se inclinó ligeramente hacia mi padre y le dijo—: Tío, voy a ser la primera en irme, pero vendré a verte dentro de unos días. Hay un proverbio que dice: «Un rumor dura diez años». Tío, debes confiar en ti mismo. No debes dejarte vencer por la edad. Los años no cuentan y la muerte no es nada. La vida son palabras bonitas y un período de tiempo brillante e irrepetible, eso dicen. ¿Quién es el imbécil que se cree eso? Ahora la esperanza de vida en nuestra comarca es de ochenta y cuatro años. ¡Y hay varios centenarios! ¡Y tú estás hecho un roble! ¡Vas a vivir ciento veinte años! ¡Seis generaciones nada menos!

Cuando, después de estas últimas palabras se marchó, mi padre me susurró:

—Cuida de ella, que lo va a necesitar…

—Padre, no se preocupe. Sé de sobra cómo es y lo que le pasa.

II

A principios de los años sesenta del siglo pasado, durante ese período que queda entre finales de verano y principios de otoño, en el cantón noreste de Gaomi comenzó a caer una lluvia que parecía no querer acabar nunca. Durante quince días no se vio el sol. En esa época yo solía leer a autores hispanoamericanos. Pensaba que la manera de describir los días de lluvia[124] y el mal tiempo en sus novelas era similar a lo que mis ojos estaban contemplando en mi pueblo. Un chaparrón, la llovizna, un diluvio, el aguacero, una tromba, una tormenta eléctrica (con muchos rayos y truenos), el monzón, o la lluvia con granizo… A veces me daba la impresión de que la lluvia traía con ella peces y camarones, y no cesaba nunca. Llovía y llovía sin parar, y en las tierras cultivables, esas que prometían la cosecha que estaba por venir, se abrían surcos como ríos de agua. El cauce del río se desbordó hasta el punto de sobrepasar la altura del dique, y eso puso en peligro la vida de personas y animales.

En esos tiempos solo teníamos una cosecha por año y, cuando el diluvio empezó a amainar, agarramos los palos de madera para plantar las semillas de trigo en el barrizal en que se habían convertido nuestros campos. Las bestias no podían avanzar y los arados no servían de nada. Así que había que recurrir al método original y

primario de la siembra; claro está, solo podíamos sembrar unas pocas semillas, y todo el proceso resultaba lentísimo. Solo a principios del verano del segundo año pudimos tener una cosecha de trigo. Lo penoso fue constatar que muchas de las semillas que habíamos plantado en zonas todavía inundadas por la lluvia no germinaron como esperábamos. Fue una cosecha fallida en muchos aspectos. En el cantón noreste de Gaomi tuvimos que esperar a la siguiente, ya en primavera, para tener un trigo mejor. A pesar de las circunstancias, la cosecha del sorgo se salvó, pero el diluvio tuvo también un impacto enorme en la calidad del grano. Durante años solo dispusimos de un sorgo blando y mustio.

En esa época, las gentes del pueblo no sabían predecir el tiempo, y se vivía en un estado constante de incertidumbre que afectaba al estado mental de todos nosotros. Ese diluvio eterno sobre las tierras de Gaomi supuso un trauma que todavía no hemos superado. En la subprefectura hubo quien llegó a anunciar la muerte del campesinado en el cantón noreste de Gaomi; se planteó el posible traslado de las casas y de toda la actividad al área suroeste, pero los seres humanos son criaturas extrañas y, convencidos de que ese lugar era inhabitable, no estuvieron dispuestos a dejar sus hogares. Hubo quien recordó aquello de que «se reside donde eres capaz de aguantar las dificultades de la vida».

Por aquellos días vivía en nuestra comuna un vicesecretario perteneciente al Ejército, procedente de las tierras al sur del río Yangzi, que tuvo de repente una idea inspiradora que propuso a los otros miembros de la comuna: ¿Por qué no plantábamos arroz en las tierras que habían quedado encharcadas?; ¿no sería una buena forma de sacar provecho del agua que había venido para quedarse? El vicesecretario intuía que la propuesta era verdaderamente acertada y quería anunciarla a los líderes de la subprefectura. Estos, al conocerla, coincidieron en que era un buen plan. Por consiguiente, para que fructificase el proyecto, había que coordinarse con otros departamentos de la administración nacional, de modo que decidieron traer a varias decenas de especialistas de la provincia de Fujian con el objetivo de guiar a las gentes de nuestro terruño en la tarea de plantar arroz. Había que cambiar radicalmente los métodos de cultivo y las prácticas agrícolas de nuestros campesinos. Se necesitaba igualmente un cambio de hábitos, lo que supuso una auténtica revolución. La edad de nuestros campesinos no ayudaba precisamente a que una transformación de tal alcance llegara a buen puerto. Hubo incluso algunos que se opusieron, pero los más jóvenes dieron su visto bueno.

En esa época, Qin Guiying y yo estábamos en el tercer año de la escuela primaria. Allí aprendíamos a mejorar el rendimiento de los arrozales, y nos ejercitábamos en tareas de propaganda para luego ir

al mercado y hacer representaciones relacionadas con las prácticas productivas. Llevábamos puestas máscaras que simbolizaban aquello que sembrábamos; nuestra maestra Li Shengjie (Li la divina y pura) las había hecho especialmente para nosotros. Yo interpretaba el papel de un boniato, Wang Chang el del maíz, Du Mao era el sorgo y Qin Guiying el arroz. Utilizábamos la ópera local de Maoqiang para escenificar el guion que previamente nos había proporcionado el maestro Shen Qingfeng. Yo cantaba: «Soy un boniato grande y cuando estoy en el agua me convierto en pulpa de soja». Wang Chang cantaba: «Soy una vieja mazorca y cuando estoy en el agua me convierto en barro». Qin Guiying cantaba: «Soy un tallo de arroz dorado y cuando estoy en el agua me río *jajajá*, en el agua río, crezco feliz y florezco, y en el agua doy semillas y granos de arroz que la gente mayor y los niños adoran comer…». Juntos, cantábamos: «La verdura que más nos gusta es la col blanca; la carne que más nos gusta comer es la carne de cerdo; y el arroz que más nos gusta comer es el arroz grande…». Cuando llegaba la estación de la siembra, para finales del mes de abril, nuestros compañeros en la escuela dejaban de ir a clase para ayudar a los campesinos en su labor. El pueblo entero se reunía en los arrozales y se formaba una ruidosa algarabía.

Varios miembros de la comuna vinieron con nosotros para la siembra y sobre todo para distribuir de forma correcta las semillas en los arrozales. Ya hacía calor en el mes de abril en las tierras del sur, mientras que en el norte continuaba haciendo aún bastante frío. El viento soplaba fresco en los arrozales y la gente dudaba si ponerse o no las zapatillas y los calcetines para introducir los pies en el agua. Nuestra maestra Li Shengjie, con la intención de dar ejemplo, fue la primera en entrar en ellos con los pies desnudos. Un par de coletas largas, gruesas y puntiagudas que nos deslumbraban a todos colgaban de su cabeza. Lo que acabo de detallar pasó hace siglos. Lo cierto es que los maestros de escuela debían mostrarse como modelos a seguir, y dado que nadie podía permitirse quedar atrás, cada uno de nosotros se quitó los calcetines y metió los pies en el agua.

A pesar de que las diferencias entre ricos y pobres en esa época no eran muy grandes, seguía habiendo desigualdades económicas evidentes. Los compañeros de clase que gozaban de una situación privilegiada podían llevar chaquetas y pantalones acolchados (ropa gruesa de invierno), además de calzoncillos. La distancia entre los más ricos y los más pobres se veía precisamente en esos pantalones que ofrecían una protección inigualable contra los rigores de invierno, pero resultaba difícil meterse en el agua con ellos, ya que enseguida quedaban completamente empapados y molestaban mucho. Los pantalones de verano, sin embargo, llegaban hasta la rodilla y eran cómodos para trabajar en los arrozales. Un niño de tercer grado de esa

época no llevaba calzoncillos, de modo que, si se quitaba el pantalón grueso, se quedaba con el culo al aire. Los muchachos de entonces eran educados en los valores heroicos de la antigüedad y también en todo aquello de la Liberación, y vivían en un mundo ideal. Ansiaban encontrar cualquier oportunidad para actuar ante los demás como héroes. Por ejemplo, Wang, uno de los miembros de nuestro comité, quemó a propósito las pilas de hierba y paja que habían amontonado los de la unidad de trabajo y luego fue el primero en ir a apagar el fuego. Sufrió algunas heridas, pero los héroes no se quejan… No obstante, en la escuela decidieron expulsar a ese estudiante que malinterpretaba los valores épicos.

Aunque los pantalones no nos llegaban a la rodilla, resultaba indecente quitárnoslos para ponernos a trabajar. Esa era la razón por la cual solo quienes llevaban pantalones gruesos y calzoncillos podían hasta cierto punto meterse en las aguas pantanosas de los arrozales. *Plof, plof, plof*…

Al final, sobre el caminito del arrozal solo quedó la niña Qin Guiying, que vestía una chaqueta gruesa acolchada, con estampado de flores, y unos pantalones con vuelta de color azul índigo. Saltaba a la vista que pertenecía a una buena familia, mejor situada económicamente que el resto. Oí decir a mi tía paterna que el padre de Qin Guiying era también el tío de mi tía. Se trataba de un tipo muy habilidoso con las armas. Tenía una escopeta de tierra con la que salía cada invierno en compañía de algunos perros de caza para hacerse con varios cientos de liebres. En esa época, una liebre se vendía por un yuan, así que con varios cientos de liebres uno se hacía con varios cientos de yuanes. Se podía ganar una fortuna con la venta de las liebres salvajes. Además, era muy bueno con las pinzas metálicas, y cada año capturaba también varias comadrejas. La gente pagaba grandes cantidades de dinero por la piel de esos animales… La niña calzaba unas zapatillas hechas de una tela gruesa de franela, y se había quedado aislada y sola en medio del arrozal. La maestra Li Shengjie le gritó:

—¡Ven, Qin Guiying…! —Pero ella no le hizo caso. Qin Guiying era una excelente estudiante y, en efecto, había nacido en una buena familia. Su padre, además de cazar liebres en invierno, empleaba a otros campesinos para que trabajasen en su casa. Los propietarios de tierras, los derechistas, los granjeros y campesinos ricos, los contrarrevolucionarios y los elementos subversivos, así como sus descendientes, eran enemigos de la Revolución y, si se atrevían a poseer un arma de fuego e ir a cazar liebres al campo, eran conducidos inmediatamente a la cárcel, pero Qin Guiying enseguida se incorporó a los Jóvenes Pioneros de China y destacó en la escuela como buena estudiante. En cada una de las actividades en las que

participaba se mostraba activa y, para ella, ser la primera en saltar a los arrozales era una obligación moral: era lo correcto. Tenía la cara enrojecida y mantenía una posición incómoda en medio de los campos encharcados.

—¡Ven, Qin Guiying…! —volvió a gritarle Li Shengjie.

La llamada de la maestra llegó a nuestros oídos, pero se dirigía a Qin Guiying. La primera vez que descubrimos sus zapatillas no podíamos creer lo grandes que eran y lo cómodas que parecían. ¡Un auténtico lujo! En esa época, la mayoría de los niños tenían que usar las de caucho que salían directamente de la Sociedad de Ventas y Suministros. Las madres debían ir a trabajar a los campos y, por tanto, necesitaban zapatillas rústicas que les protegiesen los pies. Nadie recuerda que Qin Guiying llevara alguna vez zapatillas de plástico o de caucho. Ella misma se había hecho las que calzaba, de tela, como las de toda la vida en China, aunque en la parte delantera parecían como hinchadas. En esa zona de delante, que era negra y aterciopelada, había bordados un par de murciélagos de color rojo que componían figuras simétricas y deformaban todavía más la puntera, agrandándolas. Cuando, bajo la mirada de los compañeros de clase y la presión de la maestra, se remangó los pantalones, aparecieron un par de piernas delgaduchas y largas del color amarillento del lodo. Con los pantalones por encima de las rodillas, el tamaño excesivo de las zapatillas se hizo todavía más evidente.

—¡Quítate las zapatillas bordadas y ven ya! —le pidió la maestra Li Shengjie con un tono de voz no exento de burla.

En una década, las zapatillas bordadas se habían convertido en palabras bonitas y nada más: palabras que hacían pensar en los antiguos propietarios, en las concubinas o en las jovencitas de las mansiones señoriales. Así que sonreímos maliciosamente, a pesar de lo cual Qin Guiying no se descalzó. Se puso a llorar y se subió todavía más los pantalones. Con aquellas piernas desnudas como dos cañas y sus enormes zapatillas bordadas avanzó por el arrozal pantanoso. En ese momento me sentí estúpido y me convencí de que todos nosotros a esa edad, todos mis compañeros de clase sin excepción, éramos unos estúpidos.

Nuestra maestra Li Shengjie (la joven con dos coletas largas) era a ojos de las gentes de nuestro pueblo una especie de hada con poderes sobrenaturales que a saber de dónde habían salido. Estaba convencida de que Qin Guiying se resistía a aprender. La maestra conocía el método de la siembra en los campos de arroz ya antes de que viniesen los expertos de Fujian, y quería demostrárnoslo. Podía incluso dar lecciones (o al menos lo pretendía) a los demás acerca de esas nuevas prácticas de cultivo que ignorábamos por completo en Gaomi.

El agua helada de los arrozales penetraba hasta los huesos, y el

lodo tenía un espesor de aproximadamente medio *chi*. Con nuestras piernas desnudas sumergidas en ese barrizal nos movíamos con lentitud y nos costaba operar. La maestra Li Shengjie agarraba con la mano izquierda uno de esos tallos para la siembra y con la derecha otros dos, y a continuación se doblaba hacia delante. Una vez inclinada, sus coletas largas y gruesas penetraban en el agua como si fueran colas de buey. Cuando alzaba la cabeza y la echaba hacia atrás, las coletas volaban por los aires y luego reposaban de nuevo sobre su espalda, separándose la una de la otra, y las gotas de agua salpicaban nuestros rostros. Esas colas grandes se balanceaban de un lado a otro como un par de serpientes de agua negras que se desplazan nerviosamente de acá para allá. Tras varios movimientos más con la cabeza, la maestra Li Shengjie tuvo que soltar los tallos y con sus manos sucias y mojadas volvió a sujetar las dos coletas, que ahora quedaron unidas en una sola, dando a su cabeza la apariencia de una enorme boñiga alargada y morcillona recién salida de los intestinos de una saludable vaca. A continuación, alzó otra vez la mano en la que sostenía el tallo para sembrar, y dijo:

—En cada agujero hay que poner dos o tres tallos, utilizad los dedos para limpiar el lodo. Con el índice y el pulgar hacéis presión sobre la tierra para sacarla. Sobre todo, no malogréis las raíces…

En realidad, los movimientos de Li Shengjie eran torpes y chapuceros, recordaban en gran medida a los de los niños de tercer año de nuestra escuela a quienes aleccionaba. Pronto, el procedimiento de la maestra Li Shengjie (la de las dos coletas largas) se convirtió a nuestros ojos en una especie de representación desordenada y sin sentido. Se salpicaba barro por todas partes y la mitad de los tallos quedaban flotando encima del agua completamente flácidos o quebrados.

Una de nuestras compañeras de clase se puso a gritar porque una sanguijuela se había pegado a su pantorrilla. Correcto, lo habéis adivinado…, esa niña que lloraba histéricamente era Qin Guiying. No sé si os habéis fijado, pero esta historia no está narrada con minuciosidad y rigor, aunque lo que se cuenta en ella sean hechos históricos.

—¿Qué te pasa, niña? —le preguntó la maestra Li Shengjie.

—Oh, una sanguijuela… una sanguijuela horrible en mi pierna me está devorando… —contestó con miedo Qin Guiying.

Nos acercamos y la rodeamos para ver el bicho. Efectivamente, una sanguijuela grande se había pegado como una lapa en la pantorrilla izquierda de Qin Guiying y no la soltaba. La maestra Li procedía de un medio urbano y nunca antes había visto un parásito de ese tamaño enganchado en la carne de una persona. Quería sujetarla y retirarla así por las buenas de la pierna de la niña, pero Gu Wenyu, que era

nuestro compañero de más edad, intervino y le advirtió:

—¡No lo haga! ¡La va a romper…! Puede estar enganchada a una vena y, si la rompemos, no vamos a poder sacarla de la pierna. Provocaremos una desgracia. ¡La otra parte de la sanguijuela va a llegarle hasta el cerebro…!

Qin Guiying se puso a dar alaridos como un cerdo al que están sacrificando. La maestra Li se apresuró a preguntar:

—¿Qué podemos hacer?

Gu Wenyu le respondió:

—La mejor solución es mearle encima con orina caliente o utilizar la suela de una zapatilla.

Recurrir a los meados no parecía correcto. Lo de la suela de la zapatilla era una solución mejor. Gu Wenyu avanzó unos pasos y se metió en las aguas pantanosas. Cogió una de las zapatillas de la plataforma de madera que permitía acceder al interior del arrozal y le dio un zapatazo a Qin Guiying en la pierna. *Oh, ay, oh, ay*… Pero la sanguijuela no se movió del sitio y continuó pegada a la pantorrilla de la niña. Gu Wenyu repitió el gesto, esta vez atizando directamente sobre el cuerpo pegajoso y viscoso del bicho, y de nuevo se oyó *oh, ay, oh, ay*. La sanguijuela, completamente noqueada, se desprendió por fin de la carne, dejando un moratón y un agujero del tamaño de una habichuela verde en la pierna de Qin Guiying, que nada más ver la sangre negra que salía de la herida, redobló sus gritos desesperados; parecía un niño obligado a dar cuentas por su mal comportamiento. Gu Wenyu regresó a la plataforma de madera y se hizo con unas ramas de cardo, a continuación se dirigió de nuevo hacia Qin Guiying y las puso sobre la herida. Estas plantas, los cardos borriqueros[125], son un buen remedio para cortar hemorragias. Nosotros sabíamos de sus propiedades curativas, pero la maestra Li Shengjie las desconocía y amonestó a Gu Wenyu por su intervención:

—Pero ¿qué haces?

Y Gu Wenyu le respondió:

—¡Medicina tradicional china, está escrito en el *Compendio de materia médica* de Li Shizhen! —El abuelo paterno de Gu Wenyu era médico, así que nuestro compañero de clase sabía lo que hacía, por eso la maestra Li Shengjie no dijo nada más. En ese momento, Qin Guiying se sintió muy cansada. Su pierna había dejado de sangrar y la maestra le dijo:

—Vale, ya puedes irte… Ve a casa y te lavas. ¿Te parece bien?

A Qin Guiying le costaba desplazarse por la plataforma de madera; daba unos cuantos pasos, se quejaba del dolor y chillaba. La maestra Li le preguntó a qué venían esos gritos, y Qin Guiying le respondió que el barro se había quedado adherido a sus zapatillas. La maestra Li

afirmó: «Eres una niña rara. ¿Por qué te empeñas en llevar esas zapatillas bordadas en los arrozales? ¿No me digas que tus pies son "flores de loto doradas de tres *cun*"[126]?». La maestra Li ironizaba sobre sus orígenes burgueses, burlándose de Qin Guiying como si se tratara de un estigma con el que fuera a cargar toda la vida. Nosotros, que éramos unos niños casi salvajes y sin ninguna educación, no comprendimos realmente el alcance de esas palabras, pero a Qin Guiying le llegaron al fondo del alma. La maestra Li iba a pagar un precio muy alto a por lo que había dicho. Pidió a Gu Wenyu y a los otros que ayudasen a la niña a sacar las zapatillas bordadas del lodo y la acompañasen a lo largo del embarcadero. Qin Guiying tenía las piernas cubiertas de barro, ahora parecían dos gruesos pescados negros, y sus zapatillas bordadas eran ya como dos gatos muertos. La maestra Li encargó a Gu Wenyu que fuera con la niña a lavarlas en las aguas del canal y que la llevase luego a su casa, pero Qin Guiying, inflexible, no quería que Gu Wenyu la ayudara, y se negaba a lavarse ella misma las zapatillas. De modo que caminaba llorando, y sus pies más que pies eran dos masas de lodo. Tras observarla caminar varios metros, tomamos asiento junto al canal. La maestra Li no estaba todavía tranquila e insistió para que Gu Wenyu fuera a vigilar que nada inesperado sucediese. Gu Wenyu aceptó las órdenes, aunque no tenía ningunas ganas de hacerlo. Enseguida oímos los llantos y los gritos de Qin Guiying, como los maullidos de un gato al que acabaran de pisar la cola. La niña arrojaba barro a Gu Wenyu, que no paraba de retroceder e intentaba esquivar como podía los pegotes de lodo que caían sobre él. Regresó dando grandes zancadas y Qin Guiying se alejó por fin con sus zapatillas bordadas. Gu Wenyu volvía con la cara hinchada y roja, y oímos que la maestra Li le preguntaba:

—¿Por qué la has provocado de esa manera?

Gu Wenyu gritaba:

—¡Tiene seis dedos en cada pie!

III

Sin entrar en muchos detalles, hablaré ahora del segundo día tras la siembra de los tallos de arroz en los campos. El padre de Qin Guiying, completamente borracho y alzando con ambas manos una de esas escopetas autofabricadas con las que cazaba liebres, pidió a uno de los niños que fuese a buscar a la maestra Li Shengjie. Como dije, no voy a entrar en detalles, pero hay que saber que años después Gui Qingying se convertiría en uno de los cabecillas de los Guardias Rojos. Con unas tijeras rotas la niña le cortó las coletas a la maestra Li Shengjie y le

hizo además un tajo profundo en la mejilla, cuya cicatriz le quedaría de por vida. Nunca olvidaré al padre de Qin Guiying, que se llamaba Qin el Noveno, cuando disparó a un sauce que había en el patio de nuestra escuela. Qin el Noveno y mi tío eran primos, y ocupaba el rango noveno en la familia Qin; no por otra razón le llamaba Qin el Noveno. Ese disparo hizo temblar el colegio, y al director se le puso la cara de color amarillo. La maestra Li, muy asustada, se quedó pálida. Qin el Noveno se agachó para recoger el gorrión ensangrentado que había quedado tendido bajo el sauce, lo arrojó a los pies de Li Shengjie y seguidamente gritó:

—Visitad mi casa, la de la familia Qin, y veréis que somos todos campesinos desde hace mucho tiempo. Si no hubiera habido campesinos pobres, no habría habido ninguna revolución, y, por tanto, ¡abusar de mi hija, que es una campesina pobre, es abusar de la mismísima Revolución!

Tras pronunciar esas palabras, Qin el Noveno se puso caminar sin una dirección precisa. A pesar de no tener nada que comentar al respecto, nunca podré olvidar la expresión de Qin Guiying cuando hirió a la maestra Li en la mejilla: era una cara de odio y venganza como nunca antes había visto, y eso que solo tenía once años. ¿Cómo podía una niña de esa edad tener tanto odio dentro y expresarlo en su rostro? Todavía hoy esa escena me deja perplejo. Mientras veíamos a Gu Wenyu y Qin Guiying dar una paliza a la maestra Li, nosotros coreábamos nuestros eslóganes a viva voz con intensa alegría. Sabíamos que lo ocurrido aquel día en los arrozales entre Qin Guiying y la maestra Li no había sido algo sin importancia. Si hubiera sabido la educación y el conocimiento que la niña poseía, la maestra no le habría permitido nunca en la vida poner un pie en los campos.

Tras el disparo de Qin el Noveno en la escuela y la bulla que se había organizado, la maestra Li hizo todo por ayudar a Qin Guiying: la llevó al hospital del Pueblo del distrito comarcal para que la atendiesen. El padre[127] de la maestra Li había sido doctor en Shanghái, así que la intervención fue un éxito… y la consecuencia de ese éxito fue que Qin Guiying pudo en esa época llevar unas zapatillas deportivas blancas (esas que tanto gustaban a las niñas) para saltar a la cuerda en el patio. Al parecer, la maestra Li intentó subsanar el daño psicológico que le había provocado a Qin Guiying en el arrozal, y por ello se convertiría en su benefactora: la persona que la ayudó a afrontar la barbarie. Ninguno de nosotros se atrevió a decir nada, y no tanto por cobardía o timidez, sino por la gran confusión que sentíamos. Ahora recuerdo la escena. Gu Wenyu cogió la coleta de Qin Guiying y con ella azotó el trasero de la maestra Li; fue a todas luces un acto consciente de abuso sexual —un acto vandálico—. Además, en esa época, el líder de una banda de extremistas, el maestro de escuela

Zhou Xuanhuang, un tipo amargado de ojos amarillos, no solo no nos dejaba en paz, sino que nos gritaba: «¡Apalead a esa reaccionaria! ¡Apalead a esa que se cree una autoridad en química! ¡Apalead a esa perra de Li Shengjie! ¡Esa *xiaojie* capitalista apestosa…!». Yo me preguntaba cómo era posible que Gu Wenyu hubiese abusado de esa manera de la maestra Li. Muchos años después, con el rostro enrojecido de vergüenza, pero tratando de quitarse de encima toda responsabilidad, recuerdo que me dijo: «Todos nosotros hemos sido instigados por el maestro Zhou Xuanhuang; esas fueron sus enseñanzas, las que nos legó».

No se ha escrito mucho sobre lo que sucedió durante esa época de tinieblas, pero todo ha quedado grabado en nuestra memoria como si hubiese pasado ayer y, por supuesto, la muerte de Li Shengjie debe ser escrita y recordada. Las tijeras con las que le cortaron las coletas desaparecieron rápidamente y la pobre maestra, la divina y pura Li, al final se suicidó arrojándose al pozo de nuestra escuela. Varios días después, cuando la sacaron de allí, su cuerpo estaba hinchado y desfigurado. Delante de ella se encontraba, en primera fila, Zhou Xuanhuang y detrás de él los niños de la escuela, todos llorando desconsoladamente como si se les hubiese muerto un familiar cercano. La gran mayoría de los miembros de esa facción de radicales carecía de habilidad para resolver problemas de cierta complejidad. La violencia era su única respuesta para cualquier dificultad que se presentase en su camino, y su especialidad, la destrucción. Finalmente, el director de la escuela le hizo tres propuestas a Zhou Xuanhuang respecto al incidente. De acuerdo con la primera, debía dirigirse a la Policía y pedir una autopsia del cadáver de la maestra Li para saber con certeza las causas de su muerte. La segunda propuesta consistió en que fuera con su banda a informar directamente a la madre de la maestra Li del fallecimiento de su hija. Había que transmitirle que en esos momentos no había ninguna autoridad en el pueblo que pudiese controlar ese tipo de actos, ni comité revolucionario ni secretario del Partido, ni siquiera había gobernación local, nada funcionaba y se había instalado el caos. Zhou Xuanhuang y su banda de maestros de escuela fanatizados se dirigieron a las autoridades locales con la intención de informar de lo ocurrido, pero el maestro regresó y dijo que no había encontrado a nadie. Además, tuvo que ir al hospital para ver en persona al padre y la madre y darles la noticia de la muerte de su hija. La madre enloqueció al saberlo. En cuanto a la tercera propuesta del director del colegio a Zhou Xuanhuang, el de los ojos amarillos, le pidió que se pusiera de acuerdo con las gentes del pueblo para enterrar adecuadamente a la maestra Li.

En esa época, los cuadros y líderes del pueblo habían sido

depuestos, y el cabecilla de los Guardias Rojos era el hermano pequeño de la mujer de Zhou Xuanhuang, pero recibía órdenes directas del marido de su hermana mayor. El cuñado de Zhou Xuanhuang se encargó de hacer la lista de los antiguos terratenientes, los propietarios de tierras, los contrarrevolucionarios y otros funcionarios y jefes de la administración que habían sido destituidos arbitrariamente y se encontraban en el pueblo sin hacer nada, para organizar el entierro de la maestra Li. Había que cavar un agujero en un descampado y enterrarla ahí mismo sin demasiada fanfarria. Según las costumbres locales, la maestra Li Shengjie debía ser sepultada en un túmulo, y daba igual si la causa de su muerte había sido el suicidio o un accidente. Para hacer el sepulcro reunieron varias ramas de pimpollos, que años después se convirtieron en un árbol de más de cuatro metros de alto, cuyas ramas se alargaron, ya que nada obstruía su crecimiento. La copa también se hizo enorme. Las formas exuberantes de ese albaricoquero excepcional bajo el cual estaba enterrada la maestra Li terminaron atrayendo a mucha gente de los alrededores, que venía a admirarlo. Al cabo de tres años, el albaricoquero[128] empezó a florecer y dio unos frutos hermosísimos, pero demasiado amargos para ser consumidos.

Al llegar al quinto grado abandoné los estudios y me puse a trabajar en los campos. La escuela secundaria había dejado de aceptar estudiantes, y Qin Guiying, Gu Wenyu y otros más tuvieron que volver a casa tras finalizar sexto. Más tarde, junto a la escuela construyeron un par de hileras de casas y un instituto de enseñanza secundaria, pero orientado a la actividad agraria, donde los estudiantes no pasaban más de dos años formándose. Gu Wenyu, Qin Guiying y los demás ingresaron en ese centro en el que yo también pensé inscribirme. Sin embargo, no pude, ya que se reservaba casi exclusivamente para los hijos de los miembros del Partido Comunista. Entre los representantes de los campesinos pobres que estaban al cargo de la gestión de la escuela agrícola solo se encontraba Qin el Noveno, el padre de Qin Guiying. Por entonces, Qin el Noveno y su primo, que también era mi tío, andaban constantemente a la greña, y en cierta ocasión tuvieron una pelea en el estanque que había a la entrada del pueblo. Mi derecho a ir a la escuela fue revocado inmediatamente. Mi tío y mi padre vivían en la misma casa y nuestra familia ya había caído previamente en desgracia.

Qin el Noveno, a pesar de ser analfabeto, había conseguido convertirse en un experto en las finanzas de la escuela. Venía de clase alta y sabía lo que era manejar el dinero. Cuando las autoridades del distrito le confiaron el puesto de representante y portavoz de los «campesinos pobres», lo primero que hizo fue comentar a las gentes del pueblo:

—A decir verdad, no tengo ninguna experiencia en estos asuntos, pero sí sé de lo que hablo. Por nada del mundo los propietarios de tierras, los derechistas, los granjeros y campesinos ricos, los contrarrevolucionarios y los elementos subversivos pueden ir a la escuela. Ni sus hijos ni sus nietos podrán tener ese privilegio. Que quede claro ahora mismo. Debemos proteger nuestros ríos y nuestras montañas de esa gentuza que ha contaminado nuestras tierras durante siglos. ¡Qué nada cambie del color auténtico de nuestro paisaje!

Yo pasaba cada día junto a las ventanas de la escuela agrícola con el ganado que sacaba a pastar. Podía ver a mis antiguos compañeros de clase sentados en las aulas con sus libros y armando bulla. A veces los observaba en el patio jugando al baloncesto y al voleibol. Me resultaba durísimo ver esas escenas, mi corazón se llenaba de tristeza y frustración. Mi hermana me consolaba y me decía que la escuela no era todo en la vida. Había muchas cosas que no se aprendían ahí, pero yo sufría y consideraba que no asistir al colegio era una pérdida que nunca recuperaría. A veces ralentizaba mi paso y me detenía más tiempo del necesario con los bueyes en el campo solo para ver a mis antiguos compañeros estudiando y jugando en la escuela agrícola. En cierta ocasión vi a Qin Guiying, que había organizado el comité revolucionario de estudiantes, y al asistente del director de la escuela caminando juntos en el patio y recitando unos textos. Qin Guiying no tardó en ganarse una buena reputación como autora de discursos y por su habilidad para recitarlos en público. El tono de su voz, su expresión y el movimiento vivaz de sus manos eran alabados y aplaudidos por quienes la escuchaban. Fue así como se abrió paso entre los círculos políticos.

Me encontraba paseando al ganado cuando vi a Gu Wenyu en la pista de baloncesto de la escuela, donde estaba realizando una actuación fantástica. Seguía siendo el más alto y el más corpulento entre todos los alumnos de su edad. Había una competición entre los estudiantes de secundaria de la escuela agrícola y los de otro instituto de un distrito vecino. Gu Wenyu era uno de los mejores anotadores de su equipo y driblaba con elegancia y eficacia. Las chicas lo animaban efusivamente. Después de que uno de sus contrincantes le rompiera la nariz de un codazo, Gu Wenyu siguió mostrando en la cancha, ante los espectadores, elegancia, motivación y buenas maneras en su juego.

Tiempo después Qin Guiying regresó al instituto comunal para continuar con sus estudios y, cuando acabó, se hizo asistente del comité revolucionario de la comuna. Sus responsabilidades consistían en aconsejar a los líderes comunales en materia de regadíos y asuntos similares en las plantaciones de té, pero, por supuesto, también se convirtió en la portavoz de la propia comuna. Por su parte, tras graduarse de sus estudios secundarios, Gu Wenyu regresó a su hogar.

Yo sabía que quería ingresar en el Ejército (ese era su plan ideal), pero cuando le hicieron el examen médico descubrieron que tenía un problema en el lado derecho de su corazón. A pesar de que podía saltar, moverse, correr y gritar como cualquier joven de su edad, corría el peligro de colapsar en cualquier momento y morir. El riesgo era altísimo. El Ejército no aceptaba a muchos candidatos, tenía una cuota limitada, así que miraban con lupa que los jóvenes cumpliesen con los requerimientos necesarios. El lado izquierdo del corazón de Gu Wenyu funcionaba bien, pero el derecho no. ¿No era razón suficiente para descartarlo? A pesar de ello, se decía que aquel no era el motivo principal de su exclusión. La auténtica razón fue que el responsable del reclutamiento, un tal Lu Sen, un auténtico mandamás, pensó que era milagroso que Gu Wenyu estuviese todavía vivo con esos problemas tan graves en el lado *derecho* del corazón, y comentó con retintín: «¿Cómo puede ser que integre el Ejército de Liberación Popular un individuo con un problema en el lado *derecho* del corazón? ¡Ja…!». Tal vez el comisario político se estaba riendo abiertamente de Gu Wenyu, pero hubo quien pensó que Lu Sen temía que su reputación se viese afectada si metía en el Ejercito a alguien con el pasado de Gu Wenyu. Muchos años después, Gu Wenyu, tras haber bebido más de la cuenta, vociferaba al recordar:

—Oh, tú, Lu Sen, menudo hijo de puta que eras… ¡destruiste mi futuro…!

Gu Wenyu no se hizo soldado y su salud mental se deterioró seriamente. Se le veía siempre deprimido. En esa época la célula local del Partido le obligó a participar en una serie de actividades que se conocían como «dejar el pasado y aceptar lo nuevo»; no eran otra cosa que sesiones de apoyo psicológico para empezar otra vez tras recuperar el estado de ánimo. Gu Wenyu, que era un tipo talentoso, no tardó en convertirse en el asistente del secretario de la célula local del Partido, y era evidente que iba destinado a ser su sucesor en el distrito. Lo cierto era, no obstante, que los cuadros en áreas locales no podían compararse con los del resto del país. Aquel era otro mundo y había otras reglas, cada uno de nosotros se conocía al dedillo, y los miembros de las comunas eran muy numerosos. A menudo, las decisiones se tomaban por motivos que nada tenían que ver con las habilidades o los méritos propios. En cierta ocasión, iba yo en bicicleta por una de las calles del pueblo cuando me topé con Gu Wenyu, a su vez montado en bicicleta, una de la marca El Gran Ciervo Dorado, lo cual mostraba cierto privilegio, ya que no todo el mundo podía ir en un vehículo de tanta calidad. Me paré y bajé de la bici. Me apetecía hablar con él de los viejos tiempos en la escuela y de nuestros antiguos compañeros de clase. Él, sin embargo, no me hizo el menor caso y aceleró el pedaleo. Me sentí profundamente herido, interpreté

lo que acababa de vivir como una falta de respeto hacia mí, hasta el punto de que muchos años después, cuando me vino a ver para que le buscase trabajo a su hija, no quise ni recibirlo; a pesar de todo, me sentí muy incómodo.

Mi hermana iba a la misma clase que yo cuando estábamos en la escuela primaria, y más tarde también compartió con Qin Guiying y Gu Wenyu las aulas de la escuela agrícola de enseñanza secundaria de nuestra comuna. Coincidir en la misma clase con Qin Guiying era entrar de lleno en otro mundo, otras circunstancias vitales y otro tipo de coordenadas a las que uno debía adaptarse lo mejor posible en el contexto de nuestra vida social. Mi hermana mayor me contó que, tras su regreso al pueblo para ejercer como ayudante del secretario de la célula local del Partido, Gu Wenyu le propuso matrimonio a Qin Guiying, en esos momentos consejera y portavoz de la comuna revolucionaria, pero ella lo rechazó. Según le había explicado en persona, Qin Guiying despreciaba a Gu Wenyu porque era un ambicioso carente de talento, o, en otras palabras, uno de esos tipos que deseaban lo que no merecían[129]. Le conté a mi hermana cómo, en la escuela primaria, esos dos habían abusado tanto física como psicológicamente de la maestra Li Shengjie, lo cual había tenido consecuencias, pues la mujer había terminado arrojándose al pozo para poner fin a sus días. Eran los soldados de la Revolución, los justicieros, vaya si lo eran… Eran unos fanáticos. Según mi hermana, el secretario de la comuna veía con buenos a ojos a Qin Guiying y la quería poner a trabajar mañana y tarde como responsable del departamento encargado del consumo de cereales básicos. «Una vez sea un cuadro, se convertirá en su nuera. Piénsalo bien —me dijo mi hermana—, la familia de Qin Guiying, con un futuro tan prometedor…, ¿cómo va Qin Guiying a permitirse el lujo de aceptar a Gu Wenyu?».

Antes de ingresar en el Ejército, volví a ver a Qin Guiying en una de las salas del hospital de la comuna. Fue durante las fiestas del Medio Otoño de 1975. En esa época, yo era un trabajador contratado en la planta procesadora de algodón del distrito, y tuve que regresar a mi casa porque mi madre se encontraba enferma, tendida sobre en el *kang* y sufriendo a rabiar en lo que parecían estar siendo sus últimos días en este mundo. Detrás del asiento de la bicicleta había colocado unos cuantos palos de madera en los que pretendía acomodar a mi madre para que no se cayera. La llevé al hospital de la comuna y fue ahí donde me topé con Yang Zhongren (Yang el leal y benevolente), el fiel amigo de mi hermano mayor en el colegio, que en esos momentos ejercía como vicedirector del centro de salud de la comuna. Yang Zhongren nos explicó que mi madre sufría de una inflamación de la vesícula biliar y debía ser hospitalizada, pero había un problema: el

hospital solo disponía de cuatro salas y tres de ellas estaban ocupadas por enfermos poco graves o que no pertenecían a los cuadros del Partido. Cada sala tenía cuatro camas, en su mayor parte destinadas también a esos cuadros. En realidad, había muy pocas plazas para los pacientes ordinarios. Por la amistad que lo unía a mi hermano, Yang Zhongren acomodó a mi madre en una de las camas reservadas a los cuadros del Partido y le dijo: «Mi venerable anciana, quédese aquí. Si viene algún dirigente, buscaremos otra solución». Mi madre había enfermado de gravedad, así que le agradecí infinitamente a Yang Zhongren su ayuda, y le hice saber que no olvidaría en la vida su amabilidad y su generosidad.

La planta procesadora de algodón donde trabajaba estaba al lado del hospital de la comuna, solo un muro los separaba, pero pedí que me dieran unos días libres para cuidar de mi madre. Un tal Wang Yizhi, que era enfermero y estaba impaciente por ponerle en el brazo la vía para el suero, me pregunto furioso:

—¿Quién diablos te ha pedido que vengas y te quedes en el hospital?

Con todo respeto, le contesté que había sido el vicedirector, el doctor Yang. El enfermero me gruñó despectivamente, una actitud que me generó ansiedad.

Cuando regresé por la tarde a esa misma sala, caí en la cuenta de que los enfermos eran miembros de la unidad de trabajo que promovía la campaña Aprender de la Agricultura de Dazhai[130]. Uno de esos jóvenes instruidos (un gordito) —supe que era de Qingdao por su acento al hablar— era atendido por Qin Guiying, y por eso entendí que se traba de uno de los integrantes de la citada campaña que iban a preparar en nuestro distrito sesiones informativas sobre las técnicas agrarias tan eficaces que venían de los agricultores de Dazhai. De hecho, se estaban organizando a nivel nacional y estaba previsto que ese plan durase cuatro años. Los miembros del equipo de trabajo pertenecían a sectores muy dispares: el departamento de ingeniería mecánica, obreros de fábricas, jóvenes instruidos, algunos jóvenes agricultores (aunque muy pocos), y todos ellos rebosaban de entusiasmo. Su misión consistía en supervisar que el camino del socialismo seguía las pautas del campesinado y, por supuesto, que este participaba en él; así le cortaban la cola al demonio del capitalismo feudal que corroía nuestras tierras. Esos individuos se pasaban el día inspeccionando cada palmo del pueblo y a sus gentes. A veces iban a ayudar a los miembros de la comuna que eran campesinos y por la tarde los aleccionaban con discursos que nadie comprendía. Estaban llenos de palabras bonitas y vacías de contenido, pero sobre todo de mentiras. Había frases visionarias y audaces que apelaban a las emociones, incluso formadas con las características estructuras

paralelas del chino clásico en cuatro y seis caracteres. Las muestras de folclore local acompañaban esas mentiras, que así pasaban con más facilidad. En realidad, lo único que hacían era corromper el lenguaje y la cultura popular. En sus parlamentos no paraban de exagerar hechos con los que incorporaban de manera convincente y con más eficacia datos falsos. La estrategia era subestimar nuestro trabajo en el campo para imponer el suyo y así dominarnos mejor.

Aunque en su momento no pude oír el discurso de Qin Guiying ante los miembros de la campaña de Dazhai, sabía que se había convertido en una oradora de gran reputación en Gaomi, y esta fama había llegado hasta el equipo de trabajo; también, a los trabajadores de la planta procesadora de algodón, de modo que nuestro director, el maestro Zhang, enterado de mi relación ella, me comentó al verme: «¡Vaya compañera de clase que tuviste! ¡Un talento como hay pocos! ¡Y qué voz y qué manera de hablar! ¡Una lengua rica en sabor local! ¡Pura poesía que conecta con la gente! ¡Vaya que sí! ¡Movía las manos que parecía que hablaban por sí solas! ¡Eran pura emoción…!». El maestro Zhang me habló así, aunque era incapaz de recordar una sola de las palabras que Qin Guiying había pronunciado la noche anterior. Ninguno de los obreros de la planta de algodón había sido capaz de retenerlas, pero todos estaban maravillados con su discurso.

Así que, en aquella sala del hospital, Qin Guiying acompañaba a los miembros de la campaña de Dazhai —todos reconocibles por su fuerte acento de Qingdao—, y yo me sentí algo avergonzado, ya que en la planta de algodón donde trabajaba estaba siempre sucio, cubierto de hilachas y vestido de cualquier manera. Al verme con esa pinta tan poco presentable, me preguntó:

—¿Qué haces tú aquí?

—Mi madre ha enfermado —respondí.

Aparentemente no estaba dispuesta ni siquiera a dirigir la vista hacia ella, y volvió a preguntarme:

—¿Qué le pasa?

—Una inflamación en la vesícula biliar.

Mi madre abrió lo ojos y me preguntó:

—¿Quién es esa que está tu lado?

—La niña de la familia Qin, la hija de mi tía paterna.

—¡Ah, tu prima…! ¡Cuanto más grande se hace, más lista se nos vuelve…! —musitó.

A Qin Guiying le gustó ese comentario exagerado sobre su inteligencia, cuya ironía no había captado. Se giró y le dijo:

—Oh, tía, usted sí que ha madurado bien… Ya verá, ese suero la va a poner otra vez en perfectas condiciones…

Me encontraba sentado en un taburete cuadrangular que cojeaba,

delante de la cama donde estaba postrada mi madre, mientras contemplaba a Wang Yinzhi, el enfermero de mejillas púrpuras y cejas pobladas que recurría a modales exquisitos (o al menos así parecía) para servir té a los miembros de la campaña de Dazhai que ocupaban las mejores camas del hospital de la comuna. Luego, señalando una cama vacía, le dijo a Qin Guiying:

—Jefa adjunta Qin, esta noche usted puede dormir sobre ese camastro…

De modo que fue en ese preciso momento cuando me enteré de que Qin Guiying no solo formaba parte del grupo de la campaña de Dazhai, sino que había sido nombrada nada más y nada menos que jefa adjunta del mismo.

Antes de irse, el enfermero me miró con ojos fieros que me metieron el miedo en el cuerpo; no obstante, tampoco me atrevía a manifestar abiertamente mi odio: temía que la aguja que le había puesto en el brazo a mi madre no estuviese desinfectada o que hubiese alcohol dentro del botellín colgante de suero. También me daba miedo que mi madre fuese expulsada de la sala del hospital para poner en su cama a uno de esos pijos de Qingdao a los que se recibía como héroes. De ahí la mirada recriminadora del enfermero Wang. Me levanté del taburete apresuradamente y me doblé ante él para mostrarle mis respetos.

Al parecer, mi madre tenía un sistema inmunitario fortísimo e iba a recuperarse por sí misma. Con unos antibióticos de vez en cuando y un par de medicinas, se restablecería enseguida; me lo dijo ella misma, al tiempo que expresaba ciertas ganas de comer. Me dirigí a la planta procesadora de algodón, donde conocía al personal, y agarré uno de esos boles de porcelana llenos de arroz hervido con la intención de regresar al hospital para dárselo a mi madre. Me palpé el bolsillo y constaté que solo tenía un par de cupones para dos *jin* de comida y otro cupón de cinco céntimos. Una miseria, vaya. Pedí a mis compañeros de dormitorio que me prestaran algún cupón más, pero me dijeron que no tenían. Eran trabajadores migrantes y temporales como yo, que llevaban alimento a sus casas a cambio de unos pocos cupones. No tener un cupón de comida básica era normal; tenerlo era lo anormal. Solo una docena de trabajadores fijos gozaban del privilegio de poseer esos cupones de alimentos de buena calidad, denominados «tesoros nacionales», y me daba vergüenza pedírselos. Sin otra opción, agarré tres bollos de pan y un céntimo de judías verdes fritas, y me encaminé de nuevo hacia el hospital, más humillado y desconcertado que nunca. Yo me gastaba un par de céntimos en el barbero una vez al mes y reunía algo de dinero para invitar a mis compañeros de trabajo a tomar un aguardiente, y hasta me permitía el lujo de comprarme unos calcetines de nailon. En

resumidas cuentas, me odiaba a mí mismo por ser tan extravagante e incompetente con mis gastos y por mi incapacidad para ayudar a mi madre, que estaba seriamente enferma, proporcionándole alimentación de calidad.

Al entrar en la sala del hospital mi vergüenza y mi humillación crecieron. Qin Guiying y los miembros de la campaña de Dazhai —todos eran hombres— estaban comiendo todos juntos. Sobre una de las camas había un recipiente con sopa de pollo, un plato carne de cerdo asada con pepinos, otro de cebollines y huevos revueltos, también higadillos de cerdo picantes y cuatro *mantou* blancos como la nieve y todavía humeantes. Qin Guiying estaba sentada al lado de una cama y vertía la sopa servicialmente en los boles de los integrantes del grupo. Estaba inclinada y no reparó en mí. Agradecí de todo corazón que no me hubiera visto, ya que el sentimiento de turbación que me mortificaba habría penetrado directamente en sus ojos. Más tarde lo supe: uno de los miembros de la campaña de Dazhai era el hijo del jefe del departamento de bicicletas de Qingdao de la Sociedad de Ventas y Suministros. Su padre ayudó al comité de nuestra comuna donándonos unos cupones para obtener seis bicis de la marca El Gran Ciervo Dorado. En esa época, aquello no era moco de pavo. Por esa razón, tras ser ingresado, los líderes del hospital comunal lo trataron con una atención especial y le prepararon un cocido de gallina con unas verduras pasadas por la sartén. Como agradecimiento a los jefes médicos, el hombre donó un par de bicicletas más al comité local del Partido. Lo que no sé es si Qin Guiying recibió un cupón para hacerse con una de ellas.

Mi madre sí me vio entrar con la miserable comida en la mano, y suspiró melancólicamente. Eso me avergonzó todavía más. Me dijo:

—Menudos manjares preparan en la planta procesadora de algodón…

Uno de los cocineros de la cercana fábrica de ladrillos, que además era mi primo, vino corriendo a echarnos una mano. Era el cuñado de Yang Zhongren, el vicedirector del hospital. Al vernos, me dijo:

—Niño, ¿cómo puedes darle de comer esto a tu madre? ¿No te da vergüenza…? Y usted, cuñada, no coma estas cosas, aunque tenga hambre. Espere a que vuelva. Le traeré algo caliente.

Acompañé a mi primo a la salida, él subió en su bicicleta y se fue. Regresé junto a mi madre para consolarla con algunas palabras y después volví de nuevo a la entrada del hospital para esperar a que mi primo llegase con la comida. Estuve aguardando media hora hasta que lo vi aparecer con una fiambrera. Seguidamente entramos en la sala. Después de tomar el cuenco de fideos calientes y los huevos escalfados que había traído mi primo, el rostro de mi madre cambió por completo, estaba satisfecha. Utilizando mi nombre de cuando era

niño, me repitió mil veces que no iba a olvidar en la vida lo que mi primo acababa de hacer por ella:

—¡No lo olvidaré nunca! ¡Nunca!

La luna de esa noche era espléndida y, aunque la sala del hospital no tenía ventanas, su luz era tan poderosa que parecía que el edificio entero estaba iluminado con luz eléctrica. Mi madre se despertaba y se quedaba dormida a cada rato, y yo, sentado sobre el taburete, dormitaba con la cabeza apoyada sobre la cama. Uno de los miembros de la unidad de trabajo de Dazhai había atrapado un resfriado de lo más común, pero también llevaba una vía en el brazo con el botellín de suero colgante sobre su cabeza. El suero no era otra cosa que un alimento suplementario; no servía de nada, pero ofrecía a la vista de todos una protección adicional a un enfermo prestigioso.

La luz de la luna seguía iluminando el interior del hospital de la comuna, y el paciente del grupo de Dazhai temblaba como si esa luz que atravesaba las paredes le diese miedo; lo intranquilizaba sobremanera. Cuanto más intentaba no prestar atención a lo que murmuraban de repente sus labios, con mayor claridad llegaban a mis oídos sus palabras extraviadas. Algo le preocupaba, por eso no podía conciliar el sueño y era incapaz de mantenerse callado; entendí que hablaba del poder que poseía su padre. Era un hombre que gozaba de notable autoridad en los círculos de altos funcionarios de Qingdao y en departamentos que se consideraban cruciales. Tenía, además, un tío embajador en un país sudamericano, y su tía le enviaba constantemente chiles y botellas de tequila. Nunca imaginó que los chiles pudieran picar tanto, así que sin que nadie le viera los arrojaba al agua, y al día siguiente, flotando sobre la superficie del mar, se veía a los peces panza arriba, muertos tras ingerir el chile. Pero la vida de esos peces no acaba en ese momento: inmediatamente alguien los recogía y los freía para comérselos. La carne tenía un gusto excepcional con aquel condimento, que además mejoraba la circulación de la sangre y era muy del gusto de las gentes de Qingdao, ya de por sí muy dadas a degustar platos suculentos de pescado y marisco… Solo hablaba él. Qin Guiying no pronunciaba una sola palabra, como si no estuviera en aquella estancia. A decir verdad, en la sala de hospital había una sola voz que no cesaba un instante en medio de la oscuridad.

Así era en ese momento el lugar donde mi madre estaba ingresada; yo intentaba cerrar los ojos tan fuerte como podía para no ver lo que estaba sucediendo y me tapaba las orejas, pero esa voz resultaba cada vez más intensa y más llamativa. Los malditos chiles del diablo, que era como se llamaban, habían acabado con el olfato de un pobre perro extraviado, decía la voz del joven en pleno delirio nocturno. El animal, tras ingerir el chile sudamericano, era capaz de dar saltos de

gran altura y podía subirse a la copa de los árboles de un brinco. A mí casi me dio por reírme de las sandeces del instruido joven de Qingdao. Al cabo de un tiempo, pareció cansado de tanto hablar. Su voz se fue apagando hasta que finamente emitió un sonido extraño. Yo, que en realidad no podía resistirme a la atracción de ese murmullo, me giraba de vez en cuando para verlo de reojo con el fin de comprobar si esos dos estaban durmiendo juntos en la misma cama…

Al día siguiente por la mañana, el enfermero Wang Yinzhi se dirigió a mí con un tono de voz desafiante:

—Uno de los miembros de los líderes de la comuna va a venir esta mañana. ¡Vais a tener que iros cuanto antes y dejar esta cama libre! ¿Te has enterado o necesitas que te lo repita?

—Pero el suero de la botella no se ha acabado todavía… ¿No lo has visto? —le pregunté.

—Me importa un bledo lo del suero. ¡Debéis iros ya! —respondió.

Me encaminé a la zona de despachos del hospital para buscar a Yang Zhongren. Deseaba que mi madre pudiese permanecer en su cama al menos el tiempo necesario para acabar lo que quedaba de suero en el botellín, pero Yang Zhongren me contestó en voz baja:

—Hermano, acabo de recibir una amonestación directamente de manos del mismísimo secretario del Partido. Al parecer he violado una de las reglas sagradas del hospital al haber puesto a tu madre en una de las camas…

—Oh, no sabes cómo lo siento, *dage*. Nos vamos enseguida, pero ¿podemos llevarnos a casa esa medicina? —pedí.

—Habrá que pedirle el favor al enfermero Wang —repuso.

Tras la visita al despacho de Yang Zhongren, volví a la sala del hospital, ayudé a mi madre a salir de la cama y, con la bolsa donde llevaba la comida que había traído de la planta procesadora de algodón, abandonamos juntos el hospital. Mientras salíamos, mi madre se dirigió a Qin Guiying:

—Adiós, sobrina.

Qin Guiying enrojeció de golpe, musitó algo, pero nada inteligible pudo salir de sus labios.

Más de veinte años después vi en la televisión un reportaje sobre la unidad de trabajo de la campaña de reforma agraria de Dazhai. Salía ese mismo joven, miembro de una clase privilegiada de Qingdao, que había pasado la noche delirando en el hospital junto a Qin Guiying. En el momento de emisión de aquel programa se había convertido ya en el segundo del alcalde de la municipalidad de la localidad, y curiosamente era el supervisor de las plantaciones de chile de nuestra comarca. Pude reconocer que era él por su voz, ya que había cambiado radicalmente de aspecto: ahora era un hombre serio, de

apariencia imponente y seguro de sí mismo cuando hablaba.

Ayer mismo hice una consulta a un viejo amigo que había «aprendido» las nuevas técnicas de agricultura con los miembros de la campaña de Dazhai acerca del futuro de quienes en el pueblo se prestaron a participar con ellos. Mi amigo me dijo que la mayoría del personal que intervino en la campaña se benefició del *hukou* agrícola y que todos ellos fueron trasladados de las zonas rurales a los grandes centros urbanos, donde obtuvieron privilegios que en su vida hubieran soñado alcanzar en el pueblo, por ejemplo, convertirse en cuadros del Partido, acceder a una comida de primera calidad o la posibilidad de estudiar en institutos técnicos de secundaria o en centros de formación superior. Además, muchos llegaron a ser funcionarios con altos puestos en la administración. Mi viejo amigo me dio varios nombres que me resultaban muy conocidos y también me contó después que una tal Qin Guiying de nuestra comuna había sido promovida a un puesto de liderazgo (secretaria adjunta) en la Liga de Juventudes Comunistas, pero el equipo de trabajo emitió un informe negativo sobre ella, aduciendo que al principio de la Revolución Cultural había asesinado a una maestra de escuela. Un miembro del comité local del Partido puso en marcha la investigación, entrevistó a varias personas y recopiló hechos que evidenciaron la participación directa de Qin Guiying en los abusos contra la maestra. Ella le había cortado las coletas, la insultó y le hizo un corte en la cara. Así fueron los hechos. La maestra resultó humillada hasta tal punto que decidió poner fin a su vida; la causa de su suicidio fueron esos abusos. Aunque el informe apuntaba que Qin Guiying era una niña en esa época, al fin y al cabo había tenido una participante activa en un episodio particularmente desgraciado de nuestra historia reciente. No era, por tanto, ni correcto ni oportuno promoverla a un alto puesto institucional. Como resultado, Qin Guiying fue destituida de su cargo y tuvo que regresar a su casa en el pueblo. Al principio no comprendía lo que había ocurrido, y varios miembros del comité vinieron para ofrecerle explicaciones sobre lo sucedido. Las explicaciones la hicieron llorar, y seguía sin entender nada: era una niña cuando eso pasó, y los tiempos habían cambiado. Los lideres del comité respondieron: «¡Si no hubieses sido una niña, habrías ido a prisión…!». Tras oír esas palabras, Qin Guiying se retiró como una muchacha obediente.

IV

Poco más de cuatro meses después de la salida de mi madre del hospital comunal, dejé el Ejército y regresé a mi casa en el pueblo.

Durante mis años como soldado trabajé y estudié muy duro (a veces lo pasé francamente mal), y alcancé cierta fama, pero mi nivel educativo seguía siendo muy bajo a pesar de la edad que tenía. Por esa razón quise abandonar la carrera militar. Fue una decisión difícil y necesité mucha fuerza para dar ese paso. El tiempo que pasé con mi madre en el hospital y las humillaciones que tanto ella como yo sufrimos en esa ocasión tuvieron mucho peso en mi decisión final. Cuando simultaneaba el trabajo y los estudios, aparecían en mi cabeza el rostro ruin del enfermero Wang o la verborrea delirante de ese miembro del equipo de trabajo de Dazhai, y me llenaba de rabia. Por supuesto, también aparecía Qin Guiying, incapaz de reconocer a los suyos, y su ambigüedad respecto a mi madre y a mí cuando la necesitamos. Nunca en la vida olvidaré esa sopa de pollo de aspecto delicioso y los *mantou* todavía humeantes que se estaba tomando junto con los miembros de Dazhai cuando mi madre no tenía absolutamente nada que llevarse a la boca y estaba enferma. Dudé de si lo que me había dicho Wang Yinzhi cuando me pidió que desalojara con mi madre el hospital para dejar la plaza a un familiar de un miembro del comité de la comuna era verdad. Seguramente me mintió. En realidad, a ese joven de Qingdao y a Qin Guiying les disgustaba que mi madre (y lo que ella representaba) estuviese en la misma sala donde ellos estaban alojados. Les repugnaba la presencia de una vieja enferma. Además, no podían retozar libremente en la cama como deseaban con una anciana junto a ellos, ya que se sentían mal, como juzgados, y probablemente temían que los delatase a la dirección del hospital. El enfermero Wang Yinzhi, quien, supe más tarde, era el hijo de un alto cuadro del Partido, estaba de su lado y los ayudó. Así que fue un montón de mentiras premeditadas lo que sacó a mi madre enferma del hospital comunal. Muchos años después, el ya jubilado Yang Zhongren me dijo:

—Hermano, Wang Yinzhi murió hace veinte años. ¿Aún te importa lo que sucedió con ese tipo?

Y yo, completamente sorprendido por la noticia, le pregunté:

—¿Cómo? ¿Wang Yinzhi murió? ¡Pero si era muy joven! ¿De qué murió?

—¡Hermano, en la calle del Inframundo (el mundo de los muertos) no se hacen diferencias entre los jóvenes y los viejos[131]! Piénsalo, ¿no te acuerdas de la cantidad de gente que moría en la planta procesadora de algodón? —Yang Zhongren se puso a citar los nombres de quienes habían fallecido más de veinte años atrás, y añadió—: ¡Eran todos muy jóvenes y la palmaron! ¡Una auténtica plaga…! Por esa razón, los hechos del pasado hay que olvidarlos en la medida de lo posible, sobre todo si se trata de algo desagradable. ¿No crees que tengo razón, hermano?

—Tienes mucha razón en lo que dices, pero hay cosas que no se pueden olvidar nunca, y el motivo por el que no se pueden olvidar ciertas cosas es que esas cosas tienen un valor. Así, como dice la máxima, «El pasado guía el futuro[132]»; comparto al cien por cien esta opinión —señalé.

Tras mi encuentro con Yang Zhongren y la conversación que tuvimos, lo que me había contado permaneció durante un tiempo dando vueltas en mi cabeza. Wang Yinzhi había fallecido y muchos de mis compañeros en la planta procesadora de algodón también, hacía ya más de veinte años, todos ellos de muerte violenta. Corría el rumor de que los dirigentes de la planta habían construido un cementerio secreto en un erial junto a la algodonera para dar sepultura a todos esos jóvenes. El recinto estaba amurallado con ladrillos —los mismos con los que se había levantado el hospital de la comuna— para ocultarlo a la vista. Para las ventanas se había empleado la madera de árboles procedentes de ese mismo erial. A mí todo eso me parecían habladurías sin fundamento. Era imposible que existiera un cementerio para tanta gente y que nadie en el pueblo lo hubiese visto nunca. ¿Y la madera para los ataúdes? Vinieron a mi mente muchos recuerdos de la planta de algodón y del hospital, con esos muros de ladrillo desnudo cuyo origen me resultaba tan misterioso como fascinante.

Siempre pensé que la muerte de mis compañeros tenía algo que ver con el agua que bebían. En esa época no había agua corriente del grifo, y la que se bebía, que procedía directamente del subsuelo, contenía un nivel muy alto de flúor. Tanto la planta procesadora de algodón como el hospital comunal utilizaban siempre esa agua contaminada. Durante el período álgido de la adquisición de algodón, había en la planta más de cuatrocientos trabajadores, y a todos ellos se les garantizaba agua potable en la cantina; un par de especialistas gestionaban en las instalaciones todo lo relacionado con el agua. Yo mismo me encargué durante un par de meses de llevársela a los trabajadores. Recuerdo que se me rasgaron los pantalones y me salieron callos en los hombros. Más tarde, el secretario del Partido a nivel del distrito alabó mis esfuerzos por convertirme en un trabajador ejemplar y llevar el agua a todo aquel que la necesitaba —lo llamaba camaradería al estilo socialista—, y hasta me promocionaron gracias a las palabras de ese buen hombre que estaba convencido de sus ideales. Me hicieron encargado de pesar las mercancías con una báscula, una tarea sencilla pero mejor pagada que otras, a la que muchos de los empleados aspiraban. Sin embargo, el recuerdo de mi trabajo previo, cuando llevaba con elegancia y soltura el largo palo con los cubos de agua en los extremos sobre mis sufridos hombros me emocionaba particularmente. ¡Gracias a mí, la planta procesadora de algodón

proveía de agua a todas las familias…!

Un tal Yu Zheng, el hijo de uno de mis instructores en la escuela, me ayudaba a transportar el maldito líquido. El padre de Yu Zheng había ocupado un puesto de ingeniero y mecánico en el Ejército del Aire, tenía un fuerte acento de las regiones del este de China. Además, su caligrafía era excelente. En los principios de la Revolución Cultural a todas horas había que escribir sobre los muros las citas del presidente Mao, y no faltaban profesores de la escuela, con sus reglas, sus tizas y sus pizarras. Los Guardias Rojos se encargaban de supervisar al padre de Yu Zheng, a quien obligaban a escribir esos pensamientos del presidente. Controlaban cada trazo de la escritura del ingeniero, que usaba ese brillante estilo de caligrafía *yan*[133], una escritura admirable que resultaba clara y sin ambigüedades. La madre de Yu Zheng, que también era maestra —la maestra Yu—, empezó a enseñarme fonética en el segundo año de educación primaria, y recuerdo que en esa época su hijo y yo éramos de la misma estatura más o menos, e incluso teníamos rasgos faciales parecidos. Nuestra manera de trabajar era también semejante: íbamos a la zona del dique del río, llenábamos un par de cubos de agua y luego volábamos a cualquier parte con ellos. Nunca nos faltaban las fuerzas. Ese era nuestro deseo íntimo: salir volando y flotar en el aire, y lo cierto es que con eso soñábamos a menudo los dos. Trabajábamos con la facilidad y el placer que proporcionan la práctica diaria y el dominio de lo que uno hace, y transportar agua a cuestas no era una excepción. Nuestros cuerpos ya temblaban al bajar al dique del río, y con los cubos llenos nos dirigíamos sin perder tiempo a la fábrica algodonera. Algo de agua caía en el camino, así que a menudo llegábamos a nuestro destino con los cubos a la mitad. Más tarde, Yu Zheng comprendió claramente que de haber empleado las máquinas regadoras de sorgo —que tenía compartimentos cerrados, como grandes cajas metálicas— habríamos sido mucho más eficaces a la hora de hacer nuestro trabajo y no habríamos desperdiciado tanta agua. En la fábrica de ladrillos que quedaba cerca de la planta algodonera, el encargado de llevar agua a los trabajadores era ni más ni menos que mi primo, que me sacaba medio año. Cuando los obreros se acercaban al dique para lavarse, él cargaba el agua y, siempre que tenía algo de tiempo libre, se iba a la cantina a lavar las verduras con esa misma agua del río y ayudaba a cocinarlas. En el hospital, la tarea de abastecer de agua a los empleados recaía en Gu Wenyu.

Como Gu Wenyu no pudo servir en el Ejército por el asunto del lado derecho de su corazón, un año después de su vuelta al pueblo, el secretario de la célula del Partido se interesó por él y lo introdujo en la comuna, con la intención de que le buscasen un puesto de obrero cualificado para que tuviese algo de dinero; sin embargo todos los

puestos estaban ya ocupados. Gu Wenyu era joven y fortachón, además tenía pinta de ser fiero, y, lo más importante, disponía de buenas espaldas para cargar cualquier cosa. El problema era que solo le funcionaba una parte del corazón, pero el director del hospital se iba a encargar personalmente de ello. Así que lo colocaron de porteador de agua en el hospital de la comuna. Cada día, Gu Wenyu necesitaba hacer veinte viajes, y entre el hospital y el río había una distancia de quinientos metros. Así que iba veinte veces, lo cual equivalía a veinte *li* —medio kilómetro— de distancia al día; no obstante, diez *li* iba de vacío y diez *li* venía con las manos llenas. Un trabajo que para cualquier campesino resultaba ligero, pero no para él. Cada jornada Gu Wenyu se hacía con un yuan y tres céntimos, y la mitad de esa suma se la daba a los otros miembros de la unidad de trabajo. Al final le quedaba una paga de diecinueve yuanes y cinco céntimos, suma nada despreciable en esa época. El trabajo era, al fin y al cabo, de los que resultan agradables. Gu Wenyu era muy inteligente y cada mes apartaba un parte de ese dinero que empleaba en comprar tabaco y alcohol para corromper a los líderes del hospital y los dirigentes del pueblo.

Así pues, nosotros cuatro —mi primo, Yu Zheng, Gu Wenyu y yo— éramos porteadores de agua y a veces coincidíamos a orillas del río y descansábamos juntos. Compartíamos un pitillo y contemplábamos la corriente. Luego nos esperaban la planta procesadora de algodón, la fábrica de ladrillos y el hospital de la comuna… y el color gris de los muros y, sobre ellos, las inscripciones y los eslóganes con citas de Mao Zedong en grandes caracteres de color rojo.

Yu Zheng comentó:

—Se debe ganar una fortuna en este país fabricando pintura roja…

Gu Wenyu suspiró melancólicamente y observó:

—Hay muchas menos citas que cuando empezó la Revolución Cultural hace unos años. En esa época casi todos los muros, con ladrillos o sin ellos, tenían esas inscripciones con caracteres rojos. El rojo no solo estaba sobre los muros: las banderas eran rojas, las bandas de tela con eslóganes que colgaban de todas partes eran rojas, los ojos abiertos de la gente eran rojos, como también lo eran los ojos cerrados, y había mucho jolgorio, mucha bullaranga, y cada día se celebraba algo por el mero hecho de celebrar, sin que nadie supiese por qué, y así pasaban los meses y los años… La gente recuerda esa época maravillosa con agrado y nostalgia.

—Viejo Gu, fuiste entre nosotros el primero que se unió a los Guardias Rojos y acabaste convirtiéndote en una figura importante durante la Revolución Cultural. Fuiste el primero en destruir el templo de la Diosa de la Fertilidad y el primero en ponerle un sombrerito y una cuerda alrededor del cuello al director de la escuela para sacarlo a

la calle como a un perro y hacerlo desfilar ante la muchedumbre. Querías acabar de una vez por todas con su arrogancia de director de escuela y que todos lo viesen con sus propios ojos. También fuiste el primero en conducirnos a Qingdao para que hiciésemos contactos. Ni siquiera tuvimos que pagar por el billete de tren porque querías que viésemos los edificios de la gran ciudad (nunca antes habíamos contemplado algo parecido). Liderabas la pequeña patrulla de los tábanos pueblerinos y publicaste la gaceta titulada *El Diario de los Tábanos*. Lo organizaste todo con mucha habilidad y un gran sentido del liderazgo. Algunos de esos pueblerinos fueron a la universidad, otros encontraron un empleo, pero nadie lo hizo tan bien como nuestra Qin Guiying, que fue a la universidad y se unió al grupo de Dazhai, convirtiéndose en uno de esos cuadros que trabajaban día y noche…, ¡Ah!, y luego estás tú…, a quien las cosas no le fueron tan bien, y has acabado aquí con nosotros, llevando agua…

Gu Wenyu volvió a suspirar y replicó:

—«Cuando un tigre cae en Pingyang hasta un perro abusa de él, y cuando un ave fénix cae en el agua hasta una gallina sale mejor parada que él[134]». Este trabajo de porteador de agua me hará respetar la jerarquía en todo momento…

—Viejo Gu, eres un poco como esa máxima que dice «Verse obligado a vivir en la guarida del tigre[135]». Cuando te llegue la oportunidad, ¡vas a salir volando! —le dije.

Gu Wenyu abrió bien los ojos y comentó:

—¡Mira por dónde! Ni siquiera pudiste graduarte en la escuela y ahora hablas con citas literarias… Por suerte obtuvimos el certificado de secundaria y podemos entenderte.

Me apresuré a replicarle:

—¡Oh, qué palabras tan halagadoras! No me las merezco, sin duda alguna… He leído algún libro que otro, pero lecturas sin importancia, lo justo para entretenerme, y solo repito las palabras de otros como un loro…

Gu Wenyu me dijo:

—Inesperadamente me dices «que repites las palabras de los otros como un loro[136]»… Se trata de una expresión bastante sofisticada. ¿Por qué te subestimas tanto?

—Estamos todos muy confusos. Seguro que nos convertiremos en altos funcionarios. Somos tan listos y estamos tan preparados… Oh, regresemos a ese lugar donde estaba aquel pabellón destruido y reparémoslo. ¡Eso es liderazgo…! —sugirió Yu Zheng.

—De acuerdo, pero el pabellón debe tener un nombre…

—¿Por qué no El pabellón de los porteadores de agua…? —propuso mi primo.

—No, demasiado… local, y poco sofisticado para unos individuos tan finos y cultos como nosotros, si se me permite la crítica —dijo Yu Zheng—. ¿Por qué no lo llamamos El pabellón con vistas al río?

—O tal vez podríamos llamarlo El pabellón de los hombros magullados.

—Como queráis… —intervine—, yo sostengo lo mismo que Mencius: «Cuando el Cielo da una gran responsabilidad a un gran hombre, este se siente frustrado en su espíritu y exhausto en su cuerpo[137]».

—¿Y por qué no le ponemos El pabellón de los hombros magullados y luminosos? —volvió a hablar mi primo.

—Dejemos de discutir. Viejo Gu, tú que tienes un nivel tan alto de estudios, y también eres el que tiene más edad de los cuatro, debes actuar como si fueras nuestro líder. ¡Muéstranos tu capacidad de liderazgo! ¿Cómo quieres llamar a ese pabellón? ¡Dínoslo tú, valiente…!

—Si un día la Revolución Cultural volviera a estar en la cresta de la ola, yo no me comportaría tan moderadamente como antes. Si puedo realizar mi gran proyecto, restauraré el pabellón de las ocho esquinas y lo haré con pilares de madera de pino y tejas glaseadas, y lo llamaré El pabellón de los cuatro héroes. ¿Qué os parece…? —Gu Wenyu respiró profundamente y suspiró. Después arrojó al dique el cigarrillo que tenía entre los labios y parecía todavía encendido, y nos señaló con el dedo a los tres. Luego se señaló a sí mismo y añadió solemnemente—: Somos cuatros… ¡Cuatro héroes de nuestro tiempo! ¡De ahí lo de El pabellón de los cuatro héroes! ¿Lo entendéis ahora?

Yu Zheng golpeó la palmas de su mano con el puño y afirmó:

—¡Vale, vale! ¡El pabellón de lo cuatro héroes!

Mi primo dijo a su vez:

—¡Deberíamos más bien llamarlo El pabellón de los héroes pensantes[138]»! ¡Somos unos filósofos!

Gu Wenyu le replicó:

—¿Qué coño dices? ¿El pabellón de los héroes pensantes? ¡Es el pabellón de los cuatro héroes! ¿Eres duro de oreja?

—Seguro que estás bromeando. Tu idea originaria era como la mía: el pabellón de los héroes pensantes, porque tenías en mente otro nombre: El pabellón de Qin Guiying —señaló mi primo.

—¡Y una mierda! ¿Por qué iba a estar pensando en ella? ¿Y por qué no pensaría en otras chicas guapas? ¿Por qué en ella? ¡Tiene seis dedos en cada pie! ¡Es un monstruo…! —replicó Gu Wenyu.

—No quieres reconocer tus errores… Sabemos todos lo de tu relación con ella. En la escuela primaria, durante la Revolución Cultural, erais inseparables, y luego en el instituto os liasteis hasta que

os graduasteis juntos. No podíais ocultarlo y os metíais en los campos de sorgo para hacer vete a saber qué guarrerías… —añadió Yu Zheng.

Gu Wenyu se ruborizó y reconoció:

—Honestamente, volver con esa puta al pueblo era algo que no podía concebir… He oído decir que ha llegado muy alto en la administración pública. ¡Puaj! Algún día lo lamentará. Se arrodillará ante mí, ¡y yo le escupiré en la cara!

Dijimos al mismo tiempo:

—Correcto, nuestro gran hermano Gu. Todos nosotros hemos hecho un gran esfuerzo para llegar hasta aquí, hemos trabajado y estudiado muy duro, y hemos sido muy afortunados. ¡Tendremos éxito si no derramamos agua!

Varios años después de que terminara el caos de la Revolución Cultural volvió a restaurarse el *gaokao*, los exámenes de secundaria cuya nota permitía acceder a la universidad. Yu Zheng pudo ingresar en la escuela de Medicina y, tras licenciarse, entró en el hospital psiquiátrico como doctor especialista. Mi primo, sin embargo, había caído bajo el influjo maligno de una mala estrella y a los treinta años se suicidó abriéndose las venas. De hecho, ya presentaba los síntomas de muchos de nuestros colegas en la planta procesadora de algodón, y parecía que tarde o temprano iba a morir como ellos. Solo más adelante se analizaron las aguas del río y su relación con esas muertes trágicas que nadie se explicaba. En la parte alta del río habían construido una fábrica de productos químicos que producía tintes para ropa altamente tóxicos; a través de los desagües, vertían al río los restos de esos productos contaminantes. Los estudios del departamento encargado de la investigación llegaron a la conclusión de que las aguas contaminadas del río habían causado la muerte de muchos de los trabajadores jóvenes de la planta procesadora de algodón, y decidieron cerrar la fábrica de productos químicos. Varios responsables de esa catástrofe fueron llevados a juicio y sentenciados con penas severas, pero el mal ya estaba hecho. Ninguno de nuestros compañeros iba a volver con nosotros. Antes de que construyeran la planta de productos químicos, yo ya me había marchado del distrito con Yu Zheng. Nos fuimos lejos, muy lejos, con el fin de escondernos de esa calamidad. Gu Wenyu dimitió del hospital comunal antes de que abrieran la fábrica; lo hizo por cuestiones de seguridad.

Por dentro sentí una gran pena por mi primo, que no pudo huir a tiempo de toda esa miseria.

V

En el otoño del año 1995, Yu Zheng se vino a vivir a Beijing, cerca de donde yo vivía. Nos veíamos cada fin de semana y bebíamos algo juntos. Aunque era doctor, le fascinaba la literatura y pensaba escribir una novela. En uno de nuestros encuentros, le dije:

—Oh, mi discípulo, no me dejes en ascuas. Cuéntame esas historias que quieres poner sobre papel. ¡Quiero oírlo! Yo también escribo novelas… ¡Podemos compartir los *royalties*…!

—¿Cuáles son tus fuentes a la hora de escribir tus novelas? —me preguntó.

—Cualquiera, puedes decirme lo que desees —respondí.

Me contó que en esa época Gu Wenyu cortejaba a Qin Guiying, pero esta lo había rechazado en un primero momento, aunque luego acabaron por casarse. «¿Sabes por qué?», me preguntó… Le contesté que por aquel entonces Qin Guiying pensaba ya que iba a llegar muy alto en la administración pública o que iba a entrar en la universidad con una recomendación. Pero más tarde regresó a su casa para convertirse en una campesina, y las mujeres campesinas se casaban con hombres campesinos. ¿Lógico? ¿No?

Sin embargo, Yu Zheng estaba equivocado. Tras su regreso a su casa en el pueblo, Gu Wenyu le propuso casarse con él y ella no le dijo ni sí ni no. Después, sucedió algo. En ese encuentro entre los dos se mencionó el albaricoquero que se levantaba delante de la tumba de la maestra Li Shengjie. Se trataba de un erial donde solo estaban su sepultura y ese árbol que daba frutos tardíos. Diez años después, el albaricoquero se convirtió en un ejemplar exuberante que florecía y daba fruto en abundancia cuando le tocaba. Las mariposas bailaban junto a las flores, que a su vez atraían a las abejas. Un terreno baldío y abandonado se transformó con el paso del tiempo en un paisaje fértil y sinónimo de vida en su máximo esplendor.

Alguien levantó una estela de piedra delante de la tumba de la maestra en la que había grabadas unas palabras: «El pueblo a la maestra Li Shengjie». Se traba de nueve caracteres chinos *hanzi* de grandes dimensiones, del estilo *li*[139], que resumían por sí solos la vida de la profesora. Hubo quien dijo que la maestra Li Shengjie se había convertido en una divinidad local, algo así como la diosa protectora de los estudiantes, y por esos estos andaban siempre quemando incienso delante de su tumba, sobre todo antes de las pruebas del *gaokao*. La peregrinación incesante a la sepultura de la maestra por parte de profesores y estudiantes se había convertido en una costumbre. Esto es el epílogo, y en primer lugar va la introducción.

Según Yu Zheng, Gu Wenyu vivía en Liangxiantun y Qin Guiying en Jiazhuang. Había una distancia de tres *li* entre los dos pueblos; desde uno se podía oír a los perros o los gallos del otro cuando se ponían a armar jaleo. Se decía que el albaricoquero situado delante de

la tumba de la maestra Li florecía en primavera de manera espectacular y daba muchos frutos en verano, aunque los albaricoques eran duros y amargos. Cuando maduraban, nadie iba a recogerlos y acababan por caer al suelo. Una vez ahí se pudrían y se mezclaban con el barro, produciendo un olor muy particular y sugerente, como el de un licor fermentado. En el pueblo de Gu Wenyu había una mujer llamada Gu Yuzhen (Gu la del Jade Valioso) que había oído hablar de ese licor fermentado que se formaba con los albaricoques y la tierra, y tuvo una idea. Cada año recogía todos esos frutos maduros que caían al suelo y se los llevaba a casa, para elaborar licor con ellos. El método era sencillo: desosaba los albaricoques y luego estrujaba su carne hasta sacar todo el líquido posible. Finalmente añadía alcohol y lo vendía en la farmacia del pueblo. Así mató dos pájaros de un tiro: por un lado, Gu Yuzhen se convirtió en una figura alabada y respetada en el pueblo por su inteligencia; por otro, como la gente se precipitaba a la farmacia de Sanxiantun para comprar el licor de albaricoques, aquello le hizo ganar mucho dinero.

Sin embargo, un día, aquella mujer tan inteligente tuvo una crisis nerviosa que la dejó muy tocada de la cabeza: se ponía a hablar y cantar sin ton ni son. En cierta ocasión, se metió en Jiazhuang, el pueblo donde vivía Qin Guiying, con una banda de niños de Sanxiantun que la seguían. Al llegar al burgo de Qin Guiying, atrajo a otro grupo de niños de Jiazhuang y también a una serie de mujeres. Gu Yuzhen se dirigió directamente a casa de Qin Guiying —donde vivía desde que varios meses atrás había regresado tras su actividad con los miembros de la campaña de Dazhai—. Sirviéndose de una voz aguda y estridente, comenzó a proferir todo tipo de insultos contra ella, pero lo hacía cantando… «Ah, Qin Guiying… la de los seis dedos en cada pie… ese monstruo maldito desposeído de humanidad… Mi padre se encargó personalmente de operarte… y mi madre te pagó los gastos médicos… yo cuidé de ti cuando estabas hospitalizada, te di mis ropas y te cepillé el cabello… e incluso te comiste la lata de peras almibaradas que te ofrecí. Y sin venir a cuento me cortaste las coletas y me hiciste un tajo en la cara… Me obligaste a compartir tus demonios… Hace exactamente diez años que he muerto injustamente y ahora descanso en paz junto a un albaricoquero… Ha llegado el momento de vengarme de ti y por eso mi fantasma ha venido a visitarte… Los niños no saben lo que sucedió en el pasado y simplemente me han seguido hasta tu casa, pero los adultos sí, y están temblando… En esa época, Qin el Noveno ya tenía las ropas manchadas de sangre desde hacía muchos años y todavía hoy se siguen sufriendo las consecuencias de sus actos. Tumbado sobre el *kang*, Qin el Noveno agitaba el brazo izquierdo y de sus labios salían palabras poco claras: “¡Dispara… dispara…!”, y en el patio, la madre

de Qin Guiying, arrodillada y golpeando el suelo con la cabeza como se hacía en la antigüedad, hablaba como una parlanchina: "Su tía… es un hada inmortal… y los niños son pequeños y no comprenden nada… y han ofendido al hada inmortal… Oh, pero el hada inmortal es buena y generosa…"».

Qin Guiying estaba en su habitación con la puerta cerrada herméticamente y no se atrevía a salir. La loca de Gu Yuzhen no paraba de bailar y cantar junto al patio. Tenía el cabello revuelto, se había quitado las ropas y agitaba en el aire lo que pretendían ser unas coletas imaginarias. Daba pena verla. Su aspecto era lamentable. Las gentes del pueblo la temían, pero al mismo tiempo la aplaudían como si estuviesen celebrando algo, una actuación. Gu Yuzhen se mostraba cada vez más enloquecida y fuera de control. En ese momento se oyeron unos ruidos en la parte exterior del patio. «¡Abajo con la apestosa capitalista, la *xiaojie* Li Shengjie! ¡Viva la Gran Revolución Cultural Proletaria…!». Entonces apareció un tipo de enormes proporciones con una chaquetilla verde como la hierba y una gorrita en la cabeza también verde como la hierba. Un cinturón ancho de piel de buey cubría su cintura, las mangas de la chaquetilla estaban subidas y una cinta roja ceñía la parte superior de uno de sus brazos. Era como si un auténtico soldado celeste acabara de descender del Cielo para mostrarse vivito y coleando ante los mortales. ¿Quién diablos era ese tipo? ¡Pues era el mismísimo Gu Wenyu con el atuendo de un Guardia Rojo, como en los viejos tiempos de la Revolución Cultural! Gu Wenyu soltaba máximas revolucionarias y Gu Yuzhen parecía recibir una descarga eléctrica cada vez que las oía: su cuerpo entero se ponía a temblar. Muy decidido, Gu Wenyu avanzó unos pasos, alargó el brazo y le dio un bofetón en la cara a la mujer, que cayó desplomada al suelo y empezó a soltar espumarajos por la boca. Luego murió. O al menos eso creyeron quienes estaban presentes, porque al cabo de unos instantes se despertó, como quien se despierta del sueño, y preguntó a quienes la rodeaban: «¿Dónde estoy…?». Alguien que se encontraba al lado le explicó que aquella era la casa de Qin Guiying, en el respetable burgo de Jiazhuang. Ella, no muy convencida, volvió a preguntar: «¿Y quién coño me ha traído hasta aquí…?». Poco después Gu Yuzhen volvió con su verborrea descontrolada, así que Gu Wenyu, como había hecho previamente, tuvo que presentarse para callarla de nuevo.

—¿Por qué se casó Qin Guiying con Gu Wenyu? —preguntó Yu Zheng.

—¿No lo comprendes? Gu Wenyu ha sido siempre como es ahora… —razoné—. ¿No fue uno más de sus trucos?

—Lo que me dices puede ser cierto o no —admitió Yu Zheng—, pero de todas formas Gu Wenyu se casó con Qin Guiying, y al cabo de

un par de años Qin Guiying dio a luz a una niña. Cuando llegó el parto, se fueron a vivir a un pueblo de montaña situado en la frontera chino-rusa, donde se pusieron a trabajar la tierra. El año pasado vinieron a vivir al pueblo las tres hijas y el hijo que habían tenido juntos. En esa época, el sistema de la comuna ya se había disuelto y habían perdido la oportunidad de recibir algún lote en la distribución de las tierras. En el pueblo, el sistema de «reparto y coto público de las tierras» se conocía también como «reparto y coto de las tierras por rango en la administración pública», así que fueron los cuadros del Partido y otros funcionarios quienes se hicieron con el pastel sin dejar nada a nadie.

»La familia estaba compuesta por esos cuatro miembros, que eran campesinos sin tierra. Por esa razón, la pareja —dos campesinos, al fin y al cabo— armó bulla en el pueblo y a nivel del distrito. Querían hacerse oír porque se consideraban víctimas de una injusticia. Se escucharon sus quejas, incluso encontraron audiencia en la prefectura. Finalmente su lucha halló solución: a la pareja se le impuso una multa de sesenta mil yuanes por el nacimiento de su tercer hijo y les retiraron el *hukou*, pero a cambio recibieron una porción de tierra, que era lo que deseaban. En la China de 1994 sesenta mil yuanes era una suma de dinero imposible de obtener.

»En esa época yo había sido transferido del hospital psiquiátrico al hospital comarcal, para trabajar en el departamento de gestión. Un día el director del centro al que acababa de llegar me envió al edificio del Gobierno de la comarca para entregar unas medicinas a quien ejercía en esos momentos como jefe, y fue entonces cuando vi de nuevo a Gu Wenyu y su familia —seis miembros en total—. En esa época solíamos dejar el trabajo a mediodía, y en esa ocasión observé que muchos empleados se habían arremolinado formando un círculo en torno a unas personas. El grupo, rodeado por los funcionarios, estaba cantando y se quejaba con tono lacrimógeno de alguna desgracia que había padecido pero que resultaba difícil de comprender. Esas personas canturreaban —así nos parecía a nosotros— como los ciegos que deambulaban por las calles.

»Soy curioso por naturaleza y siempre sueño con la literatura. Tomo notas en todas partes, me meto entre la muchedumbre y observo a los demás, porque sé que todo eso me servirá para convertirme en un buen escritor, así que… ¡Cielos…! ¡Me topo sin esperarlo con el bueno de Gu Wenyu y su familia! ¡Y vaya familia! ¡Eran como un pueblo entero salido de otra época! Hacía un montón de años que no los había visto y, a decir verdad, tardé un tiempo en reconocerlos. Gu Wenyu vestía una chaqueta militar usada y vieja que contrastaba con las camisas limpias y planchadas que llevaba la gente en la calle y los pantalones de las mujeres. Él, sin embargo, seguía con

esa prenda ajada y la gorrita de los Guardias Rojos de la Revolución Cultural. ¿Te lo puedes imaginar? Al verlo me entró pánico. Qin Guiying llevaba un vestido de un color imposible de identificar, y un pañuelo de color púrpura en la cabeza. Sujeto a sus espaldas con una tela y unas tiras llevaba un niño, y delante de ellos, en fila estaban las tres niñas. La más grande, tal vez de unos diez años, tenía el cabello revuelto. Sus ojos carecían de vida y resultaba evidente que sufría un retraso mental. La segunda y la tercera parecían normales. En el cuello de la tercera —la más pequeña— había colocado un ramo de pajas secas. ¡Cielos! ¡Ese era el signo de un niño que iba a ser vendido! ¡La vergüenza del socialismo! Afortunadamente, en nuestro pequeño distrito no hay rastro de extranjeros, pero en Beijing los hay a montones, hacen fotos a los niños con pinta de pobres y luego las envían a los periódicos para hablar mal de nosotros. ¿No lo hacen acaso para humillar a China?

»Qin Guiying y Gu Wenyu, por tanto, vendían en secreto a sus hijos, y yo lo sabía. Cantaban en voz alta con un tono de profunda tristeza, la que exhibían todos ellos, especialmente los niños. La voz de Gu Wenyu era muy buena —algo que yo no me esperaba—, sonaba dolorida pero solemne y emocionaba a quien la escuchaba: "Oh, tíos y tías, hermanos y hermanas, gentes de buen corazón, mirad mi familia miserable… ¿No os da pena…? Hace más de diez años que vivimos como vagabundos… y regresamos a nuestra tierra natal y nos dicen que sobramos… Mi casa está en ruinas y la hierba ha crecido en el patio… y no nos han dado ningún terreno que pueda considerase como tal. Ahora tenemos que pagar una multa de sesenta mil yuanes… Por eso vendemos a nuestros hijos… Gentes de buen corazón, apiadaos de estos niños inocentes que pronto morirán de hambre". Gu Wenyu cantaba en un tono alto y sostenido, pero Qin Guiying lanzaba gritos desgarrados y desentonados. ¡Ay, qué buenas intenciones! ¡Vender a los hijos! ¡Qué miseria humana! Diez mil no es mucho y cien no es poco cuando se trata de comprar niños. ¿Cuál es el precio de un ser humano? Con tantos niños para vender, la familia se iba a hacer rica. Al mismo tiempo, esas dos niñas llorando desesperadamente y la hermana mayor mirando a sus padres y sus hermanas con cara impávida y sin reaccionar ante el drama que sucedía delante de sus ojos, incapaz de comprenderlo, pero seguramente atenazada de miedo ante la visión de la chaqueta militar sucia y rota de su padre…

»Había mucha gente rodeando a la familia de Qin Guiying y Gu Wenyu, y todos derramaban lágrimas. Algunos sacaron dinero de sus bolsillos y les dieron limosnas que depositaron en el contenedor de porcelana que habían puesto delante. Yo, que presenciaba la escena, me sentí muy triste —continuó diciendo Yu Zheng—. Al fin y al cabo,

esos dos habían sido mis compañeros de clase y había compartido el oficio de porteador de agua con Gu Wenyu. Ya me habían llegado noticias desde hacía tiempo del estado miserable en el que se encontraban, pero nunca habría imaginado que hubieran llegado a esos extremos. Pensé —siguió Yu Zheng— que el destino los había hecho regresar diez años atrás y en gran medida se estaba vengando de los actos ignominiosos que cometieron durante la Revolución Cultural. ¿Quién lo hubiese imaginado? Si Gu Wenyu no hubiera tenido un problema en el lado derecho del corazón, habría podido entrar en el Ejército y habría llegado muy lejos en la jerarquía militar. Se habría convertido en un general con un montón de estrellas en los hombros o algo parecido. Si alguien no se hubiera quejado de Qin Guiying, habría alcanzado lo más alto en la administración pública. Me contaron que habían llegado a ser muy amigos de los miembros de la campaña de Dazhai y que colaboraron estrechamente con ellos, pero hubo una queja de un secretario del comité y sus carreras se fueron al garete.

»Un coche de Policía se presentó en el lugar donde se habían juntado los funcionarios y la familia. Enseguida, un agente hizo sonar su silbato para dispersar a la muchedumbre y metió a los seis en una furgoneta. Más tarde —concluyó Yu Zheng—, recibieron una ración de comida que ni siquiera llegaba al mínimo alimenticio de subsistencia, pero a los niños les retiraron el *hukou*. Como era de esperar, no pudieron pagar los sesenta mil yuanes de multa por haber tenido tantos hijos, y oí decir que el secretario Wang del Ayuntamiento comentó que, si no hubiera resuelto esa disputa, ahora esos dos estarían en la plaza de Tian´anmen vendiendo a sus hijos. “¡Tus dos excompañeros de clase eran gente verdaderamente difícil! —comentó el secretario Wang—. Si no hubiesen podido ir a la plaza de Tian ´anmen en Beijing, habrían ido a la plaza de Quancheng en Jinan. ¡Era imposible retener a esa familia de pordioseros en un sitio!”».

VI

El hijo de mi primo se fue a Xiangyang porque le habían dado un puesto de trabajo en la administración de esa región remota del país, pero como venía a menudo a Beijing para recibir formación, pasaba a verme a mi casa cuando le apetecía. Su padre se encargó por un tiempo de traer agua a la fábrica de ladrillos que estaba al lado de donde yo trabajaba, y en una época muy dura para mí le preparó a mi madre más de un bol de fideos con huevos escalfados en soja. Nunca en la vida podré olvidar al hijo de mi primo. Había pasado cuatro años

en nuestro cantón noreste de Gaomi como alcalde y cuatro más como secretario del Partido, y desempeñaba su labor sin descanso. Si alguien le buscaba para hablar, decía siempre que se encontraba ejerciendo sus obligaciones lejos, en alguna frontera comarcal, razón por la cual no podía ver a nadie. Además, comentaba: «Si me piden que me vaya del cantón noreste de Gaomi, lo haré encantado. En cualquier sitio bajo el sol me sentiré bien».

Pero ¿por qué a nosotros, gentes del cantón noreste de Gaomi, nos disgustaba tanto que el hijo de mi primo estuviese en nuestro pueblo? Me respondió: «Primo, el cantón noreste de Gaomi es un buen lugar para vivir y trabajar. Las gentes de este terruño son sencillas y honestas, y demuestran tener un buen corazón, pero ha de saber que entre ellos había también varias zorras astutas y maliciosas que causaban muchos problemas, lideradas, primo mío, por vuestros queridos compañeros de clase Qin Guiying y Gu Wenyu. Este último había sufrido en los últimos años un trastorno mental grave y era incapaz de valerse por sí mismo, pero su compañera Qin Guiying se metió de lleno en el mundo de Internet y se puso a armar tanta bulla como pudo, todo ello con malas intenciones y con ganas de hacer mal a la gente. Parecía que la había poseído un espíritu maligno con deseos de venganza. Pasé ocho años en el cantón noreste de Gaomi y la mitad de mis energías las gastaba en arreglar las tropelías de esa mujerzuela endiablada. Tras un par de años dedicada a difundir barbaridades de la gente y lanzar bulos que no tenían ningún fundamento, sin el menor escrúpulo, acababa contigo; si hubiese podido largarme de su pueblo, lo habría hecho inmediatamente. Causó un daño de consecuencias impredecibles».

«¿Por qué se comportó así? —pregunté—. Siempre la respetamos en el pueblo y la considerábamos parte de nuestra familia».

«Tío, usted no se ha enterado de nada. Cuando era el alcalde del cantón noreste de Gaomi, vino un día a mi oficina. Nada más entrar por la puerta me habló como quien habla a un amigo de toda la vida, y me dijo que era miembro de su familia. Me pidió que confiara en ella, que creyera todo lo que decía. Al principio pensé que me contaba la verdad, pero, de vuelta a casa, pregunté a los mayores del pueblo si eran ciertas sus palabras, y me aseguraron que no, que me había mentido. Luego venía a verme cada dos por tres; a veces me traía una cesta con albaricoques, otras, un par de gallinas. En cierta ocasión entré en el patio de mi casa con una carpa dorada enorme en un extremo del palo que llevaba sobre los hombros y una tortuga de agua dulce en el otro, y me dijo: “¡Observad la cabeza de la tortuga! ¡Habrá abundancia en los próximos años! ¡Lo sé…!”. Los empleados del Ayuntamiento la rodearon (como solían hacer con todo lo que llamaba su atención) y les encantó verla delirando de esa manera con la

tortuga y la carpa. Yo, que en realidad me sentía ofendido por ella y muy afectado, le dije: "Tía, no debe conducirse así. ¿No se da cuenta de que está arruinando la reputación de este pobre hombre? Dígame, ¿qué quiere que haga yo?". Y ella me respondió: "Sobrino, tu tío Gu Wenyu se hizo miembro del Partido Comunista en 1970 e incluso llegó a convertirse en secretario de la célula local. Nos mudamos más tarde a Heilongjiang para trabajar como campesinos y ahora es incapaz de hacer nada por sí mismo. El Partido ya no le reconoce como miembro y nadie en el pueblo o en el distrito lo identifica como integrante de su comunidad. ¡El pobre ha perdido la cabeza y yo ahora quiero justicia! ¡Exijo que el Partido Comunista le devuelva la afiliación a mi marido y deseo tener de nuevo junto a mí al hombre que era antes! ¡Y que vuelva a ser el secretario de la célula local del Partido! Seguro que en tres años Sanxiantun será un *hub* tecnológico de primera categoría gracias a él. ¡El Silicon Valley de China…!". Yo le respondí: "Tía, no comparto lo que me dice, pero la comprendo. Si no fuera porque violaría los principios del Partido, la ayudaría en todo lo que me pide. Pero ciertamente, si infrinjo las reglas no podré echarle una mano. ¿Le queda claro?".

»Posteriormente inicié una investigación sobre ese caso que me tenía tan perturbado. Tras el período de la Revolución Cultural, Gu Wenyu se consagró inesperadamente al desarrollo del Partido a nivel local y por eso regresó al pueblo y aceptó convertirse en secretario del distrito, pero por una razón que se me escapa, decidió luego desplazarse con Qin Guiying a Heilongjiang, donde pasaron muchos años. Nunca más volvió a interesarse por la política interna ni por las actividades del Partido Comunista. Su afiliación fue, como era lógico, inmediatamente cancelada, a pesar de que su prestigio y su poder en el pueblo habían llegado a alcanzar un nivel muy alto. Una inspección hizo imposible que continuara teniendo responsabilidades políticas y administrativas. Tanto su reputación como la de Qin Guiying empezaron a verse seriamente dañadas en el pueblo. Los lugareños echaban pestes de ellos.

»Para ganarse su bol de arroz, montaron un almacén de plásticos en el que recogían todo tipo de productos fabricados con esa materia. Un verano de un calor sofocante, las aguas sucias y pestilentes de las acequias del pueblo se desbordaron y con ellas aparecieron innumerables moscas. Por supuesto, la gente se quejó de ellos, acusándolos de ser un peligro para la salud pública. Había que deshacerse de esos plásticos y sus residuos de otra manera, no podían ser quemados en esos hornos que tanto contaminaban el medioambiente. El humo que salía de las torres olía de forma extraña y era altamente perjudicial; las gentes del pueblo no se atrevían a secar sus ropas en el patio exterior e incluso había quienes ni siquiera

se atrevían a alejarse mucho de sus casas por miedo a caer enfermos. A Qin Guiying y Gu Wenyu se les prohibió aparecer por el pueblo. Ellos reaccionaron mal, se pusieron a insultar a los lugareños y, además, no respetaron la prohibición. ¿Por qué diablos se presentaban una y otra vez en el pueblo? Gu Wenyu ya no era miembro del Partido. ¿Qué interés tenía en quedarse en estas aldeas miserables y atrasadas?

»Intenté explicarle las cosas a Qin Guiying, quería que me escuchase de una vez por todas: le pedí que cerrase esos hornos para quemar plástico porque, en caso contrario, el Ministerio de Medioambiente nos iba a multar con una suma de dinero descomunal. Para mi sorpresa, me dijo: "Mi viejo sobrino, creo que estás confundido. Conocí muy bien a tu padre. Él y tu tío, mi marido Gu Wenyu, iban al río a buscar agua para llevarla a las fábricas. Tu tío en esa época no podía ser miembro del Partido, y finalmente lo dejó estar como tanto otros. ¿Y yo? ¿Qué pasó conmigo? ¿Podía o no ingresar en el Partido Comunista? Bueno, si me afilio y me promovéis al puesto de secretaria de la célula local, por supuesto que os garantizo el cierre inmediato de los hornos para quemar plástico; además, donaré dinero al pueblo para que reparen las calles. ¿Qué te parece?".

»Le respondí: "Tía, usted, de adolescente, estuvo trabajando fuera y sabe de estas cosas. Ser miembro del Partido no es un asunto para tomárselo a la ligera. El tío solo fue un jefecillo de pueblo, si lo hubiesen promovido a nivel comarcal o provincial, no le habría servido de nada. El tío estaba mal de la cabeza, y existe un procedimiento muy riguroso para estar en el Partido Comunista Chino en tanto que miembro permanente…". Qin Guiying me dijo a su vez: "El procedimiento del que me hablas es letra muerta, pero él está vivo. ¿No ves la diferencia entre la burocracia política y la gente? Tu tío en esa época colaboraba con los miembros de la campaña de Dazhai para reformar radicalmente el campo en todo el país y envió formalmente una solicitud para ingresar en el grupo. Tanto tu tío como yo organizamos juntos varias charlas con los miembros de ese equipo de trabajo para informar a los lugareños de los enormes beneficios que la reforma agraria traería a sus tierras. Lo que se ha escrito sobre él y sus capacidades mentales es absolutamente falso. Mi marido trabajó como secretario del comité local y ejerció sus funciones de manera excelente". Repliqué: "Tía, todo eso que me cuenta ha pasado a la historia. Estamos en otros tiempos, yo era muy joven y no comprendía lo que estaba pasando, pero creo que sus deseos ahora son legítimos. Puede usted hablar directamente con el secretario de la sección local del Partido y comentarle sus intenciones. Seguramente le pedirá que redacte una solicitud, pero, tía, lo más importante ahora es que usted cierre esa planta incineradora de plásticos. De lo contrario, le puedo

asegurar que ni usted ni el tío entrarán en el Partido nunca más en lo que les queda de vida, más bien acabarán en la cárcel los dos. ¿No ha oído lo que dicen los vecinos de ustedes…?".

»Podía ir a la cárcel o podía clausurar los hornos e integrarse en el Partido Comunista. Optó por cerrar la incineradora y con el dinero que le dieron compró varios cientos de árboles jóvenes para plantarlos en un terreno que quedaba detrás del dique del río, sin embargo, en lo que se refiere a su solicitud para ingresar el Partido, Qin Guiying no obtuvo respuesta positiva ni para ella ni para su marido. Las gentes del pueblo sacaron a relucir el asunto de la maestra Li y su suicidio en el pozo, una tragedia que no había cicatrizado todavía, y fueron precisamente los miembros del Partido que había en el pueblo quienes se pronunciaron en primer lugar. Si ella ingresaba, a los que ya estábamos afiliados nos iba a poner de patitas en la calle. Así de sencillo. El secretario de la célula del pueblo me lo comentó, y la verdad es que lo que pude oír me llenó de admiración por ella. Qin Guiying era una mujer de gran sabiduría. ¿Cómo había podido caer en ese estado mental tan precario? Su vida se había ido al garete y parecía no controlar absolutamente nada. Su inteligencia es superior a la de los demás y posee muchos conocimientos, pero ¿por qué no se conoce a sí misma? ¡Ese es su gran problema! Piénselo, ¿no se ha fijado que la mala gente es exactamente esa, aquella que no se conoce a sí misma? ¡Son los que actúan con maldad siempre y acaban perjudicando a los demás! Por el contrario, las personas que se conocen a sí mismas son buenas y hacen bien a los otros. Y aun diría más: en la cabeza de la gente mala que conoce su maldad hay un sentido innato de lo que es bueno o no, y por eso son capaces de reconocer su propia maldad. En cambio, las personas malas que no son conscientes de su maldad tienen prejuicios contra todo el mundo y son dogmáticas e intolerantes. Gu Wenyu ha pensado toda su vida que tenía razón y hacia lo correcto, siempre creyó que los otros estaban equivocados o que tenían alguna carencia. Siempre odiaba a los demás y los insultaba. Primo, sus excompañeros de clase eran de ese tipo de personas, y a ese tipo de personas, yo no solo las temo, sino que el Cielo entero las teme.

»Efectivamente, destruyó los hornos, se gastó el dinero en comprar los árboles, sin embargo no ingresó en el Partido Comunista, sino que se convirtió en una "líder de opinión", y creyó que yo la había engañado, o lo que es peor, creyó que me había convertido en su enemigo. Los cuadros oficiales del pueblo, orgullosos y prepotentes como eran, intentaron al principio pararle los pies con el asunto de la plantación de los árboles detrás del dique del río y la denigraron en público. Qin Guiying, para evitarlo, les dijo que los árboles pertenecían a una pobre anciana que merecía toda la compasión del

mundo. La anciana, con mucha paciencia, los había ido plantando uno a uno. Los cuadros del pueblo insistieron en que había sido ella, una vagabunda loca, y nadie más quien los había plantado en ese lugar detrás del río. Sin embargo, al contemplarlos, cambiaron de opinión y decidieron compensarla con un premio, e incluso lo anunciaron por la radio. Esos árboles eran un ejemplo de civismo en los nuevos tiempos y un orgullo para las gentes de Gaomi. Así que todos lugareños se pusieron también a plantar, a ver si recibían algún buen comentario de los cuadros; al fin y al cabo, los árboles eran un bien público y no molestaban a nadie.

»A Qin Guiying esos paletos la sacaban de quicio. Ella lo único que deseaba era recobrar el poder de antaño e influir en la gente. Pretendía convertirse en una líder de los nuevos tiempos en China. ¡Mostrar a las autoridades el paso a seguir! ¡Aleccionarlas! Lo cierto es que las autoridades de Gaomi no se enteraban un pijo de que habían llegado los nuevos tiempos y estaban ancladas en otra época. Tras convertirme en el secretario local del Partido, hice algunas consultas al alcalde de la comunidad del cantón noreste de Gaomi y me comunicó que quería comprarle a Qin Guiying la arboleda por un precio un cincuenta por ciento superior al valor de mercado. Ella se negó a vender. El alcalde le explicó que esos árboles estaban plantados en terrenos públicos y pertenecían a todo el mundo, y al final llegaron a un acuerdo, a pesar de lo cual no tardó en volver a enfurruñarse con nosotros, que éramos los encargados de la administración local.

»En una de las casas del pueblo de Wangjia había un tipo de apellido Qiao y nombre Zhi que durante la época de la Revolución Cultural se presentó en nuestro terruño, el cantón noreste de Gaomi. Varios años atrás, ese hombre estuvo casado con una mujer que sufría de demencia y con la que tuvo tres hijos que regresaron a la comarca, y por esos azares de la vida Qiao Zhi se había visto envuelto en circunstancias muy parecidas a las que vivían Gu Wenyu y Qin Guiying. En el pueblo quisieron dar a Qiao Zhi una parcela de tierra y le propusieron ayudarle a construir una casa, pero él se negó a aceptarlo porque aquello iba a llevarle mucho tiempo. En esa época, Qin Guiying organizaba la vida a medio mundo y se presentaba con la familia entera de Qiao Zhi (cinco miembros en total) delante del edificio gubernamental de Gaomi para vender a grito pelado a sus hijos, con sus pajas en el cuello, como si se tratase de una subasta en un mercado de ganado. Era puro teatro para provocar a las autoridades. Aunque por aquel entonces ya se estaban produciendo muchos cambios en nuestra sociedad, en ese momento, cuando Qiao Zhi se plantó allí para vender a sus hijos, él no tenía aún teléfono móvil. Ahora los tiempos son otros y todo el mundo los tiene, así que pueden sacar fotografías con ellos y grabar vídeos que se descargan

luego en Internet y se envían a todo el mundo. Antes de que apareciesen delante del edificio gubernamental, los guardias de seguridad ya los habían descubierto y llamaron a la policía para que se los llevasen. Había alguien junto a Qin Guiying grabando la escena con el móvil, y la Policía, nada más llegar al lugar, se lo confiscó. En el distrito pidieron explicaciones sobre las circunstancias y el secretario personalmente nos llamó a cada uno. Para mí fue como una bofetada en la cara, un insulto directo. Sabía que las explicaciones no servían de nada. Nosotros solo debíamos examinar cuidadosamente ese tipo de sucesos que ocurrían a menudo. El secretario me previno: si en el cantón noreste de Gaomi sucedían este tipo de cosas, yo estaría obligado a renunciar y marcharme. Fuimos a la casa de Qiao Zhi para resolver el problema de su negativa. Queríamos evitar atraer la atención de la gente y, sobre todo, que Qin Guiying explotara en Internet esas noticias en su propio beneficio. En ese momento podíamos resolver cualquier problema que surgiese en cualquiera de los pueblos del distrito. Era, por decirlo todo, una obligación. Había que arreglar cualquier disputa inmediatamente, ya que de lo contrario el problema podía degenerar en una revuelta social indeseable. De esa manera, Qin Guiying se convirtió en la *gaocan*, la "consejera"; aunque no se trataba de un puesto oficial, para todo el mundo en el distrito lo era. Tenía más poder que cualquier funcionario gris y triste en un despacho. Nos obligaba con sus "consejos y recomendaciones" a hacer lo que ella quería, pero en el fondo, nos disgustaba profundamente. Al final, llegó la oportunidad de poner todo en orden.

»Primo, le diré la verdad: desde que se ha convertido en una persona famosa, usted ha aportado a nuestra comarca una energía positiva de la que hemos carecido durante años, pero también nos ha traído muchos problemas, en concreto a su pueblo. Los lugareños piensan que las tierras del cantón noreste de Gaomi valen ahora una fortuna, y la especulación urbanística está haciendo mella. El pueblo se ha convertido en un lugar atractivo para la inversión internacional, y el Gobierno quiere sacar tajada. También hay que decir que nuestras autoridades participaron activamente en la Revolución Cultural, y eso ahora atrae a muchos turistas. Así que nuestros gobernantes están vendiendo los terrenos y las casas de nuestros pueblos, y la gente de fuera los está comprando sin haber puesto en su vida un pie aquí. Encima, los locales son pobres y se conforman con cualquier cosa que les den para salir de la miseria. Otros se han puesto a construir casas al estilo antiguo para venderlas como si hubieran estado ahí toda la vida, e imitan su antigua vivienda, la de las cinco puertas. ¡Y el Gobierno anima a estos pueblerinos y promueve la competición! Gran parte de esas tierras eran de dominio público y nos pertenecían a todos. Ahora, en esos terrenos construyen viviendas particulares para

beneficio privado. ¡Hasta ahí hemos llegado! ¡El individualismo en su máxima expresión! ¡Vaya ejemplo para las futuras generaciones de nuestro país!

»He informado al alcalde y a las altas instancias de la comarca, así como a las diferentes unidades de trabajo, de lo que está sucediendo en nuestros pueblos, y pronto tendremos una reunión al más alto nivel. Esto es un caos, hay que encontrar una solución. Ya se sabe: "Hay que hacer que la gente comprenda con la razón y motivarla con el corazón"[140]. Hay que realizar una investigación exhaustiva de lo que está sucediendo en cada casa y restablecer la confianza de la gente en el Gobierno del Partido Comunista Chino y en su Ejército glorioso. Hay que enseñar a nuestros hijos el valor de trabajar duramente y del esfuerzo colectivo. ¡Nuestros valores, los de siempre! ¡Y hay que empezar en la escuela! Nuestros estudiantes se han mostrado siempre muy entusiastas y eficaces para este tipo de iniciativas, como también lo son los maestros y profesores de nuestras escuelas. ¡Tienen madera de líderes! Hay que criticar con severidad a los padres de familia irresponsables de cada hogar de nuestros pueblos por la mala educación que están dando a sus hijos, especialmente a los que son una mala influencia porque les inculcan egoísmo e individualismo.

»Un individuo de nombre Hou Baili, era uno de esos inquilinos que rechazaban dejar o vender las casas donde habían vivido toda la vida, aunque se lo pidiese el Gobierno o por presión de grupos inmobiliarios[141], un tipo a quien nadie convencía ni por las buenas ni por las malas, un hombre duro y terco como una mula que no daba el brazo a torcer ante los intereses creados por los corruptos. Más tarde, supimos lo que estaba pasando. La razón por la cual ese tipo no se adaptaba a los nuevos tiempos había que buscarla en los tejemanejes que Qin Guiying tramaba en la sombra: acumulaba pruebas para tumbar cada ley y cada política gubernamental en materia de desalojos abusivos. Se llamó a la policía, a quienes trabajaban en los juzgados, a los del Gobierno local, a quienes pintaban algo en el mundo de las inmobiliarias y la construcción, se los llevaron al pueblo y rodearon la casa de Hou Baili; se recurrió a todo lo que se tenía al alcance en materia legal para demolerla. Él, al ver a toda esa gente, casi enloqueció; se puso a insultar a todo el mundo y, con un hacha enorme en la mano, amenazaba a quienes se acercaban. Se necesitaron varios policías para someterlo y arrebatarle el arma. Se lo llevaron y finalmente los obreros pudieron tirar abajo su casa. En unos pocos minutos, gracias a la excelsa habilidad de los trabajadores de nuestro pueblo en ese tipo de tareas, del hogar de Hou Baili solo quedaron escombros.

»A lo largo del proceso observé que Qin Guiying, a lo lejos, tomaba fotos con su teléfono móvil y grababa un vídeo. El secretario de la

oficina de asuntos públicos me preguntó discretamente: "¿No habría que confiscarle el móvil?". Yo le dije que no era necesario. Nuestro deber era actuar para el bien común y con sentido de la justicia. Había que dar la bienvenida a esas iniciativas y al vídeo de Qin Guiying. Sin embargo, el secretario temía que aquella grabación pudiese hacernos mucho mal. Pero ¿qué iba a decir la gente de nosotros? ¿Éramos corruptos? Teníamos la ley de nuestra parte, con sus jueces y sus mandatos. Al mismo tiempo, ¿qué nos daba miedo? ¿Un vídeo de una casa que estaba siendo demolida como tantas otras en todo el país? Habíamos subestimado a Qin Guiying. Al día siguiente el vídeo de la destrucción de la casa de Hou Baili ya estaba circulando en la red para quien quisiese verlo. Se titulaba: *Demolición violenta con cabeza rota y sangre derramada*[142]».

—Primo, ¿te viste envuelto directamente en ese proceso traumático? Qin Guiying así lo afirmó y os acusó a todos. Decía que el Gobierno del cantón noreste de Gaomi había participado en la demolición de una casa privada. ¿Era cierto? Incluso había una violencia física y psicológica que no pasaba desapercibida en ese vídeo, de ahí que lo de «con cabeza rota y sangre derramada» tuviera todo el sentido. El vídeo mostraba a los trabajadores demoliendo la casa con una rabia e intensidad excesivas. La escena, vista así, en un vídeo no profesional, era verdaderamente sobrecogedora y de un impacto emocional considerable. La imagen de Hou Baili con la cabeza rota y sangrando delante de la cámara mientras se lamentaba a lágrima viva de su suerte resultaba impactante. Incitaba al odio y la conmiseración. Había que ganar el favor de la gente y su opinión en favor de una causa. Esa era la lección de Qin Guiying y en eso era una maestra consumada.

—Una vez en Internet, empezaron a llamarme por teléfono, inmediatamente lo hizo uno de los líderes de la comarca para saber lo que había pasado, y le expliqué: «Todo eso son noticias falsas para atacar a los funcionarios locales». Y oí que me decía: «¡Tengo un vídeo que lo prueba!».

»A Hou Baili no le tocamos un pelo y desde luego no le herimos en la cabeza como aparecía en la grabación de esa canalla de Qin Guiying. Pero ¿de dónde diablos había salido entonces la herida y la sangre que le chorreaba por la cara a Hou Baili? Nadie lo entendía. Nos sentíamos muy confundidos, no comprendíamos nada, ni siquiera tras haberlo examinado durante mucho rato. El secretario de la célula del Partido (un tal Xia Shunsheng) vino a vernos para saber lo que en realidad había pasado. El hombre era un soldado desmovilizado, una especie de fantasma, como se les llamaba en la época a esos excombatientes, porque se pensaba que estaban más muertos que vivos. Ante el secretario de la célula del Partido, nadie se iba a atrever

a mentir sobre un asunto tan serio como el de la demolición de la casa de Hou Baili. A decir verdad, yo no iba a actuar como un alto funcionario de la administración de una municipalidad, sino como una persona honesta que está en posesión de la verdad. Nada más verme, Xia Shunsheng me dijo: "Secretario, echemos un trago del licor blanco de Maotai…". Yo le pregunté malintencionadamente: "Dime, ¿en el Gobierno de vuestro pueblo hay muchos fantasmas? ¿Y a estos les da ahora por beber licor de Maotai? ¡Quizá deberían beber meados de gato[143]! ¡Estamos jodidos…!". Xia Shunsheng sonrió y me respondió: "Secretario, te traigo el vídeo de una grabación para que lo veamos de nuevo juntos. ¿No crees que mejor lo hacemos tomando un par de botellines de Maotai…?".

»Al ver el vídeo, me puse contentísimo. En él se veía a Qin Guiying diciéndole a Hou Baili que era un idiota y un cobarde. "Te faltan agallas para rebelarte", le decía, y Hou Baili le replicaba: "¡Es muy fácil criticar desde fuera! ¿Cómo voy a rebelarme? ¿No me digas que debo coger el hacha y cortar a esa gente en pedacitos? Si lo hago, ¿no sería dispararme una bala en mi propio pie? ¿Vas a ir tú…?". Qin Guiying le contestó: "No se puede hacer una tortilla sin romper los huevos. ¿No lo sabías? Dime, ¿vas a aceptar su dinero…?". El hombre respondió: "Mi padre y mi madre no tienen precio. Piénsalo, ¿cuál es su error…?". En ese momento, Qin Guiying se agachó, cogió un ladrillo que había en el suelo y le dio con él en la frente a Hou Baili. A continuación se oyó un grito seco y desgarrador: era Hou Baili quien se quejaba. Se agachó a su vez y se cubrió la cara con las dos manos. Un chorro de sangre descendía por su rostro. Esto había sucedido la tarde antes de la demolición ilegal de la casa de Hou Baili, quiero decir, antes de que su hogar se hubiera convertido en un amasijo de ruinas y escombros… Hou Baili le dijo berreando: "Vieja Qin, eres una apestosa. ¿Quieres matarme o qué te pasa…?". Qin Guiying replicó: "Ahora, hagamos el vídeo…". Llorando a lágrima viva, Hou Baili le recriminó: "La madre que te parió, eres cruel como poca gente bajo el Cielo. ¡Has hecho vibrar mi cerebro! ¡Me lo tenías que haber dicho antes! Ahora mataré una gallina y me pondré su sangre en la cara para que mi aspecto dé más pena". Qin Guiying le dijo a su vez: "Hermano Hou, recuerda esa máxima de gran sabiduría: 'No se pude hacer una tortilla sin romper los huevos'. ¡Hay que asumir riesgos! Voy a editar el vídeo y lo voy a colgar en Internet para que todo el mundo lo vea; luego te vas a Beijing para ganar más audiencia para tu causa. Ya verás, te harán participar en la Asamblea Popular Nacional de China y en la Conferencia Consultativa Política del Pueblo Chino. Ah, y no te quites nunca la venda de la cabeza mientras estés en Beijing. Te daré una lista de varios contactos que tengo en la capital para que los vayas a ver. Tus palabras tienen un precio muy alto. ¿Lo entiendes ahora? Si

mis contactos no te hacen caso o te piden dinero para ayudarte, te vas a la plaza de Tian´anmen y te inmolas. ¡Saldrás en todas las televisiones del mundo…!".

»Tras visionar el vídeo, me puse a pensar para mis adentros: Qin Guiying, ¿cómo puedes ser tan malvada?… Esta vez tu plan no funcionará. ¡Con este vídeo tengo la prueba en mi mano de que no te saldrás con la tuya! "Gracias, muchísimas gracias", le dije entusiasmado a Xia Shunsheng. "¡Hijo de la gran puta, eres un genio! ¡Te mereces no uno, sino dos botellines del mejor licor de Maotai y tabaco del bueno! Dime, ¿cómo has obtenido este vídeo…?". Xia Shunsheng me respondió: "Secretario, ¿acaso lo has olvidado? Nuestro pueblo tiene cámaras de vigilancia y seguridad CCTV de última tecnología en todas partes. ¡No se nos escapa nada! Salvo lo que sucede en las camas del pueblo llano y en los patios traseros de las casas, todo lo demás es visible porque todo es público, quiero decir, que nos concierne a todos, y sabemos todo de las gentes de los pueblos. Como lo oyes, todo. Cuando navega en Internet, Qin Guiying olvida que también a ella la están vigilando y que yo informo de cada uno de sus movimientos a los líderes de las comarcas. La policía va a detener a esos dos crápulas y los va a llevar ante la ley. Hay que evitar que vayan a Beijing y causen problemas".

»Primo, no se lo va a creer, pero para que esos dos no fueran a la capital tuvimos que movilizar a mucha gente. "Una persona puede afectar el corazón de cien personas", decían. Pero ¿cómo puede hacerlo? Al parecer, Qin Guiying, la consejera, como se la llama ahora, cada año rivaliza con nosotros para ver quién tiene más agallas. No nos deja en paz un solo instante y nos quiere volver locos a todos. En esa ocasión, Qin Guiying y Hou Baili consiguieron realizar ese viejo truco de "herirse uno mismo para derrotar al enemigo"[144], que es una estrategia de guerra muy antigua, la estrategia de "la carne dolorida". ¿No la conoce, primo? Pero iban a fracasar por ir de listillos[145]. La policía llegó a la conclusión de que "esas noticias falsas en Internet son susceptibles de ser consideradas un crimen muy grave por altercado de orden público". Así que los acusaron y los detuvieron. Luego, en los tribunales, se oyó la sentencia de los jueces: "Culpables de dañar la armonía social con un altercado grave de orden público". Pues bien, Qin Guiying recibió una pena de prisión firme de tres meses, pero quien tuvo peor suerte fue Hou Baili. Un ladrillazo en la cabeza, ni un céntimo de compensación, una casa destruida y tres meses de trabajos forzados que lo dejaron hecho polvo. Además, una sentencia criminal a sus espaldas que le iba a impedir encontrar un trabajo decente en el futuro.

»Lo que acabo de explicarle sucedió el año pasado, primo. Tras echar un vistazo en el centro de detención, tuve una conversación con

Qin Guiying y le dije: “Oh, mi querida tía, ya tiene más de sesenta años. ¿No cree que es hora de sentar la cabeza? Cualquier niño se mostraría más maduro que usted. Su padre hizo mucho para que reinara la paz y la seguridad en este mundo, y fue un trabajo excelente, pero usted, en cambio, anda a la greña con el Gobierno. ¿Por qué? ¿No ve que con noticias falsas no va a romper nunca la solidez y justicia de nuestras políticas sociales? ¿Qué está pasando por su cabeza…?”. Y ella me contestó: “Mi querido sobrino, ¿acaso has olvidado las enseñanzas del presidente Mao? El viejo decía: ‘Lucha contra el Cielo, la alegría no tiene límites; lucha contra la Tierra, la alegría no tiene límites; lucha contra la gente, la alegría no tiene límites’[146]. Mi talento, que era mucho, no era reconocido por nadie, y he pasado más de media vida en la sombra. Luchar contra el Cielo…, pues no he podido hacerlo nunca; luchar contra la Tierra…, pues tampoco he podido sacar ningún provecho de ello, pero luchar contra la gente… Oh, en eso sí que he sido una maestra como hay pocas y, por supuesto, he sentido al hacerlo una alegría sin límites. Esa ha sido mi vida en estos últimos años y esta ha sido también la felicidad completa de mi vejez”. Le dije: “Oh, tía, las palabras del viejo Mao pertenecen a un período histórico que ya no existe y solo en ese contexto tenían sentido. Ahora estamos en la nueva era del socialismo que ha transformado al país entero. Millones de personas están gozando de una sociedad armoniosa[147] y usted habla de romper cabezas. ¿No le parece inoportuno? Si quiere aprender algo de las enseñanzas de los vejestorios, no se ponga a luchar con el Gobierno y sus políticas. ¡Y no quebrante la ley! El Gobierno no sabe qué hacer con usted ni con la gente que actúa como usted, y encima va y ahora infringe la ley. ¿No se da cuenta de lo equivocada que anda, y a sus años…? La próxima vez no va a salir de la cárcel en lo que le quede de vida”.

»Qin Guiying abrió bien los ojos y me respondió: “Mi querido sobrino, no me des lecciones, que soy mayor que tú. Llevo cincuenta años yendo de un lugar a otro en este país y sé que el fuego calienta más que las cenizas. Esta vez me habéis pillado. No sabía que había esas malditas cámaras en la calle. Qué le vamos a hacer. ¿No me digas que no has oído hablar de esas historias en la que se muestra una pericia excelsa cercana a la magia? A eso se llama ‘desmembrar un buey con la habilidad de un buen carnicero’[148]. En esta sociedad en la que vivimos, la grieta que separa la legalidad de la ilegalidad es tan ancha y profunda que todo cabe en ella. Tu tía no solo posee esa pericia excelsa que antes te mencionaba, con la que ha sido capaz de ‘manejar el cuchillo del carnicero con una habilidad insuperable’[149], sino que ha sabido sacar provecho de ello como nadie. ¿Te queda claro ahora?”.

»Primo, su excompañera de clase hacía gala de elocuencia y era una maestra en el arte del debate. Esa mujer tenía un cerebro privilegiado. A veces lo pienso. Este tipo de gente con un talento así debería estar ocupando los puestos más altos de la administración. Fue una pena que los miembros de la campaña agraria de Dazhai no la promocionaran como es debido. Más bien le dieron la espalda de forma miserable. Si no lo hubieran hecho, otro gallo les habría cantado. A pesar de la conversación que tuve con ella, que me dejó sin palabras, conseguí finalmente someterla. ¿Cómo lo hice? Pues combatiendo al diablo con el diablo. Le hablé a Xia Shunsheng y Xia me dijo: "Secretario, ya me encargo yo de este asunto". Xia Shunsheng invitó a Hou Baili a compartir un botellín de Maotai y le llevó al hospital para que le dieran un certificado donde quedaron registradas sus heridas. Luego le prometió que le darían a la unidad de trabajo de su hijo el permiso necesario (y el contrato que va con él) para remodelar el edificio donde estaba ubicada la sede del comité del pueblo, pero le exigió a cambio que se dirigiese cada día a casa de Qin Guiying para pedirle que pagara los gastos de las medicinas y llevase envuelto en un trapo rojo uno de esos magnetófonos viejos para casetes.

»¿Por qué llevar un magnetófono oculto en un trapo rojo? Ahora le explicaré el porqué. Su marido, Gu Wenyu, había sufrido años atrás de una enfermedad mental extraña: enloquecía si veía algo de color rojo. Su locura era destructiva y, cada vez que veía a alguien, mordía, incluso a los perros. Todo ello muy extraño, de veras. Por otra parte, hacía gala de una fuerza que no parecía humana, y se necesitaban tres o cinco jóvenes para someterlo. Más tarde quedaría bajo supervisión del joven doctor Yu Zheng y, gracias a sus tratamientos, la locura del pobre Gu Wenyu quedó al menos bajo control. Pero el color rojo no era suficiente para explicar el estado mental de Gu Wenyu, y se llegó a la conclusión de que la música que se solía escuchar en tiempos pasados, cuando ondeaba en el cielo una bandera roja o simplemente una tela que pretendía serlo, también tenía un impacto en su ya deteriorada salud mental.

»Guiado por los consejos de Xia Shunsheng, Hou Baili abrió la boca como un león y le pidió a Qin Guiying que le sufragara todos los gastos de hospital y le compensara con diez mil yuanes. Qin Guiying le dijo: "Hou el Cuarto, pides unos favores que son típicos de un ser ruin y miserable. Además, eres un ingrato. ¿No habrás perdido la cabeza? Se te ve muy tocado. ¿Acaso has olvidado lo que esta anciana ha hecho por ti? Esta vieja se ha pasado día y noche combatiendo a la gente que ha intentado extorsionarte y así me lo agradeces, imbécil". En plena pelea, cuando Hou Baili y Qin Guiying se estaban gritando mutuamente, Gu Wenyu, muy deprimido y con la cabeza vete a saber

dónde, pelaba una mazorca en la habitación de al lado con la intención de comérsela. Tenía el cabello completamente cano y la cara violácea como una rodolita granate, los ojos turbios y algunos pelos blancos y dispersos en la barbilla. Parecía verdaderamente un anciano acabado.

»Hou Baili se dirigió a Qin Guiying: "Mi vieja Qin, hablas sin poner freno a tus palabras. ¿Lo haces expresamente para provocarme…?". Ella agarró un mortero para machacar ajos y se lo arrojó a Hou Baili, que lo esquivó, de modo que cayó al suelo con todo su peso, quebrando el cemento que cubría la superficie y haciendo un agujero. "¡Ojo! ¡Si no me das el dinero, te voy a dar una paliza! —amenazó Hou Baili—. Qin Guiying, hoy te he hablado con desprecio. Lo sé…". Mientras le hablaba, Hou Baili manoseaba la tela roja y apretaba discretamente varios botones del magnetófono. De repente se oyeron las voces de la ópera modélica de la Revolución Cultural, *Tomando estratégicamente la montaña del Tigre*. Era la escena en que los héroes comunistas luchaban por hacerse con la montaña del Tigre y corría sangre por todas partes. El problema era que la casete iba a un ritmo acelerado y la música sonaba todavía más dramática que a velocidad normal. Eso empezó a poner muy nervioso a Gu Wenyu, quien, además, vislumbró el trapo rojo que Hou Baili había puesto sobre el aparato. El pobre empezó a sentirse mal. Hou Baili levantó la tela roja en el aire como un torero que agita su capote para provocar al toro. Gu Wenyu empezó a aullar y de sus ojos salió repentinamente una luz verde. Parecía un hombre lobo. Dio un salto hacia donde estaba el magnetófono con la intención de clavar sobre él, con todas sus fuerzas, el tronco desnudo de la panocha de maíz que llevaba en la mano. Qin Guiying intentó bloquearlo y le puso la zancadilla. Su marido cayó al suelo. Cogió seguidamente el mortero de los ajos que estaba y lo arrojó violentamente hacia un jarrón que había en el patio. Hizo un ruido ensordecedor, quedó hecho añicos y se derramó el agua que había en su interior. Por alguna razón que se me escapa, agarró una pala y la blandió varias veces en el aire, amenazando a todo el mundo. Qin Guiying gritó: "¡Hou el Cuarto, Hou el Cuarto! ¡Te lo ruego! ¡Solo es la grabación de una casete! ¡No es real…!". Gu Wenyu cogió el magnetófono con una mano, mientras con la otra sujetaba la improvisada espada en medio del patio. Hou Baili se precipitó hacia él para arrebatarle el magnetófono. Volvió a sonar la opereta y Gu Wenyu, con el aparato en la mano, parecía haberse convertido en un robot: se quedó completamente parado. La luz de sus ojos comenzó a extinguirse gradualmente y su cuerpo, a atrofiarse. Salió de su boca un espumarajo blanco y se desplomó en el suelo.

»En ese momento, se presentó Xi Shunsheng y, muy preocupado por lo que sucedía en el patio, preguntó: "¿Qué coño está pasando

aquí?". Qin Guiying le dijo entre lágrimas: "Secretario, este tipo me ha dejado sin palabras. Hou el Cuarto ha abusado de mí física y verbalmente". Xia Shunsheng amonestó a Hou Baili: "¿Qué has hecho…?". Hou Baili le respondió: "Secretario, ha venido a juzgarme y eso no está bien. Qin Guiying me ha obligado a actuar contra el Gobierno y encima me ha dicho que me dejé corromper con cuatro céntimos. ¿Se lo puede creer? Pero ni he cedido ni estoy de acuerdo con lo que me propone. Desde que el ladrillo golpeó mi frente, ando todo el tiempo mareado, siento zumbidos en mis orejas y ni duermo por las noches ni consigo recuperarme. Pasé tres meses en un correccional haciendo trabajos forzados. ¿Viene a juzgarme ahora por haberme peleado con esa chalada? ¿No debería usted exigir a esta bruja que me compense por todo el mal que me ha hecho?". Xia Shunsheng volvió a hablar: "Sois un par de canallas y habéis colaborado juntos en el pasado. ¿O creíais que no lo sabía? Y como suele suceder con la gente de vuestra calaña, ahora os habéis peleado entre vosotros y os habéis enemistado. Los escándalos no deben llegar a las sobremesas de las gentes. Y tú, Qin Guiying, creo que estos últimos dos años te has pasado de la raya. ¿A qué viene toda esta locura? Desde la antigüedad más remota los gobernantes han abusado del pueblo llano y lo han insultado, pero ahora sucede al revés, y eso no está bien. Qin Guiying, no eres más que una mujer. ¿Cómo te atreves a hablar así a un secretario de nuestra administración local? ¡Es un alto funcionario entregado al pueblo que merece todo nuestro respeto! Además, ni siquiera se ha comportado mal contigo. Lo único que ha hecho es poner orden. Y tú, Hou el Cuarto, ¿no sabías que habías ocupado una casa ilegalmente? ¡Seguro que tenías malas intenciones y te merecías el ladrillazo! Pero ¿acaso ella te consultó si te parecía correcto o no abrirte la cabeza con el ladrillo? No debería compensarte con ningún dinero. ¡Faltaría más! ¿Cuánto le pides? ¿Cien mil yuanes? ¿No es eso una extorsión? ¿Y la punta de tu cipote? ¿Acaso vale cien mil yuanes? Que te dé mil yuanes, y aun da las gracias, y con él nos compras un par de botellines de Maotai, y no le des más vueltas".

»Hou Baili replicó: "Secretario, se trata de una cabeza que ha sido dañada irreversiblemente y que, además, es la mía, y no de un orinal. ¿Cree que mil yuanes es suficiente? Al menos diez mil yuanes para que pueda pagar alguna consulta médica, ¿no cree? Si no lo hace, voy a volver a agitar el pañuelo rojo delante del loco de su marido cada día a todas horas. ¿Me comprende usted?". Xia Shunsheng abrió bien los ojos y le respondió: "¿Cómo te atreves a hablarme así?", y luego se giró y dirigiéndose a Qin Guiying: "Tía, ¿lo has oído? Las cosas como son. Mil yuanes más mil yuanes son dos mil yuanes. Con esa suma se apañará. Hou el Cuarto la ha provocado con su poca educación, pero

no le vamos a dejar así en ese estado. Ya ha recibido lo suyo y necesita nuestra ayuda. Tía, ¿cómo lo ve…?". Qin Guiying le respondió: "¿Cómo puede ser esto?… Bueno, lo acepto y olvidemos este asunto de una vez por todas". Xia Shunsheng concluyó: "¡De acuerdo!, y ahora os vais los dos a la alcaldía y firmamos el acuerdo". Qin Guiying le cortó: "Oh, ahora no puedo, debo ocuparme de este anciano, mi marido. No puedo ir". Xia Shunsheng se dirigió a su asistente, un administrativo que se encargaba de la burocracia, y le pidió: "Por favor, quédate aquí y acuesta al viejo Gu sobre el *kang*. Llama por teléfono al médico si vuelve a tener alguna crisis. No te olvides de darle su medicina. Me envías la factura y ya me encargare yo de pagarla". Qin Guiying le agradeció: "Gracias por su amabilidad, pero incluso así no puedo ir". "De acuerdo —aceptó Xia Shunsheng—, entonces Hou se va a presentar cada día por vuestra casa con el trapo rojo y la música del magnetófono a todo volumen para haceros la vida imposible. ¿Es eso lo que quieres…?". Finalmente, Qin Guiying firmó el acuerdo para sellar la paz con Hou Baili, incluso con una cláusula que, entre líneas, decía: "Nunca más buscarás a otra gente para solucionar tus problemas".

»Primo, ¿acaso no sabe el bien que hizo a nuestros pueblos el gran Xia Shunsheng? Un genio de la armonía social. Por supuesto, no era oro todo lo que relucía, pero a Qin Guiying le cerró el pico y no pudo haber mejor solución que esa. Primo, se lo recodaré: vaya usted con mucho cuidado con su excompañera de clase Qin Guiying. Últimamente le ha dado por utilizar Internet para armar otra vez mucho jaleo con las gentes del distrito. No sé exactamente con qué intenciones, pero seguro que nada buenas».

VII

Le envié un par de notificaciones por Weixin y pasaron tres días sin respuesta, pero después del tercer día me contestó. La «Consejera» y «El cerdo es grande y uno mismo es gordo» empezaron a aparecer incesantemente en mi cuenta.

La «Consejera» me enviaba numerosas fotografías que había tomado a lo largo de su vida. Entre ellas había una con unos *baozi* (panecillos rellenos cocidos al vapor), unos pepinos que plantaba en su huerta y unos *youtiao* (churros secos y duros, fritos en aceite) que comía con los pepinos, unos *mantou* humeantes, y, como no podían faltar, me envió también varios selfis en los cuales aparecía su rostro fino y bello, su rostro de siempre, como si no hubiera cambiado a pesar del paso cruel de los años. El tiempo parecía no haber

transcurrido para ella. Esta información inesperada no me agradó, más bien me hizo sentir incómodo. Había algo de su intimidad, y de la mía, que se me revelaba de golpe. Algo perteneciente a un mundo que ya no existía, aunque estaba presente. Lo que cabía identificar bajo el extraño y torpe título de «El cerdo es grande y uno mismo es gordo» eran unas palabras grabadas en una aplicación de mensajería y varias decenas de caracteres chinos que pretendían comunicar algo de forma escrita:

«Primo, finalmente te he atrapado por la cola, así que ahora no podrás salir huyendo. No te me pongas nervioso, primo. No te voy a hacer ningún daño. ¡Eras el orgullo de todos tus compañeros de escuela y debía protegerte! ¡Y era capaz de hacerlo!

»Primo, desde que te dieron ese premio, mucha gente anda detrás de ti. Gu Wenyu también está buscándote, pero le he parado lo pies. Le dije que no podíamos causarte ningún problema y, con cuidado y en la sombra, lo más discretamente posible, debíamos ayudarte. Primo, eres demasiado honesto. Detrás de ti, como un ángel de la guarda, tienes a la "consejera".

»He leído en Internet que te insultan y tú no respondes. Uno dice estas lindezas sobre ti: que eres un "intelectual público" y un "lacayo al servicio del Gobierno"; y hay otro que dice de ti que eres del "ala dura de los comunistas" y al mismo tiempo un "traidor a tu patria al servicio de los occidentales". Oh, primo, a ojos de todos te has convertido en una rata despreciable. He descubierto, sin embargo, que esos dos tipos son en realidad uno solo, alguien que demuestra estar muy celoso de ti, primo. ¡A mí no se me escapa nada! ¡Y no te quedes de brazos cruzados! ¡Te animo a que luches! ¡La lucha, recuerda! ¡Luchar y luchar una y otra vez contra la gentuza que hace de este mundo un infierno! ¡Te ayudaré, como siempre! Yo era como tú y no hacía ni caso a lo que decían de mí en la red, pero luego lo comprendí. En esta época es necesario utilizar Internet tanto como se pueda, ya te lo había dicho: se necesitan diez mil palabras para mover el Cielo, mientras que en Internet solo necesitas una.

»Primo, deberías confiar en mí. Ya te lo dije. Tengo cinco números de teléfono. ¡Ah, y dos números públicos! ¡Estas son mis armas! Y además tengo a un ejército de personas a mi cargo colgando mensajes en Internet. Eso les da poder, o al menos eso creen. "¿A quién vamos a morder hoy? ¿A quién?", se preguntan. O, "¿a quién vamos a aplaudir hoy? ¿A quién?". En la vida real, diez mil personas no son capaces de cambiar el ambiente en un lugar, pero en Internet cien personas pueden remover los cimientos del Cielo.

»Primo, en la vida real quienes matan deben pagar por lo que han hecho, quienes destruyen la propiedad de los otros deben ir a la cárcel, quienes hacen daño a los demás deben compensarlos con

dinero, quienes insultan y abusan de otras personas deben ser castigados por la ley; pero en Internet la gente se siente impune y con el derecho a ser cruel y decir cualquier barbaridad sobre cualquier persona. La gente reacciona desde las vísceras, y cuanto más se pierde la vergüenza, más veneno saca uno por la boca. ¡Internet es un hijo de puta como hay pocos!

»Internet sirve en realidad para vengarse y, paradójicamente, te devuelve al estadio primitivo de tu ser, va directo a satisfacer de manera inmediata tus necesidades psicológicas más básicas. Si te conviertes en un bloguero influyente y aumentas a diario el número de tus seguidores, puedes vender las mercancías que quieras y amasar una fortuna.

»Primo, he oído decir que desde que te dieron ese premio literario internacional tan prestigioso te has hecho rico. ¡Eres un idiota, primo! El dinero atrae siempre más dinero. Si te quiero ofrecer mi ayuda en este negocio es porque, en tu situación, en un año te puedo hacer ganar varios millones de yuanes, y no te confundas, no quiero ganar dinero a tu costa y pedirte prestado. Vamos, relájate. Tengo mis principios y no soy de esas personas sin escrúpulos que pretenden enriquecerse. En los últimos años, mi nivel de ingresos ha sido muy bajo. Cuando lo pienso ahora me da hasta vergüenza. El año pasado solicité dos números públicos. A uno lo llamé «boca verde» y a otro «labios rojos». ¿Qué te parecen estos nombres? Pues desde que contraté a varios jovenzuelos ociosos para que me ayudasen en Internet, tengo unos ingresos muy elevados y treinta mil seguidores en mis dos cuentas, y creo que este año voy a superar estas cifras. Ahora voy a lo grande, a gran escala, y lucharé por la justicia a nivel global. ¡Quiero tener seguidores en todo el mundo!

»Primo, mis cuentas públicas pueden ayudarte a vender tus libros, por cada uno que vendas, yo me llevo un cinco por ciento. Y si vendo diez mil yuanes, pues me llevo cinco mil. ¿Cómo lo ves, primo? Te voy a hacer más rico de lo que ya eres.

»Primo, puedo vender cualquier cosa por rara que sea, incluso tus libros que nadie lee, y hacer dinero, mucho dinero. Te doy diez días. Anda, vete y te das un paseo para aclarar las ideas, pero piénsalo bien. Quizá estás pensando cómo puedo vender esas cosas raras, como tus libros, y encima hacer dinero, pero esa es otra historia. Te lo ruego, me arrodillo y te lo ruego mil veces: ¡Escúchame!

»Te lo advierto ya, primo, lo único que hago es vender rumores. ¡Correcto, y no pongas esa cara! ¡Vendo rumores y los precios varían según la persona! Mis rumores están llenos de eso que llaman energía positiva, ya que sin ella no se vende nada. El mes pasado, ese otro primo tuyo que es un alto funcionario de la administración me compró un producto y solo le cobré tres mil yuanes porque conocía a su

familia desde hacía mucho.

»¿No quieres saber en qué consisten esos rumores? Vale, te lo diré. La esposa de tu primo, ese pez gordo, aceptó treinta mil yuanes de comisión por parte de un constructor por un contrato muy suculento que su marido le había dado para destrozar vete a saber qué terreno en nuestro distrito de Gaomi. Todo ello en secreto, por supuesto, pero yo me enteré y la chantajeé. Ella, la *laopo* de ese corrupto, me suplicó de rodillas que no dijera nada, así que me ofreció un poco de dinero a cambio de mi silencio.

»Primo, ya te lo he dicho. Te vendo rumores. Un rumor, por pocas que sean las palabras que lo formen, tiene el valor del oro. Pero para nosotros la familia es muy importante, como nuestros excompañeros de clase, tan tiernos e inocentes todos ellos: hay que protegerlos. Una tiene su corazoncito. Ah, y por eso les hago un precio especial. ¿Lo has oído? ¡Un precio especial! ¡Una ganga! Eso sí, te voy a dar a leer un par de rumores a ver que te parecen.

»Primer rumor: un día de un mes de un año, uno de los líderes del Partido de nuestro distrito, a quien conozco muy bien, te ha ofrecido un puesto importante en el ministerio, pero tú lo has rechazado educadamente: no puedes aceptarlo porque los dos coincidiríais en las mismas reuniones y los otros miembros del gabinete se darían cuenta de que te han enchufado. Pero no lo has rechazado tan a las claras y, para excusarte, al líder del Partido que ha confiado en ti le has dicho, con ese sentido del humor que te caracteriza, que te vas a quedar dormido en cada reunión porque esas cosas son una lata.

»Segundo rumor: mi tío, un familiar, vaya, un hombre muy tradicional, te ha comentado que no quiere que lo incineren, sino que lo entierren bajo tierra con un ataúd como es debido, como lo hacían sus ancestros. Mi tío sabe que tú valoras mucho a los ancestros y sus costumbres. La incineración de los muertos se pensó con la intención de ahorrar tierra para que fuese cultivada y diese grano o lo que fuera, pero ahora ya no es el caso, te comentó. Uno puede comprar tierra, la que quiera, para lo que le dé la gana. Además, después de la incineración, hay cenizas que deben ponerse en una caja y enterrarse bajo tierra en todo caso. Sin embargo, tú no has decido y te has mostrado ante él justo y equitativo: "No, no —le dijiste—, hay que hacer como todo el mundo, nadie es una excepción, ni siquiera la familia o los amigos". Mi tío se cabreó contigo, pero tú lo enviaste a paseo.

»¿Cómo? ¿No has comprendido por dónde van ese par de rumores? Con el primero te puedes hacer con veinte mil yuanes y con el segundo con cuarenta mil, y todo ello con la sola condición de que no te vayas de la lengua. ¿Qué te parece? Ya no se necesita escribir buena literatura para denunciar a los corruptos de nuestro país. Esos

métodos ya pasaron a la historia. Ah, y te los vendo ahora mismo si los quieres. Me envías un mensaje con tu móvil y ya mismo lo cuelgo en las redes. Uno lo cuelgo en la cuenta de la "boca verde" y el otro en la cuenta de "los labios rojos"».

Le escribí un mensaje:

«Prima, yo también tengo un par de rumores para vender. El primero: cuando formabas parte de la campaña de Dazhai y aprendías de sus miembros, hubo un par de abortos en el hospital comunal. Y el segundo rumor: Gu Wenyu, para casarse contigo, escribió una carta que envió al comité comarcal del Partido. En la carta te denunciaba. Habías abusado tanto verbal como físicamente de la maestra Li, y esta se suicidó tirándose al pozo. Destruiste su futuro, que era brillante y esperanzador para la ciencia de nuestro país. Esa carta que envió quien se convertiría luego en tu marido destruyó también tu futuro y tu destino».

Estuve dudando durante mucho tiempo si enviarle o no ese texto. Finalmente lo borré y me limité a decirle brevemente: «Gracias, pero no te voy a comprar esos rumores».

LAS ANTORCHAS Y LOS SILBIDOS[150]

I

La mujer del hermano pequeño de mi padre se apellidaba Gu, y como nombre le habían puesto Shuanghong. Fue el mismo año en que Gu Shuanghong pasó a formar parte de nuestra familia, ya como mujer casada, cuando la iglesia —con su espira altísima—, que había sido construida por unos italianos y se encontraba en un extremo de nuestro pueblo, quedó calcinada por las llamas. En su interior acogía la escuela primaria, así que ir a clase era para nosotros meterse en «la guarida del lobo». Los niños del pueblo no habían recibido educación formal previa, era allí donde por primera vez se les iba a impartir algún tipo de enseñanza. La escuela primaria estaba organizada en tres niveles, cada uno correspondiente a un año, pero en nuestro caso todos nos mezclábamos en la misma clase y, por supuesto, solo había un maestro que nos enseñaba matemáticas, lengua, deporte, música y dibujo. Se apellidaba Song y su nombre era Kui. Todo el mundo lo conocía. El maestro Song Kui tenía esposa y un único hijo varón —además de dos hijas—, pero no vivían todos en la misma casa. Dentro de la iglesia, una escalera conducía hacia el púlpito desde donde el cura daba sus misas en el pasado y que en esos momentos servía para que el maestro Song nos diera sus clases. En el pueblo se decía que un clérigo italiano de nombre Lu —de hecho, le llamaban el diablo Lu, como a todos los extranjeros— había oficiado en este templo.

Nuestra casa y la del maestro Song estaban situadas en el patio trasero de la iglesia, razón por la cual a su mujer la llamábamos tía, como si fuera de nuestra familia, ya que en cierta manera así la considerábamos. La mujer golpeaba la puerta de nuestra casa y luego nos decía desde la ventana: «Vuestro maestro me ha pedido que os diga que no hay queroseno en casa», o simplemente, «La Sociedad de Ventas y Suministros vende granos de té a un *mao* el medio *jin*. Pregúntale al maestro si quiere o no…».

Yo no la comprendía. ¿Por qué me pedía a mí esas cosas? Había niños en la familia Song. Una de las hijas era tres años mayor que yo,

la otra, de mi edad y el hijo, un año menor. ¿Por qué no se servía de su hija, la que tenía mi edad? La *laopo* del maestro Song se dirigía siempre a mí. Tampoco comprendía por qué Song no enviaba a su hijo a la escuela. Parecía que no le daba importancia a la educación de su único hijo varón, y valoraba en cambio, y con mucho celo, la de sus dos hijas, que, ellas sí, iban a clase con nosotros. Cuando mis padres decidieron que mi hermana dejara el colegio, el maestro Song se presentó varias veces en mi casa para convencerlos de que no debían ceder a esa mentalidad antigua que valora más a los hombres que a las mujeres[151]. Yo tenía la impresión, bastante profunda, dicho sea de paso, de que el maestro Song criticaba a mis padres por su manera de pensar propia de campesinos atrasados; y lo peor de todo, a sus ojos, mis padres eran los típicos representantes de la mentalidad feudal y reaccionaria que no se adaptaba ya a los nuevos tiempos. Song sostenía que una mujer puede superar con creces los logros de un hombre. Para probarlo, nos enseñó las calificaciones de sus tres hermanas y nos explicó que en la época en la que realizaron sus estudios una mujer tenía que superar grandes obstáculos, muchos incluso del mismo Gobierno. La vida era así de cruel antes de la Gran Revolución Cultural, añadió el maestro Song como quien expresa una fórmula científica. Entonces me acordé de lo que le dijo mi padre: «Maestro Song, usted tiene razón. No hay una sola palabra que haya dicho que no se cierta, pero si todos los miembros de nuestra familia van a la escuela, ¿quién va a trabajar? Quizá usted mismo pueda proporcionarnos a alguien para que nos ayude en el campo. Si así lo hace, la llevaremos».

El nombre de nacimiento de mi hermana mayor era Kun. Por supuesto, los niños del pueblo desconocían que ese nombre poseía una carga cultural tan importante[152], y lo confundían con otro *kun*[153], el *hanzi* que significa ‘cansancio’ y ‘adormecimiento’, y se mofaban de ella. La apodaron Kun Buxing, «la dormilona que no se despierta nunca». Cuando me peleaba con ella, para hacerle daño también la llamaba con ese alias. Mi hermana solo pasó un año y medio estudiando, y luego regresó a casa para trabajar, pero quince años después floreció todo su talento y se convirtió en la encargada de difundir los pensamientos de Mao Zedong en la comuna de nuestro pueblo. Cantaba y bailaba como pocos, incluso sabía canturrear ópera sobre las tablas de un escenario como una auténtica profesional. Mi hermana era, a todas luces, una mujer muy capaz.

Como se ha dicho, el maestro Song tenía un hijo pequeño, Yuan. El padre se llamaba Kui, de modo que, si se juntaban sus dos nombres, el del padre y el del hijo, el resultado era algo así como Kui Yuan[154], un nombre francamente ambicioso y lleno de fuerza. Song Yuan (el hijo del maestro Song) no tenía aún cinco años, y era un niño adorable,

muy inteligente y muy agraciado físicamente. Parecía un ángel caído del cielo. Durante las clases de su padre se quedaba dormido, y el maestro Song le daba permiso para regresar a casa, pero Song Yuan se negaba porque prefería quedarse con él; muchas veces le oí roncar en ese pequeño despacho que Song (su padre) tenía en el templo. Al parecer, había preparado una cama para que los dos pudiesen descansar allí tranquilamente.

La verdad es que, en el contexto de la época, más bien excepcional, Song Yuan nos causó muy buena impresión a todos. Ahora, mientras escribo esta historia, ese angelito ya tiene más de sesenta años. Si hubiera tenido talento para las bellas artes, habría pintado el interior de la iglesia con todo lujo de detalles. Aparte de los murales que representaban a una loba amamantando a dos niños, en el parqué de madera de pino de la pequeña habitación-despacho del maestro habían quedado marcadas para siempre las huellas de los pies del clérigo italiano, de la mujer de Song, además de las de los comandantes del Ejército Popular de Liberación y de otros tantos oficiales de la comarca, tras tantos años pisando ese suelo. Habían dejado unas cavidades de un tono dorado que resultaba atrayente a la vista; la madera lisa brillaba cuando pasabas la mano sobre ella. Además, el parqué aún desprendía cierto aroma. Se podía dormir perfectamente sobre ese suelo o simplemente caminar, y aunque quien lo hacía se exponía a oír crujidos de todo tipo, desde luego, parecía un lugar muy agradable. ¡No era de extrañar que Song Yuan se quedase dormido todo el rato en la iglesia! Si hubiese sido yo…, ¡ay, si hubiese podido quedarme a dormir sobre esas tablas de madera cada noche…! Habría sido la persona más feliz del mundo. Un auténtico afortunado en la vida, vaya. En esa época, pensaba que era muy experimentado, pero la verdad es que me equivocaba. Más bien era muy joven.

El interior del templo tenía forma cuadrangular. Una ventana daba al sur y la otra, al este. Ambas tenían cristales multicolores a través de los cuales pasaba la luz del exterior. Yo, en mi inocencia, pensaba que eran mágicos. Luego supe que ese tipo de ventanales eran típicos de las iglesias. Los italianos que construyeron templos católicos en nuestro país introdujeron esa técnica y ese tipo de ventanas acristaladas con diferentes colores, que luego llegaron a las casas de nuestros pueblos en Gaomi. No era una tarea fácil, el trabajo requería de mucha paciencia y un gran esfuerzo. En la esquina noreste habían puesto una cama estrecha para una sola persona. En el dialecto de las gentes de nuestro pueblo se utiliza muchas veces la palabra «cama». Por ejemplo, cuando una mujer recién casada decía que iba a «acostarse en la cama», pero en realidad esa «cama» no existía, era simplemente una expresión para aludir a la relación sexual. Teníamos un *kang*, que estaba hecho de ladrillos (los mismos con los que se

levantaban los muros de las casas) y nos servía de cama, pero tampoco era una cama propiamente dicha. ¿Por qué se seguía utilizando entonces ese término? Imagino que por razones históricas y para poner de manifiesto la llegada del progreso y sus comodidades a nuestras tierras, aunque hay que decir que, en la época en que había camas en China, la sociedad era más estable y en ocasiones más próspera que aquella en la que le tocó vivir a mi familia, y eran sobre todo gentes de las ciudades quienes utilizaban las camas. Pero los viejos, esos campesinos que nunca habían puesto un pie en un centro urbano, esos seguían durmiendo sobre un *kang* hecho de ladrillos y barro, sobre el que colocaban un colchón del estilo de los de la marca Simmons. En realidad, descansar sobre el *kang* les hacía muy felices. Pero en la época del maestro Song, solo la mujer de un funcionario público podía permitirse el lujo de utilizar una cama.

Tras el cambio de régimen dinástico y político, y sobre todo tras el paso de la Gran Revolución Cultural, todo cuanto contenía el templo desapareció. Tanto Dios como los objetos y reliquias que albergaba. Solo quedaba el mural de la loba, imagino que porque no pudieron llevárselo, pero hay pruebas de que lo intentaron: rasguños de picos y palas y partes dañadas en la pintura. El maestro Song descubrió una fotografía de un periódico en la que aparecía un alto cargo militar del Ejército Popular de Liberación con el mural de la loba y los niños a su espalda. Los viejos del pueblo aún lo recordaban. Fue cuando el Ejército Popular de Liberación entró en Gaomi, la iglesia se convirtió en su cuartel general y esa pintura, ironías de la vida y la historia, pasó a encarnar en nuestros pueblos la imagen de la Revolución. Más tarde me dio por pensarlo en varias ocasiones: Si el templo no hubiese ardido, ¿cuál habría sido la base de la educación patriótica? El maestro Song colgó sobre la pared desgastada y amarillenta de su habitación esa foto del periódico y le puso un título que sacó de una estampilla para felicitar el Año Nuevo: «Hoy le doy de comer a las gallinas».

Había algo de milagroso en ese mural, cierto. Tres años después de que el recinto quedara destruido por las llamas, seguía intacto en uno de los muros, y su reputación entre las gentes del pueblo fue a más. Se dijo que era debido a la calidad de la pintura, hecha expresamente a prueba de fuego y de otras calamidades naturales. Descubrieron unos caracteres *hanzi* que decían: «Larga vida a XXX». La mujer del hermano pequeño de mi padre tenía en las paredes de su casa unos dibujos muy parecidos a los del templo, y yo sabía (soy testigo de ello) que mi tía, por alguna razón, no quería destruirlos, pero el jefe de los Guardias Rojos de la escuela le explicó que no podía guardar esas obras reaccionarias. La mujer del hermano pequeño de mi padre le soltó con desdén: «¡Vete a la mierda!».

Recuerdo como si hubiese sido ayer la primera vez que fui al colegio. Me acompañó mi hermana mayor, que ese año ya había abandonado los estudios. Yo llevaba a mis espaldas la cartera azul índigo que le había pertenecido a ella en el pasado, cuando aún iba a la escuela. Dentro había una losa y un par de tizas. En esa época faltaba de todo, especialmente material escolar. Nadie en el pueblo podía permitirse el lujo de comprar un cuaderno con hojas de papel, y los libros de texto estaban impresos en unos tableros de paja que apestaban. Sentí escalofríos nada más entrar, alcé la vista y mis ojos se toparon de repente con una loba amamantando a un par de niños. Ese mural bañado con los rayos de luz que entraban como flechas por las ventanas de cristales de diferentes colores me horrorizó. Los rayos se inclinaban sobre la cabeza de la loba y hacían brillar sus ojos como si estuviesen llenos de fuego. Pensé que el animal me estaba mirando fijamente y me iba a atacar. Regresé hacia donde estaba mi hermana, y ella me preguntó: «¿De qué te escondes? Esa loba tiene buen corazón. No solo no tiene miedo de alimentar a un par de niños, sino que les da su propia leche, la de sus pechos…». En ese momento preciso, el hijo del maestro Song, a quien todos llamábamos Xiao Yuan y que era mi amigo, salió corriendo hacia la parte baja del mural, agarró la vara de madera con la que daba clases su padre, señaló con ella a uno de los niños que chupaba las mamas de la loba y dijo: «Este es Rómulo». Luego señaló al otro niño que mamaba: «Y este es Remo». Así habló mi buen amigo Xiao Yuan. Yo pensé que, en efecto, los ojos de la loba no eran los de un ser malvado o con malas intenciones. Además, comprendí enseguida la relación de ese mural con mis circunstancias. Los dos niños que había debajo del animal no eran ni Rómulo ni Remo, sino Xiao Yuan y yo mismo.

Esto que acabo de escribir no es la parte principal de mi historia; podría borrarse perfectamente, pero mi pluma no tiene otra cosa que hacer y se pone a elaborar estas digresiones nostálgicas que no vienen a cuento. Solo tengo una intención: recrear el ambiente de una época. Si no lo consigo, esta historia no tendrá ninguna fuerza. ¿Qué creen ustedes?

Mi padre y mi hermana mayor, así como otras gentes del pueblo, lo habían visto con sus ojos: todo el mundo pensaba en ese momento fatídico, un doce de febrero de 1963 de la era cristiana, un día de invierno, o lo que para nuestro calendario lunar *nongli* era el séptimo día de la undécima luna del año de Guimao (1963), cuando la noche estaba más oscura, es decir, poco antes del amanecer, se prendió fuego la iglesia y se convirtió en una ruina. Unos días antes, mientras nos daba clases de lengua y literatura, el maestro Song nos habló de repente de las estrellas y las constelaciones que hay en el firmamento, y nos advirtió todo serio de que se iba a producir un cambio de era:

por la noche podría verse un cometa que pasaría muy cerca de la Osa Mayor, algo que era un mal auspicio. Nos iba a traer a todos mucha mala suerte. El maestro Song nos explicó que esos cometas recibían otro nombre: los llamaban «cometas escobas» porque lo «barrían» todo, incluso las dinastías y los Gobiernos. Tal vez nos lo explicó porque estábamos en clase de lenga y literatura y quería hacernos más sabios. Se trataba de uno de esos caracteres *hanzi* que traían con ellos mucha historia y sabiduría. El maestro Song consideró que en aquel momento era conveniente enseñarnos eso del «cometa escoba». Nos dijo también que ya desde la escuela primaria debíamos aprender cómo funcionaban las estrellas, pues eso nos haría cometer menos errores y nos convertiría en mucho más sabios en el futuro. La humanidad sería más sabia si conociese mejor el funcionamiento de las estrellas del cielo. Muchos grandes científicos empezaron sus carreras escuchando el cuento que les contaba la abuela sobre el boyero y la tejedora[155]. Tras oír esa historia, empezaban a observar las estrellas del firmamento con otros ojos, y era así como iniciaban sus brillantes carreras. Por esa razón, esa noche excepcionalmente me tomé un par de boles de agua enormes. Deseaba despertarme con muchas ganas de orinar para, así, ver con mis propios ojos el cometa de la escoba. Con esa excusa, iría al patio trasero de la casa de mi tío, ahí donde los gallos se ponen a cantar cuando asoman los primeros rayos de sol. De modo que me puse mis zapatillas de tela y me dirigí corriendo al patio para ver al cometa escoba, pero nada más salir de la casa contemplé la iglesia envuelta en cien llamas que la estaban devorando. La luz era tan poderosa que iluminaba el pueblo entero. Grité: ¡Fuego, fuego!

Todo el mundo se vistió lo más rápido que pudo y se dirigió al recinto del templo. En el pueblo se oyó la sirena del coche de bomberos y mi padre salió de casa con un par de cubos llenos de agua. El clamor que se había formado era ensordecedor, y en un abrir y cerrar de ojos oí llorar a la esposa del maestro Song, que vivía en la parte trasera de mi casa. Me di cuenta poco después de que sus dos hijas también lloraban a lágrima viva. Sus llantos desesperados iban dirigidos al templo. Me libré de la vigilancia de mi madre y me dirigí a la guardia del lobo… No, mejor dicho, me dirigí a nuestra querida escuela. Las calles del pueblo estaban abarrotadas de gente. Sacaban el agua del pozo con cubos y más cubos, y luego los vaciaban sobre las llamas. Otros, a un lado de la calle, observaban pasmados cómo ardía la iglesia, mientras se oía a algunos desgañitándose: «¡Apagad el fuego, apagad el fuego…!». Pero ante esas llamas altas y virulentas poco se podía hacer. Nadie se atrevía a meterse en ese infierno. Me encontraba a unos cien metros del edificio y sentía que mi piel se estaba tostando. Los cuervos que había sobre la sófora grajeaban como

enloquecidos y salían volando entre las llamas. Muchos acabaron chamuscados antes de lograr ponerse a salvo.

Cuando recuerdo el interior de la iglesia, no…, el interior de la escuela donde asistíamos a clase, con sus pupitres de madera y sus bancos gastados, incluso la pizarra improvisada, o la escalera también de madera que conducía a la habitación del maestro Song, y la inscripción misteriosa de una tarjeta de Año Nuevo que decía «Hoy le doy de comer a las gallinas», o esos muebles con tanta historia, o el mural de la loba y los dos niños… ¡Ay, se me encoje el corazón nada más pensarlo…! Todo ello, sin embargo, me trae también buenos recuerdos, recuerdos de cosas bellas, de una belleza desaparecida para siempre. Las llamas, entre el Cielo y la Tierra, lo convirtieron todo en cenizas. Debo admitir con toda franqueza que en esos momentos no pensé en la suerte del maestro Song y su hijo Song Yuan, que, como era de esperar, estarían durmiendo dentro de la habitación de la iglesia. Ni siquiera pensaba en la gente que me rodeaba. De hecho, creo que nadie se preocupaba de la suerte de nadie, solo de salvar su propio pellejo de ese infierno. Únicamente la esposa del maestro Song corrió hacia la muchedumbre gritando: «¡Socorred a mi marido, salvad a mi hijo…!». Fue en ese momento cuando la multitud atemorizada cayó en la cuenta de que, en efecto, había dos personas en el interior de la iglesia en llamas; el hombre más culto del pueblo y el niño más adorable que se había visto nunca en el lugar.

El secretario de la célula del Partido en el pueblo, un tipo que se llamaba Guo Dafa, había participado en la guerra de resistencia de los norcoreanos contra los norteamericanos en los años cincuenta; en una de las batallas perdió una pierna. Por eso se le consideraba un «soldado herido en acción», lo que le honraba y le daba cierto prestigio. La verdad es que, al estar mutilado, tuvo que retirarse de la vida militar, pero eso no le impidió ponerse también a llenar cubos de agua para apagar el fuego. Recuerdo que las llamaradas parecían haber convertido su cuerpo en algo transparente. A decir verdad, no le tenía mucha simpatía a ese cojo mal airado que se pasaba el día insultando a la gente y cuyo aliento apestaba siempre a alcohol, pero en ese momento reconozco que su valentía y su arrojo ganaron todo mi respeto. Me hizo pensar en uno de los héroes de la antigüedad, y eso ya era mucho para mí. Ya había oído hablar de sus hazañas en Corea del Norte, que eran legendarias en nuestro pueblo —se contaba que fue capaz de abatir un avión norteamericano con un fusil—, pero parecían exageraciones de paletos sin ninguna base histórica; puras invenciones para dar gloria a un pobre mutilado de guerra retirado a una aldea miserable como la nuestra. Sin embargo, desde que vi a Guo Dafa con una sola pierna encarando el fuego de la iglesia e intentando apagarlo con un cubo de agua, empecé a creerme todas esas historias

que circulaban sobre él.

Había quienes le gritaban: «¡Secretario Guo! ¡Aléjese, por favor, que corre peligro…!». Pero el secretario Guo parecía tenerlo todo bajo control y arrojaba el agua al fuego endiablado con la gracia y la elegancia de una bailarina de Yangge. Con una mano se tapaba la nariz y con la otra maniobraba con el cubo. Todo ello apoyado en su pierna derecha, que era la única que tenía. No me imagino de lo que hubiera sido capaz si hubiera contado también con la otra. ¡Estaría volando sobre el fuego! Las llamaradas que salían del edificio parecían oscurecerse por momentos, temblaban y luego volvían a enrabietarse furiosas. Más tarde, yo mismo intenté hacer algo para apagarlas, pero sin ninguna eficacia. Como se suele decir, intenté apagar un incendio con un vaso de agua. Recuerdo como si fuera ayer esa escena. Los viejos del pueblo gritaban: «¡Secretario, aléjese de ese infierno! ¡Por lo que más quiera! ¿No ve que no vamos a poder salvar nada…?», y en ese momento la esposa del maestro Song se puso a llorar de nuevo. El secretario retrocedió unos pasos y preguntó a gritos a su sobrino, un tipo que había sido comandante de una milicia popular: «¿Qué coño haces ahí parado con esa cara de idiota? ¡Que todos los hombres se pongan en fila junto al pozo! ¡A un par de metros de distancia! ¿Me has oído? Viejo Wu, viejo Nie, y tú, viejo Chen, vosotros tres os encargáis de sacar agua del pozo. ¡El resto os pasáis los cubos en orden! ¡Rápido…!». Puedo asegurar que el agua de los cubos no hacía absolutamente nada contra esas llamas envalentonadas, pero también debo decir que nadie tenía otro plan mejor que el del secretario Guo. En ese momento crítico, fue él quien tomó las riendas del grupo, le echó agallas y mostró el liderazgo propio de un auténtico héroe antiguo. En las circunstancias de aquella noche, organizarse como propuso el secretario Guo era la manera más eficaz de hacer algo positivo contra esa catástrofe. Guo era un experto en mandar hombres y así lo demostró. El viejo Wu, el viejo Nie y el viejo Chen eran tres de los obreros más competentes y habilidosos del pueblo. El viejo Wu era albañil, el viejo Nie era carpintero y el viejo Chen, herrero. Ninguno era ya un crío y no tenían las piernas tan ágiles como cuando eran más jóvenes, pero sus brazos y sus manos estaban acostumbrados a trabajar duro, y no había nadie capaz de competir con ellos. Sacar agua del pozo les resultaba una tarea fácil, al menos mucho más fácil que al resto de los aldeanos.

Según se comentó más tarde, una fila formada por individuos que se pasaban el agua los unos a los otros se extendía a lo largo de varios cientos de metros desde el sauce grande hasta la iglesia. Guo Guangxing, que había sido durante muchos años el comandante de esa milicia formada por soldados y tanques, intentó en varias ocasiones reemplazar a su tío y dar órdenes, pero fue rechazado por los

miembros que formaban la cadena, y eso que él mismo se encargó de echar el agua sobre las llamas, una tarea de por sí muy arriesgada. Mostró el valor y el coraje que se le suponen a un miembro del Ejército. Al cabo de una hora aproximadamente empezaron a oírse gritos que venían del pozo. Ya no había más agua que sacar. Apenas quedaban unos pocos cubos y estaban llenos de barro. Se había agotado el agua, como se habían agotado las fuerzas y la moral de las gentes que formaban la fila. Afortunadamente, las llamas también empezaban a debilitarse. La mezcla de agua y fuego había provocado un olor muy especial que se expandía entre el Cielo y la Tierra. Un olor que alertó a los perros, los cuales se pusieron a ladrar nerviosos.

Los habitantes de Shazikou, un pueblo situado en la orilla opuesta del río, también traían agua para acabar con las llamas. Esa gente se servía de unos picos para machacar el hielo y además llenaban cubos con el agua del río. El objetivo era sacar la mayor cantidad posible. Los líderes iban vestidos con sus chaquetas verdes y llevaban un cinturón de piel ancho. Y como no podía faltar, la gorrita en la cabeza. Nada más verlos uno sabía que se trataba de soldados que ya no eran soldados, tan abundantes en esos pueblos. También recibieron las órdenes del secretario Guo para traer cuanta más agua mejor. Aunque la intensidad del fuego decrecía, desprendía aún la suficiente luz como para iluminar el cauce del río. Erguidos sobre la parte alta del dique, junto a la luz brillante y plateada de los bloques de hielo, numerosos espectadores observaban impávidos el espectáculo. Los habitantes de los pueblos colindantes se habían precipitado hacia el dique del río como un enjambre de abejas para sacar agua y más agua. *Plash, plash, plash*. Un joven de Shazikou que había subido al dique cayó desde lo alto a las mismísimas aguas del río. El cubo metálico que llevaba salió rodando por la pendiente cimentada y el agua se desparramó, derrochándose. Subir y bajar por la superficie inclinada del dique era un reto para ese gentío desbocado, presa del pánico y la ansiedad. Para transportar el agua con más eficacia se decidió abrir un camino junto al dique. En ese momento se vislumbraron un par de fogonazos procedentes del este que pertenecían a un par de vehículos. La muchedumbre empezó a clamar: «¡Son las gentes de las granjas! ¡Los campesinos y los granjeros…!». En realidad, eran los antiguos soldados, exmilitares reconvertidos tras su vuelta a los pueblos en campesinos y granjeros, oficios que muchos de ellos ya desempeñaron de niños. Habían estado trabajando en la lejana y árida Xinjiang, en las tierras remotas y desoladas del norte del China, e incluso en la isla tropical de Hainan, al sur del país, poblada de innumerables bestias extrañas y amenazantes. Habían aprendido de los campesinos cómo combatir todos los peligros y las calamidades que se abatían sobre esas regiones. Nadie en el pueblo se atrevió a entrometerse en su labor

y más bien aplaudieron su llegada. Los exsoldados tenían todavía el espíritu combativo de su época, el que aprendieron en el Ejército.

La colaboración surtió efecto y las llamas terminaron por extinguirse. Me había equivocado al pensar que el fuego de la iglesia no se apagaría, que el templo ardería como una hoguera gigantesca y el fuego llegaría a todas partes. Todos nosotros, nuestro pueblo y sus gentes, íbamos a morir achicharrados y yo, resignado, no hacía nada por evitarlo. Había sido derrotado por el fuego, pero sobre todo por mis propios pensamientos.

Al día siguiente, se difundieron las noticias del incendio. Crónicas largas y muy descriptivas, llenas de patetismo, como en los viejos tiempos de las hazañas revolucionarias. No obstante, en mi opinión, una buena ópera local de Maoqiang, con sus innumerables voces, hubiese sido el mejor formato para narrar lo que pasó durante esa noche inolvidable. Quien escribió el informe sobre el incendio de la iglesia y lo retransmitió en la radio era uno de esos secretarios comunales de la almenara[156] al que apodábamos el tartamudo Yang. Claro, era solo un apodo, porque en realidad ese tipo hablaba por los codos y, además, contaba con mala reputación entre las gentes del pueblo por no tener pelos en la lengua. Se llamaba en realidad Yang Liansheng, pero se acostumbró a que todos se refirieran a él con ese mote. El tartamudo Yang era muy amigo de nuestro maestro Song. Los dos habían recibido una buena formación y eran cultos. Podría decirse que «los pájaros de un mismo plumaje vuelan siempre juntos[157]» para expresarlo con cierta elegancia poética y algo de educación clásica. Alguien más vulgar diría «un pez busca juntarse con un pez, una gamba busca juntarse con una gamba, y una tortuga busca juntarse con una tortuga[158]». El tartamudo Yang iba constantemente a la iglesia —o no…, iba a la guarida de la loba; mejor dicho, iba a la escuela, la gran escuela de nuestro pueblo— para encontrarse con el maestro Song. Venía montado en una bicicleta de la marca Defensa Nacional, que aunque estaba hecha polvo era la envidia de todos los jóvenes. Lo cierto es que quienes en esa época se desplazaban en ese tipo de bicis ahora llevan limusinas y coches de lujo. La bicicleta del tartamudo Yang tenía una larga historia, había pasado por muchas manos, pero dejábamos estar esas cosas y era él quien se encargaba de explicarlas cuando le apetecía. Para nosotros todo estaba bien.

El tartamudo Yang era el profesor de lengua y literatura de la escuela primaria de todos los niños (y no tan niños) de la comuna. Su caligrafía era muy buena, pero tenía un defecto que intentaba ocultar: se encallaba cuando hablaba, y sus lecciones se resentían. Por esa razón, y para no desaprovechar su talento y sus conocimientos, lo promovieron a un trabajo administrativo en la comuna: se encargaba de escribir los artículos, informes, etcétera. Y por eso era conocido

como el «secretario segundo». Cuando el verdadero secretario tenía que asistir a reuniones del Partido, el tartamudo Yang ocupaba su lugar para llevar los asuntos del pueblo. Y lo hacía con eficacia. Cuando el secretario Chen regresaba, el tartamudo Yang volvía a sus funciones administrativas. No es que Yang lo despreciara, pero su relación no era buena; en más de una ocasión oí decir que el tartamudo, cuando bebía más de la cuenta, se ponía a insultar al secretario, e incluso llegaban a las manos. A pesar de todo, el maestro Chen lo necesitaba como agua que cae del cielo y el tartamudo Yang lo sabía. El maestro Song tenía en su cuarto una cocinilla de queroseno que nunca utilizaba, salvo cuando venía el tartamudo Yang y calentaba agua para prepararle un té. El pote en el que lo hacía era uno de esos cacharros de arcilla que costaban tres céntimos, y el maestro Song era muy descuidado cuando lo utilizaba. Tomaban precisamente el té en grano que compraba la mujer del maestro Song a un *mao* el medio *jin*. Un té barato, por tanto, para ir tirando en medio de la penuria de Gaomi. En algunas ocasiones, era el tartamudo Yang quien traía algo envuelto en un paquete blanco, que abría con cautela, antes de decirle a su amigo: «Prueba esto, ¡es té verde hecho con hojas de melón de Lu´an! Le escribí esta ponencia al secretario Guo y se ve que cuando la leyó delante de otros secretarios le felicitaron por la calidad de su discurso. A su vuelta al pueblo, el secretario, el muy jodido, me dio este paquete de té fino como premio. ¡Y me dio dos premios nada menos! ¿Qué te parece, amigo…?». El tartamudo Yang sacaba entonces un paquete de cigarrillos de la marca La Gran Puerta Delantera y continuaba: «Y encima esto, ¡este es el segundo premio! ¿No crees que me lo merezco?». Cada vez que entraba en nuestra clase, el tartamudo Yang alzaba la mirada y las dos manos para presentar sus respetos a la loba del mural, y nos decía solemnemente que era una diosa loba, un ente sagrado, la diosa patrona de las escuelas.

El tartamudo Yang y nuestro maestro Song tomaban juntos, casi a escondidas, su té verde de Lu´an y fumaban sus cigarrillos pequineses en la habitacioncilla del interior de la iglesia, allí donde estaba la plancha de madera que servía de cama. Esa escena de hace más de sesenta años todavía está viva en mi retina, y me da por pensar: «La sensación de felicidad de las personas está incompleta si no tienen una promoción en el trabajo o se hacen famosas por alguna razón, pero no hay nada como una recompensa exterior, un regalo inesperado que premia tus esfuerzos por ayudar a alguien a lograr lo que desea». Recuerdo que a mí también me recompensaban en la planta de algodón con té barato por traer agua limpia del río, y ello me hacía inmensamente feliz, a pesar de que ni siquiera me gustaba el té. Ay, ese tipo de felicidad… Ahora ni siquiera con una bañera del té más

caro del mundo alcanzaría la sensación de felicidad de aquellos momentos de mi vida.

El tartamudo Yang y el maestro Song especulaban, hablaban ocasionalmente de política, pero casi siempre, de literatura y arte, hablaban sobre libros que habían leído, de teatro y de las películas que habían visto. Yo escuchaba fascinado lo que se decían y creía experimentar una suerte de éxtasis. Para mí era como entrar en el mundo de los sueños, un mundo irreal que no comprendía, pero que paradójicamente me abría sus puertas y en el que me sentía cómodo. Recuerdo cuando el tartamudo Yang habló de una película india titulada *El vagabundo*[159]. Lo hacía con el entusiasmo y la pasión de quien ha descubierto algo nuevo que le llega a lo más profundo de su ser. Se ponía de pie, agitaba las manos de forma extraña y bailaba. Era verdaderamente maravilloso lo que hacía, me tenía maravillado. Conseguía cantar a pesar de su defecto; cuando canturreaba esas canciones indias, el tartamudeo desaparecía como por arte de magia. Muchos años después, estando ya en el Ejército, pude ver ese clásico del cine indio, pero tengo que confesar que me decepcionó un poco y para nada me entusiasmé con la película como le sucedió al tartamudo Yang. El maestro Song llevaba colgado al cuello un *jinghu*, ese instrumento de dos cuerdas que suena como un violín y que se utiliza en la ópera de Beijing, y cuando lo tocaba, el tartamudo Yang lo seguía y actuaba como *laodan* (el papel de la mujer vieja en ese género de ópera china), y su voz, que se afeminaba, se ponía por momentos ronca y áspera. Uno tocaba el *jinghu* como un virtuoso de tres al cuarto y el otro cantaba como una vieja, cuando en la realidad eran un hombre y un tartamudo. Había que verlo para creerlo, el pueblo entero escuchaba atónito y escandalizado[160] los berreos del tartamudo Yang y los maullidos quejumbrosos y tristes del violín del maestro Song.

Al día siguiente del incendio de la iglesia, muy temprano por la mañana, el tartamudo Yang se subió en su bicicleta y se acercó a ver las ruinas todavía humeantes. Nada más llegar, arrojó la bicicleta a un lado y se quedó agachado, llorando desconsoladamente ante lo que quedaba de nuestra escuela. Lloraba y golpeaba furiosamente el suelo con sus manos. Su dolor no era fingido, pero había una diferencia entre sus llantos y los que derramó Zhuge Liang por Zhou Yu[161]. Con los ojos llenos de lágrimas, el tartamudo Yang se metió con una pala y un pico entre las ruinas y los escombros de la iglesia, todavía ardientes, para encontrar los cadáveres de su querido amigo el maestro Song y su hijo. Al verlo en ese estado de desesperación, las gentes del pueblo se pusieron a ayudarlo. Había que encontrar al maestro Song y a su hijo. Además, estaba su esposa, que había perdido la cabeza. Hubo quienes intentaron levantar al tartamudo Yang y

sacarlo de ese escenario macabro, ya que sabían que no existía posibilidad alguna de encontrarlos, pero él se negó. Prefería morir antes de no ver por última vez a su amigo y su hijo. El cuerpo de tartamudo Yang parecía no tener huesos, estaba flojo; como sin vida. Ver a alguien de tan buenos modales como él sorbiéndose los mocos resulto un choque para quienes lo contemplaron. Finalmente, fue el secretario Guo Dafa quien lo puso de pie. En realidad, no fueron sus manos las que levantaron al tartamudo Yang, sino sus palabras. Le dijo: «Viejo Yang, venga, no te me vuelvas como esas viejas lloronas que no paran de quejarse. ¿No te acuerdas lo que nos decía el presidente Mao Zedong? Bueno, pues decía: "Debemos luchar contra la adversidad y ello puede conllevar muchos sacrificios, y la muerte de la gente es algo que sucede todo el tiempo[162]". Ahora debes recuperarte inmediatamente para escribir el informe del incendio de esta iglesia y lo que en ella ha sucedió. Debes hacerlo ya, sin perder el tiempo, porque tú eres el único en el pueblo que sabe. Te lo digo ahora: el maestro Song ha dado su vida por los demás. Intentó salvar la iglesia de las llamas y lo que en ella había. ¡E incluso sacrificó la vida de su único hijo varón…!». Al escuchar al secretario Guo, el tartamudo Yang dio un salto y volvió a la vida. «Pues sí, como te lo digo. ¿Para qué sirve derramar lágrimas como una vieja plañidera? Prepara el informe que te he pedido y convierte al maestro Song en un héroe. Compón el mejor discurso que te sea posible, el más bello y evocativo para hablar de quien fue tu buen amigo. ¡Hazlo inmortal ante los ojos del pueblo! ¡Demuestra además que fuiste su mejor amigo…!».

Debo reconocerlo. El tartamudo Yang era un hombre con muchos talentos, pero desgraciadamente era tartamudo. Por eso debía apoyarse en la escritura, algo que sabían todos los jefazos del Partido en la prefectura, así como los responsables de la propaganda, por eso le perdonaban sus deslices; Dios lo hizo tartamudo. En nuestra pequeña comuna, por tanto, el tartamudo Yang se convirtió en una leyenda hasta el final de su vida. Se decía que en los años ochenta del pasado siglo todos sus discípulos sin excepción poblaron varios pueblos y ciudades, tuvieron acceso a comida reservada solo para los privilegiados, recibieron sueldos fijos y decentes, pero a él le quedó una melancolía profunda de la que nunca se recuperó. Una tristeza y una amargura en su carácter que se vieron reflejadas en el famoso informe que tuvo que hacer, a petición del secretario Guo. El tartamudo Yang nunca quedó contento con nosotros, las gentes del pueblo donde el destino lo había traído. De hecho, cuando el país entero se llenó de soldados improvisados y muy jovencitos, o cuando el teatro impuesto y propagandístico que se implantó durante la Revolución Cultural ocupó los escenarios del país sin dejar opción

para otro tipo de representaciones, él se propuso voluntariamente (y para sorpresa de todos) para encarnar en la obra *La leyenda de la linterna roja*[163] al personaje de la abuela Li[164] con su linterna en la mano. La gran actuación del tartamudo Yang llegó a todas las esquinas de la comarca de Gaomi y le hizo famoso. Se entregó en cuerpo y alma a esa actividad, y desempeñó un papel digno de los mejores actores del teatro clásico. La audiencia apreció sumamente esa devoción sincera que les llegó a lo más profundo de sus corazones, y por eso lo convirtieron en una leyenda.

El tartamudo Yang escribía con talento, y su estilo literario era vivo, pero la oda fúnebre que compuso sobre el maestro Song (el presunto informe sobre el incendio de la iglesia) contenía algo de exagerado y artificioso, o algo de irreal, para decirlo claramente. Al fin y al cabo, apenas mencionó al hijo, que sucumbió a las llamas como Song. El tartamudo Yang escribió:

> Las llamaradas de fuego de la iglesia eran como una antorcha gigante que iluminó todo el espacio que había entre la Tierra y el Cielo…

También escribió:

> [Este informe] es un canto al profundo sentido del colectivismo y el carácter heroico de los campesinos pobres de nuestro pueblo, y sobre todo es un homenaje al secretario de la célula del Partido Comunista de nuestra comunidad, el gran Guo Dafa, quien lideró a las masas sin temblarle el pulso para que apagasen el fuego. Sin miedo a sacrificar sus vidas, las gentes de Shazikou se prestaron a ayudarnos, como lo hicieron los granjeros y los campesinos de otros pueblos, exsoldados que no dudaron en socorrernos con su sentido de la organización y la disciplina, siempre al servicio del pueblo cuando se los necesita…

Y también dejó escrito:

> El incendio fue sofocado finalmente y pudo salvarse el almacén de grano, treinta mil *jin* de reservas alimenticias para caso de guerra, tres caballos, tres mulos, más de sesenta cabezas de ganado y un centenar de cerdos, y lo más importante, unas doscientas casas de familias de campesinos pobres y sus destinos…

Este informe con aires de ensayo literario, que fue publicado y grabado en una cinta para ser retransmitido por la radio tantas veces

como fuera posible, convirtió al tartamudo Yang en un ser legendario y al maestro Song en un mártir de la Revolución. El informe, eso sí, antes de ser publicado y difundido, tuvo que esperar varios días en un despacho del Gobierno de la prefectura para obtener la aprobación; recibió algunas críticas por no resaltar suficientemente las proezas del secretario Guo, verdadero héroe de ese incidente trágico, según señalaron algunos funcionarios.

Muchos años después, cuando era estudiante en la Universidad del Proletariado, en el pueblo se decidió enviar a la hija pequeña del maestro Song, que nunca había ido al colegio, a estudiar a la escuela de pesca de Yantai. Los gastos correrían a cargo de la comunidad, que quería así agradecer a su padre, el maestro Song, por su valentía y perpetuar su memoria. Sin embargo, esa iniciativa fue percibida por las autoridades exactamente como lo contrario de lo que pretendía: un acto de corrupción e ineficacia locales que iba a manchar el legado del maestro Song y lo que se había dicho en el célebre informe del tartamudo Yang, o, para ser más precisos, que iba a perjudicar la reputación del gran secretario Guo ante sus superiores. La joven no había pasado un solo día en una escuela y, a pesar de su viva inteligencia, era analfabeta. ¿Cómo diablos iba a poder escribir la palabra «gamba»? ¿Iba a asistir a una escuela tan prestigiosa como la de Yantai? ¿Qué iban a pensar de las gentes de Gaomi y de sus autoridades? ¿La hija del maestro Song era analfabeta y no había ido nunca a la escuela? Esos estudios formaban a los alumnos en el arte de comprar y vender pescado, y había que tener muchos y muy diversos conocimientos para acceder a ellos. La hija del difunto maestro Song no iba a ser capaz de pasar ningún examen en esa escuela. Nos iba a avergonzar a todos. Mi madre fantaseaba con casarla conmigo y convertirla en su nuera. Ello nos garantizaría comida de la buena en el pueblo, o al menos acceso a eso que llamaban en la época «tesoros nacionales», el grano público reservado para unos cuantos privilegiados. Pero como era de esperar, a la hija del maestro Song no se le pasaba por la cabeza casarse con un miembro de una familia de campesinos pobres como la mía. Finalmente se casó con Luo Weimin, de la comuna de la almenara, que era hijo de Luo Jinyou, el vicesecretario local del Partido. Tuvieron juntos una vida larga y feliz. Todo ello quedó escrito más tarde en otro informe.

II

Al tercer día del incendio de la iglesia del pueblo se expusieron en el patio de su casa los féretros con los restos mortales del maestro Song y

su hijo, y nosotros cogimos la dote de quien iba a ser mi tía, Gu Shuanghong, que estaba a punto de casarse. La dote que había que llevar a la municipalidad de Gaomi consistía en un armario pequeño, un par de maletas, un barreño para asearse, un colchón, un paquete de velas y otros artículos, tantos como pudimos reunir para llenar una carreta tirada por un buey, el único medio de transporte capaz de sobrevivir por las calles estrechas de nuestro pueblo, que la trasladaría a su nueva casa, en la cerería, que quedaba lejos de la nuestra. En realidad, fue una coincidencia, pero hubo quien creyó que se trataba de un plan ideado por mi familia. El encargado de poner a los muertos en los ataúdes selló los féretros con dos caracteres *hanzi: guan* (el oficial funcionario del Gobierno) y *cai* (la fortuna, la riqueza), y ello fue interpretado como la afirmación de la suerte de los altos funcionarios del Gobierno y sus oportunidades para hacerse ricos. Claro, estas eran solo interpretaciones maliciosas por parte del pueblo tras el trauma del incendio y dada la sensibilidad de esa época a las corruptelas. Quizá pensaron que queríamos sacar provecho de los muertos.

En esos momentos, en cada uno de los miembros de mi familia, sometidos a las combinaciones fortuitas de las circunstancias y sus resultados imprevisibles, prendió la sensación desagradable de que esos féretros que contenían lo que quedaba del maestro Song y su hijo nos iban a traer mala suerte, sobre todo porque Gu Shuanghong iba a casarse con uno de los hermanos de mi padre. ¿Qué iba a pasar? Afortunadamente, se trataba solamente de cargar la dote de una recién casada en un carro y, pasados diez días de la boda, había que llevarla a su nuevo hogar de casada. Si la novia se caía del palanquín nupcial, iría a parar directamente a uno de los ataúdes. ¡Qué mala suerte! Observando las caras de asco y frustración que ponían los mayores de mi familia en el interior de la casa, puedo decir que ninguno de ellos veía con buenos ojos lo que mi tío y yo estábamos haciendo, pero a mi tío (el hermano más joven de mi padre, el que iba a casarse) parecía no importarle, y se apresuró a cargar las cosas que había que transportar. Yo, desde la parte delantera, iba a tirar del buey con una cuerda, y mi tío, desde atrás, tenía que azotar las posaderas del animal para que avanzara. Había que saber acelerar el paso del buey por esas callejuelas estrechas y dejar libre el camino para que la muchedumbre pudiese asistir sin retrasos al funeral del difunto maestro Song y su pobre hijo.

Mi tío residía entonces en la municipalidad de Gaomi y había abierto en el que iba a ser su hogar, con mi futura tía, una tienda de velas y candelas a la que quería dedicarse en cuerpo y alma una vez casado como era debido. Su casa, como su tienda, estaban situadas en el callejón de los Inmortales del Paso del Este. Sobre la puerta de

entrada a su local comercial había una tabla de madera que servía de rótulo y donde había escritos cuatro caracteres *hanzi* en un color rojo intenso que decían: «Candelas luminosas». La puerta para entrar a la tienda de velas no era muy grande. La casa tenía tres habitaciones y la tienda estaba en la de en medio. Se vendían velas y candelas para todos los gustos y para cualquier uso. Dentro del local había dos secciones. Una puerta trasera conducía a un patio en el que, de nuevo, había dos espacios bien diferenciados. A un lado había tallos de junco seco y en el otro podían observarse varios jarrones de gran tamaño que contenían grasa de buey y sustancia de aceite de lana ovina, las materias primas con las que fabricaba las velas. En las dos habitaciones del ala oriental se situaba el taller, y en la habitación del norte, el lugar donde el maestro cerero que solía trabajaba en la cerería pasaba el día.

Era la primera vez que iba a la municipalidad principal (y más grande) de la comarca (la municipalidad de Gaomi), y aquello sucedía dos días después del incendio de la iglesia. Mi tío me pidió que le ayudara con el carro a llevar la dote a la casa de quien iba a ser su mujer y, por tanto, mi futura tía. En principio, él no podía hacer el trabajo sin ayuda: las familias se hubieran quejado por quebrantar las leyes de cualquier enlace nupcial; pero él, que no creía en esas cosas, habría aceptado de buen grado hacerlo solo. Mi tío aún trabajaba en esos momentos en las minas de Longshan, allá en el distrito de Liaoyuan, en Jilin, y había pedido un mes libre para casarse. Cuando fui a visitarlo, me llevó con él a ver al secretario Guo, ya que quería que dos personas más fueran a la ciudad a ayudar con la dote. Mi tío le ofreció al secretario Guo un paquete de cigarrillos de la marca La Gran Puerta Delantera. El secretario cogió uno de esos pitillos, lo olió durante unos instantes, lo encendió y comenzó a fumar. En ese momento, envuelto en humo, se le puso cara de diablo. Fue entonces cuando mi tío tercero aprovechó para pedirle que alguien le ayudar con el carro y la dote. El secretario le dijo eso de que cada persona tiene una función en este mundo. ¿Dónde iba a encontrar a alguien desocupado? «Si no te importa, le dijo, ¡hazlo tú mismo! Si te da miedo bloquear las callejuelas, dile a alguno de tus sobrinos que te ayude. ¡Tienes muchos! ¿No me has visto? No paro un momento, y lo mismo sucede con mi gente». Mi tío tercero se rasco el cuello y dijo: «Secretario Guo, mire, no me venga con esas, yo soy el novio. Dígame, ¿desde cuándo se ha visto que el novio le lleve él solo la dote a su futura esposa? Lo único que temo es que la gente se ría de mí». El secretario lanzó un escupitajo y envuelto en humo respondió: «¿Quién coño se va a reír de ti? Vete, anda. La nueva sociedad, las nuevas costumbres… ¿Quién se va a atrever a reírse de ti? ¡Vete, anda, y déjame en paz! ¡A tu futura mujer la vas a poner contenta! ¡Ja! ¡Al

menos no has salido huyendo como tantos otros! He oído decir que la novia tiene una caligrafía excelente. ¿Qué nivel educativo tiene?». Mi tío le respondió: «Creo que no ha pasado de la educación primaria, que ya es mucho. Se lo preguntaré cuando la vea». El secretario Guo rio de nuevo. «¿No se dice ahora que el amor es libre y romántico? ¿Hay alguien con cierto nivel educativo que no lo sepa? ¿Todavía andamos en nuestros tiempos con esas costumbres antiguas…?». Mi tío sonrió maliciosamente: «Pues así es. Vaya, como ve, las cosas no han cambiado mucho por estos lares…». «Xiao Guang —que era yo— puede acompañarte —le dijo el secretario Guo—. Les pediré a los de la unidad de trabajo que os echen una mano con los trastos del carro. Esos tipos tienen, además, un buey de Mongolia que es de lo más rápido y eficaz en cuestión de animales de tiro. Les diré que os lo presten. Ve a decírselo a Zhao el Sexto». El secretario Guo alzó la cabeza, se puso a mirar el sol y continuó: «Aún tenemos tiempo. Empezad el viaje. Pase lo que pase, os presentáis esta noche. Habrá que darle forraje al buey y cuidarlo bien. ¿Queda claro? Ese buey almizclado es nuestro tesoro y un animal raro en nuestras tierras. Queremos, por tanto, utilizarlo para la reproducción. Necesitamos muchos como él». Mi tío tercero se conmovió con las palabras del secretario, le ofreció otro paquete de cigarrillos y se lo metió sin decirle nada en el bolsillo. El secretario Guo le dijo: «Ay, tú, la Tercera Rareza, qué bueno es que te llamen así…». El apodo de mi tío tercero era, en efecto, «la Tercera Rareza», tal vez porque era el tercer hermano varón de mi padre. Había cierto retintín en ello. Todos ellos eran muy especiales a los ojos de mucha gente de los pueblos que vivía poseída por la envidia. «¿Qué haces ahora, pues? —le preguntó el secretario Guo—. ¿Corromper a un viejo cuadro de la Revolución…?». Mi tío, incómodo con esas palabras, volvió a rascarse el cuello. El secretario sacó el paquete de tabaco del bolsillo, lo manoseó y extrajo un par de pitillos. Uno se lo puso detrás de la oreja, el otro lo encendió y se lo ofreció a mi tío. «Venga, rápidamente, a la velocidad del viento y el rayo —le dijo—. Mañana es el funeral del maestro Song y en la comuna hay mucha gente que va a venir a despedirlo. Correcto. Cuando paséis por la tienda, me compráis un par de baterías y no pasa nada si no las tienen de marca».

Mi tío y yo cogimos un carro y nos metimos en la ciudad. Mi madre nos preparó un par de panqueques de maíz, un par de puerros y un poco de salsa negra de soja fermentada. En esa época no había agua embotellada y, si teníamos sed, pues nos aguantábamos o nos íbamos al río y bebíamos de allí. Por entonces, esas aguas estaban limpias y podían beberse sin miedo a envenenarse. No había ni una pizca de impurezas, y la carretera que estaba junto a ellas había sido construida poco tiempo antes. Sobre la superficie de la denominada

«carretera reparada» se habían depositado varios ladrillos, algunos de ellos rotos o ya usados en otras construcciones, y piedras, guijarros, etcétera. Luego, los tractores de fabricación estatal de la marca El Oriente es Rojo, que procedían de las granjas junto al río Jiao, rebajaron los laterales. La carretera también unía las granjas del río Jiao con la municipalidad principal de la comarca. De hecho, era la única vía de comunicación posible. Innumerables tractores con neumáticos fabricados en la República de Checoslovaquia (célebres por su dureza) y camiones de fabricación soviética GAZ-51 la recorrían cada día. El buey de Mongolia de nuestra carreta avanzaba lo mejor que podía sobre la superficie más plana de la carretera. A veces ralentizaba el paso y otras se tambaleaba. Mi tío estaba sentado detrás de los dos ejes del carro que quedaban detrás de las posaderas del buey, y yo iba en la caja del carruaje. Él se apoyaba sobre un cojín y se mostraba de muy buen humor, canturreaba alguna melodía que otra, tonadas que eran en su mayor parte silbidos. A los jóvenes de esa época les gustaba particularmente silbar, y se decía que lo habían aprendido de un personaje masculino de una película extranjera. El maestro Song, que acababa de pasar al otro mundo, también tenía gran habilidad silbando, y había sido el instructor de mi tío tercero. Fue, de hecho, quien le inició en este arte, en una época en la que mucha gente pensaba que silbar era un acto vandálico. Desde luego, el secretario Guo Dafa, el gran héroe de la guerra antimperialista en Corea del Norte, no era de esa opinión. Decía que los espías se comunicaban entre ellos en los bosques gracias a los silbidos. En realidad, imitaban a los pájaros y así pasaban desapercibidos para el enemigo. Para no ser descubiertos, debían silbar muy bien. Los silbidos de mi tío tercero eran muy placenteros de escuchar, y me enseñaron muchas cosas. Yo también le enseñé unas cuantas, aunque a mí me gustaba más irme de la lengua y criticar a la gente mientras íbamos en el carro. Me encantaba chismorrear para matar el tiempo (en realidad, no había aprendido otra cosa en la vida) y a él no. Tiempo después, tras hacerme adulto, aprendí algo sobre la música y su funcionamiento. Lo he pensado numerosas veces: si en esa época hubiese tenido un magnetófono para poder grabarlo, habría registrado en casetes todas las melodías silbadas de mi tío tercero. Esos silbidos eran pura música y pertenecían al patrimonio cultural de Gaomi. Habrían podido ser, sin duda alguna, una fuente de inspiración para las nuevas generaciones.

Mi tío me ofreció esa «cosa», tan grande como medio puño de oro —uno de mis puños en esa época— e igual de transparente y aceitosa que la trementina, la resina que rezuman los pinos, y en cuyo interior había gusanos de un verde oscuro que parecían estar muy vivos y agitados. Me explicó que lo había hallado en la mina mientras

manejaba la taladradora. Ese gusano era seguramente la recompensa por ayudarle a llevar la dote a la casa de su futura mujer. No necesitaba darme nada. Yo ya era muy feliz montado en ese carro tirado por un buey salido de las estepas de Mongolia. Era la primera vez que me dirigía a esa municipalidad, mucho más grande que mi pueblo, en el cantón noreste de Gaomi. Podías ver el tren y las casas, y muchos paisajes que mis ojos no habían contemplado nunca en la vida. Ahora, cuando lo recuerdo, sé que mi tío me dio una piedra de ámbar muy valiosa, que no era otra cosa que savia de árbol fosilizada, pero de una belleza inigualable. No supe reconocer su valor debido a mi ignorancia infantil, yo solo pensaba en los gusanos de su interior, que me parecían vivos y a los que quería liberar de ese espacio donde estaban atrapados. Deseaba coger un martillo y hacer añicos la piedra de ámbar. Ay, si hubiese podido guardar ese ámbar[165] en mis manos… No tiene ningún sentido lo que la gente dice cuando envejece: que en este mundo solo cuentan los «resultados de nuestros actos», y no lo que «hubiese podido suceder en caso de haberse realizado tal o cual cosa».

Mi tío me habló, por supuesto, de las razones de su boda: «Xiao Guang, ¿no sabías que en la municipalidad de Gaomi hay ciertas personas muy famosas por su belleza excepcional? La más bella de todas las mujeres de Gaomi es Yue Hailing, la segunda se llama Kong Haorong y la tercera es Shao Chunping. Esas son las tres bellezas que no se pueden comparar a la belleza superior de tu futura tía, Gu Shuanghong, esa mujer que vivirá conmigo en la tienda de velas. Las gentes de la municipalidad de Gaomi lo saben y es un tema de conversación recurrente entre ellos. Tu futura tía tiene su fama». ¿No lo sabía nadie en el cantón noreste de Gaomi?, me dijo mi tío, que sentía un enorme placer al contarme esa historia. «Gu Shuanghong será tu futura tía, una auténtica belleza, por tanto. ¿Y no te preguntas cómo un pueblerino feo y sucio como yo ha podido hacerse con la joven más guapa de Gaomi? ¡Cielos! Si no fuera por la intervención de la providencia[166], no veo otra razón, sinceramente, para explicártelo. Quizá tu tía podrá contarte algún día qué diablos es eso de la providencia, la voluntad del Cielo, porque yo no tengo ni idea…». Mi tío parecía estar sumergiéndose en lo más profundo de sus recuerdos para darme una respuesta. Se encontraba en estado de éxtasis y desde los más hondo de su inconsciente salieron unos silbidos y una melodía más bien suaves que expresaban una alegría intensa. Una bandada de alondras que se había puesto a piar voló sobre nuestras cabezas como para acompañarnos en nuestro camino. El carro tirado por el buey, siguiendo la dirección que le indicaban las vías del ferrocarril, entró finalmente en la municipalidad de Gaomi, y en ese preciso momento pasaba el tren que venía de Qingdao. Hipnotizado, clavé mis ojos en

él. El chorro de humo blanco que salía expelido de la chimenea me puso en trance, las ventanillas laterales de los vagones que desprendían destellos de luz, o el ruido de las ruedas girando enloquecidamente sobre los raíles que reventaba las orejas de cualquier bicho viviente, los silbatos y los bocinazos de la locomotora de vapor hicieron que mi corazón se pusiera en llamas, y le dije a mi tío tercero: «Tío, es la primera vez que veo un tren y, si me muero ahora mismo, no vaya a pensar mal de mí. ¿No le parece maravilloso? Usted que trabaja en una mina de carbón y seguramente se ha subido alguna vez en uno de esos trenes endiablados…, déjeme que lo diga tal y como me sale del corazón, ¡uno debe subir a un tren al menos una vez en la vida…!». El tío me dijo: «Ya verás, en un momento estaremos en la casa de tu futura tía. Recuerda, habla poco. Todo depende de las señales que te haga. Si mi suegra nos quiere dar de comer, tú, que eres todavía un niño, no debes acercarte a la mesa. Si quieres quedarte sentado en alguna parte del callejón, pues no pasa nada. Una vez con la barriga llena, le damos algo de comer al buey…». Le dije: «Tío, no se preocupes. Fingiré que soy tonto…», y mi tío tercero me sonrió: «No es necesario que finjas ser tonto; eres un niño muy inteligente. Lo único que te pido es que no hables mucho. Simplemente te fijas en las señales que te haga y actúas en consecuencia».

Al llegar a la casa de mi futura tía en la tienda de velas y candelas, ya era mediodía. Mi tío me pidió que vigilara al carro y el buey, ya que él quería entrar solo, y así lo hizo. Me di cuenta de que al lado de la tienda había un rótulo muy viejo que, según creí comprender, decía: «Candelas». Estaba escrito en caracteres chinos tradicionales (no simplificados) y me sentí muy orgulloso de haberlo comprendido. Vi entonces a mi tío que, en el mostrador de madera de sándalo donde se atendía a los clientes, estaba hablándole a una mujer. Sabía que era mi futura tía, Gu Shuanghong. No podía ver con claridad su rostro, pero sabía que era muy bella.

Al cabo de un rato observé a mi tío y a mi tía meterse en el patio trasero de la tienda. Un niño de más o menos mi edad apareció sin que me hubiese dado cuenta a mi lado. Jadeando, me preguntó: «Eh, tú, niñato, ¿de dónde diablos has salido…?». Le respondí: «Pues vengo de la comuna de la almenara…». Al niño se le pusieron los ojos en blanco y volvió a peguntarme: «¿Y dónde diablos está la comuna de la almenara…?». Con el dedo le señalé el lado noreste y le expliqué: «Está ahí». Él insistió: «¿Y qué diablos has venido a hacer aquí…?». Le contesté: «A traer una dote». Volvió a la carga: «¿Y qué diablos es una dote?». En ese instante empecé a odiar profundamente a ese niño impertinente de la municipalidad de Gaomi. ¿Cómo podía alguien en este mundo no saber lo que era una dote? ¿Y ese alguien era de la

municipalidad más importante de Gaomi? ¡Venga, hombre! ¿Quién se lo iba a creer? Pero me contuve y no expresé mi odio en forma de palabras. Más bien me armé de paciencia y le dije que era la boda de mi futura tía, quien iba a ser mi tía tercera, la esposa del tercer hermano de mi padre, su hermano más joven. Mi futura tía vendía velas dentro de la tienda que teníamos a nuestro lado. El niño hizo como si me hubiese comprendido y me dijo: «Oh, en un principio era La Zhuhong quien iba a casarse. Ya veo, La Zhuhong quería casarse con un alguien del campo». Le corregí inmediatamente: «Te equivocas de nombre. ¡Mi tía no se llama La Zhuhong, sino Gu Shuanghong…!». El niñato insolente apuntó: «Ah, ahora lo comprendo mucho mejor que antes: La Zhuhong es Gu Shuanghong». La Zhuhong llevaba siempre puestas unas enormes zapatillas rotas, y en su bolsillo guardaba unas piezas para jugar al *majiang* (*mahjong*) como si deseara estar preparada para practicar el juego con alguien en cualquier momento. A La Zhuhong ('el color rojo de la vela', que es lo que quería decir ese nombre) le daba por silbar melodías, y los jóvenes, al oírla, no podían aguantarse y se meaban encima… Sabía que esa respuesta no era la más conveniente (era muy hiriente) y le dije indignado: «Dices tonterías y has hablado mal de mi futura tía. ¡Le voy a pedir a mi tío que te dé una paliza por bocazas…!». Bajando misteriosamente la voz, me dijo: «El padre de La Zhuhong perteneció al Guomindang, el Partido Nacionalista, el bando enemigo de los comunistas durante la guerra civil. ¿Sabes tú lo que es el Guomindang…?». Le dije que no lo sabía. Me respondió que el Guomindang era una banda de hijos de puta, unos rufianes mal nacidos; y añadió: «El padre de La Zhuhong era un auténtico cabrón, el peor de toda esa gentuza».

Estábamos hablando cuando vimos a mi tío con otro tipo, un hombre muy delgado, de cabello canoso y revuelto, que llevaba un delantal azul y apestaba a cabra. Más tarde supe que el padre de mi futura tía, la de la tienda de velas y candelas, era uno de esos maestros expertos en preparar la grasa viscosa de buey y las sustancias de aceite de lana ovina para la fabricación de las velas. De ahí ese olor tan penetrante y desagradable que podía percibirse en el interior de la cerería y en sus alrededores. En realidad, todo el mundo en esa tienda olía a ganado sucio. Mi tío tercero me señalaba con el dedo y le decía al anciano: «Este es mi sobrino, Xiao Guang». Yo me apresuré a decir lo que mi madre me aconsejaba que dijese a la gente mayor que no conocía: «¡Abuelo…!». El anciano asintió amablemente con la cabeza y exclamó: «Pero ¡qué inteligente es este niño…!». Me sentí confortado con esas palabras y mucho mejor conmigo mismo. En ese momento, el niño de la municipalidad de Gaomi, ese urbanita maleducado e impertinente, gritó: «¡Abajo el Guomindang…!», y enseguida salió

corriendo. El anciano respiró profundamente y no dijo nada. Solo un rato después comentó: «Tonterías…». En ese momento se presentó una anciana de cabellos blancos y yo volví a gritar aquello de «¡abuelo!». La anciana gruñó y puso cara de no estar muy contenta, y de repente empezó a hablar: «Tenemos que enviar tantas cosas valiosas, ¡y vosotros os presentáis con un carro roto tirado por un buey…!». Sin perder un segundo, mi tío tercero se apresuró a disculparse. Le dijo que había pensado traer una camioneta, pero era imposible meter ese vehículo con sus neumáticos tan finos por estas callejuelas. Los neumáticos no hubieran aguantado más de dos días. El anciano se dirigió a la anciana: «Vale, vale, dejémonos de tanta palabrería vacía. Salgamos de casa, vamos, y empecemos a cargar los trastos». La mujer le respondió: «¿Y quién va a meter todo eso en el carro…?». El anciano señaló con el dedo a mi tío: «Nosotros dos nos vamos a encargar de hacerlo». Ella inquirió con ironía: «¿Y vosotros dos sois capaces de levantar un armario de madera de catalpa? Esto me lo dio mi bisabuela cuando me casé, para que formara parte de la dote nupcial de la novia. La madera tiene dos pulgadas de espesor y las esquinas están recubiertas de bronce. Ni siquiera cuatro personas podrían levantarlo. ¿Cómo vais a poder hacerlo vosotros?». El hombre replicó: Hay que sacar en primer lugar todo lo que hay ahí dentro. El armario es una prioridad y es lo primero que sacaremos». La anciana insistió: «Vosotros dos vais a ser incapaces de levantar ese armario». Mi tío intervino: «Que mi sobrino nos eche una mano». La mujer arrugó los labios: «¿Hablas de este mocoso que todavía no ha abandonado la teta de su madre? ¿Acaso es de hierro…?». Al oír las palabras de la anciana salté: «¡Soy muy fuerte, abuela! ¡Puedo levantar un cubo lleno de agua…!». «Así es —le confirmó mi tío tercero—. ¡Tiene mucha fuerza…!». El anciano me miró de los pies a la cabeza y dijo: «Intentémoslo y, si no funciona, buscaremos otra solución».

Cogí un par de piedras de la carretera y las coloqué en las ruedas del carro para que no se moviera, até el buey al tronco de un sauce que estaba junto a él. Me coloqué detrás de mi tío, y mi tío se colocó a su vez detrás del anciano, así, los tres en fila entre el carro y la cerería; yo me giraba de vez en cuando para ver detrás de mí a la que iba a ser mi tía, que se encontraba en el mostrador. Llevaba un delantal blanco y unas cubiertas en las mangas. Una de sus manos sujetaba un pincel que introducía en el líquido espeso y dorado de un bol. Con el pincel escribía unos caracteres *hanzi* en una vela roja de gran tamaño. Era la primera vez que veía a una mujer escribiendo con un pincel y tuve una sensación extraña. Mi futura tía estaba de lado y podía ver su cara con claridad. Visto desde esa perspectiva, su rostro era bellísimo: sus orejas eran muy blancas y sus mejillas, ni demasiado grandes ni demasiado pequeñas. Tenía unas cejas negras como el

azabache y unas pestañas largas. No sabía si debía llamarla tía tercera o de otra manera. Al contemplar ese rostro que no parecía humano, mis palabras se quedaban atrancadas en la garganta. También era la primera vez que veía unas velas rojas como las que había detrás del mostrador. Algunas eran gordas y finas, otras largas y cortas, y llenaban cada esquina de la tienda. Observé un par de velas de un metro que me causaron una fuerte impresión. Según oí decir luego a mi tía tercera, esas tan grandes se utilizaban en el Santuario de los Ancestros, donde se venera a quienes han pertenecido a la familia desde tiempos inmemoriales. En aquella época, cada familia con un apellido poseía uno de esos santuarios para cumplir con los ritos de la piedad filial, y para la Fiesta de la Primavera (el Año Nuevo) se juntaba la familia entera y se ofrecían algunos sacrificios; era entonces cuando se utilizaban esas velas enormes. Las rojas tenían pintados caracteres *hanzi* de color dorado, y era mi tía tercera quien los escribía. Su padre también tenía una buena caligrafía y era capaz de escribirlos. Más tarde supe que había trabajado antes de la Liberación (1949) como encargado de escribir todos los sucesos para dejar constancia de ellos en los anales locales.

Aunque pudimos sacar todas las cosas que había en el gabinete, el armario de madera de catalpa se nos resistió. Era demasiado pesado, y mi tío tercero y el anciano fueron incapaces de levantarlo. Bueno, a decir verdad, lo levantaron un poco, algo que incluso sorprendió a la anciana. Parecía que se les iba a romper la cintura. La mujer no paraba de hablar y soltar insultos de todo tipo dirigidos a medio mundo. Mi tío sudaba la gota gorda y sacaba la lengua. En un momento determinado, la anciana y el anciano se pusieron a discutir y a pelearse. Mi tío me arrastró al patio y me colocó delante de la cerería. Mientras atravesé el patio observé, en el ala este de la tienda, una mesa sobre la cual había varias velas a medio hacer.

Cuando era pequeño yo creía que todo el mundo olía igual de mal que yo; solo más tarde me di cuenta de que en este mundo había gente que olía mucho peor aún. Una vez delante de la tienda, observé a mi tío tercero mirando a mi futura tía con un aspecto que daba pena verlo. Parecía que le estaba rogando que lo sacase de algún apuro, pero ella se negaba a ayudarlo. De pie, en la puerta que daba acceso a la cerería, mi tío, ya más tranquilo y lejos de mi tía, se había encendido un pitillo y con cara de preocupación miraba a su alrededor. Luego se giró de golpe y, al verme delante de él, me preguntó: «Xiao Guang, mi pequeña luz, anda, sácame de estas tinieblas que no me dejan ver con claridad. ¿Acaso le has dicho a alguien lo que estamos haciendo aquí…?». Le contesté con una evasiva: «¿Y por qué no nos vamos? Mañana va a venir mucha gente». Mi tío me preguntó: «¿Mañana? ¿Quién coño va a venir mañana? ¿Tu

padre…?».

En ese momento aparecieron tres jóvenes montados en bicicletas. Unas eran de la marca Eternidad —en esos años era raro ver en nuestras remotas tierras bicicletas de esa marca tan prestigiosa— y otras Defensa Nacional, mucho más comunes entre nosotros. Se detuvieron frente a la puerta de la tienda de velas y aparcaron las bicicletas. Sujetándolas por el manillar, con los pies en tierra, colocaron los dedos entre los labios y se pusieron a silbar, con tonos de diferente intensidad, unos muy altos y otros bajos. Resultaba evidente que le silbaban a mi tía tercera para piropearla y sabían que a ella le daba rabia que lo hiciesen. A mi tío, esos silbidos le estaban sacando de quicio. Los jóvenes se tomaban ciertas libertades con la melodía que estaban interpretando, una adaptación del «silbido del lobo», un tipo de sonido parecido al que emiten estos animales cuando están en celo. Uno de los jóvenes, uno que tenía la cara repleta de granos de acné y voz ronca, gritó: «¡La Zhuhong, la de las velas rojas, vente con nosotros y deja de trabajar tanto…!». Había oído decir que hay mucho sinvergüenza suelto por estas calles, y esos tres parecían serlo. Mi tía tercera no les hizo ni caso, pero ellos comenzaron a silbar de nuevo con sus tonos altos y bajos para atraerla a la manada. Había que azuzar a la loba, y esos silbidos tenían mucho significado: se asemejaban a la voz de una mujer. Los jóvenes de las bicicletas le estaban diciendo a mi tía «Me gustas de la cabeza a los pies», y no se daban por vencidos. En ese momento, mi tío, con dos dedos de la mano izquierda metidos en la boca, también comenzó a silbar otra melodía de tonos altos y bajos que llegaba hasta las nubes del cielo. Según me dijo más tarde, era el «silbido del halcón», superior y más eficaz que el «silbido del lobo», y quería decir algo así como: «Esta mujer es mía, piraos de aquí». Los jóvenes de las bicicletas fingieron no comprender el significado de aquellas notas, pero sus ojos se dirigieron a mi tío tercero, que poniendo de nuevo los dedos en la boca, empezó a silbar la melodía de «Mi patria» de la película *La batalla de la montaña de Shangganling*[167]. Mientras lo hacía, los músculos de sus mejillas no paraban de palpitar. Aplaudía con ambas manos y en sus ojos podía verse la emoción que sentía. Mi tío le puso ganas y fuerza al llegar a «Cuando vienen los amigos, siempre hay buen vino, y si viene un lobo, le esperaremos con las escopetas cargadas». Sus ojos lanzaban intensos destellos de luz y emitían un sentimiento auténtico que nadie podría haber negado. Entonces los jóvenes se precipitaron hacia sus bicicletas, se montaron en ellas y se marcharon corriendo. Miraron a mi tío y uno de ellos le dijo: «¡Eh, compañero, estás hecho un artista! ¡Que talento el tuyo! ¿Dónde has aprendido a silbar así? ¡Pareces un instrumento de música…!». Mi tío le replicó: «¡Pues aprendí en la mina, sacando carbón…!». El joven

que tenía la cara llena de granos, le preguntó: «¿En una mina? ¿No estás tomando el pelo…?».

Me resulta imposible describir aquí la apariencia imponente de mi tío, aunque con unas pocas frases lo intentaré. Medía un metro setenta y seis centímetros, y en esa época se consideraba alto alguien con esas medidas. Tenía la tez oscura y la nariz recta, una mata de pelo dura y tupida en la cabeza, cejas densas y ojos relativamente pequeños, pero muy brillantes. Vaya, debo explicarme mejor. Mi tercer tío era en realidad el hijo de la tercera cuñada de mi abuelo paterno, pero todo el mundo lo trataba como si fuese el hermano de mi padre. Su relativa juventud y ese estatuto ambiguo en la familia —por expresarlo de manera sencilla— lo convertían en alguien más libre que los demás; por eso se pasaba por el forro tanta parafernalia para casarse con la joven más bella de la municipalidad principal de Gaomi, que era lo que realmente le interesaba. Lo cierto es que ya se acercaba a los cuarenta años y todavía estaba soltero. Un día se presentó una mujer procedente de las regiones del noroeste de China y le suplicó a mi tío que se casase con ella. La mujer traía con ella un niño y una niña; al parecer, mi tío era el padre del niño, aunque él nunca lo reconoció. Hablo así para que todo el mundo comprenda cómo es mi tío y por qué vivía en un centro urbano mucho más grande que nuestro pueblucho en el cantón noreste de Gaomi. También quiero decir con ello que, aunque la sangre que corría por sus venas no era exactamente la misma que la nuestra, y su conducta dejaba mucho que desear, nunca lo consideramos un extraño. Más bien lo contrario. Con osadía y mucha seguridad en sí mismo, se hizo apellidar Gao (su primer apellido, que no quiso cambiar bajo ningún pretexto) y con ese nombre entró por derecho propio en el árbol genealógico de nuestra familia. Tenía muchas habilidades, y una de ellas era la música, que aprendió seguramente durante su estancia en el noroeste de China, cuando dejó embarazada a esa mujer.

El joven del acné vio de repente la luz y dijo emocionado: «¡Oh! ¿Acaso no eres Gu Shuanghong? Nadie tiene la piel tan blanca como la tuya». Otro joven, uno que exhibía unos bigotes negros, añadió: «Pensábamos que te ibas a casar con ese pueblerino de tez negra que se gana la vida recogiendo las boñigas de las vacas. Dínoslo, ¿es cierto? Tú te mereces algo mejor. ¡Por eso nos pusimos a silbar delante de tu casa!». Mi tío tercero sacó unos cigarrillos, los repartió entre los jóvenes y los encendió. A aquellos tipos no les faltaba arrogancia, pero también sabían apreciar el aroma intenso de ese tabaco. El que parecía de mayor edad, uno con la cara plagada de lunares negros, quiso saber: «¿Puedo preguntarte tu nombre, compañero…?». Mi tío le contestó: «Gao». El joven de los lunares negros miró al buey, luego me miró a mí y volvió a preguntar: «Y

este… ¿quién es este…?». Mi tío respondió: «Mi hermano pequeño, que me acompaña para echarme un mano. ¿Os molesta…?». Los tres muchachos contestaron al unísono: «¡No, para nada! ¡Lo que digas tú…!». Mi tío tercero explicó: «He venido hoy para traerle la dote a mi futura esposa, pero este armario es demasiado pesado y no podemos levantarlo solos, y mi suegro no está para estos trotes». Los tres jóvenes se ofrecieron: «¡Asunto hecho, hermano! Somos amigos de Gu Shuanghong y por ella haríamos cualquier cosa». Mi tío sonrió con desdén, pero no les dijo nada más. Entre los cuatro pusieron el armario de madera de catalpa encima del carro. Todavía, no obstante, quedaban un par de cajas, pero estas eran de madera del árbol de Wutong, menos pesadas, por tanto, que el armario. Las levantaron entre dos y las cargaron en el carro sin ninguna dificultad. Ayudándose unos a otros, consiguieron meter también el colchón, las almohadas, las mantas y las sábanas, así como el resto de los enseres que pertenecían a la dote de mi futura tía. Lo más pesado eran las velas, que tuvieron que envolver en papel de periódico para introducirlas en las cajas. Finalmente ataron las cajas al carro con cuerdas y mi tío volvió a ofrecerles un pitillo a cada uno. Se dijeron los nombres y se hicieron amigos. Lo cierto es que su amistad duraría muchos años.

Eran más de las tres de la tarde, y el sol ya estaba inclinándose hacia el oeste. Estábamos en la estación del año en que los días son más cortos. Un par de horas de luz y se haría de noche. Mi tío tercero ató el buey mongol junto al pozo que había en el patio de la casa de sus futuros suegros y a continuación se despidió de ellos. Su suegra también tenía un rostro bello y agradable a la vista. Yo había oído decir que él, muy sensible y receptivo a la belleza femenina, viniese de quien viniese, incluso de su futura suegra, la había silbado con la pretensión de seducirla y ligar con ella. También se decía que mi tío era muy hábil en eso que llaman «relaciones sociales»; la suegra, que se las veía venir, le decía con la amabilidad y discreción que la caracterizaban: «Bueno, quédate a dormir esta noche, pero mañana te vas temprano. ¿Te parece bien…?». Mi tío le contestaba: «Oh, para nada; nos quedaremos un poco más…», y, efectivamente, se quedaba en la casa y no se iba.

Yo pensaba que mi tía nos iba a ayudar con los trastos, pero en ningún momento salió de la tienda. El abuelo y la abuela nos despidieron con la mano. Mi tío no paraba de silbar; sus melodías se parecían a los trinos de los pájaros. Nadie en este mundo podría haberlo diferenciado, eso al menos le había oído decir a mi tía. Más tarde mi tío tercero me fue contando: «Me puse a silbar a tu tía esa melodía que llaman el «silbido del pato mandarín», que es insuperable para asuntos románticos, y los tres jóvenes se dieron cuenta de ello.

En sus rostros, entre rojo y blanco, aparecieron muecas nada naturales…». El carro estaba ya tan lleno que no cabía un alfiler, y mi tío me dejó sentarme sobre una de las cajas. Conmigo encima, aún pesaba más, pero también ganaba en estabilidad. Mi tío decidió desplazarse a pie, apoyándose en el eje y guiando al buey. Los tres jóvenes, que estaban presenciando el espectáculo, nos siguieron. El del acné dijo: «¡Hermano, no te quitamos la vista de encima…!». Mi tío se puso a silbar la melodía «Un nueve de septiembre esplendoroso»[168]. Por supuesto, la tonada enloqueció a aquellos tres. Mi tío dijo: «Mis queridos compañeros, no nos sigáis. Seguro que nos veremos de nuevo en el futuro». Ellos, decepcionados, se montaron en sus bicicletas y se fueron. Eran operarios de la planta procesadora de algodón y tenían que volver a sus trabajos.

Mi tío, muy orgulloso de sí mismo, me preguntó: «Xiao Guang, ¿has visto cómo lo hace tu tío…?». Yo le respondí: «Pues lo haces muy bien, tío, tienes mucho talento». Él puntualizó: «El talento que te da el Cielo no basta. Para la música se necesita sensibilidad, y yo la tengo para cualquier tipo de canción. ¡Y además las recuerdo! Convéncete, Xiao Guang, tu tío viene de las minas, allá en las montañas, y sabe de lo que te habla». Y a continuación, nos dirigimos hacia la puerta este, donde estaba la calle de los herreros. Como era de esperar, había varios talleres con sus hierros y sus fraguas. En esas herrerías se hacían hoces, azadones, palas y otras herramientas para el campo. Oír los golpes de los martillos contra los hierros que reposaban sobre los yunques sacudía los corazones. Las calles estaban llenas de cenizas y carbonilla. Entre la carbonilla había fragmentos de hierro que desprendían un olor muy particular que repugnaba a la gente. Salimos de la calle de los herreros y doblamos a la derecha. Queríamos fisgonear en las vías de tren que pasaba bajo el puente. Tras atravesar el puente por encima de los raíles, uno salía de lo que se consideraba la municipalidad de Gaomi y su principal centro urbano, que llevaba el mismo nombre. Cuando ya dejábamos atrás el túnel, una de las ruedas del carro se reventó tras impactar con las vías metálicas y se desinfló de golpe. Mi tío tercero suspiró hondamente y dijo apesadumbrado: «La hemos cagado. Saquemos todo lo que hay encima y veamos si podemos reparar este neumático». Mi tío me consoló: «No te preocupes, Xiao Guang, no hay montaña que no pueda superarse ni río que no pueda cruzarse».

Aparcamos el carro a un lado de la carretera y soltamos el buey. Mi tío me pidió que me quedara vigilando mientras él iba a ver a uno de los herreros del otro lado de la carretera y le pedía prestadas unas herramientas. De hecho, solo pidió unas pinzas metálicas, con las cuales podía sacar la rueda y poco más. Me dijo: «Xiao Guang, esta noche estaremos de vuelta a casa. Te lo aseguro». Yo repliqué

escéptico: «¿Cómo va a ser posible? Nos vamos a morir congelados bajo este puente en medio de ninguna parte, y el buey se nos va a morir de hambre». Mi tío me contradijo: «Ya verás como no. No nos vamos a morir congelados ni el buey se va a morir de hambre. Vigila bien el carro y el buey. Voy a buscar a alguien». Enseguida le pregunté: «¿Vas a buscar a la tía tercera…?». «No, no voy a su casa», me respondió.

El sol estaba próximo a desaparecer detrás de la montaña cuando mi tío se presentó con los tres jóvenes de antes. Todos vestían monos de trabajo cubiertos de manchurrones de grasa y aceite, pero llevaban un saco con pinzas, llaves inglesas, destornilladores y otras herramientas. Después supe que pertenecían al equipo de mantenimiento de la planta procesadora de algodón y, por tanto, sabían mucho de mecánica. Lo primero que hicieron fue bajar el armario, que posaron sobre unos ladrillos para que no tocara directamente el suelo. Seguidamente, cogieron el neumático y lo limpiaron. Dos de ellos se quedaron allí, mientras el de la cara con acné se acercó donde yo estaba, con el carromato y el buey. Cuando terminaron la reparación observé que al día todavía le quedaba algo de luz. Tenía hambre y estaba cansado. El buey también tenía mucha hambre y no paraba de mugir, *mu, mu, mu*. Siguiendo los consejos de los tres jóvenes, y con su ayuda, nos acercamos a la entrada del hostal del hermano —el tercer cuñado, llamémoslo así— de quien iba a ser mi tía tercera y futura esposa de mi tío tercero. El establecimiento era en realidad una tienda donde vendían y reparaban carros de todo tipo, que el cuñado tercero utilizaba también como alojamiento; allí se encontraba por casualidad el viejo Liu, el maestro carretero de nuestro pueblo. Nada más vernos, le dio un saco de heno al buey, y los tres jóvenes le compraron veinte panecillos cocidos en el horno y nos los dieron. Los panecillos, a pesar de estar fríos, sabían de maravilla. A cambio, le pidieron algo a mi tío. «Eh, compañero, ¿quién te enseñó a silbar de esa manera? ¿Y por qué no nos enseñas a nosotros a silbar así?», le preguntó muy emocionado el de los granos en la cara. El tío tercero contestó: «Mi instructor fue el maestro Song, el maestro de escuela de nuestro pueblo. Tiempo después, homenajearíamos a ese hombre de gran valor. Ocho *li* al este de nuestro pueblo hay una granja nacionalizada donde, años atrás, con el fin de reeducarlos, llevaron a todos los acusados de reaccionarios y derechistas. Entre ellos estaba el gran maestro, el viejo Qiao, que se encargaba de llevar a pastar a las ovejas. En esa época se celebraba una competición de silbidos a nivel nacional. Mi manera de silbar también la aprendí con él». Los tres jóvenes dijeron al unísono: «¡Qué maravilla! ¡Nada da mejores frutos que la relación entre un buen maestro y un discípulo talentoso! ¿Y dónde está ahora el maestro Qiao? Iremos a mostrarle

nuestro respeto y admiración». Mi tío les contestó: «No podrá ser. El maestro Qiao murió en la primavera de 1961», y el joven de la cara con lunares preguntó: «¿Y de qué murió? ¿Murió de hambre?». El tercer habló de nuevo: «Se cuenta que se suicidó, ahorcándose con una cuerda. Me parece verdaderamente penoso». Los muchachos volvieron a hablar todos a una: «¿Y dónde podemos ir a rendirle un homenaje? Si ya no está entre nosotros el maestro Qiao, te pedimos a ti que seas nuestro maestro». Mi tío repuso: «¿Vosotros, que sois unos obreros en una fábrica, queréis aprender a silbar? ¿Para qué? ¿Para hacer el gamberro…?». Los jóvenes le respondieron: «El encargado de escribir los documentos de nuestra fábrica es un tipo amante de las letras y las artes, y además sabe tocar la armónica muy bien. Nos ha dicho que debemos aprender a silbar y a hacerlo como lo hacen los grandes especialistas. En su opinión, silbar debía ser reconocido como un arte. Digamos que no hay muchos cuadros del Partido como él». Mi tío tercero apuntó: «En la mina donde trabajo hay una joven que toca la armónica. Yo también quería aprender a tocar ese instrumento, pero no me dejaron. Espero que un día me permitan acceder a ese arte. Gu Shuanghong también sabe silbar muy bien. ¿No lo sabíais?». El joven de la cara pálida y los bigotes dijo: «Oh, esa *xiaojie* trabajaba con nosotros en la planta procesadora de algodón. ¡La recuerdo! ¿No era ella…?». Mi tío le respondió: «Pues no lo sabía, la verdad». El de los granos en la cara le hizo una señal con los ojos al joven de los bigotes y le pidió: «Compañero, no te vayas. Nosotros nos vamos a desayunar y ya vendremos a buscarte otro día. ¡Y te conviertes en discípulo de este gran maestro…!». Mi tío parecía uno de esos personajes de ríos y lagos[169], como salido de ese inframundo que era el pueblo que vive en la sombra, con sus justicieros errantes y sus artes marciales, sus poetas y sus actores itinerantes, sus marginados y sus vagabundos con sus leyes de hermandad y sus propios códigos éticos al margen de la sociedad. Cubrió el puño de su mano izquierda con la palma de la manera derecha, y habló así a los tres jóvenes: «Hermanos, no tengo palabras para agradeceros vuestra ayuda y vuestro aprecio hacia mi persona. Me lo guardo en el corazón». El joven de la cara pálida y los bigotes preguntó: «¿Puedes silbar esta octava?». El tío extendió los cuatro dedos, sonrió y dijo: «¡No es suficiente! ¡Silba la cuarta…!». Y el joven del acné escupió al suelo y con actitud infantil dijo: «¡Cielos! ¡Esto suena divinamente!».

Dormí como un tronco durante la noche. Mi tío me despertó al alba, descubrimos al buey y nos apresuramos a tomar el camino de vuelta hacia nuestro destino, que quedaba bajo el puente y cruzaba las vías del tren. Salió completamente el sol y entonces, asombrado, vi la escarcha que se había posado sobre los árboles.

III

Aún me ha quedado algo por explicar. Mi tío tercero y mi tía tercera se casaron y su relación fue sólida y estable. A pesar de que mi tía tenía una pequeña deformidad en una de sus piernas, ello no afectó en nada a su belleza como mujer. Apenas se podía ver ya a uno de esos mineros exhaustos que extraían carbón en esas minas peligrosas y vivían en los pueblos remotos de la comarca. Esa era la vida dura y miserable a la que la voluntad del Cielo había destinado a mi tío tercero, pero esa era en realidad su suerte. Se contaba que, durante el otoño de 1960, mi tío tercero pidió en la mina de carbón donde trabajaba unos días libres para regresar al pueblo y organizar el funeral de su padre. Mientras esperaba el tren en la estación de Fangzi tuvo que asistir a un viejo que se había desmayado y había caído al suelo. El viejo no era otro que Gu Zhuanlu, el padre de mi tía tercera. En esa época, Gu Zhuanlu acababa de alcanzar la cincuentena y, aunque según los criterios de hoy día sería un hombre joven, entonces era un viejo. Gu Zhuanlu trabajaba como oficinista encargado del papeleo administrativo, sin ninguna inclinación política, en el antiguo régimen nacionalista; el nivel más alto al que llegó fue el de jefe de departamento. Aunque nunca fue un traidor y apoyó la Revolución de 1949, sufrió la tortura y los maltratos de los activistas revolucionarios y pasó diez años en prisión tras la Liberación. Cuando mi tío tercero se encontró con él ese día de otoño en la estación de tren, justo acababa de ser liberado de una granja de reeducación al norte del río Wei. Estaba delante de mi tío comprando su billete cuando se desplomó. El hombre tenía tanta hambre que no podía ni mantenerse de pie. Estaba tan delgado y demacrado que nadie fue capaz de reconocer a Gu Zhuanlu y, lo peor de todo, nadie se dignó a ayudarlo porque sabían de dónde venía. Bueno, no todos actuaron así. Mi tío, jadeando, se agachó inmediatamente, lo agarró y lo puso sobre un banco de madera. El viejo Gu lanzó un escupitajo verde —el color verde era ciertamente como el de los saltamontes de mi pueblo, y el escupitajo olía igual de mal que ellos—. Mi tío le dijo que sabía que tenía mucha hambre y le dio algo de comer para que volviese al mundo de los vivos. Si no lo hubiese hecho, el viejo Gu habría muerto en poco tiempo. Mi tío tercero apenas tenía un par de panecillos de harina negra cocidos al vapor, como aquellos que yo había atado a mi cintura para dárselos a mi madre cuando estaba en el hospital. No se atrevía a mirar a los ojos al viejo Gu, pero la cara delgada de ese hombre abatido se movía de un lado a otro. Finalmente, mi tío agarró uno de esos panecillos y le dio la mitad al viejo Gu. Mi tío tercero decía que el aroma de *mantou* resucitaba a un muerto y atraía particularmente a quienes estaban hambrientos. Gu Zhuanlu se lo zampó de varios

bocados. En ese momento, una mujer con un par de niños se plantó delante de mi tío y, con lágrimas en los ojos, le pidió: «Camarada, camarada, dé algo de comer a este par de niños. ¡Llevan tres días sin probar bocado…!». Mi tío me contó que los pequeños estaban en un estado lamentable y daba pena verlos. No podía mirarlos a la cara, y sacó inmediatamente la otra mitad del *mantou* que le quedaba en la mochila, lo dividió en dos partes y se lo repartió a los dos niños. Nada más hacer ese gesto, una caterva de gente lo rodeó. Mi tío se apresuró a disculparse por no tener más panecillos que darles. «¡Solo me queda un *mantou*! —les dijo—, y se lo quería dar a mi madre para mostrarle mi amor filial»[170]. Un individuo de mediana edad, sucio y con el cabello revuelto, le agarró de repente la mochila, se giró y salió corriendo con ella. Manoseaba el *mantou* mientras corría como si quisiese comprobar que era real, y al final se quedó con el *mantou* en la mano y arrojó la mochila al suelo. Mi tío salió tras de él. El tipo le iba dando mordiscos mientras corría como un desesperado. Mi tío tercero me contó que, cuando consiguió poner su mano sobre el hombro de ese muerto de hambre, el muy desgraciado ya se lo había tragado todo: pero el panecillo se le había quedado encajado en la garganta, incapaz de llegar a su destino, el estómago. Los ojos del desharrapado estaban blancos, y mi tío le dio unas palmaditas en la espalda, hasta que expulsó violentamente lo que le quedaba de *mantou*. Mi tío suspiró, soltó al pobre hombre y regresó a la sala de espera de la estación de tren. Gu Zhuanlu ya estaba sentado correctamente en uno de los bancos. Una mujer recogió la mochila del suelo y se la dio a mi tío, y luego le dijo: «¡Oh, mi gran hermano, eres verdaderamente una persona caritativa!».

Ese día, mi tío y Gu Zhuanlu cogieron el tren juntos para dirigirse a Gaomi. Al salir de la estación de tren, el viejo le dijo: «No te lo esconderé, he trabajado para el antiguo Gobierno y por ello me han hecho pasar diez años en prisión. Hoy mismo me han liberado. Mi casa se encuentra en el callejón de los Inmortales del Paso del Este, que no está muy lejos de aquí. Si no es mucha molestia, te pediría que me llevases hasta allí, y permíteme que te devuelva el favor que me has hecho dándote algo de comer. Mi casa es, de hecho, una cerería, pero ese negocio me da todavía para llenar el estómago y poco más». Mi tío se quedó mirando al viejo, que estaba más muerto que vivo, y sintió que no podía aguantar verlo así. Le resultaba insoportable. A pesar de que debía ir a ver a su madre, que acababa de quedarse viuda, decidió acompañar al viejo Gu a su casa en el callejón de los Inmortales del Paso del Este. Gu Zhuanlu invitó a mi tío tercero a que se quedase en su casa, pero él, que había dejado temporalmente su trabajo en la mina para organizar el funeral de su difunto padre, no pudo aceptar. Finalmente, Gu Zhuanlu le dijo: «Joven, regresa a tu

casa y haz lo que tengas que hacer, que no será poco. Cuando acabes, te pasas por la antigua cerería, no te olvides de la dirección». Mi tío tercero le prometió que así lo haría. Mi tío volvió a su casa y vio el cuerpo sin vida de su padre expuesto en el cuarto principal, pero se encontró además con otra sorpresa. Entretanto, su madre también se había muerto, pero de hambre. Los dos cadáveres estaban expuestos el uno junto al otro y sus rostros se cubrían con un fino papel de color amarillo. A saber quién los habría dejado ahí a los dos tan solos. En esa época la vida era muy dura y no era fácil hacerse con un féretro. Mi tío, que no tenían ninguna experiencia en esos asuntos, envolvió a su madre en unas telas de fieltro roto y a su padre en una estera que estaba sobre el *kang*, y quiso enterrarlos sin más esperas.

En lo que respecta a cómo llegó a casarse con mi tía y las circunstancias exactas, mi tío no me dijo nada, y yo no me atreví a conjeturar sobre el asunto con nadie. Sobre la opinión de mi tía tercera cuando lo vio por primera vez, ella tampoco contó nada. Nunca en realidad tuve acceso a esa información, pero había oído decir algo a mi hermana mayor: los padres de nuestra tía tercera ya pensaban reclutar a mi tío tercero como yerno, pero ella no estaba de acuerdo: les dijo que en la sociedad del futuro la familia y su historia importaban mucho y, si el tío tercero se convertía en un miembro más de la familia, la descendencia arrastraría todos los problemas que ese hombre de mala vida a ojos de los comunistas traía con él más los de su propia familia, la familia Gu, con muchos vínculos con el antiguo régimen. Los hijos y los hijos de los hijos carecerían de futuro en la nueva China. Solo los hijos de los campesinos lo tenían, me dijo mi hermana, y por eso nosotros teníamos un gran futuro por delante. La tercera tía era muy inteligente, a pesar de no ser una persona educada ni culta. Mi hermana mayor me contó que había pronosticado que la cerería no iba a durar muchos años. En la nueva sociedad, cuanto más pobre se era, más gloria y honor se obtenía, y cuanta más gloria y honor se obtenía, más desgraciado eras.

Años después, cuando aparecieron los Guardias Rojos durante la Revolución Cultural, lo primero que hicieron en la cerería fue coger esas velas hechas con grasa de buey y sustancias de aceite de lana ovina y cambiarles los mensajes que llevaban escritos. Así, frases como «Si la lealtad profunda pasa a través de las generaciones, el *Libro de las Odas* tendrá larga vida en este mundo[171]», o «Con el paso de los años la gente se hace más y más longeva, pero la fiesta de la Primavera (el Año Nuevo) traerá en cada ocasión riqueza y prosperidad a las familias[172]» se prohibieron y fueron reemplazadas por eslóganes revolucionarios. Más tarde se dijo que esas velas revolucionarias se agotaron rápidamente y ya no queda ninguna disponible. Unas frases por otras, al fin y al cabo, pero siempre la misma obsesión entre la

gente por oraciones bien escritas, con mensajes instructivos. De hecho, no dieron ninguna suerte a nadie, y la cerería terminó cerrando. Salió a relucir además la problemática historia del abuelo materno (el padre de mi tía tercera), a quien sacaron a la calle, arrastraron ante la vista de todos, humillaron y confiscaron todas las propiedades. Junto con su esposa, ese par de viejas bocas no sabía en esos momentos si preferían estar vivos o muertos, y decidieron suicidarse: se colgaron del techo (o los colgaron, como también se cuenta) y luego alguien, más tarde, volvió a prender fuego a la cerería para que absolutamente nada pudiese salvarse de ese viejo mundo. Los vecinos se dedicaron a proteger sus casas y vieron cómo esa «antorcha de fuego» (así se llamaban los incendios en mi pueblo) volvía a destruir y convertía de nuevo en ruinas la vieja tienda.

Fue en esa época cuando supimos de la inteligencia y sabiduría de la tercera tía. Corrió el rumor de que, después de quedarse huérfana tras el suicidio de sus padres, fue adoptada por Gu Zhuanlu y su mujer, y ello a pesar de que no mantenían ninguna relación de sangre. Fue imposible encontrar una prueba de ello. Cuando la cerería se quemó, los tres compañeros de la planta de algodón enviaron una carta al tercer tío para informarle de la noticia. La Revolución Cultural acababa de comenzar y la situación era caótica.

Mi tía tercera no paraba de llorar en esos momentos, cuando debía recuperar algo tan precioso y querido como las reliquias de la antigua cerería de sus padres, pero lo hacía sin gritos ni aspavientos. Para entonces, ella ya tenía una hija de corta edad, que dejó con mi madre para que la cuidara junto conmigo, y con la ayuda de un tractor de una de las granjas junto al río Wei, decidió intentar recuperar las reliquias que habían sobrevivido al fuego. En esto del tractor la ayudó mi hermana mayor, que se había convertido en uno de esos actores de ópera tradicional con cierta fama que tuvieron que dispersarse por todo el país para no ser acusados de antiguallas. Mi hermana, que no solo sabía cantar y bailar, también leer y escribir, se había recluido en una granja aislada en el campo. Ah, y se me olvidaba…: Sabía silbar como pocos. Mi tío tercero le había enseñado ese arte, en el que demostró tener mucho talento y que aprendió con rapidez. Por lo general estiraba los labios y los retorcía como he visto pocas veces hacer. Creo que tenía una disposición natural para silbar, aunque reconozco que también parecía poseer un talento divino. Uno creía estar soñando al oírla, o eso me pareció la primera vez que la escuché: nos dejaba a todos anonadados. Más tarde nos acostumbramos a escucharla, y su habilidad dejó de sorprendernos. Lo cierto es que su nivel no era tan alto como el de mi tío tercero, que era un auténtico maestro, pero ella tenía una ventaja que no tenía él: sabía cantar, y eso implicaba que podía expresar musicalmente lo que llevaba dentro.

Además, tenía mucho mundo, ya que había estado en contacto estrecho con las gentes del espectáculo. Frecuentaba a una de sus compañeras (una de esas «actrices diseminadas», si se me permite la expresión), que se llamaba Yuan Xiaofeng, de la que terminó haciéndose muy buena amiga. Precisamente el padre de Yuan Xiaofeng era el conductor del tractor de la granja y fue quien se lo prestó a mi hermana.

El tractor nos condujo hasta las vías de tren que quedaban bajo el puente y estuvo esperándonos pacientemente unas tres horas. Vimos salir el tren con los vagones cargados de carbón que iban a la estación. Mi tía tercera y yo nos dirigimos a la calle de los Inmortales, pero ella, con su cojera, no podía avanzar muy deprisa. En mi cabeza aparecían ininterrumpidamente la escena de tres años atrás, cuando, subido en un carromato que arrastraba un buey mongol, acompañé a mi tío en el traslado de la dote de mi tía tercera. Esas escenas están todavía hoy día vivísimas entre mis recuerdos.

Nada más llegar al lugar de la desgracia, vi que apenas quedaba en pie un muro sucio y negro como el plumaje de un cuervo, muchas cenizas y escombros. A pesar de que habían pasado pocos días desde el incendio, el olor intenso y desagradable a cera quemada, así como el de los aceites y los sebos había desaparecido totalmente. Mi tía tercera estaba pálida. Entre las ruinas encontré un bastón de madera y unos cuantos huesos, en la que se suponía que era la habitación donde se habían suicidado los padres biológicos de mi tía tercera. Ella se sacó el pañuelo violeta que cubría su cuerpo y recogió tantos restos como pudo. Algunas mujeres nos miraban desde lejos, seguro que eran vecinas de la tercera tía, pero ninguna se atrevió a acercarse. Solo miraban el cielo a esas horas del mediodía y se hacían las distraídas. La tercera tía sacó tres céntimos del bolsillo y un cupón para medio *jin* de grano y me pidió que fuese a comprarme un par de *mantou* para aliviar el hambre. Le dije que mi madre me había dado ya un par de céntimos. Mi tía tercera, sin embargo, me rogó que aceptara su dinero. Me aconsejó tomar la calle hacia el oeste. Al llegar a un cruce me encontraría con una cantina frecuentada por trabajadores, campesinos y soldados. Ahí servían *mantou* y panecillos cubiertos de sésamo *shaobing*. Fui y compré varios *mantou*.

Al regresar con mi botín, vi que mi tía tercera estaba llorando a lágrima viva con las manos en su rostro. Las vecinas, que eran ya ancianas, estaban a su lado hablando con ella. También observé que mi tía sujetaba un papel entre las manos. Más tarde supe que era el testamento escrito por su abuelo, pero no iba dirigido a ella, sino al comité revolucionario. Ese documento probaba que mi tía tercera era su hija y, por tanto, iban a dejarla huérfana. Los padres de la huérfana eran miembros encubiertos del Partido Comunista que habían sido

fusilados por el Gobierno nacionalista. El documento lo demostraba. Mi tía era, por tanto, descendiente de unos mártires de la Revolución de 1949. Incluso si no se lo reconocían abiertamente, había que admitir que la joven tenía muy buena disposición y mucho talento, muchas virtudes consideradas revolucionarias, vaya, y eso era lo mínimo que podía decirse de ella: en sus venas corría sangre revolucionaria. Nada importaba el pasado nacionalista de su padre adoptivo, la sangre de mi tía no cambiaba: era sangre revolucionaria, y eso fue lo que escribió el abuelo materno de mi tía antes de morir.

Yo tenía poco don de palabra y no sabía explicarme bien, y menos convencer a alguien. Solo podía acompañar a mi tía en sus llantos. Tras un buen rato llorando, se secó finalmente los ojos, se levantó, se inclinó ante esas ancianas y les agradeció que le hubieran entregado el documento. Varias mujeres desfilaron ante ella para despedirse. Le di a mi tía un par de *mantou* y un pepinillo avinagrado. Ella me pidió que me lo comiera yo, pero le dije que no tenía hambre; yo era un jovenzuelo inteligente y solo me había comido un *mantou*. Dejé, pues, el otro y la mitad del pepinillo y los deposité en la mano de mi tía. Se comió el *mantou*, pero de sus ojos salieron más lágrimas. Indignado, dije: «Les dieron una paliza de muerte a los abuelos. Deberíamos despedirnos de ellos como se merecen». Mi tía forzó una sonrisa y me dijo inesperadamente: «Mejor que ya estén muertos. Su vida era demasiado dura».

Ocurrió en agosto de 1966. Lo sucedido en esa época, según recuerdo, no tuvo nada de convencional. Lo rememoro como quien rememora una pesadilla: una pesadilla con un componente romántico y otro carnavalesco. Incluso cabría decir que tuvo algo de artístico, quizá un malentendido de juventud o algo desagradable y difícil de contar.

Tiempo después oí contar al tartamudo Yang que mi tío tercero, en privado, había realizado una ceremonia en honor a Gu Zhuanlu y su esposa en las ruinas de la cerería. Se denominaba el sacrificio a los ancestros[173], y era sencillamente un homenaje a los muertos. El tío tercero no se atrevía ni a quemar incienso ni papel, así que se había limitado a llorar y silbar entre los escombros.

El enlace matrimonial entre el tío tercero y la tía tercera es algo de lo que debo hablar. Antes de su boda, se establecieron relaciones entre nuestra familia y la de mi tío tercero, y, por así decirlo, se oficializó «el traspaso». Mi abuelo paterno y sus hermanos eran tres, mi abuelo era el de en medio y hacía tiempo que vivía independientemente. Mi abuelo paterno y el tercer abuelo nunca habían separado a ningún miembro de la familia. Aunque el tercer abuelo era un holgazán sin ocupación conocida, mi abuelo lo consideraba como un hermano pequeño y lo toleraba. Tras la boda del tercer abuelo con una joven

exiliada en las tierras del oeste del país, mi abuelo limpió y puso en orden las tres habitaciones que quedaban junto a una tierra de cultivo, para que la reciente pareja pudiese vivir permanentemente allí. Parece ser que el tercer abuelo había instalado otro horno en la casa para sacar algo de dinero, pero sus finanzas no iban bien; siempre le faltaba algo, de modo que se presentaba en nuestra casa para cogerlo.

En 1960, el tercer abuelo y la tercera abuela murieron. Mi tercera abuela había traído al mundo a una niña (la llamábamos la tercera tía), que tuvo que irse a la provincia de Heilongjiang para casarse. Mi tercer tío estaba en la mina, y por esa razón la casa estaba vacía. El año 1963, el de las grandes inundaciones, la vivienda se derrumbó. A raíz de eso, mis padres decidieron restaurar la habitación del ala este de nuestra casa y destinarla a mi tío tercero y mi tía tercera cuando estuviesen casados. Mis abuelos gozaban en esa época de muy buena salud, pero a mi abuelo no le había gustado nunca la «ruta» de la colectivización, y se prometió no volver a trabajar con las gentes de la comuna; incluso dejó de interesarse por los asuntos domésticos. ¿Por qué mis abuelos murieron precisamente ese año tan duro? Nadie se lo explicaba. Yo no me atrevía a hablar con ellos cuando estaban vivos, nunca les preguntaba nada. Mi tercer abuelo murió debido a un panecillo de semillas de algodón. Había recibido provisiones de supervivencia básica del Gobierno, exactamente tres *jin* de panecillos de semillas de algodón. Se dirigía a casa al mismo tiempo que se lo zampaba —al llegar ya se lo había terminado—; después sintió sed, bebió agua y el panecillo empezó a hincharse dentro del estómago… La muerte de mi tercera abuela tuvo mucho que ver con el hambre que había padecido, aunque la causa inmediata fue una enfermedad.

Las cosas fueron así, que lo comprenda todo el mundo. ¿Acaso parece que estoy escribiendo una novela? Pues no. Simplemente estoy intentando explicar por escrito algunos hechos, anotando algunas frases para dar cuenta de lo que ocurrió.

Como no pudimos cumplir con el tiempo estipulado por el secretario Gu, nos fue imposible pedirle que nos prestase una carreta para utilizarla como carruaje nupcial y así llevar a la tercera tía a la boda. En esa época, yo solo era un niño de siete u ocho años, pero mi tío tercero me consideraba como un amigo íntimo y compartía conmigo todas sus alegrías, sus tristezas, sus preocupaciones. Me dijo: «Xiao Guang, incluso si el viejo Gu nos presta una de esas carretas de madera, nosotros no la utilizaremos. Te lo digo, ¡utilizaremos el carro con el buey mongol para llevar a tu tía tercera! ¡Si no, perderemos nuestro honor!». Yo le dije: «Lo perderemos de todas formas. Se van a reír de nosotros. La belleza de la tercera tía es una leyenda para las gentes de Gaomi. Tío, tengo un plan…». «¿Y qué planes tienes? —me preguntó—. ¡Rápido, dímelo…!». Yo le contesté: «¿Por qué no vamos a

una de esas granjas junto al río Wei y pedimos prestado un vehículo motorizado grande? Pero no cualquier vehículo motorizado, ¡mejor un tractor…!». Mi tío me replicó: «No, eso no funcionará. Tengo otro plan que podríamos poner en marcha sin ningún problema…». Mientras mi tío tercero iba a comprar unas hojas de tabaco secas en la Sociedad de Ventas y Suministros, yo me dirigí al campamento de la comuna para buscar al secretario segundo, el tartamudo Yang. Quería que me prestase su bicicleta de la marca Defensa Nacional. El tartamudo Yang me preguntó: «¿De qué conoces tú a este tipejo, Gao el Tercero? Ya lo he dicho antes en numerosas ocasiones: ¡se puede prestar a la mujer, pero no la bicicleta…!». Lo único que hice fue seguir al pie de la letra el plan de mi tío. Doblé las piernas, me arrodillé ante el tartamudo Yang. Su rostro enrojeció inmediatamente y se apresuró a decirme: «¡Le… levántate! ¿Qué diablos estás haciendo? ¿Quieres acabar conmigo?». Le rogué: «Si no le prestas la bicicleta a mi tío tercero, yo no me levanto». El tartamudo Yang volvió a repetirme: «¡Levántate! ¡Levántate! ¡Hablemos…!». Le miré de reojo y me hizo una señal con los ojos para que me pusiera de pie, y yo lo hice. El tartamudo Yang me preguntó: «¿Y qué diablos vais a hacer con mi bicicleta…?». Entonces, mi tío tercero le explicó: «Te diré la verdad, secretario Yang, me caso el día del Año Nuevo. Probablemente ya habrá oído hablar de ello. Mi futura esposa se llama Gu Shuanghong y es una de las jóvenes más bellas, si no la más bella, de la municipalidad principal de Gaomi. Son muchos los jóvenes de Gaomi que la cortejan, pero me ha elegido a mí, un pobre minero que saca carbón de la mina. ¡Por favor, no permitas que me convierta en un viejo solterón! Secretario Yang, quería servirme de ese carro roto y ese buey para llevar a mi futura esposa a su boda, pero no creo que vaya a funcionar. ¡Vamos a ser le hazmerreír de todos, incluidos los miembros de la comuna! Perdería mi honor, por muy pobre y humilde que sea en la realidad». El tartamudo Yang le preguntó: «¿Y qué pasa por tu cabeza? ¿Acaso quieres llevar en bicicleta a la novia ese día? Sinceramente, tampoco está en las costumbres locales hacer una cosa así. ¿Dónde hay un escribano que tome nota de un hecho tan inusual como este?». El tío tercero le respondió: «La última vez que fui a la municipalidad principal de Gaomi me traje conmigo la dote de mi futura esposa y me hice amigo de tres jóvenes que trabajan como operarios en la planta procesadora de algodón, los tres disponen de bicicletas, y de las buenas, y tienen fiesta para el día del Año Nuevo. Si te pido prestada la bicicleta es para ir a buscar a esos tres amigos, ya que quiero que asistan a mi boda. ¿Lo comprendes ahora, secretario?». El tartamudo Yang dijo: «¿Y qué pasa si no puedes ir?». «Secretario Yang —dijo mi tío—, Año Nuevo es en un par de días, aún hay muchas cosas dentro de la casa. No puedo perder tiempo. Soy muy lento andando, aunque

siempre podría ir corriendo… No sabes lo esnob que es la madre mi futura suegra. ¡La muy zorra hizo todo lo posible para que su hija no se casara conmigo! Pero si voy en una bicicleta, y de las de marca, aunque sepa que no es mía, seguro que su opinión respecto a mí se suavizará. El punto crucial es este: si puedo traer a mis tres amigos, seguro que en el rostro de mi mujer se hará la luz. Por esa razón, secretario Yang, ¡usted debe ayudarme! ¿Lo entiendes ahora?».

El tartamudo Yang dio unas hojas de tabaco seco a mi tío en señal de respeto; enrojeció y le temblaron los labios. Parecía como si le hubiesen cortado el cuerpo en pequeños pedazos. Después, con los labios todavía temblorosos y unos ojos que no paraban de pestañear, accedió: «Vale, vale, vale…, mi estimado Gao el Tercero, considerando que tu futura esposa es… la mujer más bella de Gaomi, ¡te presto la bicicleta! ¡No se hable más!». El tartamudo Yang sacó la bicicleta, la enderezó y se agachó para comprobar el aire de las ruedas, luego agarró uno de los pedales e hizo rodar el piñón grande a alta velocidad. Se quedó como en trance escuchando el sonido de los pedales y del piñón circular girando sin parar, y dijo: «Escucha, escucha, este vehículo no tiene ningún defecto. —Agarró los pedales y redujo su velocidad hasta que el disco del piñón se paró definitivamente, y prosiguió—: No aprietes muy fuerte los frenos. No es necesario y podría romperse algo». Seguidamente, dio unas palmadas al sillín, examinó los muelles que quedaban debajo y repitió varias veces: «Hay algunos desniveles, pero ¡puedes poner tu culo sobre él! Si se rompen los muelles, bueno, mejor no hablar de ello…, pero, por lo que más quieras, ¡ten cuidado con ella! ¡Trátala bien! Antes de las cinco, o, mejor dicho, a las cinco a más tardar, me la devuelves».

Mi tío tercero por fin se hizo con la bicicleta del tartamudo Yang y, sujetándola por el manillar, la sacó a la calle. El tartamudo Yang cumplió exactamente con lo que le pedimos, pero no paró de quejarse y de hablarnos como si fuéramos garrulos. Ayudó a mi tío a subirse en la bici, le dio un empujón en la espalda y le dijo: «¿Dónde aprendiste a montar? ¿No sabes cómo funciona? En primer lugar, no te pongas nervioso ni te alejes. Da un par de vueltas y que yo te vea. Preferiría prestarle la bicicleta a alguien experimentado, y es la primera vez que se la doy a un novato…». Mi tío le respondió: «Vale, vale, vale, voy a dar un par de vueltas para que me veas. Se metió en el patio de la comuna, que estaba situado a un lado de la calle, y se mostró como un ciclista muy habilidoso, empujando hacia delante con el cuerpo y pedaleando con las piernas atrás, arriba la de la derecha y luego la izquierda. Por último, la aparcó delante del tartamudo Yang. «¿Qué te parece? —le preguntó y luego añadió—: Cálmate, hombre» El tartamudo Yang le contestó: «Puedes irte, pero ve con cuidado…», y

mi tío quiso tranquilizarlo: «¡Y puedo ir con las manos libres…!». El tartamudo Yang le previno: «¡Ni se te ocurra! ¡Es obligatorio agarrar el manillar! ¡Si no lo haces, no te la presto! ¿Has entendido?». Mi tío le replicó: «Vale, vale, vale, sujetaré el manillar con las dos manos e iré con mucho cuidado. Cuando vuelva, inspecciona la bicicleta y, si hay algún rasguño, le pondré un repunte de pintura. Lo haré, claro que sí». El tartamudo Yang añadió: «¡Si la bicicleta pierde algo de su pintura, la vas a pintar entera! ¡Toda entera! Una bicicleta que ha perdido la pintura es una bicicleta que no sirve para nada». Luego abordamos la sencilla cuestión de si yo debía sentarme desde el principio en el asiento trasero de la bicicleta y dejar que mi tío pedalease a su gusto o, mejor, esperar a que se pusiese en marcha para acomodarme a continuación; el tartamudo Yang se puso histérico durante un buen rato hasta que finalmente decidió que lo mejor era que me sentase antes de arrancar. La segunda opción era más peligrosa y podía dañar la bici. Así que dejó que mi tío se subiera y luego lo hice yo. Las ruedas iban a tener que soportar mucho peso, pero eso ayudaría a que se acelerase con más inercia una vez en marcha.

Finalmente arrancamos y enfilamos la carretera para ir a buscar a los tres jóvenes amigos de mi tío e invitarlos a la boda. Tras varios cientos de metros vi al tartamudo Yang que regresaba al gran patio de la comuna, y lo supe: no podía olvidar su bicicleta. Mi tío me preguntó: «El secretario Yang ha vuelto, ¿no es así…?». «Sí», le respondí. Mi tío gritó entonces: «¡Cielos! ¡Retuerce los labios…!». «¿Y para qué quieres que los retuerza, para silbar?», le pregunté. Él me respondió: «¡He utilizado una metáfora, compañero…!». Y se puso a silbar.

IV

En la mañana del día de Año Nuevo de 1964[174], los tres amigos de mi tío tercero, que también eran mis amigos —el de la cara con granos se llamaba Zheng Huabo, el de la cara pálida y los bigotes negros se llamaba Deng Ran, y el de la cara con lunares se llamaba Qiu Kaiping —, descubrí que el apellido de todos ellos (Zheng 郑, Deng 邓 y Qiu 邱) llevaba el radical derecho de ocho trazos número 170: 阝[175] y, lógicamente, me dio por pensar en el nombre de mi tío tercero, que era Gao Bang (*bang* 邦). Los cuatro nombres compartían el mismo radical derecho (阝), el de «la cuchilla de las dos orejas» —así lo llamaban los lingüistas—. Se lo señalé: «¡Oh, qué coincidencia! ¿No te parece…?». En ese momento, mi tía tercera estaba acostada en la cama del ala este y mi tío tercero se encontraba sobre el *kang* en el ala

norte, recibiendo a sus tres hermanos de alma. Oí que les explicaba mi descubrimiento y, aunque les pareció extraño, tampoco le dieron ninguna importancia; sin embargo, yo sí lo hice. Mi tío tercero dijo: «¡Mis queridos hermanos, esta es la voluntad del Cielo…!». Deng Kaiping le replicó: «Deberíamos hermanarnos como hacían los antiguos, ¿no es así? Debemos hacer como Liu Bei, Guan Yu y Zhang Fei en el juramento de hermandad en el Jardín de los Melocotoneros[176]. Así somos nosotros. ¿Cómo se llama este pueblucho? Correcto, se llama Shawo, el nido de arena. ¡Shawo será el lugar donde nosotros cuatro haremos nuestro juramento de hermandad…!». Los otros tres se pusieron a aplaudir.

Pero debo hacer aquí una rectificación a lo que he dicho: la mañana del día de Año Nuevo de 1964 se volvió de repente esplendorosa y llena de vida cuando tres bicicletas aparecieron en nuestro pueblo cubiertas de flores de papel rojas y haciendo sonar los timbres enloquecidamente. Los tres jóvenes procedentes de la municipalidad de Gaomi iban vestidos a la occidental, iban sentados sobre sus bicicletas y llevaban chaquetas rojas a cuadros. La belleza arrebatadora de mi tía tercera, ataviada con un abrigo que en su otra mitad era una gabardina azul, con cuello de terciopelo, y un pañuelo largo de color rojo en la cabeza, era la envidia de las gentes del pueblo, que no cesaron un momento de piropearla. Tanto los niños como los adultos se apiñaron en el patio de mi casa. Mi madre y varias tías del vecindario condujeron a mi tía tercera al *kang* del ala este, cuyas paredes estaban adornadas con flores de papel rojo. De la ventana también colgaban papelillos del mismo color y en el cuarto, con tanto destello enrojecido, reinaba la alegría. Los niños pedían a gritos que les diesen dulces, y algunos incluso se atrevían a subirse al *kang*. Mi hermana mayor empezó a arrojar caramelos desde el patio de nuestra casa, y los niños, al darse cuenta, se lanzaron hacia allí como un enjambre de abejas hacia el panal. En medio de esa algarabía se encontraba la hija del maestro Song, a quien alguien le había roto la nariz, que le chorreaba sangre. Estaba sentada en el suelo, llorando y dando gritos. Mi madre, enfadada, la estaba amonestando: «Tu madre habría sentido vergüenza». Estaba resentida con ella porque en su casa habían iniciado un duelo hacía poco tiempo y ella no estaba para fiestas, menos aún para luchar con unos niños que querían hacerse con unos caramelos. Mi hermana mayor también estaba muy enfadada con ella; la cogió de un brazo, y su buena amiga, Yuan Xiaofeng, esa actriz que se había escondido en una granja como ella, la tomó del otro. Entre las dos levantaron a la hija pequeña del maestro Song y la sacaron del patio.

Mi tío tercero me asignó la misión de vigilar las tres bicicletas de sus tres amigos del alma, pues los jóvenes del pueblo habían formado

un corrillo alrededor y seguro que tenían malas intenciones. Un par de bicicletas habían sido fabricadas en Shanghái (las dos de la marca Eternidad) y la otra en Qingdao (la de la marca Defensa Nacional). Las tres eran, digámoslo así, un ochenta por ciento nuevas (el otro veinte por ciento eran remiendos), y el metal con el que estaban fabricados los manillares deslumbraba. El joven más maleducado e insensato de nuestro pueblo se llamaba Pingdu (como el municipio del área de la ciudad-prefectura de Qingdao) y había aprendido de las películas los modales chulescos y provocadores de los oficiales japoneses. Así, por las buenas, hizo sonar el timbre de la bicicleta Eternidad de Zheng Huabo, y dijo: «¡Bueno de verdad! ¡Vaya que sí! ¡Este potrillo es bueno de verdad! ¡Hasta el líder supremo se daría una vuelta con él…!». Tras oír el sonido del timbre, el tercer tío salió corriendo y saludó a Pingdu y a los demás jóvenes. Con voz alta y grave, les advirtió: «Hermanos, esta es la bicicleta de un amigo. No me la estropeéis». Pingdu alzó una de las manos y dijo: «Oh, no te preocupes, no nos montaremos en la bicicleta, pero tráenos algo de tabaco. ¿Te parece bien?». Mi tío sacó un paquete de cigarrillos de la marca Compañerismo y lo repartió entre ellos. Yo sabía que eran cigarrillos baratos de calidad mediocre. Sobre el *kang* estaban, sin embargo, los pequineses de la marca La Gran Puerta Delantera (Da Qianmen), que eran muy buenos. Tras repartir el tabaco, mi tío tercero desplazó las tres bicicletas a una esquina y les puso un candado. Me dijo que ya no era necesario vigilarlas más, así que me liberó, pero en ese momento el tartamudo Yang apartó las bicis y entró por la puerta gritando: «¡Gao Bang, menudo hijo de mala madre que estás hecho! ¡No eres nada, nada, nada generoso! Se te llenó la boca de palabras dulces y amables cuando me tomaste prestada la bicicleta. ¡Había olvidado por qué te la llevaste…!». Mi tío se apresuró a replicarle: «Iba a enviar a Xiao Guang (yo mismo) para que le avisara. ¡Usted es una persona culta y educada!, pero acaba de llegar justo a tiempo. ¡Quédese y sea nuestro huésped!».

Una vez dentro de la casa, los tres amigos, que estaban sentados sobre el *kang*, se levantaron y saludaron al tartamudo Yang, que, tartamudeando, se disculpó: «Oh, perdonadme, perdonadme… Qu, el secretario de la comuna, me pidió que le preparase un discurso y nada más acabarlo me invitó a unas copas». Mi tío tercero se apresuró a hacer las presentaciones: «Este es el segundo secretario de nuestra comuna de la almenara, y es un gran escritor. Sus artículos y reportajes se publican en periódicos de la provincia y se difunden por la radio. ¡Si no fuera por los textos que les proporciona el secretario Yang, esos funcionarios estarían perdidos!». El tartamudo Yang apuntó: «Gao Bang, aunque tus palabras suenan un poco exageradas, son sin duda alguna muy ciertas. Pero si no fuera por eso, ¿por qué

iban a conservar a un tartamudo en una comuna tan pequeña como la comuna de la almenara…?». El tercer tío respondió: «No le falta razón en lo que dice, secretario Yang, pero estoy seguro de que un día cualquiera recibirá una promoción. Secretario Yang, venga, siéntese sobre el *kang*», y el tartamudo Yang aceptó: «De acuerdo, me sentaré sobre el *kang*. Los clientes son siempre difíciles de satisfacer…». Se sacó los zapatos y, tambaleándose, hizo lo mismo con los calcetines nuevos.

Ahora lo recuerdo bien. Nuestro *kang*, esa cama de ladrillo, era verdaderamente pequeño, y en medio había una mesita rectangular donde podían sentarse a cada lado dos personas. El tercer tío estaba inclinado a un lado y la mitad de su trasero quedaba encima del *kang*; yo me encargaba de servirles los licores. Era la época del aguardiente blanco, el *baijiu*, que yo les servía caliente y ellos tomaban con gusto. Se decía que, si se bebía frío y se escribía al mismo tiempo, las manos le temblaban al escritor. El *baijiu* era en realidad un licor de mucha calidad y, tras calentarlo, todo lo dañino se evaporaba. Mi madre puso unos platillos de comida fría. Uno era de coles chinas mezcladas con camarones, otro de cacahuetes pelados y salados, el tercero de huevos macerados longevos y el cuarto de *doufu* con cebollines verdes. Ahora, esos platillos resultarían miserables a los ojos de cualquiera, pero en esa época eran una comida muy decente. Apareció mi padre, que se quedó de pie delante del *kang*; como representante de los mayores de la familia, les dio las gracias a los tres jóvenes y al tartamudo Yang por haber venido. Luego un grupo de gente vino a buscarlo y tuvo que marcharse.

Acaba de empezar la ceremonia y mi tío y los tres jóvenes de la municipalidad de Gaomi se mostraban prudentes y reservados. El tartamudo Yang, sin embargo, quería presenciarlo todo y empaparse bien del ambiente. Lo que estaba sucediendo le conmovía y, emocionado, soltó algunas frases fuera de lugar, pero los presentes lograron calmarlo y se recompuso. En ese momento preciso descubrí el problema que estaba detrás del enfado del tartamudo Yang: eran esos cuatro 阝. Esos cuatro hombres habían hecho un juramento de hermandad. ¡El juramento de Shawo, el nido de arena!, y el tartamudo Yang me dijo: «¡Pero falto yo…!». Yo le respondí: «Secretario Yang, ¿su nombre no lleva 阝? ¿No es así?». Y el tartamudo Yang me contestó: «Pequeñajo apestoso. ¿Es que acaso sabes escribir un par de palabras seguidas? ¡Eres un ignorante! Mi verdadero nombre es Yang Liansheng y la parte *sheng* 升,en su versión tradicional, se escribe 昇y hay una oreja 阝». A continuación, cogió un bolígrafo, escribió la versión tradicional de *sheng* en la parte exterior de su mano y lo mostró a todo el mundo. Mi tío tercero aplaudió y dijo: «¡Qué oportuno! ¡Ahora somos cinco orejas y no cuatro!».

En esa época la vida era dura, muy difícil de sobrellevar. Las copas para el vino y los licores eran pequeñas, y por esa razón todo el mundo tardaba más de lo normal en vaciarlas, sin embargo, el tío tercero se apresuraba a llenarlas de vino cuando las veía vacías.

El tartamudo Yang dijo: «Hermanos, lo que hoy acaba de suceder se debe también a la voluntad del Cielo. No pensaba venir. El secretario Qu me pidió que le acompañara a empinar el codo y no podía decirle que no. Por supuesto, me llevó a una cantina donde no faltaba ni la comida ni el alcohol, pero tras un par de copas, me dio por pensar. "¡Oh, el hermano Gao Bang se nos va a casar! ¡Es un día de alegría! A pesar de que trabaja muy duro en la mina de carbón y es un miembro de la clase obrera, él también se merece casarse y pasarlo bien". ¿Cómo no iba a venir? También diré que la emoción que reina en el pueblo de Shawo es excepcional. Vuestro secretario Guo, el viejo héroe, es una figura que el secretario de la comuna respeta profundamente. Él se portaba bien conmigo, pero ¿acaso sabía cómo me llamaba? ¿El secretario Yang? ¿El periodista? ¡Ay! ¡Nombres y solo nombres…! Vale, no hablaré de mis experiencias gloriosas en el pasado. Hablaré más bien del asunto de las cinco orejas, aunque, eso sí, no impediréis que tartamudee. Deseo simplemente ser vuestro hermano de sangre, como los tres héroes del célebre juramento de Jardín de los Melocotoneros, pero en vez de tres, seremos cinco. ¡Cinco justicieros! ¡Oh, bueno, seremos los tres héroes y los cinco justicieros! ¿No habéis leído la novela *Los tres héroes y los cinco justicieros*[177]? Oh…, es una novela muy famosa, una historia transmitida oralmente, e incluso el mismísimo Lu Xun la recomendaba».

Todo el mundo parecía tener algo en la cabeza, pero nadie decía nada. Era evidente que ninguno había leído esa novela. El tartamudo Yang se puso a contar inmediatamente el argumento y después habló de un par de óperas del repertorio clásico: *El encuentro con la emperatriz* y *Luchando contra la indumentaria del dragón*[178], que habían sido extraídas de *Los tres héroes y los cinco justicieros*. Tras contar esas historias, se animó de golpe, alzó su copa y dijo: «Hermanos, en realidad soy gran actor de teatro, uno famoso, pero nací en mal momento y en el peor lugar para dedicarme al arte exquisito del teatro cantado. El resultado pueden verlo ustedes con sus propios ojos. ¡Me he convertido en un payaso! ¡Venga, llenemos las copas y cantemos! ¡Que la vida son dos días! *Oh, el carruaje imperial del Fénix pasa por las calles y yo aquí mendigando un cacho de pan*…». Su voz, entonada y penetrante, hacía temblar el papel blanco que cubría las ventanas. Los tres jóvenes se quedaron estupefactos; impactados por la vibración de la voz del tartamudo Yang. *Oh, ya no se puede ver el paisaje de las bellas flores de antaño y tampoco se vislumbran los altos rangos de las huestes de*

Kaifeng…

Unos niños bulliciosos se habían parado junto a la ventana del ala este para observar lo que estaba sucediendo dentro de la casa. El tartamudo Yang dejó de repente de canturrear esa aria y, tartamudeando, dijo: «Ver… ver… ver… gon… gon… gon… ¡vergonzoso! ¡Hoy me detengo aquí! Si a los hermanos les ha gustado mi actuación, yo, vuestro viejo hermano, puedo recitarles más tarde la pieza musical completa. ¡Puedo hacerlo de la mañana a la noche! El león, el viejo tigre, el perro, los soldados y los civiles…, ¡nadie puede resistirse al encanto de la ópera clásica china! Oh, y, por supuesto, soy experto en el papel de *laodan*, el de la vieja». Mi tío tercero le dijo con ironía: «Secretario Yang, he tenido el honor de escucharle a usted y al maestro Song cantando sus arias, pero en esa época no le presté la atención que merecían. Hoy, al oírlo, he notado que la diferencia es muy grande. ¡Genial! ¡Maravilloso! No tengo palabras para elogiar su talento, secretario Yang». El tartamudo Yang le replicó: «Qué pena. El maestro Song solía acompañarme con un violín *jinghu*, pero ahora ya no está y me siento solo. ¡Mi amigo del alma! El maestro Song fue una rareza. El talento y la habilidad se juntaban en una sola persona y yo fui quien se lo reconoció, ¡la suya! Ahora ni siquiera me reconozco a mí mismo cuando canto, y estoy acabado como persona y como artista. —Hablando, hablando, los ojos del tartamudo Yang enrojecieron. Se los secó con las mangas y continuó sonriendo—: Miradme, ¿no estoy acabado? ¿Adónde me va a llevar este día festivo? Todavía no os he hablado de los cinco justicieros de la novela *Los tres héroes y los cinco justicieros*. Ay, los cinco justicieros eran… ¡cinco ratas! Pero ¿cómo podían ser cinco ratas? Pues la rata que agujereaba el cielo era Lu Fang, la que penetraba la tierra era Han Zhang, la que pasaba a través de las montañas era Xu Qing, y la que cruzaba las aguas del río era Jiang Ping, y la quinta rata era un héroe fuera de lo común, la rata pulcra, la llamaban, ¡el gran Bai Yutang! ¿Y sabéis quién era Bai Yutang? Pingdu, un río te separa de nosotros. Ahora Pingdu es una municipalidad, pero en esa época era una prefectura. La familia de Bai Yutang poseía tierras hasta perder la vista y era rica. Tres días a lomos de un caballo rápido no eran suficientes para recorrer todas las tierras que poseía esa familia. ¡El burgo entero de Shawo también era de su propiedad! El punto crucial de esta historia hay que encontrarlo en ese joven valiente, caballeroso y con un sentido profundo de la justicia que gastaba el dinero con prodigalidad porque le sobraba y que acabó uniéndose a los héroes que había bajo el Cielo para hacer justicia en un mundo corrupto. Pues bien, el autor de *Los tres héroes y los cinco justicieros* convirtió a ese ricachón ocioso en un héroe modélico todavía hoy muy admirado por todos. ¡Lo convirtió ni más ni menos que en la rata pulcra Bai Yutang[179]! ¿Os lo

podéis imaginar…?».

Todo el mundo miró distraído a otro lugar y se olvidó de apurar el licor de sus copas. Nadie sabía qué decir. Mi madre sirvió unas verduritas calientes que habían sido refritas con algo de *doufu*. Luego, otro platillo con setas, carne de cerdo y unos pocos fideos finos; también, uno con bolas de rábano blanco pasadas por la sartén, y finalmente apio con carne de cerdo desmenuzada. Debo decir que, a pesar de la poca carne que había en esos platillos, la comida tenía un sabor intenso y apetecible como el más exquisito de los manjares. Mi madre le dijo al tartamudo Yang: «¡Hermano, que no les falte vino a nuestros invitados…!», y el tartamudo Yang: «Cuñada, no te preocupes, que nadie se quedará sin beber. Hermanos, ¿qué tiene una cuñada que no tenga una madre? Los padres mueren y es la cuñada quien se ocupa de todo. ¿No es así, Gao Bang…?». Mi tercer tío le respondió: «Así es, secretario Yang. Tiene razón. Cuando no está el gran hermano, la cuñada se encarga de todo. ¡Yo no pinto nada en esta casa…!». El tartamudo Yang volvió a hablar: «La multitud es vasta y oscura, y solo son padres y madres, mujeres y niños, hermanos y amigos, todos ellos anónimos ante nuestros ojos. Lee *El Romance de los Tres Reinos* o *Los tres héroes y los cinco justicieros* y verás que cada palabra justa que hay en esas novelas puede sostener la Tierra y el Cielo. Nosotros, hoy día, somos cinco orejas que nos hemos juntado. Una coincidencia como esas que suceden en la Tierra y el Cielo. Si no te haces famoso en este mundo, la Tierra y el Cielo no te van a favorecer. ¡Somos los cinco justicieros de la Capital del Este! ¡Por supuesto que somos los cinco justicieros! ¡Hermanos de sangre! ¿No es así…?». El tercer tío le respondió: «¡Genial, a eso se le llama establecer conexiones…!».

Zheng Huabo se conmovió con las palabras del tartamudo Yang y su rostro enrojeció. El joven del acné se puso, sin embargo, morado, y dijo: «Genial, pues. Hermano Yang, usted tiene sin duda alguna un vozarrón digno de admirar. ¡Usted posee la voz de los héroes! Nosotros, a pesar de que venimos de un centro urbano más o menos grande, somos gente con talentos muy limitados. Conocimos al hermano Gao unos días atrás y la manera como silba (todos nosotros creemos que ha alcanzado la perfección en este arte) nos llenó de admiración. Los conocimientos del *dage* Yang, así como su espíritu, nos han llenado también de profunda admiración y estamos muy impresionados. Nosotros tres solo somos obreros en una fábrica, pero tenemos muchas afinidades e intereses en común. Aunque no hayamos hecho ningún juramento de hermandad a la vieja usanza, es cierto que empatizamos en muchos aspectos. Sería perfecto si hoy día nosotros, los tres, nos hiciéramos hermanos de sangre con el hermano Yang y el hermano Gao…». Deng Ran y Qiu Kaiping se expresaron al unísono:

«¡Estamos de acuerdo…!». Zheng Huabo añadió: «Lu Fang, Bai Yutang y los otros fueron conocidos como "las cinco ratas". ¿Cómo nos vamos a llamar nosotros?». Mi tío le respondió: «Los cinco tigres. ¡Sí, los cinco tigres de Shawo…!». Pero Qiu Kaiping se opuso: «En la novela *El Romance de los Tres Reinos* ya hay cinco generales a quienes llaman "los cinco tigres" porque son muy buenos con las artes marciales. Nosotros no somos buenos con las artes marciales. ¡No podemos llamarnos "los cinco tigres"! ¡No corresponde a la realidad!». Les interrumpí para sugerirles: «¿Por qué no os llamáis "los cinco lobos de Shawo"…?». «¡Tonterías!», rechazó mi tío tercero, y entonces volví a proponer: «¡Pues "los cinco perros de Shawo"»…! Mi tío, muy enojado, me gritó: «¡Mantén la boca cerrada! ¡Este es mi asunto!». El tartamudo Yang repuso: «Ni los cinco tigres ni los cinco lobos ni los cinco perros funciona. Nos llamaremos "las cinco orejas de Shawo"». «¡Y es verdad! ¡No suena a falso…! ¡Que así sea!», gritaron los demás al unísono. ¡Las cinco orejas de Shawo…!

Se pusieron de acuerdo y brindaron por el nuevo nombre, como lo hacían los héroes de la antigüedad cuando pactaban entre ellos o celebraban una victoria, y el licor se les derramó entre las manos. De un sorbo bebieron lo que quedaba en sus copas y no dejaron una sola gota. Por mi parte, le serví el aguardiente a mi tío tercero y él lo sirvió a sus amigos y al tartamudo Yang. Este habló de nuevo: «Oh, en estos tiempos modernos ya no necesitamos golpear el suelo con la cabeza y quemar incienso. Ni siquiera mezclar nuestras sangres para hacer un juramento de hermandad. Qué suerte tenemos, aunque los jóvenes todavía tienen que hacer cola detrás de los experimentados. Nací en 1934, el año del Perro, y ahora tengo por tanto treinta años. Ni uno más ni un menos». Mi tío le dijo: «Yo nací en 1943, el año de la Cabra, y tengo veintiún años». Qiu Kaiping le preguntó a mi tío: «¿Y cuándo es tu cumpleaños?». «El octavo día de la primera luna», le respondió. Qiu Kaiping replicó: «Ah, pues, mira por dónde, los tres somos ya unos viejos chochos. Yo también nací en 1943, pero el siete de octubre. No tengo ni idea de cuándo fue en el calendario lunar chino, pero estoy seguro de que soy más joven que tú, Gao Bang». Deng Ran apuntó: «Somos de una edad muy similar. Nací en 1944 y por tanto soy más joven que vosotros tres». El tartamudo Yang extendió el dedo índice y, moviéndolo en el aire y señalando a cada uno de los tres jóvenes y a mi tío, dijo: «Yo soy el más viejo; tú eres el tercero, tú el cuarto y tú eres el quinto más viejo. Que quede claro, y a partir de ahora seremos hermanos de sangre». Deng Ran volvió a decir: «Soy el más joven de todos nosotros y respeto profundamente a mis cuatro hermanos mayores. ¡Brindemos juntos…!». El tercer tío añadió: «Quinto hermano, no vayas tan deprisa. Nosotros cuatro debemos mostrar nuestros respetos a nuestro hermano mayor, el *dage* Yang…». Y los

cinco, ya muy bebidos y sobreexcitados, alzaron sus copas y brindaron hasta apurar la última gota de aguardiente que les quedaba. El tartamudo Yang se conmovió profundamente y dijo: «Mis cuatro hermanitos del alma, vivimos en la nueva sociedad. Ya no vivimos en los tiempos feudales donde uno vivía y moría por sus compañeros. A partir de ahora, disfrutemos de nuestra relación y ayudémonos en lo posible. No somos hermanos, ¡somos más que hermanos!». Mi tío corroboró: «¡El gran hermano tiene razón! Somos jóvenes ambiciosos y el *dage* puede cantar si lo desea, y nosotros cuatro silbar, por supuesto. ¡Debemos ser útiles a nuestro pueblo! ¡Si tienes talento, todo el dinero que has gastado va a volver a ti[180]…!».

En ese momento mi madre trajo un platillo con jurel. «¡Venga, un poco de pescadito! ¡Hay que comérselo todo, que para eso hemos venido aquí! ¡A trincar y tragar! ¡Y no tengo que ir a la oficina de la comuna! ¡Que les den por culo! —celebró el tartamudo Yang—. Antes de acabar, que el hermano nos silbe algo. Si no, este banquete no será perfecto». Mi tío repuso: «La verdad es que los labios ya se me estaban moviendo por sí solos. Voy a silbarles la melodía de *La canción de Nargis*[181], de una película india. ¿Os parece bien…?». «¡Oh, genial, genial, genial! —exclamó efusivamente el tartamudo Yang—. ¡Una película sin una buena música es una película a medias!». Los tres jóvenes aplaudieron. Mi tío tercero tomó un sorbo de té y los ojos se le entornaron por un breve lapso de tiempo. Se lamió los labios y se puso a silbar. La melodía salió suavemente, sin obstrucciones, a través de su boca, y conectó enseguida con todos los presentes. Respiramos profundamente y nos metimos de lleno en esa música, una muestra elaborada de creatividad artística. Ninguno de nosotros había visto esa película.

En «la guarida del lobo» tuve la oportunidad de escuchar al tartamudo Yang y al maestro Song contarse esas historias animadas y atrevidas en las que se intercambiaban roles muy masculinos con figuras de torsos muy femeninos. En mi cabeza aparecen todavía hoy esas escenas que ante mis ojos tenían algo de grotesco, pero ese día del Año Nuevo de 1964, la escena había cambiado: el héroe y protagonista era mi tío tercero, y la bella *xiaojie* era mi tía tercera. Yo había oído decir que la manera de silbar de mi tío tercero era excelente; además, al ser capaz de inhalar y exhalar el aire, podía improvisar melodías con tonos básicos y poseía una gran imaginación para servirse de gran variedad de sonidos y enriquecer otras tonadas. Sin embargo, ese no fue el caso con la melodía india que nos silbó ese día. Hubo algo extraño e inusual en él. Imitó la canción de una joven india muy bella que cantaba en un campo cubierto de flores en medio de la noche. La melodía añadía misterio a la hermosura de la muchacha, al igual que las nubes que cruzaban delante de la luna y la

luz que esta proyectaba sobre el rostro de la joven. Mi tío tercero dejó de silbar y sujetándose las manos en signo de agradecimiento, dijo: «Oh, horrible y vergonzoso. ¡Venga, vuestras opiniones…!». Los tres jóvenes aplaudieron con lágrimas en los ojos porque comprendieron la melodía y lo que verdaderamente significaba para mi tío en esos momentos. Comprendí yo también que en esos jóvenes había nacido una emoción poco común y nueva. Sobre todo, tenían buen corazón y por eso se emocionaron. Así, aunque luego me enteré de que habían cometido alguna que otra maldad, nada de ello iba a cambiar su verdadera naturaleza, que era de por sí buena…, «Segundo hermano, ¿hay… hay… hay… que dejar a la gente que viva o no? —preguntó el tartamudo Yang, dándose una palmadita en la cara, y añadió—: ¡Gran… gran… gran… gran talento! ¡Un talento absoluto! Eres un virtuoso de los silbidos. ¿No serás también un gran compositor?». «Gran hermano —dijo el tío tercero ruborizado—, silbo para divertirme, nada más». «Segundo hermano —apuntó el tartamudo Yang—, el oro reluce siempre. El tercer, el cuarto y el quinto hermano también son así. Todos ellos quieren aprender del maestro Gao. ¡Han estado esperando y les ha llegado el momento! ¡Afilemos las espadas…!».

Un sol rojo se puso por el oeste. Los cuatro se disponían a marcharse. Todos estaban mareados por haber ingerido tanto alcohol; a algunos incluso se les había enrojecido el rostro y a otros simplemente se les había puesto de color amarillo. Pero ninguno caminaba derecho. Entonces me fijé en la cara de alivio de mi madre, que parecía haberse sacado de encima una pesada carga. Oí que un par de urracas grajeaban sobre un algarrobo y ayudé a los jóvenes a quitar los candados de sus bicicletas. Agarraron los manillares, pero aún permanecieron un instante quietos, de pie, en el patio, reacios a irse. La luz agonizante del sol ya a esas horas tardías entraba por la ventana, y en la cortina roja de papel había pegados unos pedazos de caramelos que los niños habían masticado y escupido. Mi hermana mayor, que había servido de escolta a mi tía tercera durante la ceremonia nupcial, puso la cara junto a la ventana y gritó: «¡Eh, tío tercero, ven aquí…!». «¿Qué pasa?», le respondió él. «¡La tía tercera te anda buscando…!», le gritó mi hermana. «Rápido, rápido, vete… —le sugirió el tartamudo Yang, y añadió con sorna—: Cuando la señora da una orden, ¿quién coño se atreve a no oírla?». Y dije yo: «Tío Yang, me he dado cuenta de que cuando estás borracho dejas de tartamudear. ¡Un milagro…!». Mi madre me reprendió inmediatamente por ese comentario tan irrespetuoso: «¡Niño deslenguado y maleducado! ¡En boca cerrada no entran moscas…!». «Espera un poco —intervino mi tío tercero—, voy a acompañar a mis amigos». «¡Ven inmediatamente!», me dijo mi hermana golpeando la

ventana.

A veces, los tres amigos llamaban a mi tía tercera por su verdadero nombre, Gu Shuanghong, y otras, La Zhuhong (‘el color rojo de la vela’). Se despidieron de ella de manera ruidosa: «¡Adiós, adiós! ¡Ahora eres nuestra cuñada! ¡Ja…!». Mi hermana mayor le dijo a mi tía tercera: «No deberías dejarles marchar. Tiene todavía varias cosas que darles. El tío tercero no va a tardar en venir…». «¡Hermanos, esperad un poco! —se apresuró a gritarles—. ¡Entrad en la cocina!». Unos minutos después, mi tío tercero cogió cuatro telas de seda roja y envolvió con ellas unos cigarrillos y unos dulces que ofreció a sus tres amigos y al tartamudo Yang. «¡Gracias, gracias!», le dijo este último; «¡Gracias, gracias!», le gritaron a su vez los tres jóvenes de la municipalidad de Gaomi.

V

Un día, ya a finales del mes de mayo de 1971, cuatro de «las cinco orejas de Shawo» estaban plantadas enfrente de la tumba de mi tío tercero y, con el rostro sereno, observaban a mi tía tercera, a su hija Qing Ling y a su hijo Qing Quan, arrodillados todos ellos ante la lápida. Qing Ling tenía en ese momento seis años y medio, y Qing Quan, año y medio.

Mi tía tercera era una mujer taciturna a la que no le gustaba hablar; parecía que tampoco era muy dada a las lágrimas. Por supuesto, todo eso eran conjeturas mías, y tampoco sé si es apropiado describir así su personalidad.

Ese día, mi tío tercero llevaba treinta y cinco días muerto. La costumbre dictaba sus normas y decía que el difunto debía ser enterrado treinta y cinco días después de su fallecimiento[182], el mismo plazo para cualquier ceremonia funeraria. Yo también me encontraba arrodillado ante la tumba de mi tío, quemando papel frente a la «maceta» —así se llamaba— hecha con cuatro ladrillos nuevos. La tumba estaba situada en un montículo de tierra sobre la pendiente de una montaña. El lugar era el cementerio público de nuestro pueblo. Al lado de la tumba de mi tío estaba la de sus padres. Un poco separada, en una pequeña parcela cubierta con una losa, estaban sepultados los restos de los padres de mi tía tercera, apenas unos cuantos huesos. Alrededor había decenas de tumbas más, encima de las cuales habían brotado, entre las piedras, hierbas y zarzas; parecían abandonadas. Había crecido también un azufaifo de ramas con espinas muy puntiagudas. La carrera veloz de un par de liebres persiguiéndose entre las tumbas atrajo la vista de los dos niños. El viento soplaba

entre las montañas levantando volutas de papel incinerado, así como cenizas. Yo intentaba como mejor podía sofocar ese fuego que revoloteaba junto a nosotros, sobre todo porque podía caer sobre los árboles del bosque de la montaña y provocar un incendio. Delante de «la maceta» había un platillo con galletas, otro con dulces, cuatro naranjas, cuatro *mantou* y algo de pescado frito.

El tartamudo Yang se había convertido ya en ese momento en actor célebre de esas óperas chinas que fueron modelo de propaganda durante la Revolución Cultural. Por supuesto, interpretaba de forma excelente a la abuela Li, aunque sus actuaciones pecaban de vulgaridad; le ponía un tono demasiado ronco para ganar en veracidad. A pesar de eso, su voz llegaba con claridad al público, que lo apreciaba. Lo más impresionante era que conseguía sacar una voz femenina real, una auténtica rareza en un hombre como el tartamudo Yang. Cuando abría la boca, todo el mundo le aplaudía inmediatamente. Sus tonos altos sonaban nítidos y reconocible, mientras que sus tonos bajos eran suaves. Había un auténtico *pathos* en su manera de cantar, con mil cambios y cien quiebros. Los versos cantados salían de su voz con los tonos auténticos de la ópera de Beijing, y no se percibía en absoluto que los interpretaba un tartamudo. Los actores de este teatro cantado oficial, las óperas que fueron modelo durante la Revolución Cultural, eran todos exactores de la ópera tradicional de Maoqiang, la ópera de Gaomi. Participar en esos espectáculos de propaganda revolucionaria, que eran de pésima calidad, les permitía acceder a alimentos de mejor calidad que el resto de nosotros; podían consumir el famoso grano del tesoro nacional. De hecho, era así como les pagaban, pero solo el tartamudo Yang, que poseía un *hukou* de zona rural, quedaba excluido de ese privilegio. Oí decir, sin embargo, que le iban a transferir y, por tanto, le cambiarían de estatuto; si sucedía así finalmente, significaría que una gallina se había convertido de la mañana a la noche en un ave fénix. Un milagro, vaya.

El tartamudo Yang se agachó, bostezó eternamente y con unos palillos arrojó un pececillo frito al fuego. Con cara de estar asistiendo a un funeral, dijo: «¡Come algo, hermano segundo, come algo…!». A continuación, cogió unos dulces, un par de galletas secas y una naranja y también los arrojó al fuego. Hizo lo mismo con la mitad de un *mantou* y volvió a gritar unas palabras que formaban parte del sacrifico funerario: «¡Nuestro hermano segundo! ¡Come algo, come, come, y no te vayas al otro mundo con hambre!». La expresión del tartamudo Yang estaba llena de vitalidad, y su petición sonó bien clara. Su voz emocionó a los presentes, que, sintieron un picor en la nariz y soltaron algunas lágrimas. Qing Ling, a lágrima viva, gritó: «¡Ay, papá… papa… papá! ¡Te echo de menos! ¿Por qué te has

ido…?». El tartamudo Yang cayó de golpe sobre el suelo, arrodillado, y el impacto sonó como si hubiese retumbado la tierra. Se puso a llorar desesperadamente y su llanto se convirtió progresivamente en una canción:

> *Oh, lloro por el destino aciago y miserable de mi hermano, muerto trágicamente en un accidente en las minas mientras estaba trabajando, y ahora no le queda más remedio que dirigirse a las Fuentes Amarillas (el mundo de ultratumba). ¡Qué pena que el estafador del rey Yama no tenga ojos para ver quién es mi segundo hermano! ¡No había nadie en este mundo que pudiese rivalizar con el talento de mi hermanito segundo! Hermanos y hermanas, todos nacemos y todos morimos, como vuestro hermano, os convertiréis en humo. ¡Éramos las cinco orejas! ¡Inseparables los cinco hermanos de sangre!, pero una de ellas nos ha dejado abandonados en la más pura miseria…*

Las otras «tres orejas» permanecieron arrodilladas al mismo tiempo que el tartamudo Yang, Deng Ran se puso a aullar como un lobo desamparado, Zheng Huabo se cubrió la cara con las manos y Qiu Kaiping golpeó el suelo con su frente. La amistad que había entre ellos me conmovió profundamente y me puse a llorar con desesperación. Mi cabeza iba a explotar. Las galletas secas se consumían lentamente en el fuego y desprendían un olor intenso a quemado. Un gorrión se posó sobre la tumba de mi tío tercero, dio media vuelta y, como envuelto en un torbellino, echó de nuevo a volar. Un par de urracas se colocaron delante de la tumba y comenzaron a grajear: *rac, rac, rac*. Qing Quan, el niño de año y medio, se echó para atrás, asustado, y emitió unos quejidos. Tambaleándose, se acercó a coger un dulce. Nada más atraparlo, se lo metió en la boca. La saliva se le desparramó por la comisura de los labios y le mojó el pecho. Se puso a llorar tal vez porque no le gustó el sabor del dulce o porque quizá estaba demasiado duro. El resto también lloraban, solo mi tía tercera no lo hacía. Iba vestida de un luto riguroso y parecía no haber vida en sus ojos. Estaba arrodillada porque debía estarlo y parecía más bien una estatua. Aterrorizado, dije: «Mi tía tercera, mi querida tía tercera, llóreme por favor. ¿Por qué no me llora?». Comencé a pensar en lo ocurrido unos días antes, cuando mi tía tercera se fue a las minas de carbón en la montaña del Dragón para solucionar algunos asuntos. Mi madre y mi hermana mayor se habían quedado con los dos niños (Qing Quan y Qing Ling), y mi padre había acompañado a mi abuelo al hospital de Jiaozhou para que le sacasen unas piedras del riñón. Mi abuela hacía ya un par de años que habían fallecido. En mi casa no había nadie más. La responsabilidad que mi tía tercera puso sobre nuestros hombros era enorme, sobre todo sobre los míos. Llevamos el

tractor de la granja a la municipalidad de Gaomi. Nos fuimos a la estación de tren y compramos un par de billetes para Fangzi. La tristeza que llevaba encima desapareció de golpe nada más sentarme en el vagón, debido seguramente a la emoción que causaban en mí los trenes. Todavía recordaba cuando, en la boda de mis tíos, se lo dije a mi tío tercero: quería subirme a un tren por primera vez, y recuerdo también que me prometió que él me ayudaría a cumplir ese deseo. «Mi tío tercero, he manchado su reputación al tomar este tren —le dije—; ahora usted ya está muerto. Ya no volveré a montarme en un tren con usted. Siento como si le estuviese traicionando y me dan ganas de llorar. Usted ya no está en este mundo». La cara de mi tía tercera se había puesto pálida, pero sus ojos desprendían una luz intensa y penetrante que me aterrorizaba. Pensé que había enloquecido.

Al llegar a la mina de carbón, nos recibió el director y nos explicó sencillamente lo que le había sucedido a mi tío: una explosión de gas en el lugar donde más de veinte mineros estaban trabajando. Ninguno salió vivo. «Una maldita explosión de gas —volvió a decir el director de la mina—. Xiao Gao era nuestro compañero excelente. De hecho, era nuestro representante de la literatura y las artes, y silbaba como nadie. Ah, y también tocaba la armónica y la flauta». El jefe de la Unión de Trabajadores de la mina interrumpió al director: «¡Y se encargó de difundir los pensamientos de Mao Zedong entre los mineros! ¡Muy inesperado todo ello! ¡Tiene guasa…!». El director de la mina se secó las lágrimas con un pañuelo; nosotros estábamos hundidos. Lo sentíamos mucho por esa gente que se había dejado la vida en un lugar así, y pensé en mi tía. Ella, al saber la noticia, también tuvo una reacción parecida a la nuestra, pero comentó lo de asunto de la compensación económica. Debido a la explosión, se había colapsado un pasillo interno de varios cientos de metros, nos comentó más tarde el director de la mina en presencia de mi tía tercera. Había una concentración de gas demasiado elevada, nos dijo, avergonzado de tener que dar esas explicaciones, y añadió: «Le daremos a su familia una compensación generosa. El jefe de la Unión de Trabajadores les pasará un sobre con dinero y yo mismo me encargaré de ver a cierta gente en las altas esferas para solucionar este asunto».

Mi tía tercera musitó algunas palabras que nadie comprendió y se desplomó sobre el suelo. Su frente impactó con la superficie dura de la lápida donde estaba enterrado mi tío tercero, luego levantó ligeramente la cabeza y abrió sus ojos hacia la tumba recién construida, dentro de la cual estaban depositados las ropas y los zapatos de mi tío, que habíamos traído cuando regresamos de la mina. Yo, que apenas tenía catorce años, me mostré muy temerario. Tras el desmayó de mi tía tercera, agarré el gancho del horno-cocina, señalé con él al director de la mina y le exhorté: «¡Por favor, rápido, no se

demore, y ayude a mi tía tercera! ¡Se ha quedado viuda y tiene dos hijos! Si se nos muere ahora, voy a mataros a todos vosotros. ¡Voy a prender vuestra mina con todos vosotros dentro! ¿Me habéis oído?». Rápidamente se fueron a buscar un médico y le pusieron una inyección a mi tía para reanimarla. Cuando se despertó, dijo en voz alta: «Oh, padre, me has herido de verdad. ¿Qué vas a hacer a partir de ahora con nosotros tres…?». Gritaba y hacía aspavientos, pero no soltó una sola lágrima. Se atragantó con algo y a punto estuvo de ahogarse; la voz no le salía y, al final, lanzó un escupitajo de sangre al suelo.

El tartamudo Yang se puso de pie y se limpió los ojos con un pañuelo. No se sirvió ni de la manga de la camisa ni de las palmas de la mano, y dijo: «Hermanos, y vosotros tres, levantaos ya. Los muertos no van a resucitar. El hermano segundo ya se ha ido y no volverá. Nosotros seguimos vivos y debemos tirar para adelante, aunque no sea fácil. Y sobre todo debemos pensar en la viuda, que todavía es joven. La mujer tiene un par de criaturas a su cargo y temo por su salud. El hermano segundo, que ya está en el Cielo, no se puede ocupar de ella».

«¡Papá, papá! ¡Vuelve con nosotros! ¡Te extraño mucho!», gritó entre lágrimas Qing Ling. «Papá», dijo también Qing Quan, aunque apenas se le comprendió, y a continuación se puso a berrear. Sentía los llantos de los dos niños como una cuchilla que estuviera seccionando mi corazón. Me arrodillé antes los papelitos que ardían y volví a llorar con desesperación.

El tartamudo Yang levantó a Zheng Huabo y luego hizo lo mismo con Deng Ran y Qiu Kaiping. Zheng Huabo cogió en brazos al pequeño Qing Quan y Qiu Kaiping, a la niña Qing Ling. El tartamudo Yang parecía un poco molesto conmigo y me dijo: «Vale, Xiao Guang, rápidamente, arregla este desorden y dile a tu tía que regrese a casa». El tartamudo Yang y Deng Ran, uno a cada lado, cogieron a mi tía tercera de los brazos y la pusieron en pie. Ella se mostró reacia, quería permanecer arrodillada ante la tumba de su marido, y el tartamudo Yang le dijo: «Hermana, hazlo por tus hijos. ¡Regresa a casa!». Entonces mi tía tercera dejó de oponer resistencia y pidió con una voz neutra: «Salid vosotros en primer lugar. Quiero quedarme aquí un rato, sentada». El tartamudo Yang insistió: «Hermana, hazlo por tus dos hijos. Tienes que superarlo. Qing Ling, Qing Quan, venga, que la mamá vuelve a casa». Qing Ling le cogió de la mano a su madre y Qing Quan se agarró a su chaqueta. Llorando, le suplicó: «¡Madre, regresa a casa, regresa a casa.!». Mi tía tercera le dijo a Qing Ling: «Mi hijita buena, encárgate de tu hermano y llévalo a casa de tus tíos. Quedaos ahí y esperadme. Vuestra madre tiene que decirle algo a vuestro padre».

Nos quedamos esperando a mi tía tercera en un camino estrecho fuera del cementerio. No dejamos llorar a los niños, el tartamudo Yang se encargó de cerrarles la boca, chantajeándolos con un caramelo, una naranja o una galleta seca. Delante de la tumba de mi tercer tío estaba «la maceta» y dentro de ella aún ardían débilmente algunos papelitos, muchos de los cuales se habían convertido en cenizas. Un humo blanco se desprendía del interior, y el par de urracas que se habían posado con anterioridad en la tumba de mi tío tercero daban pasitos a lo lejos sobre una sófora. Saltaban sobre sus ramas y lanzaban graznidos, *rac, rac, rac*. Yo dije de repente: «¡Oh, esas dos urracas son mis abuelos terceros que han vuelto del otro mundo! ¡Una aparición! ¡De cuervos se han convertido ahora en esas malditas urracas! ¡Cierto! ¡Es un signo que nos envía el Cielo…!». El tartamudo Yang oyó que Zheng Huabo soltaba una frase para desmontar mi teoría: «Esas urracas quieren comerse los restos de comida que han quedado sin quemar en "la maceta"». Mi tía tercera, arrodillada, pero con la espalda derecha, nos encaró. El tartamudo Yang levantó su puño y se quedó mirando su reloj de pulsera (un reloj que, por cierto, era una demostración de su elevado rango y su categoría profesional en la administración pública). Eran las tres de la tarde. El sol en el cielo así lo indicaba, sus rayos iluminaban el rostro de mi tía, al mismo tiempo que daban brillo a las ropas de luto que llevaba puestas. ¿Qué le estaría diciendo mi tía tercera a mi difunto tío tercero? Era incapaz de saberlo, pero, si lo hubiese adivinado, seguramente me habría entristecido muchísimo. Dirigí mis ojos a la parte baja de la montaña y vi las casas de nuestro pueblo. Mis ojos se fueron inmediatamente a la antigua iglesia en ruinas, aquella que durante un tiempo fue nuestra escuela, y también vi mi casa y la casa de cuatro habitaciones de la tía tercera, con su patio diminuto que quedaba al sudeste del templo; se distinguía también ese nuevo espacio que había sido planificado por la comuna y otras instancias pertenecientes a nuestro pueblo. En cinco años, se iba a construir allí un edificio gubernamental, justo donde estaba la antigua iglesia. Se comentó también que querían levantar una escuela primaria y un instituto de formación profesional para agricultores, una granja-escuela.

Bajo la montaña, en una llanura, crecían y maduraban las espigas. El viento que soplaba del oeste transformaba el campo de trigo en el oleaje de un mar agitado. Los gorriones se posaban sobre él o simplemente salían expelidos del campo, esperando a que se calmase el viento para volver otra vez en busca del grano. De repente, ante la tumba de mi tío tercero se oyó una música. ¡Cielos, eran los silbidos de mi tía tercera! ¡Qué sorpresa, mi tía tercera sabía silbar! Por supuesto que sabía, me dije. Suspiramos y emitimos algunos sonidos para sacar la emoción que nos atenazaba. Nunca en la vida hubiese

imaginado los rostros de los cuatro hermanos de sangre de mi tío tercero al oír los silbidos de la tercera tía. Yo, por mi parte, no podía ocupar mi mente con otra cosa que no fuese ella. Mis ojos solo eran capaces de contemplar una de sus mejillas, que brillaba poderosamente, pero no podía ver ni su boca ni sus labios. Ni siquiera sus mofletes hinchados. Al principio, en los silbidos de la tercera tía no había conexión ni una melodía definida, sonaban más bien como el viento del norte cuando sopla o como cuando se insufla aire en una botella vacía. Incluso podría decir que recordaban el ulular del viento frío cuando impacta sobre un cable eléctrico, o el chirrido lúgubre de algunos animales al final del otoño. No había nada en este mundo comparable a la emoción que producían esos silbidos, que expresaban perfectamente el amor entre dos personas. Puedo afirmar con toda franqueza que esa escena era lo menos adecuada del mundo, y así lo sentía yo, pero me confortó, sobre todo porque en esos momentos yo no era más que un amasijo de lágrimas. Después volvió a aparecer la tonada que me recordó el canto de un pajarillo que está en dificultades en su nido. La melodía se ralentizó, tomó forma y me resultó familiar. Trajo a mi memoria la canción «Los silbos del viento del norte» del *ballet La muchacha de cabello blanco*[183]*: Sopla el viento del norte y los copos de nieve flotan en el aire, otro año ha llegado…*

Allá, en la parte inferior de la montaña, se oyó el rugido de un vehículo, y vi un Jeep verde como la hierba que entraba en nuestro pueblo. Mi tía tercera dejó de silbar y se puso de pie lentamente. Cojeando, se dirigió hacia nosotros. Sabíamos que el problema de su pierna no era muy grave, pero al haber estado tanto rato arrodillada, la falta de circulación de la sangre le produjo cierto malestar. Solo al cabo de un rato desapareció la molestia. Oí suspirar al tartamudo Yang, que decía: «¡Era una persona de mucho talento! ¡Qué pena…!». Los tres jóvenes, que compartían el mismo sentimiento profundo que el tartamudo Yang, de nuevo se agachaban y golpeaban el suelo con la cabeza. Súbitamente me acordé de que alguien entre nosotros había mencionado que mi tía tercera era muy buena silbando, pero no sabía que lo fuera tanto. Ahora lo comprendí: aunque mi tío tercero y su futuro suegro se llevaban bien, la razón por la cual ella decidió casarse con un tipo de dudosa reputación y poco dinero como mi tío fue porque tenían gustos y aficiones en común. Estaba, por supuesto, la cuestión de los silbidos y la manera como se intercambiaban mensajes sirviéndose de ese lenguaje codificado. Había sin duda alguna algo de esotérico en ese hábito, que ni siquiera la muerte iba a cambiar.

Muchos años después, un tal Wang, que había ganado un premio en una competición internacional de silbidos, me mencionó a la tía tercera, a mi tío tercero y sus silbidos, que alcanzaron notable fama en los años sesenta más allá de nuestro pueblo. Su manera de silbar se

puso de moda y fue incluso considerada como una incitación a la insurrección. Quien me comentó eso era de Qingdao, no muy lejos del lugar de procedencia de mis tíos; en su juventud había oído decir a un anciano que en Gaomi había gente que, cuando silbaba, no solo era capaz de expulsar el aire de su boca y convertirlo en música, sino que también podían hacerlo con el aire que salía directamente al respirar. Esa técnica les resolvía el problema de combinar los silbidos con la voz en el caso de que tuviesen que interpretar una canción, y al mismo tiempo convertía el acto de silbar en un arte sin par. Wang, el de los silbidos de Qingdao, había dedicado muchos años a investigar esta habilidad y había llegado a la conclusión de que era el control de la respiración al inhalar el aire de manera adecuada lo que había que dominar para convertirse en un maestro experto en el arte de silbar. Sin embargo, había tardado varios años más que mi tío tercero en darse cuenta de ello. Yo desconocía que mi tía tercera también hubiera alcanzado esa maestría con la respiración y los silbidos. Simplemente, como tantas cosas en esa época, no lo comprendía. Mi cabeza se llenó de recuerdos cuando la escuché silbar por primera vez con sus tonos suaves y su fluidez. Efectivamente, inhalaba el aire cuando silbaba tal y como me lo comentó Wang. ¿Y acaso el tartamudo Yang llegó a comprender esa técnica? Si le sucedía lo mismo que a mí, eso no lo sé, pero lo cierto es que reconocía cuando alguien silbaba y cantaba bien, pero no comprendía por qué. Por su parte, los tres jóvenes de Gaomi también silbaban muy bien. Trabajaban en la planta procesadora de algodón con mi tía tercera. A pesar de no ser parte importante de ningún departamento, mi tía tenía una personalidad que atraía la atención de todo el mundo por el talento con que silbaba. ¿Acaso no fue durante esas noches culturales en el patio de la fábrica cuando supieron de esa gran habilidad?

Cuando la tía tercera se acercó a nosotros, yo apestaba como una cabra. De hecho, olía como cuando siete años atrás me presenté en la cerería de su casa. Ahora me da por pensar: ¿me acorde en ese momento de la antigua cerería? ¿No era el cuerpo de mi tía lo que olía a cera? Nunca en la vida olvidaré todo lo que sucedió durante esos días.

Uno de los tres jóvenes, Qiu Kaiping, que no era muy hablador que digamos, se arrodilló de repente ante mi tía tercera y, deshecho en lágrimas, dijo: «Cuñada segunda, Gu Shuanghong, que este es tu verdadero nombre, te pedimos perdón». Deng Ran y Zheng Huabo también se arrodillaron y repitieron sus palabras: «Cuñada segunda, te pedimos perdón». El tartamudo Yang dijo, a su vez: «No puedo escribir la palabra “mudo”». El tío Yang Liansheng añadió unas palabras a su comentario como habría hecho un joven monje un poco confuso: «¿Cómo puede ser? Tres hermanos, cuatro hermanos, cinco hermanos,

¿por qué os disculpáis ante la cuñada?». «Oh, nosotros la hemos tratado mal», respondió Qiu Kaiping. «Cierto, y nos sentimos culpables y le pedimos a la segunda cuñada que nos perdone», añadió Deng Ran. «A partir de ahora estos dos niños serán nuestros hijos. Ayudaremos a la cuñada a educarlos y les daremos todo lo que necesiten, concluyó finalmente Zheng Huabo». Mi tía tercera dijo: «Os lo agradezco, pero a partir de ahora no quiero saber nada de vosotros».

VI

El día del entierro de mi tío tercero, ese trigésimo quinto día tras su muerte, fue una jornada de mala suerte para el tío Yang Liansheng (el tartamudo Yang). En el camino de vuelta al pueblo, bajo la montaña, vimos un Jeep que nos daba la bienvenida y nos abría las puertas. Sus pasajeros se detuvieron en la distancia, a varios metros de donde estábamos, y dos policías con sus gorritas, sus chaquetas blancas y sus pantalones azules, nos pidieron que nos acercásemos.

Dejamos de caminar sin verdaderamente desearlo y el color del rostro de los tres jóvenes cambió de golpe. Murmuraron con un tono de voz patético: «Tu tía tercera nos ha perdonado, pero ahora estamos confundidos, ¡Hemos cometido un error!». El tío Yang Liansheng se presentó finalmente ante nosotros y se enteró de lo que había pasado entre los tres jóvenes y mi tía tercera. Tartamudeando y con los labios temblorosos, explicó: «Sois todavía muy jóvenes. Esas cosas pasan, no os lo toméis tan a pecho. La cuñada segunda seguro que os ha perdonado y eso es lo importante». «Ya lo he dicho con anterioridad. ¿Cómo no me acordaba? No tenía ninguna relación con ellos», los amonestó mi tía tercera. Con una mano puedo sujetar a Qing Quan y con la otra mano puedo sujetar a Qing Ling. Me las puedo apañar sola, y ahora te lo pido a ti, Xiao Guang, ¡marchémonos ya de este lugar horrible!».

Los cuatro hombres estaban detrás de nosotros dos, y en ese orden bajamos por la colina para encontrarnos con los dos policías del Jeep que nos habían llamado. Vi que los jóvenes se ponían en fila inconscientemente, justo detrás de donde encontraba la tía tercera, como polluelos que siguen a su mamá gallina. Solo el tío Yang Liansheng se colocó delante, al frente de todos nosotros, y saludó a los dos policías: «Camaradas, ¿de inspección en el campo?». Uno de ellos, el de baja estatura, preguntó: «¿Y tú eres Yang Liansheng?». «Cómo me has reconocido?», le respondió, y el policía de mayor estatura le dijo: «¡El actor famoso! ¿Cómo no te íbamos a reconocer…?». «Yo? ¿Famoso? Si solo sé interpretar el papel de un payaso». El policía

bajito lo agarró la muñeca, gruñó y en un abrir y cerrar de ojos le puso unas esposas que parecían nuevas de lo mucho que brillaban. El alto agitó una hoja de papel delante del tío Yang Liansheng y le dijo: «Lo siento, viejo Yang. No queremos molestarle, pero debe acompañarnos». «Y cuáles son los cargos? —quiso saber el tío Yang Liansheng, e insistió—: ¿Qué falta he cometido? ¡Decídmelo…!». Los policías no le hicieron caso y lo condujeron al vehículo. Con una voz severa, le advirtieron: «¡Toma asiento y no ofrezcas resistencia!». El tío Yang Liansheng se puso a gritar, pero el Jeep se lanzó por la pendiente de la colina, levantado polvo y humo, hasta desaparecer.

VII

Una vez escrito lo ya he escrito hasta aquí, pensaba dar por finalizada esta historia porque no tengo el valor de acordarme de lo que siguió después. Alguna vez pienso en ello, pero lo evito inmediatamente. Si hubiese terminado el relato aquí, es obvio que habría provocado los chismorreos de los lectores, impacientes por saber qué diablos pasó luego. Seguramente se pondrían tristes con sus especulaciones.

Visité a la persona más anciana del pueblo para consultarle cierta información que había reunido para escribir esta historia. Quería saber lo que se contaba de los lobos y lo fiables que eran esas historias.

Fue antes del primer año (1912) de la fundación de la República de China. En esa época, en esta región del mundo, no vivía nadie y las montañas estaban cubiertas de avellanos. Crecían las hierbas silvestres, y los lobos, los zorros, los linces y otras bestias salvajes campaban a su aire por estas tierras, pero la gente empezó a venir y a cultivar estos eriales inhóspitos que poco parecían ofrecer a primera vista. Esa naturaleza salvaje empezó a desaparecer gradualmente y solo de vez en cuando podía verse la figura de algún zorro, algún tejón o algún lince extraviado, pero salvo la loba amamantando a los dos niños Rómulo y Remo que estaba pintada en el mural de la iglesia, nadie había visto nunca un lobo por estos parajes. Los lobos pertenecían, por tanto, al mundo de las leyendas lejanas. Una de las que conocíamos procedía de la región del Dongbei, en el extremo noreste de China, donde abundaban esas fieras, y la otra era un cuento infantil protagonizado por uno de estos animales que se hacía pasar por una abuelita para zamparse a una niña.

Al principio de la primavera de 1970, empezaron a circular algunos rumores en el pueblo sobre un par de lobos, uno macho y otro hembra, que habían venido de las estepas de la Mongolia Interior. Hay

quien incluso afirmó haber visto sus sombras en el bosque de los azufaifos que estaba en la colina. Otro hablaba de unos perros de pelaje gris que bebían agua en el río, pero cuando se acercó a ellos se dio cuenta de que no eran perros. Según un tercero, una cerda que había parido ocho cerditos, cada día perdía uno en la pocilga donde estaban, y él una vez vio a un lobo con uno de esos cerditos en las fauces.

Superada su primera década, la Revolución Cultural había rebasado ya su primera mitad y el país atravesaba por un período de estabilidad, pero el pueblo apenas podía llenar su estómago con algo de comida, y cualquier leyenda provocaba rumores que exacerbaban la imaginación. La gente veía cosas que en realidad no existían, y lo mismo sucedía con las historias de facciones políticas enfrentadas: también generaban innumerables rumores. La gente se emocionaba y deformaba lo que oía, y por esa razón nadie se tomaba en serio lo que se contaba. Uno escuchaba esas cosas como quien escucha un cuento. Se derramaban unas lágrimas, pero luego, ¿qué se iba a hacer? La vida continuaba. Un día de otoño de 1971, sin embargo, ocurrió un suceso cruel del que hubo pruebas fehacientes. A veces, los rumores contienen algo de verdad y ciertas historias son veraces.

Poco antes del Día Nacional de la República Popular China (el primero de octubre), una tarde, más de cuatro meses después de que mi tío tercero hubiera cumplido con el rito funerario del trigésimo quinto día después de su muerte, y por tanto del día de su entierro, mi tercera tía y otras mujeres fueron transportadas en un carro por el jefe de una unidad de trabajo a la comuna, para ayudar en el almacenaje del «grano patriótico». Pensaban regresar antes de que se pusiera el sol; desde luego, no contaban con encontrarse atascados en una fila de camionetas y carros que vendían grano. Pero en realidad, el problema era otro. Los inspectores de la estación de grano discutían con los proveedores porque, o bien encontraban que el grano era demasiado impuro, o que estaba demasiado húmedo, y era, por tanto, inservible. Nadie daba el brazo a torcer porque era mucho lo que se jugaba, de modo que el proceso se eternizaba. Nadie quería regresar con las manos vacías. El llamado grano patriótico era, a ojos de los campesinos, un asunto de nunca acabar. Finalmente, si el grano estaba húmedo y se pudría en los almacenes, a los campesinos no les importaba; en esa época envidiaban e incluso odiaban con toda su alma a las gentes de los centros urbanos, a los cuadros del Partido, a los que podían comer cada día, y a todos aquellos que en gran medida componían el grupo de los privilegiados de la sociedad. ¿Por qué mi tía tercera y otras mujeres debían ir a vender su grano en un carro con la unidad de trabajo? Mi tía tercera era una persona con educación y sabía medir y hacer cuentas. Tenía además buen ojo para los negocios

y mucho juicio. El jefe del equipo de trabajo sabía que con ella no iban a tener pérdidas.

Pero me estoy yendo por las ramas y mis palabras no tienen ningún sentido… ¡Una pura divagación! Cuando mi tía y los demás vendieron su grano, el sol rojo ya se hundía en el oeste y la penumbra del anochecer empezaba a instalarse en el ambiente. Había más de veinte *li* de distancia entre el almacén y nuestro pueblo, y los carros, tirados por caballos viejos y mal alimentados, avanzaban muy lentamente renqueando. Se oían las herraduras metálicas de las patas de los caballos impactando sobre la superficie del camino. Los animales parecían cojear, y a quien guiaba el carro no se le ocurría otra cosa que azotarlos con un látigo para que avanzasen con más rapidez mientras gritaba. Las mujeres deseaban regresar cuanto antes a sus casas. En la de la tía tercera había un par de criaturas esperándola, así que, por supuesto, estaba preocupadísima. El conductor del carro era Wang Wu, un tipo de más de sesenta años al que no se le entendía cuando hablaba: «Ayer vino a verme mi sobrino de la casa de los Kuang y me dijo que un lobo se había llevado uno de los cerdos más gordos de la casa de Du el Sexto. "¿Cómo un lobo solo pudo coger un cerdo de ese tamaño?" —le pregunté a mi sobrino, y me contestó—: "Tío, no lo has comprendido. El lobo tenía un plan, y solo se puede hablar de lo que se ha visto". Mi sobrino me explicó que Du el Sexto lo había visto con sus propios ojos. El lobo mordió al cerdo en la oreja y con la cola lo azotaba en el culo. Lo más curioso era que el cerdo, como un niño educado y obediente, siguió al lobo sin oponer ninguna resistencia. Du el Sexto, que lo vio con sus propios ojos, salió detrás del lobo con una pala en la mano y, al llegar al cruce, observó unos destellos de luz que salían de una parcela de matorrales. Cuando se fijó mejor, se dio cuenta de que los lobos le habían tendido una trampa. Du el Sexto agarró con fuerza su espada y retrocedió, ya que sabía que no iba a poder hacer nada contras esas fieras. En ese momento vio que los lobos salían de los matorrales donde estaban escondidos para acoger al que llevaba al cerdo…».

Ya había oscurecido en ese momento y algunas estrellas ya habían hecho su aparición en el firmamento. Al lado de los matorrales unos grillos armaban bulla, y la esposa de Guo Yanfu, apoyada en la barandilla del carro, dijo: «Tío, no cuente nada más, que va a asustar a la gente». El viejo Wang Wu le respondió: «Vale, vale, no contaré nada más. Simplemente lo decía para que vayáis con cuidado». Mi tía tercera agarró una cuerda y azotó al caballo en las posaderas.

El viejo Wang Wu volvió a hablar: «En realidad, ese tipo de lobos tienen una debilidad. ¡Temen el fuego!, y en la antigüedad encendían hogueras para ahuyentarlos. Ningún lobo se atrevía a acercarse a ellos cuando veían las llamas». Mi sobrino trabajaba en la oficina de una de

esas industrias que se dedicaban a la transformación de madera en los bosques de las montañas de Daxing´anling, en la provincia de Heilongjiang, y me dijo que nadie se atrevía a andar solo por la calle cuando era de noche sin una antorcha en la mano, ya que los lobos, cuando veían el fuego, huían asustados». Mi tercera tía volvió a azotar las posaderas del caballo con el látigo y dijo con un tono de voz suplicatorio: «¡Tío, le ruego que se dé prisa! ¡Tengo un par de niños esperándome en casa!». En el mundo había muchos carros. A veces funcionaban y otras no, a veces iban rápido cuando uno lo deseaba y otras no. Así de sencillo.

Cuando era pequeño, a mí, más que los lobos, me daban mucho miedo las serpientes[184]. Cuando iba a cortar hierba, siempre temía toparme con una de ellas, y ahora, ya de viejo, antes de dormir rezo por no tener que soñar con serpientes, y sin embargo, no puedo evitarlo y siempre sueño con esos animales aterradores.

Cuando el carro entraba en el pueblo, vi unos destellos que me parecieron a primera vista las luces de linternas de mano. Luego oí los gritos y los llantos de una mujer. ¡Algo muy grave había sucedido! Mi tía tercera saltó al suelo de un salto. Se puso a agitar los brazos en el aire para hacerse ver y se lanzó corriendo hacia su casa. Mientras corría gritaba: «¡Qing Ling! ¡Qing Quan…!». Me quedé mirando a mi tía, que parecía un ave de grandes dimensiones que hubiera caído y, herida, intentara desesperadamente levantar el vuelo. En el terreno que había delante de su casa se habían juntado varias personas que sujetaban con sus manos lámparas de queroseno muy brillantes. Otros llevaban linternas eléctricas y se dirigían hacia las colinas. Qing Ling lloraba a lágrima viva y se arrojó a los brazos de su madre (mi tía tercera) nada más verla. «¿Dónde está tu hermano? ¿Dónde está Qing Quan?». «¡Un lobo de pelaje pardo lo ha atrapado con sus fauces y se lo ha llevado!», le contestó Qing Ling. Mi tía tercera se quedó sin palabras, conmocionada. Su cuerpo, erguido e inmóvil, parecía un tronco de madera podrida, mientras que Qing Ling temblaba y no paraba de llorar: «¡El lobo, el lobo! ¡Maldita sea…!». La tía tercera se desmayó y los presentes intentaron levantarla. Una de las «doctoras de pies desnudos» del pueblo, una tal Wu Hongmei, se sentó en el suelo y le pidió a la tía tercera que se apoyara en sus pies y con el dedo pulgar le presionó el pecho. Qing Ling se arrodilló delante de su madre y, llorando, volvió a decir: «Un lobo… un lobo… un lobo… ¡No debes morir! Si mueres tú, me quedaré huérfana».

Había lágrimas en los ojos de todos los presentes. Los de Wu Hongmei no se apartaban del rostro de mi tía tercera, que lanzó un suspiro de alivio y se despertó súbitamente. Le costó ponerse de pie y, una vez que lo consiguió: «¡Qing Quan, Qing Quan, mi hijo…!». En esa época, Guo Guangxing, el sobrino de secretario Guo Dafa, había

obtenido un puesto gubernamental en nuestro pueblo. El joven había sido soldado y se había encargado de conducir tanques, y era, por tanto, un tipo valiente que no se echaba atrás fácilmente. Nos dijo: «Que sean las mujeres quienes se ocupen ahora de Gu Shuanghong y su hija Qing Ling. Los hombres, que vengan todos sin excepción conmigo al bosque». No había acabado de dar la orden cuando bajé la cabeza y le pregunté a Qing Ling: «No llores, niña buena, dímelo ¿hacia dónde se fue ese lobo que se llevó a tu hermanito en sus fauces…?». Qing Ling señaló con el dedo el bosque denso de los azufaifos, allá en las montañas. «¿Y cuántos lobos había?», volví a preguntarle, y ella me contestó: «Dos». «¡Vayámonos ya!», nos interrumpió Guo Guangxing.

Los presentes alzaron sus bastones de madera y sus lámparas de queroseno. Algunos llevaban linternas y otros incluso palas. Muchos se pusieron a hacer ruido con palanganas metálicas y otros gritaban para llamar la atención del pequeño Qing Quan, y así se dirigieron a los bosques de la falda de la colina. Mi tía tercera, que se esforzaba por mantenerse de pie, acompañó a los hombres a la montaña, pero varias mujeres tuvieron que sujetarla para que no se cayera. Después de aquello, lamentamos profundamente la decisión de construir una casa para el tío tercero y su mujer en un lugar tan desoldado como ese, pero en aquella época mis tíos estaban firmemente decididos a vivir en ese lugar tan cercano a la naturaleza. Creían que el emplazamiento de su cabaña era ideal por sus vistas y la luminosidad en el interior era perfecta. Las aguas del río tampoco suponían ningún peligro de inundación porque el dique las contenía. Lo consideraban un lugar perfecto para vivir. ¿Quién iba a saber que habría lobos? Además de los lobos, la tía tercera se había quedado viuda. Ay, los lobos…, se lo comían todo: los cerdos, las cabras, las gallinas, los conejos… ¡Todo! ¿Por qué iban a querer comer a seres humanos? Ay, los lobos. ¿No había acaso una loba en el mural de la iglesia que amamantaba a un par de niños? ¿No estaba viviendo esa loba junto con Dios? ¿Por qué un clérigo italiano había pintado un animal de esta naturaleza en un lugar tan sagrado como una iglesia? Pensábamos que los lobos eran amigos de los niños, pero quien decoró la iglesia con ese mural quería darles otro significado más profundo.

Pasaba el tiempo y la noche se cerraba cada vez más. Llegamos a medianoche y ni rastro de un animal que hubiese podido dejar en su camino una zapatilla del niño o simplemente los huesos roídos de su cuerpo si lo hubiera devorado. Ni eso vimos. Del niño Qing Quan no había la menor huella. ¡Ni siquiera un trozo de ropa o sangre! Por eso dudábamos, y Qing Ling también dudaba si estaba vivo o muerto. Tal vez el pequeño Qing Quan había sido secuestrado por esa bruja, la vieja Hua, que traficaba con niños. Guo Guangxing informó de este

asunto a la comuna y esta se lo comunicó al comisario de Policía Bie para que lo investigase. El comisario movilizó a varios agentes bajo sus órdenes y se dirigieron a las colinas que quedaban frente a nuestro pueblo para seguir buscando. Una vez en el bosque, las ramas puntiagudas de los azufaifos rasgaban nuestras ropas y nos hacían rasguños en las caras y en las manos, pero nosotros seguíamos sin encontrar ningún rastro de Qing Quan. Ni siquiera nos topamos con un pelo del lobo.

Entonces, el comisario de Policía Bie decidió hacerle unas preguntas a Qing Ling sobre lo que verdaderamente había visto. La niña, llorando, le contó: «Estaba sentada en las escalerillas de la puerta leyendo una novela gráfica sobre *La muchacha del cabello blanco*. Qing Quan estaba ahí, delante de mí… —Qing Ling señaló en ese momento el bosque de los azufaifos y continuó explicando—: Qing Quan había cogido con sus manos un saltamontes y yo leía en ese momento que al viejo de Yang Bailao[185] (un personaje de *La muchacha del cabello blanco*) lo habían matado, y me dieron ganas de llorar. Luego oí a Qing Quan llorando. Alcé la mirada y vi a un lobo enorme de pelo pardo y me lancé para rescatar a mi hermanito, pero del bosque salió otro lobo. ¡Quería salvar a mi hermanito!, pero los lobos me enseñaron los colmillos y me entró mucho miedo. El animal agarró con sus fauces a mi hermanito y se lo llevó al bosque» El comisario de Policía Bie se dirigió serenamente a mi tía tercera y al cuadro del Partido en el pueblo: «Lo que ha dicho la jovencita suena a cierto. Esos dos lobos son un macho y una hembra, pero hay algo que no comprendo. Si el lobo se lo llevó, ¿cómo diablos no ha dejado una marca o algo parecido? No creo que los lobos sean tan inteligentes como para borrar sus huellas. Si la jovencita ha mentido, aunque no lo haya hecho expresamente, habría que achacarlo a un delirio causado por un desorden nervioso, o quizá a que alguien con malas intenciones la ha amenazado y ahora no se atreve a decir la verdad. Hay, por tanto, muchas posibilidades. Por ejemplo, la del tráfico de niños o que el niño se haya extraviado él solo». A los presentes les pareció más que razonable la explicación del policía Bie y, por encima de todo, les dio esperanzas. El comisario les dijo que iba a informar del caso a sus superiores y a otras comisarías de la región para que vigilaran las estaciones de tren y autobús. También propuso que se organizaran en el pueblo batidas para buscar al niño, pero debían limitarse a las dos colinas. Había que mirar alrededor de las aldeas y en las cuevas de las montañas, ah, y en los pozos. El policía Bie le dijo en secreto a Guo Guangxing: «Hay que encontrarlo, vivo o muerto, ya que solo así la familia se quedará tranquila».

Durante esos días me quedé acompañado a mi tía tercera, y el resto de la gente del pueblo se dedicó a buscar a Qing Quan en cada

árbol de los bosques, en cada agujero o zanja donde pudiera haberse escondido; y mientras lo hacían, mi tía no paraba de llorar y de decir: «Qing Quan, hijo mío. ¿Dónde estás? ¿Estás jugando al escondite con tu mamá? ¡Aparece, hijo! ¡No me hagas sufrir más…!».

Tomamos varias veces el camino al cementerio y, cada vez que lo hacíamos, mi tía se arrodillaba ante la tumba de su marido e imploraba: «Tú, el padre de estas criaturas, regresa al mundo de los vivos y ve a buscar a tu hijo». La tumba de mi tío tercero ya estaba cubierta de hierbajos y había crecido encima de ella una planta de ricino del tamaño de una persona. Había abundantes frutos redondos como bolas y espinosos. Cuando íbamos a la escuela, se decía que esos frutos eran muy caros, y los maestros los recogían para venderlos en la comuna. Decían que con el dinero de la venta se podría comprar papel, tizas e incluso aceite para las lámparas de la escuela, pero los estudiantes de mayor edad pensaban que los maestros eran gente corrupta con mentalidad feudal. Cuando ayudaba a mi madre a encender el horno-cocina, me servía de una cuerda conectada a un recipiente que contenía aceite de ricino. Los frutos peludos y espinosos de esa planta producían esa sustancia que daba unas llamas vigorosas de mucha calidad. El aceite de ricino era poderosísimo y olía, además, muy bien. Yo, por mi parte, me había comido varios de esos frutos pasados previamente por la sartén. Una vez asados, me los echaba a la garganta y cerraba la boca inmediatamente. Los masticaba y podía oír los crujidos de mis dientes al despedazarlos: *crac, crac, crac*. Era como un juego entre nosotros, los niños, que al final cagábamos en los pantalones lo que habíamos ingerido. Al ver esa planta de ricino sobre la tumba de mi tío tercero, mi imaginación se disparó.

Mi tía tercera se había arrodillado y estaba llorando. Con las manos metidas en el barro que se había formado sobre la tumba de su marido, le imploraba que volviese al mundo de los vivos. Yo sabía que eso era inútil porque salvo unas ropas viejas y una armónica, en el interior de la tumba no había nada. ¿El esqueleto, era acaso el de mi tío tercero? Lo dudo mucho. Oí decir a algunos viejos de mi pueblo que, a los siete días de estar muerto, el alma transmigra al otro mundo, o al menos esa es la creencia budista: o va al Infierno a sufrir mil tormentos, o sube al Paraíso celestial, donde llevará una vida feliz y confortable. Los huesos que quedan en la tumba acaban convirtiéndose en polvo. Hay cientos de personas que se arrodillan cada año ante las tumbas para golpear su cabeza contra el suelo y quemar papelitos que simbolizan la llegada de dinero, pero ¿qué hacen en realidad? ¿Se consuelan a sí mismas o se están engañando? Yo ya había formulado esa pregunta a algún miembro de generaciones anteriores, y siempre evitaban darme una respuesta. Entonces yo alzaba la voz y decía: «¡*Emituofo*! ¡Oh, Buda del Paraíso del Oeste!

¡Loado sea tú ser!».

Escribo estas palabras para posponer detalles muy dolorosos de la historia que estaba contando…, me refiero a la historia sobre mi tía tercera y su hija Qing Ling, y la tortura que estaban sufriendo.

Buscamos al lobo y a Qing Quan por toda la región y no encontramos ni un solo vestigio de ellos. Aunque nadie se atrevía a decir nada, todos pensamos en nuestro interior que la joven Qing Ling había mentido; pero al mismo tiempo nos hacíamos la pregunta: ¿Por qué va a querer mentirnos? ¿Qué iban a esconder esas mentiras? En numerosas ocasiones había oído a las mujeres contar chimes sobre Qing Ling y su manera de hablar: «¿Has visto sus ojos? Apenas hay cornea en ellos, parece que la pupila lo ocupa todo. Gira y gira cuando ella habla. ¿Acaso puedes fiarte de lo que dice una persona que tiene esos ojos? No son los de una niña decente». Como ocurre con los rumores, los de esas mujeres llegaron a oídos de todo el mundo, y pensaron que Qing Ling se había conchabado con la vieja Hua, la traficante de niños. Qing Ling ingirió un somnífero (la medicina de Mongolia[186]) y, cuando se despertó, el pequeño Qing Quan ya se había ido con la vieja. Corría otro rumor similar al anterior; no se ha encontrado una sola gota de sangre ni ningún rastro del cadáver del niño ni del lobo, no había otra persona a quien poder culpar del secuestro que a la vieja Hua. Otros chismes decían que la vieja había vendido a Qing Quan a una pareja de la provincia de Shanxi. La pareja no podía tener hijos y pagaron una fortuna por el pequeño. Se dijo que la pareja compraba cabras montañesas y varias ovejas y corderos con el solo objetivo de alimentar a su hijo. El niño creció con una salud de hierro. Pero eso solo tenía la intención de tranquilizarnos. Otro rumor sostenía que la vieja Hua había vendido al pequeño Qing Quan a un circo, cuyo dueño le cortó la lengua al niño y, con un cuchillo, le hizo muchos tajos en el cuerpo. Luego mató a un perro, lo despellejó y colocó su piel sobre el cuerpo de Qing Quan para cubrirlo. De esa manera, la piel del animal se le quedaría pegada para siempre. Qing Quan se convirtió así en el «niño perro», y el hombre, al parecer, se hizo rico con sus actuaciones. Obviamente, esta historia era una exageración y nadie se la creyó, pero la imagen del pequeño cubierto con una piel de perro permaneció en lo más profundo de nuestras mentes del miedo que nos entró. Mi tía tercera, naturalmente, deseaba que la historia de la medicina de Mongolia fuera cierta e incluso quiso creer la de la pareja que vivía en un pueblo perdido en las montañas de Shanxi, que había criado a Qing Quan con tanta abundancia, pero no había ninguna prueba. Absolutamente ninguna.

Tanto mi hermana mayor como yo veíamos con nuestros propios ojos que la historia del pequeño Qing Quan seguía mortificando a mi tía. Con maneras suaves, preguntó a su hija Qing Ling: «Mi querida

hija, ¿piensas en tu hermanito?», y Qing Ling ladeaba ligeramente a cabeza, retorcía los labios, emitía un sonido y se ponía a llorar. Mi tía tercera la consolaba acariciándole la frente: «Tu padre ha muerto y deseo que tu hermano regrese a nuestra casa. Díselo a tu madre, cielo mío, ¿te dio ese día una anciana un dulce?». Qing Ling reaccionó ante esa pregunta con más llantos y miró a su madre como si no hubiese comprendido el sentido de la pregunta. Mi tía tercera volvió a hablar: «Y esa anciana, ¿era alta? ¿Tenía el cabello blanco? ¿Tenía flores en el pelo? ¿De qué color eran las ropas que llevaba…?». Pero Qing Ling volvió a negarlo con un movimiento suave de su cabeza y con más llantos. Mi tía se encendió y le dio un bofetón en la mejilla. Con un tono de voz severo, gritó: «¡Dímelo! ¿Era así esa vieja…?». Sin dejar de llorar, Qing Ling le contestó: «¡No hubo ninguna anciana!». «Y tu hermanito, ese pobre niño, ¿dónde se ha ido? Si no me has dicho la verdad, ¡te voy a matar!», la amenazó de nuevo mi tía, pero esta vez agitando una escobilla en el aire, aunque sin tocarla. Qing Ling añadió: «Se lo llevaron dos perros enormes de un pelaje de color pardo». «¡Otra vez lo de los perros pardos…! ¡Mentiras y más mentiras!», le dijo mi tía, dándole con la escobilla en la cabeza a su hija. «¡No miento! —le contestó Qing Ling, y añadió—: ¡Fueron dos lobos grises enormes…!». Mi hermana se precipitó hacia mi tía para sujetarla y evitar que volviera a pegara a su hija; yo me apresuré a coger a Qing Ling. Había que separarlas, pues aquello podía acabar en tragedia. Mi tía arrojó al suelo la escobilla que tenía en la mano y con mucho odio en su voz insultó a su hija: «¡*Yatou* miserable! ¡Antes eran dos perros pardos y ahora son dos lobos grises! ¡Hemos hecho lo imposible por atraparlos y nadie ha visto ni rastro de esas bestias…!». La voz de mi tía, que parecía un rugido, cambió de tono y se volvió mucho más triste; una voz que se entrecortaba con llantos súbitos. Qing Ling se apretó a mi cintura y, entre lágrimas, me dijo: «Hermano, yo no miento».

Al día siguiente acompañé a mi tía tercera a la comuna para que la policía le pusiese al día con las últimas noticias sobre la desaparición de su hijo. En el camino, me dijo: «Xiao Guang, tu tía se desplazará a la provincia de Shanxi en un par de días». Le pregunté: «¿Y qué vas a hacer en Shanxi?». Ella me respondió: «La pasada noche soñé con tu tío y me pidió que le acompañase. Me dijo que me quería ayudar a encontrar al pequeño Qing Quan. Cogimos juntos el tren. *Trac, trac, trac*. El tren recorría las vías y, tras pasar por varias estaciones, tu tío me dijo que ya habíamos llegado a nuestro destino. Bajamos y había mucha gente reunida en el andén. Tu tío se puso a silbar delante de ellos y atrajo mi atención. Silbaba la melodía de *La canción de Nargis*, pero en un abrir y cerrar de ojos dejé de oír los silbidos y él desapareció de mi vista. La muchedumbre también desapareció.

Estaba yo sola en el andén de una estación de tren desierta. Alcé la mirada y vi que había un rotulo que decía: “Xiyang”, y supe entonces que me encontraba ya en la provincia de Shanxi. Me desperté en ese momento y me puse a pensar en el grupo de trabajo de Dazhai y sus enseñanzas sobre la agricultura. ¡Fue en Xiyang donde surgieron las enseñanzas de Dazhai acerca de las nuevas técnicas de agricultura! Por ello pensé que Qing Quan había sido secuestrado por algún traficante de seres humanos y llevado a Xiyang. Seguro que sí». Yo, que todavía era muy joven cuando escuché esas palabras, no confié en lo que me comentaba mi tía tercera y pensé que había perdido la cabeza. ¿No eran esos los sueños de una persona a quien se le había roto el corazón? Consentí y me excusé. Al fin y al cabo, no había podido ir a la escuela secundaria y se me escapaban muchas cosas. Yo deseaba acompañarla a Xiyang, en la provincia de Shanxi, para buscar al pequeño Qing Quan. Solo necesitaba el permiso de mis padres.

Al llegar a la comuna, mi tía tercera volvió a explicar su sueño a los policías y estos le dijeron que transmitirían lo que había contado a alguien de la administración provincial, pero no le aseguraron que fuera a haber progreso en la investigación. Mas tarde, uno de los jefes de la Policía comentó que el sueño de mi tía tercera ciertamente tenía mucho valor y no había que menospreciarlo. Y por supuesto, cumplió con lo prometido y comunicó todo lo que sabía a los departamentos de Policía y Seguridad Pública del siguiente nivel jerárquico, y así hasta llegar a las instancias provinciales. Finalmente, la policía de nuestra comuna y la de Xiyang llegaron a establecer un hilo de comunicación, y nadie se opuso a que mi tía viajase a Xiyang, en la provincia de Shanxi. Nuestro jefe de Policía dijo que, según le había explicado un amigo suyo que era de la Mongolia Interior, durante el invierno del año anterior tuvieron que matar a muchos lobos, pues por alguna razón desconocida se habían acercado a los centros urbanos. Para aniquilar a esas fieras de las estepas fue necesario emplear al ejército y todo tipo de vehículos motorizados, así como armas de fuego. Los lobos, ante la amenaza, huyeron hacia el interior del país. En esas circunstancias, era más que posible que algunos hubiesen llegado hasta la provincia de Shandong.

Antes de ir a la comuna, le pidieron a mi hermana mayor, que realizaba una suplencia como maestra en la escuela primaria, que acompañase a Qing Ling a la escuela, ya que los miembros de la comuna tenían que ocuparse de otro asunto aparentemente más importante. Sin embargo, ella no cumplió la orden. Durante la clase, mi hermana, que sabía mucho de música y teatro, puso a los niños a bailar y cantar como si estuviese al mando de una escuela de teatro clásico. Cuando mi tía tercera y yo volvimos a su casa, tras pasar por la comuna, vimos que la puerta del patio estaba cerrada con llave,

pero metimos la mano por una grieta, la abrimos desde dentro y entramos. La de la casa también estaba cerrada, pero la llave estaba puesta en el cerrojo y pudimos abrirla también. Al principio no vimos a nadie. Nada más entrar, nos invadió un olor intenso a ese fosfato que se usaba en las casas como insecticida. Entonces nos dimos cuenta. Qing Ling, que apenas tenía siete años, estaba sentada en una esquina con las piernas estiradas y la cabeza vencida hacia el pecho. Había entre sus piernas un botellín de medicina de cincuenta mililitros, con una sustancia densa de color amarillo en su interior: era insecticida para matar mosquitos. «¡Oh, Cielos!», gritó espantada mi tía tercera, y volvió a desplomarse en el suelo. Entre las piernas de Qing Ling también había una hoja suelta de un cuadernillo escolar en la que había escrito con una caligrafía insegura y temblorosa: «Mamá, no te he mentido. Dos perros enormes de color pardo se llevaron a mi hermano».

Wu Hongmei, la «doctora de pies desnudos del pueblo», se precipitó tan rápidamente como pudo hacia la casa de mi tía tercera. Mi padre y mi madre también vinieron, así como Guo Guangxing, el secretario del Partido del pueblo. Un joven cogió a Qing Ling en brazos y dijo que había que llevarla al hospital. Guo Guangxing añadió: «¡Rápido, llamemos a Xi el Cuarto y que traiga el tractor…!». El joven soltó a Qing Ling. Xi el Cuarto era el encargado de llevar el tractor en nuestro pueblo. Wu Hongmei tomó el pulso a la niña, le puso el estetoscopio sobre el pecho para saber si su corazón aún latía. Llorando, anunció: «No hay nada que hacer». Guo Guangxing dijo: «¡Te lo suplico! ¡Hagamos algo!». Wu Hongmei pidió ayuda para extender a mi tía tercera sobre el *kang* y le puso una inyección. Mi tía tercera recuperó la consciencia, se giró y se bajó del *kang*. Llorando y gritando como si fuera a reventar, se echó sobre su hija Qing Ling. «¡Hija mía! ¡Las palabras de tu madre te han matado! —le dijo entre aullidos desesperados—. ¡Tu madre ya no es de este mundo!». Mi tía se dobló y empezó a darse cabezazos contra la pared. Afortunadamente, alguien la sujetó y se la llevó de allí.

Mi padre le dio un bofetón a mi hermana mayor y la amonestó: «¿No te habían dicho que la acompañases al colegio? ¿Por qué no lo hiciste?». Mi hermana, tras encajar el golpe, rompió a llorar. «¡Quería llevarla!, pero me dijo que tenía dolor de cabeza y quiso quedarse en casa. Tenía prisa porque debía dar una clase y ella se quedó echada descansando tranquilamente sobre el *kang*. Le di un analgésico y me fui». «Pues ya ves lo que pasó luego», intervino Guo Guangxing. «Secretario Guo —le dijo Li Yumei, que era su segundo—, deberíamos incinerar el cadáver de esta criatura. No nos demoremos». Guo Guangxing interrumpió y le dijo: «¡Piérdete, anda!».

VIII

Para prevenir que mi tía tercera se suicidase, mis padres me pidieron que no la dejase sola en ningún momento. Mi hermana mayor enseñaba durante el día en la escuela primaria y por la noche se iba a dormir a la casa con ella. Durante ese tiempo, las mujeres del pueblo iban también continuamente para hacerle la comida, y le traían carne y pescado en una época en la que ese tipo de alimentos eran un lujo. De hecho, le traían de todo. Mi tía tercera se reconcilió con todo el mundo y empezó a comer y a recuperar la normalidad. Dormía junto con mi hermana sobre el *kang*, y yo utilizaba el pequeño que había en la habitación del ala este. Oía llorar a mi tía sobre su *kang*. Lloraba, se despertaba y luego volvía a quedarse dormida. Así, a la velocidad del rayo, pasó algo más de un mes. Todos fuimos poco a poco calmándonos. Un día mi tía tercera nos dijo con total serenidad: «Hijos míos, no debéis acompañarme más. No voy a suicidarme. No. Sé que Qing Quan sigue todavía con vida. Debo continuar viviendo porque sé que regresará algún día. A Qing Ling fue la vieja Hua quien la mató con ese veneno horrible; mi pobre hija insistía con esa historia de perros y lobos…».

Una noche soñé con el mural de la antigua iglesia. En mi sueño aparecieron el maestro Song y su hijo Xiao Yuan. Estábamos todos de pie (lo recuerdo) y contemplábamos esas pinturas extrañas; entonces descubrimos a esa loba amamantando a dos niños que eran seres humanos. Más tarde nos dimos cuenta de que uno de los niños faltaba. El que se había quedado con la loba era, sin lugar a dudas, el pobre Qing Quan (así lo vi en ese sueño). Estaba mordiendo el pezón de la loba y mamaba su leche. Una vez satisfecho, se giraba y nos sonreía, pero su sonrisa era todo un misterio para nosotros. Xiao Yuan le preguntaba al pequeño Qing Quan: «¿Está buena la leche de la loba?». Y Qing Quan le respondía: «¡Está buenísima! ¿No quieres probarla…?». Xiao Yuan pestañeó y se dirigió al muro donde estaba el mural. De esa manera, bajo el pecho de la loba había de nuevo dos niños: Qing Quan y Xiao Yuan. Al amanecer, cando me desperté, le conté mi sueño a mi tercera tía. Vi que al escuchar mis palabras sus ojos desprendían una luz especial y supe que para ella fue realidad. Yo también lo creí y dejé de pensar que había sido un sueño. Esa era, al fin y al cabo, la base de la leyenda de los niños lobo que circulaba por nuestras tierras.

Mi tía tercera agarro una cesta y una hoz y se dirigió a la montaña para recorrerla entera, dispuesta a encontrar a su hijo. Yo, detrás, seguí sus pasos. Al verme, me dijo: «Xiao Guang, no tienes por qué seguirme. Tu tía lo tiene claro y no se va a suicidar. Tu tía solo está un poco triste y alterada. Voy a las montañas para buscar algunas hierbas

medicinales».

El tartamudo Yang y los tres jóvenes también vinieron a ver a la tía tercera, pero ella los recibió con frialdad. Al tartamudo Yang lo habían detenido porque tuvo una relación ilícita con una actriz de teatro que representaba el papel de Li Tiemei[187]. La actriz era la novia de un oficial del Ejército. Por suerte, no se habían registrado todavía como casados; de hecho, no llegaron a casarse nunca. Por esa razón al tío Yang lo retuvieron unos meses en la cárcel antes de soltarlo. Recuerdo que le habló con franqueza —el tío Yang siempre hablaba con franqueza, en eso no cambió nunca— a mi tía y le confesó que había dejado embarazada a la actriz. Le pidió si podía cuidar de esa criatura que iba a venir al mundo. Mí tía, sonriendo, le contestó: «Hermano Yang, con la mala suerte que tengo cuidando a los niños, ¿crees que sería una buena idea quedarme con ese pequeño?».

A principios del mes de noviembre, mi tía tercera trajo a su casa, metido en una cesta, el ricino que había crecido sobre la tumba de mi tío tercero y lo plantó en el patio. No quedaba ya mucho de esa planta (solo la mitad), y estaba en un estado deplorable, pero ella decidió sembrarla en una tierra fértil y dejarla expuesta al sol durante un par de días. La planta reaccionó positivamente al nuevo suelo y dio frutos, de esos espinosos tan caros y valiosos. Mi hermana mayor le sugirió que los vendiese en la cooperativa de la comuna y así haría algo de dinero. Mi tía consiguió producir varias decenas de *jin* de esos frutos y, aunque no sabía qué hacer con ellos, le dijo a mi hermana que no los iba a vender porque no lo creía necesario. Descascarilló los frutos y colocó los corazones blancos en una cesta. Eso fue todo. Para entonces, de su dote todavía quedaban seis velas grandes que habían sido fabricadas con la sustancia de aceite de lana ovina. Cada una de ellas pesaba un *jin* (medio kilo) y mi tía no las había utilizado nunca. Las sacó de una caja de madera donde estaban guardadas y apartó el papel que las cubría. Al hacerlo, descubrió que estaba manchado de aceite, y ello le hizo pensar que las velas todavía podían ser útiles. Mi tía me dio algo de dinero y me pidió que fuese a la Sociedad de Ventas y Suministros, la cooperativa de la comuna, para comprar cinco *jin* de queroseno. No comprendí para qué quería esa cantidad exagerada, pero la obedecí. Sacó unas ropas viejas y las hizo trizas sirviéndose de unas tijeras bien afiladas. También sacó unos algodones con los que hizo un tampón. A continuación, con el hacha, cortó dos troncos de azufaifos de los que crecían en el bosque y formó dos postes con ellos de más o menos un metro y medio de altura, que plantó en el patio de su casa. Habían crecido lentamente (eso era fácil de constatar) como dos árboles vigorosos y sanos, o al menos eso parecían ese par de troncos pelados, pues cuando se les hacía un corte todavía salía de ellos un agüilla blanca y lechosa. Mi tía volvió a darme dinero para

que fuese de nuevo a la cooperativa, ahora a comprar cables metálicos y un par de clavos. ¿Qué pretendía hacer con eso?, quise saber. Me dijo que yo en el fondo ya lo sabía. Pensé que había perdido la cabeza definitivamente, y por eso no volví a insistir.

La comuna de mi pueblo inscribió en la lista de candidatos a ingresar en el instituto del proletariado a mi hermana mayor. Había más de cien de todo el cantón, pero el objetivo no era iniciar una competición para obtener un puesto, ya que había diferentes niveles de educación en ese grupo; simplemente se trataba de proporcionar una formación durante tres meses. Mi hermana se lo comentó a mi tía tercera, que lo consideró una oportunidad excelente que no debía desaprovechar. A ella no le interesaba participar en ese tipo de formaciones; de hecho, no le importaba en absoluto. También pidió a mi hermana que no se preocupara más por ella.

En noviembre, cuando empieza a hacer mucho frío, los trabajadores de la comarca debían recorrer más de doscientos *li* para participar en la construcción de una obra de ingeniería en el río Laixin. Todos los hombres de las granjas se iban para trabajar en esa obra colosal, y en las casas solo quedaban los viejos, las mujeres y los niños. Mi tía troceó las seis velas con el hacha y las introdujo en un cazo metálico. Luego añadió unas maderitas y les prendió fuego. Le advertí: «Cuando se derritan las velas, en este cazo va a ser imposible volver a preparar una comida. ¿No lo sabías…?». Mi tía repuso: «Oh, con un cazo me será suficiente. Tenemos otros. No te preocupes». Mi tía tercera apuntó con la barbilla al lado izquierdo del cazo y, con un martillo, insertó los dos clavos de una pulgada de largo en los dos azufaifos —puso uno en cada árbol—. Los clavos, retorcidos, parecían los colmillos de un lobo. Luego troceó en pedacitos muy pequeños (casi los pulverizó) los corazones blancos de los frutos de la planta de ricino y los arrojó dentro del cazo donde ardían la cera de las velas y la madera. El fuego del cazo se avivó y se podía ver cómo se derretían las velas. Seguidamente, mi tía colgó las tiras de ropa que había cortado con las tijeras en los dientes de lobo (los dos clavos, en realidad). La cera del cazo ya se había derretido, transformándose en una masa roja espesa. Los corazones blancos de la planta de ricino flotaban y daban vueltas sobre esa superficie rojiza. Con esa sustancia espesa, mi tía empapó las tiras de tela vieja que colgaban de los dientes de lobo clavados cada uno en cada tronco de azufaifo, junto con el algodón, y las dejó secar al sol. Tendió los cables uniendo los dos clavos y empapó el algodón con la cera roja del cazo. De esa manera, tanto los clavos, el algodón como los cables habían quedado mojados por la mezcla de cera derretida y aceite de ricino. Le pregunté a mi tía: «¿Estás haciendo unas velas gigantes?», y ella me respondió: «No, estoy haciendo unas antorchas». A continuación puso

la cera viscosa y los corazones blancos de la planta de ricino sobrantes en un cubo y vertió los cinco *jin* de queroseno en él. Tras removerlo todo, empapó las dos antorchas. «Tía —le pregunté—, pero ¿qué diablos está usted haciendo?». Me contestó: «Estas dos antorchas iluminarán el camino cuando caiga la noche». Mi tía llevó el cubo que servía para alimentar las antorchas al patio y me dijo: «En esos cajones hay dinero, cógelo y vete a comprar una linterna de las que llevan pilas en la cooperativa de la comuna. Ah, de paso compras pilas de las grandes». «Tía —le pregunté de nuevo— ¿no cree que con un par de pilas será suficiente?». «No —me replicó—, quiero tres».

Ya era de noche cuando regresé a casa de mi tía con la linterna y las pilas. En esos momentos ella estaba cortando y enrollando unos fideos, y el agua del cazo donde iba a cocinarlos ya hervía. Mi tía tercera, al verme, puso los fideos en el agua junto con seis huevos. Sorprendido, le pregunté: «¿De quién es el cumpleaños hoy…?». «De nadie —me respondió—. ¡Esta comida es para nosotros dos! Nos comeremos una sopa con fideos y huevos. ¿Qué te parece? Cuando te la hayas tomado, te vas a casa a buscar a tu madre. Tu tía tiene que hacer algo con esas antorchas y la linterna, pero no tienes nada que temer». Repliqué: «No, tía, no puedo irme; mi madre me ha dicho que no me separe un momento de usted». «¡Vete a casa, te he dicho! ¡No necesito ninguna protección…!». «¡No, no puedo irme a casa…!». «Vale, pues te vas a dormir temprano», me propuso finalmente. Yo también me acostaré pronto. Estoy cansadísima…

IX

Me quedé en estado de alerta, así que me acosté vestido por si acaso. A medianoche oí que mi tía abría discretamente la puerta de la habitación. Me levanté enseguida y la seguí. Una media luna colgaba de la parte suroeste del cielo e iluminaba el patio. No corría nada de viento y el ambiente era gélido. Del cuello de mi tía tercera colgaba la linterna que le había comprado en la cooperativa, y con una de sus manos sujetaba una antorcha que acababa de encender. Avancé unos pasos y, sin pedirle explicaciones, le arrebaté la antorcha. «Mi vida corre peligro, ¿tú no temes nada?», me preguntó fríamente. Yo le respondí: «¡Soy un hombre y no temo nada…!». «Ella se quitó la linterna del cuello y la colgó en el mío. Levantó el hacha que llevaba en la otra mano y me dijo: «Recuérdalo, tienes que encender la linterna cuando los veas y alumbrar directamente a los ojos. ¿Lo has entendido, Xiao Guang? ¡Así no se atreverán a atacarnos!». Comprendí inmediatamente de qué estaba hablando, y sentí que las plantas de

mis pies se me enfriaban. De hecho, mi cuerpo entero se enfrió y mis dientes no paraban de castañetear. «Si tienes miedo, te quedas en casa, me dijo mi tía. Ellos me temen, pero yo no los temo a ellos. ¡No temo nada…!». Repliqué inmediatamente: «¡Yo tampoco les tengo miedo…!». «Vale, pues pongámonos en marcha ya».

Salimos del patio sin hacer ruido y tomamos el camino hacia el oeste. La luz de la luna iluminaba la capa de bruma nocturna que se había posado sobre la superficie del camino y parecía haberla transformado en plata. El pueblo estaba calmado y ni siquiera se oía el ladrido de un perro o el cacareo espontáneo de una gallina. Una vez en el extremo oeste del pueblo, tomamos el camino estrecho que conducía a la tumba de mi tío tercero en la colina. El camino estaba repleto de malas hierbas cuyos tallos parecían temblar a nuestro paso. Los cables de los postes de teléfono emitían ocasionalmente algunos ruidos. Había oído historias sobre lobos a gentes que procedían de Dongbei, y sabía que eran animales muy astutos y crueles, y, sobre todo, muy paranoicos. Poseían un agudo sentido del olfato y del oído, y además eran discretos: no expresaban abiertamente sus intenciones, eran impredecibles y estaban dotados de una sabiduría que no flaqueaba ante los seres humanos. No obstante, para ser sincero, no había visto nunca en mi vida un lobo de verdad. Únicamente, la loba amamantando a dos niños del mural de la iglesia de mi pueblo. Durante mucho tiempo pensé que los lobos eran animales benévolos y con buen corazón (así lo veía en la expresión de la loba del mural), pero desde que sucedió lo del pequeño Qing Quan la mirada de esa fiera cambió para mí radicalmente: los lobos eran criaturas crueles y malévolas, eran el mismísimo mal encarnado en un ser vivo. Aún sigue obsesionándome la mirada de esa loba y pienso en ella regularmente.

Caminaba siguiendo a mi tía cuando oí unos ruidos extraños detrás de mí. Parecían los pasos de una loba que estuviera a mis espaldas. Me giré, pero no vi nada. Mi tía se detuvo delante de la tumba de mi tío tercero y permaneció un rato de pie en absoluto silencio. Poco después hizo lo mismo delante del pequeño montículo que hacía de sepultura de su hija Qing Ling, que yacía junto a su padre. Unos silbidos surgieron de los más profundo y oscuro de mi mente: eran mi tío tercero y mi tía tercera quienes estaban silbando.

A continuación, mi tía me condujo hasta el bosque de los azufaifos. Íbamos con la cintura doblada y una antorcha pegada a nuestros cuerpos para evitar que nos dañasen las ramas puntiagudas de esos árboles de baja talla, pero no siempre lo lográbamos, así que a veces lanzábamos algún grito. Teníamos miedo, mucho miedo, de que los lobos pudiesen oírnos. Seguía los pasos de mi tía tercera mientras se adentraba en el bosque. Bajábamos por un barranco y luego subíamos

por otro, ascendíamos una colina y descendíamos por otra, girábamos hacia un lado y luego nos desviábamos hacia el contrario, pero no tenía ni idea de adónde me dirigía ni la distancia que ya había recorrido. Estaba totalmente perdido. Finalmente nos detuvimos en medio de una garganta muy pronunciada que me era desconocida. Sabía que pertenecía a nuestro cantón por el tipo de piedrecitas del lugar, de un color blanco, plateado y brillante incluso de noche, a la luz de la luna. Seguramente en verano un riachuelo atravesaba ese barranco. A los dos lados del cauce habían crecido muchos árboles, lo cual indicaba que traería agua abundante. Mi tía me susurró en voz baja: «Me has seguido hasta aquí y recuerda que nosotros no tememos a los lobos, son los lobos quienes nos temen a nosotros». En ese momento, a pesar de que no habíamos descubierto la guarida de ningún lobo, en los orificios de mi nariz olí algo que debía ser sin duda el escondite de esas fieras. Así me lo dictó mi intuición. Mi tía me habló con voz serena: «Xiao Guang, te llevabas muy bien con tu tío tercero, pero solo el destino te ha unido a mí. Eres un niño valiente y tu tía tercera desea que se cumplan en tu vida todos tus sueños. Si tu sueño ahora es que el pequeño Qing Quan vuelva a nuestro lado, nosotros dos los haremos realidad».

Mi tía tercera sacó un cigarrillo de su bolsillo y lo encendió con el fuego de la antorcha. «¡Enciende la luz de la linterna! —me ordenó con un grito—. ¡Por lo que más quieras, alumbra ese sauce!». Mi linterna arrojó un violento chorro de luz sobre el árbol, y entonces vimos que detrás de él había un agujero negro, sin duda alguna la entrada a una cueva. Mi tía sacudió ligeramente la antorcha y la llama se avivó. Con el fuego de la suya volvió a encender la que yo llevaba, que casi se había apagado, y a continuación la alcé. Seguí, como había hecho hasta entonces, los pasos de mi tía, que sujetaba la antorcha con su mano derecha y, con la izquierda, el hacha afilada. Yo, detrás, aguantaba la antorcha con la mano izquierda y la linterna con la derecha. Como soy zurdo, pensé que llevar la antorcha era lo suficientemente importante como para utilizar mi mano más hábil. Me recordé a mí mismo lo que me había dicho mi tía: «Si nos atacan los lobos, nos serviremos de las antorchas para quemarlos». Agachados, entramos en la cueva, una de las muchas que había en las montañas, así que, si era la guarida de unos lobos, las montañas debían de estar repletas de estos animales salvajes. Avanzamos por el interior hasta que en una esquina divisamos unas lucecitas verdes. «¿Eran los ojos de los lobos?», me pregunté para mis adentros, y mi tía, como si me hubiese oído, saltó: «¡Son los ojos de los lobos…!». Su voz aguda reverberó en el interior de la cueva y la hizo temblar. «¡Qing Quan, Qing Quan! ¡Hijo mío!», exclamó mi tía.

Alumbré con la linterna hacia los ojos de las fieras y agité la

antorcha que sujetaba con la otra mano. La cera, los corazones blancos de la planta de ricino y el queroseno eran sustancias inflamables, y la energía que podían producir todas combinadas era poderosísima. Se oyó una explosión. Como había dicho mi tía, la luz intensa de la linterna y el fuego de las dos antorchas iluminaron por entero la guarida del lobo. «¡Qing Quan, Qing Quan!», volvió a gritar mi tía. Yo hacía un esfuerzo por identificar a Qing Quan en la cueva, pero no lo veía. ¿Dónde estaba? No estaba. Solo había un lobo macho enorme delante de nosotros y, efectivamente, como había descrito Qing Ling, parecía un perro de pelaje pardo y grandes dimensiones. El animal tenía mucho pelo en el cuello y de su garganta salían gruñido sordos y contundentes. Su hocico medio abierto nos dejaba verle los colmillos blancos. Parecía que nos amenazaba y estaba dispuesto a atacarnos de un momento a otro, pero entonces descubrimos que detrás de él había una loba y cuatro lobeznos, muy asustados. Yo sujetaba la antorcha con fuerza y estaba preparado por si el animal se abalanzaba hacia nosotros. Sin poder retenerme, me acerqué a él y le puse la antorcha delante de los morros. Mi tía gritó y alzó el hacha afilada, agitándola de forma intimidatoria. ¡Zas! La arrojó con todas sus fuerzas sobre la cabeza del lobo. Los ojos verdes del animal dejaron de brillar por un instante. A continuación volvieron a hacerlo con más intensidad. Mi tía tercera continuó asestando hachazos como si tratara de cortar el tronco de un árbol. Yo, que no apartaba la luz de la linterna de los ojos del macho, sentí que mi valor y mi arrojo crecían. Pensando en Qing Quan y Qing Ling, mi corazón se había llenado de un odio profundo hacia esos animales. ¡Quería vengarme y esa era mi oportunidad!, pero necesitaba permiso para seguir adelante. Debía quedarme detrás de mi tía y protegerla a ella. Mi tía tercera dejó el hacha a un lado y, jadeando, agarró la antorcha y asestó con ella un golpe en la cabeza del lobo. El pelaje del animal empezó a arder, también su cara. Desprendía un olor muy particular, a chamuscado, que me trajo recuerdos. Algo inolvidable para mí. En ese momento, la loba lanzó un aullido de profundo dolor y, de repente, vi con mis propios ojos unas zapatillas viejas y los jirones de unas ropas infantiles en una esquina de la cueva. Mi tía también lo vio, seguramente, y con voz desgarrada gritó una vez más: «¡Qing Quan! ¡Hijo mío!». Los cuatro lobeznos escondían las cabezas en la barriga de su madre, la loba, solo se veían sus cuerpos temblorosos. Daban pena. Mi tía tercera volvió a coger el hacha y la agitó de nuevo en el aire. Con ella le dio un hachazo en la nariz a la loba. El animal cerró los ojos y lanzó un aullido de dolor. De la cuenca profunda de sus ojos salieron un par de lágrimas, yo lo vi. «¡Está llorando!, gritó llorando también mi tía. ¡Vosotros tenéis faisanes salvajes y liebres! ¿Por qué os comisteis a mi hijo y no a esos animales? ¿Qué os había hecho él?». Volvió a darle un

hachazo a la loba, pero esta vez en plena cabeza, y luego le acercó la antorcha para quemarla cuando aún estaba viva. El olor a quemado continuaba llenando los orificios de mi nariz, y otra vez se me llenó la cabeza de malos recuerdos. Los cuatro cachorros empezaron a arder. Dos se quedaron unidos al cuerpo de su madre y los otros consiguieron desprenderse, aunque envueltos en llamas. Esos lobeznos eran adorables; estaban en su más tierna infancia. Tenían el pelaje negro y corto, un hocico diminuto y cuerpos pequeños. Parecían bolas peludas. Para nada tenían el aspecto de fieras crueles y sanguinarias. Más bien eran como un par de perritos. Mi tía tercera alzó la antorcha con una de las manos y con la otra cogió una de las zapatillas, llevándosela al pecho, gritó de dolor. Iluminé con mi antorcha a los dos cachorrillos que se habían separado de su madre para comprobar en qué estado se encontraban. Luego iluminé a mi tía tercera y le dije: «Tía, no llore. Ya nos hemos vengado. Ahora debe sentirse satisfecha y feliz».

Mi tía salió de la cueva y se quedó de pie, parada, bajo la luz de la luna. Las antorchas ya casi se habían apagado totalmente, las pocas brasas que quedaban vivas lanzaban un humo negro que llenaba el aire. Chorreaban gotas de cera sobre nuestras manos y sentíamos la quemazón en la piel. Enseguida, debido al frío, la cera se solidificaba. Le pregunté a mi tía: «¿Qué vamos a hacer con estos lobos…?». Mi tía tercera estaba pensando una respuesta. Me contestó: «Cuando crezcan, estas bestias volverán a comer seres humanos. Mejor que no se hagan grandes. ¡Matémoslos!». Su respuesta me hizo dudar durante un rato. No veía a esos animalillos como lobos, sino como perritos encantadores, así que empecé a decir: «Tía, yo…». Mi tía tercera me interrumpió: «Debo irme». Volvió a meterse en la cueva y al cabo de un rato salió con el hacha en una mano y la antorcha en la otra.

Ya era más de media noche. Gracias al fuego que todavía tenía la antorcha de mi tía pude ver la escarcha nocturna que se había formado bajo el sauce. Era blanca y brillante, y cubría al resto de los sauces que estaban junto a la cueva. Finalmente, mi tía arrojó su antorcha dentro de la guarida de los lobos, y yo hice lo mismo con la mía. El interior oscuro se iluminaba. Justo cuando nos disponíamos a abandonar la garganta, clavó el hacha en el tronco del sauce que estaba delante de la cueva, haciendo un ruido que retumbó en la zanja donde todavía nos encontrábamos.

Mi tía se arrodilló delante de la tumba de mi tío tercero y con una rama hizo un agujero en la tierra. Luego enterró en él las dos zapatillas de Qing Quan.

X

Después del episodio de la venganza de los lobos, mi tía tercera se lavó las manos, se cepilló el cabello, se cambió las ropas, se tumbó sobre el *kang* y cerró los ojos. No contestó nada y tampoco preguntó nada. Tanto los viejos como los niños vinieron a verla y mi madre, con lágrimas en los ojos, me dijo: «Ay, tú tía tercera ha perdido la cabeza. Tú eres todavía joven y tienes una vida por delante».

Las gentes del pueblo se enteraron del sanguinario episodio de la venganza en la guarida de los lobos porque yo lo conté; muchos de los vecinos se precipitaron a la cueva para verlo con sus propios ojos. A su vuelta, empezaron a difundir lo que habían visto y describieron el lugar con todo tipo de añadidos que fueron inventando. En realidad, no había ninguna necesidad de añadir nada a esa historia, ya que lo que sucedió esa noche, la historia de la venganza de mi tía tercera, se había convertido ya en una leyenda.

Wu Hongmei, la «doctora de pies desnudos», se trasladó a trabajar a la obra de ingeniería que se estaba haciendo junto al río y que, según presumíamos en el pueblo, era una presa de grandes dimensiones. Mi madre me pidió que fuera a ver a Wu Jingui, un veterinario de más de ochenta años que cuidaba a los animales enfermos, para que me pusiera una inyección, ya que temía que se me hubiesen infectado las heridas que traje conmigo. El venerable Wu también se encargó de mi tía tercera. Recuerdo cuando la fue a ver. Le tocó la cara y las venas del brazo. No dijo nada y salió al patio para hablarle a mi madre. Ni siquiera una divinidad taoísta podría curarla. «Mantened la puerta cerrada y que no la ve nadie», le dijo.

Mi tía tercera murió siete días después.

Decidimos en la familia que no la llevaríamos al crematorio del pueblo y le preparamos un buen féretro. Abrimos la tumba de mi tío tercero en el cenotafio donde estaba enterrado y metimos dentro la caja de madera con el cuerpo sin vida de mi tía tercera. También allí estaba la caja con la difunta Qing Ling.

Debido al estado del féretro de mi tío tercero, poco después construimos un mausoleo de piedra donde pusimos los restos de mi tía tercera, Qing Ling y mi tío tercero. Propuse colocar también en el interior del mausoleo las dos zapatillas de Qing Quan y el armario de madera de catalpa que mi tía tercera había recibido como dote el día de su boda.

Tras el funeral, Li Yuhai, el vicedirector del comité revolucionario de la comarca, vino desde la presa junto al río donde estaba trabajando nada más saber que mi tía tercera no había sido incinerada como era la norma en esa época, sino que había sido enterrada con mi tío y su hija Qing Ling. Una vez en el pueblo, lanzó además el bulo de

que mi tía había tenido una relación ilícita con el secretario de la población de Wumei, Guo Guangxing. El secretario quería que la comuna cumpliese estrictamente las normas para los funerales. Guo Guangxing, siguiendo las órdenes, desenterró a mi tía tercera para incinerarla, pero era ya la duodécima luna, se acercaban las fiestas del Año Nuevo, y un cuadro de la comuna aconsejó a Guo Guangxing: «Déjalo estar por el momento, y cuando pasen las fiestas, retomas el trabajo».

La noche anterior al primer día del nuevo año, el perro de Li Yuhai enfermó repentinamente. Comenzó a mostrar los colmillos como si estuviese rabioso y, encarando las estrellas del cielo, lanzó unos tristes sonidos. No eran los ladridos propios de un perro. Sonaban como aullidos de lobo.

El primer día del año nuevo, la esposa de Li Yuhai empezó a echar espuma blanca por la boca y se desmayó al poco rato. Cuando se despertó, deliraba: dijo que le había cortado un hacha y le había quemado una antorcha, y añadió: «Soy Gu Shuanghong y Dios me ha dicho que he tenido mucho éxito matando lobos; por eso me ha nombrado la protectora de los niños».

Li Yuhai pensó en llevarla al hospital, pero ella abrió los ojos y dijo: «¡Arrodíllate, puta traidora!».

XI

La guarida de los lobos se convirtió en un destino de peregrinaje muy popular en nuestro cantón. Hubo en nuestro pueblo quienes, en secreto, quisieron construir un templo para venerar a la Diosa de la Fertilidad (Guanyin) en la tumba donde estaba enterrada mi tía tercera. Vinieron incluso a buscarme a Beijing para hablar de ese proyecto. Yo les dije: «Podríamos levantar también una losa en memoria de mi tía tercera, y que pertenezca al templo de la Diosa de la Fertilidad. Sobre todo, que nadie la destruya en el futuro».

* * *

NOTAS

1 Las doce historias 故事 (*gushi*) que componen esta obra tienen como punto de arranque lo que podríamos considerar una «anécdota personal» 个人轶事 (*geren yi shi*) que se desarrollará siguiendo un estilo que recuerda al de un diario personal 日记 (*riji*) o unas memorias 回忆录 (*huiyilu*), con el añadido de la perspectiva que da el paso del tiempo. La profesora Yang Jing las ha calificado de «romance rural moderno chino» 现代中国乡村浪漫 (*xiandai zhongguo xiangcun langman*), y constituyen, quizás, la obra con más elementos de la literatura rabelesiana (humorismo, sátira sociopolítica, pedagogía humanista y trama enrevesada) y picaresca, muy enraizada esta última en la novela china desde su fundación, de toda la producción de Mo Yan. Estas historias, reunidas en un solo libro, aparecieron publicadas en julio de 2020 bajo el título 晚熟的人 (*Wanshu de ren*), que hemos traducido para esta edición como *Flores tardías*. En esta obra se combinan varios relatos que poseen unidad temática y estilística, y pueden leerse como capítulos de una sola novela en la que el propio Mo Yan actúa como hilo conductor (es uno más entre los personajes) y en la que se confunden constantemente los límites entre la realidad y la ficción, lo verdadero 真 (*zhen*) y lo falso 假 (*jia*), así como entre lo personal y lo colectivo. Aunque la traducción literal de *Wanshu de ren* podría ser 'gente inmadura', 'gente que madura tarde', en definitiva, que manifiesta sus talentos y habilidades en un momento ya avanzado de su vida, el título de la novela es en realidad un localismo de Gaomi 高密 al que Mo Yan, procedente de esa provincia de Shandong (山东), recurre, pues caracteriza de esa manera peyorativa a las gentes originarias del lugar (ver *infra* nota *xxiii*). Se trata de una serie de historias encadenadas por un hilo sutil, escritas tras la concesión del Premio Nobel de Literatura al autor en el año 2012 —Mo Yan empleó ocho años en la redacción de la obra—, y cuyo tema principal es la noción de acto o karma 业 (*ye*): los efectos de las acciones humanas y sus consecuencias tanto externas como mentales, y el concepto derivado de premio y castigo, desde una perspectiva muy influenciada por las creencias budistas populares y con profundas analogías con el

mundo de la agricultura del que procede el autor, y que al mismo tiempo sirve para explicar y comprender los procesos históricos 历史 (*lishi*) de una sociedad. Aborda también la idea de maduración 成熟 (*chengshu*) individual en una sociedad que está sufriendo cambios rápidos y profundos, y contiene una visión retrospectiva no exenta de nostalgia 乡愁 (*xiangchou*), agridulce, del propio autor sobre su vida y su obra literaria, en la que afloran asuntos como la reconciliación 和解 (*hejie*) y la tolerancia 宽容 (*kuanrong*). En estos relatos se describe un proceso: el de la transformación hacia «el hombre nuevo», el individuo de «la nueva China» 新中国 (*Xin Zhongguo*) en el siglo XXI, y su formación a través de la mirada desencantada de Mo Yan. Para esta traducción hemos utilizado la edición publicada en Taipéi, Taiwán, el 29 de agosto de 2020 por Ediciones de los Campos de Centeno麦田出版社 (*Maitian chubanshe*), que consta de 352 páginas y contiene un prólogo del profesor David Der-wei Wang; dicha edición corresponde asimismo en su conjunto a la primera edición de la novela publicada en China continental poco antes, en julio del mismo año 2020.

[2] El primer esbozo 初稿 (*chugao*) del relato «Una hoz para la mano izquierda» 左镰 (*Zuo lian*) fue escrito en el distrito prefectoral de Hu, en la provincia de Shaanxi, en mayo de 2012. El 16 de agosto de 2017 se acabó de redactar la versión final del manuscrito 定稿 (*dinggao*) en Nanshan, Gaomi.

[3] La obsesión por el hierro 铁 (*tie*) y el acero 钢 (*gang*), sobre todo en el mundo rural, es propia de una generación de chinos que durante los años del Gran Salto Adelante, entre 1958 y 1962, eran niños. Había que producir acero a toda costa, y millones de campesinos sin conocimiento alguno sobre metalurgia debían recoger cualquier objeto de hierro (incluidas las herramientas que utilizaban para su actividad en el campo y, por lo tanto, para su subsistencia) para convertirlo en acero en hornos caseros de escasa eficacia llamados «hornos del patio trasero» 土法炼钢 (*tufaliangang*). Aunque el programa fue finalmente abandonado, las consecuencias para el campesinado fueron traumáticas debido a las grandes hambrunas que la imposibilidad de trabajar la tierra ante la falta de útiles de labranza determinó en todo el país.

[4] Guan Moxian 管谟贤 (nacido en 1943) es uno de los dos hermanos mayores de Mo Yan (Guan Moye 管谟业), que era el menor de una familia formada por tres hijos y una hija.

[5] Lu Ban 鲁班 (507-444 a. C.) fue un inventor, ingeniero y carpintero nacido en una familia humilde dedicada al oficio, que acabó convirtiéndose en un semidiós. Nació en el estado de Lu 鲁, la patria de Confucio, en la actual provincia de Shandong. Las de carpintero y herrero han sido siempre dos profesiones rivales en la China tradicional, pero ambas se relacionan con los «cinco elementos»

五行 (*wuxing*) y la «generación mutua» 相生 (*xiansheng*), que desempeñan, dicho sea de paso, un papel esencial en la narrativa de las doce historias de este texto, *Flores tardías*. El carpintero doma la madera 木 (*mu*), mientras que el herrero modifica el metal 金 (*jin*). Luego está el campesino, que doma la tierra 土 (*tu*), todo ello para sacar de cada cosa provecho social y crear la civilización. En el ciclo del nacimiento 生 (*sheng*), la madera 木 (*mu*) produce el fuego 火 (*huo*), el fuego la tierra 土 (*tu*) y la tierra el metal金 (*jin*). Ello se traduce en una necesidad de colaboración mutua entre los tres sujetos (el carpintero, el herrero y el campesino), que a menudo resulta conflictiva, con una lucha de poder y dominación 克 (*ke*) si no se mantiene un proceso cíclico regulado; esta regulación se produce en virtud de una serie de leyes sociales muy presentes en el mundo rural de la China socialista. Por otra parte, la hoz 镰 (*lian*) de los campesinos y el martillo 锤 (*chui*) de los herreros representados en este relato son el símbolo del régimen socialista.

6 El herrero Han, en un juego de palabras, confunde expresamente 官 (*guan*), que es un apellido y significa 'funcionario', con 管 (*guan*), también un apellido pero que significa 'estar a cargo de', y el 福 (*fu*) de la prosperidad y la felicidad con el 斧 (*fu*) del hacha, porque es consciente de lo que esa herramienta significa para el abuelo paterno del protagonista.

7 El apellido 姓 (*xing*) de Tian Kui 田奎 y su padre Tian Qianmu 田千亩, como el de su abuelo paterno Tian Yuan 田元, significa 'campo' o 'tierra de cultivo' 田 (*tian*).

8 El segundo hermano mayor 二哥 (*er´ge*) de Mo Yan es Guan Moxin 管谟欣, nacido en 1952.

9 Estos «bonos o cheques de trabajo» 工分 (*gongfen*) son un elemento clave para comprender la China maoísta; su valor, en las sociedades socialistas de la época, era idéntico al del dinero en una sociedad capitalista. De hecho, intentaba reemplazarlo para impulsar la ideología del cooperativismo. El *gongfen* tuvo su apogeo en la República Popular China durante los años sesenta del siglo pasado.

10 Guan Mofen 管谟芬 (nacida en 1946). La única hermana de Mo Yan.

11 劳模 (*laomo*), el «trabajador modelo», una expresión muy empleada durante esos años sesenta del siglo pasado en China.

12 Se trata del *lingzhi* 灵芝, *Ganoderma lucidum* o *reishi*, su nombre japonés del chino *ruicao* 瑞草. Sus cualidades curativas han hecho de esta especie de seta un producto legendario en China, e incluso el 芝 (*zhi*) ha llegado a ser considerado en la mitología taoísta, por ejemplo en la obra de Xue Zong 薛综 (208-243) o en el *Compendio de materia médica* 本草纲目 (*Bencao gangmu*) de Li Shizhen 李时珍 (1518-1593), un elixir de la inmortalidad o 'planta de la inmortalidad' 仙草

(*xiancao*).

13 菅草 (*jiancao*), la *Themeda triandra*, que sirve sobre todo de alimento natural para las aves.

14 割草 (*gecao*), cortar la hierba, que también corresponde a la siega.

15 La utilización de la mano izquierda 左手 (*zuoshou*) estaba estigmatizada en China por razones culturales. Desde la antigüedad se intentaba corregir a los zurdos, y durante el período maoísta se siguió una práctica más bien contraria. El personaje de Tian Qianmu, que es un campesino, pero de la clase de los terratenientes (propietarios de tierras), como su padre Tian Yuan, y por lo tanto un enemigo del pueblo, considerado «derechista» dentro del contexto del movimiento de la «reforma agraria» 土改 (*tugai*) y las purgas de quienes poseían tierras entre 1949 y 1953, le corta la mano derecha 右手 (*youshou*) a su hijo Tian Kui cuando este es acusado —aunque falsamente— de haber violado a una de las chicas humildes del pueblo, abusando así de un poder y un estatuto social obsoletos para entonces. Tian Kui se verá obligado a utilizar la mano izquierda 左手 (*zuoshou*), la que representa el «trabajo»: 工 (*gongzuo*), como corrección ideológica y moral. La izquierda 左 (*zuo*) es el símbolo de la clase trabajadora, y la derecha 右 (*you*) estaba mal considerada por representar la tradición, las viejas costumbres feudales, tan arraigadas en el mundo rural de la provincia de Shandong. Tian Kui sufrirá toda su vida un odio profundo hacia su padre por haber cometido contra él tal injusticia, una mutilación tan cruel por razones más bien ideológicas (se trataba en definitiva de forjar el carácter de su hijo y convertirlo en un buen comunista), y ese odio se trasladará a los personajes del herrero Liu el Tercer Viejo y sus hijos, que son los encargados de hacerle una hoz para la mano izquierda, a pesar de lo cual terminará sobreponiéndose y superando la adversidad.

16 El junco agrupado 蒲草 (*pucao*), *Scirpus holoschoenus*.

17 El carrizo 芦苇 (*luwei*), *Phragmites australis*.

18 En este nombre 喜子 (*xizi*), su 喜 (*xi*) significa ‘alegría’ y ‘felicidad’, o alguien que es particularmente «querido» dentro de una comunidad, pero喜子 (*xizi*) también corresponde a un tipo de araña de patas largas muy peligrosa que crece en los humedales y a un individuo que sufre la viruela 痘疹 (*douzhen*).

19 El Ejército de la Octava Ruta 八路军 (*Balu jun*) era una parte del ejército revolucionario y, efectivamente, en 1941 pasó por la montaña de Yimeng 沂蒙山, en la provincia de Shandong.

20 缺德事 (*quedeshi*), cometer actos deshonestos y éticamente deplorables que desde un punto de vista budista van a traer desgracia a su autor. Tiene que ver con la noción de karma 业 (*ye*) tanto en el budismo como en el taoísmo: las acciones de cada individuo, tanto

presentes como pasadas, y sus consecuencias, que a su vez van a determinar la existencia futura.

21 Guan Yifan 管贻范 (nacido en 1922), el padre de Mo Yan, también poseía tierras y se vio desposeído de ellas durante el período de reforma agraria a partir de 1949.

22 La forja del hierro 打铁 (*da tie*) como metáfora de la transformación ideológica socialista e ilustrada, encarnada en el conflicto que la reforma agraria moderna introdujo entre el campo 田 (*tian*) y el hierro 铁 (*tie*), entre los campesinos y los herreros, ya está en la concepción del universo en el contexto cultural chino desde sus orígenes.

23 *Flores tardías* 晚熟的人 (*Wanshu de ren*), el relato que da título al conjunto de historias reunidas en este volumen, fue compuesto el 19 de febrero de 2020 y apareció publicado por primera vez el 12 de marzo de ese mismo año. Esta «flor tardía» es una metáfora para designar a una persona cuyo talento se manifiesta en una etapa avanzada de su vida. El término 晚熟 (*wanshu*) designa, en zonas rurales, un tipo de cultivos que maduran más tarde que otros y aparece ya registrado en la sección de los «Procedimientos del Gobierno por meses» 月令 (*Yueling*) del *Clásico de los Ritos* 礼记 (*Liji*). Mo Yan lo utiliza a su vez para denominar irónicamente a cierta gente originaria de Gaomi, en la provincia de Shandong, de donde procede también el autor. La madurez se entiende aquí como la realización de la «humanidad» y todo lo que se sobreentiende en ella. Humanidad仁 (*ren*) en un sentido confuciano: aquello que define al hombre como tal. El término *wanshu* 晚熟también equivale en chino moderno al adjetivo ‘inmaduro’, tanto desde un punto de vista moral como en el contexto de una integración social más o menos exitosa. Tiene una connotación peyorativa y paradójica: alguien que madura tarde y tras haber cometido muchos errores en la vida, precisamente debido a esa condición que le es propia, incluso cuando ya ha alcanzado el estado de la madurez, lo ha hecho de una manera equivocada y por el mal camino, de modo que sigue mostrándose todavía inmaduro.

24 La telenovela, galardonada con varios premios, se empezó a rodar en 2014 y fue protagonizada por Zhou Xun 周迅 y Zhu Yawen 朱亚文; está basada en la novela que hizo célebre a Mo Yan internacionalmente, *El clan del sorgo rojo* 红高粱家族 (*Hong gaoliang jiazu*), publicada originalmente y en su versión completa en 1987. La novela trata de la memoria histórica con un enfoque original y revolucionario para la época en que fue publicada en China.

25 Los «jóvenes instruidos» 知识青年 (*zhishiqingnian*), en su mayoría estudiantes imbuidos del fervor maoísta, eran enviados —en principio voluntariamente— a zonas rurales durante la Revolución Cultural (1966-1976) para aprender de la vida de los campesinos y de su

mentalidad. En la mayoría de las ocasiones, el contacto entre campesinos y jóvenes educados procedentes de zonas urbanas resultó conflictivo, incluso violento, y derivó en problemas de incomprensión mutua e intereses contrapuestos.

26 La película soviética *Lenin en 1918* fue dirigida por Mijaíl Romm (1901-1971) y estrenada en 1939. Trata de la guerra civil rusa tras la Revolución de octubre de 1917 y sus secuelas en la sociedad de la época.

27 El personaje de Chang Lin, en su impaciencia y como resultado de su bajo nivel educativo, está citando erróneamente un fragmento de las *Memorias históricas* 史记 (*Shiji*) de Sima Qian 司马迁: 君子报仇，十年不晚 «Diez años no es demasiado tarde para el hombre noble si lo que busca es vengarse», que quiere decir que hay que saber aguardar el momento adecuado, por largo que sea ese período de espera, para vengarse de alguien. Chang Lin sustituye los años por los días.

28 *Guerrilla subterránea* (*Njësiti querril*), de 1969, una película bélica dirigida por Hysen Hakani (1932-2011).

29 Mo Yan, nacido en 1955, tenía catorce años en esa época (١٩٦٩).

30 La siembra representa en estos años algo más que el acto específico de introducir las semillas en la tierra para que den grano. Se trata de una obsesión milenaria en la cultura Han: encontrar terreno cultivable para que produzca. Una obsesión que resurgió en China con el maoísmo y los años de la reforma agraria.

31 La «Banda de los Cuatro» 四人帮 (*Si ren bang*) estuvo formado por la viuda de Mao Zedong, Jiang Qing 江青 (1914-1991), Zhang Chunqiao 张春桥 (1917-2005), Yao Wenyuan 姚文元 (1931-2005) y Wang Hongwen 王洪文 (1935-1992). Cayeron en desgracia tras la Revolución Cultural (1966-1976), ya fallecido Mao, en lo que se convirtió en una lucha de poder a finales de los años setenta del siglo pasado, y los acusaron de contrarrevolucionarios. Fueron juzgados severamente en 1981 en un juicio que marcó el inicio de una serie de reformas políticas y económicas en China y que ha quedado grabado en la memoria colectiva.

32 贫下中农 (*pin xia zhong nong*). Dentro del régimen comunista de la República Popular China, aquellas personas que pertenecen al nivel de los «campesinos pobres y por debajo de la media»; los campesinos que no poseían ninguna tierra antes de la reforma agraria o aquellos que poseían alguna tierra pero eran incapaces de mantenerse a sí mismos.

33 Una frase que preludia una lucha a vida o muerte («o mueres tú o yo») y que se hizo célebre durante el período de la Revolución Cultural, al ser citada en la ópera *La montaña de las azaleas* 杜鹃山 (*Dujuan shan*), de 1963.

[34] La chinche parda o hedionda 放屁虫 (*fangpichong*), *Halyomorpha halys*, tiene en su abdomen y en el tórax unas glándulas que desprenden mal olor.

[35] El yute chino 苘麻 (*qingma*), *Abutilon theophrasti*.

[36] Se trata de una categoría de artes marciales conocida como el «Boxeo Shaolin del Dragon de la Tierra» 少林地龙拳 (*Shaolin dilong quan*).

[37] Mo Yan se refiere tal vez a Tomoya Tsuruta (1902-1988), novelista japonés, o Seicho Matsumoto (1909-1992), también novelista, ambos originarios de la ciudad de Kiyakyushu, en la prefectura japonesa de Fukuoka. Quizá es Meisei Goto (١٩٩٩-١٩٣٢), que, aunque nacido en Corea, se trasladó de niño a esa misma región.

[38] 总 (*zong*) se refiere a aquella persona que manda y, por lo tanto, el que ocupa la posición más alta en una jerarquía.

[39] 滚地龙 (*gundilong*). Se trata de un tipo de representación popular de la antigüedad china que es originaria de la región de Chu, en la que varias personas sujetan un dragón larguísimo de tela con unos palos de madera y lo hacen correr. Su origen está en un tipo de artes marciales que acabó por convertirse en una combinación de piruetas acrobáticas.

[40] La «suerte» 运气 (*yunqi*) tiene un sentido budista: ella depende en el presente de las acciones pasadas y los actos que se han hecho en vida.

[41] Se trata de una expresión célebre extraída del capítulo tercero de *Nudo de piedra* 石点头 (*Shi dian tou*), un conjunto de relatos del período Ming, y que es alterada aquí con pedantería por parte del personaje de Jiang el Segundo.

[42] El *hukou* 户口 es una especie de pasaporte y registro civil para controlar los movimientos de población en China, principalmente desde las zonas rurales a los centros urbanos.

[43] Unos versos del poema *Changsha* 长沙 de 1925, de Mao Zedong 毛泽东 (1893-1976).

[44] Versos extraídos del poema de Su Shi 苏轼 (1037-1101) «La vida es sueño» 人生如梦 (*Rensheng ru meng*).

[45] Cita extraída de la novela de Mo Yan *El clan del sorgo rojo* 红高粱家族 (*Hong gaoliang jiazu*), de 1987.

[46] El bandido Liu Bang 刘邦 (247-195 a. C.), que se convirtió en el fundador y emperador de la dinastía Han.

[47] En realidad, son ocho, pero lo cierto es que dentro de la tradición china taoísta se les consideraba también con un defecto mental, de ahí su estatuto de santidad.

[48] El ácido hialurónico sirve para contrarrestar el envejecimiento.

[49] El Paraquat o dicloruro es un pesticida y herbicida muy tóxico.

[50] 武.

[51] Aquí Mo Yan se está parodiando a sí mismo en algunos fragmentos descriptivos de su novela *El clan del sorgo rojo* 红高粱家祖 (*Hong gaoliang jiazu*).

[52] Frase extraída literalmente del tratado taoísta del *Zhuangzi* 庄子.

[53] El *taiji* o 太极拳 (*taijiquan*), un tipo de lucha que busca en la relación dinámica del combate la reunificación final del *yin* 阴y el *yang* 阳.

[54] 猴拳 (*houquan*), o el «Boxeo del Mono».

[55] La canción «La Gran Muralla de diez mil *li* no se derrumbará jamás» 万里长城永不倒 (*Wan li Chang cheng yong bu dao*), de la película *Huo Yuanjia* 霍元甲o *Fearless*, de 2006. Interpretada por Jet Li (nacido en 1963, y también experto en artes marciales), está basada en la vida de Huo Yuanjia (1869-1910), un luchador de artes marciales o *wushu* 武术 que se enfrentó en los últimos años de la dinastía Qing a luchadores de las potencias extranjeras imperialistas que pretendían ocupar China, convirtiéndose en un icono legendario que el nacionalismo de la época supo explotar. Su aportación como revitalizador de las artes marciales en China fue de gran valor y todavía hoy se le reconoce como uno de los grandes maestros.

[56] *El peleón* 斗士 (*Doushi*). El título significa literalmente 'combatiente', 'guerrero' o 'soldado', pero en la lengua dialectal de Gaomi se refiere a alguien a quien le gusta pelearse y lo hace todo el tiempo. El primer esbozo de esta historia se acabó de escribir en el distrito de Hu, provincia de Shaanxi, en mayo de 2012; fue concluida en Nanshan, Gaomi, provincia de Shandong, el 18 de agosto de 2017.

[57] El término «sobrino» 大侄子 (*dazhizi*) como «tío» 大叔 (*dashu*) no tiene por qué referirse en este contexto a una relación familiar, sino que debe entenderse como expresión de una relación íntima y afectuosa con alguien ya mayor.

[58] Dos de los personajes más importantes de la historia reciente de la República Popular China según la narrativa del Partido Comunista. Mao Zedong 毛泽东 (1893-1976), por ser el padre de la «Nueva China», tras tomar el poder en 1949, y Deng Xiaoping 邓小平 (1904-1997), por ser el padre de las reformas en los años ochenta del siglo pasado.

[59] El término *shunmin* 顺民 tiene una larga tradición en el contexto cultural chino, pero debe comprenderse aquí dentro de las coordenadas del pensamiento taoísta. En el texto del *Liezi* 列子 aparece en la boca de Yang Zhu 杨朱 como un elemento de su filosofía taoísta de la vida: «no tomar» 不取 (*buqu*) y «no dar» 不与 (*buyu*), que son los dos principios básicos de la preservación de la vida, en tanto supone abandonar los beneficios materiales de la participación directa

en los asuntos humanos (la política y la organización social). Esta es la actitud del padre de Mo Yan y de la que se burla el personaje del viejo comunista Fang.

60 El padre de Mo Yan está utilizando literalmente una frase pronunciada por Pang Tong 庞统 (el consejero de Liu Bei 刘备) en el capítulo 47 de la gran novela *El Romance de los Tres Reinos* 三国演义 (*Sanguoyanyi*) y que designa la «lucha» 战斗 (*zhandou*) como una filosofía de la vida, un destino del que no se puede escapar, y que está muy arraigada en la cultura china.

61 Cita literal del escritor Liu Shaotang 刘绍棠 (1936-1997) en su obra *La horquilla* 荆钗 (*Jingcahi*). Liu Shaotang fue un autor muy popular en los años cincuenta del siglo pasado, en la recién inaugurada República Popular China, aunque pronto cayó en desgracia y no fue rehabilitado hasta 1979. Hoy día está prácticamente olvidado. Esta expresión significa que hay que perseverar hasta el final siempre y cuando quede alguna fuerza.

62 Expresión anónima de origen rural muy enraizada en el norte de China que quiere decir que todo tiene su fin.

63 Se refiere a Yao Wugong 姚武功 (781-?), gran poeta de la dinastía Tang.

64 El poeta Wang Wenzhi 王文治 (1730-1802), poeta de la dinastía Qing.

65 五保户 (*wubaohu*). La aplicación del sistema de las «cinco garantías» en 1948 tuvo un impacto enorme en la sociedad rural; su objetivo era ofrecer un mínimo vital a los sectores más pobres y vulnerables.

66 *La flor, el dedo y el ladrón* 贼指花 (*Zei zhi hua*) fue escrito en abril del 2020.

67 Según el *Compendio de materia médica* 本草纲目 (*Bencao gangmu*) de Li Shizhen 李时珍, el 杞果子 (*qiguozi*) o *Lycium chinense* se encuadraba en la tradición taoísta como una de las hierbas que hay que tomar para encontrar la longevidad y la vida eterna.

68 *A orillas de las aguas* 水浒传 (*Shuihu zhuan*), la célebre y hoy todavía muy popular novela del período Ming que transcurre en la provincia de Shandong. Muchos de los temas de esta novela, como la cultura de «los ríos y los lagos» 江湖 (*jianghu*), la fraternidad y la camaradería, la rebelión ante la injusticia, la picaresca, las peleas, la vulgaridad del lenguaje, el sadismo o cierta misoginia implícitos en las relaciones humanas aparecen actualizados en la obra de Mo Yan.

69 You Jin 尤金 es en realidad la transcripción china del nombre francés Eugène.

70 Se refiere a los personajes de la novela *A orillas de las aguas* 水浒传,que se retiran al monte Liangshan梁山 para rebelarse contra el

emperador y la corte corrupta.

71 El emperador Jiaqing 嘉庆 (1760-1820).

72 El melocotonero 桃树 (*taoshu*), como sus frutos y sus flores, tienen un valor simbólico muy importante en la cultura clásica china y sobre todo en la poesía. El melocotonero es la fuente de la vida y los melocotones representan la inmortalidad.

73 Luo Susu 罗素素es la transcripción china del nombre inglés Russell.

74 El color amarillo 黄 (*huang*) es en China el color del sexo y la pornografía. El color rojo 红 (*hong*) es, por supuesto, el color del comunismo.

75 Mo Yan, en boca del personaje de la periodista Xiao Liu, está aquí parodiando el lenguaje de los textos budistas sobre el sentido de la justicia, el destino personal y la retribución. Sus palabras recuerdan a las que se pueden leer en el capítulo XX del texto zen o *chan* 禅de las *Crónicas de Jingde de la transmisión de la Lámpara* 景德传灯录 (*Jingde chuandeng lu*), de Yong´an Daoyuan 永安道元 (1098-1100), del siglo xi.

76 La expresión está citada literalmente del párrafo décimo de los capítulos exteriores del *Zhuangzi* 庄子 que lleva «robar» 胠箧 (*quqie*), y es utilizada ahora con mucha ironía por parte de Mo Yan.

77 La ciudad de Heihe 黑河 está situada en el extremo noreste de China, junto a la frontera rusa.

78 *Esperando a Moisés* 等待摩西 (*Dengdai Moxi*) fue finalizado el 15 de agosto del 2017 en Nanshan, Gaomi.

79 El Este 东 (*dong*) o el Oriente, donde sale el sol con su color rojo, como un símbolo del maoísmo.

80 Las escenas de «crítica pública» 批斗 (*pidou*) fueron recurrentes durante el período de la Revolución Cultural (1966-1976) y consistían en acusar públicamente a alguien de falta de adhesión a los valores comunistas. Eran de una gran violencia verbal y física, y a menudo se utilizaba a niños y adolescentes para criticar a sus padres o abuelos.

81 Se trata de una frase de Su Shi (1037-1101) que aparece en un ensayo muy conocido en la época imperial, que se titula *Los tres Huai, Tang y Ming* 三槐堂铭 (*San Huai Tang Ming*). El ensayo habla de la lealtad entre las generaciones según la perspectiva confuciana y de la función de la poesía para preservar esos valores.

82 福.

83 Teresa Teng 邓丽君 (1953-1995) fue una cantante taiwanesa y uno de los iconos pop más populares e influyentes en la esfera cultural china, y en general en Asia oriental, durante la segunda mitad del siglo XX. Fei Xiang 费翔 o Kris Phillips (nacido en 1960) es un cantante de pop chinoamericano e icono de esta comunidad en los

Estado Unidos. Fue muy popular en Taiwán y Hong Kong durante los años ochenta del siglo pasado. La música de Teresa Teng llegó de forma masiva a China continental a principios de esa misma década, y las autoridades reaccionaron de forma rotunda prohibiendo y quemando las casetes. Justificaron su acción aludiendo a la nociva influencia occidental que su música ejercía.

84 Se trata de un comentario sarcástico de Mo Yan. Esta expresión 靡靡 (*mimi*) se refería en la China del posmaoísmo a todo lo que venía de Occidente o estaba influenciado (o contaminado, según el lenguaje de la época) en cierta manera por él; se puede traducir por 'decadente', 'obsceno' o 'extravagante'.

85 Se trata de la primera novela corta que aparece al principio de este conjunto de historias: *Una hoz para la mano izquierda* 左镰 (*Zuo lian*).

86 Du Kang 杜康 es el inventor legendario de las bebidas alcohólicas en China.

87 Zhang Qing 张请 fue un personaje de la novela de Ming *A orillas de las aguas* 水浒传 (*Shuihu zhuan*) que se caracterizó por su valentía y la manera poco ortodoxa de defenderse, lanzando piedras al enemigo, mientras que otros utilizaban métodos más sofisticados. Muy al contrario de lo que cabría esperar, su estrategia le dio muy buenos resultados.

88 *El poeta Jin Xipu* 诗人金希普 (*Shiren Jin Xipu*) se acabó de escribir, tras la inclusión de sus últimas correcciones, el 27 de agosto de 2017.

89 Alusión irónica a la antología de poemas *La diosa* 女神 (*Nüshen*), de 1921, que realizó el poeta Guo Moruo 郭沫若 (1892-1978) y que tuvo un enorme impacto en la poesía china del siglo XX. Guo Moruo, uno de los grandes poetas vanguardistas del período republicano, tuvo un papel oficial muy activo durante los años del maoísmo. Pero también hay una alusión velada a la estatua de la Diosa de la Democracia 自由女神 (*Ziyou nüshen*), que fue creada en 1989 durante los incidentes de la Plaza de Tian´nmen, y a los ideales que ella representaba. En el contexto de la época, el término «democracia» se confunde con el de «libertad» 自由 (*ziyou*).

90 *Los trescientos poemas de las dinastías Tang y Song* 三百首唐诗宋诗 (*San bai shou Tang shi Song shi*) es una recopilación de poesía relativamente tardía, de 1763, realizada por Sun Zhu 孙洙 (1711-1718); historiográficamente supuso la canonización en China de la poesía de estos períodos dinásticos. Se trata también de la poesía más conocida, popular y citada en China.

91 香车宝马 (*Xiangche baoma*) es también la marca alemana de automóviles BMW.

92 Se trata de un poema de once cuartetos encadenados de siete pies 七步诗 (*qibushi*) cada uno. Este tipo de composición hará fortuna en la poesía clásica china por su fuerte enfoque alegórico.

93 *Mi primo Ning Saiye* 表弟宁赛叶 (*Biaodi Nin Saiye*) concluyó su fase de corrección el 19 de agosto de 2017 en Nanshan, Gaomi. *Mi primo Ning Saiye* 表弟宁赛叶 (*Biaodi Nin Saiye*) concluyó su fase de corrección el 19 de agosto de 2017 en Nanshan, Gaomi.

94 驴 (*lu*). Al principio de esta novela se narra una matanza de mulos a sangre fría. El episodio se hizo famoso, casi un icono del cantón noreste de Gaomi, la tierra originaria de Mo Yan, por su continuada presencia en la novela, ya que la protagonista principal se trasladaba montada en uno de esos animales.

95 La cita es de Confucio: 三十而立 (*san shi er li*) y quiere decir que a los treinta años uno va, o debería ir, por la vida con total independencia; es decir, tiene que haberse establecido en una posición social determinada y no depender de los familiares.

96 Parodia del «caballo celeste» 天马 (*Tianma*), un caballo volador y una especie de Pegaso en la mitología china.

97 El primer manuscrito de *La mirada del terrateniente* 地主的眼神 (*Dizhu de yanshen*) fue redactado en mayo del año 2012 en el distrito de Hu, en la provincia de Shaanxi, y su versión definitiva corregida se concluyó el 16 de agosto de 2017 en Nanshan, Gaomi.

98 Esta frase indica la suerte que corrió el personaje de Sun Jingxian, ya que los propietarios de las tierras 地主 (*dizhu*) fueron asesinados en masa por razones ideológicas durante el período de la Reforma Agraria 土改 (*Tugai*) promovida por Mao Zedong y el Partido Comunista Chino a partir de 1953 (aunque iniciada en 1946 en plena guerra civil). El padre de Mo Yan, que era un pequeño propietario, también se vio excluido de sus derechos durante prácticamente toda su vida. La Reforma Agraria es quizá uno de los momentos de la historia de la China contemporánea que más huella ha dejado en la memoria del pueblo chino. Un trauma todavía por cicatrizar, ya que tocaba de manera directa la vida en el campo, que ha sido la base de la sociedad china desde su fundación.

99 El padre de Mo Yan, efectivamente, solo fue acusado de ser un «campesino medio» 中农 (*zhongcun*), mientras que el personaje novelesco Sun Jingxian fue acusado de ser «propietario de tierras» 地主 (*dizhu*). De hecho, el padre de Mo Yan fue afortunado, ya que los «campesinos medios» fueron no solo despojados de sus tierras, sino en su mayoría eliminados.

100 盲流 (*mangliu*), que es como se denomina a la corriente de personas que en la República Popular China abandonaban los pueblos para instalarse en las grandes ciudades.

[101] La expresión es de Li Zicheng 李自成 (1606-1645), el célebre campesino que se rebeló contra el emperador y estuvo a punto de derrocar el régimen dinástico de Ming.

[102] *La casa de baños y la cama roja* 澡堂与红床 (*Zaotang yu hongchuang*) fue escrito en diciembre del 2011.

[103] 在水一方 (*Zai shui yi fang*). Se trata de un libro de la escritora taiwanesa Chiung Yao 琼瑶 (nacida en 1938), publicado en 1975. Chiung Yao puede considerarse la autora de novela romántica más exitosa, más leída y popular en el mundo de habla china.

[104] La frase es del matemático He Chengtian 何承天 (370-477). El pensamiento indica los peligros de tener éxito y verse embriagado por él.

[105] Zhou Enlai 周恩来 (1898-1976), mano derecha de Mao Zedong 毛泽东 (1893-1976) durante toda su vida. Tanto él como Mao Zedong fueron idealizados en los años noventa del siglo XX.

[106] Diao Chan 貂蝉 es considerada una de las cuatro bellezas canónicas en la cultura china; aparece en numerosos relatos de ficción. No se tiene constancia de que haya existido en la realidad.

[107] Una *xiaojie* 小姐 es, en principio, una joven, pero el término tiene una connotación peyorativa en chino moderno, pues se refiere a una joven que se prostituye ocasionalmente.

[108] Se trata de la película albanesa *I teti në bronx* (*El busto de bronce*) de 1970, dirigida por Viktor Gjika y protagonizada por Mevian Shanaj y Bexthet Nelku. Para conmemorar la muerte de un antiguo compañero de armas, unos amigos llevan una estatua de Ibrahim Kovaçi al pueblo donde nació y realizan ceremonias en su honor.

[109] Una estación balneario y playa situadas en el mar de Boha, en la provincia de Hebei, que es también lugar de vacaciones preferido por los altos cuadros del Partido Comunista Chino.

[110] Leslie Cheung 张国荣 (1956-2003) fue en su tiempo una celebérrima estrella de la canción y el cine, originario de Hong Kong e icono de la cultura *queer*. Se suicidó debido, seguramente, a una depresión aguda, saltando desde el piso 24 del Mandarin Hotel.

[111] *Valurile Dunarii* o *Las olas del Danubio*, película rumana de 1959 dirigida por Liviu Ciulei (1923-2011). Trata de unos resistentes rumanos que atacan una barcaza cargada de armamento nazi.

[112] *Njësti guerril* es una película albanesa bélica de fuertes tintes patrióticos estrenada en 1969 y dirigida por Hysen Hakani (1932-2011).

[113] En la jerga relacionada con la sexualidad en China, la «cama roja» 红床 (*hongchuang*), que en principio es el lecho nupcial durante la noche de bodas, es el lugar donde se practica sexo a cambio de dinero.

[114] *La paz suprema bajo el Cielo* 天下太平 (*Tianxia Taiping*) se concluyó el 19 de septiembre de 2017. La paz y la seguridad 太平 (*taiping*) son conceptos de suma importancia en la mentalidad social y política de China desde la antigüedad.

[115] La tortuga 鳖 (*bie*) tiene un valor sagrado en la cultura china, representa el universo: la Tierra y el Cielo, y contiene sus secretos, de ahí que se convirtiese en un manjar particularmente apreciado, y su caparazón en una herramienta de adivinación desde la antigüedad. Durante la Revolución Cultural (y todavía hoy) el término «tortuga» pasó a ser un insulto referido a una persona a la que se considera tonta, ruin, sin integridad moral y con mala fe.

[116] Símbolo de la resistencia y la longevidad; de ahí también que se convierta en un plato muy deseado en una cocina fuertemente inspirada por el taoísmo.

[117] La cita es del «Yan Yuan» 颜渊 de las *Analectas* 论语 (*Lunyu*) de Confucio.

[118] *La boca verde y los labios rojos* 红唇绿嘴 (*Hong chun lu zui*) terminó de redactarse el 19 de septiembre de 2017.

[119] 高参 (*gaocan*), como se denomina al funcionario que ocupa un alto rango en la jerarquía administrativa china y ejerce como consejero.

[120] Se trata de una cita literal del general Lü Meng 吕蒙 (178-220), en la obra histórica *Crónica de los Tres Reinos* 三国志 (*San guo zhi*), que ve a Wu Zhi 吴志 (177-230) con otros ojos cuando lo encuentra de nuevo tras una ausencia. Lü Meng no tenía una buena opinión de Wu Zhi, pero esta cambió con ese nuevo encuentro entre los dos.

[121] Se trata del personaje que ya ha aparecido previamente en la historia de *Flores tardías*.

[122] Las «tres distinciones» 三大差别 (*san da chabie*) corresponden en la República Popular China a las diferencias entre la ciudad y el campo, la industria y la agricultura, y el trabajo mental y físico. Se trata de unas distinciones todavía en uso y que tienen un profundo calado en la organización social china desde la antigüedad, y no solo debido al socialismo, sino desde el período Song, cuando empezaron a crearse ciudades en China, cierta industria y una burguesía opuesta a los valores aristocráticos antes vigentes.

[123] Esta célebre descripción de Internet fue formulada por Peter Steiner en una viñeta sobre el anonimato de la Red y publicada en *The New Yorker* en 1993. Ha tenido un especial eco en la sociedad china contemporánea.

[124] Probablemente Mo Yan hace referencia aquí al diluvio de Macondo, donde llovió cuatro años, once meses y dos días seguidos, de la novela *Cien años de soledad* (1967) de Gabriel García Márquez.

La lluvia y su relación con el olvido tienen un papel importantísimo en la obra de García Márquez e impactaron considerablemente en la obra del propio Mo Yan.

125 刺儿菜 (*ci´er cao*) o 小蓟 (*xiao ji*), *Cirsium segetum*, es un tipo de cardo muy utilizado, efectivamente, en la medicina tradicional china para contener las hemorragias en las heridas, y se aplica en todo lo que tiene que ver con la sangre 血 (*xie*).

126 三寸金莲 (*san cun jin lian*). Los pies vendados y reducidos para que no se desarrollen, uno de los símbolos de la antigüedad imperial que sirvió como ejemplo de la barbarie feudal a los comunistas.

127 El padre (el doctor de Shanghái) del personaje de la maestra Li Shengjie fue enviado seguramente durante la Revolución Cultural (1966-1976) a una zona rural (Gaomi, en este caso) como tantos intelectuales, maestros, científicos, académicos y, en general, personas que no desempeñaban trabajos manuales, acusados de derechistas, para ser reeducado en el marco de la corrección ideológica. Muchos de estos intelectuales, llamados «la novena peste de los antiguos» 臭老九 (*chou lao jiu*), una denominación atribuida a Mao Zedong, fueron apaleados a muerte por adolescentes e incluso niños de las escuelas primarias, a quienes se consideraba los verdaderos abanderados de los valores de la revolución maoísta. El padre de Qin Guiying, Qin el Noveno, se denomina Qin Laojiu 覃老九, que literalmente es en el contexto cultural de la época: Qin 覃 «la novena peste» 老九, y 臭 (*chou*), de apestoso, que es sustituido por el apellido de la familia: 覃 (*qin*). Además de la fractura social y generacional, otra de las consecuencias en estas zonas rurales fue el incremento del índice de analfabetismo en las escuelas del que todavía hoy adolecen estas áreas.

128 杏树 (*xingshu*), *Armenian plum* (*Prunus armeniaca*), es un árbol que tarda más que otros frutales en florecer y dar fruto, quizá por eso su fruto (el albaricoque) es tan deseado.

129 癞蛤蟆想吃天鹅肉 (*laihama xiang chi tian´e rou*). Literalmente es ‘un sapo que quiere comer la carne de un cisne celeste’, y la expresión aparece en el capítulo X de la novela de Ming *A orillas del agua* 水浒传 (*Shuihu zhuan*): desear algo para lo cual uno no está hecho o no tiene méritos.

130 Lanzada en 1963 por Mao Zedong, la campaña Aprender de la Agricultura de Dazhai 农业学大寨 (*nongye xue Dazhai*) quería incitar a los campesinos chinos a seguir el ejemplo modélico de los campesinos de Dazhai en la provincia de Shanxi. Se trataba de modernizar las prácticas agrícolas, y tuvo una gran importancia tanto ideológica como social durante la Revolución Cultural. Los resultados de la campaña de Dazhai sobre su eficacia en la producción agrícola por parte del Estado resultaron ser fraudulentos, pero pasó a constituir un

eslogan muy eficaz durante esos años como apoyo en la lucha de poder de Mao Zedong y sus contrincantes. El impacto negativo de esta campaña fue enorme en las áreas rurales en China durante esos años. Sirvió para el inicio de su desmantelamiento en muchas zonas y la industrialización masiva de los grandes centros urbanos.

131 La frase es de inspiración taoísta y está sacada de la descripción del inframundo 黄泉 (*huangquan*) que se encuentra en el canon de las *Nueve Fuentes de la enseñanza taoísta* 道教九泉 (*daojiao jiu quan*). Las «nueve fuentes» 九泉 (*jiuquan*), que son como el Hades taoísta, describen de forma realista la vida en la tumba, que en chino recibe el mismo nombre de «nueve fuentes» 九泉 (*jiuquan*).

132 La cita está sacada de la estrategia de Zhao 赵策 (*Zhao ce*) de los anales *Las estrategias de los Reinos Combatientes*战国策 (*Zhanguo ce*), del siglo III a. C., y resume uno de los principios clave y más influyentes de la historiografía china entendida esta como una serie de consejos para gobernantes.

133 El estilo de la caligrafía 颜 (*yan*) es robusto, de trazos gruesos y muy vigoroso; fue inventado por el calígrafo Yan Zhenqing 颜真卿 (709-785).

134 La primera parte de estas dos frases, la que menciona la relación entre el tigre 虎 (*hu*) y el perro 犬 (*quan*), aparece en el capítulo XXVIII de la novela de Ming *Viaje a Occidente* 西游记 (*Xiyou ji*), y la segunda, respecto al ave fénix 凤凰 (*fenghuang*), pertenece a una recopilación en forma de libro de texto de dichos, proverbios y máximas de los períodos Ming y Qing, destinado a la educación de los niños. El título de esta obra muy célebre en China podría traducirse como *Colección popular de dichos sabios tradicionales* 增广贤文 (*Zeng guang xian wen*).

135 La cita es del personaje histórico (y también personaje novelizado) Liu Bei 刘备en el capítulo XXI de la novela del siglo XIV *El Romance de los Tres Reinos* 三国演义 (*Sanguo yanyi*), al verse obligado a compartir un banquete con su enemigo jurado Cao Cao 曹操.

136 La cita, que ha pasado a ser un *chengyu* 成语en la lengua china moderna, pertenece al capítulo XXVIII de las *Crónicas de Jingde sobre la transmisión de la Lámpara* 景德传灯录 (*Jingde chuan deng lu*), de la dinastía Song, en las que aparecen varias biografías de monjes y santones budistas *chan* 禅o zen.

137 La cita es de la sección XXXV del «Gaozi» 告子下 del *Mencius* 孟子 y es una cita común sobre los valores confucionistas y la responsabilidad de los líderes.

138 Hay aquí un juego de palabras en chino de difícil traducción en español entre «cuatro héroes» 四营 (*si ying*) y «héroes pensantes» 思英 (*si ying*).

139 El estilo de caligrafía de *li* 隶 se origina en la dinastía Qin 秦 (siglo III a. C.) y se atribuye al calígrafo Cheng Miao 程邈. Desde entonces era la caligrafía que se utilizaba en China principalmente en las estelas mortuorias y para describir la vida de ultratumba.

140 La cita en ocho caracteres pertenece literalmente a las *Analectas* 论语 (*Lunyu*) de Confucio. De nuevo se introduce uno de los principios básicos del confucianismo que ha regido la sociedad china desde un punto de vista moral y político durante siglos.

141 El 钉子户 (*dingzi hu*) se ha convertido en una figura muy habitual de la China contemporánea y en una de las víctimas de la burocracia y las políticas de la Nueva China. Estos inquilinos que rechazaban la presión de grandes grupos inmobiliarios son fuente continua de revueltas sociales debido al vacío legal en el que están envueltos. Se trata de un fenómeno a nivel nacional de gran impacto en la sociedad china contemporánea.

142 Esta segunda expresión es una cita literal del personaje del rey mono Sun Wukong 孙悟空, que tiene la mala reputación de ser un charlatán y justiciero de pacotilla, en el capítulo XXXIV del *Viaje a Occidente* 西游记 (*Xiyou ji*); es muy utilizada en la lengua china moderna. Habla principalmente de las consecuencias nefastas de algunos actos cuando son violentos y tiene una estrecha relación con la noción de karma 业 (*ye*).

143 Hay un juego de palabras entre gato 猫 (*mao*) y el *mao* 茅 del licor de *maotai* 茅台 (*maotai*) difícil de transcribir en español. Al mismo tiempo, hace referencia a la ópera local de Gaomi, la ópera de Maoqiang (猫腔), que es un canto triste y plañidero.

144 Una de las treinta y seis estrategias del tratado de guerra *Las 36 estrategias* 三十六计 (*San shi liu ji*), recopiladas durante el período Ming. La estrategia de «la carne dolorida» 苦肉计 (*kurouji*) también aparece en la novela del siglo XIV *El Romance de los Tres Reinos* 三国演义 (*Sanguo yanyi*). La autolesión como arma para debilitar al bando contrario formaba parte ya en esa época de la guerra psicológica.

145 Se cita de nuevo una expresión del repertorio clásico para dar un efecto paródico al discurso (pedante y trufado de citas de autores clásicos) del personaje del hijo del primo de Mo Yan. Esta vez se trata de un verso del poema *Xi´er* 洗儿 del poeta del período Song Su Shi 苏轼 (1037-1101).

146 Mao Zedong tenía veinticuatro años cuando escribió estas palabras célebres sobre sí mismo, y fue en abril de 1917, bajo el título de *La lucha: un recordatorio para mí mismo* 奋斗自勉 (*Fendou zimian*). El concepto de «lucha» 斗 (*dou*) o 斗争 (*douzheng*) está en el corazón mismo de la historia de la China revolucionaria.

147 La «sociedad armoniosa» 和谐社会 (*hexie shehui*) es un concepto socioeconómico que se creó en China para responder a las

desigualdades sociales tras el rápido crecimiento económico que generó gran descontento popular. Fue el por entonces secretario general del Partido Comunista Chino, Hu Jintao 胡锦涛, nacido en 1942, quien propuso esta expresión como objetivo estratégico del Partido Comunista en 2004.

148 La cita que se parodia ahora es de la sección del *Zhuangzi* 庄子 denominada «Criando al Señor de la Vida» 养生主.

149 La cita vuelve a pertenecer a la obra taoísta *Zhuangzi* 庄子 y su sección «Criando al Señor de la Vida» 养生主.

150 *Las antorchas y los silbidos* 火把哟口哨 (*Huoba yu koushao*) fue escrito en abril de 2020.

151 重男轻女 (*zhong nan qing nü*). Esta expresión, que intenta denunciar la mentalidad antigua o feudal respecto al trato de inferioridad hacia el sexo femenino, apareció por primera vez en el capítulo XX de la novela de Qu Bo 曲波 (1923-2002) *Las fuentes del bosque nevado* 林海雪原 (*Lin hai xue yuan*), de 1957. Considerada uno de los ejemplos clásicos de la novela revolucionaria tras los acontecimientos de 1949, la novela bélica y de aventuras, situada en 1946, está poblada de personajes heroicos y bandidos que se mueven en un medio hostil, e incorpora además muchas dosis de patriotismo y sentido de la justicia que recuerdan a la novela clásica *A orillas de las aguas* 水浒传 (*Shuihu zhuan*).

152 坤 (*kun*). Uno de los ocho diagramas según el *Clásico de las Mutaciones* 易经 (*Yi jing*), el que representa la Tierra y la feminidad.

153 困 (*kun*), del torpor que causa el cansancio y la falta de sueño.

154 魁元 (*kuiyuan*), que significa ‘el más brillante y el mejor’, ‘el número uno’.

155 La celebérrima historia mitológica del boyero Niulang 牛郎 y la tejedora Zhinü 织女 es una de las más populares y antiguas en China. En origen era un sencillo relato de amor que describía una manera de celebrar un fenómeno natural que sucedía en el cielo, e intentaba explicarlo racionalmente.

156 Aquí «almenara» tiene el sentido de torre de fuego, en chino 烽烟 (*fengyan*).

157 La cita es de la sección del Gran Tratado 系辞上 (*Xici*) de *Las mutaciones de Zhou* 周易 (*Zhouyi*) o el *Clásico de las Mutaciones* 易经 (*Yi jing*).

158 La cita pertenece a una novela pornográfica sobre prostitución de 1858 titulada *Las cicatrices de la flor y la luna* 花月痕 (*Hua yue hen*), escrita por Wei Xiuren 魏秀仁 (1818-1873). En esta cita perteneciente a un texto del siglo XIX, «tortuga» tiene el significado de ‘persona que frecuenta un burdel’ e ‘hijo de puta’. De hecho, esta cita parodia la cita precedente de *Las Mutaciones de Zhou* 周易 (*Zhouyi*).

159 *Awaara*, película india de 1951 del director Raj Kapoor. Cuenta la historia de un joven ladrón. Fue un gran éxito en India y en todos los países del sudeste asiático, así como en la por entonces Unión Soviética y en los países del bloque comunista. Su éxito también llegó a China, donde se estrenó en 1955. Es una película que, a pesar de tocar temas de crítica y reforma social, posee un elemento de anarquismo y acaba convirtiéndose en un canto a la libertad que no pasó desapercibido para el público chino.

160 Tal vez por la posible homosexualidad velada del maestro Song y el tartamudo Yang.

161 Para mostrar su piedad filial, el estratega Zhuge Liang 诸葛亮 se presentó en la sala de duelo y nada más poner sus pies en ella estalló en lágrimas junto al féretro del general Zhou Yu 周瑜, que fingía estar muerto y tenía un carácter neurótico. La estrategia de Zhou Yu, muy celoso del talento de Zhuge Liang, consistía en detener a este último para ejecutarlo cuando este se acercase a él para mostrarle su dolor. Las lágrimas de Zhuge Liang también eran fingidas, ya que sabía de los celos de Zhou Yu y sus tramas para acabar con él. Esta escena aparece en la novela *El Romance de los Tres Reinos* 三国演义 (*Sanguo yanyi*), así como la relación entre los dos, y apenas hay una base histórica para corroborarlo. La relación compleja entre los personajes novelescos de Zhuge Liang y Zhou Yu, en la que había atisbos de homosexualidad, también ha sido dramatizada varias veces en óperas clásicas chinas.

162 Fue pronunciado el ocho de septiembre de 1944 en su celebérrimo discurso *Servir al pueblo* 为人民服务 (*Wei renmin fuwu*). Este discurso se compuso en el cuadro de un homenaje a Zhang Side 张思德 del Cuerpo de Seguridad del Partido Comunista Chino y se hizo particularmente célebre durante los años de la Revolución Cultural (1966-1976) como recuerdo de lo que debía ser el auténtico espíritu revolucionario.

163 *La leyenda de la linterna roja* 红灯记 (*Hong deng ji*), de 1963, fue una de las pocas óperas permitidas durante la Revolución Cultural. Cuenta la historia de un grupo de comunistas patrióticos que luchan contra la ocupación imperialista japonesa en la China de los años veinte hasta 1939.

164 El personaje de la abuela Li 李奶奶es precisamente la encargada de contar la historia del sacrificio 牺牲 (*xisheng*) de sus ancestros por la causa revolucionaria en la ópera *La leyenda de la linterna roja* citada en la nota precedente.

165 La piedra semipreciosa del ámbar 琥珀 (*hupo*) tiene una propiedad purificadora: elimina las energías negativas, absorbiéndolas, y promueve la felicidad.

166 Traducimos 天意 (*tianyi*) por ‘providencia’ o ‘la voluntad del

Cielo'. Es un concepto muy importante en la China antigua y confuciana, ya que expresa la voluntad del emperador, que es la voluntad del Cielo, la providencia, y al mismo tiempo es la negación de la propia voluntad individual o 诚意 (*chengyi*) y, por consiguiente, del libre albedrío. El concepto budista de karma 业 (*ye*) entronca en la China clásica y polemiza con estas dos nociones de *tianyi* y *chengyi*.

167 Dirigida por Lin Shan 林杉 (1914-1992), *La batalla de la montaña de Shangganling* 上甘岭 (*Shangganling*) se estrenó en 1956 y es un clásico del cine de propaganda de los años cincuenta y sesenta en la República Popular China. Cuenta la guerra en Corea de un grupo de comunistas chinos contra el enemigo imperialista americano. Una contienda de la que saldrán victoriosos. Más allá de su valor cinematográfico, la historia de esa película pasó al imaginario chino como símbolo del sacrifico personal por un ideal y el heroísmo contra la adversidad cuando se está en condiciones de inferioridad.

168 «Un nueve de septiembre esplendoroso» 九九艳阳天 (*Jiujiu yan yang tian*) es una canción de una película romántica en un contexto bélico, estrenada en 1958 y titulada *Historias de Liubao* 柳堡的故事 (*Liubao de gushi*). Fue realizada por Wang Ping 王苹 (1916-1990) y cuenta el retorno de un soldado a Liubao muchos años después de haber estado en ese mismo lugar con el Ejército de Liberación y de haberse enamorado perdidamente de una joven lugareña.

169 De nuevo otra referencia al *jianghu* 江湖 que aparece en los personajes de las obras fundadoras de esta cultura, que son la novela de Ming *A orillas de las aguas* 水浒传 (*Shuihu zhuan*) y el tratado taoísta *Zhuangzi* 庄子, y que tanta influencia tienen en la obra de Mo Yan. Tras varios significados durante su larga historia, el concepto de *jianghu* tiene actualmente un valor más sociológico y se refiere a aquellas personas que viven y trabajan en la sombra, es decir, en un mundo que no resulta ni visible ni moralmente aceptable, a menudo ilegal, en la sociedad y que supone un peligro para ella.

170 孝敬 (*xiaojing*), la tradición de la virtud filial, muy arraigada todavía hoy en la vida rural china. El comentario del personaje del tercer tío no está exento de miserabilismo e ironía.

171 La cita es de Su Shi. Véase *supra* cita lxxxi.

172 Es uno de los *duilian* (对联) o «frases paralelas» más antiguas que se conocen en China y, como muchas de estas frases de buen augurio, es de origen incierto y anónimo. Estos *duilian* tienen el objetivo de traer buena suerte a los hogares y son los que aparecen colgados en los laterales y la parte superior en las entradas de las casas.

173 祭奠 (*jidian*). El sacrificio en honor a los ancestros tiene una función vital en la ideología confuciana y taoísta desde su fundación, y contrasta con el pensamiento maoísta que apostaba por la

erradicación del pasado, incluido todo lo referente a los ancestros. El punto principal del rito sincrético es el ejercicio de la memoria en una lucha constante contra el olvido, y fue formulado por primera vez en el tratado de inspiración taoísta *El Libro del Maestro que abarca la Simplicidad*抱朴子 (*Baopuzi*), atribuido a Ge Hong 葛洪 (283-343).

174 Mo Yan tenía nueve años.

175 阝, que tiene que ver con el distrito y el área circunscrita y habitable, pero sobre todo con la ciudad. Este radical también se asocia por su forma a la masculinidad del 阳 (*yang*) y a fertilidad por tener la forma de un miembro viril masculino erecto con unos testículos.

176 Se refiere al famoso episodio de la novela *El Romance de los Tres Reinos* 三国演义en el que Liu Bei 刘备, Guan Yu 关羽y Zhang Fei 张飞 se juran fidelidad mutua en el Jardín del Melocotonero 桃园三结义 (*Taoyuan san jieyi*) para unir fuerzas y proteger al estado de Han de la rebelión de los insurgentes de los Turbantes Amarillos黄巾之乱 (*Huangjin zhi luan*), en el año 180 d. C. Se trata de un ejemplo clásico procedente de la cultura de «los ríos y los lagos» *jianghu* 江湖 y que tendrá una gran influencia en las sociedades secretas y triadas en China. El número tres 三 (*san*) es en la numerología china una cifra de buen augurio, ya que corresponde a los tres estadios más importantes de la vida en este contexto cultural: el nacimiento, el enlace matrimonial y la muerte.

177 *Los tres héroes y los cinco justicieros* 三侠五义 (*Sanxia wuyi*) es una novela histórica de 1879 atribuida a Shi Yukun 石玉昆 (1797-1871), un «contador de historias» 讲故事的人 (*jiang gushi de ren*), como el propio Mo Yan se considera, muy popular durante la dinastía Qing, que la transmitió oralmente. Fue revisada posteriormente como texto escrito por Yu Yue 俞樾 (1821-1907). Esta novela, que recibió varios nombres y tiene varias versiones, se caracterizó por iniciar el género de novela de casos judiciales 公案小说 (*gong´an xiaoshuo*), en el que aparecen numerosos elementos de la novela de artes marciales 武侠小说 (*wuxia xiaoshuo*). Este intento nostálgico de resucitar en una época tardía la novela del período Ming *A orillas de las aguas* 水浒传 (*Shuihu zhuan*) tuvo una enorme influencia en la novela en lengua china que se ha escrito posteriormente, y no se ha desmentido hasta el día de hoy. Venerada por Lu Xun 鲁迅 (1881-1936), Hu Shi 胡适 (1891-1962) o Jin Yong 金庸 (1924-2018), son numerosas sus secuelas y sus imitadores hasta la actualidad. La influencia de este texto es clara en la obra de Mo Yan, sobre todo en su novela más célebre *El clan del sorgo rojo*.

178 *El encuentro con la emperatriz* 遇皇后 (*Yu huang hou*) y *Luchando contra la indumentaria del dragón*打龙袍 (*Da long pao*) son dos representaciones de la ópera clásica china inspiradas en dos historias

de la novela *Los tres héroes y los cinco justicieros* citada anteriormente, tal vez las dos historias más recordadas entre los lectores como paradigmas de la lucha contra el poder corrupto y abusivo, que incorporan además elementos de romance.

179 Bai Yutang 白玉堂 es también un personaje novelesco, torturado, orgulloso, cínico y cruel, y con cierto aspecto afeminado (se consideraba un modelo de belleza). Sus muchos defectos y su capacidad para superarlos para combatir la injusticia social lo convirtieron precisamente en un personaje trágico y en un héroe inesperado en su tiempo, un modelo de virtud en una época de decadencia, al final de la dinastía Qing, la última dinastía imperial china.

180 La expresión es de un verso del poema «Trae el vino» 将进酒 (*Jiangjin jiu*) del poeta de Tang, Li Bai李白 (701-762); es una auténtica oda al consumo del alcohol. Dice literalmente: «despilfarraré mil piezas de oro, pero sé que volverán a mis manos». Muchos de los poemas de la amistad en el período Tang pueden comprenderse también como poesía sobre el amor homosexual 同性恋 (*tongxinglian*).

181 De la película india *Aah*, de 1953, dirigida por Raja Nawhate, muy popular en toda Asia en esos años, también en China.

182 A este rito funerario se le denomina 五七坟 (*wuqifen*), los «cinco sietes». Un ciclo de cinco semanas desde que se reconoce al muerto. El número siete 七 (*qi*) es en la numerología china la combinación del *yin* 阴y el *yang* 阳más los cinco elementos (la tierra, el aire, el metal, el fuego y el agua), es decir, la armonía perfecta. El número siete es, por lo tanto, muy adecuado para las relaciones humanas y la noción de amistad 友谊 (*youyi*), pero se pronuncia igual que 欺 (*qi*), que es la mentira, el chantaje el fraude y la traición. El siete es, así, un número ambiguo que puede traer tanto suerte como desgracia. Es un término de un profundo calado en la cultura china. Hay una asociación implícita entre el destino de los cinco hermanos de sangre (las «cinco orejas») de la historia y el significado que acabamos de explicar de los cinco «sietes». El resultado de la suma de cinco y siete es también doce, que son las historias de esta obra de Mo Yan.

183 *La muchacha del cabello blanco* 白毛女 (*Baimaonü*) es el título de un *ballet* y una película rodada en 1950. La historia, muy popular entre las milicias del Ejército de Liberación que combatían a los nacionalistas durante la guerra civil, se basa en una serie de leyendas de la provincia de Shanxi de las que se apropió el régimen comunista, que las utilizó como herramienta ideológica de propaganda: se denunciaban las condiciones miserables en las que vivía la mujer en el campo y al mismo tiempo se elogiaban los esfuerzos de los comunistas por sacarlas de esa circunstancia adversa.

184 La serpiente 蛇 (*she*), que es el sexto animal del zodiaco, es *yin*

阴y representa el elemento del fuego 火 (*huo*), tuvo en la figura mitológica de Nüwa 女娲 el poder de separar la Tierra 地 (*di*) del Cielo 天 (*tian*), y se puede decir que es el animal fundador de China como país y civilización. No obstante, es también en este contexto cultural un símbolo del miedo y del trauma, como anota Mo Yan en este párrafo. La serpiente es también un animal que representa el engaño. Mao Zedong 毛泽东 (1893-1976) o Liu Bang 刘邦 (256-195 a. C.), el fundador de la dinastía Han y uno de los pocos emperadores surgidos de una familia de campesinos, nacieron el Año de la Serpiente 蛇年 (*shenian*). Incluso Lu Xun 鲁迅 (1881-1936), el padre fundador de las letras chinas modernas a principios del siglo XX, nació ese mismo año. La serpiente aparece en la primera historia de esta obra, *Una hoz para la mano izquierda*, y ahora en esta última, *Las antorchas y los silbidos*.

185 En la versión que circulaba durante la Revolución Cultural de *La muchacha del cabello blanco*, al personaje de Yang Bailao 杨白劳lo mata el malvado Mu Renzhi 穆仁智, que trabaja para el terrateniente Huang Siren 黄世仁, porque es incapaz de pagar su renta por las tierras, pero es una excusa para secuestrar a su hija Yang Xi´er 杨喜儿,pues desea hacerla su concubina porque se ha encaprichado de ella. Tras el asesinato de su padre, el terrateniente viola a Xi´er y la deja embarazada. Ella huye a las montañas, donde se refugia durante años y donde entierra a su hijo, que nace muerto. Xi´er vive como una mendiga robando la comida que la gente de los pueblos dona a los templos budistas como sacrificio, pero su dieta pobre en sal hace que sus cabellos se emblanquezcan. Xi´er acaba convirtiéndose en una especie de fantasma de las montañas y surgen numerosas leyendas basadas en rumores en torno a ella. Finalmente, tras ser reconocida, es devuelta a la vida en sociedad y al mundo de los humanos, lo que supone la transición entre el mundo de los muertos y el de los vivos, para restaurar la justicia entre ellos.

186 蒙汗药 (*menghan yao*) es una droga casi legendaria utilizada desde el período Song y que aparece en numerosos episodios históricos y literarios (por ejemplo, en muchas ocasiones en la novela *A orillas de las aguas* 水浒传) como somnífero y veneno. Esta droga tiene una fuerte connotación misógina, se relaciona con la malicia de la mujer.

187 Li Tiemei 李铁梅 es un personaje femenino de una de las ocho óperas autorizadas durante la Revolución Cultural. La ópera es *La leyenda de la linterna roja* 红灯记 (*Hong deng ji*), de 1963. La abuela Li le cuenta a Li Tiemei que sus padres han sacrificado sus vidas por la causa revolucionaria, y ella decide seguir el camino de su padre, la lucha, hasta el final. Con los años, en el imaginario chino contemporáneo, Li Tiemei pasó a ser, a diferencia de la abuela Li, una figura representativa del fanatismo ideológico y del resentimiento más

que de los valores revolucionarios que pretendía defender. La autenticidad revolucionaria quedó representada, paradójicamente, por el personaje de la abuela Li.